UAN
D AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

GENLIS

AS VELADAS

DE LA QUINTA

PQ1985
.G5
A77

1020025997

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RC

LAS

VELADAS

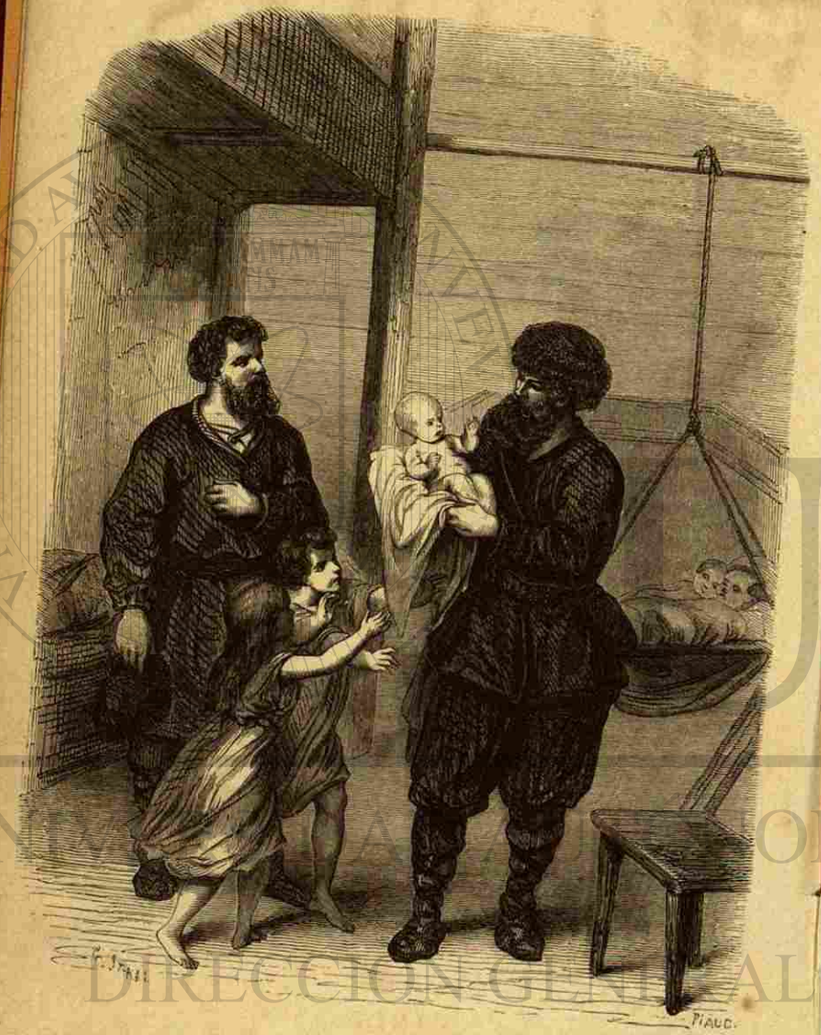
DE LA QUINTA

CAPILLA ALFONSINA
U.A.N.L.
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas. CC
Núm. Autor G332V
Núm. Adq. 30251
Procedencia —8—
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó 6-9

PARIS. — IMPRENTA DE SIMON RAÇON Y Cª, CALLE DE ERFURTH, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



EL ZAR IWAN EN CASA DE UN ALDEANO. (P. 120.)

ELADAS

DE LA QUINTA

HISTORIAS MORALES Y ENTRETENIDAS

POR

MADAME DE GENLIS

TRADUCIDAS

POR D. F. DE GILMAN

DE LA VERDAD

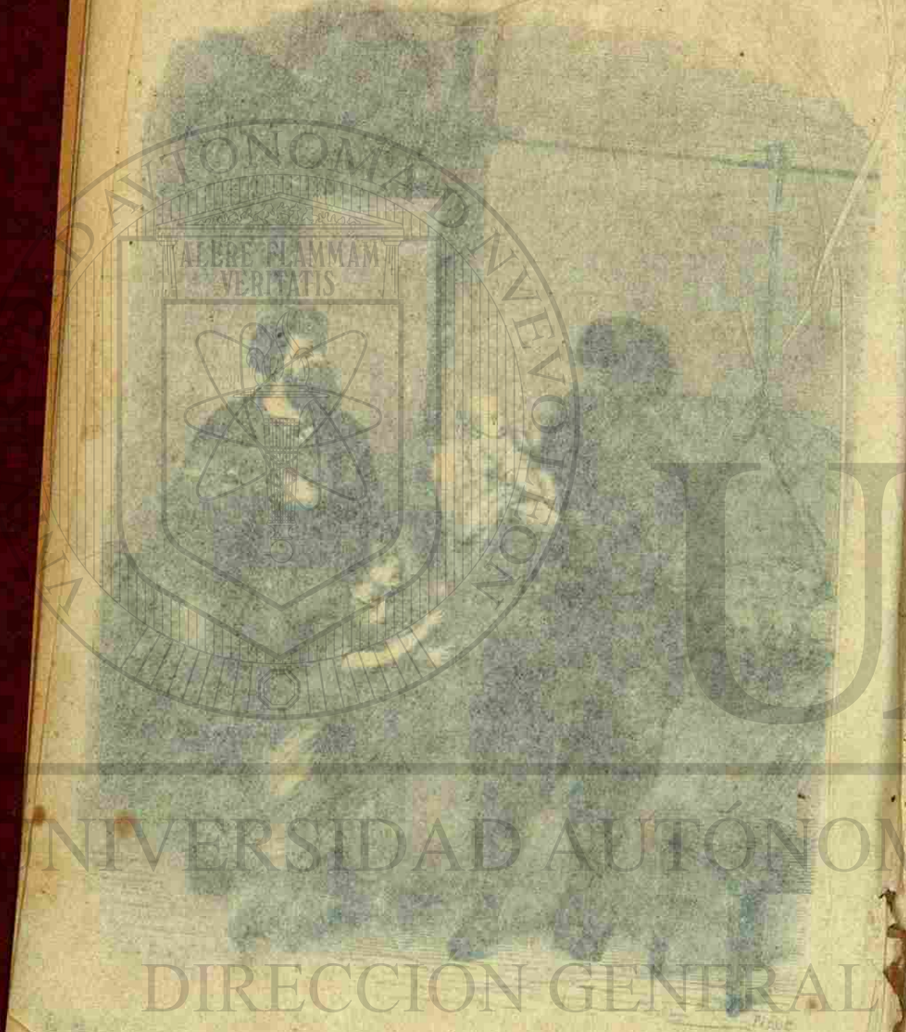
PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1864

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
0990
30 51



EL BAILE EN CASA DE UN ALDEANO

LAS

VELADAS

DE LA QUINTA

Ó

CUENTOS É HISTORIAS MORALES SUMAMENTE UTILES

PARA LA INSTRUCCION DE LOS JÓVENES

ESCRITAS

POR MADAME DE GENLIS

TRADUCIDAS

POR D. F. DE GILMAN

AUMENTADAS CON

EL PALACIO DE LA VERDAD

CUENTO MORAL MUY INTERESANTE



PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

SUCESORES DE D. V. SALVA

CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1861

099044

30251

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
E.
PQ 1985
G5
A77



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PROLOGO DEL TRADUCTOR

El deseo de ser útil á mis compatriotas y la hermosura de esta obra me hicieron pensar en traducirla á nuestro idioma; pero al paso que me animaban estas dos ideas, me desalentaba la dificultad de la empresa. En efecto, creo que si todos los que traducen conocieran tan á fondo el idioma del original como el suyo, sería mucho menor el número de traducciones que se darian á la prensa, porque para traducir una obra, mayormente si tiene mérito, no basta entender y traducir bien el idioma, ni tampoco bastan ni sirven de mucho los Diccionarios, recurso muy débil é imperfecto por su misma naturaleza. Es preciso para emprender este trabajo con alguna esperanza de

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

feliz éxito, haber estudiado el espíritu de la lengua en los mismos que la hablan, y haber leido con reflexion muchos libros de todas clases; porque no se usa en todas las obras de las mismas voces, frases, ni estilo. El político tiene su modo de expresarse; el orador el suyo; el cómico otro muy diverso; el autor de novelas (si hace lo que debe) se ha de ceñir á un estilo puro, pero familiar y vivo, que es el propio de una conversacion ó de un diálogo. Es preciso tambien en el traductor bastante conocimiento de los usos y costumbres de la nacion en cuyo idioma está el original; pues sin esto tropezará mil veces en la inteligencia y verdadero sentido de muchas frases.

Confieso que estas reflexiones me han acobardado, y hubiera abandoñado la empresa, á no haberme infundido ánimo la esperanza de que quizas podria desempeñar mi objeto, con la circunstancia de serme tan natural el idioma frances como el castellano, y valiéndome para la correccion de mi traduccion de alguna persona que me advirtiese los defectos de propiedad en las voces y frases. Hallé con efecto un sugeto en quien concurren todas las prendas que yo podia apetecer, y con su parecer he determinado presentar al público este corto trabajo. Digo corto, porque sé muy bien que generalmente se tiene por prueba de poco talento y estudio el trabajo de una traduccion; pero sea lo que fuere, no es mi fin pasar por erudito, ni buen traductor, lo que deseo de todo corazon es que la obra agrade y aproveche á aquellos para quienes se ha traducido.

Desde luego confieso que no es comparable con su original. No soy tan necio que quiera hacerme creer á mí mismo que he podido imitar con perfeccion el elegante y sencillo

estilo de su ilustre autora la señora condesa de Genlis, marquesa de Sillery. Conozco demasiado todo el mérito de su obra, para lisonjearme tan locamente.

Pero si el estilo de mi traduccion no tiene toda la gracia y encanto del suyo, á lo ménos creo que no he estropeado mi lengua con voces extrañas, ni con frases francesas algo dilatadas. He seguido con la mayor escrupulosidad el sentido verdadero; para esto no me he detenido nunca en las voces, ni me he ligado al original sino tan solamente para los pensamientos y órden que guarda en la division de su obra.

En cuanto al mérito de ella no soy juez competente, por dos razones: la una, porque mis elogios serian sospechosos, siguiendo el parecer del adagio, que dice: *Cada ollero alaba sus ollas*. La otra es, porque aun cuando la obra fuese parto de mi ingenio (que yo me alegrara) no podia admirarla con mas extremo, y así confieso que no veo sus defectos, y solo hallo en toda ella perfecciones que encantan; y para prueba diré, que ántes de pensar en traducirla ya la habia leido doce ó catorce veces, por haberme parecido desde luego, que de cuantos libros han salido sobre la educacion es este el mas perfecto. Y porque el lector no crea que no tengo mas razon para hacer este elogio que mi entusiasmo, le diré mis motivos.

La señora condesa de Genlis, de ilustre nacimiento, rica, jóven y hermosa, se dedicó desde luego á esta clase de composicion, y ántes de publicar esta obra ya habia dado su *Teatro de educacion*, su *Teatro para el uso de los jóvenes de ambos sexos*, los *Anales de la virtud*, y *Adela y Teodoro*[1]. Todas

[1] Esta última obra está traducida al castellano por el señor don Bernardo María de Calzada, capitan del Regimiento de Caballería de la Reina.

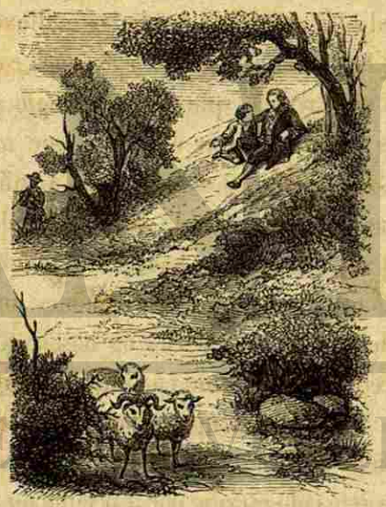
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estas producciones han sido sumamente apreciadas en Francia, y al mismo tiempo han servido para que su autora, con la práctica que con ellas consiguió sobre tan importante materia, sacase una obra la mas completa que hasta ahora se ha dado sobre la educacion moral.

Si les pareciese á mis lectores que exagero, á causa de la pasion que he confesado me arrastra á estimar esta obra, háganse cargo de lo que he dicho arriba, de las circunstancias y prendas que adornaban á esta señora, cuando en vez de entregarse á los placeres y diversiones que la brindaban en la capital en donde mas abundan, y hallándose jóven y hermosa, se dedicó á estudiar á fondo las inclinaciones, genio y pasiones de la niñez, para escribir despues con todo acierto. Parece que no hay mas que decir en elogio suyo y de esta obra : pues aun falta decir el mérito que mas realce da á una y otra. Era madre, y madre tierna y cuidadosa, que no fiando de nadie la educacion de sus hijos, pudo de este modo penetrar en sus corazones, y hacer un estudio práctico de todas las pasiones y diferentes inclinaciones que se empiezan á criar desde la edad mas tierna en nosotros. De este modo ha podido retratar en su obra con tanta exactitud y gracia la amable sencillez de la primera edad. Y por esto es su obra superior á la de cualquier hombre, por sabio é instruido que sea; porque este solo escribe por especulacion, y aun cuando tenga alguna práctica, nunca llega á la que una madre logra cuando ella misma educa á sus hijos, mayormente si tiene talento y reflexion, prendas que no creo que nadie será capaz de disputar á la autora de las *Veladas de la Quinta*.

Si á pesar de lo dicho, me juzgan preocupado, no importa : me consolaré de la censura de cien críticos con lograr tan solamente que mi traduccion excite en una madre el deseo de imitar á la señora condesa en el modo de criar, instruir y corregir á sus hijos; ó con que algunos jóvenes se penetren de sus máximas. Si esto consigo, ¿qué mayor premio?

Acerca de la utilidad de la obra no podria yo decir mas de lo que dice en su prólogo la autora de ella ; por lo cual extractaré de él lo que me ha parecido mas conveniente para nosotros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO DE LA AUTORA

Antes de dar á la prensa esta obra he querido saber positivamente si mis lectores podrian comprenderla fácilmente; para esto he juntado en mi casa una tertulia de doce ó quince jóvenes de ambos sexos, desde la edad de once años á la de diez y seis, y les he leido mi libro; no he consultado á las mas juiciosas en punto á la inteligencia de él: y no solo los niños de once años me han entendido, sino que tambien he visto con suma complacencia, que algunos que no tenian mas de nueve me escuchaban con una atencion, que me ha hecho conocer que mi lectura producia en ellos la impresion que yo me habia propuesto.

Me he valido de cierto órden y método en la distribucion y arreglo de las historias de que se compone esta obra, porque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ántes de pensar en el plan de la historia, esto es, en los lances y situaciones, ya habia yo formado el plan de ideas, y el órden con que debia presentarlas para ir ilustrando poco á poco el entendimiento de la juventud, y exaltar sus almas, á lo ménos en cuanto me lo ha permitido mi corta inteligencia. Dispuesto de este modo el enlace, no me quedaba que hacer mas que formar una combinacion igualmente fácil y divertida; era preciso inventar caractéres, incidentes y situaciones que pudiesen demostrar del modo mas eficaz las verdades establecidas en mis máximas. Pondré un ejemplo : el principal fin de mi *plan de ideas*, era no omitir medio alguno para inspirar á los jóvenes las inclinaciones sencillas y virtuosas, que nos acercan á la naturaleza, y que hacen desear con preferencia la vida quieta y sosegada del campo. Para conseguirlo era preciso emplear no una *historia*, ó una sola conversacion, sino várias, y por tanto insisto en las mas de ellas sobre este punto.

Para hacer agradable la vida del campo bastaria el gusto ó aficion á la Historia natural : esta idea me ha hecho imaginar el cuento de *Alfonso y Dalinda*, ó los *Encantos del Arte y Naturaleza*, y así de los demas. En una palabra : en vez de buscar y ajustar una consecuencia moral á un lance gustoso y divertido, he arreglado y compuesto cada asunto, con referencia á una máxima moral.

Del mismo modo he compuesto mi *Teatro de cducacion* y *Adela y Teodoro :* bien conozco la imperfeccion y medianía de mi ejecucion, pero creo que mi método es bueno; y no siguiéndole, la moral estará muy á menudo como violenta, fuera del caso, y no será mas que un accesorio.

No hay asunto moral que no se pueda tratar con amenidad, como tampoco hay ningun libro de moral que sea útil si es enfadoso y pesado : esta verdad no está bastantemente conocida, de lo que nace que los moralistas han dado tantos *tratados*, tantos *pensamientos*, tantas *reflexiones*, *disertaciones*, *discursos* y *ensayos*, etc. Se puede muy bien admirar una obra de estas, pero si tiene mas de cien páginas es imposible que agrade y que se lea con gusto.

Querer persuadir, obligar y exigir sacrificios violentos y dolorosos sin procurar dar gusto é interesar; sin buscar y aprovechar todos los medios que pueden fijar la atencion de aquellos á quienes queremos persuadir y atraer, es sin duda la mayor inconsecuencia. Cualquiera que hable al corazon puede estar seguro de ser oido. ¿Por qué, pues, desterrar de las obras morales los afectos y la imaginacion? Nunca se conseguirá hacer virtuosos á los hombres empleando insulsas y frias reflexiones; solamente se logrará presentándoles ejemplos eficaces y pinturas hechas á propósito para penetrar y estamparse en la imaginacion, y esto es lo que se debe llamar : *La Moral en accion*.

Todas las obras que han influido poderosamente sobre las costumbres son agradables y atractivas, y á este mérito mas que á otro cualquiera se debe atribuir el bien que han producido. No solo se leerá en todo tiempo, sino que se sabrá de memoria el *Telémaco*, las *Novelas de Richardson*, el *Quijote* y el *Espectador Inglés*. Aun aquellos que no quieren ni corregirse, ni instruirse, leen estas obras por diversion, y leyéndolas se corrigen y se instruyen como á pesar suyo. Estos son los libros verdaderamente útiles. Los demas moralistas se parecen á aquellas personas que dan buenos consejos, únicamente para hacer ver la solidez de sus razones, y que fuera

de esto saben muy bien que no persuadirán ni moverán á nadie, pues se les escucha con distraccion y tedio.

Hay muchas personas naturalmente propensas á creer que toda produccion de esta clase debe ser de poco mérito. ¡Desgraciado el pobre autor que los divierte é interesa! Aunque emplee la moral mas pura y sólida, su obra será reputada por *graciosa friolera*. Esta clase de gentes no estíma sino los libros que la enfadan y cansan, y solo da el renombre de *Filósofo* al autor que no comprende.

Un moralista aspira á conseguir fama : para alcanzar esta de que acabamos de hablar, no se necesita tener sensibilidad, ni imaginacion; mucho ménos es preciso saber pintar y crear caractéres, explayarlos y sostenerlos : en dos palabras, formar un plan. Todo lo contrário : no se trata de divertir ni deleitar : con ser oscuro, pesado y dogmático está todo hecho.

Una de las cosas que han contribuido mas á desacreditar los libros morales, publicados bajo un aspecto de diversion, es la multitud de obras peligrosas con título de *Novelas morales* y *Cuentos morales*, que de veinte años á esta parte se han dado al público. Estas producciones se deberian comparar con aquellos venenos disfrazados que los charlatanes suelen vender como remedios saludables, y que son tanto mas perniciosos cuanto los nombres acreditados que les ponen son causa de que se tomen con toda confianza.

Estas obras han desacreditado injustamente á todas las demas. Sería cosa mas prudente despreciar las obras condecoradas con un título que no merecen; porque no hay duda que á obras propias de su título han merecido Fenelon, Richardson, Addison y Cervántes la gloria de que siempre se verán acompañados sus nombres. Si yo hubiese creido que era preciso tener un talento igual al de estos grandes hombres para emprender con alguna esperanza de buen éxito un género de obras que ellos inventaron, jamas hubiera tenido la menor tentacion de escribir; porque fuera de esta clase de obras, ninguna otra me hubiera agradado. He juzgado que con un corazon sensible, y un poco de razon, se podian inventar algunas pinturas instructivas y gozosas. No he pretendido hacer una obra de un mérito superior, y solo me he dejado llevar del deseo de presentar á las madres, que lo quieran ser de sus hijos, mis reflexiones; y á los hijos algunas lecciones útiles y agradables.

Con la mira de inspirar á la juventud la aficion al estudio, á las ciencias y artes, he procurado que mis notas fuesen curiosas y amenas. En ellas les digo algo de cada cosa, para que con su lectura adquieran algunas nociones generales, y sobre todo con el fin de que su curiosidad se dirija á unos objetos dignos mas que cualesquiera otros de excitarla y satisfacerla.

No será ponderacion si digo, que para componer no mas que el cuento de los *Encantos del Arte y Naturaleza*, he tenido que leer ó volver á leer mas de cien tomos.

No pretendo sacar gloria de este trabajo, que no exige ni talento, ni instruccion, pues solo consiste en leer y formar despues extractos cortos y superficiales propios para la juventud; pero este trabajo da á conocer por lo ménos la paciencia del que lo hace, y su zelo del bien público : el valor de haberme dedicado á él es lo único de que me vanaglorío.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS

VELADAS DE LA QUINTA

El Marqués de Clemira al tiempo de marchar al ejército recibia las tristes despedidas de su esposa, su suegra y sus tres hijos. Tenia sobre sus rodillas á Cesarito, el mayor de ellos, que se quejaba amargamente de no ser bastante grande para poder acompañarle; el Marqués dándole un abrazo se levantó; sus dos hijas llorando se abrazaron á él, y su mujer bañada en llanto se arrojó hácia la puerta para decirle el último á Dios. Entónces César, acercándose al oido del Marqués le dijo : Papá mio, lléveme Vd. consigo á la guerra...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Marqués sin responder le dejó en los brazos de su madre, pero el niño lo rehusó de modo que fué preciso abrirle por fuerza la manecita que tenia asida del collarin del vestido de su padre, el cual volviendo á abrazar á sus hijos y esposa se separó de ellos y marchó apresuradamente... Madama de Clemira penetrada del dolor se encerró con su madre en su gabinete, y como eran las ocho de la noche envió los niños á dormir.

Toda la casa estaba llena de tráfago y alboroto, porque debia la Marquesa marchar al dia siguiente á una posesion que tenia en Borgoña; y como no llevaba consigo sino parte de la familia, dejando la restante en Paris, así los criados que iban como los que quedaban, todos murmuraban y decian : « ¡Qué locura, irse á encerrar en una Quinta que jamas se ha habitado, y marchar en el rigor del invierno, en vez de quedarse en Paris, en donde la señora hallaria mas consuelo y distraccion! ¿Cómo es posible que tres criaturas, que la mayor tiene nueve años y medio, puedan resistir la fatiga de un viaje semejante? ¡Andar setenta leguas en el mes de Enero!... ¿Es acaso preciso irse á meter ermitañas y huir al cabo del mundo porque un marido va á campaña? »

Tales eran las reflexiones que hacia Victoria, una de las criadas de la Marquesa, miéntras componia los cofres, dirigiendo sus razones al mayordomo Mr. Dorel, que sentia en igual grado no poder ir á Borgoña, y tener que separarse de Victoria. Por otro lado las dos hijas de la Marquesa, Carolina y Pulqueria, oian las mismas quejas, porque Julieta, que las desnudaba, no podia encubrir su pesar : jamas habia salido de Paris, y tenia un odio invencible á todo lo que olia á provincia. Carolina y Pulqueria oian, pues, con atencion las declamaciones de Julieta, y especialmente Pulqueria, que naturalmente era muy curiosa, defecto disculpable en su edad, pues solo tenia siete años; fuera de esto prometia bellas prendas, y aunque mas viva que su hermanita, que tenia diez y ocho meses mas que ella, se granjeaba el afecto de todos por su mucha ingenuidad y buen corazon.

César era el mas juicioso de los tres hijos de madama de Clemira; bien que contaba ya casi diez años, edad en que se comienza á salir de la niñez; y en efecto César tenia ya algun imperio sobre sus pasiones. No siempre se tiene igual aplicacion; pero cuando César no se hallaba bien dispuesto, sabia vencerse y superar estos

disgustos momentáneos. Naturalmente amaba el estudio, y tenia vivos deseos de instruirse; ademas era sensible, dócil, sincero y valeroso; amaba en extremo á sus padres, queria tiernamente á sus hermanitas, y era muy agradecido á sus maestros, particularmente al abate Fremont, su ayo (eclesiástico amigo de la casa, y encargado de su educacion), aunque era severo, y solia á veces estar de mal humor, sobre todo desde que se hablaba del viaje á Borgoña, porque echaba de ménos á Paris, los diarios, y ciertas partidas de ajedrez, que eran su principal diversion hacia ya diez años.

En fin aquella noche toda la familia se acostó haciendo tristes reflexiones. Amaneció el dia siguiente, y á las siete y média despertaron á los niños, los vistieron, y despues de haber almorzado de priesa, á las ocho y média, la abuela, la madre, el abate, César, Carolina y Pulqueria entraron juntos en un coche, y se tomó el camino de Borgoña.

Á mediodía se hizo alto para comer : madama de Clemira, que no habia dormido la noche antecedente, se echó sobre una cama, y los demas caminantes se quedaron en un cuarto inmediato : entre tanto que los criados componen de comer y ponen la mesa, la familia se junta al rededor de una chimenea; Mr. Fremont atiza el fuego sin hablar una palabra, y los niños se arriman á su abuela la Baronesa Delbi. Empiezan á hablar y á hacer preguntas á la abuela, porque en el camino el abatimiento y suma tristeza de su madre habia reprimido toda su curiosidad.

¿Por qué vamos á Borgoña? preguntó Pulqueria. Hija mia, respondió la Baronesa, cuando un militar marcha á campaña se ve precisado á hacer muchos gastos, y si su mujer es prudente debe por medio de una sábia economía precaver el desórden que estos gastos extraordinarios podrian causar en la hacienda, y este es el motivo por que tu mamá sale de Paris... Ah! ya lo comprendo, la interrumpió Pulqueria; pero dicen que la Quinta adonde vamos es tan fea, tan triste... mamá se morirá de tristeza, y esto es lo que temo... — Pues si no tienes otro temor bien puedes tranquilizarte, porque tu madre tiene tanto gusto en cumplir con sus obligaciones, que seguramente no habrá en esta ocasion morada que la sea mas grata que Champcery. — Ya lo conozco, dijo César; algunas veces cuando estudio, en mi interior mas quisiera jugar, pero en pensando que todos me querrán si doy bien mi leccion, y que cumplo con mi

deber, recobro nuevos alientos y aplicacion. — Ademas, preguntó la Baronesa, ¿ despues que has jugado, brincado y corrido, tienes pensamientos gustosos? — No, señora, respondió César, me siento muy cansado, nada mas. — ¿ Y cuando has estudiado bien? — ¡ Oh, entónces sí que estoy contento! porque pienso que Mr. Fremont se lo dirá á mamá, quien me hará muchos cariños, y que todos me alabarán... — Nunca olvides eso, hijo mio, le dijo la Baronesa, es poco grato el recuerdo de los gustos pasados; pero siempre nos acordamos con deleite de las buenas acciones que hemos hecho. Al decir esto se levantó para ir á comer; á los postres madama de Clemira vino á la mesa, y média hora despues se prosiguió el viaje.

Al cabo de algunos dias llegaron á Champcery, Quinta medio arruinada, rodeada de lagunas, lo que junto con lo riguroso de la estacion, las nieves y las escarchas, aumentaba su aspecto lóbrego y montaraz; pero sobre todo les chocó mucho á los niños lo tosco de sus muebles. ¡Jesus, decia Carolina, los canapés y las sillas son de baqueta negra! ¡ Qué chimeneas tan grandes! ¡ Qué vidrios tan pequeños!... Hijos mios, dijo la Baronesa, en mi tiempo se pasaban ocho meses del año en quintas semejantes á esta, y se disfrutaban en ellas mas diversiones, gustos y alegria que ahora en las suntuosas casas de campo que habéis visto en los contornos de Paris; en estas no se halla ni placer, ni libertad, y solo se consigue arruinar á un mismo tiempo la salud y los caudales. A pesar de estas juiciosas reflexiones de la abuelita, Carolina y Pulqueria suspiraban al acordarse de Paris: Mr. Fremont, naturalmente friolento, se quejaba continuamente del frio que se sentia en todos los cuartos, porque á la verdad todas las puertas y ventanas ajustaban muy mal; y para colmo de desgracias le cogió un fuerte constipado, con lo que se remató, echando el resto á su tristeza y mal humor. Pero nada igualaba al desconsuelo de las dos criadas Victoria y Julieta; Victoria sobre todo estaba desesperada; y como no se atrevia á explicar el verdadero motivo de su pena, en especial delante de las niñas, buscó medio para trabar conversacion y poder quejarse, diciendo la primer mañana que les amaneció en Champcery, que de temor á los ladrones no habia cerrado los ojos. — ¡ Cómo ladrones! exclamó Pulqueria. — ¿ Y qué piensa Vd., Señorita, que estamos aquí muy seguras? ¡En una Quinta desamparada, rodeada de lagunas y bosques y con tan poca gente! Aun si la Señora hubiese hecho venir

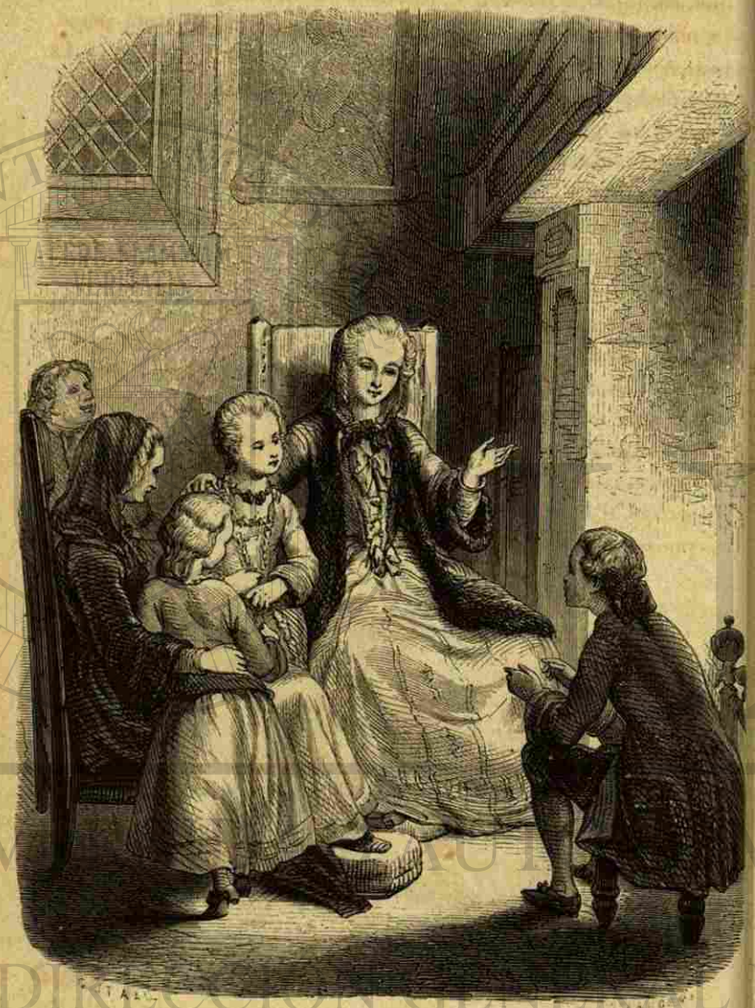
toda la familia que se ha quedado en Paris. — Y ademas, añadió Julieta, que en esta tierra aun hay mas lobos que ladrones. — ¡ Lobos dijo asustada Carolina. — Sí, señora, y lobos hambrientos. — ¡ Ay Dios mio!... — Solo el pensarlo hace temblar, y cuentan unas cosas



de ellos... Todas esas lagunas están heladas, y por la noche vienen á docenas al rededor de la casa. — ¿ Tan cerca de nosotras? — Sí, señora, discurra Vd. si por desgracia dejaran abierta alguna ventana del cuarto bajo, ¿ qué sería de nosotras? — Á bien que no se dejan las ventanas abiertas de noche en este tiempo... — Pero un olvido es muy fácil que suceda... — ¡ Jesus qué mala tierra es la Borgoña!... Esta conversacion hizo mucha impresion en las dos niñas; atemorizadas y tristes lloraban amargamente acordándose de Paris, y cuando entraron en el cuarto de su madre, al instante conoció en sus rostros que estaban poseidas de alguna interior desazon, y así habiendo instado vivamente á Carolina, esta la refirió toda la conversacion de Victoria y Julieta. Fácil le fué á la Marquesa hacerlas comprender que era tan extravagante como infundado el miedo de los lobos y ladrones... ¿Pero, añadió la Marquesa, no os habia yo prohibido toda especie de conversacion con las criadas?... — Mamá, hasta que mi aya cayó mala con tercianas jamas habíamos hablado con ellas; pero desde que Julieta nos viste y desnuda... — ¿ Y es preciso que porque Julieta os viste hayáis de imitarla en sus bachille-

rías?... — Es que las mas veces no habla con nosotras, sino con Victoria... — Si no dieseis oidos á estas y semejantes razones, ó las escuchaseis con indiferencia y menosprecio, no dirian delante de vosotras esas simplezas; y si por lo contrário tomáis gusto á semejante trato os viciaréis el juicio y el corazon. — Pero, mamá, muchas veces nos ha dicho Vd. que todos somos hermanos y... — Y es muy cierto; debemos amarlos, socorrerlos, servirlos en cuanto nos sea posible. El nacimiento y la nobleza solo son ventajas imaginarias; pero la educacion forma entre los hombres una diferencia verdadera. Una persona juiciosa é instruida no admitirá en su íntima confianza á otra que sea ignorante, grosera, imprudente y llena de necias preocupaciones, y esta es la causa porque nunca tendrá conversaciones familiares con criada alguna, á no ser para favorecerla en alguna cosa que le pida, pues en este caso debemos procurar proteger á los que nos sirven con todo esfuerzo, cuando nos piden parecer sobre algun asunto, ó nos fian sus intereses... — Pero si una criada fuera buena, ¿no se la podria mirar como á una amiga, aunque fuese ignorante y no tuviese la mejor crianza? — Díme, Carolina, ¿qué piensas que es mirar á una persona como amiga? — Mamá, es quererla de todo corazon. — La de Merival, que tú conoces, quiere á su hija (que solo tiene dos años) de todo corazon, y no por esto es su amiga. — Ahora sí que lo entiendo; para llamar á una persona amiga es menester que haya algo mas que cariño. — Seguramente; es menester que haya confianza; por lo que una criada no puede ser amiga, y no se puede esperar de ella consejo alguno sano, ni tener con ella conversacion instructiva y agradable, aun en asuntos indiferentes. Por lo que sería contra razon la demasiada confianza. Se la debe estimar cuando es honrada y buena; pero no tenerla por amiga: finalmente semejante intimidad seria ridícula á mi edad, pero es peligrosa en la vuestra: bien podéis conocerlo, pues que solas dos conversaciones con Julieta y Victoria han sido causa de que os hayáis llenado de temores disparatados, murmurando ademas de mis disposiciones, en vez de aprobar los justos motivos que me han hecho venir aquí. Y así evitad cuidadosamente en adelante todo género de familiaridad con criados y gentes que no han tenido crianza; pero al mismo tiempo sed con ellos muy moderados y benignos; tenedles lástima cuando los veáis obrar necia ó inconsideradamente, y decios á vosotros mismos: si yo no hubiera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MADAMA DE CLÉMIRA Y SU FAMILIA

tenido padres tan prudentes y cuidadosos tendria todos los defectos que estos pobres tienen, y quizá muchos mas... — Pero, mamá, he oido decir que mi tia, que es tan buena y tiene tanto juicio, trata con Rosalía, una de sus criadas, como si fuese su amiga. — Es muy cierto, pero tambien lo es que Rosalía no es una criada cualquiera; ha tenido muy buena crianza, y si sus padres por su pobreza no pudieron darle maestros y conocimientos extensos, por lo ménos le dieron excelentes ejemplos y buenos principios; despues, cuando Rosalía, de edad de diez y siete años, entró á servir en casa de mi cuñada, le pidió libros, y como tenia talentos y buen modo de pensar, en breve se instruyó, con lo que obtuvo el cariño y confianza de su ama, que admiraba en ella su juicio, su lealtad, su devocion y su amor al trabajo y á la lectura. — Morel el lacayo de mi hermano tiene las mismas inclinaciones de Rosalía. El señor Fremont dice que sabe leer y escribir muy bien; siempre tiene algun libro en la faltriquera, y sobre todo es tan buen cristiano... — Y tambien veis que le distingo de los demas criados, y no he prohibido á César que trate con él; pero estos ejemplos son tan raros que solo se pueden considerar como excepciones de la regla comun.



Corregidas las niñas con estas advertencias procuraron en adelante no gastar conversacion con Victoria y Julieta, é insensiblemente fueron conociendo que aun en el rigor del invierno no dejan de hallarse diversiones en el campo; ellas y César se acostumbraron al frio, y este sobre todo tenia sumo gusto en correr por los jardines, en hacer bolas de nieve, y en andar con patines. Excitadas Carolina y Pulque-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ria con el ejemplo de su hermano, probaron, no sin mucho temor al principio, si podrian resbalar como él, pero á pocos dias se acostumbraron, y eran tan valerosas como César; corrian con seguridad, y se llevaban una á otra en un cochecito que resbalando con rapidez por encima del hielo no les costaba trabajo el tirarle ni el gobernarle; las caídas muy frecuentes, pero nunca peligrosas, solo servian para aumentar la alegría, porque caian con facilidad, y se levantaban riendo á carcajadas.

Su madre solia mezclarse en estas diversiones, pues aunque le faltaba su alegría natural, la igualdad de su genio hacia ménos notable la tristeza interior de que estaba dominada; jamas se la veia afligirse, llorar, ni dar muestras exteriores de sentimiento, porque cuando conocia que este la iba venciendo, se retiraba á su cuarto, de donde salia á poco rato con semblante tranquilo y sereno. Una vez que como otras muchas se habia separado sin decir nada á la familia, viendo Carolina que tardaba la fué á buscar, y no hallándola en su cuarto, la pareció que hablaba en un retrete inmediato, cuya puerta estaba entornada: entra poco á poco, y ve á su madre que arrodillada y llorando decia: ¡Dios mio! concededme mas valor y resignacion. Al oir esto Carolina arrodillándose y levantando sus manecitas cruzadas al cielo exclamó sollozando: ¡Oh Dios mio, oid las oraciones de mamá!... Á esta exclamacion vuelve la cabeza su madre, se levanta extendiendo los brazos á su hija, que se arroja en ellos llorando, y sentándose ambas en un canapé, despues de un corto intervalo de silencio le dijo así su madre: es preciso explicarte lo que has visto. Hace algunos dias que habrás reparado que no estoy tan abatida ni tan triste como cuando llegámos aquí; pero la misma causa subsiste siempre; me veo ausente de tu padre, y tengo los mismos motivos de inquietud, por lo cual he buscado en la religion el consuelo que me era tan preciso, y mi pesar se ha mitigado: siempre que le pido esto á Dios, conozco que cobro ánimo, y renace en mi pecho la esperanza; Dios habla en mi interior, me eleva, me fortifica, y lo espero todo de su divina proteccion. ¡Oh mamá mia! replicó Carolina abrazándola, permítame Vd. que la acompañe siempre que quiera rogar á Dios por papá, para que yo tambien le pida de todo mi corazon... — Sí, hija mia, y te lo prometo; pero no olvides nunca que sin esta piedad afectuosa y sincera es imposible que seamos felices.

Cada dia que se estaba en Champcery se hacia ménos malo á sus habitantes; los niños no comprendian cómo se podia echar de ménos á Paris; hasta el abate se acostumbró á este modo de vida; su cuarto estaba abrigado, y toda la casa con buen temple; las puertas y las ventanas compuestas: ademas el cura del lugar, tan tratable como virtuoso, jugaba medianamente al ajedrez, y le hacia su partida, con lo cual poco á poco recobró su buen humor. Se convino tambien que para variar las diversiones de las noches, la Baronesa y la Marquesa de Clemira contarian de cuando en cuando alguna historia en la conversacion despues de cenar, esto es, desde las ocho y média hasta las nueve y média, promesa que causó mucha alegria á los niños, y habiendo instado á su madre á que lo pusiese en práctica aquella noche misma, esta satisfizo sus deseos. Se sentaron todos al rededor de la chimenea; los niños se acomodaron junto á su madre, la que fijando la vista y atencion de todos comenzó á contar la historia siguiente:

DELFINA

Ó LA CURACION FELIZ

Delfina, hija única y heredera rica, era de ilustre nacimiento, bonita, y no carecia de talento y buen corazon. Su madre Melita, que era viuda, la amaba tiernamente; pero á causa de su natural flojedad é inconstancia no era capaz de darle buena educacion. No obstante, á los nueve años ya tenia Delfina varios maestros; pero con poco fruto, porque solo tenia aficion al baile: todo lo demas lo emprendia con suma repugnancia, y las mas veces abreviaba las lecciones quejándose de estar cansada, ó de que le dolia la cabeza. « No quiero que se la « violente, solia decir su madre; su complexion es muy delicada, y « se arruinaria si se le hiciese estudiar demasiado. Ademas, añadia, « que es muy regular no le falte un buen casamiento, aun cuando « sus talentos no sean superiores, por lo que no quiero que se la « moleste acerca de esto. »

ria con el ejemplo de su hermano, probaron, no sin mucho temor al principio, si podrian resbalar como él, pero á pocos dias se acostumbraron, y eran tan valerosas como César; corrian con seguridad, y se llevaban una á otra en un cochecito que resbalando con rapidez por encima del hielo no les costaba trabajo el tirarle ni el gobernarle; las caídas muy frecuentes, pero nunca peligrosas, solo servian para aumentar la alegría, porque caian con facilidad, y se levantaban riendo á carcajadas.

Su madre solia mezclarse en estas diversiones, pues aunque le faltaba su alegría natural, la igualdad de su genio hacia ménos notable la tristeza interior de que estaba dominada; jamas se la veia afligirse, llorar, ni dar muestras exteriores de sentimiento, porque cuando conocia que este la iba venciendo, se retiraba á su cuarto, de donde salia á poco rato con semblante tranquilo y sereno. Una vez que como otras muchas se habia separado sin decir nada á la familia, viendo Carolina que tardaba la fué á buscar, y no hallándola en su cuarto, la pareció que hablaba en un retrete inmediato, cuya puerta estaba entornada: entra poco á poco, y ve á su madre que arrodillada y llorando decia: ¡Dios mio! concededme mas valor y resignacion. Al oir esto Carolina arrodillándose y levantando sus manecitas cruzadas al cielo exclamó sollozando: ¡Oh Dios mio, oid las oraciones de mamá!... Á esta exclamacion vuelve la cabeza su madre, se levanta extendiendo los brazos á su hija, que se arroja en ellos llorando, y sentándose ambas en un canapé, despues de un corto intervalo de silencio le dijo así su madre: es preciso explicarte lo que has visto. Hace algunos dias que habrás reparado que no estoy tan abatida ni tan triste como cuando llegámos aquí; pero la misma causa subsiste siempre; me veo ausente de tu padre, y tengo los mismos motivos de inquietud, por lo cual he buscado en la religion el consuelo que me era tan preciso, y mi pesar se ha mitigado: siempre que le pido esto á Dios, conozco que cobro ánimo, y renace en mi pecho la esperanza; Dios habla en mi interior, me eleva, me fortifica, y lo espero todo de su divina proteccion. ¡Oh mamá mia! replicó Carolina abrazándola, permítame Vd. que la acompañe siempre que quiera rogar á Dios por papá, para que yo tambien le pida de todo mi corazon... — Sí, hija mia, y te lo prometo; pero no olvides nunca que sin esta piedad afectuosa y sincera es imposible que seamos felices.

Cada dia que se estaba en Champcery se hacia ménos malo á sus habitantes; los niños no comprendian cómo se podia echar de ménos á Paris; hasta el abate se acostumbró á este modo de vida; su cuarto estaba abrigado, y toda la casa con buen temple; las puertas y las ventanas compuestas: ademas el cura del lugar, tan tratable como virtuoso, jugaba medianamente al ajedrez, y le hacia su partida, con lo cual poco á poco recobró su buen humor. Se convino tambien que para variar las diversiones de las noches, la Baronesa y la Marquesa de Clemira contarian de cuando en cuando alguna historia en la conversacion despues de cenar, esto es, desde las ocho y média hasta las nueve y média, promesa que causó mucha alegria á los niños, y habiendo instado á su madre á que lo pusiese en práctica aquella noche misma, esta satisfizo sus deseos. Se sentaron todos al rededor de la chimenea; los niños se acomodaron junto á su madre, la que fijando la vista y atencion de todos comenzó á contar la historia siguiente:

DELFINA

Ó LA CURACION FELIZ

Delfina, hija única y heredera rica, era de ilustre nacimiento, bonita, y no carecia de talento y buen corazon. Su madre Melita, que era viuda, la amaba tiernamente; pero á causa de su natural flojedad é inconstancia no era capaz de darle buena educacion. No obstante, á los nueve años ya tenia Delfina varios maestros; pero con poco fruto, porque solo tenia aficion al baile: todo lo demas lo emprendia con suma repugnancia, y las mas veces abreviaba las lecciones quejándose de estar cansada, ó de que le dolia la cabeza. « No quiero que se la « violente, solia decir su madre; su complexion es muy delicada, y « se arruinaria si se le hiciese estudiar demasiado. Ademas, añadia, « que es muy regular no le falte un buen casamiento, aun cuando « sus talentos no sean superiores, por lo que no quiero que se la « moleste acerca de esto. »

Á este punto de la narracion de madama de Clemira, César se encogió de hombros, é interrumpiéndola dijo: Seguramente esa señora no tenia mucho juicio. ¿Acaso porque una persona sea rica está exenta de procurar instruirse y ser amable? — Ademas, siguió madama de Clemira, que aun el hombre ménos escrupuloso, para casarse por solo el motivo de la riqueza, no podrá tener amor ni confianza en su mujer si no ve en ella talentos y virtudes suficientes; y por consiguiente no puede ser feliz una casada si no tiene prendas amables. En una palabra, quiero decir que los bienes que resultan de una buena educacion, de la igualdad y docilidad de genio, de la instruccion y de los talentos hacen amable nuestra sociedad, y nos proporcionan un manantial inagotable de placeres y felicidades; en vez que las personas mal criadas, siempre molestas á todos, experimentan cuantos disgustos producen necesariamente la ignorancia, la ociosidad, los errores del entendimiento y los vicios del corazon. Y esta fué la causa de que Delfina, acariciada, adulada y mimada, era no obstante la niña mas desgraciada de Paris. Cada dia se deterioraba visiblemente su natural bondad, y se echaba á perder su genio; se hizo caprichuda, vana é indócil; la menor repugnancia á sus ideas le era insoportable, y no contentándose con no obedecer, queria mandar; daba sus órdenes en la casa, tratando á los criados con soberbia, era causa de que los riñesen á menudo, y otras veces tenia gusto en hablar con ellos: unas veces desdeñosa, otras familiar, equivocaba la arrogancia con el buen modo de pensar, y la bajeza con la indulgencia y bondad; fastidiada de adulaciones no podia pasarse de ellas; cansada de sus muñecas y juguetes, y al mismo tiempo [illegible]ando los que otras tenian, porque carecia igualmente de equidad y moderacion... — ¡Oh qué retrato tan feo! exclamó Pulqueria. — Pero es copia al natural de una niña mal criada, replicó su madre, y muchas á veinte años se le parecen... — ¿Á veinte años?... — Sí, hija mia, porque cuando la crianza desde sus principios ha sido mala, crecen y envejecen con nosotros los vicios de la niñez; veréis algun dia en el mundo muchas de estas personas aniñadas, que á pesar del tiempo han conservado todos los vicios de la primera edad, por lo que son unas veces la irrision, y otras la plaga de la sociedad.

Pero volviendo á Delfina, cuanto peor habia sido su educacion, tanto mas era digna de lástima: como no tenia imperio sobre sí

misma, unia en sí los defectos ménos compatibles; por el mas mínimo motivo se encolerizaba sin causa alguna, y despues se arrepentia de su injusticia y flaqueza; lloraba, conocia sus yerros, pero no tenia valor para emendarlos. Para mayor trabajo era de poca salud, porque siendo antojadiza, solo comia golosinas, y así continuamente estaba con dolor de estómago ó con indigestiones; bien es verdad que á esto contribuia Melita, mandando que la apretasen la cotilla todo lo posible; y Delfina aguantaba sin murmurar el suplicio de estar encotillada, tanto que apénas podia respirar; y esto



por solo la ridícula vanidad de ser citada como la señorita de talle mas delgado y mas bien hecho. Delfina, que toleraba semejante tormento sin quejarse, era no obstante sumamente delicada: raras veces se paseaba á pié, y jamas por tiempo de invierno: igualmente la incomodaban el aire, el sol, el frio y el polvo; y para deciros de una vez hasta dónde llegaban sus ridiculeces, cuando iba en coche temblaba no se rompiese; y solo con ver una araña ó un raton le daba una congoja.

En vez de irse mejorando su salud conforme iba creciendo, cada dia estaba mas achacosa, y tanto que entrando en cuidado su madre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hizo llamar á un médico, el cual dijo que no era cosa de cuidado; pero que era preciso darle cuantas diversiones y gustos apeteciese. Con esto no habia juguetes ni regalos que no le hiciesen, al punto que deseaba cualquier cosa la lograba; su madre la llevaba á los teatros y á los bailes; pero nada era suficiente á desarraigar el tédio y tristeza de que estaba poseida; y como todo cuanto se le antojaba otro tanto conseguia, al cabo del dia solia tener diez ó doce antojos á cual mas extravagantes. Sirva este de ejemplo: un dia de gala que fué á Versalles quiso que Leonardo el peluquero de la reina fuese á peinar á su muñeca; y como le hiciesen ver lo ridículo de su pretension, se enfureció, hizo pedazos la muñeca, lloró de rabia, y le dió un accidente muy fuerte. Cada dia se aumentaba en ella el mal humor, la cólera y los caprichos, tanto que, con justa causa, era generalmente aborrecida: todo la entristecia y desesperaba, y experimentó que nuestros defectos nos son aun mas dañosos á nosotros que molestos á los que los tienen que sufrir; en conclusion la desgraciada Delfina, insoportable á todo el género humano, se iba extenuando en términos de peligrar su vida. Á esta sazon tenia diez años; varios médicos que se consultaron declararon que su enfermedad era mortal.

Desesperada Melita con tan triste nueva recurrió á un famoso médico aleman, llamado el Doctor Steinhausse: este visitó á la niña, la observó muy despacio, y hecho cargo de su enfermedad dijo que seguramente la curaria, con tal que se la entregasen á su arbitrio. No dudó Melita, viendo el deplorable estado en que estaba, de conceder esto al médico. Pero, señora, añadió el Doctor, si Vd. me la entrega ha de ser con condicion de que he de hacer con ella lo que me parezca, pues si no es con entera y cabal independencia no me encargo de su cura; es preciso que Vd. consienta que me la lleve á mi casa de campo... — ¿Cómo es eso? ¿á mi hija?... — Sí, señora, porque comienza á sentirse del pecho, y el primer remedio que le aplicaré será hacerla pasar ocho meses en un establo de bueyes [1]... — ¿Pero no pudiera hacerse ese establo en mi casa? — No, señora; y solo me encargaré de su curacion con tal que sea en mi casa, y bajo la direccion de mi mujer. — Pero á lo ménos permitirá Vd. que su aya y una criada vayan con ella... — Ni eso tam-

[1] Este remedio es muy conocido, y se ha usado de él várias veces con feliz éxito.

poco; y ademas si Vd. me la entrega por ocho meses, es preciso que se determine á no verla en todo este tiempo, porque yo quiero ser dueño absoluto de la niña, y gobernarla por mí solo y sin contradicciones. Esta proposicion desagradó mucho á Melita, y añadió que era imposible tuviese valor para estar separada de su hija tanto tiempo; motejó al Doctor de ridículo y cruel; pero este, sin darse por sentido de sus quejas, y firme en su resolucion, se fué. Sosegada despues Melita se hizo cargo de que todos los médicos unánimes la habian desahuciado, y solo el Doctor aleman respondia de su vida. Hizo llamarle otra vez á toda priesa, y aunque no sin muchas lágrimas, se determinó á entregarle su hija con las condiciones que exigia. Me es imposible pintaros la rabia y sentimiento de Delfina cuando supo que tenia que ir en un coche mano á mano con madama Steinhausse, mujer del Doctor, la que fué por ella para llevarla á su casa de campo. No quisieron al pronto decirle que



tenia que estar ocho meses fuera de Paris, ni ménos hacer mencion del establo en que habia de vivir; pero á pesar de esta reserva fué su enojo y desesperacion tan grande, que por fuerza la tuvieron que meter en el coche de madama Steinhausse, la que tomándola en brazos, y sentándola sobre sus rodillas, mandó al cochero que marchase al punto.

¡Pobre Delfina, interrumpió Pulqueria enternecida, cuánta lástima le tengo! se separa de su madre por ocho meses... — Su sentimiento era natural, pero todo exceso es reprensible; debemos buscar en la razon y la religion los auxilios para preservarnos de caer en la desesperacion. Y lo que hacia mas culpable á Delfina era

su enojo y desden para con madama Steinhausse, pues añadiendo la insolencia al desprecio, á nada de lo que le preguntaba respondia.

Á las seis de la tarde llegaron á la casa del Doctor Steinhausse, situada en el valle de Montmorency, á cinco leguas de Paris. Figuraos, hijos mios, la indignacion de la imperiosa y vana Delfina cuando la llevaron á la habitacion que le estaba destinada... — ¿Adónde me llevan Vds.? exclamó. ¡Qué porquería!... quita allá!... ¿Á mí en un establo? ¡Qué olor tan malo! Vámonos de aquí... — Señorita, replicó con blandura madama Steinhausse, este olor es muy sano, y á Vd. sobre todo le conviene muchísimo... — ¡Jesus, qué disparate! Vámonos, vuelvo á decir... y llévenme al cuarto en donde he de dormir... — Ya está Vd. en él... — ¿Y aquí he de dormir yo? — ¿Por qué no? aquella es su cama de Vd., y esta la mia... — ¿Quién, yo? ¿Yo dormir aquí en un establo, y en una cama semejante?... — ¿Y qué tiene de malo la cama? ¿No es un buen catre de cinchas? — ¿Vd. se burla sin duda?... — No, señora, le hablo á Vd. muy de véras; este olor, que por desgracia tanto la disgusta, es muy sano y á propósito para la situacion en que se halla, y hará que recobre la salud; esta es la causa por que mi marido ha determinado que pase Vd. en este sitio la mayor parte del tiempo que ha de estar aquí.

Bien hubiera podido la mujer del médico seguir hablando, porque Delfina no estaba en estado de interrumpirla. Sofocada de cólera la infeliz criatura cayó sobre su cama sin poder proferir ni una palabra. En lo amoratado de su cara é hinchazon de garganta conoció madama Steinhausse que se ahogaba, por lo que le quitó el collar y aflojó la cotilla. Cobró Delfina la respiracion, y comenzó á dar tales chillidos que hubieran podido asustar á cualquiera persona de ménos serenidad que madama Steinhausse, la que lo miraba todo y callaba; pero al cabo de un cuarto de hora, viendo que Delfina no se aplacaba, le dijo: Yo, señorita, me he encargado de curar una niña enferma, pero no una loca, y así, buenas noches; volveré cuando este rebato se haya pasado del todo... — ¿Y me deja Vd. sola?... — No por cierto, una de mis criadas se quedará con Vd... — ¿Cómo una criada?... — Sí, una excelente muchacha, muy pacífica, de muy buen genio... Catón... Catón [1]. Á la voz de su

[1] Diminutivo de Catalina.

ama Catón viene corriendo; madama Steinhausse sale del establo, y étela á Delfina mano á mano con Catón, robusta y fornida alemana, pero que no entendia ni una palabra del frances.

Luego que Delfina la vió entrar se arrojó á la puerta para escaparse, pero Catón se lo impidió cerrando con llave y guardándosela



en la faltriquera. Irritada Delfina le dijo que quería la llave; no podia Catón responderle, porque no la entendia, ántes bien se echó á reir de la cólera de Delfina, y despues de haber contemplado un instante aquella figurilla tan extravagante y risible, se sentó con mucho sosiego, y sacando su calceta se puso á trabajar. Esta serenidad aumentó la cólera de Delfina: la cara como un ascua, y echando chispas por los ojos, se acercó á la criada y le dijo mil improperios; sorprendida Catón levanta la cabeza, la mira, encoge los hombros, y prosigue su labor. Ciega de cólera la orgullosa Delfina con este desprecio, furiosa y fuera de sí, no encuentra términos suficientes á su rabia. Estaba al lado de la criada, que sentada y atendiendo á su labor no la podia ver. Delfina del todo arrebatada se hace un paso atras, levanta el brazo, y sacude un bofeton bien dado en el grueso y fresco carrillo de Catón.

Este insulto imprevisto alborotó algo á mi alemana, pero, quitán-

dose al instante una liga, agarró á Delfina, y la ató con seguridad las manos á la espalda; por mas que esta gritaba y forcejaba no le valió, y tuvo que estarse con las manos atadas atras sin poder usar de ellas. Entónces comprendió que es necedad rebelarse contra la fuerza: rabiando en su interior dejó de dar gritos, y sentándose en una silla se puso á esperar con impaciencia que madama Steinhausse volviese, segura de que echaria de casa á la flemática y silenciosa Cató.

Á este punto de su historia llegaba madama de Clemira cuando la Baronesa avisó que eran las nueve y média. Mucho sintieron los niños irse á dormir sin haberse acabado la historia de Delfina, la cual el dia siguiente fué el asunto de sus conversaciones, y por la noche despues de cenar prosiguió su madre en estos términos:

Dejámos á Delfina atadas las manos, sola con Cató, y esperando á madama Steinhausse, que por fin llegó, trayendo de la mano á Enriqueta su hija, la mas amable criatura del mundo, de edad de doce años: luego que Delfina la vió entrar se fué á ella, y enseñándola sus manos atadas se quejó amargamente de lo que llamaba insolencia de Cató; pero nada dijo del bofeton. Volviéndose madama Steinhausse á su criada le preguntó, y esta, dejando admirada á Delfina, que la creia muda, respondió en aleman, disculpándose en dos palabras; entónces madama Steinhausse reprendió á Delfina su exceso. Ya ve Vd., señorita, le dijo, á lo que nos exponen la altivez y violencia: ha abusado Vd. indignamente de la superioridad que su nacimiento le da sobre esta muchacha, y ella se ha visto precisada á faltar al respeto que le debia. Si Vd. quiere que sus inferiores nunca le falten al respeto que le deben, trátelos siempre con dulzura y humanidad. Diciendo esto madama Steinhausse desataba las manos de Delfina, que la estaba escuchando sorprendida de oir un lenguaje tan nuevo. Y mas avergonzada que corregida con esta sábia leccion, no obstante conoció lo justa que era; pero llena de impresiones de adulacion y lisonja, no estaba aun en estado de gustar y amar la razon y la verdad. Madama Steinhausse presentó su hija á Delfina, la que le hizo un cumplido muy frio; de allí á poco cenaron, y á las diez de la noche Cató desnudó á la triste Delfina, y le ayudó á acostarse en su catre; como Delfina estaba muy cansada se convenció de que era posible dormir perfectamente en mala cama y en un estable.

Á la mañana siguiente luego que Delfina despertó, fué el Doctor á verla y le mandó que fuese á pasearse hora y média ántes de almorzar. Este precepto le desagradó mucho; se hizo la remolona; pero al fin tuvo que obedecer. La condujeron á una hermosa y espaciosa huerta, y no obstante que el tiempo era el mejor del año (siendo por fines de Abril), Delfina se quejó del frio, del aire, y aseguró que tenia un pié malo; todo el tiempo que duró el paseo estuvo llorando, pero al fin se paseó. Volviéronla otra vez á su establo muerta de hambre, y almorzó con apetito, cosa que en mas de un año no habia logrado. Despues del almuerzo abrió la caja en que tenia sus joyas, persuadida de que haciendo ostentacion de sus riquezas delante de madama Steinhausse y de Enriqueta le tendrian mucho mas respeto y estimacion.

Con este pensamiento saca llena de vanidad un hermoso collar de perlas finas, y se le ata al cuello: se pone unos pendientes de esmeraldas, y acomoda en el peinado una estrella y una mariposa de brillantes. Despues de esto se fué á sentar muy séria enfrente de Enriqueta, que estaba bordando junto á su madre. Al movimiento que hizo Delfina acercándose á ella, levantó Enriqueta la vista, la miró con indiferencia, y al punto mismo continuó bordando. Admirada Delfina del poco efecto que producia su adorno, y empeñada en fijar la atencion de Enriqueta, le ofreció una pastilla, presentándole una caja magnífica de cristal de roca, con cerco guarnecido de brillantes. Tomó Enriqueta una, pero sin hacer caso de la caja. Entónces le preguntó Delfina qué le parecia su caja. Me parece, dijo Enriqueta, que debe ser muy pesada; una de paja seria mucho mas cómoda... — ¿De paja?... — Seguramente; como la mia por ejemplo: vea Vd. qué pulida es... — Pero sabe Vd. el precio de la mia... — ¿Qué importa el precio cuando se trata de la comodidad? — ¿Y la hermosura del trabajo? — Es cierto que la de Vd. es mas hermosa: adornaria mucho mas una joyería; pero para la faltriquera la mia es mucho mejor. — ¿Con que Vd. no hace caso de lo hermoso en las cosas? — Cuando esto las hace engorrosas é incómodas, no. — ¿No gusta Vd. de diamantes?... — Me parece que cuando somos jóvenes nos está mucho mejor una guirnalda de flores que una piocha de brillantes. — Y cuando la juventud se ha pasado, añadió su madre, ningun adorno puede disimular esta falta. Al oir esto Delfina se quedó muy pensativa; experimentaba

cierta tristeza que jamas habia tenido; no obstante, no atreviéndose á manifestar su despecho, porque el respeto que le causaba madama Steinhausse era bastante para obligarla á reprimirse, tomó el partido de callar. Al cabo de algunos minutos madama Steinhausse dirigiéndose á Delfina, le dijo : Ya que á Vd. le gustan tanto las cajas, le he de enseñar algunas muy bonitas. — ¡ Ah! sí, dijo Enriqueta, mamá las tiene primorosas, y entre otras tiene algunas dandritas... — ¿Qué son dandritas? interrumpió Delfina. — Se da este nombre, replicó Enriqueta, á ciertas piedras que por casualidad y juego de la naturaleza tienen impresa la efigie de algun animal ó planta. Calló Enriqueta despues de esta corta explicacion, y Delfina se volvió á quedar triste y pensativa. Entónces fué la primera vez que hizo reflexiones en su vida.

Enriqueta, decia entre sí misma, no es mas que la hija de un médico : ella no tiene diamantes ni joyas; no la veo jugar con muñecas; siempre está ocupada y trabajando sin cesar : ¿pues en qué consiste que está tan alegre y contenta? ¿Por qué parece feliz, y yo desde que vivo estoy melancólica y triste?... Estas reflexiones que Delfina hacia eran causa de que suspirase á cada instante; pero aunque estaba muy triste, no tanto como en Paris. La conversacion de madama Steinhausse y de Enriqueta la interesaba y excitaba su curiosidad. No podia ménos de venerar la primera, y sentia ya en su interior una inclinacion conocida á su hija.

Por la tarde se le antojó pedir sus muñecas y juguetes. Madama Steinhausse le dijo que se habian quedado olvidados en Paris; pero que dentro de tres ó cuatro dias se los traerian. No obstante el respeto que tenia á madama Steinhausse, iba Delfina á manifestar su disgusto, cuando Enriqueta le propuso, que si gustaba iria á buscar con que divertirla aquella tarde : en efecto salió del establo, y de allí á poco volvió con Cató, que traia dos libros : el uno contenia la coleccion de estampas de todos los trajes turcos, y el otro la de los trajes rusos. Enriqueta enseñaba las estampas con tanta gracia, y las explicaba tan bien, que en efecto Delfina estuvo muy divertida. Ántes de acostarse abrazó á madama Steinhausse y á su hija, diciendo á esta : Espero que mañana me enseñará Vd. otras cosas.

Aquella noche se acostó sin mal humor, y durmió perfectamente; al despertar llamó á Enriqueta; esta vino corriendo, y viendo que Delfina la esperaba con los brazos abiertos, saltó con ligereza sobre

su cama y se abrazó á ella. Se vistió Delfina corriendo, y no se hizo de rogar para ir á paseo. Agarró á Enriqueta de la mano y salió alegremente del establo. Llegadas que fueron á la huerta, viendo correr á Enriqueta, y admirada de su gracia y ligereza, le entraron ganas de imitarla. De allí á poco atisbó Enriqueta una hermosa mariposa de color de rosa y negra, y propuso á su compañera que probasen á cogerla. Al punto comienzan la batida : las dos niñas se separan : Enriqueta como la mas ágil toma la delantera, y se encarga de cortar el paso á la mariposa en caso que Delfina la deje escapar. En efecto, acercándose esta demasiado apriesa del arbusto en que se habia parado, se escapó la mariposa. La persiguen vivamente; y al fin despues de mil vueltas y revueltas se pára en un rosal. Esta vez ya se arrima Delfina con mas cuidado : los brazos extendidos, la cabeza inclinada, adelanta poco á poco un pié y despues otro... Ya por fin toca casi al rosal : palpitándola el corazon y deteniendo el aliento por no menear las hojas, extiende temblando su mano, y cree que va á pillarla; pero ¡qué desgracia! La mariposa



se escapa de entre los dedos de Delfina, dejando en ellos los despojos de su fuga.

Suspira Delfina al ver en su mano parte del polvillo que daba el colorido á las alitas de la mariposa. Cansada, pero no desanimada,

quiere seguir persiguiéndola. Huyendo la mariposa de una parte á otra, insensiblemente las hace ir hasta una zanja que separaba el jardin de un campo; pasa la mariposa á él. Enriqueta salva al instante la zanja; Delfina, que no sabe saltar, no puede imitarla, y en tanto que se aflige, Enriqueta alcanza la mariposa; Delfina la oye gritar *victoria*, y la ve venir con la mariposa entre los dedos, que en vano se agita y forceja para escaparse...

¡Oh qué caza tan bonita! exclamó Pulqueria; ¡qué ganas tengo de que venga la primavera para hacer lo mismo!... — Segun eso, dijo la Baronesa, ya quisieras que hubiera pasado el invierno... — ¡Ah! sí, señora; veríamos mariposas de color de rosa... — Pero entónces no podréis escurriros sobre el hielo, andar con los cochecitos, ni hacer casas de nieve, etc... — Verdad es, y me será muy sensible carecer de estas diversiones. — No las echaréis ménos despues que las hayáis disfrutado toda la estacion que las ofrece. Las cosas están arregladas como debe ser; si todo el año se viese el campo verde, lleno de flores y de mariposas de color de rosa, estos objetos nos serian indiferentes por su continuacion. Acordaos, hijos mios, que para ser dichosos es necesario estimar mas los bienes que se poseen que los que se esperan. Reprimid, pues, vuestra impaciencia, y poned límites á vuestros deseos, porque si carecéis de moderacion, nunca disfrutaréis con gusto de nada. El impaciente deseo de ver llegar la primavera os haria parecer el invierno áspero y riguroso: pensando en las producciones del otoño hallaréis insípidas las del verano, y así ninguna estacion os será agradable. Con esta disparatada disposicion del ánimo, no se pueden apreciar ni las diversiones sobre el hielo en el invierno, ni las cacerías de mariposas en el verano... — Ya he comprendido, abuelita mia, lo que Vd. dice, y prometo en adelante esperar las primaveras sin impaciencia.

Mamá, dijo César; algunas veces he visto mariposas en el jardin que mi tio tiene en Neuilly, y no podia cogerlas, porque nunca vuelan en derechura... — En efecto, replicó madama de Clemira, tienen un modo de volar extraordinario; siempre van de arriba abajo, y de derecha á izquierda, por causa de que sus alas no baten el aire sino una despues de otra, y puede ser que sea con fuerza alternativamente desigual. Este modo de volar les es muy ventajoso en cuanto las liberta de los pájaros que las persiguen, porque volando estos

en línea recta es consiguiente que el vuelo de las mariposas esté casi siempre fuera de esta línea. — ¿En dónde, dijo Carolina, se hallan las mariposas mas bónitas? — No es en Europa, replicó madama de Clemira; las mariposas de la China, pero sobre todo las de América, y en esta las del rio de las Amazonas son las mas notables por su tamaño, vivo resplandor de sus colores y pulidez de sus formas. Los Chinos envían al palacio del emperador las mas hermosas mariposas que se encuentran, que sirven para el adorno del palacio. Usan para cogerlas de una pequeña red de seda. Dicen que hay chinas bastante prolijas para estudiar la vida de esta clase de insectos: cogen las orugas cuando han llegado al término de hilar: encierran muchas juntas en una caja, en que ponen atravesados palitos pequeños, y cuando las oyen sacudir las alas, las sueltan en un espacioso *escaparate* de cristales lleno de flores. Al oir esto los tres niños pidieron á una voz permiso para imitar á las damas chinas estudiando la vida de las mariposas, haciendo redecitas de seda, y fabricando escaparates pequeñitos, etc. Su madre se obligó á proporcionarles este gusto, esto es, á suministrarles los materiales necesarios, pero con condicion de que ellos solos los habian de emplear, y que solo se les ayudaria con advertencias y consejos; convenio que aceptaron los niños con sumo gusto.

Y rogando con instancia á su madre que prosiguiese la historia de Delfina, lo hizo de este modo: Dejamos á Enriqueta y Delfina en el jardin. Cerca de las nueve, madama Steinhausse dió licencia á las dos amigas para ir á almorzar al cuarto de Enriqueta. En este solo vió Delfina objetos que le eran absolutamente nuevos, como flores secas tapadas con vasos, conchas y mariposas, que formaban los dibujos mas preciosos; Enriqueta satisfacia á sus preguntas con su acostumbrada complacencia: le enseñó todo muy por menor, y le dijo que las conchas se dividian en tres clases, y que estas tres clases formaban en todo veinte y siete especies, en las que estaban comprendidas todas las diferentes conchas conocidas. Escuchaba Delfina á Enriqueta con tanta curiosidad como admiracion, y le decia: ¡cuántas cosas sabe Vd.! Yo, replicó Enriqueta, no sé aun nada, solo tengo algunas nociones confusas y superficiales, pero tengo vivos deseos de instruirme, y mucha pasion á la lectura... — ¡Pasion á los libros! esto sí que es cosa rara... — ¿Cómo cosa rara? Yo creo que este es un gusto muy general... — Pues yo no estaba

en eso. — ¿Quiere Vd. que le preste libros? — Con mucho gusto entre tanto que me traen mi muñeca... — Pues bien, voy á darle á Vd. *las Conversaciones de Emilia y el Amigo de los niños* [1].

Al acabar de decir esto Enriqueta tomó en su librería el *Amigo de los niños*, y se lo dió á Delfina, que lo recibió con bastante indiferencia : de allí á poco la condujo madama Steinhausse al establo, en donde dejándola con Cató le dijo volveria dentro de dos ó tres horas.

Mirando la Marquesa á su reloj y viendo que eran las diez se levantó ; y aunque los niños embelesados con la historia de Delfina hubieran deseado prolongar la velada, no hubo remedio, y se fueron á acostar. Al dia siguiente Carolina y Pulqueria pidieron á Victoria les enseñase á hacer punto de malla, con la mira de estar en estado de hacer la red que en el mes de Abril serviria para coger todas las mariposas de Champcery. César por su parte se informaba muy por menor del modo con que se podria construir con solidez y á poca costa un escaparate pequeño todo de vidrios. Morel, su lacayo, le dió sobre este punto las noticias que deseaba. Mr. Fremont le regaló el *Espectáculo de la Naturaleza*, siendo la lectura de esta obra el recreo de la tarde. Estas diversiones en nada amortiguaron el deseo que se tenia de saber el fin de la historia de Delfina, y llegada la hora de la tercera velada, continuó la Marquesa de este modo :

Sola en su establo con Cató, y no teniendo juguetes, quiso Delfina buscar en el *Amigo de los niños* un recurso contra la tristeza ; abrió este libro casi maquinalmente, y se puso á leer : á poco que hubo leido la interesó y fijó su atencion. Comprendió admirada como la lectura puede suplir por otras muchas diversiones. Estando embebiba en estas reflexiones oyó llamar á la puerta del establo. Cató fué á abrir, y Delfina vió entrar una anciana labradora, guiada por una muchacha de quince á diez y seis años, que preguntó á Delfina si era la hija del Doctor Steinhausse. No, respondió Delfina, pero no tardará en venir ; al oir esto la anciana suplicó que se le permitiese esperar á Enriqueta, porque, añadió, me es preciso hablarle : en este instante reparó Delfina que la aldeana era ciega, y le preguntó si venia con intento de consultar al Doctor Steinhausse. Sí, señora, respondió, pero no hubiera yo venido por mí misma ; la

[1] Acabamos de hacer una edicion ilustrada del *Amigo de los niños*, de M. Berquin, obra muy útil y agradable.

señorita Enriqueta me ha enviado á buscar... — ¿Cómo es eso ?... Á esta pregunta satisfizo la buena vieja, refiriendo que vivia en Franconville, que hacia tres años que habia cegado, lo que le era muy sensible, no tanto por sí misma, como á causa de que á su nieta Aguedita (la misma que la guiaba) la amaba en extremo un rico labrador del lugar de Enriqueta, pero que Águeda no se queria casar con él, porque decia que una vez casada y encargada del pormenor de un menaje no podria cuidar á su abuelita ciega, hacerle compañía, servirla y guiarla á todas partes, y que no queria fiar este cuidado á una criada. Á esto añadió Águeda que era muy natural el pensar de este modo, porque habiendo quedado sin padre ni madre desde muy niña, su abuela la habia criado. Y esta es la causa, añadió la abuela, por que esta hija de mi alma no me quiere abandonar. La señorita Enriqueta ha sabido esto, y me ha enviado á buscar á fin de que consulte á su padre, que ha curado á no sé que tantos que no veian gota.

Al acabar estas palabras llegó Enriqueta : abrazó con el mayor afecto á la abuela y á la nieta : les hizo várias preguntas con mucho agrado, y escuchaba sus respuestas con ternura ; y despues tomando á la buena vieja por la mano, le dijo : Venga Vd. á ver á papá, que acaba de llegar de Paris. Diciendo esto Enriqueta le obligó á apoyarse sobre su brazo, y agarrando con la otra mano á la niet salió del establo.

Esta escena hizo mucha impresion en Delfina ; jamas le habia parecido Enriqueta tan amable y preciosa ; se acordaba con sumo gozo de sus razones con las dos aldeanas, y sobre todo de la expresion que tenia entónces su semblante. Este recuerdo representándosela con los mas graciosos coloridos, aumentaba la inclinacion que le tenia, y le inspiraba un deseo de imitarla que nunca habia sentido.

Al cabo de un cuarto de hora volvió Enriqueta fuera de sí de alegría : ¡ Qué dichosa soy, dijo á Delfina, de haber tenido el pensamiento de que esta buena mujer viniese ! Mi padre asegura que la curará : de aquí á ocho dias la hará la operacion de las cataratas, y me ha prometido que hasta que esté perfectamente curada no saldrá de casa : imagínese Vd. qué grande es mi gozo, continuó Enriqueta ; luego que esta mujer vea, su nieta podrá casarse con el labrador que la pretende, puesto que la abuela no habrá menester quien la

guie; de este modo el amor que le tiene Águeda no le costará el sacrificio del casamiento mas ventajoso que puede hacer. — ¡Ah querida Enriqueta mia, exclamó Delfina enternecida, veo en efecto qué dichosa es Vd., y conozco que lo merece!

El Doctor y su mujer, que entraron á este tiempo, interrumpieron la conversacion. El Doctor preguntó á la enferma cómo se hallaba: Mucho mejor, respondió esta; estoy algo cansada de haber corrido, pero este causancio no me entristece como me sucedia en Paris cuando volvia de los bailes ó de la ópera. No lo extraño, dijo el Doctor sonriéndose, las fatigas de Paris causan calenturas; y las del campo abren las ganas de comer, hacen dormir bien, y son causa de los colores que ve Vd. tiene Enriqueta. Despues de estas palabras el Doctor le tomó el pulso, y le mandó seguir el mismo régimen hasta nueva órden.

Aquel mismo dia tuvo Delfina carta de su madre, se la enseñó á Enriqueta, la que de allí á un instante salió, y volviendo con recado de escribir le dijo: Aquí tiene Vd. con que responder á la señora su madre... Al oir esto Delfina se puso colorada, y bajando los ojos dijo: ¡Pero si no sé escribir! — ¿Cómo, replicó Enriqueta, nada, nada?... — Formo algunas letras grandes, y nada mas. Pesarosa Enriqueta de ver á Delfina avergonzada, le dijo: No es extraño que habiendo estado mala hace ya dos años no haya Vd. aprendido á escribir; pero ahora que está Vd. buena, podia con facilidad recuperar lo perdido... — Mucho me alegrara yo, por ejemplo, si alguno aquí me quisiese enseñar... — Mi letra no es muy mala, y si Vd. gusta yo la enseñaré. Solo respondió á esto Delfina dándola un estrecho abrazo, y se convino que la primera leccion seria al dia siguiente.

Ya empezaba Delfina á avergonzarse de su mucha ignorancia. Amaba y admiraba á Enriqueta, y esta se servia de esta especie de ascendiente para inducirla á estar ocupada y á instruirse: ofreciale tan buen ejemplo, y parecia estar siempre tan gustosa, que Delfina no podia resistir al deseo de imitarla; ademas hallaba en su trato y en el de su madre un agrado que cada dia la interesaba mas: unas veces madama Steinhausse le hablaba de Botánica, de Mineralogía, ó bien le referia algun paso de historia. otras veces le hablaba de la Alemania; de los establecimientos útiles y curiosidades que se hallan en Viena; de las magníficas colecciones de pinturas que se

ven en Dresde y en Dusseldorf; de diversos y hermosos jardines, y entre ellos el de Neuvaldek ó de Ornback en el Austria; el de Swetsingue, á cuatro leguas de Manheim, que contiene una hermosa casa de baños, una magnífica ruina de un castillo de aguas, un templo de Apolo, una soberbia mezquita, y un sinnúmero de árboles muy particulares: le pintaba los bellos jardines de Reinsberg en Prusia, y el hermoso templo de la Amistad, obras de un Rey-Héroe que se halla en los jardines de *Sans-souci*. Este apreciable monumento es de mármol, y encierra el mausoleo de la margrave de Bareith, hermana del rey: estriba sobre unas magníficas columnas, en las que se leen los nombres venerados de los mas célebres amigos de la antigüedad, como son: Theseo y Pirithóo, Oréstes y Píades, Epaminóndas y Pelópidas, Ciceron y Ático, etc., héroes verdaderamente dignos de vivir para siempre en la memoria de los hombres, porque supieron ser á un tiempo magnánimos y sensibles, y que solo debieron su dicha, su gloria y su fama á la virtud y al poder de la amistad. Escuchaba Delfina estas narraciones con suma atencion: cada dia iba tomando mas afecto á madama Steinhausse; empezaba á conocer el precio de sus consejos, y á veces le rogaba se los diese; deseaba con ánsia complacerla, y era su mayor gusto cuando conocia que aprobaba su conducta.

Entre tanto Enriqueta, y por consiguiente Delfina veian con sumo gusto aproximarse el dia en que se debia hacer la operacion de las cataratas á la buena vieja; Simon el rico labrador, mas amante que nunca de Águeda, habia suplicado á madama Steinhausse y á Enriqueta que protegiesen su amor. El haberle despedido Águeda era prueba tan clara del grande afecto que tenia á su abuela, que esto contribuia á hacerla mas preciosa y amable á sus ojos. Madama Steinhausse habia hablado con Águeda, y esta le habia confesado que estimaba mucho al señor Simon...

Pero no obstante, interrumpió Pulqueria, espero que no querrá casarse á ménos que su abuela no recobre la vista. — ¿*Lo esperas*, preguntó su madre, ó lo juzgas por tí misma?... — No por cierto, mamá, porque entónces hubiera dicho: *estoy cierta*. Oyendo esto la Baronesa Delbi alargó una mano á Pulqueria, que levantándose fué á abrazarla corriendo, como tambien á su madre; la que prosiguió su historia diciendo: Águeda prometió positivamente casarse con Simon si el Doctor curaba á su abuela, y con tal que fuese á

vivir con ellos. Simon aceptó estas condiciones con sumo gusto, y amante tierno de Águeda, dudoso entre la esperanza y el temor, aguardaba con tanta inquietud como impaciencia el dia señalado



para la operacion. Llegó en fin este dia tan deseado; Delfina pidió y obtuvo permiso para asistir á la operacion. Despues de comer fué á buscar Enriqueta á la pobre ciega para llevarla al gabinete de su padre. Penetrada de agradecimiento la pobre mujer no sabia cómo dar las gracias á su jóven protectora, y apretándola afectuosamente la mano, le decia: que si Dios le volvia la vista tendria tanto gusto en verla á ella como á su nieta. Luego que entraron en el cuarto mandó el Doctor que todos callasen; la abuela se sentó en una silla, y pidió que su nieta y Enriqueta estuviesen á su lado. Simon el labrador, pálido y temblando estaba en pié arrimado á una mesa. Águeda, tapándose la cara con su delantal para no ver la operacion, tenia cogida una mano de su abuela, que regaba con sus lágrimas. Madama Steinhausse y Delfina sentadas á poca distancia enfrente de ellas, contemplaban enternecidas esta interesante escena. Comienza el Doctor la operacion; la buena mujer la sufrió con valor... De improviso dice el Doctor: Ya está hecho; al punto exclama la anciana: ¡Dios mio, ya no soy ciega! Águeda, hija mia, que vuelvo á verte! ¿Y la señorita Enriqueta dónde está? Águeda deshecha en llanto



OPERACION DE LA CATARATA. (P. 26.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

se arroja en sus brazos. Enriqueta fuera de sí de alegría llega corriendo á abrazarla; y el labrador se arroja á los piés de Águeda diciendo: Ya es mia... Enajenada Delfina al ver este tierno espectáculo se precipita en los brazos de Enriqueta, y solo con sus lágrimas puede expresar los dulces sentimientos de ternura que inundan su alma.

Seguramente, interrumpió César llorando, de esta vez será Delfina tan buena como Enriqueta. — Tienes razon, replicó su madre, acabó de conocer Delfina que la nobleza, los diamantes y las joyas no pueden hacernos dichosos, y que sola la bondad puede producirnos felicidad en esta vida. Testigo de la satisfaccion tan pura de que gozaba Enriqueta, y del tierno agradecimiento que la abuela, Águeda y Simon le manifestaban; leyendo en los ojos del Doctor y de su mujer cuán felices se contemplaban por tener una hija tan digna de su amor, envidiaba Delfina la suerte de Enriqueta, y al mismo tiempo sentia aumentarse y arraigarse en su interior la amistad que le tenia. Pasado el primer instante de alborozo y enternecimiento pidió el Doctor á la abuela que señalase el dia del casamiento de su nieta. Se dispuso que Simon casaria con Águeda de allí á tres semanas.

El Doctor y su mujer se encargaron del ajuar y galas de Águeda, y Enriqueta pidió permiso para regalarle una pieza de indiana que su madre le habia dado el dia ántes. En todo lo restante del dia no oyó Delfina sino alabanzas de Enriqueta; la pobre anciana la llamaba su amable protectora, y siempre que daba gracias al Doctor añadia: pero principalmente debo mi dicha á la señorita Enriqueta; ella es la que me ha hecho venir, quien ha hecho se me recibiese en esta casa; de este modo se informa de los que pasan trabajos, los descubre, los envía á buscar y los hace felices... — Á todo esto Águeda besaba las manos de Enriqueta; Simon no podia hablar, pero levantaba los ojos al cielo, y sus miradas expresaban el mas vivo agradecimiento. Todos los criados llenaban de bendiciones á su señorita, y referian otros muchos actos de beneficencia que habia practicado. Madama Steinhausse y el Doctor se felicitaban mutuamente de la bondad y virtud de su hija. Recibia Enriqueta estas alabanzas con modestia y ternura, y todas las referia á su madre: Si no fuera por Vd., le decia, por su tierno esmero y cuidado, no disfrutaria yo de estos gustos. ¡Ah mamá! acabe Vd. de corregirme de los defectos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tengo, para que así sea mas digna de tal madre, y pueda contribuir mejor á su felicidad.

Delfina se aprovechaba de todas estas razones, y por la noche cuando se vió sola con madama Steinhausse, dándole un abrazo y mirándola con ternura le dijo : ¡ Ah Señora ! ¿ Cómo es posible que me haya Vd. podido sufrir hasta ahora, siendo tan distinta de Enriqueta ? ¡ Y qué odiosa le debo de haber parecido !... — Mucho tenemos adelantado cuando conocemos nuestras faltas, contestó madama Steinhausse ; ademas que de algun tiempo á esta parte es Vd. mejor, y todos notan en Vd. esta mudanza casi repentina... — ¡ Pero qué léjos estoy, repuso Delfina, de parecerme á la amable Enriqueta ! Ayer mismo, ¿ no he tenido dos ó tres impaciencias que Vd. ha notado muy bien, y que la han mortificado ? ¿ No he hablado con mal modo á Mariana, y he querido que riñese Vd. á Cató ? Pero á propósito de Cató ; ¿ he pensado jamas en pedirle perdon de la bofetada que le di cuando vine ? ¡ Pobre Cató ! ¿ Cómo es posible que yo la maltratase siendo tan buena ?... Haga Vd. que venga para hacerle conocer lo pesarosa que estoy de haberla ofendido. Al punto llamó madama Steinhausse á Cató, que vino luego. Suplicó Delfina á su ama que le sirviese de intérprete ; y acercándose á Cató con las manecitas cruzadas le pidió perdon con el modo mas natural y expresivo, concluyendo su arenga diciéndole con suma gracia : Y en fin, querida Cató mia, si me perdonas, me has de dejar que te dé un beso en el carrillo mismo en que te di con tanta vileza el bofeton. Enternecida Cató no se atrevia á acercarse por respeto ; pero Delfina arrojándose á ella la abrazó y besó con sumo gusto, porque conocia que solo de este modo podia satisfacerla de la afrenta. Cató se salió del establo limpiándose las lágrimas y diciendo en aleman que Delfina era una señorita verdaderamente amable. Luego que se fué, sacó Delfina de un armario un poco de muselina, diciendo que queria regalársela á Cató. ¿ Y por qué, preguntó madama Steinhausse, no se la ha dado Vd. ahora ? — Porque hubiera pensado que con esto la queria pagar el bofeton, y entónces esta fineza en vez de serle agradable la hubiera ofendido, porque me parece que no se satisface una ofensa con dinero. ¿ No era muy regular que Cató no me perdonase si hubiera conocido que queria satisfacerla con esto ? — Tiene Vd. mucha razon, dijo madama Steinhausse, eso se llama pensar con finura ; conserve Vd. esos sentimientos, pues con ellos

parecerá mayor su generosidad, y dará un realce grandísimo á todos sus procederes.

Al acabar de decir estas palabras madama Steinhausse, trajeron á Delfina una carta de su madre Melita, en que le prevenia le enviase á decir qué juguetes ó cosas eran las que queria que le remitiese. Despues de haber leido esta carta, suspiró Delfina, y rogando á madama Steinhausse le escribiese la respuesta, se la dictó del modo siguiente :

« Querida mamá mia : doy á Vd. mil gracias por su bondad y « favores ; pero ya no me gustan los juguetes ; voy á decir á Vd., « puesto que me lo manda, lo que al presente me daria mas gusto. « Hay aquí una anciana labradora muy buena y muy pobre ; es « verdad que su nieta está para casarse con un rico labrador ; pero « como este será el que tendrá el dinero, puede ser que no le dé á « la abuela tanto como su nieta quisiera, por lo ménos me lo temo « así, y no obstante desearia que de nada careciese la anciana. La « quiero no solo porque es buena, sino tambien porque es madre. « Conozco que daré siempre con mas gusto á la recomendacion del « nombre de madre que á otra cualquiera. Madama Steinhausse me « ha dicho que con una pension de cincuenta escudos se aseguraria « su fortuna ; por tanto, querida mamá mia, suplico á Vd. que me « envíe, en vez de las chucherías que me ofrece, una pension de « cincuenta escudos, que al instante entregaré á la abuelita. Me « alegrara mucho de darle ademas una pieza de cotonia á fin de que « tenga un vestido nuevo para el dia de la boda de su nieta. Buenas « noches, mamá mia : mi salud se restablece cada dia mas ; debo « mil favores á madama Steinhausse, y estaria del todo contenta « si no me viese privada de la dicha de ver á mi querida mamá ; á lo « ménos tengo su retrato siempre conmigo, cada dia lo beso, salu- « dándolo por mañana y noche, y en esta ocasion sobre todo se me « oprime mas el corazon al pensar que estoy á cinco leguas de Vd. ; « si no fuera por esto no deseara salir de aquí, porque este país es « delicioso, y ademas dicen que este año habrá muchas guindas. Me « hará Vd. el favor de decir á mi aya que le estoy criando un tordo, « no obstante que ha escrito á madama Steinhausse que está cierta « que desde que estoy aquí habré pellizcado mas de veinte veces á « Enriqueta ; esto ponia en su carta, y me ha sido muy sensible, « porque si supiera Vd., mamá ¡ qué sumamente mala seria preciso

« fuese cualquiera que pellizcase á Enriqueta!... Ademas que espero « no pellizcar á nadie mas en mi vida: á Dios, amable y querida « mamá. Su hija que la abraza de todo corazon. — Delfina. »

De allí á dos dias recibió Delfina la respuesta de su madre en los términos mas cariñosos, y en vez de una pension de cincuenta escudos para la anciana labradora, una escritura de trescientas libras, sin olvidar el vestido nuevo para el dia de la boda. Llena de gozo Delfina llevó al instante este regalo á la abuela, que con este aumento de fortuna se vió del todo feliz. Su agradecimiento y el de Águeda, las alabanzas de madama Steinhausse, y las tiernas caricias de Enriqueta hicieron gozar á Delfina una satisfaccion de que hasta este punto solo habia tenido una idea imperfecta, porque para conocer el valor de un placer tan puro es menester haberlo experimentado. Aquella noche preguntó Delfina á madama Steinhausse cuánto le habia costado á Melita la pension de trescientas libras. Mil escudos poco mas ó ménos, respondió madama Steinhausse, porque esta renta solo es vitalicia. — ¿Cómo, replicó Delfina, se puede con mil escudos asegurar su manutencion á una persona que nada tiene?... ¡Mil escudos! Justamente ese es el precio de mi piocha de diamantes... — Y bien, señorita, dijo madama Steinhausse, ¿está Vd. muy contenta con su piocha? — No por cierto, respondió Delfina, muchísimo mas me gusta una rosa; y cuando pienso que con mil escudos se puede sacar para siempre de miseria á un desdichado sin otro recurso, no comprendo como hay quien tenga la locura de comprar diamantes, y abomino aquella piocha tan cara, tan pesada y que me incomoda tanto cuando me la pongo.

Dos dias despues de esta conversacion se hicieron las bodas de Águeda y Simon en casa del Doctor. Se pusieron las mesas en el jardin, debajo de la sombra que formaban los nogales plantados sin órden, sobre un hermoso tapete de céspedes esmaltados de sérpoles y violetas: unos treinta labradores de las cercanías, que habian sido convidados, se sentaron á las mesas, y madama Steinhausse cuidó de la de los novios. Acabada la comida se bailó en el jardin hasta la noche, y Delfina participando de la comun alegría decia á madama Steinhausse: Nunca me han divertido mucho los bailes de Paris; pero de aquí adelante me serán del todo fastidiosos. — Es cierto que las verdaderas diversiones solo se hallan en el campo, y cuando una vez se ha disfrutado de ellas, todas las que las ciudades pueden

dar de sí, parecen tan insípidas como molestas y llenas de alboroto.

Llegó el mes de Julio, y entónces le pareció á Delfina el campo mucho mas hermoso: daba largos paseos por los prados y huertas, y algunas veces se paseaba en las noches de luna con madama Steinhausse y Enriqueta. Ademas, como ya le era gustosa la ocupacion, no estaba ni un instante ociosa, leia, escribia, hacia labor, aprendia de Enriqueta á dibujar flores y á secar plantas, de cuyos nombres y virtudes se informaba menudamente; invertia en buenas obras el dinero que Melita le enviaba todos los meses para su bolsillo. Adorada de todos los que la trataban, y contenta de sí misma, cada dia se figuraba que iba en aumento su felicidad: ya no se veia en su rostro aquella languidez y abatimiento que por tanto tiempo habian alterado su hermosura; sus ojos estaban llenos de viveza y expresion: habia recobrado todas las gracias de la juventud, y sabiendo igualmente andar bien, correr y saltar, habia adquirido en cuatro meses mas gracia, donaire y agilidad que la que los maestros de baile le hubieran podido enseñar en cuatro años.



Á principios de Agosto le dijo el Doctor que podia salir de su establo, y al punto la condujeron á un cuartito muy gracioso, que de intento se habia preparado para ella. Grande fué el gusto que recibió Delfina al verse en esta habitacion, cuyas vistas eran tan agradables como sus conveniencias á propósito para ella: las ven-

tanas daban sobre un valle, cuya vista amena, y la limpieza de todo el cuarto y de sus muebles la encantaba. Explíqueme Vd., decia á madama Steinhausse, ¿por qué este cuartito me parece tan hermoso, y por qué me disgustaba tanto el que tenia en Paris, no obstante que era mucho mayor y mas adornado que este? — Primeramente su habitacion de Vd. en Paris daba sobre un miserable jardinillo rodeado de altas paredes; ademas, ántes de venir aquí, solo habia Vd. disfrutado de los falsos gustos que ofrecen la vanidad, el lujo y el gran mundo; gustos que como solo existen en la aprehension, con facilidad nos cansan, y en efecto la disgustaban; y no conociendo los verdaderos y sólidos se consumia de tristeza: tal era su situacion. Habia Vd. vivido con demasiada abundancia para poder apreciar las conveniencias y gustos que una decente medianía puede procurarnos; de nada disfrutaba con gusto, porque nada le quedaba que desear. Las cosas mas gratas se nos hacen insípidas y enfadosas si no nos valemos de la razon para usar con moderacion de ellas; pondré un ejemplo: es Vd. muy amiga de flores, y la he visto buscar con particular distincion y gusto la violeta; ¿por qué, pues, esta inclinacion particular á esta flor, inclinacion que le es á Vd. comun con todos los niños? La razon es que la violeta está oculta



entre sus hojas; que es ménos comun que el tomillo, y que es menester buscarla. Si estuviese esparcida en los campos con suma abundancia, y si las hallase Vd. á cada paso, dejaria de tenerles

inclinacion, no haciendo de ellas mas caso que de un césped. Las producciones del arte son sin duda alguna inferiores á las de la naturaleza; es, pues, mucho mas fácil que aquellas nos fastidien, no obstante tienen su mérito, ofrecen varios placeres, pero estos solo los disfrutan los que usan de ellas con moderacion. Si Vd. llena su casa y su cuarto de porcelanas, á pocos dias se verá disgustada de ellas; si va Vd. todos los dias á las comedias, en vez de recrearla le serán enfadosas; si se detiene Vd. mucho en la comida, si en ella solo prueba manjares exquisitos, llegará tiempo en que coma sin ganas, y por consiguiente sin gusto. Del mismo modo sucede con todas las cosas de que abusamos: queriendo satisfacer completamente nuestros deseos, los destruimos. Acuérdese Vd., pues, que el exceso de las cosas superfluas léjos de contribuir á nuestra dicha, la arruina enteramente; piense Vd. que el lujo solo deslumbra á los necios, y no produce ningun gusto verdadero; nada hay mas incómodo que la magnificencia; los pendientes de diamantes desgarran las orejas; un vestido cargado de oro abruma el cuerpo y despelleja las manos; las joyas y los adornos preciosos imponen mil sujeciones, porque se siente infinito romper un par de vueltas de punto, ó hacer pedazos una caja primorosa. Si ayer hubiera Vd. llevado un delantal guarnecido de encajes no hubiera cogido tantas rosas silvestres entre los zarzales, en donde se dejó la mitad del vestido, y no hubiera Vd. vuelto tan alegre y contenta de su paseo. La magnificencia en los muebles no es ménos engorrosa; yo por mí quisiera cien veces mas habitar para siempre en el establo que Vd. acaba de dejar, que en aquellas brillantes habitaciones, en donde se ve precisada la gente á manejarse con suma precaucion por el temor de romper algun cristal, ó echar á perder algun dorado exquisito, ó bien derribar una primorosa rinconera cubierta de ricas piezas de china y porcelana. ¡Qué lástima tengo á los de que este modo se hacen esclavos de sus riquezas! La vanidad que los ciega podria, bien dirigida, enseñarles los verdaderos medios de obtener la consideracion á que aspiran. En vez de ostentar tanto fausto ¿por qué no practican obras de beneficencia? — Es cierto, interrumpió Delfina, y se harian amar generalmente; pero ademas, ¿es posible que haya quien no encuentre sumo placer en hacer bien? ¿existirá acaso alguna alma tan cruel que sea insensible á la félicidad de los otros? — Esa inhumana dureza, replicó madama Steinhausse, no es natural; pero á cual-

quiera que dé rienda suelta á sus ideas gastando todo su dinero en vanas superfluidades, se le apoca el espíritu, el corazon se le endurece, y al fin acaba corrompiéndose del todo. — ¡Ah! exclamó Delfina, cualesquiera que sean mis conveniencias jamas me corromperán; procuraré ser moderada, me acordaré de la tristeza y tédio que he experimentado en medio de la mayor abundancia; tendré presente que me ha sido preciso pasar cuatro meses en un establo para estar en estado de apreciar alguna de las cosas de que estaba fastidiada; y sobre todo, jamas olvidaré que existen pobres desdichados, y que el gozo que se recibe socorriéndolos es el mayor y mas puro que se puede tener en esta vida. Esta conversacion se concluyó con las mas tiernas expresiones de agradecimiento de Delfina á madama Steinhausse, que en efecto habia adquirido derecho á ellas por haberle enseñado á raciocinar, á pensar y á sentir.

Aun estuvo Delfina dos meses en casa del Doctor, en los que acabó de perfeccionar su genio y fortificar su salud. En fin, á principios del mes de Octubre tuvo el consuelo de ver á su madre... Melita la recibió con el extremo de alegría que se deja imaginar:



apénas podia conocerla; habia Delfina crecido mucho, aunque en poco tiempo; habia tambien engordado, y tenia los mas bellos colores. Creyendo Melita apénas lo que estaba viendo, la miraba, la estrechaba entre sus brazos, queria hablarle, y solo con lágrimas

podia dar á entender el extremo de su regocijo. Algun tiempo estuvo contemplando madama Steinhausse esta escena tan tierna, pero al fin tomando la palabra dijo á Melita: Vd., señora, me la ha entregado medio muerta, y se la vuelvo con toda la fuerza de la salud mas robusta, y lo que es mas, se la entrego á Vd. buena, dócil, igual, compasiva, razonable y digna de hacer dichosa á su madre. No obstante es tan jóven, y está tan poco perfeccionada, que á ménos de ciertas precauciones es de temer que tenga alguna recaída, y si Vd. quiere precaverla este es el régimen que debe seguir; no es riguroso, pero es necesario... — Yo le prometo á Vd., dijo Melita, que le siga puntualmente, démele Vd., continuó tomando un papel que le presentaba madama Steinhausse, y abriéndolo leyó en voz alta lo que sigue:

RECETA DEL DOCTOR STEINHAUSSE PARA LA SEÑORITA DELFINA.

« Deberá pasar seis meses del año en el campo: irá muy pocas « veces á los teatros cuando esté en Paris: hará mucho ejercicio á « pié, aun en el invierno; sus almuerzos y meriendas solo serán de « pan seco, excepto en el tiempo en qué haya fruta: usará de los « vestidos mas sencillos, porque son los mas cómodos y ligeros.

« Para preservarla de la melancolía se le darán libros instructivos « y curiosos: no se le permitirá estar ociosa ni un instante; y si « experimentase por casualidad algun humor melancólico se le re- « cordará la historia de la abuela de Águeda, y el bien que hizo á « esta pobre anciana. Siguiendo este método y régimen conservará « esta señorita la salud, la alegría y la dicha de que en la actualidad « disfruta. »

Melita aprobó en un todo este régimen; aseguró que lo seguiria exactamente, y manifestó el mas vivo agradecimiento á madama Steinhausse. Al año siguiente compró una casa en el valle de Montmorency, inmediata á la de esta señora, á quien conservó Delfina toda su vida el cariño y respecto que le debia, y la amistad mas tierna para con Enriqueta. Se fué haciendo amabilísima en extremo, adquirió instruccion y talentos, y se vió admirada y querida de todos los que la conocian. Su madre la buscó un marido digno de ella, que haciéndola feliz, lo fueron entrambos hasta la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dejando de hablar madama de Clemira, ¿ y qué, exclamó Pulqueria, se ha acabado la historia ?... ¡ Qué lástima !... — Si Melita, dijo Carolina, hubiese sido tan juiciosa como madama Steinhausse, nunca hubiera sido Delfina perezosa, caprichuda y mala ; ¡ ha, y cuánto vale una buena madre !...

Al decir estas palabras besó Carolina la mano á su madre. Mamá, dijo Pulqueria, no he querido interrumpir á Vd. en un paso interesante de su historia ; pero tengo de preguntarle una cosa : ¿ á qué mal de ojos se llama cataratas ? — A una enfermedad que quita la vista cuando se forma en los dos ojos. Al decir esto se levantó la Marquesa, y aunque era mas tarde que otras noches, á los niños les habia parecido breve la velada ; se fueron á acostar con algun género de repugnancia, y toda la noche soñaron con Delfina.

Al dia siguiente Morel dijo á César que habia sacado la cuenta de lo que costaria todo lo que era preciso comprar para hacer el escaparate de vidrios destinados á las mariposas ; y que este gasto subiria á siete ú ocho luises. Sería un gusto muy caro, dijo César, otros podremos buscar mas baratos : voy á ver á mis hermanas para quitarles esta idea de la cabeza. En efecto fué al instante al cuarto de las niñas : Vengo, les dijo, á ofreceros una ocasion de hacer ver á mamá que no nos ha contado en balde la historia de Delfina... — ¿ Pues cómo, hermanito ? — Sí, podemos hacerle conocer que nos han aprovechado las razones de madama Steinhausse : ¿ os acordáis que dijo que no era justo satisfacer todos nuestros deseos ? — Sí, ya me acuerdo. — Pues bien ; nuestro escaparate para las mariposas costaria ocho luises. — ¿ Ocho luises ? — Nada ménos ; y con esta cantidad podríamos hacer alguna buena obra... — ¿ Se podria señalar una pension con ocho luises ? — No, porque sería casi nada su rédito ; pero estos ocho luises podrian aliviar á alguna pobre familia. — Pues segun eso, hermanito, abandonemos la idea del escaparate ; no obstante, á saberlo, no hubiera trabajado tanto en aprender á hacer punto de malla... — ¿ Y qué importa ? ¡ Tendremos tantas diversiones !... Haremos como Enriqueta ; secaremos flores y plantas ; aprenderemos la Botánica y la Agricultura... — Y pediremos á mamá dinero para hacer buenas obras... — Mamá no es tan rica como Melita, y solo ha venido aquí para no hacer gasto : no puede dar pensiones ; pero ya sabéis lo caritativa que es con los pobres... — Era menester que procurásemos hallar alguna buena vieja muy

pobre ; ¡ si la pudiésemos encontrar ciega qué gusto sería ! haríamos venir de Autun un cirujano para que le hiciese la operacion de las cataratas. — Seguramente ; pero es menester que hagamos de modo que nuestras diversiones no cuesten mucho, pues no es regular que mamá nos dé al mismo tiempo dinero para nuestros gustos y para las cataratas. — Es verdad que no se puede lograr todo.

Despues de esta consulta fueron los niños al cuarto de su madre, y le dieron parte de la resolucion que habian tomado. La Marquesa los abrazó, alabando la bondad de sus corazones. Conservad, les dijo, hijos mios, ese modo de pensar, pues con él asegurarèis vuestra felicidad y la mia ; para premiaros desde luego prometo buscaros la ocasion de gastar como deseáis los ocho luises que hubiera costado el escaparate. ¡ Ah ! mamá, replicó Pulqueria, añada Vd. á esto una historia todas las noches, en vez de *en cuando en cuando* como habia Vd. ofrecido al principio. — Vengo en ello, con tal que no me deis motivos de queja ; porque el que en el dia no sea bueno, por la noche no asistirá á la velada. — ¡ Válgame Dios, mamá mia, qué rigor tan grande ! — Pero ni tu hermano ni tu hermana se quejan. — Mamá, porque temen ménos que yo, que soy la mas jóven, y por consiguiente tengo ménos juicio. — Por lo mismo no exijo tanto de ti. — Verdad es, mamá, conozco lo equitativa que es Vd., pero no por eso dejo de temer que algunas noches tendré que irme á la cama sin velada.

Aquella mañana misma se fué César á pasear por el campo con Mr. Fremont, y habiendo llegado cerca de una choza, repararon que un muchacho daba golpes á otro mucho mayor y de mas edad que él. El mayor de estos niños se contentaba con evitar los golpes sin volverlos. Acercándose César á él le preguntó si era su hermano aquel muchacho que le estaba maltratando. — No, Señor, respondió él, es un vecino nuestro. — Muy malo debe de ser, replicó César ; ¿y por qué cuando te pega no le das tú tambien ? — Señor, no puedo, porque soy mas fuerte que él [1]. Al oir esto miró César á Mr. Fremont, y le dijo en voz baja : Vea Vd. un niño muy generoso ; es menester informarnos si su familia es pobre... — ¿ Cuántos años tienes ? preguntó Mr. Fremont al muchacho. — Ocho años. — ¿Cómo te llamas ? — Agustin, para servir á Vd. — ¿ Tienes padre y

[1] El autor de esta obra ha tenido la satisfaccion de oir esta respuesta á un niño de ocho años.

madre? — Sí, Señor, á Dios gracias, y á mas á mas mi hermanito *Colás*, que solo tiene cinco años. Mire Vd. ahí enfrente tiene Vd. nuestra casa. — ¡Ah Mr. Fremont! dijo César, déme Vd. el gusto de que entremos en esta choza. Vino en ello Mr. Fremont, y Agustinico los condujo á ella. El abate habló con Magdalena su madre, que le hizo un grande elogio de este niño, que nunca le habia dado la menor pesadumbre, y que era tan dócil y aplicado que el señor cura le cuidaba particularmente, y se habia tomado el trabajo de enseñarle á leer. En efecto Agustinico hablaba demasiado bien para ser hijo de un aldeano; tenia ademas de esto un aspecto tan agradable que se llevaba la atencion de todos. Refirió Magdalena algunas acciones suyas muy bellas; alabó mucho el cariño que tenia á su hermanito Colás, aunque este solia ser muy inquieto y revoltoso.

Despues de esta conversacion César hizo prometer á Agustinico que le iria á ver á la Quinta; y saliéndose de la choza continuaron su paseo. Luego que Mr. Fremont se vió solo con César: ¿Ha comprendido Vd. bien, le dijo, toda la fuerza de la respuesta de este muchacho cuando le estaba pegando el otro: *yo no puedo darle porque soy mas fuerte que él?* — Sí, Señor, respondió César: tenia lástima de la flaqueza de aquel muchachuelo. — Justamente, replicó Mr. Fremont, y considerando esta debilidad disculpaba su cólera y arrogancia. — Agustin se parece á Turco, el perro de presa de casa, que con tanta cachaza deja que la perrita de mamá le muerda. — Esta generosidad es virtud tan natural que se encuentra entre las naciones ménos civilizadas, y algunas veces en las clases mas ínfimas. Se lee en la Historia General de los Viajes que en el Malabar es mas seguro caminar bajo la escolta de un solo niño Nairo [1], que bajo la de los mas terribles guerreros de la misma tribu; porque los salteadores del país solo acometen á los caminantes que van armados, y por el contrário tienen inviolable respeto á los indefensos y á los niños. Juzgue Vd., pues, por estos ejemplos cuán vil é infame es el hombre que carece de una virtud tan natural que la poseen un muchacho sin crianza, los animales, y aun los bandidos. Con razon se reputa por un monstruo al que abusa de sus fuerzas oprimiendo á otro mas débil; porque en efecto se le debe mirar como á un asesino. — ¡Asesino! — Seguramente; dígame Vd. ¿si un hombre

[1] La tribu de los Nairos es en el Malabar la de los nobles ó guerreros.

armado de una espada riñese con otro que solo tuviese un baston, no sería un asesino? — Sin duda, porque se ha de pelear con armas iguales. — Y si yo riñese con Vd. á cachetes, ¿sería igual la pelea? — No por cierto, porque un cachete de Vd. valdria por veinte de los mios. — Vd. no me podria herir, y á mí me sería facil matarle, por lo que riñendo con Vd. de este modo seria un asesino, pues empleaba toda mi fuerza contra quien tenia mucha ménos que yo. — Es evidente. — ¿Y qué juicio haria Vd. de una persona rica y de valimiento en la corte, que teniendo por su clase cierto dominio sobre la gente de menor esfera, emplease esta especie de superioridad para oprimirla? — Pienso que esta persona sería tan vil y tan cruel como la que riñese con alguno que estuviese indefenso. — Cuando Vd. sea hombre, ¿no cometerá una accion vil y cobarde si trata con dureza las personas que dependan de su arbitrio, su mujer, sus hijos y sus criados? — Es muy cierto; conozco muy bien que siempre que nos asiste la fuerza ó el poder faltamos á la generosidad y á la humanidad si no somos benignos, pacíficos é indulgentes. — Cuando se manda, pues, es menester no mandar sino cosas justas; es preciso procurar hacer felices á los que nos están subordinados; sin esta mira la autoridad solo es tiranía, y nada hay mas despreciable y vil que un tirano.

Divertidos en esta conversacion llegaron á la Quinta Mr. Fremont y su discípulo á tiempo que se iba á poner la mesa. Encontraron un caballero de las cercanías, á quien no conocian, al que la Marquesa habia convidado á comer. Este sugeto, llamado Mr. de la Paliniere, de edad de cincuenta y cinco años, era muy feo, y tenia ademas una verruga en la nariz, las cejas muy largas y pobladas, y una peluca negra y redonda, que le cubria la cara, á modo de un gorro de dormir, tapándole casi toda la frente; era ademas tartamudo, y se distraia mucho y á menudo. Fué tanto lo que chocó á Pulqueria su persona y traje, que no podia apartar de él la vista; no decia palabra alguna Mr. de la Paliniere que no le diese gana de reir; no obstante, el temor de enojar á su madre la obligaba á reprimirse, y todo el tiempo que duró la comida no dió nada que decir.

Acabada esta, Mr. Fremont, que habia sabido que Mr. de la Paliniere jugaba al ajedrez, le propuso jugar un rato. M. Fremont, que creia ser un jugador de *segunda fuerza*, dió á entender al convidado que lo era de la primera, y en consecuencia Mr. de la Paliniere

pidió con mucha modestia una torre. La Baronesa y la Marquesa se sentaron á trabajar al otro cabo del salon, y Pulqueria se sentó al lado del abate, para tener enfrente al de la peluca, y considerarle muy á su sabor. Empieza el juego de ajedrez, y los dos jugadores parecia que estaban con igual atencion, guardando uno y otro el mas profundo silencio cuando de improviso M. de la Paliniere con el sosiego del mundo derriba y baraja todas las piezas. Creyendo Mr. Fremont que era alguna distraccion se echó á reir, diciendo : ¿Qué hace Vd.?—Es que nos hemos equivocado, respondió Mr. de la Paliniere, yo soy quien debe dar la torre, volvamos á empezar. Al oir esto Mr. Fremont se quedó suspenso, y Pulqueria soltó una carcajada de risa.



En efecto, se comienza de nuevo la partida : Mr. Fremont se ve obligado á recibir la ventaja que al principio habia dado á su contrário, el cual en diez jugadas le da *mate*. Confundido Mr. Fremont repitió várias veces que su antagonista era jugador de la primera fuerza; pero él sostenia que ni á la segunda llegaba.

Durante esta altercacion Pulqueria se reia maliciosamente, diciendo que segun eso no jugaba Mr. Fremont tan bien como pensaba, expresion que acompañó con algunas chanzas algo impertinentes. Su madre ocupada en la labor no parecia que habia hecho alto á nada de esto; pero luego que Mr. de la Paliniere se fué, Pul-

queria se acercó á su madre, y luego preguntó á la Baronesa si contaria aquella noche alguna historia bastante larga. ¿ Qué te importa, respondió la Baronesa, si tú no la has de oir? — ¿ Y por qué, abuelita? — Una niña mofadora é impertinente no merece que se la admita en nuestras veladas. — Pues, abuelita mia, ¿ qué he hecho yo?... — Escúchame Pulqueria, le dijo su madre, ¿si yo procurase contradecir ó zaherir á una persona que fuese igual á mí, ¿ procederia bien? No por cierto, en este caso sería mal criada y desatenta; habria motivo para creer que yo no tenia buen corazon y carecia de talento. Si pretendiese perturbar y enfadar á un superior, á una persona destinada á inspirarme respeto y veneracion por su edad y experiencia, sería en este caso mucho mas culpable, y mi conducta muy reprensible. Esto supuesto, díme ahora : ¿ debes tener respeto al amigo de tus padres, y al hombre que se dedica enteramente á la educacion de tu hermano? No solo debes tener respeto á Mr. Fremont, sino que tambien, si tienes buen corazon, le has de tener mucho afecto... — Sí, señora, respondió Pulqueria llorando, le respeto y le amo... — Y no obstante acabas de hacer burla de él, y has hecho de tu parte todo lo posible para enfadarle. Aun cuando fuese cierto que prétendiera jugar perfectamente al ajedrez, y que fuese infundada esta pretension; ¿ deberias procurar que se notase este poco de amor propio? ¿ Acaso puede un buen corazon divertirse con los errores ajenos? ¿ Es posible con un espíritu recto tener tanta malignidad... sobre todo cuando tiene por objeto á una persona que debemos querer. — ¡ Oh mamá mia, exclamó Pulqueria anegada en llanto! ahora conozco que me he reido inoportunamente; pero lo he hecho sin mala intencion. — En efecto, mamá, añadió Carolina enternecida, yo estaba delante, y no creo que mi hermana tuviese ánimo de enfadar á Mr. Fremont... — ¿ Es posible, Carolina, interrumpió madama de Clemira miráudola atentamente, es posible, hija mia, que pensases eso? Al decir eso su madre, Carolina se puso colorada, bajó la vista y enmudeció. ¿ Y tú, Pulqueria, continuó la Marquesa, estás cierta de haberte reido sin intencion? ¿ No has tenido gusto en haber visto, como suponias, abochornado á Mr. Fremont? ¿ No le has dicho nada con ánimo de picarle?... Examínate bien, y responde. — Mamá... Bien sabe Vd. que no soy capaz de mentirle en nada... — Así lo creo. — Mamá... — Pues bien, ¿ qué dices? — No merezco asistir á las veladas. — Pero

30251

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

merece siempre mi amor, puesto que has confesado tu falta con sinceridad... — Pero, mamá mia, ¿ me destierra Vd. de la tertulia para siempre?... — No, solo por ocho dias... — ¡ Ay, Dios mio!... ¿ Pero me perdona Vd.? — Sí, porque estoy segura que tu culpa no nacia del corazon. — En efecto, mamá, solamente ha sido falta de reflexion. — Así lo creo, y el arrepentimiento que muestras me hace esperar que no volverás á incurrir jamas en otra semejante. Ahora, prosiguió la Marquesa, ven acá, Carolina; tengo tambien que darte una reprension: no hace mucho que por disculpar á tu hermana has dicho lo que no pensabas en tu interior. — Mamá... lo confieso... pero... — El motivo que te ha hecho faltar á la verdad merece sin duda alguna indulgencia; no obstante no hay cosa que pueda autorizarnos á mentir. ¿ Te sería lícito por servir á tu hermana no ejecutar un mandato que yo te hubiese impuesto, diciéndote si faltas á él me ofenderás gravemente? — No, señora, de ningun modo. — Pues no solo me has ofendido á mí, sino, lo que es peor, tambien á Dios. — ¡ Es posible!... pero es verdad, los mandamientos de la ley de Dios prohiben la mentira. — Ademas debes estar cierta de que nunca puede ser verdaderamente útil la mentira; tarde ó temprano se descubre, y deshonra al que la ha usado, en vez de que la verdad al mismo tiempo que nos hace estimables, captando la confianza de todos, nos sirve aun en aquellas ocasiones en que se podria creer fuese peligrosa ó nociva. — Estas reflexiones tan justas, dijo la Baronesa, me hacen acordar de un caso histórico muy interesante. — Abuelita mia, dijo Pulqueria, si Vd. lo guarda para la noche yo no lo oiré... — Pues bien, respondió la Baronesa, me convengo en referirlo ahora mismo.

Al oir esto Pulqueria se arrojó á los brazos de su abuela, que la detuvo en ellos, sentándola sobre su regazo: César y Carolina se acercaron, y la Baronesa dijo de este modo: El lance que deseáis saber se halla en la historia de los Árabes. Hegiájes, célebre guerrero árabe, pero de un genio cruel y feroz, habia condenado á muerte á varios prisioneros de guerra, y habiendo obtenido uno de ellos que Hegiájes le escuchase un instante, le dijo así: Deberias, señor, perdonarme, porque un dia que Abdarrahman proferia contra ti várias imprecaciones le reconvine diciéndole que hacia mal, y desde este instante estuve mal con él. Hegiájes le preguntó si tenia algun testigo de este hecho, y el oficial nombró á un prisionero condenado

tambien á muerte; mandó Hegiájes á este que dijese si era cierto; y habiéndole respondido que sí, concedió el perdon al primero. Despues preguntó al que habia servido de testigo si habia imitado á su compañero tomando su partido contra Abdarrahman; pero este, continuando con declarar la verdad, le respondió que no lo habia hecho. Esta magnanimidad y noble franqueza dejó admirado á Hegiájes á pesar de su ferocidad. Pues bien, le dijo despues de un instante de silencio, ¿ si te diese la vida y la libertad continuarias siendo mi enemigo? No, señor, dijo el cautivo; pues me basta, respondió Hegiájes, y te creo con solo que lo digas; me es imposible dudar de tu veracidad habiendo visto cuán grande horror tienes á la mentira; conserva una vida que estimas en ménos que el honor y la verdad, y recibe de mí la libertad como justa recompensa debida á tu virtud.

Ya veis, hijos mios, prosiguió la Baronesa, que la verdad, como tu madre dice, nos es útil aun en aquellas circunstancias en que parece deberia perjudicarnos. ¿ No habéis creido que en esta ocasion se hubiera duplicado el furor de un hombre despótico y sanguinario? Y no obstante tiene la verdad tanto atractivo, que en vez de irritar al tirano, le aplaca y le desarma. — Y ademas, dijo Pulqueria, cualquiera que llegue á lograr fama de verídico, con solo decir una cosa se le cree como si lo jurase. — Es cierto, las protestas de nada sirven: solo un *sí* ó un *no* de un sugeto veraz logra mas crédito que todos los juramentos que podria hacer otro cuya veracidad fuese algun tanto sospechosa. Ya os acordaréis acerca de esto de aquel lance que os conté de la gloriosa prueba de estimacion que los atenienses dieron á Xenocrátes. En fin no se puede poseer esta recomendable cualidad sin ser verdaderamente virtuoso, y por tanto todos los hombres grandes han sido particularmente recomendables por su amor á la verdad, entre otros Xenocrátes, filósofo esclarecido, y de quien acabamos de hablar; y Epaminóndas, aquel héroe tan virtuoso, y cuya máxima fundamental era el no mentir jamas, ni aun en chanza.

Mr. Fremont, que llegó entónces, interrumpió la conversacion preguntando á la Marquesa si queria ver á Agustinico, que acababa de llegar con su madre. Madama de Clemira, á quien César habia referido el lance del paseo, respondió que tendria mucho gusto en conocerle; por lo que entró este con Magdalena su madre, la que

ofreció á la Marquesa una cestilla de huevos frescos. Toda la familia hizo mil agasajos á Agustinico. La Marquesa, que se habia informado de la situacion de Magdalena, sabiendo que era pobre, y que su marido estaba aun convaleciente de una grave enfermedad, le dió gustosa, á ruegos de César, cuatro luises, mitad de la cantidad reservada para una buena accion : ademas hizo prometer á Agustinico que vendria á jugar con César todos los dias. Pidió Agustin permiso para traer consigo algunas veces á su hermanito Nicolás, porque decia « que Colás se moriria de tristeza si se quedase solo en » casa. » Todos alabaron mucho el cariño de Agustin para con su hermanito, y se le otorgó lo que pedia.

Se iba llegando la hora de la velada; y viendo César y Carolina el sentimiento de su hermanita por no poder asistir á ella, resolvieron suplicar á la abuelita que no contase cuento ni historia alguna en los ocho dias que durase la penitencia de Pulqueria, prefiriendo la dilacion de un gusto que tanto deseaban al pesar de que su hermana no lo participase. Aplaudió la Baronesa su conducta, y se decidió que no habria velada para nadie en los ocho dias.

En este tiempo una tarde que estaba madama de Clemira en conversacion con sus hijos, le dijo Carolina : Mamá, Vd. nos ha prohibido todo género de trato con los criados, porque dice Vd. que no tienen crianza ni educacion, y no obstante nos permite hablar con varios aldeanos, y aun Vd. misma parece tiene gusto en hablar con Felipe, con Mónica y Magdalena. — Es muy cierto, respondió su madre, y voy á explicaros esta aparente contradiccion. Los criados no tienen educacion, pero no obstante la costumbre de oir hablar á sus amos hace su lenguaje ménos tosco y grosero que el de los aldeanos; pero por otro lado no es ménos defectuoso, porque el vicio principal que las personas sensatas encuentran en él, consiste mas bien en la bajeza de las expresiones y puerilidad de las ideas, que no en los términos. No temo que oyendo hablar á los aldeanos imitéis su lenguaje tosco; su modo de pronunciar es muy distinto del vuestro para que os podáis acostumbrar á él; por el contrário, seria muy posible que en vuestra edad no conocieseis lo defectuoso del de los criados, y por consiguiente los imitaseis sin sentirlo : ademas, tienen en general todos los criados vicios y defectos que son indispensablemente anexos al estado en que se hallan. Es muy difícil que un hombre sea virtuoso cuando no habiendo tenido educacion no es

laborioso, ó tiene una vida holgazana. Un lacayo, por ejemplo, no está ocupado en su obligacion todo el dia; de las cuatro partes de él pasa las tres sin hacer nada, y como carece de medios para ocuparse, no sabiendo ni leer ni hablar, se divierte bebiendo y jugando; sus costumbres se adulteran, y en breve tiempo se hace vicioso. Estas son las resultas de la ignorancia y de la ociosidad. Por el contrário el aldeano, siempre ocupado, siempre activo, viviendo léjos de las ciudades y de los malos ejemplos, conserva las costumbres puras y sencillas, y las virtudes naturales, cuyo principio existe en el fondo de nuestro corazon. Confieso que gusto de hablar con ellos : su sencillez y su buen natural me interesan; sus expresiones suelen ser ridículas, pero nunca bajas; su modo de expresarse original y raro me trae á la memoria el gracejo é ingenuidad de nuestros autores antiguos : en una palabra, gusto de tratarlos y examinarlos, porque son aplicados y virtuosos; gusto de oirlos porque son verídicos, y nunca emplean la menor exageracion. Dias pasados cuando el tio Felipe al ver correr á Carolina exclamaba : ¡ *qué traviesa que es!* mi amor propio de madre se daba por mas contento que si hubiese oido en Paris aquella frase tan comun : *es un embeleso*. Ademas, hijos mios, continuó la Marquesa, no creáis que os hablo en general : toda esta clase de juicios admite várias excepciones; se pueden hallar labradores muy viciados, y tambien criados virtuosos. Tenéis la prueba en Morel, lacayo de César; fuera de que vuestra abuelita os contará dentro de algunos dias una historia interesante, y que os hará ver mucho mejor que no hay clase en que no se puedan hallar las mas sublimes virtudes. — Mamá, ¿ con que Vd. sabe esa historia? — Sí, y la sabemos de uno de nuestros conocidos que ha tratado particularmente á los personajes de ella... — ¡ Qué deseos tengo de saberla!... — Y yo tambien. — Y yo y todos. — De aquí á cuatro dias lo lograréis. — Dentro de cuatro dias, ¡ tanto tiempo!

En fin se pasaron estos cuatro dias tan largos. ¡ Con cuanto gusto vieron llegar el de la velada, y con qué alegría é impaciencia se esperó la noche!... A las ocho y cuarto toda la familia habia cenado : cada cual ocupa su puesto, y la Baronesa empieza la historia siguiente.

EL CALDERERO

Ó EL MUTUO AGRADECIMIENTO

El Rey de Inglaterra Jacobo II se vió precisado á abandonar su reino ; vino á refugiarse á Francia, y Luis XIV le dió un asilo en San German : algunos vasallos leales le habian seguido, y se establecieron tambien en San German. Madama de Varonne, cuya historia voy á referiros, era de una de estas familias irlandesas; todo el tiempo que vivió su marido lo pasó con mediana decencia, pero habiendo enviudado, hallándose sin proteccion y sin parientes, no pudo obtener de la corte alguna parte de la pension que gozaba su marido. Sin embargo escribió á los ministros, dió varios memoriales, á los que respondian : *que se haria presente al rey su pretension*, con lo que mantuvo algunas esperanzas cerca de dos años. Pero al cabo de este tiempo, habiendo renovado sus instancias, se las negaron tan absolutamente, que no pudo ocultarse á sí misma su suerte. Su situacion era la mas deplorable; en los dos años que habian pasado desde la muerte de su marido se habia visto precisada, para subsistir, á vender todas las alhajas y muebles que tenia, y ya no le quedaba ningun género de recurso. Su amor al retiro, su mucha piedad y poca salud eran causa de que tuviese muy pocos conocidos, y particularmente desde que era viuda habia dejado enteramente todo trato. Se hallaba, pues, sin amigos, sin esperanza, faltándole todo, sumergida en la mas horrorosa miseria, y para colmo de males tenia ya cincuenta años, y estaba muy quebrantada de salud. En este apuro recurrió al verdadero Dispensador de las consolaciones y gracias, al que podia mejorar su suerte, ó darle el valor y resignacion necesaria para sufrir con paciencia todo el rigor de ella ; postrada pidió á Dios con confianza, con lo que fortificada y superior á sí misma, conoció que la tranquilidad renacia en su pecho. Contempló con serenidad lo espantoso de su estado. « Pues si es pre-
« ciso, decia entre sí misma, que perezca esta frágil existencia,

« ¿ qué importa que la aniquile el último extremo de la miseria, ó
« una enfermedad ? ¿ Qué importa morir debajo de un dosel ó sobre
« una estera ? ¿ Acaso será mi muerte mas dolorosa, porque no tengo
« que sentir la separacion de ninguna cosa de la tierra ? No por
« cierto ; al contrário, así no necesitaré ni exhortaciones ni valor ;
« no tendré sacrificio ninguno que hacer : abandonada del universo
« entero, solo pensaré en su Criador ; le consideraré pronto á reci-
« birme, á premiarme, y esperaré la muerte como el mas precioso
« de sus dones. »

¡ Qué valor tan grande ! interrumpió Carolina. ¿ Es posible morir sin echar de ménos la vida? — Considera, hija mia, dijo la Baronesa, que madama de Varonne no tenia hijos. — Y que no tenia madre ni marido, añadió la Marquesa. — Ademas, continuó la Baronesa, que la religion puede muy bien darnos esta resignacion sublime, y ya os tengo dicho que madama de Varonne estaba penetrada de la mas verdadera y sólida piedad ; pero volvamos á nuestra historia.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al tiempo que hacia estas reflexiones entró en su cuarto Ambrosio su lacayo ; es preciso conocer este tal Ambrosio ; y así os le voy á pintar. Ambrosio tenia entónces cuarenta años, y habia veinte que

servia á madama de Varonne; no sabia leer ni escribir; era naturalmente áspero, taciturno y regañon: siempre habia parecido que miraba con desprecio á sus compañeros, y que estaba enfadado con sus amos: su semblante continuamente mal contento, y su modo de hablar siempre de mal humor hacian que su servicio fuese poco grato. No obstante, su puntualidad, buena conducta y mucha lealtad habian hecho que se le tuviese en la casa por muy hombre de bien, y excelente criado; pero solo manifestaba estas prendas esenciales, y poseia las virtudes mas sublimes: debajo de un exterior tan tosco ocultaba el corazon mas noble y mas sensible.

Algun tiempo despues de la muerte de su marido habia madama de Varonne despedido á los criados de este, y solo se habia quedado con la cocinera, otra criada y Ambrosio; llegó en fin el tiempo en que era preciso despedir tambien á estos tres. Ambrosio, como dije ántes, entró en su cuarto (era por invierno) y traia leña que iba á poner en la chimenea, cuando madama de Varonne le dijo: Ambrosio, es menester que me escuches. El tono enternecido con que pronunció su ama estas palabras sorprendió á Ambrosio; deja prontamente en el suelo el tronco que traia, y mirando á su ama, le dice: Pues, señora, ¿qué hay de nuevo? — Ambrosio, ¿sabes cuánto debo á la cocinera? — Señora, no le debe Vd. nada, ni á María, ni á mí; ayer nos pagó Vd. la mesada. — Tanto mejor; ya no me acordaba. Pues es menester, Ambrosio, que digas á la cocinera y á María que ya no necesito que me sirvan... y tú mismo, Ambrosio mio, es preciso que busques otro acomodo... — ¡Otro acomodo! eso no, yo moriré sirviendo á Vd.: no, señora, yo no la he de dejar venga lo que venga... — Ambrosio, no conoces mi situacion... — Señora, Vd. no conoce á Ambrosio... ¿y qué importa que la cercenen á Vd. de su pension, tanto que no pueda pagar los criados? Despida Vd. á los otros en hora buena; pero yo no merezco que Vd. me eche de su casa. No tengo el alma venal, y... — Pero, Ambrosio, si estoy enteramente arruinada. He vendido todo lo que tenia, y me han quitado mi pension... — Le han quitado á Vd. su pension..... eso no puede ser, no lo creo... — Pues es muy cierto no obstante... — ¡Válgame Dios!... — Es menester venerar y adorar los decretos de la Providencia, sujetándonos á ella sin murmurar; créete, Ambrosio, que experimento un gran consuelo en mi desgracia, resignándome con ella de todo corazon. ¡Habrá en el mundo tantas

personas, tantas familias virtuosas que se hallen en esta situacion!... Yo por lo ménos no tengo hijos, padeceré sola, y esto es poco padecer... — No, no, exclamó Ambrosio sollozando, no, Vd. no padecerá, tengo brazos, y sé trabajar... — ¡Ay, Ambrosio mio! interrumpió enternecida madama de Varonne, jamas he dudado de tu lealtad... pero no abusaré de ella. Solo te pido por último servicio el que voy á decirte. Este es que me busques una guardilla; aun tengo algun dinero, que me podrá mantener dos ó tres meses, procuraré trabajar para ir pasando; búscame, pues, en San German algunos parroquianos; esto es todo lo que te pido, y lo que únicamente puedes hacer por mí. Durante este discurso, Ambrosio de pié enfrente de su ama, la miraba callando; pero luego que hubo acabado de hablar, arrojándose á sus piés prorumpió diciendo: ¡Ah! señora, reciba Vd. el juramento del pobre Ambrosio, que se obliga á servirla hasta la muerte... y de mejor gana, con mas respeto y obediencia que nunca. Hace ya veinte años que Vd. me mantiene, me viste, me da de comer, y me hace pasar una vida quieta y sosegada: muchas veces he abusado de su bondad y paciencia; pero, señora, perdóneme Vd. todas las faltas con que mi mal genio me ha hecho ofenderla. Esté Vd. segura que procuraré enmendarme; solo le pido á Dios vida para esto. Al acabar estas palabras Ambrosio bañado en lágrimas se levantó, y salió del cuarto apresuradamente sin esperar respuesta.

Bien podéis juzgar qué grande y qué vivo sería el agradecimiento de que se sintió penetrada madama de Varonne; conoció en esta ocasion que no hay males cuya amargura no disminuya este dulce sentimiento. Al cabo de un instante volvió Ambrosio, trayendo un bolsillo, y poniéndolo sobre la chimenea dijo: Gracias á Dios, gracias á Vd., señora, y á mi amo (que esté en gloria), aquí hay treinta luises; este dinero Vd. me lo dió, y es suyo... — ¡Ambrosio, el fruto de tus ahorros de veinte años! ¡oh cielos!... — Cuando Vd. tenia dineros me los daba, ahora que no los tiene se los vuelvo, el dinero no sirve mas que para esto. Bien sé que esta corta cantidad no puede sacar á mi ama de apuro, para eso cuento con lo que voy á decir. Es menester que Vd. se acuerde, señora, que soy hijo de un calderero, y que no he olvidado mi primer oficio, porque en los ratos desocupados, y cuando Vd. me daba permiso para ir á paseo, me iba á casa de Nicolás, un paisano mio, que es calderero, y por diver-

tirme le pedía algo que trabajar. Ahora lo que haré será trabajar de véras, ¡ y con qué ánimo! — Ya esto es demasiado, exclamó madama de Varonne, Ambrosio, virtuoso Ambrosio, ¡ en qué estado tan indigno de ti te ha colocado la suerte! — Contento estoy con él, si mi señora se puede acostumbrar á la mudanza de su situacion. — Tu lealtad, Ambrosio, me hace olvidar todas mis penas. ¿Pero cómo he de permitir yo que padezcas por mí?... — ¿Padecer porque trabaje, y mas siéndole á Vd. útil mi trabajo? No, señora, yo por mi parte estaré muy contento. Desde mañana voy á trabajar. Nicolás, que es un buen muchacho, hará que no me falte obra. Tiene en San German fama de buen maestro, y justamente necesita un buen oficial; yo soy robusto, fácilmente trabajaré por dos, y todo irá bien. No hallando ya madama de Varonne expresiones capaces de dar á entender su admiracion y agradecimiento, levantaba los ojos al cielo, y solo respondia con lágrimas.

Al dia siguiente despidió madama de Varonne á la cocinera y á la criada. Ambrosio alquiló en San German un cuarto tercero reducido, pero decente y con buenas luces; acomodó en él los pocos muebles que le quedaban á su ama, á la que, despues de haber hecho estas diligencias, llevó á su nueva habitacion. En esta halló madama de Varonne una buena cama, una silla de brazos bastante cómoda, una mesita con tintero y papel, sobre la cual estaban colocados los libros en un estante, y un armario grande, y en él guardada su ropa blanca, sus vestidos, y una provision de hilo para coser, un cubierto de plata, porque no queria Ambrosio que comiese con uno de estaño, y el bolsillo que contenia los treinta luises. En un rincon, detras de una cortina, estaba el vidriado que debia servir para guisar y comer. Esto es, dijo Ambrosio, lo que he podido hallar ménos malo por el precio que Vd. me habia dicho queria pagar de alquiler. No hay mas que un cuarto, pero la criada dormirá en un colchon que está debajo de su cama de Vd... — ¿Cómo, qué es eso que dices de criada? interrumpió madama de Varonne. — ¿Pues qué, puede Vd. pasarse sin una criada que le guise, haga los mandados y la desnude? — ¡ Pero, Ambrosio mio! — ¡ Oh! esta criada no le costará mucho; es una muchacha de trece años, que sin salario, por solo la comida la servirá. Por lo que á mí toca ya me he compuesto con Nicolás. Le he dicho que estaba desacomodado, y que viéndome necesitado era menester que me diese que trabajar. Nicolás, que es rico, muy

buen hombre, y paisano mio, me tendrá en su casa, que está cerca de aquí, me dará la comida, y veinte sueldos de jornal. En San German se vive á poca costa, por lo que podrá Vd. ir pasando con los veinte sueldos, tanto mejor cuanto que tiene algunas provisiones y algun dinero. No he querido decir nada de esto delante de Susana su criada de Vd. : ahora voy á buscarla. Diciendo esto salió Ambrosio, y al cabo de un rato volvió trayendo de la mano á una muchacha muy pulida, la que presentó á madama de Varonne, diciendo : Esta es la criada de quien he hablado á Vd. Su padre y su madre son pobres, pero muy aplicados ; tienen seis hijos, y la señora hará una obra de caridad en recibir á esta por criada. Despues de este preámbulo, Ambrosio exhortó con entereza á Susana á portarse bien, y despidiéndose de madama de Varonne, se fué á casa de su amigo Nicolás.

¿ Quién será capaz de expresar lo que sentia en su interior madama de Varonne?... Semejante proceder no solo la penetraba de admiracion y agradecimiento, sino que tambien no podia acabar de comprender la mudanza repentina que notaba en el génio y modales de Ambrosio : este hombre, que habia conocido siempre tosco y regañon, desde que era su bienhechor no parecia el mismo : unia la crianza al buen proceder, y el esmero al heroísmo ; halló en su corazon el miramiento que se debe á los desdichados ; conocia cuán sagrada es la obligacion que nos impone nuestra propia beneficencia; sabía que no hay verdadera generosidad sin modestia, y que es preciso excusar toda humillacion al desdichado que se socorre. Al dia siguiente del en que tomó posesion de su nueva habitacion no vió madama de Varonne á Ambrosio, porque estaba trabajando ; pero por la noche fué á verla un rato. Rogó á su ama encargase alguna cosa á Susana, y luego que estuvieron solos sacó de la faltriquera veinte sueldos envueltos en un papel, y poniéndolos sobre la mesa, dijo : *este es mi jornal;* y sin esperar respuesta llamó á Susana, y se fué á casa de Nicolás. ¡ Con qué tranquilidad dormiria aquella noche habiendo empleado de este modo el dia, y con qué deleite despertaria al siguiente! Por el placer que experimentamos haciendo alguna buena accion podemos juzgar el gozo inexplicable que puede causar una accion heroica como esta.

Exacto Ambrosio en desempeñar el cargo sublime que se habia impuesto, solo tomaba al cabo del mes el dinero necesario para pa-

gar la lavandera, zapatos, etc., y aun esta corta cantidad se la pedia á su ama, de quien la recibia como un regalo. En vano procuró madama de Varonne persuadirle á que se reservase parte del jornal, porque entónces Ambrosio, ó hacia que no lo oia, ó manifestaba tanto sentimiento que la obligaba á callar.

Con la esperanza de obligarle á procurarse algun descanso, madama de Varonne por su parte trabajaba sin cesar, y Susana, que tambien la ayudaba, iba á vender lo que hacian; pero cuando madama de Varonne ponderaba á Ambrosio el producto que sacaba de estas ventas, este solo respondia : tanto mejor, y al punto hablaba de otra cosa. El tiempo no varió nada de esta conducta ; por espacio de cuatro años no faltó un punto á ella. Pero llegó el dia en que madama de Varonne debia sentir el pesar mas cruel y doloroso. Una noche, que como de costumbre le estaba esperando, vió entrar en su cuarto á la criada de Nicolás, que venia á decirle como Ambrosio estaba malo, y que se habia visto precisado á quedarse en cama; al oir esto madama de Varonne dijo á la criada la condujese inmediatamente á casa de Nicolás, y al mismo tiempo mandó á Susana fuese á buscar un médico. Como no conocia Nicolás á madama de Varonne, se admiró al verla en su casa, y mas cuando le dijo que queria ir al cuarto de Ambrosio. — Pero, señora, respondió Nicolás, es imposible. — ¿Por qué? — Es menester subir por una escalera de mano. — ¡Es posible! ¡Ah, pobre Ambrosio!... Vamos por Dios, vamos á verle prontamente. — Señora, vuelvo á decir que se expone Vd. á romperse la cabeza, y ademas no podrá estar de pié en el cuarto de Ambrosio, porque está en un camaranchon tan malo... Al oir esto madama de Varonne no pudo reprimir el llanto, y pidiendo á Nicolás que la ayudase, subió, no sin mucho trabajo, por la escalera; halló al pobre Ambrosio en un rincon de aquel infeliz asilo, echado sobre un jergon. ¡Ay, Ambrosio mio, exclamó al verle, en qué estado te encuentro! ¡Y me decias que te gustaba tanto tu habitacion, y que estabas tan á gusto!... No se hallaba Ambrosio en estado de responderle, porque hacia ya una hora que estaba delirando, lo cual luego que lo hubo conocido madama de Varonne la hizo entregarse al sentimiento mas amargo. Vino en fin Susana con un médico, el que luego que entró en el camaranchon se quedó admirado de ver cerca del jergon de un pobre calderero una señora cuyo traje decente y aire noble anunciaba su

distinguido nacimiento, y que manifestaba estar en el mayor desconsuelo. Acercóse al enfermo, examinóle con cuidado, y dijo que le habian llamado tarde. Discurrid cual quedaría madama de Varonne al oir pronunciar esta fatal sentencia. El pobre Ambrosio, dijo Nicolás, se tiene la culpa ; hace ya ocho dias que andaba malo, yo le he dicho mil veces que no trabajase, pero no hubo forma, solo esta mañana se quedó en cama porque no podia tenerse en pié. Para entrar en casa se cargó con mas obra de la que podia, y se ha matado á fuerza de tanto trabajar. Cada palabra de estas era un puñal que atravesaba el corazon sensible y agradecido de madama de Varonne... hecha un mar de lágrimas se acercó al médico, y juntando las manos le pidió encarecidamente no abandonase á Ambrosio. El médico era caritativo, y ademas todo lo que veia avivaba en gran manera su curiosidad, por lo que fácilmente condescendió en pasar parte de la noche con Ambrosio. Envió á buscar madama de Varonne á su casa colchones, mantas y ropa limpia ; ella misma hizo la cama, ayudándola Susana, y el médico y Nicolás pasaron á ella á Ambrosio; acabada esta faena se recostó madama de Varonne en un banquillo de madera, y soltó las riendas á su llanto. Á las cuatro de la mañana se fué el médico, despues de haber hecho sangrar al enfermo, prometiendo volver al mediodia. Bien podéis pensar que madama de Varonne no se apartó de Ambrosio un instante : cuarenta y ocho horas pasó á su cabecera, sin darla el médico la menor esperanza; en fin, al tercer dia dijo que notaba mejoría, y aquella misma noche dijo que respondia de la vida de Ambrosio.

Á este punto de su narracion llegaba la Baronesa, cuando temiendo la Marquesa de Clemira que tan largo discurso la fatigase, la interrumpió, aunque no eran mas que las nueve y média, y le suplicó dejase lo demas de su historia para el dia siguiente... ¿Y qué, ya lo deja Vd.? exclamó Carolina, ¡es tan temprano aun! — ¿Y no has reparado que hace un cuarto de hora que tu abuela está ronca, y que ha tosido várias veces? — ¡Mamá!... — Un corazon sensible deberia tener mas miramiento; un corazon sensible inspira siempre el temor de abusar de la bondad que se nos muestra. — Mamá, ya conozco que he hecho mal... — Siendo así, creo que no volverás á incurrir en semejante falta, y que otra vez no dudarás en preferir á tus gustos, no solo el agradecimiento, sino tambien cualquiera regla de buena crianza. Despues de esta leccioncita se fueron

á acostar, y al dia siguiente prosiguió la Baronesa su narracion de este modo:

No podré pintaros el gozo y alegría que tuvo madama de Varonne al ver que Ambrosio estaba fuera de peligro; queria continuar velándole la noche siguiente, pero Ambrosio, que ya conocia y hablaba, no lo permitió de ningun modo; por lo que se volvió á su casa rendida del cansancio. Al dia siguiente le hizo el médico una visita, le manifestó un afecto tan sincero, y ella le estaba tan agradecida por el esmero y cuidado con que habia asistido á Ambrosio, que no pudo ménos de responder á sus preguntas, á las que satisfizo refiriéndole toda su historia. Tres dias despues de este suceso el médico, que no residia de ordinario en San German, tuvo precision de volver á Paris, y marchó apresuradamente, dejando á madama de Varonne con cabal salud, y á Ambrosio convaleciente. Entre tanto madama de Varonne se hallaba en la situacion mas crítica y miserable: en ocho dias habia gastado con Ambrosio el poco dinero que le quedaba; aun tenia para mantenerse cuatro ó cinco dias, pero como ni en otros tantos podria Ambrosio estar en estado de ponerse á la obra, temblaba al pensar que la necesidad le obligaria á trabajar ántes de estar restablecido, á riesgo evidente de una fatal recaída. Entónces fué cuando acabó de conocer lo horroroso de su situacion; entónces se reprendia amargamente haber aceptado los socorros del generoso Ambrosio. Sin mí, decia, seria feliz; su trabajo le hubiera mantenido con decencia; su lealtad para conmigo le ha quitado el sosiego, la felicidad... y quizas le costará la vida... ¿Y yo moriré sin pagarle? ¡pagarle!... ¡infeliz de mí! Aun cuando me fuese posible disponer todo á mi gusto, ¿podria acaso desempeñarme jamas para con él? Solo Dios es capaz de pagar esta deuda sagrada. Solo Dios podrá recompensar dignamente una virtud tan sublime.

Una tarde que madama de Varonne estaba sepultada en estas dolorosas reflexiones entró en su cuarto Susana sufocada, y le dijo que una señora muy hermosa queria hablarle. — Seguramente está equivocada, respondió madama de Varonne. — No, no, respondió Susana; yo he visto esta dama que preguntaba por madama de Varonne, que vive aquí en casa de Mr. Daviet, en el cuarto tercero; esto lo decia desde su coche, un coche muy hermoso con seis caballos. Yo estaba en la puerta de la calle, y le dije: Señora, aquí vive; la señora me ha respondido: ¿Querrás hacerme el favor de

decirle que me permita hablarle cuatro palabras? Luego que oí esto apreté á correr... Estando Susana diciendo esto oyó madama de Varonne que llamaban á la puerta; se levantó con sumo sobresalto, fué á abrir, y vió entrar en efecto á una señora del todo hermosa, que se acercó á ella con timidez y ternura. Mandó madama de Varonne á Susana se fuese. Luego que se vió sola con ella, tomando la incógnita la palabra le dijo: Tengo sumo gusto, señora, en participar á Vd. que el rey acaba de saber su situacion, y que su bondad le mueve á reparar la injusticia de la fortuna para con Vd... — ¡Oh Ambrosio! exclamó madama de Varonne juntando las manos, y levantándolas al cielo con toda la expresion del mas vivo agradecimiento y alegría. No pudo la incógnita detener su llanto al oir esta exclamacion; se acercó á madama de Varonne, y tomándola afectuosamente de la mano, le dijo: Venga Vd., señora, venga Vd. al nuevo alojamiento que le está destinado... — ¡Ah, señora! interrumpió madama de Varonne, ¿cómo podria yo expresar?... pero si me atreviera... le pediria el favor... señora, tengo un bienhechor, permítame Vd. que ántes de todo le haga saber esto. — Vd. es dueña de hacer lo que guste, respondió la incógnita, y por no incomodarla no la acompañaré á su casa, iré á esperarla en ella, pero la acompañaré á Vd. hasta su coche, que espera á la puerta. — ¡Mi coche! — Sí, señora, no perdamos mas tiempo, venga Vd. Diciendo esto la incógnita dió el brazo á madama de Varonne, que apénas podia sostenerse: salió con ella, y bajó la escalera. Al llegar á la puerta dijo la incógnita á un lacayo que la esperaba: Llama á los criados de madama de Varonne. Esta creia seguramente que estaba soñando. Su admiracion creció mucho mas al ver un lacayo con librea gris hacer arrimar un coche sencillo, pero cómodo, y decir despues: Este es el coche de la señora. Entónces la incógnita, haciéndolo abrir, hizo á madama de Varonne que entrase en él, y la dejó para ir á tomar el suyo. Preguntó el nuevo lacayo á madama de Varonne dónde gustaba ir; esta le dijo temblando que la llevase á casa del señor Nicolás el calderero. Bien podéis discurrir, hijos mios, la viva emocion y latidos del corazon que tendria madama de Varonne al ver esta casa... Tira del cordon, pára el coche, abre ella misma la portezuela, y apoyada en el brazo de su lacayo entra en la tienda de Nicolás. El primer objeto que se ofrece á su vista es Ambrosio con su vestido de trabajo.

Al verle madama de Varonne ocupado en su trabajo, experimentó un delicioso enternecimiento: trabajaba para ella, y ella le iba á librar para siempre de aquella penosa tarea, de la miseria y cansancio. Disfrutaba en toda su pureza de la dicha mayor y mas bien fundada que causa el agradecimiento en las almas generosas y sensibles. ¡Oh Ambrosio mio! exclamó como fuera de sí: Ven, sígueme... ven... deja ese trabajo que no volverás á tomar; tu suerte se ha mudado... Ven, pues, no tardes. En vano Ambrosio sorprendido



pregunta qué es aquello; en vano quiere á lo ménos que le dé tiempo para ponerse su vestido de dia de fiesta. No estaba madama de Varonne en estado de escucharle, ni de responderle. Le agarra de un brazo, le arrastra, sale con él, y le obliga á subir en su coche. Preguntóla entónces el lacayo si queria ir á su casa. Y madama de Varonne, estremeciéndose al oirle, le dijo mirando á Ambrosio: Sí, sí, vamos á nuestra casa.

En el tiempo que tardaron en llegar á ella madama de Varonne informó á Ambrosio de la visita que le habia hecho la dama incógnita. Ambrosio la escuchaba con una alegría mezclada de temor y dudas. Apénas se atrevia á creer cierta una dicha tan extraordinaria como impensada. En fin ve que el coche se pára á la puerta de una casa muy decente en el bosque de San German. Madama de Varonne y Ambrosio se apean; entran en una sala, en la que encuentran á la

dama incógnita que los esperaba; esta se adelanta á recibir á madama de Varonne, y presentándole un papel: Esto es, señora, le dijo, lo que el rey se ha dignado mandarme entregue á Vd.; es la órden de una pension de diez mil libras, y ademas le concede á Vd. la facultad de asegurar la mitad de ella á la persona que Vd. quiera. — ¡Ah, qué benéfica bondad! exclamó madama de Varonne; esta es, señora, la persona que nombro, este es el hombre virtuoso y honrado verdaderamente digno de la proteccion y de los favores de su soberano. Oyendo esto Ambrosio, que hasta entónces se habia ocultado detras de su ama, se avergonzó mucho mas; se retiró algunos pasos atras, enteramente cortado, quitándose el gorro, y á pesar del exceso de su alegría, experimentaba mucho rubor al oirse alabar de este modo. Sentia bastante ademas el estar delante de aquella señora la primera vez que le habia visto, sin peluca, con su delantal de cuero, y vestido puerco, por lo que hubiera deseado tener el de los dias de fiesta... La dama se acercó á él. No huya Vd., Ambrosio, le dijo, no huya Vd., y permítame que le mire un instante. — Pero válgame Dios, señora, dijo Ambrosio bajando la cabeza y dando vueltas á su gorro, yo no he hecho nada que no sea muy regular, y me parece no hay en todo ello de que admirarse... Entónces madama de Varonne le interrumpió para referir con igual expresion y viveza todo lo que Ambrosio habia hecho por ella. Luego que hubo acabado, suspiró la incógnita enternecida, y levantando los ojos al cielo dijo: Por fin despues de haber visto tantos ingratos he tenido el gusto de encontrar dos corazones sensibles y agradecidos... Á Dios, señora, continuó, esta casa y todo lo que hay en ella es de Vd.; dentro de un instante se le entregará la mitad de su pension. Diciendo esto iba á salir del cuarto la incógnita, pero madama de Varonne corriendo á ella bañada en llanto se arrojó á sus piés. La incógnita la levantó, la abrazó afectuosamente y se fué. No bien habia salido cuando volvieron á abrir la puerta. Madama de Varonne vió entrar al médico á quien Ambrosio debia la vida. ¡Ah! ya me lo pensaba yo, dijo César, que este buen médico sería el que se lo habia contado todo á la dama. — En efecto, replicó la Baronesa, y tambien madama de Varonne luego que le vió entrar cayó en lo mismo. Despues de haberle manifestado todo el agradecimiento de que estaba penetrada, le hizo algunas preguntas relativas á la señora incógnita, y supo de él que se llamaba madama

de P*** que residia en Versalles, en donde tenia mucho valimiento. Hace ya diez años, continuó, que soy su médico, y conociendo su beneficencia creí ciertamente darle un gran gusto haciéndole saber su situacion de Vd. En efecto, luego que la informé de todo compró esta casita, y obtuvo del rey la pension, de la que ha entregado á Vd. la órden. Siendo ya la hora de cenar entró un lacayo y dijo á madama de Varonne que la cena estaba pronta. Esta suplicó al médico se quedase á cenar con ellos, y apoyándose del brazo de Ambrosio pasaron hasta el comedor; dijo á Ambrosio se sentase á su lado, y rehusándolo este, diciendo no era razon se sentase con su ama á la mesa; ¿pues qué, replicó esta, mi bienhechor y mi amigo acaso no es mi igual? Obedeció sin mas porfía el modesto y generoso Ambrosio; y madama de Varonne, sentada entre él y el médico, disfrutó en aquella feliz noche el conjunto de sensaciones puras y deliciosas que hacen nacer en un corazon sensible el agradecimiento y la inexplicable dicha de manifestar toda la extension de un sentimiento tan virtuoso y grato.

Bien pensaréis que Ambrosio al dia siguiente, gracias á madama de Varonne, se vió vestido á correspondencia de su nueva fortuna, y que su cuarto se alhajó y adornó con cuidado y aseo; que madama de Varonne partió con él todo el tiempo de su vida cuanto poseia, y que jamas recibió ni vió dinero, sin acordarse con suma ternura del tiempo en que el leal Ambrosio le daba cada noche sus veinte sueldos diciéndole: *este es mi jornal*.

Esta historia, hijos mios, continuó la Baronesa, prueba, como os lo decíamos, que no hay estado ni clase en que no se hallen las virtudes mas heroicas; prueba tambien que si comprendiésemos nuestros verdaderos intereses seríamos siempre virtuosos. Raras veces sucede que una accion heroica esté oculta; es imposible que una conducta sublime no se divulgue tarde ó temprano, y no logre una grande recompensa. Sacrificándose por su ama solo consultó Ambrosio á su corazon; pero demos que lo hubiese hecho por espíritu de reflexion é interes. Era imposible que hubiese seguido mejor plan de conducta para llegar á ser feliz. Ved las reflexiones que hubiera hecho. « Yo quiero salir de la oscuridad en que estoy, « ¿cómo lo haré? Soy pobre, y de bajo nacimiento; ¿cómo haré, « pues, para conciliarme la atencion y el favor de los que pueden « mudar mi suerte? ¿Cuáles son los medios mas seguros para

« fijar la atencion de los hombres é inspirarles un vivo interes? « ¿Los talentos? Yo no los tengo, pero aun cuando los tuviese, y « grandes, me veria confundido entre otros muchos; ademas de « que si los talentos pueden agradar y deslumbrar, no podrán « seducir sino á muy pocos, porque son pocos los que pueden apre- « ciarlos, y la admiracion que causan jamas nace del corazon. ¿Cuál « es, pues, el mérito que interesa universalmente? Este encanto « irresistible solo pertenece á la virtud; pero para distinguirme no « me basta la hombría de bien: esta alcanza la estimacion, y no la « admiracion del comun... La casualidad me ofrece una ocasion de « llegar al fin que me he propuesto. Madama de Varonne está « próxima á perecer bajo el peso de la miseria, pues débame su « existencia. Tarde ó temprano su agradecimiento hallará medios « seguros de dar realce á esta buena accion: entre tanto yo la « callaré, porque si solo por mí se divulgase perderia todo su « precio... »

Sin duda alguna, dijo César, esta reflexiones hubieran sido justas. El interes personal hubiera podido inducir á Ambrosio á todo lo que la sola virtud le hizo hacer. No hay duda, añadió su madre, y esta congruencia que veis, existe claramente para todos los hombres y en todos los lances de la vida. Nuestro propio interes bien entendido debe obligarnos á ser sinceros, justos, equitativos y generosos. Por tanto ha dicho un célebre escritor: *Por necedad somos malos, por necedad somos falsos, y por una necedad mucho mayor apropiamos ideas de fuerza y de grandeza al delito; ideas de espíritu y de talento al fraude y al artificio.*

¿Pues qué, mamá, dijo Carolina, hay personas que hallan la grandeza en el delito? — Ojalá no fuera así. La historia os hará ver infinitas pruebas de esta verdad. Casi todos los historiadores dan el sobrenombre de *grande* á hombres y á soberanos que solo son famosos por sus injusticias é insultos. Á los conquistadores por ejemplo. — ¿Con que se puede adquirir fama sin ser virtuoso? — Seguramente; pero esto no le librará á ninguno de ser desgraciado y aborrecido. Con solo hacer cosas extraordinarias basta para alcanzar fama; pero solo haciendo acciones virtuosas se puede conseguir una celebridad digna de nuestro anhelo, esto es, gloriosa. — Ya lo entiendo, y comprendo tambien que por falta de reflexion podemos algunas veces admirar á los conquistadores, porque

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

valor nos hace disimular su injusticia. Pero, mamá, ¿ cómo es posible reputar al artificio como prueba de talento? — Solo los necios piensan de este modo; pero como estos componen el mayor número, esta es la razon por que hallaréis tantas personas que han adoptado esta opinion. Escucha otra vez acerca de esto mismo lo que dice el autor que he citado poco há : *Todo hombre de mala fe camina directamente contra lo que debia para llegar á su fin, y será tarde ó temprano, por la naturaleza de las cosas, la víctima de sus propios artificios, á causa de que no hay ninguno de estos que se pueda esconder enteramente á la vista, ó al ménos á la sospecha, y porque luego que el artificio se conoce, irrita y horroriza á todos.* Con esta cita se concluyó la quinta velada de Champcery. Madama de Clemira se levantó, y cada uno se fué á su cuarto sumamente gustoso de la historia de madama de Varonne, y de la virtud del buen Ambrosio.

Era por este tiempo el veinte y cinco de Febrero, y el frio era excesivo; no obstante la Marquesa habia prometido á César dar un paseo con él la mañana siguiente : César le habia pedido á su madre le llevase al bosque de Faulin, y ella se lo concedió. Carolina y Pulqueria estaban constipadas, por lo que no pudieron ir á paseo. A las diez en punto madama de Clemira y su hijo salieron á pié, y un coche los seguia, porque siendo la distancia de tres cuartos de legua, era menester á la vuelta venir en coche para no atrasar la comida, que siempre era al mediodía. En todo el invierno habia hecho frio tan fuerte como aquel dia. César se quejó un poco al principio; despues al cabo de un cuarto de hora dijo que era mas soportable. No obstante, le respondió su madre, tan fuerte es ahora como cuando salimos de casa, pero te has acostumbrado á él, y no lo sientes tanto : lo mismo sucede con todos los males físicos; fácilmente nos hacemos á todos los que no son mortales ; el hábito nos familiariza con los objetos mas espantosos, formidables y peligrosos; aun hace mas : nos familiariza con el dolor mismo, ó por mejor decir embota y destruye lo mas vivo de él; es muy provechoso convencernos de esta verdad, á fin de poder sufrir con valor y tranquilidad todas las penas anexas á la humana naturaleza. — Pero, dijo César interrumpiéndola, hay algunas personas naturalmente tan delicadas que no pueden acostumbrarse á padecer. Me acuerdo de haberle á Vd. oido decir que madama de B***, despues de haber perdido sus bienes, jamas pudo acostumbrarse á la pobreza y á vivir en

la aldea. — Es muy cierto, pero esto no es comun; por tanto se ha de mirar como una excepcion en la que solo se hallan comprendidas las personas del todo pusilánimes. Ademas que esta cobardía no es natural ; siempre deriva de la corrupcion, y es efecto de mala educacion. — Segun eso, mamá, muchas personas que nos parecen

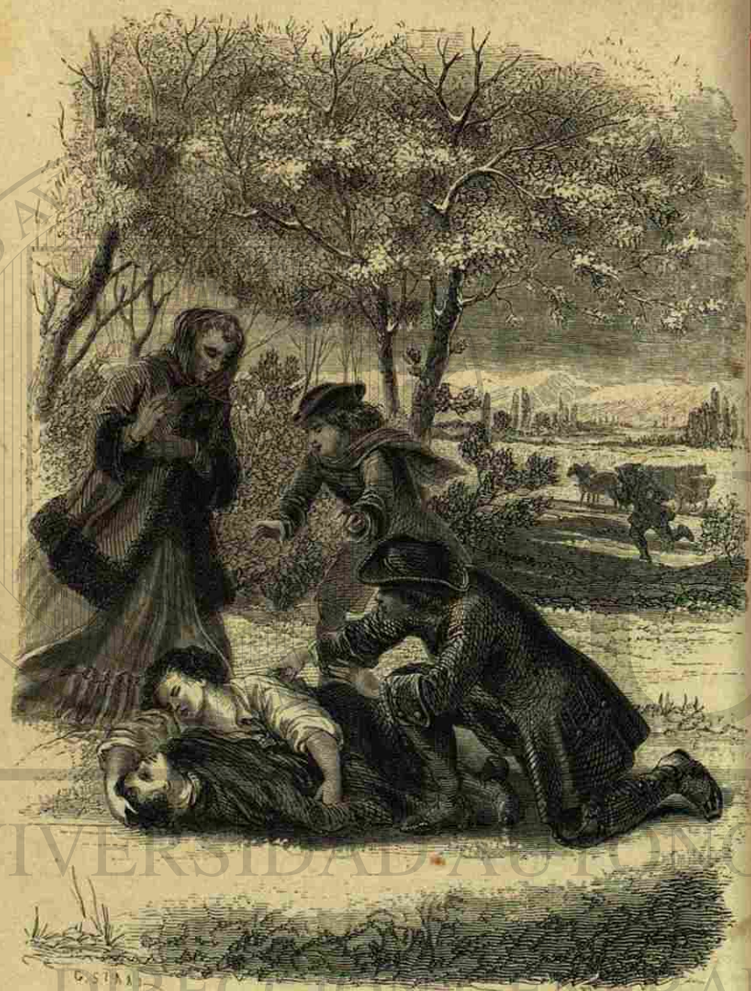


muy desdichadas, no lo son tanto como juzgamos. — Querrás decir que padecen ménos de lo que nosotros imaginamos; pero por esto mismo son mas dignas de nuestra compasion y socorros. El infeliz que se sujeta con valor á su suerte, y que sufre sin quejarse, es sin duda alguna un ente tan respetable como interesante. Por lo cual, solo un alma vil é insensible podrá no tener compasion al hombre desdichado, que á fuerza de sufrir se ha hecho insensible al dolor. Esta virtuosa resignacion debe excitar nuestra admiracion, y dar á nuestra compasion mas viveza y actividad. En fin es tambien muy natural compadecernos vivamente de los males que nosotros toleraríamos con facilidad. Este sentimiento, que tiene algo de sublime, es comun á todos los pechos nobles, y vemos todos los dias mil pruebas convincentes. Yo, por ejemplo, me veo sangrar, y me tengo yo misma la luz, lo que es muy natural, y no puedo sin algun senti-

miento ver sangrar á otro. He visto á tu padre romperse un brazo, y hacérselo curar sin quejarse; y le he visto casi desmayado el dia que le sucedió la misma desgracia á Cristóbal el ayuda de cámara de tu tio. — Bien comprendo eso, dijo César; yo caigo, me hiero y me corto sin afligirme, y no puedo ver correr la sangre de otro cualquiera sin sentir un dolor verdadero. — Bien ves, pues, que no es siempre natural preferirnos á los demas, y que el hombre constantemente personal, esto es, que no cuida mas que sí, y que nada le mueve sino lo que directamente le toca, solo puede ser un ente vil y corrompido.

Con esta conversacion llegaron á una pradera cubierta de nieve, que atravesaba un arroyo helado, sobre el cual César dió algunas escurridas: despues empezó á correr hácia un bosquecito que estaba á un lado de la pradera, se mete en él, y su madre le pierde de vista. Al cabo de un instante vió que saliendo del bosque gritaba con toda su fuerza corriendo hácia ella: ¡Ah! venga Vd., venga Vd. por Dios apriesa, puede ser que no estén muertos... — ¿Qué quieres decir? ¿qué es lo que has visto? — ¡Dios mio, qué desgracia! Dos pobres muchachos que el frio ha penetrado, y que están allí sobre la nieve. Oyendo esto la Marquesa apresuró el paso. César penetrado de dolor y de compasion la guió cerca de unas zarzas, donde vieron los dos niños echados de modo que no podian verles las caras. La Marquesa de Clemira se acerca, y repara que el mayor de los dos muchachos está en camisa, y echado sobre el otro. ¡Oh cielos! exclamó, sin duda son dos hermanos, y el mas grandecito ha tenido la generosidad de despojarse de sus vestidos para abrigar á su hermanito. ¡Oh generoso niño!... ¡si Dios quiere que no hayamos llegado tarde!... Diciendo esto se adelanta, y manda á sus criados que metan en el coche á los dos niños. Al punto mismo, César se quita su frac, y abriga con él al que estaba desnudo. Entónces Morel, el lacayo de César, levanta al primero diciendo: Muy tieso está, me parece que ya está muerto. Al hacer este movimiento descubre el rostro del muchacho. César le mira, y exclama llorando: ¡Dios mio! Es nuestro Agustinico, y Nicolasito su hermano. Este incidente acrecentó tambien la caridad y ternura de su madre: mezcló sus lágrimas con las de César. Su corazon se despedazaba al ver la muerte retratada sobre la cara del generoso Agustin, y sobre todo representándose la desesperacion que con su pérdida sentiria la desgraciada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AGUSTIN Y COLÁS RECOGIDOS POR MADAMA DE CLEMIRA.

madre de este precioso niño. Entre tanto Morel y otro lacayo tenia cada uno el suyo en los brazos, asegurando que estaban muertos.



No importa, les dijo su ama, ponedlos en mi coche; sube con ellos, Morel, procura calentarlos poco á poco, y llévalos á casa lo mas presto que puedas. Tu compañero se quedará con nosotros, y nos volveremos á pié. En efecto, obedeciendo Morel prontamente á su ama, se metió en el coche con los dos muchachos, y al punto marchó. Al cabo de algunos minutos madama de Clemira y César perdieron el coche de vista. Apresuraron el paso todo lo posible, y entraron en la alameda de la Quinta sumamente cansados, y sobre todo impacientes por saber de Agustin y de su hermanito. En fin á la mitad de la alameda vió la Marquesa venir á Mr. Fremont y á sus dos hijas, las que luego que pudo oirlas gritaron que Agustin y Colás vivian... Al oir esta noticia lloró César de alegría, y corrió á abrazar á sus hermanitas. Entran todos con priesa en la casa, y la Marquesa acompañada de sus hijos se encaminó al cuarto en donde estaban Agustin y Colás. Los encontró algo animados, pero aun no habian recobrado el habla. Hizo que fuesen á llamar á su madre, la que llegó á tiempo que Nicolasito empezaba á abrir los ojos y á pronunciar algunas palabras. Al cabo de una hora empezó Agustin á querer hablar, conoció á su madre, y balbuciendo llamó á su hermanito. En fin aquella noche llegó un médico que se habia enviado á llamar, el que dijo, que aunque los niños estaban de bastante cuidado, los creia no obs-

tante fuera de peligro. Magdalena se consoló algun tanto con esto, y preguntándole la Marquesa la causa de aquel triste suceso, le refirió que sus dos hijos habian salido á las ocho de la mañana de su casa para recoger ramas en el monte, pero que se habian alejado algo mas de lo que acostumbraban; que á las nueve y média, viendo que no volvian, habia enviado á buscarlos á su marido, y que este, equivocado por las pisadas de otros muchachos, habia ido por otro sendero distinto del que iba al sitio donde habian encontrado á sus dos hijos.

César y sus dos hermanas no se apartaron en toda la noche de Agustin; toda la familia habia cobrado igualmente mucho afecto á esta amable criatura, y nadie de la casa se acostó hasta las doce para ver el efecto de los remedios que le hacian; algunos criados pasaron la noche entera en el cuarto de Agustin. Al amanecer ya estaba César á la puerta del cuarto, y supo con mucha alegría que los dos hermanitos estaban casi enteramente restablecidos, que hablaban, y estaban del todo despejados. Despues de comer se levantó Agustin, César obtuvo permiso de entrar en su cuarto, le vió, y le abrazó con indecible alegría; en fin al dia siguiente pudo Agustin contar él mismo las circunstancias de su aventura.

Toda la familia hizo rueda al rededor de Agustin, el que sentado entre su madre y hermanito, fué todo el asunto de la velada. Refirió del modo mas ingenuo é interesante: « Que *Colás* en vez de recoger « ramas se habia querido sentar, y que de allí á poco le penetró el « frio tanto, que le privó del sentido; dijo que entónces habia procu- « rado, pero en vano, volverle á calentar con el aliento, y frotándole « con las manos; en fin viéndole amoratado y sin movimiento empezó « á dar gritos, llamando repetidas veces á sus padres, y que no res- « pondiéndole nadie echó á llorar: que sus lágrimas caian sobre el « rostro de Colás, y se helaban al instante, lo que le hizo llorar « mucho mas; que sin embargo, no desanimándose, procuró levan- « tar á Colás y llevárselo á cuestas, pero que ya entumecido con el « frio no pudo, y se cayó á su lado: que en este apuro, por último « recurso, se quitó el vestido, despues la chupa, y despues todo lo « demas para tapar á Colás. Que abriendo en este instante Colás los « ojos, fijó la vista en Agustin, y apartó de sí el vestido como si se lo « hubiera querido volver... *luego*, prosiguió Agustin, *me sentí todo « como que tenia una especie de sueño, ya casi no sentia nada, y*

« me caí sobre Colás; esto es lo que ha pasado, señora, y no me « puedo acordar de otra cosa. »

No bien habia acabado su relacion Agustin, cuando César levantándose se arrojó á él y le abrazó. Mucho extrañó Agustin esta demostracion, porque creyendo que lo que habia hecho era muy natural y regular, no comprendia de qué se admiraban. De allí á poco su madre le llevó á acostarse, y luego que se fué dijo la Marquesa de Clemira: Este suceso, hijo mio, esta accion heroica de una criatura es la mayor prueba de lo que te decia ayer, que no es tan natural como se piensa comunmente el preferirnos á los demas. Agustin se despoja de toda su ropa, porque siente ménos el frio que padece que el que ve padecer á su hermano... ¡Oh qué admirable sentimiento es el de la compasion, puesto que es orígen de semejantes virtudes; léjos de apocar el ánimo lo eleva, hace olvidar los peligros, despreciar la muerte y el dolor!... Nunca, pues, te resistas á tan dulce sentimiento. Conserva cuidadosamente esta compasion activa y tierna, propia del corazon humano, y que solo corrompiéndose la pierde. Al acabar estas palabras se levantó para irse á recoger, pero César la detuvo para decirle que sentia mucho el pensar que dentro de dos dias Agustin se volveria á su casa. — Pues bien, por darte gusto diré á sus padres que me le dejen, me encargaré para siempre de él, y se criará contigo. Al oir esta promesa empezó á saltar de alegría César, diciendo: Yo le enseñaré todo lo que sé. — Pero, dijo Pulqueria, ¿cómo es posible que sus padres consientan en separarse de un hijo tan querido? — No dudo que lo hagan, respondió la Marquesa, y que prefieran á su propia satisfaccion el bienestar de su hijo; este es el modo de querer, ó por mejor decir, los padres que no piensan así, no quieren á sus hijos. En efecto, al dia siguiente habló la Marquesa á los padres de Agustin, los que convinieron en ello gustosos y agradecidos. Agustin lloró mucho cuando supo que iba á dejar á sus padres y á Colasito; no obstante agradeció mucho el cariño que le manifestaba César, y tenia muchos deseos de instruirse y de saber, como él decia, tantas cosas buenas que sabia el señorito César.

De tal forma ocupó el suceso de Agustin á los niños tres ó cuatro dias, que habian olvidado en ellos las veladas; pero al fin recordaron á su madre que les habia prometido una historia. Habéis, les dijo, admirado justamente la nobleza y virtud de Am-

brosio; os imagináis sin duda alguna que no es posible encontrar mas generosa lealtad y elevacion de ánimo; para desengañaros os contaré una historia, en la que hallaréis el ejemplo de una conducta mucho mas sublime. Os he dicho mucho mal de las criadas en general, porque en efecto tales son por lo comun. No obstante os aseguro, que hay algunas de mucho juicio y virtud, y para convenceros os contaré la siguiente historia, que pudiera intitularse el Heroismo de la lealtad, y que casi he presenciado.

EL HEROISMO DE LA LEALTAD

HISTORIA VERDADERA

En una de las provincias setentrionales de la Francia hay un rincon de tierra, en el cual el honor y la virtud sirven de leyes, y son causa de que los dichosos moradores de esta pacífica region gocen de una felicidad tan pura como inalterable... — ¡Oh mamá, qué pais tan hermoso!... ¿Cómo se llama?... — Se llama S***. — ¿Y ha estado Vd. alguna vez en él? — Estuve siendo niña, y tuve el



gusto de contemplar tan dulce espectáculo. Allí vi á los cultivadores sencillos y laboriosos, en cuyos modales y lenguaje no se nota lo tosco y grosero de los aldeanos de otras partes. Allí vi todas las

madres tiernas y cuidadosas, todos los hijos agradecidos y obedientes, todas las jóvenes modestas; allí en fin la ambicion y la envidia son vicios no conocidos, y solo se encuentran la concordia, la union, la pureza de costumbres, y las virtudes, que hacian la felicidad de los hombres en los primeros siglos del mundo. El señor de esta tierra tenia una esposa digna á todas luces de habitarla. Madama de S*** tenia mucho juicio, una alma benéfica y un talento superior. Amaba el estudio, la lectura y el trabajo; bordaba, tejia, y cultivaba flores. Tenia en su jardin várias colmenas, las que cuidaba, criando tambien gusanos de seda. Encargada ademas del gobierno de su casa, se empleaba en él con mucho esmero, no omitiendo ninguna atencion por pequeña que fuese, por ser parte de las obligaciones de una mujer, y que por sí mismas son de bastante interes, sobre todo viviendo en un lugar. Visitaba con gran gusto su corral, su palomar y la lechería, y hallaba en estos pormenores económicos diversion, instruccion, y medios para tener conveniencias, á pesar de una renta muy corta... — ¡Instruccion! mamá, interrumpió Carolina, ¿qué instruccion podia ser? — Una muy sólida. Ya sabes que la Historia natural es una ciencia muy dilatada; tiene, pues, esta ciencia gran número de cosas (y no son las ménos útiles y curiosas) cuya inteligencia naturalmente y sin estudio se adquiere; con solo vivir en el campo, y ocuparse en el cuidado del menaje se puede conseguir. La experiencia y los objetos nos instruyen mucho mejor que los libros. Muchas veces los libros solo nos dejan los nombres impresos; los hechos por el contrário, nos presentan ideas, y las estampan para siempre en la memoria. He conocido una señora en Paris, que despues de haber estudiado un año la Historia natural no hubiera podido distinguir las flores de un manzano de las de un guindo. Cualquiera que no haya vivido en el campo es por lo regular sumamente ignorante en muchos asuntos. En efecto, ¿cómo es posible estudiar las maravillas de la naturaleza en Paris, en donde solo se ven las frutas y legumbres en la plaza ó en nuestras mesas, y tal cual flor en tiestos? No es posible formar en las ciudades una idea cabal de la labranza y trabajo del campo, de sus diversiones pacíficas é inocentes, despreciadas solamente de aquellos que no las han disfrutado. Por esto ha dicho uno de los mejores escritores de estos tiempos : « Todo lo que apetecemos fuera de « aquello que la naturaleza nos puede dar, es trabajo, y no hay cosa

brosio; os imagináis sin duda alguna que no es posible encontrar mas generosa lealtad y elevacion de ánimo; para desengañaros os contaré una historia, en la que hallaréis el ejemplo de una conducta mucho mas sublime. Os he dicho mucho mal de las criadas en general, porque en efecto tales son por lo comun. No obstante os aseguro, que hay algunas de mucho juicio y virtud, y para convenceros os contaré la siguiente historia, que pudiera intitularse el Heroismo de la lealtad, y que casi he presenciado.

EL HEROISMO DE LA LEALTAD

HISTORIA VERDADERA

En una de las provincias setentrionales de la Francia hay un rincon de tierra, en el cual el honor y la virtud sirven de leyes, y son causa de que los dichosos moradores de esta pacífica region gocen de una felicidad tan pura como inalterable... — ¡Oh mamá, qué pais tan hermoso!... ¿Cómo se llama?... — Se llama S***. — ¿Y ha estado Vd. alguna vez en él? — Estuve siendo niña, y tuve el



gusto de contemplar tan dulce espectáculo. Allí vi á los cultivadores sencillos y laboriosos, en cuyos modales y lenguaje no se nota lo tosco y grosero de los aldeanos de otras partes. Allí vi todas las

madres tiernas y cuidadosas, todos los hijos agradecidos y obedientes, todas las jóvenes modestas; allí en fin la ambicion y la envidia son vicios no conocidos, y solo se encuentran la concordia, la union, la pureza de costumbres, y las virtudes, que hacian la felicidad de los hombres en los primeros siglos del mundo. El señor de esta tierra tenia una esposa digna á todas luces de habitarla. Madama de S*** tenia mucho juicio, una alma benéfica y un talento superior. Amaba el estudio, la lectura y el trabajo; bordaba, tejia, y cultivaba flores. Tenia en su jardin várias colmenas, las que cuidaba, criando tambien gusanos de seda. Encargada ademas del gobierno de su casa, se empleaba en él con mucho esmero, no omitiendo ninguna atencion por pequeña que fuese, por ser parte de las obligaciones de una mujer, y que por sí mismas son de bastante interes, sobre todo viviendo en un lugar. Visitaba con gran gusto su corral, su palomar y la lechería, y hallaba en estos pormenores económicos diversion, instruccion, y medios para tener conveniencias, á pesar de una renta muy corta... — ¡Instruccion! mamá, interrumpió Carolina, ¿qué instruccion podia ser? — Una muy sólida. Ya sabes que la Historia natural es una ciencia muy dilatada; tiene, pues, esta ciencia gran número de cosas (y no son las ménos útiles y curiosas) cuya inteligencia naturalmente y sin estudio se adquiere; con solo vivir en el campo, y ocuparse en el cuidado del menaje se puede conseguir. La experiencia y los objetos nos instruyen mucho mejor que los libros. Muchas veces los libros solo nos dejan los nombres impresos; los hechos por el contrário, nos presentan ideas, y las estampan para siempre en la memoria. He conocido una señora en Paris, que despues de haber estudiado un año la Historia natural no hubiera podido distinguir las flores de un manzano de las de un guindo. Cualquiera que no haya vivido en el campo es por lo regular sumamente ignorante en muchos asuntos. En efecto, ¿cómo es posible estudiar las maravillas de la naturaleza en Paris, en donde solo se ven las frutas y legumbres en la plaza ó en nuestras mesas, y tal cual flor en tiestos? No es posible formar en las ciudades una idea cabal de la labranza y trabajo del campo, de sus diversiones pacíficas é inocentes, despreciadas solamente de aquellos que no las han disfrutado. Por esto ha dicho uno de los mejores escritores de estos tiempos : « Todo lo que apetecemos fuera de « aquello que la naturaleza nos puede dar, es trabajo, y no hay cosa

« gustosa fuera de aquello que ella misma nos ofrece[1]. » — Pero, mamá, dijo Pulqueria, hay no obstante muchas personas que aman con pasion á Paris y el gran mundo; es regular pues que hallen gusto en esto. — Esas personas están en contínua agitacion, y en una especie de delirio que les priva no solo de la facultad de pensar, sino tambien de la de sentir : no es posible en semejante estado lograr felicidad alguna, porque esa situacion es efecto de una imaginacion desarreglada, que entrega nuestro corazon á las pasiones mas violentas é impetuosas. — ¿Qué es pasion, mamá? — Es mirar alguna cosa ú objeto con una preferencia absolutamente exclusiva, que es como entregarse á un deseo desordenado. — Pero, mamá; algunas pasiones hay razonables y legítimas. — Algunas veces podrá no ser este exceso criminal, pero siempre será imprudente. Una mujer, por ejemplo, que quiere á su marido con pasion se halla en este caso. — Pues qué, ¿esta mujer obrará sin juicio? — Seguramente, y será muy infeliz, porque no hay felicidad donde falta la razon. — No obstante, mamá, se ha de amar á su marido de todo corazon. — Es muy cierto. — ¿Cómo Vd. quiere á papá? — Sin duda alguna. — Pues bien; Vd. le prefiere á todo. — ¿Qué llamas preferirle á todo? ¿preferencia exclusiva como he dicho poco hace? — Pero mas quiere Vd. un cuarto de hora de conversacion con papá, que no tocar el clave, leer, pasearse... — No lo niego, prefiero su conversacion, ó el solo gusto de verle, á todas las diversiones del mundo; y aun digo mas : aprecio mas su felicidad que la mia. — Pues qué ¿eso no es pasion? — No por cierto. — ¿Pues qué mas haria una pasion? — Haria hacer extravagancias. Para daros una idéa de esto : ¿no conocéis á madama de Orgimon? — Sí, señora, ¿no es aquella señora cuyo marido hizo un viaje á Rusia el año pasado, y que Vd. fué á consolar porque estaba mala en la cama de pesadumbre? — Esa misma; y eso es lo que llamo pasion. Esta pasion quita el valor y la fuerza, y es causa de que no se puedan tolerar los trabajos. — No obstante, no podemos impedir tener calentura. — No, pero cuando no nos dejamos dominar de una pasion, una ausencia no da calentura, porque nos valemos de la razon, y nos resignamos con nuestro estado. Madama de Orgimon quiere á su marido con preferencia verdaderamente exclu-

[1] El conde de Buffon.

siva; no solo prefiere su trato al de otro cualquiera, sino que no hay sociedad ni trato que pueda gustarle sin su marido. No abandonará el gusto de verle por emplearse en la crianza de sus hijos. — No es Vd. así, mamá mia; no obstante tiene Vd. tanto amor á papá como madama de Orgimon puede tener á su marido, puesto que prefiere Vd. el bien de papá al suyo propio. Madama de Orgimon quiere mas, pero Vd. quiere mejor. Veo tambien por este ejemplo que una pasion, aun siendo legítima, nos puede hacer incurrir en bastantes faltas, sin contar que nos puede hacer estar enfermos... no cuidar de los hijos, y despues tener calentura; todo eso no vale nada. — Toda pasion, sea la que fuese, nos priva de la razon, y por consiguiente nos extravía mas ó ménos segun las circunstancias. — Mamá, ¿podemos estorbar el tener pasiones?... — Seguramente, y aun todas ellas son obra nuestra : como solo se fortifican poco á poco, fácil nos sería destruirlas en sus principios. Cuando conocemos que una inclinacion nos domina demasiado, es menester al punto vencerla, y... — Pero ¿en qué se conoce una pasion en sus principios? — Se conoce cuando nos sentimos inclinados á preferir un objeto, una diversion ó un gusto á alguna de nuestras obligaciones. — Con que segun eso, dijo Pulqueria, estoy llena de pasiones, porque si pudiera muchas veces dejaria mis lecciones por irme á pasear, á jugar con la muñeca, con mi canario, con mi perrita, con... — Eso solamente prueba que algunas veces te fastidia el estudio, lo que á tu edad no es extraño; pero si en vez de tu canario, tu perra, etc., te dieran otras diversiones, no los echarias ménos; no tienes aun para estas cosas verdadera preferencia, y por tanto ni tampoco pasion; eres inconstante, alborotada y perezosa, y nada mas. — ¡Ah! ya lo entiendo, es preciso un principio de preferencia, y ademas un deseo determinado de faltar á nuestras obligaciones. — Así es. — ¿Si por casualidad siendo ya grande prefiriese el estudio á toda otra diversion, tendria que vencer esta preferencia? — No por cierto, porque esa preferencia sería muy fundada. — Pues bien, mamá, vea Vd. ya una pasion lícita. — No por cierto : no es lo mismo una mera preferencia que una pasion. — Es verdad; se me habia olvidado que la pasion es causa de olvidarse de las obligaciones precisas. — Si el deseo de aprender y de instruirnos fuese causa del descuido en las obligaciones y deberes de la sociedad, entónces sería vituperable... la inclinacion mas legí-

tima, mas útil y pura, en llegando á ser pasion, deja de ser virtuosa. Las pasiones nos ciegan, nos hacen débiles, injustos y extravagantes. — ¡Eso es malo! Con que así, ¿cuando Vd. dice: quiero á mi Pulqueria con pasion es un modo de hablar? — Y cuando digo la quiero como una loca, ¿desearias que fuese así? — No por cierto, mamá, yo no quisiera que se volviese Vd. loca. — Por consiguiente fácilmente comprendéis por todo lo dicho que es incompatible tener una pasion y tener juicio, y que no hay pasion que no sea una especie de locura... Por tanto, decir: amo como una loca, amo con pasion, son frases del todo sinónimas; por consiguiente, ¿no serías cruel si deseases que te quisiera con pasion? Perderia yo en esto el juicio y la virtud, y tú no lograrias ningun aumento en mi ternura. Si me pidiesen mi vida para salvar la de cualquiera de vosotros tres, sacrificaria sin duda esta vida que vosotros hacéis tan feliz. Ejecutaria por vosotros todo lo que la pasion pueda inspirar de mas heroico; pero no faltaré por vuestro respeto á ninguna de mis obligaciones, esto es, que mi afecto solo puede elevarme, pero nunca podrá extraviarme ó envilecerme... ¿podriais acaso, hijos mios, exigir de mí otros sentimientos? — ¡Ah! no por cierto, mamá mia, exclamaron á un tiempo todos los niños arrojándose en los brazos de su madre, la que apretándolos tiernamente contra su pecho no pudo contener sus lágrimas al sentir correr por sus manos las de Pulqueria. Despues de un poco de silencio causado por el enternecimiento se volvió á la conversacion. Mamá, dijo César, aun tengo una pregunta que hacer á Vd. acerca de las pasiones. Cuando por desgracia nos abandonamos á una pasion, y esta es muy violenta, ¿se puede destruir? — No hay duda, porque no hay victoria que no podamos alcanzar de nosotros mismos cuando la deseamos de corazon. Pero en el caso de que hablas el esfuerzo es muy penoso. Es muy fácil preservarnos de las pasiones; pero una vez arraigadas cuesta mucho el vencerlas. — ¿Cuáles son los medios para preservarnos de ellas? — Se logra esto acostumbrándonos desde luego á consultar la razon, y venciéndonos en todas las cosas leves que le son contrárias, pensando á menudo que estamos continuamente á la vista de nuestro Criador, de ese Criador soberanamente sabio, á quien todo exceso desagrada; y pensando en fin que con los auxilios de la religion, el dominio sobre nosotros mismos, y la aficion al trabajo y al estudio, estamos para siempre libres de pasiones violentas. — Mamá, puesto que todo exceso, sea el que fuere, es vituperable; ¿es de admirar la conducta de Mr. de Lagaraye, aquel hombre extraordinario, de quien nos dijo Mr. Fremont que se retiró del mundo, é hizo de su quinta un hospital para los pobres enfermos, y los asistió toda su vida? — Se debe admirar sin duda alguna esa conducta, y reputarla como el dechado de la perfeccion. — Pues no obstante Mr. de Lagaraye llevaba la caridad hasta la pasion. — Comunmente solo se llaman pasion aquellos sentimientos interesados que tienen por principio nuestra propia satisfaccion; tales son la inclinacion que nos arrastra hácia ciertos objetos, ó el atractivo que hallamos en la posesion de otros, como la avaricia que se deleita en amontonar riquezas; ó el placer que disfrutamos en ciertas diversiones, tal es la pasion del juego; en fin varios vicios á los cuales con bastante impropiedad se da el nombre de pasion, como por ejemplo la cólera. Pero el amor á la humanidad es el mas desinteresado de todos los sentimientos; tanto es mas sublime cuanto es mas general é indeterminado. Enajenarse de todos sus bienes á favor de una persona que se ama, es hacer una accion noble y laudable, porque este sacrificio siempre es meritorio, pero dar todo lo que se posee á unos desdichados por los cuales ningun sentimiento particular nos interesa, excepto el de la compasion; dedicar á su servicio la vida; privarse por ellos de toda conveniencia y comodidad; tratarlos como hijos queridos únicamente porque padecen y son infelices, este es el objeto de una virtud verdaderamente heroica y divina. Llevada la beneficencia á este extremo, puede muy bien llamarse *pasion;* pero es una pasion muy distinta de todas las demas, porque es absolutamente desinteresada, puesto que solo produce acciones sublimes, y que en fin solo Dios puede inspirarla; porque sin la religion es imposible alcanzar este grado admirable de perfeccion... — Mamá, ¿si M. de Lagaraye hubiese tenido hijos habria podido dar toda su hacienda á los pobres? — No por cierto, porque ántes de todo se ha de cumplir con las obligaciones que nos impone la naturaleza; solo hubiera podido dar á los desdichados su sobrante; ademas de que obligado á educar sus hijos se hubiera visto en la imposibilidad de dedicarse al servicio de los pobres.

Mamá, dijo Carolina, ya que ha tenido Vd. la complacencia de responder á todas nuestras preguntas, espero que proseguirá la historia de madama de S***. — Con mucho gusto, pero no me

acuerdo en qué estábamos. — Nos habia Vd. dicho que madama de S*** era feliz porque era benéfica; nos dijo Vd. tambien que vivia gustosa en el campo; que cultivaba flores, leia, trabajaba, y tenia colmenas, gusanos de seda... en esto estaba Vd... — Pues esta señora, contenta con su suerte, pasaba una vida tan inocente como tranquila. Siendo su marido poco acomodado de bienes de fortuna, no le podia dar mucho para socorrer á los desdichados; no obstante nunca se pasaba dia sin que hiciese alguna buena obra. No habia en el lugar ni médico ni cirujano; sabia algo de Botánica, habia leido con atencion la historia de las plantas usuales de Mr. Chomel, y sabia de memoria el *Aviso al Pueblo* de M. Tissot, obra igualmente apreciable y útil. No por estos conocimientos ejercia madama de S*** la medicina, porque siendo una ciencia que exige los mayores conocimientos prácticos y teóricos, ejercitarla sin ellos hubiera sido imprudencia y locura; pero á lo ménos visitaba los enfer-



mos, les estorbaba que hiciesen remedios peligrosos, y solia indicarles otros que no podian ser nocivos: les llevaba caldos, buen vino, ropa limpia, y los consolaba con su presencia, sus razones y humanidad: veia por experiencia que, aunque con cortos medios, se puede hacer mucho bien; y que cuando se ha hecho todo el que se puede, se goza de toda la felicidad que la beneficencia puede dar de sí.

Tenia madama de S*** una criada llamada Mariana, que le servia hacia ya doce años: esta mujer era apreciable por su mucha honradez, su desinteres, y mucho afecto á su ama, cuyas virtudes y vida ejemplar imitaba. Bien es verdad que nunca habia estado en Paris, y que nada habia podido corromper ni alterar su buen fondo y natural bondad; madama de S*** la amaba tiernamente, y el deseo de hacerla feliz era uno de sus mayores cuidados. Mariana, de alguna mas edad que su ama, se lisonjeaba de acabar sus dias sirviéndole; pero la Divina Providencia lo dispuso de otro modo. Cayó enferma madama de S*** de una dolencia que era leve en sus principios, pero que mal curada se hizo mortal. Consideró la muerte no solo sin horror, sino tambien con la serenidad propia de un alma virtuosa y penetrada de las verdades de la religion; y al mismo tiempo que todos los que la conocian se entregaban al justo dolor que les inspiraba la certeza en que estaban de perderla, ella manifestaba una tranquilidad inalterable. El régimen provechoso que seguia exactamente le alargó la vida algunos meses; el valor le prestaba fuerzas; no hizo cama, al contrário, se paseaba, leia, hacia venir como siempre várias niñas del lugar, á las que gustaba de instruir y hacerles trabajar, y conversaba con su querida Mariana. Recibia á menudo visitas de su párroco; su dulzura é igualdad de genio no la abandonaron jamas.

Una mañana de los hermosos dias del mes de Mayo se levantó al amanecer, y acompañada de Mariana fué á pasearse al campo. Luego que llegaron á un cerro desde el cual se descubria una llanura deliciosa, se recostó sobre la yerba, y Mariana se sentó á su lado. A poco rato, levantándose y apoyándose sobre el brazo de Mariana, le dijo: ¡Cuánto me gusta este sitio! ¡Qué hermosa campiña! Mira, Mariana, mira aquel hermoso prado que tantas veces hemos paseado; en él fué cuando un dia encontrámos á la pobre abuela Verónica agobiada con el peso de un haz, y trayendo en la mano una pesada cesta llena de manzanas: tú le quitaste el haz, y yo, á pesar de su resistencia, le tomé la cesta, y de este modo la acompañámos á su choza. ¿Te acuerdas de lo alegres que íbamos hasta llegar á ella; del agradecimiento de la buena vieja, y del almuerzo que nos dió?...

Vuelve la vista á la derecha: mira allí la arboleda del estanque adonde en nuestra juventud íbamos tantas veces á pescar con la caña. Allí mismo hemos ido tambien muchas veces con Marta y la Isabelita, y hemos hecho tantas cestas de mimbres, que despues llenábamos de violetas, alelíes y avellanas... ¿No reparas allí abajo una cabaña? es la de Francisca. ¿Te acuerdas que hiciste en dos dias el vestido de novia que le regalé?... Un poco mas allá, á la izquierda, descubro la entrada del bosque que en los dias de fiesta, y por las hermosas noches del verano era el sitio de mi escuela. ¡Oh qué ratos tan deliciosos he pasado allí rodeada de las niñas del lugar! ¡Bien te acordarás de los cuentos tan largos que con tanta gracia nos referia Margarita, y de los romances que Honorina cantaba con tanta dulzura!... aquí cada objeto me representa aquellos venturosos dias... ¡Y qué gratos me son en la situacion en que me hallo!

Al decir madama de S*** estas últimas palabras volvió Mariana la cabeza para ocultarle el llanto que no podia reprimir... Despues de un instante de silencio madama de S*** juntando las manos y levantándolas al cielo: ¡Oh Dios mio! exclamó, tú á quien creo ver por entre esas nubes brillantes que adornan los cielos, tú que me oyes, y que lees en mi corazon, yo te doy gracias como á mi Criador, mi Padre y mi Bienhechor; te doy gracias de que me has puesto en un estado libre de las persecuciones del odio, de los horrores de la envidia, del contagio de los malos ejemplos, y de la seduccion de consejos peligrosos. Nada ha podido alterar mi razon, ni corromper mi alma. No he conocido ni la corte ni la ciudad; he sabido que existian aduladores ambiciosos, filósofos falsos, y hombres envilecidos por la ambicion, ó pervertidos por el orgullo; he llorado sus errores; este sentimiento ha alterado algunas veces el gusto de mis reflexiones, he tenido lástima de los perversos, y he vivido siempre léjos de ellos. Exenta de pasiones violentas, de diversiones falsas y tumultuosas, he pasado mi vida en la feliz oscuridad: mi felicidad ha sido tanto mas pura cuanto que nadie la ha envidiado; la inocencia, la paz, la amistad fiel, los tiernos sentimientos de la humanidad han llenado todas las horas de mi vida; he poseido los verdaderos bienes... y en este tremendo instante en que la memoria de lo pasado es el mayor tormento del perverso, los mas dulces recuerdos se presentan de golpe á mi imaginacion... considero con sumo gozo

que solo á la virtud he debido la felicidad tan pura que he gozado. ¡Oh buen Dios, qué grande es tu bondad inmensa! Mandándonos que aborrezcamos y huyamos del vicio, nos enseñas el único medio de ser felices en la tierra, prometiéndonos ademas despues de esta frágil vida una inmortal recompensa.

Al acabar estas razones madama de S*** se dejó caer en los brazos de Mariana; el ardor con que habia hablado extenuó sus fuerzas. Mariana la miró, y al verla pálida, inmóvil y con los ojos cerrados, prorumpió en dolorosos gritos. Su ama volvió á abrir los ojos, y apretándole tiernamente la mano, le dijo: ¿A qué viene ese temor? ¿pues qué, Mariana mia, tú, cuya piedad es tan sincera, acaso no estás resignada?... Ya nos juntaremos, hija mia, para nunca mas separarnos... Sírvate de consuelo el ver mi tranquilidad... Espero que siempre tendrás un asilo en casa de mi marido. ¡Infeliz! Ojalá yo hubiera podido dejarte otra cosa. Ademas de este, muero tambien con otro sentimiento; es menester que te lo diga... Aquí Mariana miró atentamente á su ama, y la atencion con que se preparaba á escucharla detuvo y suspendió sus lágrimas.



Bien sabes, continuó, que hay en el lugar una maestra de niñas para enseñarles á leer. La mayor parte de los vecinos pueden pagarla; pero hay bastantes pobres que no están en estado de dar el corto estipendio que exige por su trabajo. Si hubiese vivido algunos años

mas hubiera juntado el dinero necesario (esto es, cien escudos) para señalar una corta renta á esta maestra, á fin de que enseñase de balde á las niñas mas pobres del lugar. Pero pues que Dios no ha querido que yo tenga esta satisfaccion, debo someterme sin réplica á su voluntad. Al oir esto Mariana, como enajenada, cogió la mano de su ama, y exclamó diciendo: ¡Oh señora mia!... y no pudo proseguir atravesándosele el llanto; y levantándose madama de S*** apoyada en su brazo dió la vuelta al lugar.

Pocos dias sobrevivió á esta conversacion. Llegando su abatimiento y debilidad al último extremo, tuvo que hacer cama. Mariana entregada al mayor dolor no se apartó un instante de su cabecera; todos los criados de la casa se deshacian en lágrimas. El patio estaba siempre lleno de la gente del lugar, que venia á saber cómo estaba su señora y su bienhechora, y no se apartaba de la casa sino para ir á la iglesia á pedir á Dios con ánsia la conservacion de una vida tan pura y preciosa. Finalmente siempre tranquila y resignada vió madama de S*** acercarse su última hora con aquella entereza que solo la religion puede dar, y Mariana recibió su último suspiro.

¡Ay Dios mio, exclamó Pulqueria llorando, qué será de la pobre Mariana!... — Las vigilias, el cansancio y la pesadumbre causaron una funesta revolucion en su salud: cayó gravemente enferma; pero apénas estuvo convaleciente cuando resolvió marcharse de S***. Dispuesto ya su viaje fué á la iglesia en donde estaba enterrada su ama, regó con lágrimas su sepulcro, y despues se fué á Charleville su patria, con mucho sentimiento del cura y vecinos de S***. No se oyó por espacio de dos años hablar de ella; pero pasado este tiempo recibió el cura de su parte una cajita con cien escudos, y una carta en estos términos: « Char-
« leville, 24 de Setiembre de 1775. — Señor cura: Remito á Vd.
« por fin los cien escudos que mi querida y digna señora deseaba,
« como Vd. sabe, en sus últimos instantes. Gracias á Dios, su pos-
« trera voluntad y la buena obra que habia proyectado tendrán
« efecto. Si me hubiese quedado algun dinero de mas, hubiera yo
« misma ido á llevar los cien escudos de mi ama, pero no me ha
« quedado ni con qué pagar la mitad del viaje. Y con todo estoy
« tan contenta cuanto puedo estarlo despues de haberla perdido,
« y me siento aliviada de un peso terrible que me oprimia dia y
« noche. Suplico á Vd., señor cura, que forme lo mas presto que

« pueda la pequeña renta á esa maestra. Me servirá de mucho
« consuelo que esté en estado de enseñar á leer *grátis* á las
« niñas pobres, y que todas las madres del lugar, y aun del con-
« torno, que no pueden pagarla le envíen sus hijas. Espero que
« todas esas inocentes y sus familias rogarán á Dios por mi ama y
« su bienhechora, y que Vd., señor cura, les dirá cuánto la deben.
« Ahora ya solo pido á Dios me conceda medios para volver á S***.
« Luego que haya visto por mis ojos la escuela de caridad fundada
« por mi querida señora no me quedará nada que desear en este
« mundo. — Quedo de Vd. con el mayor respeto. — Señor cura. —
« Su mas humilde criada. — Mariana Rambour. »

Quedó el cura penetrado de admiracion leyendo esta carta; su alma era de aquellas que saben apreciar la grandeza de una accion semejante. Al dia siguiente, despues de la misa mayor leyó en público la carta de Mariana. Su contenido hizo verter lágrimas á todos los vecinos, y el mismo cura, no pudiendo detener las suyas, tuvo que interrumpir várias veces la lectura... — Bien lo creo, dijo entónces César: ¡oh cómo hubiera yo llorado si me hubiese hallado allí!... pero, mamá, ¿se ha verificado la fundacion? — Seguramente. El cura ha puesto á ganancias los cien escudos; esta cantidad, fruto de las vigilias y trabajos de Mariana durante dos años, ha producido una renta para la maestra de niñas que actualmente enseña *grátis* á todas las pobres de S***.

Ahora decidme, hijos mios, si esta accion no equivale á la de Ambrosio... — Yo, dijo César, prefiero Mariana á Ambrosio, porque la compasion movió á este á obrar naturalmente, y ademas el agradecimiento de madama de Varonne le iba recompensando al mismo tiempo. — Es muy cierto; en vez de que la sola veneracion que Mariana tenia á su ama la obligó á todos los sacrificios que Ambrosio habia hecho para mantener á madama de Varonne. La conducta de Ambrosio es digna de admiracion; pero la de Mariana es superior á cualquier elogio. Finalmente, para comprender todo el mérito de ella habéis de pensar por lo que Mariana ha hecho por su ama ya difunta, ¿qué no hubiera sido capáz de emprender por darle la vida? ¿Pero creéis, hijos mios, que la historia de Mariana se ha acabado? — ¿Pues qué, aun falta algo, mamá? — No echáis de ver que falta el desenlace? ¿No hemos convenido en que es imposible que una accion heroica tarde ó temprano no sea recompensada? — ¡Ah!

tanto mejor. Veremos á Mariana premiada, y aun no se ha acabado la velada; ¡qué gozo!... ¿y qué falta, mamá? — Falta que Mariana, despues de haber dado cuanto poseia, se puso á trabajar de nuevo, pero no con tanto ardor, porque solo trabajaba para mantenerse. Poco despues murió uno de sus parientes, que movido de la virtud de Mariana le dejó doscientas y sesenta libras de renta. Con esta corta herencia, y trabajando siempre, se halló Mariana rica en un país libre de toda imposicion, y que produce todo lo necesario á la vida; pero solo gastó para ella lo puramente indispensable, á fin de poder socorrer mejor á los pobres... — ¿Pues qué, mamá, interrumpió Carolina como pesarosa, doscientas y sesenta libras de renta componen todo el premio de la virtuosa Mariana? — Pero has de considerar que una persona de la clase de Mariana, con su trabajo y doscientas y sesenta libras de renta es mas rica en Charleville, que con veinte y cinco mil en la corte una madre de familias. En general toda fortuna superior á nuestra clase no nos puede hacer felices. — ¿Y por qué razon? dijo César. — Supon que tu lacayo Morel gane mañana dos millones á la lotería... — Pues bien, mamá, Morel será del todo feliz; si tiene buen corazon, hará mucho bien y buenas obras... — Aun suponiendo que este suceso no le trastorne la cabeza, que no le haga vano, orgulloso é insensato, no por eso dejará de ser infeliz. Morel sabe leer y escribir; es de los mejores en su clase; pero ¿qué figura hará en el gran mundo? ¿A qué mofa no se verá expuesto? ¿Cómo podrá cumplir con el trato de las gentes? ¿Cuál será su conversacion y su porte? ¿Podrá cuidar de su hacienda? ¿Podrá conocer si un administrador es inteligente, hombre de bien ó no?... Morel querrá casarse, no buscará seguramente ni una hija de un mercader, ni una labradora; escogerá una mujer amable, y bien criada en la apariencia; esta mujer tan solo se casará con él por su dinero; por consiguiente no será estimable, y solo le servirá de tormento; por lo que bien ves que Morel con cien mil libras de renta sería igualmente infeliz y despreciado. Supon por el contrário que no gane mas que doce mil libras. Con ellas compraria algunas tierras, se casaria con una graciosa labradora, honrada y laboriosa, y que llevase en dote algun poco de hacienda. Amado y obedecido de su mujer, viviendo con toda conveniencia, estimado de todos sus vecinos, porque es bueno, caritativo, y tiene mas instruccion de la que se halla regularmente en su clase, Morel

sería el mas feliz de los hombres... — Verdad es, mamá; pero si Morel ganando los dos millones no quisiese vivir en ciudad, ni salir de su clase, y emplease la mayor parte de su fortuna en hacer buenas obras, nadie se burlaria de él, y sería feliz... — Morel es muy hombre de bien, y en lo que supones le haces un filósofo y un héroe, y yo no creo que sea ni uno ni otro. Es menester tambien para seguir tu idea que su mujer é hijos sean tambien filósofos, sin lo cual no les dará gusto que pudiendo Morel conservar setenta mil libras de renta á lo ménos, solo se quede con tres ó cuatro mil, y el infeliz Morel no oirá en su familia sino quejas... — Pues bien, ¿hay mas de que no se case?... — ¿Y si él lo desea?... — Supongamos que no lo desee... — Nunca tendrá hijos; ¡si supierais de que gusto le priváis!... — ¡Ah, mamá mia!... Démosle una buena madre, y será feliz... — ¡Amable criatura!... Pero bien está, sea así, te concedo todo lo que dices. Supongo contigo que Morel tenga una tierna madre, y que con ella se retire á un lugarcito: que no conserve sino dos ó tres mil libras de renta, y que dé todo lo demas á los pobres; aun con todo esto no le faltarán pesadumbres... — ¿Y cuáles serán?... — No puede Morel conocer á los hombres, ni estar impuesto en los negocios; algun tramposo diestro y sagaz se apoderará de su confianza con pretexto de aconsejarle y dirigir sus miras benéficas. Morel se verá engañado, burlado y arruinado por semejantes gentes; al paso que procurará hacer bien, no conseguirá sino enriquecer á estos hombres astutos y perversos... — ¿Pero si solo se fia de gente de juicio y de bien?... — El número de estos por nuestra desgracia es muy corto. Por todo esto, considerad cuántas suposiciones extraordinarias, y aun extravagantes, hemos tenido que hacer para convenir en que Morel pueda ser feliz si el dia de mañana se hallase con cien libras de renta... — No tiene réplica; ahora conozco que para hacer bien no basta ser bueno, es menester ademas tener talento é instruccion: comprendo tambien por lo mismo que cualquiera que sale de su clase debe ser infeliz.

Al dia siguiente á esta conversacion César y sus hermanas hablaban entre sí, como tenian de costumbre, acerca de la historia de la última velada. No se cansaban de repetir el elogio de la virtuosa Mariana Rambour; pero á pesar de todo lo que les habia dicho sobre este punto su madre, no podian ménos de pensar

que Mariana no era tan feliz como se merecia. Porque, decia Pulqueria, esta pobre muchacha con sus doscientas y sesenta libras de renta no tiene sino lo absolutamente necesario para mantenerse; y así para poder socorrer á los pobres se ve obligada á trabajar continuamente, y como mamá dice, á ceñirse á lo puramente preciso; esto me causa disgusto, yo hubiera querido que á lo ménos pudiese hacer limosnas sin incomodarse.

Aquella noche á la hora de la tertulia la Marquesa de Clemira hablando con Pulqueria, le dijo: He oido esta tarde toda vuestra conversacion tocante á Mariana Rambour. ¿Por qué te pones colorada, Pulqueria... — Mamá... — Si sientes que yo oiga lo que hablas no lo has de hacer otra vez tan alto á diez pasos de mí... — ¡Ah! Mamá, nunca tendré nada oculto para Vd... — ¿Por qué, pues, te has puesto colorada? Vaya ¿qué respondes?... — Es porque á pesar de las reflexiones que Vd. nos hizo hacer ayer, me he mantenido en que la accion de Mariana no estaba bastante premiada, y ahora comprendo que he hecho mal en tener una opinion contrária á la de Vd. — En efecto, debes creer que tu opinion nada vale cuando es distinta de la mia. Cuando no quedas convencida de la verdad de los principios en que procuro instruirte, me debes exponer tus dudas; siempre estoy pronta á oiros y á responderos. Por tanto, cuando no eres de mi parecer, apruebo que me lo digas, y no solo lo apruebo, sino que te lo mando. Pero diciéndolo á otros, faltas al amor y al respeto que me debes. Ademas, si no me has comprendido bien, no podré hacerte conocer tu error si no me hallo presente á la crítica que haces de mis discursos... — La crítica... ¡Oh mamá mia, qué expresion! — Quizá es demasiado fuerte. Pero en fin, ¿no has dicho que no te parecia que Mariana habia logrado la recompensa que merecia, y que en esto no podias ser de mi opinion?... ¿Quieres ahora escuchar mis razones? — Con mucho gusto, y procuraré comprender bien lo que Vd. diga para pensar como Vd... — Lo que te desazona es que crees que Mariana no es del todo feliz... ¿no es esto?... — Eso mismo, mamá... — Lo que hace feliz á una persona verdaderamente piadosa, sencilla y laboriosa, á una persona cuya virtud llegue hasta el grado del heroísmo mas sublime, no es el dinero, porque la satisfaccion que produce una buena accion no consiste en la cantidad, sino en la intencion con que se da. Un buen corazon está del todo satisfecho

cuando socorre á los pobres con lo que le es posible. El rico benéfico da con mucho esplendor; el que es benéfico tambien, pero con pocos medios, da con mas gusto, porque aquel solo se ha privado de algunas vanas superfluidades, y este sacrificio tan brillante como poco penoso, hace que logre la estimacion general. Es feliz sin duda, y es digno de serlo; pero el pobre benéfico goza de una felicidad superior con mucho á la suya. Figuraos á Mariana de Rambour con sus doscientas y sesenta libras de renta; figuraos á esta celestial criatura obrando solamente por Dios y por su conciencia: vedla trabajar todo el dia para poder á la noche llevar á casa de un enfermo ó de una madre de familia la corta cantidad que ha ganado, y que debe suministrar el caldo para aquel pobre, ó el pan para cuatro ó cinco criaturas. Seguidla despues de esta accion, y la veréis volver á su casa humedecidos aun los ojos con las dulces lágri-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX

mas que ha vertido. Entra en su cuarto; su cena quizas será unas sopas, pero se dirá á sí misma: *el plato de que hoy me he privado ha dado el pan á cinco desdichados...* Esta reflexion llena su corazon de un placer delicioso. Trae á la memoria los agradecimientos de la pobre madre de familia, se figura que la está oyendo; aun le parece estar mirando las pobres criaturas arrojarse con ánsia sobre el alimento que en vano pedian hacia ya dos dias. ¡Oh cuánto debe estimar Mariana con semejantes recuerdos la frugalidad de sus comidas!... Acabada su cena ¡con qué confianza irá á pedir á Dios,

á aquel Ser soberanamente bueno, que ha dicho! « Guardaos de « hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que las « vean, pues si así lo hacéis no recibiréis la recompensa de vues- « tro Padre que está en el cielo[1]. » No ha tenido Mariana la felicidad y la gloria de sustraer á la miseria gran número de infelices. No ha formado establecimiento alguno útil ó permanente, no ha fundado ningun hospital, pero ha dado en secreto, y lo que ha dado ha sido parte de lo que le era necesario. No ha buscado ni las alabanzas, ni la aprobacion de los hombres; solo ha tenido por norte la religion y la humanidad; sus reflexiones, su interior, el recuerdo de lo que ha hecho, y sobre todo las cosas de que se ha privado, son para ella un manantial inagotable de felicidad; en una palabra, disfruta en la tierra parte de la inmortal felicidad de los Bienaventurados en el cielo; está contenta de sí misma, y segura de que Dios la aprueba y la protege. Por lo dicho podréis comprender que si Mariana hubiera tenido suficientes medios para socorrer á los pobres sin cercenar algo de lo que le era necesario, no le hubieran causado sus limosnas tanta satisfaccion, puesto que su mérito en este caso hubiera sido menor; podéis juzgarlo por vosotros mismos. El otro dia te enviaron una cestita de manzanas, que repartiste con tu hermano y tu hermana. Ántes de ayer Magdalena te trajo un corderito blanco, tu hermana tuvo ganas de él, y tú se lo diste. ¿Cuál de estas dos acciones ha sido la que te ha dado mas gusto? — La de dar el cordero á mi hermanita. — No obstante sentias mucho quedarte sin él... — Sí, señora, pero por eso mismo inferia el placer que tendria mi hermana. Carolina, decia yo entre mí, no cabrá en sí de gozo si le llevo el corderito; con esto me figuraba su sorpresa, su alegría, y juzgaba que esto me daria mas gusto que no el guardarle para mí. Pedí á mi aya una colonia de color de rosa, adorné con ella mi corderito, y despues fuí corriendo á buscar á mi hermana; en todo este tiempo el corazon me palpitaba con tanta fuerza... pero era de alegría, estaba tan contenta... — Ese dulce sentimiento es el que se experimenta al hacer un sacrificio generoso : cuanto mas grande es este, tanto mayor es nuestra satisfaccion; y por la alegría que experimentabas, figurándote la que tu hermana recibiria con el regalo del corderito, puedes

[1] Evang. de S. Mat. cap. 5.

juzgar del placer que se experimenta socorriendo á una familia infeliz, próxima á perecer de hambre y miseria. — Bien lo conozco, mamá; ¿pero cuándo nos dará Vd. el gusto de ir á socorrer á los desgraciados?... — El invierno que viene, cuando estemos en Paris, si de aquí á entónces os portáis bien... — Oh mamá, esta recompensa nos dará mas gusto que otra cualquiera... Pero no habiendo en Champcery nadie reducido á ese extremo de miseria, ¿cómo es posible que se encuentre en Paris, una ciudad tan hermosa, y donde hay tanta gente rica?... — Eso mismo es la causa de haber infinitos; tales son los funestos efectos del lujo, ó de la vanidad mas despreciable, queriendo lucir con loca magnificencia en vez de procurar distinguirse por la virtud : esta manía con que solo se logra ser aborrecibles á todos, y no nos produce ningun placer verdadero, es precisamente la causa por que se encuentran mas desdichados, mas infelices en las grandes ciudades que en los lugares mas pobres... — Solo esto deberia disgustarnos de las ciudades, y hacer apetecible la vida del campo. Pero, mamá, ¿cómo se ha de hacer para conocer esos infelices de que Vd. habla, pues bien sé que no son los mas dignos de lástima los que piden limosna, sino los que están enfermos que no pueden salir, ó se están en sus casas?... — ¡Ay, hija mia! Todo Paris está lleno, apénas se hallará una calle en que no se puedan encontrar infinitos... — ¡Oh Dios mio, es posible! Se pasa continuamente por delante de sus puertas, y los tenemos por vecinos... Ah, mamá, ¿cree Vd. que los haya en nuestra calle en Paris?... Si esto fuera no podria dormir. ¿Cómo es posible dormir sosegadamente pensando que quizá en la casa inmediata estará un pobre enfermo echado sobre un poco de paja?... — Conserva esa humanidad, hija mia, y cuando tengas dinero, si te sientes con deseos de emplearlo en superfluidades, acuérdate de la piadosa reflexion que acabas de hacer; díte á ti misma : con el dinero que emplearia en esta bagatela, de la que dentro de dos dias ya no haré caso, puedo quizas salvar la vida de una criatura moribunda y la de su afligida madre... — ¡Ah! nunca emplearé el dinero en bagatelas... — No hagas esa promesa, por que verosímilmente no la cumplirás. Ceñirse á lo único necesario y dar lo demas á los pobres es efecto de una virtud que no es propia de vuestra edad. Contentaos con saber que esta virtud existe, y que ella sola puede dar la única felicidad verdadera que se halla en este mundo. Acostum-

braos desde ahora á reflexionar sobre la vanidad de los juguetes y chucherías, que regularmente en vuestra edad son el objeto de vuestros deseos. Considerad que el gusto que causan solo es momentáneo, gusto tan falso como poco permanente. Cuando por el contrário, la sola relacion de una bella accion os conmueve, os admira y os hace verter lágrimas... ¿qué sería, pues, si vosotros mismos la ejecutaseis?... Parad de cuando en cuando la consideracion en la multitud de infelices á quienes falta el pan, al tiempo mismo que vosotros arrojáis ó desperdiciais el que se os da para merendar; en los que padecen todo el rigor del frio por falta de vestidos, cuando vosotros hacéis pedazos los vuestros para vestir una muñeca. Estas reflexiones abriendo vuestros corazones á la compasion, os harán tambien ser económicos; y sin la economía es imposible ser generosos : por tanto, acostumbraos desde luego á no desperdiciar cosa alguna; despues imponeos de tiempo en tiempo algunas cortas privaciones voluntarias; conseguid algun dominio sobre vosotros mismos; tened bien presente que sola la virtud nos puede distinguir, y que ella sola puede hacernos estimables, felices y queridos; finalmente, tened presentes estas conversaciones y las historias de nuestras veladas, con lo cual insensiblemente vuestras almas se elevarán, se perfeccionará vuestro juicio, os haréis verdaderamente benéficos, y seréis las delicias y la gloria de vuestra madre... — Desde ahora quisiera yo hacerla á Vd. feliz, querida mamá mia. ¿Pero es posible que no pueda yo ser bastante buena para sacrificar á los pobres todos mis caprichos?... — No es regular en tu edad ni en la juventud ser capaz de una reflexion bastante sólida para poder llegar al punto de perfeccion que dices. Hasta ahora nada has visto, todo es nuevo para ti, todo te gusta; pero cuando sepas ocuparte con solidez, la mayor parte de las frioleras que ahora te agradan y te incitan, te parecerán insípidas; solo apreciarás lo que llega al corazon, y nada le satisface tanto como el uso constante de la beneficencia. Fuera de que no estamos obligados á dar á los pobres todo lo que nos sobra. El Evangelio nos manda que demos limosnas, pero no que nos despojemos enteramente para dar á otros. Es cierto que el que se penetrase perfectamente del espíritu del Evangelio, daria á los pobres cuanto posee; pero la religion no exige que sacrifiquemos á la humanidad todas las conveniencias de la vida, y sí solo el que pongamos freno á nuestros caprichos, para

que así podamos expiar nuestros deseos desordenados con acciones de bondad y beneficencia... — Ya he comprendido todo esto, dijo César. El que es medianamente bueno da una corta porcion de su sobrante; el que es bueno, bueno y compasivo, da mas de la mitad de ese sobrante; y el que es perfecto lo da todo... — Tu definicion es muy propia, y ahora si me dejáis acabaré la historia de ayer... — ¡ Pues qué, exclamaron á un tiempo los tres niños, la historia de Mariana Rambour!... — No he dicho que se hubiese concluido : siempre me habéis interrumpido, y con vuestras preguntas no me habéis dado lugar á finalizarla. He procurado haceros comprender que en general las personas sin crianza son dignas de lástima cuando un suceso imprevisto mejora al parecer su suerte. Creo haber hecho ver á Pulqueria que Mariana Rambour debia ser feliz con doscientas y sesenta libras de renta; pero no he dicho que esta corta herencia fuese el único premio que el cielo habia dado á su virtud. Os he recordado aquella máxima de que : *jamas una accion heroica queda sin premio aun en este mundo.* Sobre esto notasteis todos la cortedad de una renta de doscientas y sesenta libras, sin informaros si no habia en efecto logrado otra recompensa. — Ahora comprendo que no se debe precipitar el juicio, y que ántes de dar su parecer es menester hacerse cargo de las cosas. En castigo mereceríamos que nos privase Vd. de lo restante de la historia de Mariana; no obstante lo sentiríamos mucho... — No temáis que lo haga, hijos mios. Me basta que forméis la resolucion de juzgar en lo sucesivo con ménos precipitacion y ligereza.

Pero volviendo á Mariana, supo en su retiro que el cura de S*** habia leido su carta en público; léjos de alegrarse, lo sintió infinito. Escribió sobre este particular al cura, diciéndole : « Me « ha sido muy sensible que haya Vd. hecho pública una accion « que yo deseaba que solo Dios y Vd. la hubiesen sabido. » Á pesar de lo sincero de su sentimiento todo Charleville supo la historia de Mariana. Las personas mas distinguidas de la ciudad quisieron verla, conocerla y llevarla á sus casas. Varios procuraron por todos los medios imaginables obligarla á recibir algun socorro, que en su situacion debia serle necesario. Pero Mariana lo rehusó constantemente, respondiendo siempre que nada le hacia falta, y que estaba del todo contenta con su suerte. Finalmente, el cura de S*** hizo un

viaje á Paris, en donde habló várias veces de Mariana Rambour, contó su interesante historia á una señora, á quien tambien dió algunas cartas de Mariana, y una copia del auto de fundacion que hizo ejecutar. Esta señora entregó estos papeles á un literato amigo suyo para que los insertase en una obra curiosa que iba á dar al público. — ¿Pues qué, la vida de Mariana Rambour está impresa? ¡Cuánto me alegro que Mariana logre reputacion!... — Ya ves que á pesar de su modestia sale ya de la oscuridad que tanto amaba; pero escucha lo que falta... — Esto es lo mejor; el corazon me palpita... ¿y bien, mamá?... — Existe un jóven Príncipe, poco mas ó ménos de tu edad, César; solo tiene nueve años, y ya su genio promete la esperanza feliz de que sea un dia tan distinguido por sus virtudes y beneficencia como lo es por su augusto nacimiento : como vosotros, hijos mios, su mayor gusto es oir contar historias útiles, las escucha con ánsia, hacen profunda impresion en su corazon, y quedan grabadas en su memoria. Un dia el sugeto encargado de su educacion le refirió la historia de Mariana Rambour. Luego que acabó de contarla, exclamó el Príncipe llo-



rando : *¡Ah, y cuánto siento ser tan niño!...* — ¿Por qué, señor? le preguntaron... — Daria una pension á esa virtuosa mujer... — Pero tiene V. A. un padre que le ama tiernamente... — ¿Le parece á Vd. que se la pida? — Sin duda alguna, y con eso le causará la mayor alegría... — Sin esperar á mas el Príncipe, enajenado, fuera de sí se levanta, sale corriendo de su cuarto, atraviesa un corredor,

baja con precipitacion dos escaleras, llega á una sala de billar, en la que habia ocho ó diez personas; pero solo repara en su padre, y á pesar de su natural encogimiento se arroja en sus brazos, diciéndole con voz trémula : *Papá, tengo que pedir á Vd. una gracia.* Le conduce á un cuarto inmediato, y allí expuso su peticion del modo mas tierno. Recibió en premio de su sensibilidad los tiernos abrazos de su padre, que estrechándole contra su pecho le dijo : *Voy á dar órden que se extienda en tu nombre el libramiento de una pension de seiscientas libras para Mariana Rambour.* — Ahora sí, interrumpió Pulqueria, que estoy contenta. ¡Oh qué Príncipe tan bueno, y qué contento estaria... — Él mismo quiso escribir á Mariana para darle esta noticia, y esta es su carta :

« S. L'''', Agosto 2 de 1782.

« Me cuento por feliz, señora, de que me hayan referido la « accion que ha hecho Vd. movida de su lealtad para con madama « de S***, puesto que tengo el gusto de decirle hasta qué punto me « ha penetrado. Querian hacerme ver cuán bella es la virtud, cuán « digna es de ser amada, y para esto me han contado su historia de « Vd. Le soy deudor de una leccion que jamas olvidaré, y de que « siempre me acordaré con enternecimiento. Reciba Vd., señora, « el libramiento de la pension de seiscientas libras que le envío, « como una prueba de mi admiracion, y del vivo y tierno interes « con que contribuiré toda mi vida á su felicidad.

« Hago incluir en esta el pago de doscientas libras por el primer « tercio de dicha pension, que empieza á correr desde primero de « Julio pasado. »

Juzgad, hijos mios, del efecto que esta carta produciria en el corazon sensible de Mariana, tanto mayor cuanto la órden que la acompañaba estaba puesta en los términos mas honoríficos y lisonjeros. Mariana el dia de hoy se halla rica para su clase, y goza de la estimacion general debida á su virtud. ¡Ah, mamá, qué historia tan bella!... ¡Cuánto quiero á este jóven Príncipe que ya es tan bueno!... — Creo que no tendréis ménos gusto en la velada de mañana, pero ya es tarde, y es menester concluir esta. — Una palabra tan sola, mamá. Qué título tiene la historia que nos quiere Vd. contar mañana? — *Eglantina, ó la indolente corregida.* — ¡Eglantina!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡qué nombre tan bonito! ¿Era indolente? Pero no es un defecto muy grande... — Ya veréis cuáles pueden ser sus consecuencias. Entre tanto vámonos á acostar. Estas pocas palabras de la Marquesa avivaron en gran manera la curiosidad de los niños, que esperaban con ánsia la nona velada, en la cual su madre contó la novela siguiente.

EGLANTINA

Ó LA INDOLENTE CORREGIDA

Doraliza, mujer de un director de rentas, gozaba de una fortuna cuantiosa; pero tenia demasiado talento y buen corazon para amar el fausto y quererse distinguir con vana magnificencia. Sabia que el lujo, siempre digno de vituperio, lo es mucho mas en aquellos sugetos que no están obligados por razon de su clase á lucimiento alguno. No tenia joyas, su casa era sencilla y cómoda; no daba funciones, pero hacia buenas obras, y sus riquezas, léjos de exponerla á la envidia de los necios y al desprecio de las gentes de juicio, hacian que lograse las bendiciones de los infelices y la general estimacion. Nada en su casa aparentaba ostentacion, ni el pueril deseo de lucir; aunque no era de aquellas personas que no pueden estar solas, amaba la sociedad. Y con el fin de formarse ó de tener una verdaderamente agradable, no habia dado preferencia exclusiva á una clase sola; no determinó sus visitas, diciendo : no quiero ver sino gentes de tal ó tal empleo, ó no veré gentes de tal clase ó de tal empleo; ántes por el contrário, se habia determinado á recibir todos los sugetos verdaderamente distinguidos por las prendas de su corazon, ó agradables talentos, de cualquiera clase que fuesen.

Tenia Doraliza una hija única; esta niña de edad de seis años manifestaba ya buen corazon; era humilde, obediente y sincera, no carecia ni de memoria, ni de inteligencia, pero era muy indolente; por consiguiente ni tenia actividad ni aplicacion. Todo lo hacia con lentitud y dejadez, y era tan negligente como perezosa. — ¿Con que

la indolencia, interrumpió Carolina, causa todos esos defectos? — Reflexiónalo, y no lo extrañarás. ¿Qué es la indolencia? Es cierta flojedad que causa tedio para todo lo que podria fatigar, por poco que fuese, al espíritu ó al cuerpo. Con esta disposicion ni se quiere correr, ni saltar, ni bailar, ni jugar al volante, porque estas diversiones fatigan. Por la misma razon se huye del estudio, por no tomarse el trabajo de estar aplicado. No se reflexiona, ni se piensa en nada, y en este caso se vive sin gusto ni conocimiento. Tal era la situacion de Eglantina hija de Doraliza. Daba sus lecciones con mucha docilidad, pero á nada atendia de cuanto le enseñaban; de lo que resultaba que no sacaba provecho alguno de las lecciones. Por otra parte su aya se quejaba continuamente del poco cuidado que tenia con las cosas. En efecto, en todos los rincones de la casa se hallaban los pañuelos, los guantes, las tijeras y las muñecas de Eglantina. Mas queria perder que no arreglar y guardar las cosas de su uso. Todo estaba en desórden en su cuarto, todo con la mayor porquería. Precisada á pasar una parte del dia buscando sus libros, su labor y sus juguetes, se fatigaba y disgustaba sumamente, gastando en esta desagradable tarea el tiempo precioso que hubiera podido emplear útilmente, ó á lo ménos en sus diversiones.

Todas las mañanas era menester reñirla para obligarla á levantarse : en seguida otro sermon sobre la torpeza con que solia estarse mas de una hora despues de levantada, y que se daba á conocer por sus repetidos bostezos : otro sermon sobre el tiempo que gastaba en almorzar; y despues el paseo, en donde se renovaban las reconvenciones, porque Eglantina queria sentarse en vez de andar, y se quejaba ó del frio ó del calor. Lo mismo sucedia con las lecciones; nunca las daba Eglantina sin llorar, ó sin tener ganas de ello : las diversiones no le daban gusto, porque era menester buscar los juguetes extraviados ó perdidos, y oir reprensiones por estos descuidos.

Tenia Doraliza todos los talentos necesarios para dar una excelente educacion, pero no tenia experiencia. La educacion de Eglantina era la primera á que habia presidido; en todas las cosas hay que pagar con faltas el aprendijaze, y en esta ocasion cometió Doraliza una muy grande. No previó todas las malas consecuencias que podian resultar del defecto dominante de su hija (defecto á la verdad el mas dificultoso de destruir). Se lisonjeó que la edad y la razon

¡qué nombre tan bonito! ¿Era indolente? Pero no es un defecto muy grande... — Ya veréis cuáles pueden ser sus consecuencias. Entre tanto vámonos á acostar. Estas pocas palabras de la Marquesa avivaron en gran manera la curiosidad de los niños, que esperaban con ánsia la nona velada, en la cual su madre contó la novela siguiente.

EGLANTINA

Ó LA INDOLENTE CORREGIDA

Doraliza, mujer de un director de rentas, gozaba de una fortuna cuantiosa; pero tenia demasiado talento y buen corazon para amar el fausto y quererse distinguir con vana magnificencia. Sabia que el lujo, siempre digno de vituperio, lo es mucho mas en aquellos sugetos que no están obligados por razon de su clase á lucimiento alguno. No tenia joyas, su casa era sencilla y cómoda; no daba funciones, pero hacia buenas obras, y sus riquezas, léjos de exponerla á la envidia de los necios y al desprecio de las gentes de juicio, hacian que lograse las bendiciones de los infelices y la general estimacion. Nada en su casa aparentaba ostentacion, ni el pueril deseo de lucir; aunque no era de aquellas personas que no pueden estar solas, amaba la sociedad. Y con el fin de formarse ó de tener una verdaderamente agradable, no habia dado preferencia exclusiva á una clase sola; no determinó sus visitas, diciendo : no quiero ver sino gentes de tal ó tal empleo, ó no veré gentes de tal clase ó de tal empleo; ántes por el contrário, se habia determinado á recibir todos los sugetos verdaderamente distinguidos por las prendas de su corazon, ó agradables talentos, de cualquiera clase que fuesen.

Tenia Doraliza una hija única; esta niña de edad de seis años manifestaba ya buen corazon; era humilde, obediente y sincera, no carecia ni de memoria, ni de inteligencia, pero era muy indolente; por consiguiente ni tenia actividad ni aplicacion. Todo lo hacia con lentitud y dejadez, y era tan negligente como perezosa. — ¿Con que

la indolencia, interrumpió Carolina, causa todos esos defectos? — Reflexiónalo, y no lo extrañarás. ¿Qué es la indolencia? Es cierta flojedad que causa tedio para todo lo que podria fatigar, por poco que fuese, al espíritu ó al cuerpo. Con esta disposicion ni se quiere correr, ni saltar, ni bailar, ni jugar al volante, porque estas diversiones fatigan. Por la misma razon se huye del estudio, por no tomarse el trabajo de estar aplicado. No se reflexiona, ni se piensa en nada, y en este caso se vive sin gusto ni conocimiento. Tal era la situacion de Eglantina hija de Doraliza. Daba sus lecciones con mucha docilidad, pero á nada atendia de cuanto le enseñaban; de lo que resultaba que no sacaba provecho alguno de las lecciones. Por otra parte su aya se quejaba continuamente del poco cuidado que tenia con las cosas. En efecto, en todos los rincones de la casa se hallaban los pañuelos, los guantes, las tijeras y las muñecas de Eglantina. Mas queria perder que no arreglar y guardar las cosas de su uso. Todo estaba en desórden en su cuarto, todo con la mayor porquería. Precisada á pasar una parte del dia buscando sus libros, su labor y sus juguetes, se fatigaba y disgustaba sumamente, gastando en esta desagradable tarea el tiempo precioso que hubiera podido emplear útilmente, ó á lo ménos en sus diversiones.

Todas las mañanas era menester reñirla para obligarla á levantarse : en seguida otro sermon sobre la torpeza con que solia estarse mas de una hora despues de levantada, y que se daba á conocer por sus repetidos bostezos : otro sermon sobre el tiempo que gastaba en almorzar; y despues el paseo, en donde se renovaban las reconvenciones, porque Eglantina queria sentarse en vez de andar, y se quejaba ó del frio ó del calor. Lo mismo sucedia con las lecciones; nunca las daba Eglantina sin llorar, ó sin tener ganas de ello : las diversiones no le daban gusto, porque era menester buscar los juguetes extraviados ó perdidos, y oir reprensiones por estos descuidos.

Tenia Doraliza todos los talentos necesarios para dar una excelente educacion, pero no tenia experiencia. La educacion de Eglantina era la primera á que habia presidido; en todas las cosas hay que pagar con faltas el aprendijaze, y en esta ocasion cometió Doraliza una muy grande. No previó todas las malas consecuencias que podian resultar del defecto dominante de su hija (defecto á la verdad el mas dificultoso de destruir). Se lisonjeó que la edad y la razon

darian insensiblemente á Eglantina la actividad de que carecia; se contentó con reñirla de tiempo en tiempo, en vez de castigarla, y no conoció su error sino cuando era imposible remediarlo... — ¿Vd. cree, mamá, que si hubiesen impuesto á Eglantina penitencia la hubieran corregido? — Raras veces es necesario emplear medios violentos para corregir á los niños que son activos y sensibles, porque todo lo toman con viveza; un nada os conmueve, una palabra basta para castigaros; pero los genios indolentes y frios difícilmente se alteran; es menester de cuando en cuando darles algun castigo para sacarlos de su entorpecimiento habitual... — Mamá, ¿qué penitencias hubiera Vd. impuesto á Eglantina? — Las mas rigurosas para ella, y no obstante muy suaves. Cuando no hubiera querido correr ó andar á buen paso, hubiera hecho durar el paseo una hora mas. Cuando hubiese dado una leccion de mala gana se la habria hecho dar otra vez, y así de lo demas. Para evitarse Eglantina este trabajo doble se hubiera aplicado, hubiera usado de actividad aparente, que con el tiempo habria sido verdadera, é insensiblemente hubiera mudado de genio.

No siguió este método Doraliza, y le pesó amargamente con el tiempo no haberlo hecho. No obstante, viendo que la negligencia de Eglantina se aumentaba cada dia, le ocurrió formar un diario, en el que cada noche sentaba todas las cosas que Eglantina habia perdido en el discurso del dia, y el precio de ellas. Ponia en esta lista los libros rotos ó desencuadernados, los vestidos nuevos manchados ó echados á perder, de modo que no pudiesen volver á servir, los pedazos de pan que arrojaba por los rincones, y los juguetes hechos pedazos; todo este desbarato junto á las cosas perdidas compuso al cabo de un mes la cantidad de noventa y dos libras, esto es, cuatro luises y tres libras... — ¡Oh Dios mio! exclamó Pulqueria, es increible. Yo, gracias á Dios, en todo el año no he perdido sino el valor de cuarenta libras. — Es cierto, pero no cuentas sino lo que has perdido, y no lo que has echado á perder ó gastado inútilmente. Ademas yo no soy rica, y no usas muselinas bordadas ni encajes, y por consiguiente no puedes perder sino cosas comunes. No tienes por alhajas sino alfileteros de paja y cajas de bergamota, y todos tus juguetes valen seis libras... — Mamá, tanto mejor, me parezco á Enriqueta, la hija de madama Steinhausse, conozco que los adornos me incomodarian. Un hermoso delental guarnecido de encajes me

daria pesadumbre, porque quiero como Delfina coger rosas sin temor de las espinas... — Ese deseo es natural; pero hazte cargo que Enriqueta, tan amante de las cosas sencillas como tú, tenia mucho mas juicio, porque no perdia nada. Considera tambien, que segun la proporcion de riquezas me ocasionas un gasto tan grande perdiendo tu dedal de marfil, y tijeras inglesas, etc., como Eglantina á su madre perdiendo su dedal de oro y sus tijeras esmaltadas... — Pero, mamá, ¿por qué no criaba Doraliza á su hija con ménos aparato de riqueza? Dándola todas esas bagatelas tan caras no empleaba bien sus riquezas... — Doraliza era muy rica, no gastaba casi nada para ella misma, por lo que podia lícitamente emplear algunas superfluidades en su hija... — ¿Pero no era eso inspirarle gusto á todas esas frioleras?... — No, porque si las hubiese guardado para sí en vez de dárselas, entónces podia haber sucedido lo que dices. « Mamá, decia Eglantina á Doraliza, ¿por qué no lleva Vd. mas que un reloj de oro liso y llano con un cordoncito de seda?... — Hija mia, respondia Doraliza, porque un reloj liso es mas cómodo, y por consiguiente lo prefiero á otro magnífico... — Pero, mamá, replicaba Eglantina, el que Vd. me ha dado está esmaltado, guarnecido de brillantes, y con una cadena de oro... — Eso es porque á tu edad hay poca sustancia, se carece de juicio y de reflexion; todo lo que brilla seduce; solo se tienen aficiones pueriles. Se apetecen las perlas, los diamantes, los juguetes y las joyas. Por tanto cuando te doy todas esas frioleras te trato como á niña. » Hablando Doraliza de este modo decia la verdad pura. En efecto toda persona que á cierta edad tiene aun gusto á todas esas vanas superfluidades no tiene mas juicio y solidez que una criatura de seis años. Pero volvamos á nuestra historia.

Al cabo de un año enseñó Doraliza á su hija la cuenta de todo lo que habia perdido ó disipado en el discurso de él; la suma de esto era de mil y doscientas libras. Poca impresion hizo este cálculo en Eglantina, que solo tenia siete años. Creyendo su madre que esto le haria mas fuerza cuando llegase á conocer el precio del dinero, continuó siempre su diario con la misma exactitud, ayudándole en esta tarea el aya de Eglantina, que todas las noches entregaba á Doraliza en un papel suelto la relacion circunstanciada de los desperdicios que notaba. Guardaba Doraliza estos papelillos en una gaveta, sin juntarlos al diario que por su parte escribia; y en breve

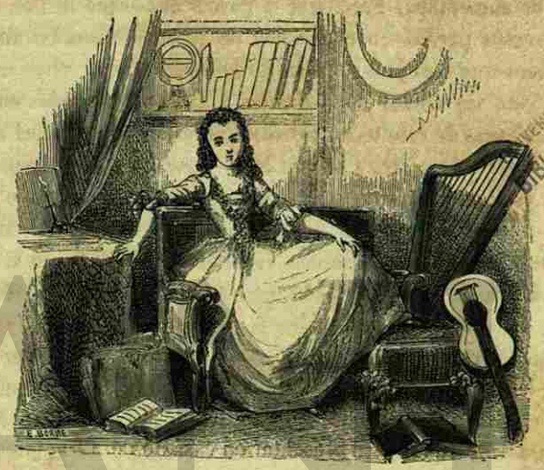
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo las cuentas de la aya aumentaron de tal modo que hubiera sido menester bastante tiempo para sacar en limpio las cantidades que contenian. Lo cual visto por Doraliza determinó irlos guardando y no hacer la cuenta de ellos hasta que Eglantina tuviese mas edad.

Entre tanto el tiempo se pasaba, y el diario de Doraliza manifestaba claramente que la indolencia de Eglantina en vez de ir á ménos se aumentaba. Solia irse á pasear al bosque de Boloña; en cuatro meses perdió en él el valor de sesenta luises en alhajas: unas veces una sortija ó un pomito de agua de olor; otras un medallon, esto sin contar los pañuelos y guantes olvidados entre la yerba. Ademas de esto todos los dias rompia un abanico, el muelle real y el vidrio de su reloj, ó bien le desbarataba la repeticion, y era preciso estar pagando continuamente al relojero. En tiempo de invierno el gasto era mucho mayor. Eglantina, como todas las personas indolentes, era sumamente friolenta; se arrastraba en la ceniza de su chimenea, se quemaba los guardapiéses, las batas, el manguito, y era preciso renovar todos los meses su vestuario. Fuera de esto, cuando venian los maestros casi siempre estaba con un dolor de cabeza que no le permitia dar leccion. — ¿Pues qué, mamá, dijo César, no eran verdaderos los dolores de cabeza? — No, Eglantina los fingia únicamente por no dar leccion... — ¡Pero eso es muy feo; es mentira!... — Estas consecuencias tiene la indolencia, que á primera vista parece un defecto tan leve; y por esto no hay vicio, por pequeño que sea, que si llega á dominar no ocasione las mas fatales consecuencias... Naturalmente era Eglantina síncera, pero era aun mas perezosa, y para ahorrarse el menor trabajo se valia de mentiras, aunque le costaban disgusto y remordimientos; pero regularmente la pereza los superaba. Entre tanto Eglantina llegó á tener diez años; su madre le dió nuevos maestros.

Fastidiada del clave, y no adelantando cosa alguna, confesó que tenia natural aversion á este instrumento, y dijo que aprenderia de buena gana á tocar la guitarra. Consintió Doraliza en que dejase el clave, aunque hacia cinco años que aprendia, y le dió un maestro de vihuela. Con esto, lo que se habia pagado al maestro de clave, lo que habia costado la música, el precio del clave, del fortepiano, el templado de estos instrumentos, todo este dinero era perdido,

puesto que Eglantina nada habia aprendido, y lo dejaba enteramente; de modo que Doraliza puso en su diario este gasto, que subia á ocho mil libras. Eglantina tomó leccion de guitarra un año; su maestro la dejó aburrido de su poca aplicacion. Entónces aprendió la cítara con el mismo éxito que la guitarra. Finalmente, la dejó como habia hecho con la vihuela y el clave; y la arpa reemplazó estos tres instrumentos.



Tenia Eglantina ademas otros varios maestros. Aprendia el dibujo, la geografía, el inglés, el italiano. Tenia tambien maestro de baile, de cantar, y un músico que la acompañase con el violin, y maestro de escribir; todos estos maestros costaban veinte luises al mes; no por esto sabia mas la indolente Eglantina, y el gasto que ocasionaba ya no tenia límites. Cada dos ó tres meses su música, sus libros, sus mapas puercos y hechos pedazos tenian que renovarse y comprar otros; no tenia ningun cuidado con su arpa; la dejaba expuesta á la humedad con las ventanas abiertas, y era preciso encordarla casi todos los dias; gastaba en cuerdas, en lápices, en papel, etc., cuatro veces mas de lo que hubiera gastado una persona cuidadosa.

Como su excesiva pereza la hacia enemiga de toda sujecion, era puerca á mas no poder. En dos años se habian tenido que mudar dos veces todos los muebles de su cuarto; se despeinaba sobre todas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

las sillas, llenándolas de polvos y pomada, y esparciendo por el suelo todos los alfileres; sus vestidos estaban siempre llenos de manchas de lápiz, tinta y gotas de cera. Este desaseo echaba á perder la mas bonita figura del mundo; era eterna en el tocador, porque nada hacia sino con suma lentitud; pero no por eso se peinaba ni vestia bien, porque veia sin mirar, obraba sin pensar, y no tenia gusto para cosa alguna. Ademas, para nada tenia gracia; no habiéndose querido sujetar nunca á llevar guantes, tenia las manos ásperas y amoratadas; tenia los piés feos, y andaba muy mal, porque siempre llevaba los zapatos en chancleta.

Esto era Eglantina á los trece años; Doraliza se habia esmerado en formarle una bonita librería con la esperanza de que tomaria aficion á la lectura. Por obedecer á su madre leia Eglantina miéntras se peinaba, ó por las tardes; quiero decir, que tenia un libro abierto, porque leia con tan poca atencion, que era imposible adquiriese la menor instruccion; y así á los diez y seis años era tan ignorante, á pesar de que nada se habia omitido para su educacion, que no sabía ni la historia, ni la geografía, ni aun la ortografía; no podia ni hacer un extracto, ni escribir una carta, y aunque habia tenido diez años maestro de aritmética, cualquier niño de ocho años contaba mejor que ella. En este tiempo un caballero llamado el vizconde d'Arzelle se hizo presentar en casa de Doraliza; tenia veinte y tres años, y era tan distinguido por sus talentos, virtudes y reputacion, como por su nacimiento, sus bienes y mérito personal. Manifestó el mas vivo deseo de agradar á Doraliza y merecer su amistad; supo apreciar su sencillez, dulzura é igualdad: igualmente le agradaban á Doraliza su modo, su tono noble y natural, y su conversacion á un tiempo sólida, gustosa y agradable; la habia visto várias veces en casa de una parienta suya, y la habia visitado en su casa, sin haber podido ver aun á Eglantina. En fin, un dia convidó Doraliza al vizconde á cenar, y á las nueve de la noche salió Eglantina á la sala. Aquel dia habia su madre asistido á su tocador: no tenia Eglantina cosa particular en su adorno; pero á lo ménos no estaba desgreñada, ni tenia las orejas llenas de polvos y pomada, y se habia lavado las manos. El vizconde la examinó con mucha atencion: al pronto le pareció muy hermosa; de allí á poco notó que no tenia gracia, y al cabo de un cuarto de hora no la miró mas, y aun se olvidó de que estaba en el cuarto.

No obstante continuaba siempre visitando á Doraliza. Un dia que estaban solos le habló con un género de confianza que dió pié á Doraliza para preguntarle si pensaba en casarse: sí, señora, respondió el vizconde; pero aunque mis padres dejan enteramente á mi arbitrio esta eleccion, conozco que me será dificultoso determinarme; no lo haré por interes ó ambicion: una pasion ciega no me hará hacer locuras; quiero casarme, no para ser mas rico ó mas estimado, sino para ser mas feliz; por tanto será preciso que encuentre una persona perfectamente bien criada, que reuna la virtud con la hermosura y talentos; será tambien preciso que sus padres sean dignos de que yo los respete y ame, y que su madre, por ejemplo, tenga todas las prendas que en Vd. se hallan, para que así pueda ser el mentor y guia de mi mujer. Algunas visitas que entraron interrumpieron esta conversacion. Pocos dias despues supo Doraliza que el vizconde habia encargado á uno de sus criados se informase con maña de los de Doraliza acerca de Eglantina, y que ademas el vizconde por sí mismo se habia dirigido á varios maestros de esta, los que sin dificultad le dijeron la pura verdad, por lo que supo con la mayor certeza que Eglantina no habia sacado fruto alguno de la educacion esmerada y costosa que su madre le habia dado. Desde entónces el vizconde frecuentó ménos la casa de Doraliza, y no tardó mucho en dejar de ir del todo. Convencida Doraliza de que se hubiera casado con su hija si esta hubiese sido mas aplicada, sintió mucho que Eglantina no hubiese logrado este casamiento tan lucido como ventajoso, y que el solo mérito personal del vizconde hacia preferible á otro cualquiera.

Pero aun le quedaban que pasar otras penas mayores. Cada dia mas indolente Eglantina le daba nuevas pesadumbres. A diez y siete años tenia aun todos los maestros que se dejan regularmente á los catorce; no tenia gusto para ocupacion alguna. No obstante, como su corazon era bueno y amaba á su madre, procuraba á veces vencer su natural dejamiento, y entónces todos se admiraban de la inteligencia y disposiciones que mostraba; renacian en el amante corazon de Doraliza el gozo y la esperanza; pero esta mutacion duraba poco: al cabo de cinco ó seis dias volvia Eglantina á su natural; y cuando su madre le representaba los perjuicios que se le seguian de este vicio, la escuchaba con mas disgusto que arrepentimiento.

Con la edad fué adquiriendo nuevos defectos, sin haber perdido los de la niñez; cumplió en fin los diez y ocho años, época feliz para ella, puesto que se debian despedir todos los maestros para siempre. El dia mismo que se despidieron fué Doraliza por la mañana al cuarto de Eglantina; llevaba un libro en la mano, lo puso sobre una mesa, y sentándose al lado de su hija : Hoy cumples diez y ocho años, le dijo, á esta edad comunmente la educacion está perfeccionada. He hecho por ti hasta este punto todo cuanto me ha sido posible, aquí te traigo la prueba; este es el diario de que várias veces te he hablado; contiene el pormenor de todas las cosas que has perdido desde tu niñez, y de todos los gastos inútiles que me has hecho hacer; he añadido las memorias de tu aya, y hecha la suma de estas diferentes cantidades componen la de ciento y tres mil libras... — ¡Ah, mamá, exclamó Eglantina, es posible!... — Muy posible, replicó su madre, y has de pensar que no incluyo en este cálculo los gastos necesarios, ni el de los maestros que han logrado hacerte aprender algo; por ejemplo : escribes bastante bien y lees música regularmente; no he incluido estos dos maestros en mi diario, aunque ha sido preciso conservarlos mucho mas tiempo que el que hubiera sido regular si hubieses tenido aplicacion. He tenido que poner entre los gastos inútiles lo que han costado los maestros de instrumentos, de dibujo, de geografía, de historia, de blason, de aritmética, etc., sin olvidar la maestra que por espacio de dos años te ha enseñado á bordar, y la prodigiosa cantidad de seda, brichos, lentejuelas, rasos y terciopelos que has gastado, sin haber hecho cosa que pudiese servir... — ¡Pero ciento y tres mil libras!... no puedo creerlo... — Fácilmente lo creerás si quieres acordarte de lo que te he dicho várias veces, esto es, que no hay gasto por pequeño que sea, que si es contínuo no sea exorbitante, y por consiguiente ruinoso; un ejemplo te lo hará ver mejor : tienes dos relojes : desde la edad de ocho años hasta ahora no se han pasado quince dias sin haberlos enviado al relojero ó al joyero, ya para echarles vidrios, muestras nuevas, ó hacerles componer la repeticion, ó ya para hacerles poner manos ú algunos diamantes, etc. No ha habido mes en que estos relojes no hayan costado á lo ménos siete ú ocho libras de composturas : ha habido muchos en que han costado tres ó cuatro luises, de modo que al cabo de diez años sube solo este renglon á ciento y ocho luises. Es muy sensible des-

perdiciar de este modo el dinero, sobre todo considerando que se hubiera podido emplear mucho mejor. Ciento y tres mil libras que tú has desperdiciado, hija mia, hubieran podido hacer la felicidad de veinte familias desdichadas.

Esta última reflexion de Doraliza hizo verter lágrimas á Eglantina; tomó una mano de su madre, y apretándola entre las suyas exclamó : ¡Oh qué culpada me veo!... Pero, querida mamá, aunque me hallo sin talentos y sin instruccion, no obstante conservo los elementos de lo que me han enseñado... — No hay duda, y si quisieras aplicarte y estudiar de véras, podrias recuperar parte del tiempo y dinero que has perdido; pero era menester que en adelante tuvieses tanta perseverancia y actividad como hasta ahora has mostrado inconstancia y pereza. Oyendo esto Eglantina suspiró, y se quedó suspensa. Bien sé, prosiguió Doraliza, que tus riquezas y las alabanzas que dan á tu hermosura, te persuaden á que te son ménos necesarios los talentos y habilidad que á otras muchas personas; pero aunque poseas estas ventajas, las mas frágiles y ménos estimables de todas, ¿es acaso motivo suficiente para despreciar la instruccion y á los que la tienen? ¿Es acaso la hermosura la que nos hace amables? Cree, hija mia, que si no la acompaña el talento, á nadie gusta. ¿Son las riquezas quienes nos hacen felices? ¿No te ves morir de tristeza, siempre descontenta de los otros y de ti misma?... Ademas, ¿sabes acaso el estado de los negocios de tu padre? ¿Y si se arruinase?... Estas últimas palabras avivaron la atencion de Eglantina. Se quedó mirando á su madre como aterrada. Dejó de hablar Doraliza, levantó los ojos al cielo, y despues de un instante de profundo silencio, viendo que Eglantina no hablaba, tomó la palabra mudando de conversacion, y al cabo de un cuarto de hora se fué, dejando á su hija llena de tristeza y sobresalto.

No eran infundados los temores de Eglantina. Mondor su padre, tan insaciable como Doraliza moderada, no habia podido contentarse con tener doscientas mil libras de renta; por tener mas se habia metido en algunas empresas arriesgadas, y estaba próximo á perderse. No estaba del todo cierta Doraliza de esta desdicha; pero sospechaba alguna cosa, y esto era lo que habia querido dar á entender á su hija. Mondor, que sabia mejor su situacion, procuraba con la esperanza de conservar el crédito encubrir el mal estado de sus cosas; pero várias quiebras de sus asociados hicieron patentes

sus alcances. No era Mondor capaz de tolerar con valor los infortunios: cayó enfermo, y no pudieron librarle de la muerte los cuidados de Doraliza y Eglantina; murió detestando su ambicion y codicia, funestas causas de su ruina y muerte. Muerto Mondor se ocupó Doraliza en satisfacer á todos sus acreedores: no eran suficientes todos los bienes del difunto para cubrir los alcances; Doraliza tenia una hacienda de quince mil libras de renta, á lo que no tenian los acreedores derecho alguno; pero con la mira de completar la cantidad necesaria para pagar las deudas de su marido, cedió por seis años las rentas de esta hacienda, único bien que le quedaba. Eglantina sacrificó al mismo fin todos los diamantes que su madre le habia dado.

Arregladas de este modo las cosas, no le quedaba á Doraliza para vivir en estos seis años mas que sus alhajas, y alguna poca plata; las vendió, y sacó de ellas veinte mil libras. Nos es preciso, dijo Doraliza á su hija, irnos á un país en donde se pueda vivir seis años con la cantidad que nos queda. Mi intencion es que nos vayamos á la Suiza hasta que recobre la posesion cuyas rentas he cedido. — ¡Oh madre mia, exclamó dolorosamente Eglantina, veinte mil libras! ¿Esto es lo que ha quedado á Vd.?... ¡Qué cruel reflexion para mí, cuando me acuerdo de todo lo que he desperdiciado!... — No pienses en ello, le dijo su madre abrazándola, si yo hubiese previsto las desgracias que nos aguardaban, nunca hubieras sabido el pormenor cuya memoria tanto te aflige; ya he quemado aquel diario, y cuanto contenia se ha borrado para siempre de mi memoria... — ¡Ah, replicó Eglantina arrojándose á los piés de su madre, mi arrepentimiento es demasiado sincero para que pueda olvidar jamas estas culpas que Vd. con tanta generosidad me perdona!... El deseo y la esperanza de recuperarlas y de contribuir á su felicidad pueden solo en adelante hacerme amar la vida. ¡Oh mamá! conozco que una hija digna de Vd. podria aliviarla en sus trabajos : yo, pues, me corregiré, adquiriré las virtudes que me faltan : necesita Vd. una amiga : yo quiero serlo, y para obtener este precioso título seré capaz de los mayores esfuerzos.

En tanto que Eglantina, bañada en lágrimas y abrazada de sus rodillas, decia esto, Doraliza la contemplaba fuera de sí de gozo; la levantó, la tomó en sus brazos, y apretándola contra su pecho : Me haces sentir en este instante, le dijo, todo el gozo de que es

capaz el corazon de una madre : no llores ya mi desgracia; al pronunciar estas palabras no podia Doraliza contener sus lágrimas, pero estas eran las mas dulces que habia derramado en su vida.



La noche que se siguió á esta conversacion se quejó Eglantina de un fuerte dolor de cabeza. Al dia siguiente por la mañana estaba con calentura; envió Doraliza á buscar un médico, el que despues de haber examinado atentamente á la enferma, declaró que todas las señales eran de viruelas. No se engañaba; esta enfermedad se declaró con el peor aparato : no ocultó el médico á Doraliza que las viruelas eran confluentes, y de las peores. Oprimida Doraliza del dolor, no se apartó ni un punto de la cabecera de su hija, y pasó cuatro dias en medio de las mas crueles inquietudes. Eglantina en los arrebatos de un furioso delirio hablaba con su madre sin conocerla, estaba en sus brazos y la llamaba, exclamando dolorosamente : *¡Mi madre me abandona!... ¡Lo merezco!... ¡No he contribuido á su felicidad!... ¡Muero sin recibir su bendicion! ¡Oh Dios mio, perdonadme!*

Estas razones interrumpidas con suspiros y sollozos traspasaban el corazon de Doraliza : en vano le respondia, y en vano la bañaba con sus lágrimas; Eglantina no la oia, y continuaba siempre sus lamentos y quejas. Creciendo por instantes la enfermedad, cargó sobre todo al rostro, y á pocos dias le cubrió los ojos, privándola

enteramente de la vista. No dió cuidado al principio este accidente, bastante comun en las viruelas; pero despues se aumentó en tanto grado, que el médico entró en cuidado, y no pudo ménos de decir á Doraliza se temia que Eglantina quedase ciega para siempre. ¡Oh Dios mio, exclamó esta afligida madre, ciega mi hija!... — No me parece, replicó el médico, que el mal es aun del todo sin remedio, y voy á proponer á Vd. uno que ha surtido efecto en iguales circunstancias; se trata de dar curso al humor que carga á los ojos... con dinero no hay socorro que no se pueda lograr, sobre todo en Paris... No sería dificultoso encontrar alguna mujer pobre que consintiese en hacer esta operacion, que quizas conservaria la vista á esta señorita, pero es preciso que esta mujer esté del todo sana... ¿Qué operacion? dijo Doraliza, interrumpiéndole vivamente. ¿qué quiere Vd. decir? — Sería menester, respondió el médico, que alguno consintiese en chupar poco á poco el humor que carga á los ojos de esta señorita. — ¡Oh Dios mio! exclamó Doraliza juntando las manos, os doy mil gracias por haberme dado sangre pura y salud... ¡Ah, solo en esta ocasion conozco todo el precio de ella! vamos, señor, continuó dirigiéndose al médico, no perdamos tiempo, vamos al cuarto de mi hija, venga Vd.... — ¡Pues qué, señora, dijo el médico, sería posible que Vd. quisiese encargarse de semejante operacion!... cuando por medio del dinero podria Vd... — ¿Quién, yo? ¿yo abusaria de la miseria de una infeliz, violentándola á superar un asco invencible para ella, cuando á mí me es tan fácil hacerlo? ¿Pudiendo hacer una accion de madre, incurriré en esa inhumana cobardía?... ¡pudiendo servir á mi hija en cosa tan importante, me dispensaria de esta obligacion tan sagrada! — Pero, señora, ¿tendrá Vd. valor?... — Soy madre, mi hija está en peligro, no dude Vd. de mi valor... — Pero expone Vd. su salud... — Venga Vd., no lo dilatemos mas... diciendo estas palabras Doraliza, sin escuchar al médico le llevó al cuarto de su hija.

Á este punto de su narracion llegaba la Marquesa de Clemira, cuando la Baronesa mirando su reloj se levantó: en vano pidieron los niños se prolongase la velada, fué preciso irse á acostar.

La noche siguiente la Marquesa prosiguió la historia de Eglantina en estos términos: Ayer la dejámos en el instante en que Doraliza se disponia á entrar en el cuarto de su hija. Habia recobrado esta desde el dia ántes todo su conocimiento. Persuadiéndola Doraliza á

que consintiese se ejecutase el remedio que el médico había dicho, le ocultó que ella misma se encargaba de él. He hablado, le dijo, á una mujer que se conviene en hacerte este favor, y su recompensa será tal, que no le debes tener lástima. — ¡Oh cielos, interrumpió Eglantina, ¿cómo no he de tener lástima á una persona tan infeliz que se puede determinar á encargarse de esta asquerosa operacion?... Pues qué, ¿no hay otro medio de darme la vista?... ¡Me estremezco solo en considerar lo que esta pobre mujer va á padecer!... ¡Ah! ¿la humanidad puede acaso permitir que se admita semejante socorro?... — Piensa en tu madre, considera la mortal inquietud que la está despedazando: ademas, que habiendo esta mujer pasado ya las viruelas, no puede temer el contagio de esa enfermedad, y puedes creer que únicamente ocupada en tu curacion y en su recompensa, no hallará nada penoso en el empleo á que se dedica. En fin, hija mia, yo exijo de ti esta prueba de sumision... — Obedecer á Vd. es mi primera obligacion, y pues Vd. lo manda, no puedo ya rehusarlo.

Dicho esto se hizo entrar á una mujer, que acercándose á la cama de la enferma la aseguró con entereza de su zelo y valor. Vamos, pues, dijo Doraliza, empiece Vd. esta operacion, yo me voy, y volveré cuando haya Vd. acabado. Diciendo estas palabras hizo como que se salia del cuarto; pero acercándose poco á poco á la cama de Eglantina se puso en el lugar de la mujer, la que se mantuvo detras de ella, á fin de que la enferma oyese de cuando en cuando la voz incógnita que al principio le habia hablado. Creyendo Eglantina que su madre habia salido, suplicó al médico difiriese la operacion un instante: entónces juzgando que hablaba con la mujer, tomó la mano de su madre, y apretándola entre las suyas: ¡Ah desgraciada mujer, le dijo, perdóneme Vd. el cruel estado á que la reduce la suerte! ¡Ah, está Vd. temblando!... me aprieta la mano, ¡oh cielos! ¿me pide Vd. la dispense de este asqueroso servicio?... esta accion es superior á sus fuerzas... bien lo comprendo... ¡Ay, Dios mio, prosiguió Eglantina, me abraza!... está llorando. Las razones y la humanidad de Vd., interrumpió el médico, la enternecen; Vd. ha mudado su zelo en cariño. Entónces la voz incógnita habló diciendo, que su resolucion era inalterable, y que le costaria mucha ménos repugnancia de la que podia imaginarse Eglantina. Luego que dejó de hablar mandó el médico á todos los que estaban

en el cuarto que callasen, é hizo comenzar la operacion, que duró cerca de seis minutos. Al cabo de este tiempo despidió el médico á la mujer, encargándola que volviese á la noche, lo que ella prometió, y se fué despues de haber recibido los mas tiernos agradecimientos de Eglantina, y la promesa de una eterna gratitud.

Esta operacion renovada várias veces produjo notable efecto. En fin, al tercer dia dijo el médico que no se emplearia mas de una vez aquel remedio que tanto afligia á Eglantina. Durante esta última operacion, creyéndose Eglantina entre los brazos de aquella mujer, de repente dió un grito de alegría, diciendo : Ya veo la luz. Al mismo tiempo levanta la cabeza para mirar á la persona á quien debia la vista; pero en vez de la cara desconocida que buscaba, ¿cuál sería el exceso de su admiracion y enternecimiento al ver el rostro querido de la mas tierna de las madres?... ¡Justo Dios, exclamó, es mi madre!... el llanto le quita el habla, y estrechando entre sus brazos á Doraliza no pudo por entónces expresar lo sumo de su ternura... El médico le aseguró que á nadie habia debido aquel socorro sino á Doraliza. ¡Oh madre mia, cuánto estimo ahora la vida!... ¡Ah, y qué sensible me sería perderla ántes de haber podido manifestar á Vd. mi amor y agradecimiento!... Solo quiero vivir para hacerla á Vd. feliz, y solo lográndolo puedo serlo... Hablaba Eglantina con tanto calor y vehemencia, que temiendo el médico los efectos de una conmocion tan violenta la interrumpió, haciendo cesar la conversacion, que hubiera podido aumentar la calentura.

Desde este dia la enfermedad fué cediendo, pero el médico declaró que la dejaria muy desfigurada. En efecto, perdió Eglantina toda su hermosura; aunque no quedó señalada de las viruelas, ni de costurones en la cara, apénas era conocida : habia perdido el pelo mas hermoso del mundo, y no tenia ya aquella tez tan blanca y delicada que ántes se admiraba en ella. Sabiendo cuánto se había desfigurado no tuvo deseos de mirarse al espejo; pero la primera vez que se levantó, no pudo ménos de verse. Su madre le daba el brazo, y al irla á sentar en un canapé pasó por enfrente de un espejo. Poniendo en él la vista no pudo ménos de enternecerse, y parándose dijo : ¿Es esta aquella belleza que tanto se alababa hace quince dias? — ¡Qué desgraciada serías, replicó Doraliza, si hubieses tenido la locura de estimar en mucho esa frágil hermosura, que en

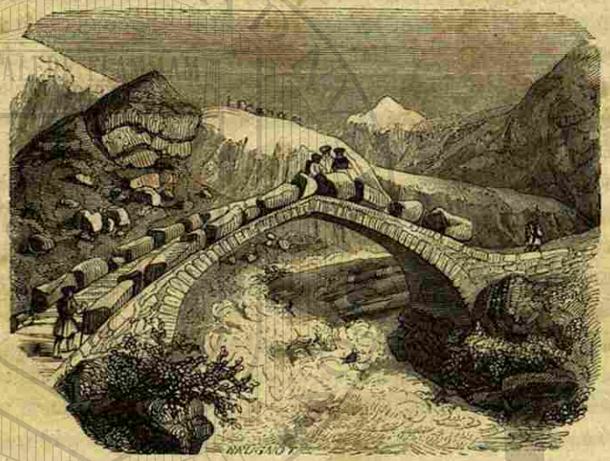
un instante se puede perder... y que precisamente en el corto espacio de algunos años se ha de acabar!...

Mamá, interrumpió Carolina, yo creo que Doraliza exageraba un poco para consolar á Eglantina; porque aunque no sea una persona muy jóven puede conservar la hermosura. — No, la hermosura no puede hallarse sino en una persona jóven. — Pero no obstante, madama de Palmis, que todos dicen es tan hermosa, no es ya jóven; tiene treinta y seis años... — Por tanto no es ya bonita, se conoce solamente que lo ha sido. Es cierto que todos le dicen que está mas hermosa que nunca, y que representa solos diez y ocho años. Cuando era de esa edad muchas mujeres criticaban su figura; ahora todas convienen en alabarla, únicamente porque conocen que ya no es lo que ha sido. Las personas jóvenes saben muy bien que las solas gracias de la juventud son siempre preferidas á cualquiera hermosura de treinta y seis años, y las mujeres que se acercan á los cuarenta, prefieren constantemente la hermosura de treinta y seis años á la de veinte. Esta es la causa por que tantas personas sostienen que madama de Palmis es mas hermosa que la condesa Rosalía. Aquella ya ha pasado; á nadie hace mala obra; la otra empieza á brillar, y excita la baja y ridícula envidia de todas las mujeres bastante limitadas y locas para reputar la belleza como la mas preciosa de todas las ventajas. Yo por mí no he visto nunca mujer que pasados los treinta años fuese tan bonita como á los diez y ocho, y que fuese verdaderamente hermosa sin los auxilios del arte, esto es, sin arreboles, sin adornos, y sin la ilusion de las luces... — Ahora conozco, dijo Carolina, que Doraliza no exageraba, y que tenia mucha razon en decir que solo una persona loca puede apreciar en mucho una ventaja tan vana, y de que se disfruta tan poco tiempo. Pero háganos Vd. el gusto de proseguir la historia. Creo de cierto que Eglantina se ha corregido para siempre y que hará feliz á su madre.

En efecto, replicó madama de Clemira, instruida Eglantina por la desgracia y por el agradecimiento, supo vencer todos sus defectos, y se hizo tan juiciosa, tan activa y tan digna de ser amada, cuanto habia sido ántes indolente, perezosa, inconstante y vana. Luego que estuvo del todo buena, partió Doraliza con ella á la Suiza. Las dos viajantes fueron primero á Leon; de allí tomaron el camino de Ginebra; pasaron por el *Fuerte de la Exclusa* (entre Chatillon y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Coulonges), sitio muy notable por su extraña situacion. Se detuvieron en Bellegarde para ver lo que las gentes del país llaman *la perdicion del Ródano*. Este es un sitio cerca del puente de *Luze*, en donde se ve en efecto ocultarse el Ródano entre unos enormes peñascales y cuevas, y despues volver á salir, precipitándose en torrente desde otros peñascos. Este paraje, circundado de montañas, de enormes cimas y de peñascos cubiertos de ovas siempre verdes,



es suficiente para disgustar á cualquiera que lo vea de los jardines á la inglesa, en donde se ha querido imitar, pero en vano, semejantes efectos. Despues de haber estado algunos dias en Ginebra recorrió Doraliza las hermosas riberas del lago, con la intencion de buscar una casa donde establecerse, y resolvió hacerlo en Morges, bonita ciudad entre Ginebra y Lausanne, en las orillas del lago, y que goza de la mas bella situacion. Alquiló Doraliza una pequeña casa en este agradable sitio: las ventanas de la sala daban por un lado sobre unas campiñas vistosas y fértiles, y por el otro se veia todo el lago de Ginebra, y las inmensas montañas cargadas de nieve que lo terminan.

No podia Eglantina cansarse de contemplar aquellas vistas tan hermosas. ¡Qué mal me pareceria ahora, decia, lo que hasta aquí he admirado! ¡Con qué indiferencia volveré á ver las cercanías de Paris, sus insípidas llanuras y sus jardines tan alabados! Ya para

siempre desprecio *los rios artificiales*, *los peñascos y las montañas*... — Si hubieses estado en Italia, añadió Doraliza, no te parecerian mejor *las ruinas*[1]... — Me parece que los poetas no debieran celebrar las maravillas de la naturaleza, ni los pintores dibujar países sin haber visto la Italia y la Suiza. Soy de tu parecer, respondió Doraliza. *Auteuil y Charenton*[2] pueden inspirar algunos versos



buenos, pero no las ideas magníficas que en esta clase hacen las obras inmortales. Luis Bakhuisen, famoso pintor holandes, se expuso muchas veces al mar alborotado con violentas borrascas para observar el movimiento de las olas, el choque y los naufragios de las embarcaciones zozobradas contra los escollos, y el trabajo y sobresalto de los marineros atemorizados. El célebre Rugendas, pintor de batallas, vió el sitio, el bombardeo, la toma y saqueo de Ausbourg. Várias veces arrostró la muerte para considerar de cerca los efectos de las balas y bombas, y todos los horrores de un asalto. Se le ha visto dibujar en lo mas sangriento de ellos, y sacar sus diseños con el mismo cuidado y perfeccion que si los hubiese hecho en su cuarto. Wander-Meulen siguió á Luis XIV en todas sus conquistas,

[1] Hace alusion el autor á los jardines ingleses, en que se imitan todas estas cosas naturales.

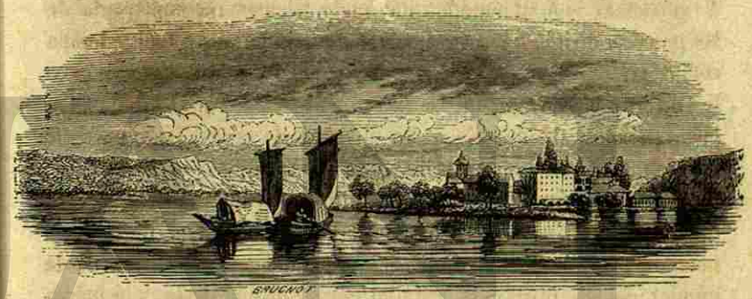
[2] Dos lugares muy amenos cerca de Paris.

dibujando las situaciones de las ciudades fortificadas y sus cercanías, todas las diversas marchas del ejército, los campamentos y las escaramuzas, á fin de formar los cuadros que despues hizo de la historia de este monarca. Esta es la actividad y el valor que puede dar el noble deseo de sobresalir; pero cuando se prefieren á esta gloria verdadera los aplausos cortos y momentáneos, no es precisa ni mucha instruccion, ni gran talento.

Escuchaba Eglantina á su madre con una satisfaccion que nunca habia experimentado: insensible en otro tiempo á lo ameno de su conversacion, su indolencia y distraccion le impedian hallar gusto en ella; pero las desgracias habian producido en su natural una revolucion tan súbita como admirable. Habia mudado enteramente de genio; reflexionaba, sentia con viveza, y tenia un gusto indecible en conversar con su madre: queriendo ademas recompensarla de las pesadumbres que le habia causado por su indolencia, se ocupaba con suma actividad, y lo que al principio le fué molesto á poco tiempo le sirvió de gusto. La lectura, la música y el dibujo ocupaban todo su tiempo. Como se aplicaba de véras, léjos de serle fastidiosos el estudio y el trabajo, la interesaban y le servian de recreo. Á los principios solo le habia movido á aplicarse el deseo de dar gusto á su madre, y hacerle ver de este modo su agradecimiento; pero despues, admirada y sorprendida ella misma de la rapidez de sus progresos, estudió por su propio gusto, y á fuerza de aficion, de paciencia y aplicacion consiguió recuperar todo el tiempo que habia perdido. Adquirió conocimientos sólidos y luces muy superiores, y cada dia se le hacia mas agradable su nuevo domicilio.

Como dos personas pueden con mil escudos al año vivir en Morges con mucha decencia, no echaban mucho de ménos la pérdida de sus bienes; tenian una casa muy cómoda, y principalmente el estudio de Eglantina era precioso. Desde su bufete descubria el lago y las montañas, y hallaba que esta vista era mas agradable que la del Sena y de los Baluartes. Comia mucho mejor que en el tiempo de su mayor opulencia; las excelentes frutas, la caza y ricas leches de la Suiza, y los excelentes pescados del lago de Ginebra no les dejaban nada que desear en este particular, ademas de que Morges, sus cercanías y Lausanne les ofrecian todos los recursos de trato y sociedad que podian apetecer.

En aquel feliz país, que el lujo aun no ha podido corromper, se encuentra toda la sencillez de las costumbres mas puras; y las mujeres son igualmente amables, instruidas y virtuosas. Doraliza y su hija iban á menudo á Lausanne: hicieron conocimiento con una jóven viuda llamada Isabela, que reunia con un bello exterior muchas habilidades, un talento fino y cultivado, un corazon sensible, y todas las prendas mas estimables y atractivas. Se hizo muy amiga de las dos; iba á menudo con ellas á Morges, ó á los viajecillos que hacian en las inmediaciones de Ginebra. Unas veces se paseaban por las dilatadas riberas del lago; otras veces juntándose en Morges una sociedad selecta de doce ó quince personas, se tenia concierto, ó bien se armaba un baile campestre debajo de una verde



enramada adornada con guirnaldas de flores naturales. Eglantina era el principal adorno de estas pequeñas funciones con su gracia, alegría y habilidades. No era ya hermosa, pero agradaba mucho mas que en el tiempo en que se admiraba justamente en ella lo perfecto de sus facciones y hermosos colores. Conservaba siempre un talle delicado y airoso, habia adquirido las gracias y el despejo, sin el cual esta ventaja de nada sirve: no se vestia con magnificencia, pero se sabia poner con gusto. Se la miraba sin admiracion, pero cuanto mas se la miraba mas agradaba su figura. Su semblante estaba lleno de expresion; en una palabra, no tenia ya aquella hermosura que deslumbra los ojos. Tenia otra mejor, poseia las gracias que los atraen y fijan.

Habia ya cerca de diez y ocho meses que habitaba Doraliza en Morges sin haberse podido resolver á dejar su casa por algun tiempo

para recorrer la Suiza como habia pensado al principio. No obstante, queriendo hacer conocer á su hija aquel país tan celebrado, se determinó por fin á ausentarse de su casita y de la compañía de la amable Isabela. Marchó con Eglantina á fines de Junio, y fué primeramente á Berna, ciudad hermosa por la simetría y belleza de su situacion. Sus calles son muy anchas, y por el medio de todas pasa un pequeño arroyo de agua corriente y cristalina. Á los dos lados de las calles hay hermosos arcos que forman galerías cubiertas y enlosadas de sillería; en el fondo de estas galerías tan cómodas para la gente de á pié están todas las tiendas con suma curiosidad y adorno. Los paseos de Berna son deliciosos, y el terraplen que domina sobre el Aar ofrece de todos lados una vista admirable[1].

Estuvo Doraliza algunos dias en Berna, y despues de haber visto á Indelbank, lugar en donde hay magníficos sepulcros, marchó de Berna, y se dirigió hácia las neveras de Grindelwal, á veinte leguas de Berna.

De todas las neveras que se hallan en los Álpes la mas notable es la de Grindelwal, cerca de un lugar de este nombre. En lo mas alto de la montaña hay un espacioso lago de agua helada. El peñasco que sirve de estanque á este lago es de un mármol negro con vetas blancas, la parte que baja en cuesta ménos rápida es de mármol hermoso y matizado. Las aguas sobrantes del lago al caer sobre este plano inclinado forman lo que particularmente se llaman las *neveras*, esto es, un conjunto de carámbanos en pirámides que cubren toda la cuesta de la montaña. No hay cosa que se pueda comparar á la hermosura de este magnífico anfiteatro, cubierto de torres ú obeliscos, que parecen ser del cristal mas puro, y que se levantan á mas de cuarenta piés de altura. Este espectáculo es admirable, sobre todo en el verano, cuando el sol hiere aquel grupo de pirámides. Entónces todas empiezan á humear, y esparcen un resplandor insufrible á los ojos. El valle está circundado por entrambos lados de dos montañas cubiertas de yerba y de un bosque de pinos.

[1] En un ángulo de este terraplen hay una inscripcion que conserva la memoria de un suceso extraordinario. Un estudiante yendo á caballo cayó desde lo alto del terraplen abajo, dando una caída de ciento y veinte piés de altura; el caballo quedó muerto, pero el estudiante solo se quebró las piernas. Ha vivido despues cuarenta años, ha sido ministro ó parroco, y marió el año de 1694.

Despues de haber visto Doraliza y su hija estas maravillas continuaron su viaje por lo interior de la Suiza, y queriendo conocer al autor del poema de Abel[1] fueron á Zurich. Allí vieron á este gran poeta, tanto mas estimable cuanto debe la mayor parte de sus talentos á la sensibilidad de su alma y pureza de sus costumbres. Si no hubiese sido amante del campo; si no hubiese habitado el país mas delicioso del mundo, y sido tan buen padre y buen esposo, no hubiera compuesto los bellos idilios, en los que la virtud se presenta con tan hermosos coloridos y bajo un aspecto tan halagüeño. ¿Por qué causa esta clase de obras tan sencillas en sí tienen tan grande atractivo? ¿por qué se han traducido en todas las lenguas? La causa es que el autor sentia todo lo que expresa, y habia visto todo lo que pinta. Gesnero acompañó á Doraliza todo el tiempo que estuvo en Zurich. Cuando paseaban en las deliciosas riberas del Lago de Zurich, del Sil, y del Limmant, Gesnero enseñaba á Doraliza los sitios amenos que habia dibujado[2] ó descrito en sus versos, y Doraliza admiró sobre todo el bosquecillo de las parras, en donde Gesnero compuso el delicioso idilio de *Mirtilo*.

Doraliza y Eglantina pasaron ocho dias en su compañía. Le contemplaron en medio de su familia y ocupaciones, y vieron siempre en él un sabio feliz, un verdadero filósofo, y un digno pintor de la naturaleza.

Despues de una ausencia de dos meses Doraliza y su hija volvieron con sumo contento á su casita de Morges. Isabela les dobló el gusto yendo á pasar con ellas gran parte del invierno. La primavera renovó los placeres, las funciones del campo y los paseos. Hacia dos años que Doraliza habia salido de Paris. Eglantina iba á cumplir veinte; era las delicias de su madre, y no conocia la felicidad sino desde que habitaba en Morges.

Una tarde que Eglantina y Doraliza se paseaban por las riberas del lago encontraron á un jóven vestido de negro, que paseándose lentamente parecia sepultado entre tristes reflexiones. Al pasar al lado de Doraliza levantó los ojos, se quedó sorprendido, y se acercó. Entónces Doraliza conoció con admiracion que era el vizconde de Arzelle. Despues de los primeros cumplidos el vizconde le dijo le habia sucedido la mayor de las desgracias perdiendo á

[1] Gesnëro.
[2] Gesnero dibujaba tan bien como hacia versos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un padre querido; y añadió, que siéndole por esto odioso el vivir en Paris, habia resuelto viajar; que pensaba estar dos meses en Suiza, y pasar despues á Italia. Concluida esta relacion, viendo Doraliza que anochecia dió la vuelta á su casa. El vizconde le pidió permiso para acompañarla, y le dió el brazo. En este instante se acordó que Doraliza tenia una hija, y vió que estaba con ella : la saludó, pero no pudo verla, porque iba al otro lado de su madre, y ademas con la oscuridad no hubiera podido distinguir sus facciones. Llegados que fueron á la puerta de la casa llamó, y una



criada bajó á abrir. Entraron en el patio, y el vizconde dijo á Doraliza con enternecimiento : ¿Es esta, señora, su casa de Vd?... al decir esto se acordó de las inmensas riquezas de que en otro tiempo gozaba Doraliza, del buen uso que de ellas hacia, y de que solo se veia pobre por pagar todas las deudas de su marido. Subieron la escalera, entraron en un gabinete adornado con muy bonitos dibujos y alhajado con gusto. ¿No es muy precioso este gabinete? dijo Doraliza; pues todo lo que contiene es obra de mi hija. Ella ha bordado todo esto y ha dibujado esos países. No pudo ménos el vizconde al oir esto de manifestar una admiracion que parecia incredulidad : al mismo tiempo miró á Eglantina, y sorprendido de la mudanza que advirtió en ella, se quedó mirándola atentamente sin poderla conocer. Eglantina se sonrió poniéndose colorada, y esta sonrisa hermoseó tanto su rostro, que el vizconde manifestó nueva admiracion. Al principio habia mirado á Eglantina con curiosidad, pero ya la contemplaba con aficion. Notó que habia crecido,

admiró su hermoso cuerpo, su aire noble, la expresion de su fisonomía, y conoció que las gracias que habia adquirido valian mil veces mas que la hermosura que habia perdido. Su admiracion creció al oirla hablar : no podia creer al escucharla que fuese aquella misma persona que le habia parecido en otro tiempo tan insípida y poco amable; no podia concebir que tres años hubiesen producido tan notable y extraordinaria mudanza. Al despedirse de Doraliza le suplicó le permitiese volverla á ver, y al dia siguiente pasó con ella gran parte de él. Tenian concierto aquella noche; oyó el vizconde cantar á Eglantina, y acompañarse con el arpa. Creia estar soñando, acordándose que aquella señorita tan amable era la misma Eglantina, con quien á pesar de su riqueza y hermosura no se habia querido casar por parecerle entónces tan presumida como ignorante.

El vizconde vivia en Lausanne, oia que todos alababan á Eglantina : habíase esta granjeado todos los corazones por sus gracias, su entendimiento, y sobre todo por su dulzura, igualdad de genio, y mucho amor á su madre. Oia el vizconde con sumo gusto estas alabanzas. Isabela, como amiga de Eglantina, era la que mas sobresalia en esto, por tanto el vizconde preferia su trato á otro cualquiera. Habia ya dos meses que el vizconde estaba en Suiza, y no hablaba ya del viaje de Italia. Pasaba en casa de Doraliza todo el tiempo que esta le concedia. Tímido y rezeloso con Eglantina apénas se atrevia hablarle, pero la escuchaba, y observaba sus acciones con una atencion de la que nada podia distraerle, y manifestaba á Doraliza la veneracion y afecto del hijo mas amante. Estuvo aun un mes en Lausanne; en fin, conociendo ya perfectamente á Eglantina, tanto por su fama como por el estudio que de su genio habia hecho, dejó de encubrir sus ideas que la razon aprobaba. Se explicó con Doraliza, y le pidió su hija. Vd. la merece, respondió Doraliza; cuando era hermosa y rica la ha rehusado, y ahora que ha perdido uno y otro la quiere. El mérito, la instruccion y la virtud podian solo inspirar á Vd. una pasion verdadera, por lo que debo creer será esta eterna en Vd. No obstante, como es posible alucinarnos nosotros mismos, exijo que haga Vd. sérias reflexiones ántes de contraer un empeño que debe decidir de su felicidad y la de mi hija. Quiero que se parta Vd. á viajar por tiempo de seis meses. Si al cabo de este tiempo piensa del mismo modo, puede

volver; Eglantina será suya. Á esto respondió el vizconde arrojándose á los piés de Doraliza, y le suplicó no dilatase su dicha. Pero ella, firme en su resolucion, no se dejó ablandar de sus ruegos y promesas; y el vizconde desesperado tuvo que marchar al dia siguiente. No pudiendo separarse del país en que habitaba Eglantina, anduvo vagando por la Suiza, y pasó así todo el tiempo de su destierro. Cumplidos los seis meses fué volando á Morges : cuando llegó, Doraliza estaba sola en su gabinete con su hija. De improviso se abre la puerta, entra el vizconde, y se precipita á los piés de Doraliza : entónces por la primera vez habla de su amor delante de Eglantina; pide su mano, protesta que nunca la separará de su madre. Eglantina le declara que solo con semejante condicion puede determinarse á cambiar una suerte que colmaba todos los deseos de su corazon; y el vizconde le asegura que un sentimiento tan natural la hace mas amable á sus ojos. Aquella noche misma Doraliza, la mas feliz de las madres, firmó el contrato de casamiento de su hija, y de allí á tres dias, colmados los deseos del vizconde, casó con la amable Eglantina.

¡Ah mamá, dijo Carolina, qué historia tan bonita! Vamos, de aquí en adelante prometo á Vd. no perder mis pañuelos, mis guantes, ni arrojar mi merienda en el jardin ; prometo tambien ser cuidadosa y aplicada, para no ser á diez y siete años sosa y necia, y sobre todo para no dar á Vd. pesadumbres. — Y si en adelante te dijesen que eres hermosa, acuérdate tambien, hija mia, de la historia de Eglantina. Considera que la hermosura por sí sola es un mérito tan vano como de poca duracion, y que solo las prendas del corazon y del entendimiento nos hacen dignas de estimacion, y capaces de inspirar un amor verdadero. Con este documento se concluyó la décima velada.

Al otro dia no hubo tertulia por la noche, porque Mr. Fremont se habia quejado de la poca aplicacion de César aquella mañana. Muy sentido César de este castigo se amoinó, y se acostó sin pedir perdon al abate, contentándose con solo darle las buenas noches. Hacia ya média hora que estaba en su cama, cuando la Marquesa entró en su alcoba. ¿Duermes, hijo mio? le dijo en voz baja. — No, señora, aun no, respondió César como afligido. — No lo extraño, y si es verdad, como no lo dudo, que tienes buen corazon, es imposible que puedas pasar la noche con sosiego. ¿Cómo te has

acostado, hijo mio, con cierto rencor y mal humor contra un hombre á quien debes amar tanto? ¡Le has dejado salir de tu cuarto sin procurar que te perdonase, cuando le dejabas para no verle en doce horas! ¡Ah César! Escucha un caso que he leido esta mañana. El duque de Borgoña, padre del difunto rey, siendo muy niño riñó un dia con uno de sus ayudas de cámara ; pero luego que se hubo acostado dijo al tal, que dormia en una alcoba inmediata : « Perdóneme Vd. lo que le dije esta tarde para que me pueda « dormir. » Juzga tú ahora, hijo mio, si hubiera sido capaz de acostarse sin haber pedido perdon á su ayo. No obstante este príncipe no tenia entónces mas que siete años, y tú has cumplido diez... — Ah mamá, bien sabia yo tambien que no podria dormir... pero permítame Vd. que me levante, y vaya al punto á pedirle perdon... — Con mucho gusto : vamos, hijo mio. Al decir estas palabras madama de Clemira le dió una bata, y él se la pone de priesa ; salta de su cama, y acompañado de su madre va al cuarto del abate ; llama á la puerta, y Mr. Fremont ya en gorro de dormir viene á abrir, y da muestras de admiracion al ver á César. Este se acerca, y arrasados los ojos en lágrimas le pide perdon en los terminos mas humildes y expresivos. Luego que acabó, Mr. Fremont, en vez de responderle, se dirigió á la Marquesa diciendo : « Vd., señora, es « demasiado buena ; pero me basta que lo quiera, yo procuraré ol- « vidar lo que ha pasado. » Al oir esto César extrañó que el abate no le hubiese hablado á él. Pero este le replicó : Yo no tengo respuesta que dar á Vd. Esta visita, y todo cuanto Vd. me ha dicho lo debo únicamente á su señora madre. — Aseguro á Vd. que no me ha aconsejado mi madre que me levantase y viniese aquí... — Pero dígame Vd. ¿estaria ahora en mi cuarto si la señora no le hubiera hecho conocer su mal proceder para conmigo? Á esta pregunta César bajó los ojos, y echó á llorar. Crea Vd., continuó Mr. Fremont, que si de su propio motivo, sin ser aconsejado ni excitado, hubiese venido, crea Vd., le vuelvo á decir, que le hubiera recibido amistosamente, aunque siempre era su culpa muy grande en haberme dejado salir de su cuarto sin manifestarse arrepentido de ella. Pero no obstante repito que por su señora madre le perdono de buena gana, esto es, que no le impondré á Vd. penitencia por el mal humor y enfado que ha tenido... — Pues bien, dijo César, yo mismo me la impongo. Prometo no asistir durante

quince dias á la velada, que es el mayor sacrificio que puedo hacer; pero á lo ménos no me trate Vd. por Dios con tan cruel indiferencia, y sufriré de buena gana mi penitencia. Al acabar estas palabras, Mr. Fremont con semblante cariñoso le abrió los brazos, y César se arrojó á ellos llorando de alegría por haber alcanzado su perdon, y mucho mas por haber hecho una accion que le reconciliaba consigo mismo. Ya ves, hijo mio, le dijo madama de Clemira, lo que cuesta cuando dilatamos la enmienda de nuestros yerros; no solo se hacen mayores y no se halla indulgencia, sino que tambien es preciso para repararlos dar pasos extraordinarios, y hacer sacrificios penosos. Si al acostarse hubieses pedido perdon, Mr. Fremont te lo hubiera concedido, y no estarias privado por quince dias de la velada.

Como los tres niños se habian impuesto la ley de renunciar á las veladas siempre que uno de ellos no pudiese asistir á ellas, Carolina y Pulqueria hallaron que César se habia impuesto una penitencia demasiado larga; le hicieron várias reconvenciones acerca de los inconvenientes del mal humor; y le dieron excelentes consejos sobre este particular, de los que César prometió aprovocharse en adelante.

Iba ya entrando la primavera, se estaba en los últimos dias del mes de Marzo; los paseos eran mas agradables, y comenzaba el campo á cubrirse de flores. Agustin, que conocia perfectamente todas las cercanías de Champcery, conducia todos los dias á los tres niños á parajes en donde encontraban flores con que hacer hermosos ramilletes. No daban aun sombra los bosques; se disfrutaba en ellos lo mismo que en los prados, del aire templado que reina en los primeros dias de Abril, y en tanto que los árboles desnudos de hojas traian á la memoria los rigores del invierno, el cielo puro y sin nubes, y el campo cubierto de flores anunciaba la llegada de la primavera y sus delicias.

César y sus hermanas poseian en comun un jardinito que era sus delicias. Estaba dividido en dos partes : en la una tenian la hortaliza, y en la otra las flores. En un rincon del jardin habia un pozo, esto es, una cuba enterrada, pero que tenia como un pozo verdadero su brocal para precaver las caídas, y una polea para sacar el agua que se traia á ella todos los dias. Los niños, ayudados de Agustin, sacaban el agua, y cultivaban ellos mismos su jardin. Tenian cubos, carretillas y demas instrumentos de jardinero proporcionados á sus fuerzas. Estéban el jardinero de la casa dirigia sus operaciones y los abastecia de plantas y semillas. ¡Qué ganas tengo, decia Carolina regando un jacinto, de verle en flor! ¡Qué gusto tendré en cogerlo para llevárselo á mamá!... — Pero esperarás, hermanita, á que yo le pueda dar al mismo tiempo un ramillete de alelíes... — Y yo una ensalada.



El dia doce de Abril fué un gran dia; la penitencia de César se habia acabado. Los niños se levantan diciendo : *nuestras veladas se empezarán esta noche;* y en el jardin se encontró con que llenar una cesta de ensalada, jacintos, alelíes y violetas. La cesta adornada con muchas cintas se llevó en triunfo, y repartió entre madama de Clemira y la abuelita. Las flores se pusieron con cuidado en algunos vasos para que durasen mas tiempo. La ensalada se comió al mediodía, y nunca ensalada supo mejor, ni se alabó tanto como esta. Por la tarde la Baronesa avisó que tenia una historia preparada, y acabada la cena contó la siguiente :

EUGENIA Y LEONCIO

Ó EL VESTIDO DE BAILE

Madama de Palméne, jóven aun, y viuda ya desde algunos años, se dedicaba enteramente á la educacion de una hija única que tenia, objeto de toda su terneza y esmero. Su marido al morir habia dejado muchas deudas, que madama de Palméne no habia podido pagar sino yéndose de Paris, y retirándose á unas posesiones que tenia en Turena, á una legua de Loches [1]. El castillo es antiguo y muy espacioso, sus puentes levadizos, sus fosos y torreones recuerdan los siglos memorables de los Duguesclin, de los Bayard, tiempos famosos de la caballería, y que se deberian echar de ménos si la lealtad y esfuerzo de algunos valerosos caballeros pudiesen servir de policía y leyes. Lo interior del castillo correspondia á su exterior. Todo traia á la memoria la noble sencillez de nuestros antepasados. No se veian en él molduras doradas, ni la ridícula profusion de porcelanas, figuras de china y demas adornos de que están llenas nuestras casas modernas; en lugar de estas superfluidades se veian hermosas tapicerías, que representaban los lances mas singulares de la historia. Habia espaciosas galerías, adornádas con retratos de familias, y se descubrian desde las ventanas de estas y de las salas, por un lado un bosque espacioso, y por el otro las amenas riberas del Indro. En este sitio fué en donde Eugenia (que así se llamaba la hija de madama de Palméne) pasó la niñez y los primeros años de su juventud. Allí fué en donde se aficionó á las diversiones del campo, á la vida quieta y retirada. En los hermosos dias de la primavera y

[1] La ciudad de Loches está situada en las riberas del Indro, cerca de un monte elevado. Se ve en esta ciudad un castillo, en donde estuvo preso el cardenal de la Baluc En la iglesia colegiata edificada en el recinto del castillo, está el sepulcro de Agueda Sorél. Loches dista cinco leguas de Amboise, pequeña ciudad, célebre por sus manufacturas, y por la conjuracion que aun hoy dia conserva su nombre. Esta última ciudad está situada sobre el Loira.

verano daba con su madre largos paseos, y en lo fuerte del calor buscaban la sombra y el fresco en lo espeso del bosque : en él Eugenia unas veces corria, otras cogia yerbas, de las que su madre le explicaba los nombres y virtudes. Las mas veces daba allí sus lecciones, ó bien oia leer á su madre, y por la tarde dejando el bosque iban á pasearse por las amenas riberas del rio. Luego que Eugenia tuvo ocho años se hizo mas sedentaria. Mil ocupaciones diversas la obligaban á estar en casa; pero se levantaba al amanecer, y se iba á almorzar al parque ó al campo, y por la tarde daba con su madre un paseo de una ó dos leguas. Tenia por compañera en sus diversiones á la hija de su aya. Esta niña, llamada Valentina, tenia cuatro años mas que Eugenia. Era de muy buena índole, de mucha aplicacion, y de buen corazon. Asistia á todas las lecciones que daban á Eugenia, y se aprovechó de ellas de modo, que esta la miró siempre, con razon, no como criada, sino como amiga. Entre tanto Eugenia llegó á los diez y seis años : á esta edad su natural era tan bueno, como sensible su alma. Reunia á la alegría y á las gracias ingenuas de la edad, mucho talento, discrecion, dulzura inalterable, y la mas perfecta igualdad de genio. Su ternura y agradecimiento para con su madre eran sin límites : no pensaba sino en ella todos los instantes de su vida, y aprovechando todos los medios de agradarle, no habia ocupacion alguna que no le fuese grata. Si aprendia algunos versos de memoria se decia á sí misma : *Mamá me los oirá decir con gusto; esta tarde en el paseo se los recitaré; alabará mi memoria y mi aplicacion.* Si estudiaba el inglés ó el italiano : *¡Cuál será*, decia, *la admiracion y alegría de mamá, cuando vea que en vez de la hoja que me ha mandado he traducido dos!* Si escribia, dibujaba, ó tocaba algun instrumento, hacia las mismas reflexiones : *Este dibujo adornará el gabinete de mamá; siempre que le mire se acordará de su Eugenia. Esta sonata que ahora estoy aprendiendo, en sabiéndola bien, encantará á mamá*, etc. Esta idea que aplicaba á todo, la hacia mirar con sumo gusto cualquier estudio, le facilitaba todas las dificultades; y hacia que reputase como diversion todas sus obligaciones.

Para acabar de perfeccionar la educacion de Eugenia tomó madama de Palméne la resolucion de ir á pasar dos años en Paris. Se separó de su agradable soledad hácia fines de Setiembre, y luego que llegó á Paris alquiló una casa, en la que Eugenia echó ménos

muchas veces las deliciosas riberas del Indro y del Loira. Madama de Palméne volvió á ver con sumo gusto diferentes sugetos que habia tratado en otros tiempos. Entre estos distinguió sobre todos á un antiguo amigo de su marido, llamado el conde de Amilly, digno en efecto de esta preferencia por su mérito y virtudes. Viudo ya de muchos años, no tenia mas que un hijo único de edad de diez y ocho, y del que se acababa de separar por dos años. Este jóven, llamado Leoncio, habia ido á Italia, y debia seguir viajando por el Norte.

El conde de Amilly iba todas las noches á cenar con madama de Palméne; á las diez y média Eugenia se iba á acostar. Luego que se retiraba, el conde hablaba de ella, y era siempre haciendo su elogio. Admiraba igualmente sus talentos, su modestia, su reserva, y un cierto aire de dulzura y de franqueza, que daba un realce indecible á todas sus acciones. Despues solia hablar de su hijo, alababa su talento, su genio y su buen corazon. Madama de Palméne escuchaba con deleite el elogio de Eugenia. No oia pronunciar tan á menudo el nombre de Leoncio sin sentir alguna conmocion; y en estas conversaciones se olvidó várias veces la hora que era. El conde de Amilly continuó siempre sus visitas con la misma frecuencia, pero sin explicarse mas. Solamente un dia dijo : Mi hijo será rico, pues que yo lo soy; pero ántes de partir con él mis riquezas, le quiero enseñar á usar de ellas. Á su vuelta tendrá veinte años. Le casaré dándole una mujer amable, cuyas gracias, ejemplo y dulzura puedan hacerle cumplir con gusto todas sus obligaciones, y hacerle amar la virtud. Bien conocia madama de Palméne que este retrato se parecia al de Eugenia; pero considerando la gran distancia que habia entre su fortuna y la del conde, no podia persuadirse que este pensase realmente en su hija.

Habia ya cerca de dos años que madama de Palméne estaba en Paris, y Eugenia rayaba en los diez y ocho. Una noche entrando el conde de Amilly á ver á madama de Palméne, le pidió permiso para presentarle á su hijo, que acababa de llegar : al mismo tiempo entró un jóven cuyo aspecto era el mas noble, y acercándose á madama de Palméne, le hizo su cumplido de un modo al mismo tiempo afectuoso y tímido, que daba nuevo realce á su gracia natural. El conde y su hijo se quedaron á cenar. Leoncio habló poco; pero miró mucho á Eugenia, y no dijo una palabra en que no manifestase el vivo deseo que tenia de agradar á madama de Palméne.

Al dia siguiente volvió el conde con su hijo, y madama de Palméne dijo sin rodeos al conde, que se habia hecho una ley irrevocable de no recibir en su casa ningun sugeto de la edad de Leoncio. Pero, señora, respondió el conde, es menester no obstante que examine Vd. si puede convenirla... — ¿Cómo? ¿qué quiere Vd. decir?... — Pues qué, ¿no conoce Vd. que mi dicha y la de mi hijo dependen de eso?... Tómese Vd. tiempo para conocerle, y si tiene la fortuna de agradarle, se verán colmados nuestros deseos. No podia decirlo mas claro. Manifestó madama de Palméne al conde el agradecimiento que sus ofertas le inspiraban. No se empeñó positivamente hasta haber hablado á Eugenia, y tomar algunas informaciones particulares acerca del génio de Leoncio. Todo lo que le dijeron acerca de este, solo sirvió de aumentar el deseo que tenia de adoptarle por hijo; é instándola nuevamente el Conde á que le diese una respuesta positiva, no dudó en dársela. Arreglado todo, se firmó el contrato de casamiento; al dia siguiente Leoncio obtuvo gozosísimo la mano de la amable Eugenia, y al punto marcharon los novios y sus padres á una hermosa posesion que tenia el conde á diez leguas de Paris, y convinieron en no volver á la ciudad hasta fines del otoño.

Madama de Palméne estuvo tres meses con sus hijos; al cabo de este tiempo se vió precisada á dejarlos, porque queriendo establecerse para siempre en Paris, le era forzoso hacer un viaje á Turena para arreglar sus cosas. Aunque debia volver ántes del invierno, hubo de valerse Eugenia de toda su razon para tolerar esta dolorosa separacion. Su pesadumbre y melancolía despues que su madre partió, la hicieron aun mas estimable á los ojos de Leoncio. Encontraba cierto gusto contemplándola en aquel estado de abatimiento y de tristeza. Al ver correr sus lágrimas, se decia : ¡Qué grande será de aquí á algun tiempo el amor que me tendrá este corazon tan sensible y agradecido! No obstante, Eugenia por temor de afligir á Leoncio procuraba ocultarle su pesadumbre; pero se desquitaba de este esfuerzo con Valentina, aquella muchacha de que ya he hablado, y que habia sido la compañera de su niñez. El consuelo mayor de Eugenia era hablar de su madre, y escribirle todos los dias largas cartas, que contenian el pormenor mas circunstanciado de sus sentimientos, ocupaciones y recreos.

Ya habia cerca de dos meses que madama de Palméne estaba

ausente; en este espacio de tiempo no habia hecho Eugenia ni un solo viaje á Paris : en compañía de su suegro y marido solo deseaba la vuelta de su madre. Era Eugenia el único objeto de todos los pensamientos de Leoncio, y ella por su parte cada dia le queria mas. Iban con frecuencia á pasearse mano á mano por los bosques y campos; Eugenia hacia preguntas á Leoncio acerca de sus viajes, y tenia el gusto de instruirse escuchándole. Otras veces sentados en el márgen de un arroyo, solia Eugenia cantar algun romance; su voz suave y armoniosa atraia los pastores y segadores. Los unos dejaban sus trabajos, los otros desamparaban sus rebaños, y todos iban corriendo á oirla. Suspendia las labores, y hacia olvidar la fatiga. Una tarde reparó Eugenia entre aquel auditorio campestre en



un anciano que aun no habia visto. Su aspecto era tan venerable, y sus canas tan largas y blancas, que Eugenia entró en deseo de saber su nombre. Supo que se llamaba Jerónimo, y que tenia setenta y cinco años; que mantenia á una hermana paralítica, y que era abuelo de cinco criaturas huérfanas, á quienes sustentaba con su trabajo. La pension que Eugenia tenia para sus alfileres era muy limitada. Su suegro poseia bienes cuantiosos, era noble y benéfico; pero queriendo hacer que su hijo y su nuera tuviesen arreglo y economía, tenia la prudencia y valor de no repartir sus riquezas con ellos.

« Cuando conozca, les decia, que sabéis emplear bien el dinero, entónces haremos bolsa comun; dentro de cinco años, por ejemplo, si de aquí á entónces estoy contento de vuestra conducta, me despojaré con sumo gusto á favor de un hijo económico y razonable; pero no abandonaré á un insensato y á un disipador mis riquezas, frutos de mi aplicacion y fatigas, y de que puedo disponer á mi gusto. » ¡Ah padre mio! respondia Leoncio, si me ha dado Vd. á Eugenia, ¿qué mas puede Vd. darme?

Eugenia por su parte no deseaba una pension mayor que la que tenia. Cuando hay juicio y economía con poco dinero se hace mucho. Por tanto, siempre tenia Eugenia algun dinero con que satisfacer su generosidad y beneficencia. Pensando continuamente en el pobre viejo Jerónimo, al acostarse aquella noche dijo á Valentina que la enviaria á llevarle algun socorro. Al dia siguiente por la mañana el conde de Amilly fué, como acostumbraba, á desayunarse al cuarto de su nuera : Aquí tengo, le dijo, un billete de baile de máscara. Dentro de quince dias hay en Paris una soberbia funcion, y te han convidado. Yo quiero, hija mia, que vayas á ella; necesitas de un vestido de baile, aquí te le traigo. Al decir esto dejó el conde encima de la mesa un bolsillo con sesenta luises. Luego que se fué llamó Eugenia á Valentina, y enseñándole el regalo que acababa de hacerle su suegro, le dijo : con cincuenta luises me podré hacer un vestido bastante hermoso, y así voy á tomar de esta cantidad diez luises para dárselos al pobre Jerónimo; tú, Valentina, irás á informarte al lugar si todo lo que me han dicho de este anciano es cierto, y si es así yo misma iré á llevarle este socorro.

Por la tarde volvió Valentina del lugar, y dijo á su ama, que no solo se habia informado en casa del cura y en la de varios aldeanos, sino que tambien habia ido á la del buen viejo; que habia visto á su hermana paralítica, que la estaba cuidando la mayor de los nietos de Jerónimo, niña de edad de doce años; que la enferma estaba en un cuartito bastante aseado, en una cama tal cual; que el pobre viejo dormia en el portal sobre un poco de paja; y que finalmente Jerónimo era el vecino mas hombre de bien y mas infeliz de todo el lugar, como tambien el mejor hermano y abuelo. Vamos, dijo Eugenia, aquí llevó el bolsillo que me ha dado mi padre, llevémosle al punto diez luises. Al acabar estas palabras Eugenia agarró del brazo á Valentina, y salió con ella, haciendo decir á Leoncio, que estaba

jugando, que iba á pasearse hácia la isleta de los Álamos, á ver trabajar á los segadores. Llegaron al campo en donde Jerónimo trabajaba regularmente hasta puesto el sol. Viendo que por ninguna parte parecia, preguntan dónde estaba, y les dicen, que rendido del calor y cansancio habia ido á descansar un rato á la sombra, y estaba durmiendo á la orilla del arroyo junto á la cerca de los escaramujos. Eugenia y Valentina se encaminan hácia aquel lado; al cabo de un instante descubren de léjos un anciano dormido y rodeado de sus nietos. Se acercan poco á poco por no despertarle, y se detienen á alguna distancia para contemplar el espectáculo mas



interesante y tierno. El pobre anciano dormia profundamente : una pulida niña de ocho á nueve años ataba con mucho tiento su delantal á las ramas de los escaramujos para hacer un toldo que le resguardase del ardor del sol; uno de sus hermanos le ayudaba en este trabajo, en tanto que los otros dos con unas ramitas de álamo en las manos, puestos de rodillas cada uno á un lado del abuelo, se ocupaban en espantar las moscas y mosquitos que se acercaban á su cara. Luego que la niña vió á Eugenia le hizo seña con la mano que no meliese ruido. Eugenia se sonrió, y acercándose en puntillas abrazó á la chiquita, y le dijo en voz baja : Tengo que hablar con tu abuelo luego que despierte. Véte allá bajo á jugar con tus hermanitos, y volverás cuando yo te llame. La chica puso alguna repugnancia en apartarse, como tambien los chicos, que no quisieron irse

hasta que Eugenia y Valentina les prometieron que espantarian con todo cuidado las moscas como ellos hacian.

Hecho este convenio les entregaron las ramas de álamo, y sentándose cada una á un lado del abuelo, en un instante desapareció la familia menuda. Entónces Eugenia, sacando de la faltriquera el bolsillo, le puso sobre sus rodillas para sacar los diez luises. Despues temiendo hacer demasiado ruido al contar el dinero se paró, y echando la vista sobre el anciano le miraba enternecida... ¡Con qué descanso duerme, dijo, pobre viejo!... ¡qué presencia tiene tan venerable! Setenta y cinco años, ¡qué edad!... en todo este largo espacio de años ¡qué fatigas no habrá tolerado! Y aun ahora que le van faltando las fuerzas se ve obligado á trabajar sin cesar. Al decir esto Eugenia dejó caer algunas lágrimas. Piense Vd., señora, le dijo Valentina, en la alegría que le va Vd. á dar con esos diez luises... — El don de esta corta cantidad, replicó Eugenia, no puede hacer su felicidad. ¡Oh qué dulce me sería asegurar la tranquilidad de los dias que le quedan que vivir! ¡Con qué placer se despertaria! Diez luises solo serán un alivio momentáneo, pero cincuenta le remediarian del todo. ¡Cincuenta luises!... ¡El precio de mi vestido!... ¿Y qué gusto tendré con él? Apénas repararán en él; veré ciento mejores que el mio... ¿Crees acaso, Valentina, que cuando esté con un vestido guarnecido de franjas de oro y de talcos pareceré mas hermosa á Leoncio? Hoy mismo le he parecido tan bien, y no obstante solo tengo puesto un baquero blanco, y algunas flores que él mismo me dió esta mañana. Valentina mia, con diez luises podré hacerme un vestido nuevo, sencillo á la verdad, pero que me sentará mejor que otro mucho mas costoso : algunas flores y gasas son mas propias de mi edad; ¿qué te parece?... — Yo, señora, confieso á Vd. que tendria mucho gusto en verla bien compuesta... — ¡Ah! Valentina, repara en este anciano y abandonarás esa idea tan vana. Figúrate, pues, la satisfaccion que yo tendria en librar de la miseria á este buen padre de familias... Valentina, ¡con qué contento cenaria esta noche rodeado de sus nietos! ¡Con qué gozo tan puro los abrazaria, y recibiria sus caricias!... Y yo mañana por la mañana podria escribir todo esto á mi madre... ¡Oh madre mia! ¡qué feliz sería al leer esta carta!... — Pero, señora, será Vd. notada por la única de la funcion que vaya vestida tan sencillamente; esto podrá desagradar al señor conde... y puede ser que á mi amo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

tambien... — No obstante, son tan buenos y benéficos... Vamos, Valentina, yo consultaré á Leoncio. Nada debo hacer sin su consentimiento. Pero apartémonos de aquí, porque la vista de este buen viejo me causa unas tentaciones á las que no podria resistir. Ven, vamos á buscar á Leoncio, y despues volveremos. Al decir estas palabras iba Eugenia á levantarse, cuando oyó detras de sí ruido en las hojas, y volviendo la cabeza vió á Leoncio, que saliendo de entre las zarzas se arrojó en sus brazos. Á poco rato que Eugenia habia salido de casa habia él hecho lo mismo, yéndola á buscar; y sabiendo que Eugenia andaba en busca de Jerónimo, no dudó que sería para darle algun socorro. Leoncio, pues, siguiéndola se habia estado escondido detras de la cerca para escuchar la conversacion de Eugenia y del anciano, y desde allí, aunque Eugenia hablaba en voz baja, como el espacio que los separaba era muy corto, no habia perdido ni una sola palabra de cuanto habia dicho. ¡Oh adorada Eugenia! exclamó arrojándose en sus brazos... Todo lo he oido. Pensando en los medios de asegurar la felicidad de este anciano has hecho tambien la mia, puesto que la conversacion que acabo de oir me hace conocer hasta qué grado mereces ser querida.

Aun la estaba hablando Leoncio cuando Jerónimo despertó. Al punto Eugenia se desase de entre los brazos de Leoncio, y se acerca al anciano. Este la mira con admiracion, y por respeto quiere levantarse. Eugenia le insta á que se esté quieto. Él lo rehusa, añadiendo: Tengo que ir á trabajar. No, dice Eugenia, descanse Vd. hoy... — ¿Y mi jornal?... — Yo lo pagaré... Tome Vd. este bolsillo; ojalá le sirva de igual satisfaccion á la que yo experimento al dárselo. Al decir esto Eugenia, enternecida y con cierto género de respeto, se inclina, y pone en las manos temblonas de Jerónimo la bolsa, que contenia cincuenta luises. Leoncio de pié enfrente de Eugenia la contempla como arrebatado. Jamas le habia parecido tan hermosa. Nunca habia hecho en su corazon una impresion tan dulce y profunda.

Entre tanto, el anciano mira y vuelve á mirar con pasmo el bolsillo abierto puesto sobre sus rodillas. En su vida habia visto una suma tan fuerte. Se estriega los ojos, teme aun estar dormido, ó juzga que está soñando. Eugenia callando disfruta deliciosamente de lo sumo de la admiracion de aquel pobre hombre. En fin, Jerónimo juntando las manos y levantándolas al cielo: Pero, Dios mio,

exclamó con voz trémula, ¿qué he hecho yo para merecer premio tan grande? Al decir esto levantó la cabeza, y mirando á Eugenia con los ojos arrasados en lágrimas: ¡Ah señora, continuó, Dios quiera para recompensarla á Vd. darle hijos que se le parezcan! No pudo continuar; sus lágrimas embargaron la voz. Á este tiempo todos los nietos de Jerónimo volvieron corriendo. Eugenia le pidió que escondiese el bolsillo, y á nadie dijese lo que habia pasado hasta que ella le diese licencia para ello. En seguida volvió Eugenia á abrazar á Simonita, y despues de haberse despedido del buen viejo se encaminó con Leoncio hácia su casa. No quiso dar parte á su suegro de lo que habia pasado hasta despues de haber ido á la funcion arriba dicha por temor de que el conde no le regalase otro vestido de baile. Llegó en fin el dia de este. El conde se quedó en el campo, y Eugenia acompañada de una de sus parientas, y de su marido, fué á Paris. Solo ella atrajo y se llevó la atencion de todos en el baile, no solo por su hermosura, sino tambien por la graciosa sencillez de su vestido, que la distinguia de todas las demas; no habia en su adorno oro, perlas ni diamantes: no le incomodaba el vestido, y así alcanzó los premios del baile y de la hermosura. El dulce recuerdo del anciano aumentaba su alegría y su gracia natural; y considerando á menudo la loca y excesiva magnificencia de las jóvenes de su edad, se decia á sí misma: ¡oh cuánta lástima me causan! No conocen estas la verdadera alegría.

Al amanecer se retiró del baile con Leoncio, y se volvieron á la quinta. Este deseaba que su padre la viese con el vestido de baile, y no veia la hora de contarle el suceso de Jerónimo. Como le conocia bien, disfrutaba de antemano el gusto que le causaria esta narrativa. En efecto, el conde la oyó con igual alegría y enternecimiento. Dió repetidos abrazos á la amable Eugenia, y desde aquel instante la estimó mas que si hubiese sido su hija. Leoncio y Eugenia fueron al dia siguiente á ver á Jerónimo: díjole Leoncio que tomaba á su cargo la colocacion de sus dos nietos Simonita y su hermanito mayor; la primera la pusieron en Paris en casa de una costurera; y al segundo en la de un ebanista; y para completar la felicidad del buen viejo, el conde le regaló una vaca y una fanegada de tierra inmediata á su choza.

La madre feliz de Eugenia, madama de Palméne, que ya venia

de camino de vuelta de la Turena, recibió en él la carta que contenia estos pormenores.

No es posible, hijos mios, que en vuestra edad podáis comprender el gozo que causaria semejante carta en el tierno corazon de una buena madre. En fin, la sensible y hermosa Eugenia se volvió á ver en los brazos de madama de Palméne, que acabó sus dias en compañía de una hija tan digna de su amor. Siempre fué Eugenia las delicias de su madre, esposo y familia; su corazon y la estimacion pública le daban la justa recompensa debida á sus virtudes y conducta. Y para colmo de sus dichas oyó el cielo las oraciones del buen Jerónimo, dándole hijos que se le parecieron, y que le hicieron disfrutar de toda la felicidad que ella habia hecho sentir á su buena madre.

Aquí calló la Baronesa, y la Marquesa dijo: Decidme, hijos mios, ¿os ha gustado esta historia? — Muchísimo: y yo procuraré parecerme con el tiempo á la amable Eugenia. — Y yo tambien, porque hizo feliz á su madre. — Y yo, dijo César, imitaré á Leoncio... pero ahora que le nombro, permítame Vd., mamá, que le pregunte una cosa. Leoncio escondido detras de la cerca escuchaba lo que hablaba su mujer: ¿no es esta una indiscrecion? — Mucho me alegro de que pienses así; tu reparo es muy justo, porque aunque es cierto que Leoncio sabía muy bien que Eugenia no hablaria sino cosas relativas al anciano, y que no tenia secretos que comunicar á Valentina; con todo, siempre hizo mal en ocultarse para oir la conversacion. Cuando una accion es mala por sí, no debemos hacerla por fuertes que sean las razones que tengamos para ello. Procuraré, hijos mios, haceros conocer *lo que es bueno* y *lo que es malo*: y cuando hayáis adquirido este precioso conocimiento, sé fijamente que amaréis la virtud, porque no hay cosa mas amable que ella, y aborreceréis el vicio: entónces, si queréis ser felices y estimados, debéis deciros: nunca haré una mala accion, sea el que fuese el motivo, la intencion y las circunstancias que puedan disculparme para conmigo mismo.

Diciendo esto se levantó la Marquesa, y cada uno se fué á su cuarto. No pensaba madama de Clemira cuando se acostó en la pena cruel que la esperaba á la mañana siguiente. Las noticias que en los dos meses últimos habia recibido de Paris y del ejército la persuadian á que se haria la paz ántes de empezarse la campaña.

¡Pero cuál fué su dolor cuando á las ocho de la mañana recibió cartas en que le decian que los dos ejércitos estaban al frente uno del otro, y que se daria la batalla sin remedio!

Luego que los niños supieron esta noticia acompañaron á su madre en su pena é inquietud: todos los juegos se olvidaron, se acabaron las diversiones, y las horas de recreo se pasaron entre la afliccion y el llanto. Quince dias duró esta cruel situacion. En fin, el dia último de Abril, estando los niños oyendo leer al abate un capítulo del Evangelio, de improviso oyeron ruido de voces interrumpidas y gritos confusos. Conocen entre ellos la voz de la Marquesa, y al instante se arrojan hácia la puerta trémulos y despavoridos, y al abrir se hallan en los brazos de su madre, que á voces les dice: *Hemos ganado la victoria, y vuestro padre está bueno.* Al oir esta nueva los niños, bañados en llanto se abrazan á un tiempo de su madre, y sin hablar, con sus lágrimas manifestaban el gozo que esta nueva les causaba. La Marquesa apoyada sobre su madre, y estrechando á sus hijos contra el pecho, presentaba á la familia (que habia acudido al oir la noticia) el mas dulce espectáculo.

Despues de un poco de silencio, interrumpido á veces con las lágrimas que hacia verter el gozo, se sentó la Marquesa en medio de su feliz familia, y leyó en alta voz las cartas que acababa de recibir. Las noticias individuales que contenian, dieron nuevo fomento á la alegría que todos disfrutaban, pues por ellas se podia creer que la paz sería el fruto de la victoria.

La tranquilidad y la dicha hicieron renacer en la Quinta la alegría, los juegos y las diversiones. Este dia tan feliz era justamente el señalado para *plantar el Mayo*. Se determinó que esta funcion se hiciese en la plaza misma de la Quinta, y se aguardó con impaciencia la hora en que debia comenzar esta fiesta campestre. Al irse á levantar de la mesa se oyeron los instrumentos del lugar; al punto bajaron corriendo los niños á la plazuela en donde estaban ya los músicos y toda la gente jóven de la aldea: los mozos en chupas blancas atacadas y adornadas con cintas se pusieron al rededor del *Mayo* tendido en el suelo, y teniendo en la mano las cuerdas con que le habian de levantar cuando se hiciese la señal de plantarlo. A este tiempo se acercaron las mozas, cada una con su cesta llena de flores para adornar el *Mayo*: una le pone un ramillete, otra una guir-

nalda : en un momento quedó el árbol cubierto de mil clases de flores, y lleno de coronas de violetas, narcisos y anémonas. Hecho esto, los dos labradores mas antiguos del pueblo se acercaron con mucha gravedad, cada uno con su botella en la mano, y regaron con vino el pié del árbol. Despues de esta ceremonia brindaron á la salud del señor; César, segun costumbre, hizo las veces de su padre, y por consiguiente hizo la razon á los brindis; se acercó á ellos con mucha seriedad, tomó un vaso medio lleno, y despues de haberlos saludado se lo bebió con mucha gracia. Al punto empinaron el *Mayo*, y seguidamente, agarrándose los mozos y mozas de las manos, bailaron haciendo rueda, y cantando mil coplillas en alabanza del *florido mes de Mayo*. César, Carolina y Pulqueria se mezclaron en el baile, y repetian los estribillos de las coplas con mucha fiesta. Despues del baile en rueda, se ejecutó la danza de las *saltadoras*[1], y se dió fin á la funcion jugando al Marro.

Como era César mas ágil y robusto de lo que se podia esperar de su edad, lució muchísimo en este juego, porque sus lances proporcionan la ocasion de manifestar ligereza en alcanzar á los contrarios; habilidad y maña engañando al que persigue; buena fe condenándose á sí propio en los lances dudosos; y finalmente, valor y generosidad, exponiendo su libertad para darla á los prisioneros de su bando. Para completar el júbilo de este dia no faltaba mas que una velada; pero la Marquesa prometió una para el dia inmediato; y ántes de acostarse se dispuso que á la mañana siguiente todos se levantarian al rayar el alba para dar un buen paseo por el campo. En efecto, apénas empezó á amanecer cuando se vistieron los niños, y al punto salieron con su madre de la Quinta, sin mas comitiva que el fiel Morel.

Despues de una hora de paseo se acordaron los niños de que aun no habian almorzado : estaban distantes de la Quinta tres cuartos de legua, y el hambre los apretaba; por cuyo motivo se resolvió buscar alguna choza ó casita en donde hubiese leche. Morel dijo que allí cerca habia una, y al punto siguieron los niños con prisa y alegría el camino que les indicaba. Al cabo de média hora llegaron á la choza en donde extrañaron ver mucho bullicio y regocijo, y unos treinta labradores, todos con sus vestidos de dias de fiesta.

[1] Baile rústico muy comun en la Borgoña, como en Vizcaya las *Carricadanzas*, y el *Periquito* en tierra de Toledo y parte de la Mancha.

Aquella misma mañana se habia casado una hija del labrador dueño de la casa; acababan de llegar de la iglesia, y estaban preparando la comida. La Marquesa y sus hijos entraron en el huerto y se sentaron sobre la yerba : inmediatamente vino la novia con un tarro de nata de leche, y rico pan casero. Carolina, despues de haber sabido por una seña que su madre lo permitia, se quitó una cruz de oro que tenia puesta al cuello, y la puso en el de la novia á tiempo que se inclinaba para presentarle el tarro de nata. La muchacha se puso colorada, y mirando á la Marquesa rehusaba admitir el regalo; pero madama de Clemira le dijo : Mariquita, no des que sentir á Carolina no tomando esa corta expresion, y vé á decir á tu padre que para el domingo convido á toda la gente de la boda á comer en mi casa. Loca de contento con esta noticia, y mucho mas impaciente por enseñar su cruz de oro á todos, echó á correr Mariquita, sin acordarse de dar las gracias á Carolina. No tardó en volver con su padre, y despues de mil expresiones de agradecimiento se volvieron á la choza. Mamá, dijo entónces Carolina, me parezco á Vd. en lo mucho que me gustan los aldeanos... ¡Qué graciosa es Mariquita! ¡Qué modesta! ¡Y qué bonita está cuando se pone colorada!... La leche que nos ha dado es muy buena... y el pan tambien... ¡Qué alegría tan grande han recibido con el convite de Vd.! Creo seguramente que echarán mil bendiciones á la casualidad que nos condujo á su casa... — Este suceso me acuerda un caso que he leido en la historia de Rusia. — Ah mamá, cuéntenoslo Vd. — Con mucho gusto; es como sigue :

El zar Iwan se disfrazaba algunas veces para saber de un modo cierto lo que el pueblo pensaba de su gobierno. Un dia que se paseaba solo por los alrededores de Moscou llegó á una aldea, y fingiendo hallarse sumamente fatigado pidió le hospedasen : iba cubierto de andrajos, y toda su traza anunciaba la mayor miseria; pero lo que hubiera debido excitar la compasion, y obligar á recibirle, solo sirvió para que se lo negasen. Lleno de indignacion por la dureza de aquellos perversos habitantes iba á dejar la aldea, cuando advirtió que habia una casa á la cual no habia llegado. Era el hogar mas pobre y mas reducido de la aldea. Acercóse allá el emperador y llamó á la puerta : al instante salió un hombre á preguntar al forastero lo que queria. Yo me muero de hambre y de cansancio, respondió el zar; ¿puede Vd. recogerme por esta noche?

¡Ay, dijo el aldeano cogiéndole por la mano, Vd. lo pasará muy mal, porque me encuentra en un lance muy crítico : mi mujer está con dolores de parto, y sus quejidos le impedirán el reposo; pero venga Vd. que á lo ménos se libertará del frio, y partiremos nuestra cena. Al concluir estas palabras el aldeano hizo entrar al zar en



una salita llena de muchachos. En una misma cuna habia dos que dormian profundamente : una niña de tres años dormia tambien sobre una estera, inmediata á sus hermanos, miéntras que sus dos hermanas mayores, la una de seis años, y la otra de siete, están de rodillas rogando á Dios con lágrimas que sacase con bien á su madre, la cual ocupaba el cuarto inmediato, y cuyos quejidos y clamores se oian distintamente. Estése Vd. aquí, dijo el buen hombre al emperador, que voy á buscarle qué cenar. Salió en efecto, y dentro de un instante volvió, trayendo meloja, pan y huevos. Vea Vd., le dijo, toda nuestra cena : cene Vd. con mis hijas, que yo voy á cuidar de mi mujer. La buena accion que Vd. ejecuta en recibirme tan bien, dijo el zar, le hará feliz : yo no dudo que el cielo recompensará su caridad. ¡Oh amigo! replicó el aldeano, pida Vd. á Dios que mi mujer salga con felicidad, que es cuanto tengo que desear. — ¿Con que Vd. se tiene por feliz? — ¡Feliz! Júzguelo Vd. : yo tengo cinco hijos que se crian bien, una mujer á quien amo, un padre y una madre que se mantienen buenos, y mi trabajo basta para ocurrir á la subsistencia de todos. — ¿Y sus padres de Vd. viven aquí? — Sí, señor, allá dentro están con mi mujer. — ¡Es tan chica esta cabaña! — Bastante grande es, puesto que todos cabemos en ella. Dicho esto entró á ver á su mujer, la cual parió felizmente una hora despues. El huésped arrebatado de gozo llevó su hijo al zar, y le dijo : Vea Vd. el sexto que Dios me da; Dios me le conserve como los otros. Vea Vd., añadió, qué robusto y qué hermoso. El zar tomó en sus brazos al niño, y mirándole con ternura dijo : Yo entiendo algo de fisonomía, y la de este niño es bastante feliz : apostaré que hace una gran fortuna. El aldeano se sonrió, y las dos niñas se acercaron á besar al recien nacido, á quien la vieja abuela vino á recoger. Las dos niñas la siguieron, y el aldeano extendiendo en el suelo un poco de paja, convidó al huésped á acostarse con él, y se quedó dormido al instante en el mas pacífico sueño.

Un pequeño candil alumbraba escasamente la pieza. El zar incorporándose tendió la vista al rededor de sí, y consideró con atencion al aldeano, y á sus tres hijos dormidos. Reinaba en la casa un profundo silencio. ¡Qué tranquilidad, decia el emperador, qué calma! ¡Hombre sencillo y virtuoso! ¡con qué paz duerme sobre esta estera! Los remordimientos, las sospechas, los proyectos ambiciosos no turban su sosiego : su sueño es delicioso, porque es el sueño de la inocencia... Estas reflexiones ocuparon al emperador toda la noche. Luego que amaneció despertó el aldeano, y despidiéndose de él el zar, le dijo : Yo me vuelvo á Moscou; allá conozco á un hombre benéfico, voy á hablarle de Vd., y estoy seguro de que le obligaré á servir de padrino á su hijo recien nacido. Déme Vd. palabra de esperar para la ceremonia del bautismo : á las tres de la tarde á lo mas estaré aquí de vuelta. El aldeano no hizo mucho aprecio de esta promesa; pero por complacer consintió en lo que pedia el forastero, y con esta seguridad partió el zar inmediatamente.

Pasada la hora de las tres, y viendo el aldeano que no volvia su huésped, se dispuso con su familia para llevar á su hijo á la iglesia. Estando para salir de casa, se oyó de repente un gran ruido de caballos y de coches. Asómase el buen hombre á la ventana, ve el camino lleno de caballos y de soberbias carrozas, y reconociendo las guardias del emperador, llama inmediatamente á su familia para que viesen pasar al zar : salen todos de tropel, y se colocan

delante de la casilla : muchos coches desfilaron, y al fin paró la carroza del zar delante de la puerta. Al instante se detienen las guardias, apartan y separan el tropel de aldeanos atraidos por la esperanza de ver á su soberano. Abren la puerta de la carroza, baja de ella el zar, ve á su huésped, se dirige á él, y le dice : Yo te prometí un padrino, y vengo á cumplir mi promesa : dáme á tu hijo, y sígueme á la iglesia. Inmóvil el aldeano, y sorprendido al oir estas palabras, mira al zar con un pasmo igual á su alegría, y contempla como aturdido su magnífico vestido, las brillantes pedrerías de que estaba cubierto, y la lucida corte que le rodeaba. Entre este pomposo aparato no pudo conocer al pobre andrajoso con quien habia pasado la noche sobre la estera. El emperador disfrutó un rato de su incertidumbre, y del exceso de su admiracion, y despues continuó diciéndole : Tú cumpliste ayer con las obligaciones que impone la religion y la humanidad, y hoy vengo yo á pagar la mas dulce deuda de un soberano, que es recompensar la virtud : yo te dejaré en un estado que honras, y del cual envidio yo la inocencia y la tranquilidad; pero te daré los bienes que te faltan : tendrás numerosos rebaños, buenos vergeles, y una casa en que puedas cómodamente ejercer la hospitalidad : finalmente, yo me encargo para siempre del niño que vi nacer anoche ; porque te acordarás, añadió sonriéndose, que te dije que haria una gran fortuna. Á estas palabras, penetrado el buen hombre de agradecimiento, y bañado en lágrimas, no dió otra respuesta que ir á traer el niño, y ponerle á los piés de su soberano. El zar enternecido tomó al niño, le llevó en sus mismos brazos á la iglesia, y le tuvo en la pila del bautismo. Despues, no queriéndole privar de la leche de su madre, le volvió á su cabaña, diciendo que se le llevaria luego que le hubiesen destetado. El zar cumplió fielmente todas sus promesas : se encargó de la educacion del niño, le crió en su palacio, hizo su fortuna, y colmó de beneficios al buen aldeano y á su virtuosa familia.

¡Qué grande, dijo César, sería el dolor de los demas aldeanos, cuando supieron que el que habian despedido era su soberano! — Este cruel recuerdo fué la justa pena de su delito; la vergüenza y los remordimientos son consecuencias precisas de una mala accion. — ¿Pues cómo es que los malvados, dijo Pulqueria, no se hacen estos cargos? — Porque un mal corazon ahoga y mata todas las luces naturales de la razon. — ¡Qué infelices son los malos! —

Por eso en las obras de *Saudi*, poeta persa, se halla esta oracion en boca de un sabio : *¡Gran Dios! ten lástima de los malos, porque por los buenos has hecho todo lo posible haciéndolos lo que son.*

Diciendo esto la Marquesa se levantó, y saliendo de la huerta tomaron todos el camino de la Quinta : no se habló en todo el tiempo que tardaron en llegar á ella sino del zar Iwan. Mamá, dijo Pulqueria, yo deseara que Vd. prometiese contarnos un caso de historia las veces que tenemos el gusto de venir con Vd. á paseo. — Si por Dios, mamá, dijeron César y Carolina. — Ya entiendo vuestra intencion, es preciso que para contentaros haya historia por la mañana, y novela por la noche : me parece que tenéis mucha confianza en mi memoria... — Y mucha mas en la bondad de Vd., mamá, y tenemos razon. — Ya veo que será preciso no desmentir ese buen concepto. Con esta conversacion llegaron á las puertas de la Quinta : la Marquesa se fué á su cuarto con sus hijas, y César con Mr. Fremont se fué al suyo. Despues de comer tenia la Marquesa que escribir unas cartas, por lo que dejó á sus hijos en la sala en compañía del abate; esta hora despues de comer estaba señalada para el descanso. Luego que acabó sus cartas volvió madama de



Clemira á la sala, y vió á sus dos hijas juntas en un rincon, y leyendo. ¿Qué libro es ese? les preguntó. — Nos le ha prestado Julieta. — ¿Pues qué, es Julieta quien debe dirigir vuestras lecturas? Y ade-

mas, ¿es bien hecho tomar libros prestados sin mi consentimiento? — Eso mismo he dicho yo á las señoritas (dijo el abate, que estaba jugando al ajedrez al otro extremo de la sala con el cura), pero no han hecho caso : su hermano tiene mas juicio; nos ve jugar, y al mismo tiempo lee *el Diario de Paris*... — Pero al fin, dijo la Marquesa, sepamos qué libro es ese. — Mamá... es... *el Principe Percinet y la Princesa Graciosa*. — ¡Un cuento de encantadoras! ¿Cómo es posible que semejante lectura os agrade? — Mamá, bien conozco que hago mal; pero con todo confieso que estos cuentos me gustan mucho. — ¿Y por qué causa? -- Porque me divierte mucho lo que es maravilloso y extraordinario; las metamorfósis, los palacios de cristal, de oro y plata me encantan y me divierten. — ¿Pero no conoces que todo es una ficcion? — Sí, señora, bien sé que son cuentos. — ¿Cómo, pues, esa certeza no te los hace parecer insípidos? — Por eso me gustan mil veces mas las historias que Vd. nos cuenta; estaria oyéndolas noche y dia : por el contrário, conozco que estos cuentos me fastidiarian pronto. — Y mucho mas cuando con leer libros útiles y de instruccion, podias disfrutar mas completamente de la diversion que te causa *lo maravilloso*. — ¿De qué modo? — Tu ignorancia sola te persuade que los prodigios y maravillas no se hallan sino en los cuentos. La naturaleza y las artes ofrecen fenómenos mas admirables con mucho, que las aventuras mas ráras *del Principe Percinet*. — Pero, mamá, me parece casi imposible. — Al contrário; y en prueba de ello te ofrezco hacer un cuento mas singular é increible que cuantos has oido hasta ahora, no obstante que todas sus maravillas serán ciertas. Al oir esto César, dejando la partida de ajedrez y el *Diario de Paris*, se acercó á su madre diciendo : ¿Será eso posible, mamá? — Vosotros lo veréis. Yo no haré mas que inventar personajes y situaciones... -- ¿Pero todo lo maravilloso será cierto? — Sí, todo lo que os parecerá *prodigio y encantamiento* será efecto de la naturaleza, habrá sucedido, y quizas existirá actualmente. — Parece increible... — Pero, mamá, yo creo desde luego que no habrá en su cuento de Vd. *palacios de cristal, ni columnas de diamantes*. — Ya que lo deseas, habrá en mi cuento *palacios de cristal y columnas de diamantes*. Aun pondré mas : pondré toda una ciudad de plata. — ¿Y eso sin hablar de encantadores ni de magia? — Sin encantadores y sin magia se hará todo eso y mucho mas. — Apénas puedo creerlo.

— ¡Ah mamá, qué deseos tengo de oir ese cuento! — Necesito para componerlo lo ménos tres semanas; porque me es preciso volver á leer muchas obras de historia natural, y algunos viajes. — Pues qué, ¿en esos libros instructivos se hallan cosas mas maravillosas que las de Percinet? ¿Pues cómo hay quien lea todavía los cuentos de encantadoras? — Porque para entenderlos se necesitan algunos conouimientos preliminares que cuestan algun estudio. — ¿Pero podremos sin *conocimientos preliminares* comprender su cuento de Vd.? — Sí, porque no me valdré de términos científicos : os diré los efectos sin explicaros las causas. Y así os aseguro que si no lo hubiese prevenido, os pareceria mi cuento todo encantos y hechicerías. — ¿Y será menester esperar tres semanas? — Y en todo este tiempo no habrá veladas por las noches, ni casos de historia por la mañana. — ¡Cómo, válgame Dios!... — Si lo consideráis, hijas mias, aun es poco castigo para vuestra desobediencia. ¿No os tengo dicho que no leáis libro alguno fuera de los que vuestra abuelita y yo os demos? — Es verdad; aun mereciamos mas castigo.

Para consolarse en lo posible de la privacion de las veladas, pasaron los niños aquel dia todo el tiempo de recreo en su jardin : al poner del sol bajó con ellos su madre, y Pulqueria, haciéndola admirar un arriate lleno de jacintos, exclamó : ¡Todas estas flores son mias! ¡Oh mamá mia! ¡Qué feliz me ha hecho Vd. dándome este pedacito de tierra! Si á mas de esto me acordase continuamente de no desobedecerla, sería mi dicha completa. Vd. que es buena, como aquel sabio que pedia á Dios por los malos, ruéguele que me dé juicio, que me quite la curiosidad, y que ninguno de mis jacintos se me muera. -- ¿Con que no te cansas de tu jardin? — Al contrário, cada dia me gusta mas. — No lo extraño; los placeres sencillos é inocentes son los únicos que duran. Los palacios cansan; cansa el trono mismo; pero nadie se fastidia de un jardin que cultiva con sus propias manos. Rogado Diocleciano por su antiguo colega Maximiano á fin de que volviesen á ocupar el trono imperial que habian abandonado algunos años ántes, le respondió lo siguiente : *Amigo mio, ven á ver las famosas lechugas que he plantado en mis jardines de Salona*. — ¿Pues qué hubiera dicho si hubiese tenido mis jacintos? — Sin embargo, guárdate de no apasionarte demasiado á tus flores; nada se ha de apreciar con *preferencia exclusiva* : en

nada conviene el exceso. — ¿Pues qué, mamá, la aficion á las flores podria llegar á ser pasion? — No hay cosa de que el hombre no abuse cuando no oye la voz de la razon, y deja de refrenar sus *caprichos*. ¿Podrás creer que hay personas tan locas que pagan trescientos ó cuatrocientos luises por una cebolla de tulipan ó jacinto? — ¡Qué locura! — Yo he visto en Harlem, ciudad de Holanda, várias cebollas de jacintos que habian costado lo que te he dicho. — ¿Pero por qué causa puede valer tanto una flor? — Por la nimia delicadeza de los apasionados : se esmeran, por ejemplo, en buscar los colores mas raros; quieren que un jacinto para ser perfecto tenga en solo un tallo quince, veinte, ó mas florones; quieren que los florones sean grandes, cortos, unidos, de hojas largas, etc. — Segun eso cuentan los florones y miden las hojas. Mas niños que yo son los tales aficionados. Sus flores, á pesar de ser tan caras, no tienen mejor olor que las mias; y para conocer su hermosura es preciso mirarlas de muy cerca; y así, tanto estimo yo mis jacintos como ellos las mas hermosas platabandas de Harlem. — Y tienes razon.

Á este tiempo avisaron á la Marquesa que habia entrado en la Quinta un coche. Esta visita era Mr. y madama de Luzane con su hija Sidonia, de edad de quince años. No los conocia aun la Marquesa, aunque eran muy vecinos, porque pasaban todo el invierno en Autun. Creyendo por el mes de Abril que ya habrian llegado fué á verlos, y no los encontró; por esta razon venian ahora á pagarle la visita. Mr. Luzane era de edad de cuarenta años, y tenia una bella presencia; pero envanecido de esta ventaja y de la de haber hecho en su juventud algunos viajes á Paris, despreciaba extremadamente á todos los *provinciales;* trataba con desprecio á su mujer, y á su hija con indiferencia, creyéndose muy superior á todos sus iguales. Se consolaba de la desgracia de verse precisado á vivir con sus *inferiores*, con la idea de que á lo ménos la superioridad de su mérito era evidente y generalmente conocida. Nunca habia frecuentado el *gran mundo*, por lo cual unia á una total ignorancia de sus usos y costumbres la ridícula pretension de saberlos todos; creíase muy urbano, y se habia formado un diccionario de frases que habia recogido en algunas novelas y cuentos morales, cuyos autores, creyendo pintar en ellas algunas escenas del *gran mundo*, no han hecho mas que copiar las de la gente sin crianza ni

honor. Este género de erudicion daba á Mr. de Luzane cierto tono libre y confiado, cierta jerigonza ridícula, y unos modales igualmente desagradables é impolíticos. Al contrário su mujer no tenia ninguno de estos defectos : era buena, sencilla y amable; aunque se veia despreciada de su marido le amaba en extremo, y obligada á confesar su mal genio y corazon, en virtud de sus procedimientos, la ceguedad en que su amor la tenia le hacia que apreciase como gracias todas sus necias afectaciones. Sidonia su hija, dócil, modesta, ingenua y sensible, hablaba poco, respondia con timidez, y se ponia colorada á cada paso. Pero su encogimiento no era grosero, ni su reserva tenia nada de adusta, y en cualquiera concurrencia su porte, su modo, persona y razones hubieran agradado á todos.

Madama de Clemira acompañada de sus tres hijos entró en la sala, en donde encontró á Mr. y madama de Luzane y á su hija. Mr. Luzane, que pretendia agradar á una dama de *Paris*, manifestó desde luego toda su fatuidad y extravagancia. Despues de los primeros cumplidos : Señora, dijo dirigiéndose á la Marquesa, no imagino que podamos tener el gusto de que Vd. pase aquí el invierno próximo. — Espero no obstante no volver á Paris sino de este otoño que viene en un año. — ¡Vd. lo espera, señora! ¡oh, esa frase es muy política!... — Me agrada mucho el campo... — Sin embargo, es preciso confesar que cuando se ha vivido en la *capital* no se puede tolerar el trato de las *provincias*, porque *solo en Paris se vive propiamente; no estando en él la vida es fastidiosa.* Pero, señora, á propósito, ¿cómo está Verglan? — ¿Es mi hermano por quien Vd. me pregunta? — Sí, señora; ¡oh, le conozco infinito! ¡Qué deliciosas meriendas hemos tenido juntos!... Entónces era un tanto cuanto calavera... El lance que tuvo con Bleinville dió mucho que decir; despues se casó, esto hace sentar mucho las cabezas. — Está muy contento; su mujer es muy amable... — En efecto, me han dicho que es muy rica. He sabido *que un tio de ella acaba de morir, y que le ha dejado diez mil ducados de renta; ¡ese tio era un bello caballero!* No son tales los de la provincia. — Mi cuñada ha sentido muchísimo la pérdida de su tio : ¡un buen pariente es un amigo tan precioso y seguro!... — *Con todo, es muy triste amistad la de un tio viejo y machucho, y es muy puesto en razon que cada uno viva su tiempo; los jóvenes serian harto desdichados si los viejos caducos fuesen inmortales...* Pero, señora,

permítame Vd. que le pregunte si Blanford es tan aficionado como ántes *al Champagne.* — ¿Quién, mi tio? no lo sé. — Tenia una casita de campo divina, divina... Mi señora la Marquesa es muy jóven para haber podido alcanzar en toda su hermosura á la Condesa de Blanc. En mi tiempo era la belleza que privaba; tenia palco en la Ópera... Para ver la Marquesa si podia hacer general la conversacion empezó á hablar con madame de Luzane. Entónces Mr. de Luzane, reparando en Carolina y Pulqueria, exclamó : *Estas hermosuras no son comunes : ¡ qué facciones ! ¡ qué talles! ¡ qué ojos! Ciertamente estos ojos no merecen que se entierren en la provincia : seria un hurto, una traicion privar de ellos á la capital...* — ¿Qué edad tiene esta señorita? le preguntó la Marquesa. — *La señora* lo sabe, respondió él con mucha frialdad; á mí siempre se me olvida. Conociendo la Marquesa que queria decir su mujer, se dirigió á ella, haciéndole un elogio de Sidonia, que su madre escuchó con sumo gusto, en tanto que su marido entre distraido y cabiloso, registraba algunos libros que estaban sobre la cornisa de la chimenea. De repente, acercándose á la Marquesa : ¿Qué piensa Vd., señora, le dijo, de nuestro vecino el viejo la Paliniere? ¿Es posible que ese hombre haya pasado toda su juventud en Paris? Tal es el efecto que causa la provincia; en ella se pierden aquel *barniz* y aquellas gracias que solo se hallan y se conservan en la corte ó en la *capital :* y



Vd., señora, debe confesar que le parecemos muy poco civilizados. Estas últimas palabras dichas con un tono de suficiencia iban á caza de una expresion lisonjera, pero no la lograron; solo dijo la Marquesa lo que debia, haciendo justicia al mérito y talentos de Mr. de la Paliniere. Despues habló de cosas indiferentes, y al cabo de un cuarto de hora Mr. de Luzane hizo una seña á su mujer, y se acabó la visita. En el camino madama de Luzane y su hija dijeron que la Marquesa de Clemira era muy amable; pero Mr. de Luzane las hizo callar respondiendo de un modo seco y descontento, que la Marquesa no tenia nada de *espíritu*, discernimiento, ni finura.

¡ Válgame Dios, dijo César á su madre, qué singular y raro es este caballero ! — ¿ Y por qué razon ? — No puedo explicar lo que siento ; solamente digo que me hace reir el acordarme de él. Sus modales, su sonrisa y sus gestos tienen un *no sé qué* de violento y extraordinario... parece que estudia lo que dice y hace... — Eso se llama no tener naturalidad. — Y ademas no usa de buenos términos en la conversacion... — ¿Qué entiendes por *no hablar en buenos términos?* — Por ejemplo : por decir Paris siempre dice *la capital :* al vino de Champagne le llama *el Champagne.* — Tu crítica es justa, pero nimia. Es cierto que las gentes han convenido en llamar á estos modos de hablar *expresiones ordinarias;* y como es preciso conformarse con la costumbre admitida, os he mandado que no empleéis semejantes expresiones. Bien conoceréis que en esto, como en otras cosas, no está fundado el uso en ninguna razon de *gusto ó congruencia.* Decir *me gusta el Champagne, vivo en la capital;* ó decir *me gusta el vino de Champagne, vivo en Paris,* son frases indiferentes por sí mismas ; por tanto seria una crítica muy ridícula la del que notase seriamente el vicio de no usar de estas frases consagradas por la costumbre, y mucho mas si la crítica recayese sobre sugetos, que no habiendo vivido en el gran mundo deben por consiguiente ignorarlas. Hay muchos que teniendo un conocimiento profundo del trato de las gentes no por esto son ménos necios; esta verdad la veréis demostrada á menudo cuando tengáis mas edad ; y se pueden ignorar enteramente los usos recibidos, y sin embargo tener un talento superior, y aun gracias personales, porque estas son hijas del feliz conjunto del talento y del natural. No des, pues, mucho valor á esas frioleras, y por consiguiente á todo lo que no es mas que exterior y frívolo. Por el alma

y por los talentos se debe juzgar de los sugetos, y no por sus vestidos, su figura, gestos y modo de hablar: ¿qué importan, pues, las expresiones ó la eleccion y arreglo de las frases, si en sí mismas son decentes y juiciosas? — Pero, mamá, ahora me acuerdo que he oido á otros muchos decir el *Borgoña*, *la capital*, y no me ha pasado por la imaginacion extrañar en ellos estas voces: no he hecho alto en ellas, y con todo confieso que Mr. de Luzane me ha parecido muy extravagante... — Pues procura encontrar la causa de esa diferencia... — Ya la he hallado, interrumpió Pulqueria, creo que es porque quiere aparentar que sabe mucho no siendo así: queria hacer creer á Vd. que era amable... — Esa es la verdadera causa; tiene pretensiones infundadas de parecer instruido y *culto*, y no hay cosa mas ridícula que esta idea. No ha vivido nunca en el *gran mundo*, y quiere hacer creer que sabe todos sus usos, y que conserva sus modales. Ha leido algunos libros, en los cuales ha creido encontrar una pintura verídica del mundo y de sus costumbres, y bajo la palabra de sus autores, muy ignorantes en este particular, se ha llenado de todas las ridiculeces que habéis notado. — Pero, mamá, es imposible que haya visto en un *libro impreso* que sea costumbre cuando se habla á una señora de su hermano nombrar á este por su apellido á secas. Cuando le preguntó á Vd. por mi tio, dijo Mr. de Luzane: *¿cómo lo pasa Verglan?* — Ha visto, no lo dudes, esta falta de urbanidad en *libros impresos*. Tambien ha visto que los hombres se *tutean* continuamente delante de las señoras, y aun en las concurrencias mas numerosas y respetables: ha visto que se llama á los petimetres calaveras *muebles de tocador*. Tambien ha visto que un hombre hablando de su mujer la llama *señora* á secas, y que cualquiera, hablándole al marido de su mujer, dice: *he ido á ver á Vds.: ni Vd. ni la señora estaban visibles;* y finalmente, ha visto otras muchas necedades y groserías á este modo. — Lo que mas me ha chocado ha sido todo lo que ha dicho acerca de mi tia. — ¿Sobre la muerte de su tio? — Sí, señora, y cuanto ha dicho me ha escandalizado. — Pues tambien ha leido eso en los *libros impresos*. Ha visto que es muy comun hablar de este modo al heredero mismo, en presencia de señoras muy respetables, á quienes se pretende dar gusto, afectando descaradamente un modo de pensar tan odioso. — ¿Es posible? ¿Pero se dice en esos libros que los que hablan así son amables? — Se repite que

son despreciables; pero al mismo tiempo se asegura que tienen *gracia* y mucha viveza de imaginacion, y los representan como causa del trastorno de todas las cabezas, y conquistando á las jóvenes de mas juicio y virtud. — Pero eso es imposible. — Es verdad: gracias al cielo todas esas pinturas son enteramente falsas. No está el mundo bastantemente corrompido, no digo para reputar por *gracia y atractivo* semejantes groserías en sugetos que desprecian la mutua decencia, pero ni tampoco para que aun las personas ménos delicadas toleren un exceso tan grande de sandez y perversidad. — ¿Pues de dónde han sacado los autores de esos libros unas ideas tan falsas? — Con el tiempo os lo diré, porque ahora no estáis aun en estado de comprender mi explicacion. He compuesto para cuando seáis mayores un cuento, cuyo título es: *Las dos reputaciones;* en él hallaréis la respuesta de esa pregunta. — Segun eso, mucho tenemos que esperar, mamá, ¿á qué edad no seré ya niña? — Á catorce ó quince años, si de aquí á entónces te portas bien. — ¡Si me porto bien!... Ya lo comprendo; para ser jóven es menester ser juiciosa: esto me da miedo... — Sí, porque es preciso, por ejemplo, no ser atolondrada ni curiosa. — *¡Las dos reputaciones!* ¡Qué título tan raro! Mamá, ¿si á los doce años ya no fuese curiosa ni alborotada me dejaria Vd. leerlo? — No, porque aun no puedes tener en esa edad bastante reflexion para comprenderlo. — ¿Critica Vd. en su cuento las obras cuyos autores pintan tan mal las costumbres? — Adivina tú si debo criticarlos; pero has de pensar que nunca se han de criticar defectos frívolos; por tanto, juzga por lo que te he dicho de ellas, si pueden ser ó no ser peligrosas. — Desde luego veo que lo han sido para Mr. de Luzane, que ha creido cierto cuanto ha leido en ellas, y que por parecer hombre á la moda, y trastornar las cabezas de las mujeres, imita el lenguaje de los *muebles del tocador*. — Y no solo resulta de su lectura el inconveniente de afectar poca crianza y ridículos modales, sino tambien otro mayor, que es, como ya hemos dicho, pintarse el mundo mucho mas depravado de lo que en realidad está: finalmente, resulta que se cree (lo que nunca ha sido ni será) que el vicio sin disfraz puede agradar, y que la depravacion de costumbres mas grosera pueda conciliarse con las gracias, alucinando á la multitud, y seduciendo los corazones inocentes y virtuosos. — Pues ya veo que las habrá Vd. criticado. — Y mas, cuando en las tales

obras hay pasajes mucho mas chocantes que los que he citado : en mi cuento veréis algunos de ellos. — ¡ Qué deseos tengo de ver esos pasajes! Por Dios, mamá, díganos Vd. algunos. — No podriais conocer el exceso de inverosimilitud. — Sí lo entenderé, mamá mia, porque ya no me gusta sino lo verosímil. — No es eso la disposicion que yo deseo que tengas para leer mi cuento. — Ya veo que será preciso esperar ; pero creo seguramente que no hablará Vd. en él de aquellas expresiones que tanto criticó mi hermano, puesto que dijo Vd. que sus observaciones eran nimias. — Me es preciso hablar de ellas para hacer ver que sus autores no han conocido el mundo, y lo pruebo demostrando que ignoran del todo su tono y sus usos. — Es verdad ; pero siendo así nos prohibirá Vd. en su cuento la lectura de esos libros. — Solamente la de algunos ; pues no he tenido otro fin en componer mi cuento mas que el de que los leáis, no solo sin riesgo, sino tambien con fruto. — ¿ Con que hay algunos buenos? — Seguramente : leeréis algunos que solo tienen el defecto de que estamos hablando; por lo demas admiraréis en ellos mucha sensibilidad y expresion; excelentes máximas; ideas ingeniosas ; hermosísimas pinturas, y casi siempre un diálogo muy vivo y lleno de sales y finura. ¡ Qué lástima es que con un mérito tan superior haya el autor tomado sus pinturas del *gran mundo* en algunas obras que él mismo debia despreciar con mas motivo que otro alguno ! Si solo hubiese consultado á su corazon y á la razon, no se hubiera separado tanto de la verdad.

Hablemos ahora de madama de Luzane y de su hija, continuó la Marquesa. ¿Qué os han parecido? — Á mí me ha parecido madama de Luzane muy amable, y Sidonia muy preciosa. — Tienes razon, son muy atentas, prudentes y naturales ; estas son prendas apreciadas de todos y en todo país. — Yo he hablado en voz baja con Sidonia, y me respondia con mucha complacencia y dulzura. ¿Qué sería si le hubiesen dado una educacion buena? — Pero díme : ¿qué entiendes por una buena educacion? — Mamá... la nuestra. — Te estimo mucho la lisonja, pero no pido un elogio sino una definicion. — Una buena educacion... es tener muchas habilidades. Sidonia, segun ella misma me ha dicho, no sabe ni música, ni dibujo ; nunca ha tenido maestro de baile... — ¿Te acuerdas de haber oido hablar de la señora Flora, actriz de la Ópera? — Sí, señora : ¿no es aquella que mi tia no quiso que fuese á la funcion

que dió? — La misma : y aquella aria que cantaron tan mal, la señora Flora la hubiera cantado perfectamente. — Es verdad ; pero no es persona decente. — Pues no obstante, la señora Flora canta divinamente, toca muy bien varios instrumentos, baila perfectamente; en fin, *tiene muchas habilidades :* por tanto, segun tu definicion ha tenido una educacion perfecta. — ¡Oh! no por cierto, pues que no es persona decente. — Ya conocerás ahora que no siempre una educacion brillante se debe llamar buena. — Es verdad, mamá. — ¿No te he dicho mil veces que no hagas mucho aprecio de las cosas que no son verdaderamente importantes? Las habilidades nos ofrecen mil recreos agradables; cuantas mas se poseen mas adorno se tiene, mas gracias y medios de agradar á todos, y de contentarse á sí propios; pero las gracias y habilidades no pueden sin la virtud hacernos dichosos. — No ciertamente, dijo César, puesto que para serlo se ha de lograr ser querido y estimado... El baile, el dibujo y la música no nos hacen estimables ni amados. — ¿Con que no son sino unos pasatiempos frívolos? — Pero mucho ménos frívolos que la hermosura y las grácias exteriores; porque ademas de las infinitas diversiones que las habilidades nos proporcionan, cuesta algun trabajo adquirirlas; y se debe suponer, con razon, que una jóven que tiene muchas, ha sido dócil y capaz de aplicacion y perseverancia : miradas de este modo, siempre merecen algun aprecio. — ¿Y la instruccion? — Todo lo que puede ilustrar el entendimiento y extender la imaginacion, debe perfeccionar nuestra razon y hacernos virtuosos; la lectura continua, la geografía, las lenguas y la geometría, etc., son conocimientos que ilustran el entendimiento; por consiguiente la erudicion y las ciencias no son cosas frívolas. — Es muy cierto, porque son causa de que seamos estimables; y por eso son muy superiores á los talentos puramente de diversion. — Es fijo, y solo las cualidades del alma son superiores á la ciencia y á la instruccion.

Decidme ahora, hijos mios : si conocieseis á una señorita sin habilidades, no sabiendo mas lengua que la suya, y sin elementos de ciencia alguna ; pero amante de la lectura y del trabajo, nunca ociosa, y ademas modesta, buena, siempre igual; agasajadora, natural y prudente; desconfiada de sí propia, deseando y pidiendo consejos, y reuniendo la prudencia y la discrecion con la franqueza; díme tú, Pulqueria, ¿dirias que esta señorita *no habia tenido una*

buena educacion? — ¡Ah mamá! Ya confieso mi error. Si, como lo creo, Sidonia es todo eso, aseguro á Vd. que ahora pienso verdaderamente que su educacion ha sido excelente. — Y es así, puesto que el objeto principal de un padre ó de una madre, es el de reprimir los defectos de su hijo y perfeccionar su genio. Si le hace ser bueno, virtuoso y sociable, ha desempeñado dignamente las sublimes funciones de su cargo. — Ya lo he comprendido; pero, mamá, si ademas de la virtud y el buen genio hiciese adquirir á su hijo habilidades é instruccion, entónces la educacion sería perfecta; y esto me parece muy posible. — Es cierto, y yo espero que algun dia seréis vosotros la mejor prueba de esto; fuera de que me sería fácil citaros várias personas jóvenes que reunen las prendas de corazon con los talentos, y la instruccion con las habilidades : esto sin contar á Delfina, Eglantina, y la amable Eugenia. — ¡Ah mamá! no olvidaré en mi vida esta conversacion; me acordaré siempre de que no se deben apreciar en mucho sino las cosas esenciales; y en adelante no equivocaré las educaciones que no son mas que aparentes con las sólidas y buenas, esto es, las que hacen ser buenos y virtuosos. — Todo esto debe hacerte conocer tambien, que una madre amante y zelosa puede en una aldea, sin riquezas y sin maestros, ayudada solamente del juicio y de la vigilancia, dar á su hija una crianza muy buena; para lograrlo no necesita mas que cariño, paciencia y algunos libros escogidos.

La noche misma de esta conversacion se les escaparon á los niños en la cena algunas burlas contra Mr. de Luzane. Su madre les dió por esto una séria reprension. ¿Qué es esto? les dijo, yo creia que me habíais dado una prueba muy grande de vuestra confianza; pero ya veo que lo que yo atribuia á vuestro cariño para conmigo, solo procede de vuestra malignidad... — ¡Mamá, oh Dios mio! — Es natural que me consultéis, que me deis cuenta de vuestro modo de pensar, de los efectos que causan en vosotros estos ó aquellos objetos, para que así aprendáis á conocer cuándo juzgáis mal ó bien. Por tanto, apruebo que me digáis claramente lo que pensáis de las personas que vienen á vernos, con tal que vuestras observaciones no recaigan sobre frioleras; si en la conversacion se dice algo que os parezca contrário á las reglas de buena crianza, siempre aprobaré que me comuniquéis los reparos que habréis hecho. Esta franqueza la reputaré como confianza; pero cuando la hagáis no siendo

conmigo, ya no será mas que indiscrecion ó murmuracion. — Mamá, es verdad, hemos faltado... — Y gravemente... La murmuracion, vicio odioso en cualquiera, en la juventud es aun mas ridículo, repugnante y aborrecible. No digo en vuestra edad, pero aun á diez y ocho, á veinte años, ¿quién es capaz de juzgar y decidir cuando se trata de censurar las acciones de otros? En esa edad nadie ha conseguido todavía un buen concepto; ¿y cómo podrá pretender lograrlo el que hace patente su ligereza, indiscrecion y malignidad? Nadie necesita mas que un jóven de la indulgencia de todos : ¿y quién querrá tenerla con aquel que es inconsiderado y de mala intencion? El que se acostumbra á murmurar pierde todas las gracias apreciables de su edad, y hace conocer que carece igualmente de discernimiento, de juicio y de buenos principios.

Esta reprension afligió mucho á los niños : y sobre todo cuando oyeron decir á su madre que esta falta atrasaria las veladas... — ¿Y cuánto tiempo? preguntaron muy desconsolados. — Voy á comenzar el *cuento maravilloso* que os he prometido. — ¿Y luego que se acabe tendremos veladas? — No; solamente se empezarán quince dias despues. — ¡Qué dilacion tan larga! — Debíais llorar, no este atraso, sino la culpa que le ha causado; porque ya sabéis que si no os conformáis se doblará la penitencia. — ¡Pues podríamos quejarnos, mamá mia! Conocemos que Vd. es la misma justicia : lo que mas nos aflige es el arrepentimiento.

Esto costó lágrimas; pero la ternura maternal las enjugó; y las dulces caricias de tan buena madre sirvieron de consuelo á aquel castigo tan amargo.

La Marquesa principió á componer su obrita, como lo habia ofrecido, y el quince de Junio avisó que su cuento estaba concluido y copiado. Esta noticia causó sumo regocijo; sin embargo costó suspiros el pensar que se habian de pasar quince dias ántes de oirlo; pero las diversiones tan várias de la estacion mas hermosa del año hicieron esta privacion ménos sensible que si hubiese sido en las prolijas noches del invierno. Ya empezaban á pintar las cerezas, y los bosques estaban llenos de fresas. Agustinico enseñaba á César á subir á los árboles; muchas veces traia nidos con jilgueritos ó verdecillos en cañones. ¡Feliz la hermanita á quien destinaba este regalo! ¡Qué gozo tan puro, qué agradecimiento le causaba! No obstante, al tomarlos se enternecian considerando el dolor de la

pobre madre privada de sus hijitos; pero los nidos se guardaban, y se buscaban jaulas... Tambien se divertian haciendo canastillos de mimbres y cestos de juncos *para coger todas las flores de los campos, y todas las fresas de los bosques*. Todas estas diversiones no hacian que se olvidase el *jardin* : los narcisos y los claveles habian ocupado el puesto de los jacintos : ya no tenian flor las lilas; pero el deseo de ver las primeras rosas hacia su falta ménos sensible.



Una mañana que la Marquesa se paseaba con el abate y la familia menuda cerca del jardinito de los niños, le pidió licencia Pulqueria para ir á dar una vista á sus rosales. Concedido el permiso, echa á correr, entra en su jardin, y ve una rosa hermosísima ya del todo abierta : quiere cortarla para presentársela á su madre, pero no tiene ni tijeras ni navaja. La rama de la rosa era bastante gruesa, toda cubierta de espinas, y Pulqueria no tenia ni maña ni fuerza : apurada, determina envolverse la mano en su delantal; y creyendo que con esta defensa no la picarian las espinas, agarra la rama con uerza. Al punto da un chillido, retira prontamente sus dedos ensangrentados, sacudiendo con tal violencia la rama, que la rosa

quedó medio deshojada. Esta desgracia hizo saltar las lágrimas á Pulqueria; y á pesar de su dolor, solo piensa en el rosal; aparta la mano, temiendo que la sangre que chorrea de sus dedos aje sus hermosas hojas; pero siente algun consuelo en llorar sobre la rosa medio deshojada.

En este instante la Marquesa, pálida y toda temblando, entra apresuradamente en el jardin, seguida del abate, de Carolina y de César : habia oido el chillido de Pulqueria, y llena de susto venia á ver lo que habia sucedido. Al ver Pulqueria á su madre, tuvo vergüenza de su poco ánimo, y corrió á echarse en sus brazos. Despues de haberle contado el lance, prosiguió : Mamá, era la mas hermosa de todas mis rosas, y yo la guardaba para Vd. — ¿Con que el chillido que tanto me ha asustado ha sido por eso, y no por una ridícula delicadeza? — Mamá... no creí haber gritado tanto. — Pues á mí me parece que en mi vida he oido un chillido mas penetrante... — Es porque conoció Vd. mi voz... ¡Ah! mamá, apénas puede Vd. estar en pié : sentémonos. — En fin ya estoy contenta, tú no llorabas sino porque tu rosa se habia deshojado, y porque me la querias dar; esa es mucha generosidad... — Mamá... — ¿Qué tienes, hija mia? ¿Por qué te turbas? — Mamá... es que tambien lloraba un poco por las picaduras... Esta graciosa ingenuidad le valió mil cariñosas ternezas de su madre, y muchos elogios. Conserva, hija de mi alma, le dijo, conserva toda tu vida ese candor y generosidad; di siempre la verdad, y nunca admitas alabanza alguna que esté fundada en un error. Es bajeza, es injusticia disfrutar de la aprobacion de los demas sin merecerla; es una infame usurpacion. Una alma grande es feliz por el bien que hace, no por los aplausos que recibe.

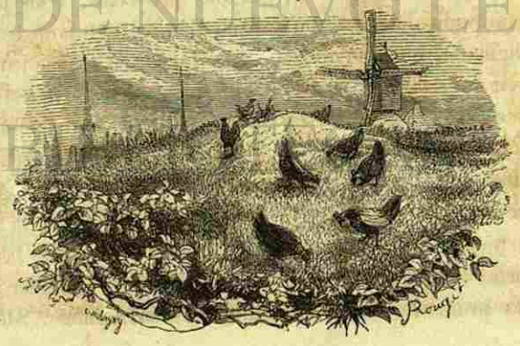
Es cierto, dijo el abate, que esta señorita tiene una ingenuidad natural, que no se puede alabar bastante; pero sería mejor que fuese tan animosa como sincera. — Á bien, dijo Pulqueria, que el valor no es prenda necesaria en una mujer. — Es verdad, replicó el abate, que no teniendo la mujer las fuerzas del hombre, no puede ser tan valiente como él; no ha nacido para manejar una espada ni mandar un ejército : y por tanto puede sin nota de deshonra no tener valor; pero si absolutamente no tiene nada, es muy digna de lástima, y no lo será de estimacion. No se le pide que tenga un valor heroico; pero no se le perdona la pusilanimidad, porque ni en

hombre ni en mujer hay excusa para la cobardía. — Ademas de que, prosiguió la Marquesa, si lloras por una picadura, ¿qué harias si te sacasen una muela? ¿Cómo podrias tolerar una infinidad de males, propios de nuestra débil naturaleza, como, por ejemplo, un fuerte dolor de cabeza, un cólico, ó una convulsion de nervios?... — Yo bien quisiera ser animosa. — En ti pende. — ¿Pues cómo? — Imita á tu hermano, aprende á sufrir sin quejarte : en esto está todo el secreto. — Pero es muy difícil. — No lo creas; con solo un poco de dominio sobre ti misma, y algunas reflexiones, lo conseguiras muy fácilmente. El que se queja exagera sus males y los aumenta : el que procura violentarse para no hablar de ellos se suele distraer. El otro dia, por ejemplo, en el paseo tenias sed. ¿De qué te sirvió repetir cien veces : *¡Qué sed tengo! ¡Dios mio! ¡Qué sed tengo! ¡Me muero de sed!* Estabas muy impertinente, nos aburriste, no atendiste á la conversacion, y todas tus enfadosas lamentaciones no te hicieron lograr una sola gota de agua. — Es verdad; tengo esa mala costumbre, pero por lo que mas lo siento es porque la importuné á Vd., mamá mia. Pero si yo la viese á Vd. padecer, no me causarian enfado sus quejas. — Tus quejas me enfadaban y me afligian, porque siendo tu madre no puedes tener pena ó dolor alguno, ya sea real ya imaginario, de que yo no participe; pero si no hubieses sido hija mia, esas mismas quejas no me hubieran inspirado sino desprecio, porque comunmente no se compadecen los males de poca entidad, sino cuando se sufren con paciencia. — Le prometo á Vd. que me corregiré.

Á los cinco ó seis dias despues de esta conversacion, y finalizada la penitencia de Pulqueria, la Marquesa dijo, que aquella noche les comenzaria á leer el cuento que habia compuesto. Despues de cenar fueron los niños corriendo á la sala, y la Marquesa, despues de haberse sentado junto á una mesa, sacó el manuscrito de la faltriquera. Ántes de empezar á leer, dijo : quiero recordaros que me obligué á no contar sino cosas muy extraordinarias, pero al mismo tiempo posibles; cosas que os parecerian increíbles, pero que habrán sucedido, ó podrán suceder : en dos palabras, fenómenos cuya existencia pasada ó actual sea del todo cierta. No he inventado mas que los lances, y es la única cosa que os parecerá creíble. Todo lo que os ha de parecer *maravilloso*, y todo lo que se asemejará á los cuentos de encantos, será exactamente verdadero y natural. — ¡ Qué cosa

tan linda!... ¡Verdades increíbles! ¡Cuánto mejor es eso que las verdades que saltan á los ojos! — ¿Pero, mamá, es posible que hemos de creer á cada paso lo que no podremos comprender? — No lo sientas, ni te cause vergüenza, hijo mio; esa es pension comun al niño, y al hombre instruido y curioso. Nuestras luces son muy limitadas para poder comprender todas las verdades que están demostradas. Sería un absurdo creer un hecho tan solo porque es maravilloso; y tambien sería necio el que negase la existencia de una cosa, porque á primera vista le pareciese incomprensible. No hemos de creerlo todo fácilmente; pero no por eso nos hemos de entregar á la vana y ridícula presuncion que desprecia, y niega neciamente todo lo que nuestra débil razon no puede concebir. — Pero como todas las maravillas de su cuento de Vd. son ciertas, podremos creerlas á ciegas; eso me basta. — Pues yo quisiera entenderlas. ¿Me las explicará Vd., mamá? — Te explicaré lo que sé, que es muy poco. Tengo muy cortos conocimientos, y sobre todo de Física; y ademas te vuelvo á decir que hay infinitos fenómenos que aun los hombres mas sabios no podrán explicar jamas. — De esa suerte á cada cosa maravillosa tendrá Vd. que interrumpir su narracion para explicarla. — No por cierto, pues bien podéis conocer que semejantes interrupciones quitarian toda la gracia á mi cuento. Tengo hechas unas notas que leeremos con atencion y cuidado, las cuales os sacarán de toda duda. Ahora ¿queréis escucharlo, que voy á empezar? — Con mucho gusto, mamá mia.

Diciendo esto, cada uno acerca su silla á la Marquesa, la que tomando otra vez el manuscrito, leyó en alta voz lo siguiente :



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALFONSO Y DALINDA

Ó LOS ENCANTOS DEL ARTE Y NATURALEZA

CUENTO

No se pueden conocer los grandes efectos de las variaciones de la naturaleza, paseándose por nuestros campos cultivados, ni tampoco se conseguirá aunque se corran todas las tierras del dominio del hombre: solamente se pueden conocer esos efectos pasando desde las abrasadas arenas de la Zona tórrida, á los inmensos hielos y nieves de los Polos, etc. (El conde de Buffon.)

Alfonso, héroe de mi cuento, nació en Portugal. Su padre don Ramiro debia solo al valimiento sus empleos y riquezas. Hijo de padres humildes, pero dotado de mucha sagacidad y astucia, el gusto de la intriga y la ambicion le facilitaron los medios de introducirse en la corte, y él supo hacerse parciales, formar sus cabalas, y llegar finalmente á ser privado de su rey. El jóven Alfonso se crió en Lisboa en el suntuoso palacio de su padre. Como que era el hijo único del hombre mas rico y poderoso del reino, desde la cuna le rodearon la adulacion y vil lisonja, y corrompieron su primera juventud. Don Ramiro ocupado en grandes proyectos, y en pequeñas trazas, no pudiendo ser á un mismo tiempo cortesano contínuo y padre vigilante, se creyó obligado á descargar en manos extrañas la educacion de su hijo. Tuvo Alfonso de toda clase de maestros; las lenguas extranjeras, la Historia, las Matemáticas; la Música, el Dibujo, todo se lo enseñaban; y todos sus maestros alababan su maravillosa disposicion, su ingenio y superiores luces; no obstante, solo aprendió Alfonso á dibujar algunas flores, y á tocar la guitarra bastante bien. No era menester mas para ser el ídolo de las damas de la corte, y tanto mas, cuanto que él les daba á entender que era geómetra profundo, físico excelente, y gran químico. Alfonso lo

aseguraba de buena fe, porque su ayo, sus maestros, sus criados, y toda la turba de aduladores de su padre le habian dicho tantas veces que era un *prodigio*, que no podia dejar de creerlo. No solamente se juzgaba el jóven mas distinguido en la corte por su talento,



su persona y su instruccion, sino que tambien creia que su nacimiento era tan ilustre, como grandes sus riquezas; porque don Ramiro luego que se vió en el candelero, se compuso en los ratos ociosos una soberbia genealogía, en la cual hacia llegar su orígen hasta los tiempos fabulosos de Luso[1]. Este fruto de las recreaciones de don Ramiro, á nadie engañaba sino á su hijo. El mundo y los áulicos no creen con tanta facilidad en las ejecutorias antiguas, que solo se vuelven á encontrar cuando se tienen riquezas y valimiento. Pero Alfonso, demasiado vano para no ser crédulo en este punto, no creia que ninguno fuese mas ilustre que su padre y él, sacando al rey y á los príncipes de la real familia. Mas aunque estaba desvanecido con su orgullo, lleno de ignorancia, de presuncion, de fatuidad, y corrompido por el fausto, las lisonjas y la privanza, con todo no estaba enteramente pervertido. Era valeroso, tenia buen corazon y bastante talento. La inconstancia de la fortuna le tenia preparada la mas útil de todas las lecciones.

[1] Antiguamente se llamaban los portugueses *Lusitanos*, nombre que segun una tradicion fabulosa les venia de *Luso* ó *Lisias*, uno de sus reyes, hijo ó compañero de Baco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

La elevacion y privanza de don Ramiro eran hijas, no de su mérito, sino de sus artificios; otro mas astuto que él hizo que se trocase su suerte. En efecto, cayó de la privanza, y se le despojó de todos los cargos y honores que obtenia. Contaba Alfonso en este tiempo diez y siete años. Esta repentina revolucion despojaba á don Ramiro, no solo de cuanto podia lisonjear su vanidad y orgullo, sino que tambien le quitaba la mayor parte de sus riquezas. Tenia el mismo modo de pensar que aquellos subalternos ambiciosos que echan ménos igualmente los empleos y los sueldos. Ademas tenia muchas deudas: su desgracia hizo que sus acreedores se mostrasen tan importunos y molestos, como ántes de ella habian sido sufridos y moderados. Fué preciso que para pagarles vendiese sus haciendas en mucho ménos de lo que valian. Finalmente, solo le quedó á don Ramiro de todos sus bienes el suntuoso palacio de Lisboa; bien que este contenia inmensas riquezas en pinturas, muebles, vajillas, y sobre todo en diamantes. Precisado tambien á venderlo, aguardaba una ocasion favorable, cuando un terrible contratiempo puso el colmo á sus infortunios. Aun no habia dicho á su hijo que su situacion le obligaba á vender el palacio y á irse léjos de la capital. En fin, una mañana le envió á llamar, determinado á decirle claramente el estado de sus cosas y á manifestarle sus ideas.

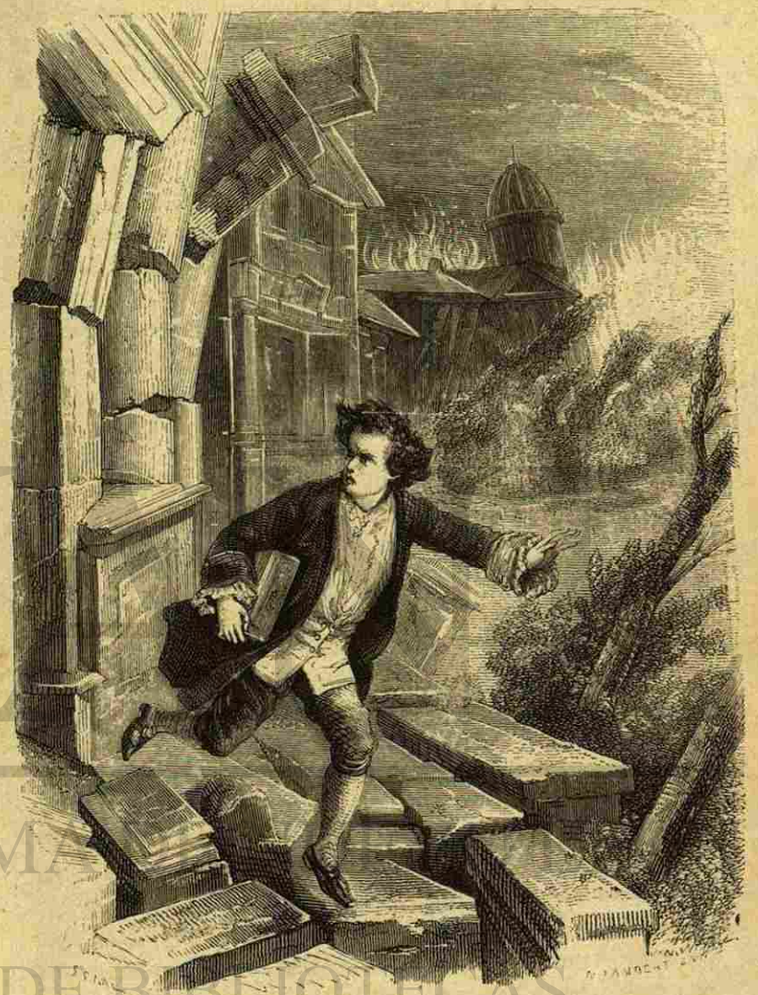
Luego que quedaron solos: Alfonso, le dijo, quisiera saber el efecto que han causado en ti mi desgracia y la pérdida de mis bienes. — Padre mio, respondió Alfonso, siempre he oido decir en el tiempo de su privanza de Vd. que ningun ministerio habia sido tan glorioso como el suyo, y que la nacion admiraba y amaba sus prendas; por tanto he pensado que el amor de los pueblos y la gloria debian consolarle en una injusta desgracia. Ademas de esto tenemos muchos amigos; cuando Vd. quiera recibirlos, no lo dude, inmediatamente volverán. Nuño, don Álvaro y otros muchos á quienes he hablado me lo han asegurado: me han dicho tambien que muchos de ellos han fingido apartarse de Vd. para mejor servirnos ocultamente. Y sin eso, aun le quedan á Vd. muchas riquezas, y un nacimiento ilustre; y por mas que la envidia le persiga, siempre será Vd. el primer señor del reino.

Muy engañado estás, Alfonso, interrumpió don Ramiro... ¿Ignoras acaso que el nombre de mi padre apénas era conocido? — Ya lo sé, pero tambien sé que aquellas antiguas ejecutorias que Vd. encontró hace algunos años nos igualan con el mas noble de Portugal. Vd. mismo me ha enseñado estos preciosos papeles que están guardados en su gabinete de Vd. en un cofrecito. Al oir esto suspiró don Ramiro. Habia tenido en efecto la ridícula vanidad de comprar un árbol genealógico, y no habia conocido sino despues de su desgracia cuán despreciable é inútil es esta indigna superchería. Ya conocia lo que hasta entónces le habia ocultado la lisonja, á saber, que excepto su hijo, todos conocian su nacimiento, y se burlaban de sus locas pretensiones y tretas para ocultarlo. Bien hubiera querido desengañar á Alfonso, pero no podia resolverse á confesarle una falsedad tan indigna. En medio de esta perplejidad estaba triste y taciturno, cuando de repente se estremece, y ve que Alfonso está para caerse. Pálido y atemorizado se levanta: Huyamos de aquí, padre mio, exclama Alfonso, agárrese Vd. á mí, huyamos... Diciendo esto tira de su padre, y huye con él. En el mismo instante oyen mil confusos gritos, se precipitan hácia la escalera; una parte del piso se abre debajo de los piés de Alfonso, quien para no llevarse á su padre tras sí, abandona su brazo, y cayendo envuelto con las ruinas del suelo que se hunde, desaparece á vista de don Ramiro consternado.

Algo herido Alfonso se levanta, y se halla en el gabinete del cuarto bajo de su padre. Entre los escombros y ruinas advierte dos cofrecillos: en el uno estaban todos los diamantes y joyas de don Ramiro, y en el otro las ejecutorias tan estimadas en otro tiempo. Queriendo Alfonso en aquel horrible desastre salvar lo que le parece mas precioso, no duda en coger el cofrecillo de las ejecutorias. Entónces corre hácia la puerta, y huye al jardin; pero deseando saber la suerte de su padre iba, no sin riesgo de perecer, á entrar otra vez en la casa á tiempo que oyó su voz, y un instante despues le vió al otro cabo del jardin. No sin mucho trabajo pudo juntarse con él, porque la tierra en que pisaba se hundia y se levantaba, como el mar en tiempo de una furiosa borrasca. Oia al mismo tiempo un ruido subterráneo parecido á los bramidos de las olas cuando se estrellan contra los escollos. Bamboléase Alfonso, cae, se levanta, vuelve á caer, y no pudiendo mantenerse en pié, se echa en tierra, y arrastrándose hace esfuerzos para llegar adonde está su padre. Ve que por todas partes se abre la tierra, y que de estas hendiduras arroja fuego voraz y llamas resplandecientes que se elevan con ra-

pidez y desaparecen en el aire : cubierto el cielo de humo denso, no presta á esta escena de horror mas luz que la de los relámpagos que penetran por entre sus tinieblas. Lo espantoso de los truenos, y el furor de los rayos que de contínuo se desgajan, acaban de completar este tremendo espectáculo. Mira Alfonso en las nubes el rayo abrasador que amenaza sobre su cabeza; ve entreabiertos á sus piés los abismos : mas de una vez, cuando ya se creia llegar á su padre, un nuevo vaiven le arroja léjos de él, bañado en sangre y sudor, cubierto todo su vestido de polvo y arena, pero sin haber soltado en medio de tan horroroso conflicto su precioso cofrecito, se imagina que su padre le recibirá con sumo gozo, y esta sola idea le da fuerzas y valor... Ya por fin va á llegar á su padre, que le espera con los brazos abiertos. ¡Oh padre mio! exclama Alfonso, vea Vd. este cofrecito... — ¿Son mis joyas? interrumpió don Ramiro. — No, no, he escogido mejor; lo que traigo aquí, y que he puesto en salvo son sus papeles de Vd.

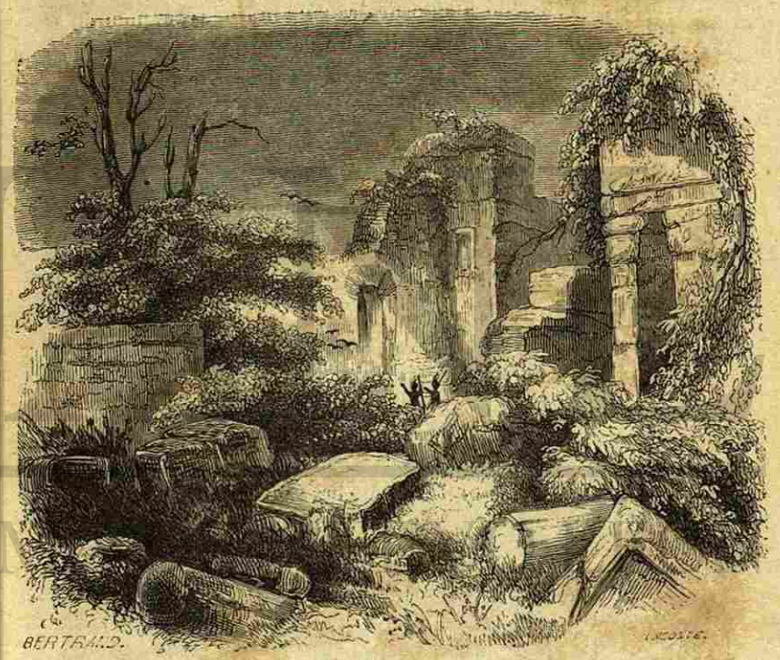
Al oirle, consternado don Ramiro, levanta los ojos al cielo : ¡cruel castigo, pero justo de mi necia vanidad! No pudo decir mas; el llanto le embargó la voz. No estaba Alfonso en estado de comprender el sentido de estas palabras, y así no pudo salir de su error, y acercándose á don Ramiro, este le recibió en los brazos. Un instante de calma les dejó considerar los tristes objetos que se ofrecian á su vista. Estaban sentados enfrente del palacio medio arruinado. Aquel soberbio palacio construido diez años ántes; aquel palacio tan nuevo, tan brillante el dia anterior, no era ya mas que una ruina : al verle todo demolido y desplomado se hubiera creido que solo el tiempo habia podido producir tan terrible revolucion. Parecia que solo el trascurso de muchos siglos era capaz de destruir un edificio construido con tanta solidez y magnificencia; y no obstante su total destruccion habia sido obra de algunos minutos... Aquel jardin, obra maestra de la naturaleza y del arte, ya no ofrecia á la vista mas que la espantosa imágen del cáos : ya no era sino una mole informe de arena, lodo y hojas secas. Aquella misma mañana se admiraba en él una hermosa cascada, y ya no ha quedado ni rastro de ella : en el sitio que ocupaba una montaña artificial levantada á costa de inmensos caudales, solo se veia una espantosa sima. ¿Qué se ha hecho de los bosques de limones y naranjos, las estatuas de mármol, y los tiestos de alabastro y pórfido?... Ya no se



TERREMOTO DE LISBOA. [P. 151.]

ve sino tal cual vestigio, solo se encuentran algunos fragmentos; lo demas se ha sepultado.

Atónito vuelve don Ramiro la vista á todas partes : está sentado cerca de un bosquecillo cuyos árboles ha visto nacer, y que ahora yacen arrancados y sepultados en el cieno. Aquellos árboles que debian sobrevivir á la mano que los plantó, han perecido con la misma rapidez que las yerbas y flores que crecian al amparo de su sombra... ¡Oh dia para siempre horroroso! exclamó don Ramiro. ¡Cuánto trabajo perdido! ¡Cuántos tesoros sepultados en este desdichado sitio! ¡Ah!... Si yo hubiese empleado mejor mis riquezas y



todo el dinero que me ha costado ese desventurado palacio!... Pero ya parece que el terremoto ha cesado [1]; veamos si se puede entrar en él. Si á lo ménos pudiésemos sacar mis diamantes... No habia aun acabado de decir esto, cuando una espantosa conmocion le der-

[1] Hubo en Lisboa un espantoso terremoto en 1755.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

riba en el suelo : al mismo tiempo se desploman y reducen á cenizas las paredes del jardin, y el palacio se hunde y desaparece; del sitio en que estaba sale un torbellino semejante á un volcan de fuego y polvo : repara don Ramiro al instante que varios facinerosos con hachas encendidas se encaminaban á las ruinas del palacio con intento de robar lo que hallasen. Quiso Alfonso embestirlos, pero su padre le detuvo, y estrechándole en sus brazos : ¡oh hijo mio! le dijo, huyamos de esta mansion del horror y espanto. Las paredes arruinadas del jardin nos facilitan la salida, no estamos léjos de las riberas del Tajo, vamos, pues, á buscar un asilo en los navíos.

Alfonso, sosteniendo á su padre con un brazo, y llevando en el otro su cofrecito, salió con don Ramiro del jardin, y se hallaron en una plaza, cuyas casas, enteramente demolidas ó consumidas por las llamas, les hicieron ver que el estrago era general. Despues de haber estado expuestos á mil riesgos espantosos, fueron recibidos á bordo del navío que mandaba el valiente y generoso Fernández; Fernández, á quien don Ramiro habia ofendido en el tiempo de su privanza; pero el cual en esta pública calamidad no ve en su antiguo enemigo sino al hombre desventurado que necesita de su amparo. Recibe á don Ramiro, le abraza y le consuela, porque la compasion de las almas benéficas es tan expresiva y poderosa que dulcifica las mayores penas. Viendo don Ramiro que Fernández no se quejaba de daños propios en tan comun desastre, le preguntó de este modo : Vd. tenia muchos bienes; ¿los ha cogido la destruccion general? — Mi casa de Lisboa se ha quemado... — ¿Es muy grande esta pérdida? — No, porque mi casa era reducida y de poco valor. — ¿Ha conservado Vd. sus joyas y diamantes? — No los tengo. — ¿Tenia Vd. jardin? — Sí le tengo, pero es en una posesion distante de Lisboa, en donde paso la mitad de mi vida... en la provincia de Alentejo[1]. — He oido hablar de ella; ¡quiera el cielo que el terremoto no haya asolado aquella provincia! ¿Es grande la Quinta que Vd. tiene? — No, pero es muy linda. — Creo que ha hecho Vd. algunos establecimientos ventajosos. — Sí, por lo ménos son útiles. — ¿Y qué cosa? — Una fábrica y un hospital. — ¿Produce mucho la fábrica? — Lo suficiente para mantener un crecido número de

[1] Provincia de Portugal entre el Tajo y el Guadiana : la capital de ella es Évora.

fabricantes, y para pagar una parte de los gastos del hospital. — Conozco que emplea Vd. dignamente sus riquezas... El cielo las conservará. ¡Ah! ¡Qué sensible le sería á Vd. con una alma tan generosa el verse arruinado y precisado á abandonar esos piadosos establecimientos! — Entónces me serviria de consuelo la memoria del bien que habria hecho. Estas últimas palabras atravesaron el corazon de don Ramiro; ya conocia y lloraba el vano empleo que habia hecho de sus riquezas; sus ojos se abrieron, pero tarde, para su quietud y gloria.

Las generosas solicitudes de Fernández consiguieron del rey una corta pension para don Ramiro, que absolutamente no tenia con que subsistir, y con la cual á lo ménos podia mantenerse. Determinó irse á establecer á la provincia de Beira[1]. En efecto, partió con su hijo, y se fijó en un asilo oscuro y campestre, cerca de las agradables riberas del Mondego. Allí, seguido de importunas memorias y de crueles remordimientos, no pudo encontrar la quietud que iba buscando.

Alfonso, devorado de ambicion, y cuya presuncion y orgullo no se habia corregido con las desgracias, se consolaba en su estado con la esperanza de hacer con el tiempo una fortuna mas brillante y permanente que la de su padre. Formaba mil proyectos extravagantes y quiméricos, que aunque imposibles y absurdos, su ignorancia y vanidad hacian que le pareciesen muy fundados. Incapaz de reflexionar y de ocuparse en cosas útiles y de importancia, gastaba gran parte del dia en leer novelas. Esta lectura vana y peligrosa exaltaba é inflamaba su imaginacion, dándole al mismo tiempo las ideas mas falsas del mundo y de los hombres. Cerca de la casa que habitaba estaba la famosa fuente del Amor, nombre que le viene de dos amantes desgraciados, que guiados en otro tiempo por una ciega pasion se juntaban en ella. Estos fueron don Pedro y la hermosa Ines de Castro, que en sus márgenes se hablaron mil veces de su amorosa pasion[2]. Dos antiguas palmas hacen sombra á esta fuente : están unidas la una á la otra con una guirnalda flexible de pámpanos y hiedras : el agua que se precipita desde un alto peñasco, vuelve á

[1] Coimbra es la capital.

[2] Esta es en efecto la tradicion vulgar : aun se ve hoy dia dicha fuente cerca del Mondego con el nombre de *la Fuente del Amor*. El Camoens en su poema de *os Lusiadas* hace nacer esta fuente de las lágrimas que á la muerte de la desgraciada Ines derramaron las ninfas del Mondego.

caer formando una cascada natural, y formando un arroyo se pasea lentamente con blando murmullo por un prado siempre verde y cubierto de mirtos, laureles y naranjos.

Iba muy á menudo Alfonso á leer ó á cabilar en este apacible sitio : una mañana que fué algo mas tarde de lo que acostumbraba, oyó al acercarse á la fuente dos personas que hablaban en una lengua extranjera. Alfonso distinguió una de las voces, tan dulce y atrac-



tiva, que entró en deseos de ver á la persona que hablaba. Turbado se acerca por entre unos mirtos; aparta un poco las ramas, y sin ser visto, mira el objeto mas digno de fijar su atencion y sus ojos. Era esta una jóven de edad apénas de quince años, y hermosa en extremo, sentada junto á la fuente, al lado de un hombre que al parecer era su padre. Estábale escuchando con una atencion tan grande, que fácilmente comprendió que le estaba contando alguna cosa particular; le enseñaba las palmas y la fuente. Por sus acciones

juzga Alfonso que le está refiriendo la historia de la infeliz Ines. La jóven con los ojos fijos en el rostro del extranjero, calla y escucha, pero la expresion de su semblante hace que se comprenda fácilmente lo que le está diciendo. La curiosidad, el temor y la compasion se pintan sucesivamente en su rostro, pero con tanta energía, que Alfonso cree que está viendo lo mismo que á ella le cuentan. De allí á poco ve correr sus lágrimas, y llora con ella la muerte de Ines. Pero en breve cesa el llanto; la jóven se estremece, el terror, la indignacion ocupan el lugar del enternecimiento. Alfonso se horroriza con ella, y detesta los excesos que cometió el infeliz don Pedro arrastrado del deseo de vengarse... Ya se ha acabado la historia de Ines : no obstante, el extranjero sigue hablando; sin duda que está haciendo algunas reflexiones acerca del peligro de las pasiones, y sobre la fatal y criminal imprudencia de las jóvenes, que dan entrada en su pecho á una pasion sin el parecer y consentimiento de sus padres. Á este punto la hermosa extranjera se arroja en los brazos del hombre con las mas tiernas y afectuosas expresiones de cariño : y despues volviendo á la fuente sus ojos bañados en llanto, á aquella fuente testigo en otro tiempo de los indiscretos juramentos del amor, suspira, y arrodillándose, juntando sus hermosas manos, y levantándolas al cielo, parece que promete al autor de sus dias una eterna sumision. Su hermosura en esta actitud tenia algo de angélica y celestial.

Al verla en aquella postura no pudo Alfonso contener su admiracion, y sin poderlo remediar hizo una grande exclamacion, pero al mismo instante, temiendo ser descubierto, se apartó de allí con ligereza. Llena su imaginacion con lo que acababa de ver, y sin reflexionar tomó el primer sendero que se le presentó. Pero á poco rato volvió hácia la fuente, mas ya no estaba allí su hermosa extranjera. Triste y pensativo contempla Alfonso el sitio en donde habia estado; se le figura que la está viendo de rodillas delante de su padre, cree que la oye hablar, y con todo no le quita esta ilusion el dolor que le causa su ausencia ; siente su corazon oprimido y sus ojos arrasados en lágrimas... En este arrobamiento estaba sumergido, cuando de improviso oye un grito que penetra hasta lo íntimo de su corazon : corre, vuela, ¿ y qué ve ? Á la hermosa extranjera sola, pálida y despeluznada, huyendo de un toro furioso que la persigue... Arrójase Alfonso á ella, la coge en sus brazos y

la salva, en el mismo instante en que postrada del susto acababa de caer en el suelo á diez pasos del toro. Cargado Alfonso con tan preciosa alhaja, huye con velocidad del animal furioso, y lleva á la incógnita desmayada á lo mas alto de una peña. Á este tiempo ve al padre que llega corriendo todo asustado, y que al ver á su hija en salvo bendice al cielo y á su libertador; pero cuando iba á llegar á ellos, el toro se revuelve y le embiste. No tuvo tiempo de subirse á un árbol para evitar la furia de aquella fiera: en vano Alfonso, sosteniendo con un brazo á la incógnita, que aun no habia vuelto en sí, le alarga una mano para que suba; el extranjero le grita en portugues que no abandone á su hija sobre aquel peñasco, y se esconde detras de la palma mas gruesa. Va el toro á pasar por entre las dos palmas, y aunque el paso era estrecho se arroja: la cabeza y los cuernos se le enredan entre los festones de hiedra: las palmas le oprimen por los ijares, y forcejando por desasirse cae en el suelo. El extranjero se aprovecha de este instante: saca de la faltriquera un estuche, coge una aguja, y se la mete al toro por las espaldas. ¡Cuál es la admiracion de Alfonso al ver que el toro da un espantoso bramido, procura levantarse, se estremece, vuelve á caer, y muere!

Esto sí que es imposible, exclamaron al mismo tiempo los tres niños. — Pues es muy cierto. — ¿Pues cómo, mamá? ¿Un toro muerto con una aguja? — Sí. — Vea Vd., dijo Pulqueria, si tenia yo razon de llorar cuando me piqué con las espinas del rosal. — No eran aquellas espinas tan peligrosas como la aguja del extranjero. — ¿Y era muy larga la aguja? — No tanto como los alfileres con que se prenden los sombreritos. — Parece increible. — Pues aun tengo cosas mas admirables que contaros. — ¡Qué historia tan hermosa! Mamá, háganos Vd. el gusto de continuar; ya no la interrumpiremos mas.

Alfonso, prosiguió la Marquesa, se quedó tan espantado como vosotros de la repentina muerte del toro: el asombro le tenia sin movimiento cuando el extranjero subió á la peña y tomó á su hija en los brazos, á tiempo que esta vuelta en sí abria los ojos. No fué Alfonso testigo insensible de la alegría del padre y de la hija. Como esta no sabía el portugues, no pudo dar las gracias á Alfonso, pero en breves palabras refirió á su padre el terrible peligro de que la habia librado. El incognito manifestó el mas vivo agradecimiento al

generoso libertador de su querida Dalinda (así se llamaba la extranjera) y en tanto que él hablaba, Dalinda arrojó á Alfonso una tímida mirada mucho mas expresiva que todas las razones de su padre. Penetrado, arrebatado de admiracion Alfonso, hizo várias preguntas al extranjero con mucha distraccion, sin otro fin que el de dilatar mas una conversacion tan grata para él. Entre otras cosas le preguntó cómo se habia separado de su hija: el incógnito le satisfizo diciendo que se habia puesto á coger algunas plantas medicinales; que Dalinda hacia lo mismo, y que se habian separado divertidos en esta ocupacion, pero sin dejar de verse; que de allí á poco levantó la cabeza, y vió que corria con una ligereza indecible, y distante de él mas de seiscientos pasos; que entónces solamente vió al toro que la seguia; y que precipitándose á socorrerla, habia tropezado en un árbol que estaba caido, por cuyo accidente no pudo alcanzar á Dalinda. Luego que hubo acabado esta narracion, le preguntó Alfonso si pensaba estar algun tiempo en Portugal. No, replicó el extranjero, porque nos vamos ahora mismo á España, cuyas provincias veremos muy despacio. Consternado Alfonso bajó la cabeza y enmudeció, y el incógnito volviendo á darle las gracias con los términos mas afectuosos, se levantó, y despidiéndose de él se fué con Dalinda.

Algunos minutos se está Alfonso como inmóvil y petrificado; despues volviendo en sí se aparta prontamente de la fuente, quiere volver á encontrar al incógnito, hacerle mil preguntas, y sobre todo saber su nombre y patria: no comprende cómo ha podido dejarle ir sin tomar unas informaciones tan importantes, corre, busca como un insensato, pero todo en vano. Oprimido del cansancio y de su pena vuelve á la fuente; y cuando ya está cerca ve relucir cierta cosa á un lado del camino: se acerca, y reconoce que es una banda azul bordada de oro. Su corazon palpita, conoce la banda de Dalinda... En aquel sitio fué en donde rendida del susto cayó desmayada, y Alfonso al tiempo de cogerla en sus brazos habia desatado la banda que ceñia su delicado talle. Enternecido y fuera de juicio recoge Alfonso con ánsia aquella prenda tan preciosa para él. El ceñidor de Dalinda es el de las gracias é inocencia. Suspirando jura llevar siempre consigo aquel precioso despojo que la casualidad le regala: entre tanto las horas se pasan, sin poder Alfonso apartarse de la fuente, y hubiera pasado la noche sepultado en sus cabilaciones, si don Ramiro no hubiese ido á buscarle.

Como no habia don Ramiro educado á su hijo, no habia deseado tener su confianza, y en efecto no la lograba. Alfonso le calló este suceso, y puso gran cuidado en ocultarle su turbacion y desasosiego. Entregado á las ideas de que se habia llenado con sus novelas, no conocia mas gusto que el de pasar las horas y los dias en la fuente en donde habia visto á Dalinda. Allí todo le representaba el objeto que su razon debia desterrar de la memoria. Fijando el pensamiento en su hermoso retrato, le parece que está viendo y admirando á la hermosura mas adornada de todos los encantos de la inocencia y de la virtud. Cerca de aquel bosque le debió la vida... sobre esa peña volvió en sí, y Alfonso mereció una mirada... Debajo de estas palmas estuvo sentada Dalinda; esta agua cristalina ha servido de espejo á su hermoso rostro... De este modo se consumia Alfonso entre vanos recuerdos: al modo que la fábula nos pinta al desventurado Narciso víctima de una loca pasion, así Alfonso, pálido, abatido y sin fuerzas, clava sus ojos anegados en llanto en la *Fuente del Amor*. Los ecos de aquellas peñas solitarias que tantas veces resonaron con el nombre de *Ines*, ya no repiten mas que el de Dalinda. La corteza de los árboles sirve de lápida á este nombre idolatrado: en las palmas en donde se leia el de Ines, ya no se ve mas que *Dalinda*. Al son de su guitarra cantaba Alfonso los romances que habia compuesto á Dalinda, y grababa en las peñas los versos que le dictaban el amor y la tristeza. Todas estas locuras de sus novelas le ocuparon enteramente algunos dias; pero como no es posible que sean permanentes los gustos contrarios á la razon, á poco tiempo se sosegó su imaginacion, el disgusto y tedio ocuparon el lugar del entusiasmo; cesaron las canciones y las endechas; enmudecieron los ecos; la fuente y los prados perdieron la virtud que tenian de inspirarle versos, romances, y amorosas melancolías.

Cuidadoso don Ramiro de la alteracion que notaba en su semblante y humor, le hizo algunas preguntas. Alfonso le confesó que el tedio y la ociosidad le consumian; y como se acordaba de que el extranjero le habia dicho que estaria en España bastante tiempo, añadió que tenia muchos deseos de ver á España. Don Ramiro, que por su parte no tenia ningun recurso de los que hacen amable la soledad, aceptó gustoso esta proposicion, y de allí á dos dias se pusieron en camino para España. Pasaron primero por la provincia

de Tra-os-Móntes, y de allí entraron en España por Galicia; despues atravesaron toda la parte setentrional de España, las Astúrias, la Vizcaya, Navarra, Aragon, y llegaron á Cataluña. Luego que Alfonso entró en España, la pasion que le ocupaba recobró su primera actividad; la esperanza y el deseo de encontrar á Dalinda, volvieron á encender un fuego que solo era fruto de una imaginacion exaltada. Estaba Alfonso impaciente de llegar á Madrid, creyendo que no podria dejar de hallar á Dalinda en la capital de España; pero don Ramiro quiso pasar algun tiempo en Cataluña: tuvo la curiosidad de ver el famoso Monserrate. Esta montaña es tan elevada, que cuando se ha llegado á lo mas alto, todas las montañas circunvecinas parecen al nivel de la llanura, lo que es causa de que se descubre una inmensa extension de terreno. Al pié de unos peñascos



se halla un antiguo monasterio. Pero lo mas digno de verse es el desierto: en él se encuentra un gran número de ermitas, asilos apreciables á los ojos de la verdadera filosofía. Cada habitacion de estas tiene su capilla, una celdita, un aljibe cavado en la misma roca y un jardin. Los ermitaños que viven en ellas son, casi todos, caballeros, que disgustados del mundo van á entregarse enteramente á la meditacion en aquella pacífica soledad.

Al ser de dia fueron don Ramiro y su hijo á Monserrate. Solo el aspecto de la montaña es capaz de quitar las ganas de subirla: su prodigiosa elevacion y las enormes puntas de peñascos que la cu-

bren, no hacen esperar un paseo muy agradable; pero entre sus breñas se hallan unos valles deliciosos, cubiertos por todas partes de yerba y de flores silvestres, y mil bosquecillos, obra todo de la naturaleza : las cascadas que se precipitan desde lo alto de los peñascos, su variedad de figuras, movimiento y ruido, hacen alegre y agradable aquella soledad, feliz morada de la paz y de la virtud.

Al entrar en el desierto encontró don Ramiro á uno de los ermitaños, que se estaba paseando con un libro en la mano. Su aspecto noble y venerable le hizo impresion. Al pasar junto á él iban hablando don Ramiro y su hijo, y apénas oyó el hermitaño hablar en portugues, cuando se acercó á ellos. Manifestó la alegría que tenia de haber encontrado con unos paisanos, y los convidó á descansar en su celda, oferta que los dos admitieron con mucho agradecimiento. El anciano presentó á sus huéspedes algunas frutas y legumbres. Despues de esto, Alfonso, que queria continuar su paseo, se salió de la ermita diciendo á su padre que le esperaria en el desierto. El hermitaño llevó á don Ramiro á su huerto, en donde se sentaron junto á una fuente sobre una peña.

Entónces don Ramiro tomando la palabra : Padre mio, dijo, ¿cuál ha sido la revolucion ó el revés de la fortuna que le ha sacado á Vd. de nuestra comun patria, y le ha fijado en esta soledad? Conozco en sus modales y conversacion que no habia Vd. nacido para acabar sus dias en un desierto. En efecto, respondió suspirando el anacoreta, demasiado he conocido, por mi desgracia, el mundo y la corte. Estas palabras avivaron mas la curiosidad de don Ramiro, y el anciano se convino en satisfacerla. Muy poco le importa á Vd. saber mi nombre, le dijo : doce años hace que vivo en esta soledad; ya en Portugal deben creer que he muerto : me he consagrado al olvido, y así nada diré de mi nacimiento, pero en pocas palabras le referiré á Vd. mi deplorable historia.

Iba á continuar la Marquesa, pero la Baronesa hizo la seña para acabar la velada; en vano pidieron todos que se prolongase un cuarto de hora, no hubo remedio, fué preciso irse á acostar.

A la noche siguiente prosiguió la Marquesa contando la historia del ermitaño del modo siguiente :

« Mi familia es de las mas antiguas de Portugal, me dieron buena crianza, y heredé unos bienes regulares. Algunos servicios que hice

en campaña me granjearon la gracia y premios de mi soberano. Casé con una mujer á quien amaba, y tuve un hijo; nada faltaba á mi felicidad. Esta fué mi suerte hasta la muerte del rey, padre del actual : este suceso me quitaba un soberano que yo amaba, un protector, un padre; porque para el fiel vasallo y hombre de bien un rey bueno reune en sí estos títulos sagrados. Dejé la corte, y retirándome á una posesion distante de Lisboa, me dediqué enteramente á la educacion de mi hijo. Este objeto único de mi cariño se aprovechó de mis cuidados, aun mas de lo que yo hubiera acertado á desear. Cuando tuvo edad suficiente para presentarse en la corte le confié á un pariente que le llevó á Lisboa, quedándome yo en mi retiro. Esta fué la primera vez que me habia separado de mi hijo, y con todo nunca fuí mas feliz que entónces... me figuraba sus adelantamientos, y esta idea me llenaba del mayor regocijo y de halagüeñas esperanzas, bien frágil y engañoso, pero con todo el mayor quizá que se nos ha permitido, y cuya dulzura nadie la siente como el corazon de un padre. Cuando el interes personal produce esta lisonjera ilusion, la reflexion la debilita, la modera ó la disipa. ¿Pero qué padre ha podido nunca limitar las esperanzas de las ventajas que desea á su hijo?... ¡Infeliz! Al principio creí que las mias se viesen cumplidas; mi hijo en efecto logró muy buena acogida. Su nombre, mis servicios pasados, que revivieron con su presencia, y mas que todo, su talento, su persona y genio, le consiguieron algunas distinciones que la baja emulacion de los áulicos y el amor de su padre fácilmente atribuyeron á principios de favor. Vió en Lisboa á una señorita que unia á las habilidades, á las virtudes y á todas las gracias de su sexo, las ventajas de un nacimiento ilustre, y crecidos bienes. Mi hijo aspiró á su mano, yo aprobé su eleccion, y esta inclinacion autorizada del consentimiento paternal debia decidir de su suerte. Los padres de la señorita consintieron en la union que debia hacer feliz á mi hijo, con el conque de que obtendria un empleo en la corte. Solicitó este empleo, y se lo prometieron para ántes de tres meses; pero se le encargó el mayor secreto hasta tanto que lo lograse, permitiéndole no obstante que lo participase reservadamente á los padres de la que debia ser su esposa. En efecto, al instante les dió parte de tan feliz noticia, y ellos le presentaron en calidad de marido á su hija, la que le manifestó en esta ocasion un afecto que puso el colmo á su felicidad.

Como no debia casarse hasta conseguir el empleo, se ausentó de Lisboa con el fin de hacerme saber él mismo las circunstancias de su fortuna. Gocé, pues, de la inexplicable satisfaccion de estrechar entre mis brazos á este hijo idolatrado, y de la de ver cumplidos sus deseos. Mas, ¡oh infeliz! Al tiempo mismo que yo me juzgaba el padre mas venturoso, un bárbaro, un monstruo urdia la execrable trama que me privó de mi esposa é hijo.

« Lleno de candor y franqueza no habia podido mi hijo dudar de la probidad de un traidor, que solo deseaba lograr su confianza, para perderle con mas seguridad : este pérfido, levantado desde el cieno á la privanza por un capricho de su soberano, temió en mi hijo un rival peligroso, pero disimulando su envidia le hizo mil demostraciones de amistad, y obtuvo á poca costa toda su estimacion. »

Á este punto de la narracion del ermitaño, don Ramiro se turbó enteramente, pero su huésped no lo advirtió, y prosiguió diciendo :

« Cuando mi desgraciado hijo solicitó el empleo que tanto deseaba, se lo confió á este hombre abominable, que no pudiendo por entónces dañarle, fingió que participaba de su regocijo; pero la ausencia de mi hijo le facilitó los medios de ejercer su rabia. Tenia mucho poder con el rey. Levantó á mi pobre hijo una atroz calumnia, y supo persuadir á un príncipe jóven, débil y sin experiencia. La gracia concedida fué revocada, el empleo dado á una vil hechura del indigno favorito, y mi inocente hijo desterrado á mi casa. Solo supe esta cruel noticia cuando recibí la órden del rey, que mandaba á mi hijo no saliese de la provincia, al mismo tiempo que él recibió una carta de la señorita, en que le decia lo siguiente :

« Vd. nos ha engañado del modo mas indigno : mis padres y yo
« sabemos por muy cierto que nunca se le prometió á Vd. el empleo
« que acaban de dar á otro. Por tanto, olvide Vd. hasta el nombre
« de la infeliz, que jamas podrá consolarse de haberle podido es-
« timar un solo instante. »

« Luego que hubo acabado mi hijo de leer esta fatal esquela, exclamó : ¡Con que ya he perdido para siempre el honor y lo que mas idolatro!... Al acabar estas palabras pierde el color, le faltan las fuerzas, cae, y extiende sus brazos hácia mí. Me arrojo á sostenerle... ¡horroroso recuerdo! le abrazo, le estrecho contra mi pecho... ¡padre infeliz! ya no tenia hijo... Su desgraciada madre, testigo de esta horrible escena, cae desmayada como si hubiese recibido el mismo golpe : vuelve en sí; pero trastornado su juicio, pierde el uso de él, y conserva á pesar de esto el sentimiento de su desgracia... En fin, víctima sensible del amor materno, á los tres dias siguió á su hijo al sepulcro... Y yo, padre y esposo desgraciado, condenado á sobrevivirles, no podia tolerar mi existencia sino por el deseo de vengarlos... ¡Oh tú, exclamé, Arbitro Soberano de la suerte de los mortales infelices; Supremo Ser, que has descargado sobre mí tu riguroso brazo! dígnate á lo ménos de oir, desde el profundo abismo en que me ha sumergido tu cólera, la voz de mi desesperacion. Los gritos del inocente oprimido llegan á ti; nunca has desechado sus oraciones... ¡Infeliz! No te pido felicidad; he perdido la mia para siempre. Venganza es lo que te pido, lo puedo hacer, pues que imploro tu justicia. Te pido que el cobarde y pérfido enemigo cuyos artificios han causado la muerte de mi esposa é hijo... Sí, pido que ese monstruo pierda á un mismo tiempo su privanza y su fortuna... Hijo tiene, pues que llore como yo, y que sobre todo sea su hijo el instrumento de tu justicia y mi venganza.. »

Calló el ermitaño al ver que don Ramiro consternado y temblando hizo un movimiento para levantarse.

« Se horroriza Vd., le dijo; tanto odio y deseo de venganza son causa, ya lo veo, de que tema Vd. oir el resto de mi historia. No tema Vd., no hay nada de trágico en lo que queda de mi narracion. El cielo trocó mi corazon, y á poco tiempo abjuré los sentimientos violentos que la religion condena... »

No pudo don Ramiro responder en un rato : el espanto y el terror, embargándole el movimiento y la voz, le habian convertido en estatua... En fin, levantándose de repente, exclamó : « ¿En dónde estoy?... ¡Á qué sitio he venido!... — ¡Ah Señor! ¿Qué me indica la turbacion y espanto que noto?... ¿Hablé imprudentemente?... Conoceria Vd. á mi cruel perseguidor? ¿Será Vd. por ventura su amigo?... — Ese perseguidor, ese bárbaro, en fin don Ramiro... — Sí, él es; sí, señor, confieso que ha nombrado Vd. al autor de mis desgracias... — Don Ramiro... — ¡Ah! no repita Vd. ese funesto nombre; no puedo oirle sin horror... — ¡Oh desgra-

ciado Alvarez!... Pero á lo ménos sepa Vd. que el justo cielo ha tomado por su cuenta el castigo... — ¿Qué dice Vd.? ¿No es él ya quien manda en Portugal? — Arruinado, despojado de todos sus honores y riquezas, sin parientes ni amigos, ya no tiene mas que tardos arrepentimientos y remordimientos que le despedazan... — Si es cierto que padece, le tengo lástima... — ¿Vd. compadecerle; será posible? — No hay duda... Pero, señor, Vd. llora... ¿Qué rayo de luz me alumbra?... ¡Gran Dios! Si fuese... — Sí, yo soy ese infeliz, exclamó don Ramiro arrojándose á los piés de Álvarez, quien sobrecogido de un horror involuntario, se hace atras estremeciéndose. ¡Oh padre mio! prosiguió don Ramiro, dígnate de revocar la funesta imprecacion que ha hecho caer sobre mi cabeza todas las venganzas del cielo. Confieso que debes aborrecerme; no hay expresion que explique el horror que mi presencia te debe causar; pero considera que soy el mas desgraciado de los hombres... Un hijo me queda, él puede consolarme... ¡Ah padre mio! deja ya de maldecirme; no desees que mi hijo haga completas mis desventuras... » Levantando el ermitaño los ojos al cielo, exclamó : « ¡Gran Dios, don Ramiro en mi celda! ¡don Ramiro suplicando á mis piés, y dándome el sagrado nombre de padre! ¡Este dulce nombre, que era en otros tiempos mi gloria y mi felicidad! Este nombre... que él mismo me ha robado. Pero no temas, sosiégate, prosiguió arrojando á don Ramiro una mirada compasiva, há mucho, vuelvo á decirte, que no abrigo en mi pecho la venganza... ¿Lloras, te quejas de tu suerte? ¿te persiguen? Habla, díme : ¿estás proscrito? Esta ermita será tu asilo; partiéndola contigo sabré cumplir con las leyes santas de la hospitalidad. No tienes que temer que te haga indignas reconvenciones, no : si necesitas de mi amparo, no hallarás en mí sino un amigo, un padre... — ¡Oh grandeza de ánimo, que me confunde! ¿Es posible que el hombre pueda llegar á un grado tan sublime de virtud?... — No, Ramiro, no busques en el corazon del hombre una generosidad de que no es capaz : no admires al flaco y débil Álvarez, pero adora y reconoce la obra del Poder Supremo y de la religion. »

Diciendo esto, el ermitaño extendió los brazos hácia don Ramiro, y se adelantó para abrazarle. Las lágrimas de don Ramiro corrieron en el seno del virtuoso Álvarez, en aquel seno que él habia despedazado cruelmente.

Un cuarto de hora despues de esta tierna reconciliacion volvió Alfonso á la ermita. Despidióse don Ramiro del anciano, y se fué, llevando en su corazon los remordimientos mas crueles, y los mas funestos presagios. No podia apartar de su memoria la maldicion



que Álvarez le habia echado; parte de ella se habia verificado con la pérdida de sus bienes y honores, y á pesar del generoso perdon de Álvarez, se sentia demasiado culpado para no temblar que el cielo cumpliese enteramente la súplica que en los primeros raptos de su dolor hizo el desdichado anciano oprimido tan injustamente. ¡Desgraciado de mí! decia don Ramiro en su mayor infortunio, encargó al cielo el cuidado de su venganza, esta será terrible... ¡Oh hijo mio! Tú vendrás á ser el instrumento de la Divina Justicia. ¡Solo Alfonso puede ya completar la venganza de Álvarez!

Lleno de estas funestas ideas, siempre estaba don Ramiro triste, taciturno y pensativo; cada vez que miraba á su hijo se le arrasaban los ojos en lágrimas : sentia al verle una inquietud no conocida, y una opresion de corazon inexplicable. En una palabra, ya no disfrutaba sino á médias de la dicha de ser padre.

Despues de haber visto á Tarragona y Tortosa salieron don Ramiro y su hijo para Madrid. Alfonso esperaba que en Madrid hallaria á Dalinda, pero fué vana su esperanza; no obstante, por las señas que dió supo de algunos que en efecto habia estado en Ma-

drid : supo asimismo que su padre se llamaba Thelismar, que era sueco, que aun debia estar algun tiempo en España, y que habia ido á Granada.

Estas noticias que Alfonso adquirió á escondidas de su padre, le inspiraron un deseo vivísimo de ir á Granada. Don Ramiro, que llevaba siempre consigo sus pesares y tristezas, convino sin dificultad en salir de Madrid ántes de lo que habia pensado. Pasaron primeramente por Toledo : vieron en esta ciudad el Alcázar ó Palacio antiguo de los Moros, cuya arquitectura es un compuesto de la romana, gótica y morisca. Lo que mas los prendó en el Alcázar fué el hospicio establecido para los pobres de la ciudad y sus cercanías por el arzobispo de Toledo. En este hospicio se hallan manufacturas y escuelas de dibujo ; se mantienen en él cerca de doscientos niños, y se les procura inspirar la aficion al trabajo, y el amor á la virtud. Las mujeres y los viejos hallan tambien un asilo en este antiguo palacio, consagrado hoy dia, por el zelo y religion de un digno prelado, á la humanidad desventurada.

Despues de haber estado algun tiempo en Toledo tomaron nuestros viajeros el camino de Córdoba ; pasaron por Sierra Morena[1], lugares en otro tiempo incultos y abandonados á las fieras, y ahora convertidos en agradables poblaciones y fértiles campiñas, gracias al amor y próvida beneficencia del soberano. Córdoba, situada en las orillas del Guadalquivir, está á la falda de unas sierras que son parte de Sierra Morena. Esta ciudad, tan célebre en tiempos pasados, no conserva de su grandeza antigua mas que un recinto muy vasto, y la soberbia mezquita que Abderramen hizo edificar antiguamente[2].

Tres dias se detuvo don Ramiro en Córdoba, y despues siguió su viaje. No pudo Alfonso ménos de conmoverse cuando descubrió á

[1] Llámase así porque está cubierta de varios árboles y arbustos que siempre están verdes, por lo cual desde léjos parece del todo negra.

[2] Esta Mezquita en el tiempo de los Musulmanes era un edificio de figura cuadrilonga con un tejado chato que estribaba sobre unos arcos. No tenia proporcion alguna : su altura era de treinta y cinco piés no mas : su anchura de cuatrocientos y veinte piés, y su longitud de quinientos y diez, incluso el grueso de las paredes. El techo estaba sostenido segun algunos por mil columnas ; y segun otros por ochocientas poco mas ó ménos : tenia entónces esta mezquita veinte y cuatro puertas, y ardian continuamente en ella mas de cuatro mil lámparas.

Ahora solo existe una porcion de la mezquita, la cual se ha convertido en catedral ; se entra en ella por 16 puertas ; tiene 620 piés de longitud, con 440 de ancho ; hay en ella gran número de columnas de mármol de diferentes especies, y tiene un patio vestíbulo poblado de naranjos y lleno de fuentes.

Granada[1]. Creia encontrar en esta ciudad á Dalinda, pero esta esperanza le duró muy poco ; sin embargo, á pesar de su preocupacion é impaciencia, no pudo ménos de admirar la hermosa y brillante situacion de Granada y sus soberbios edificios[2], monumentos antiguos y curiosos, cuyas ruinas traen á cada paso á la imaginacion la magnificencia de los árabes. Admiró principalmente la Alhambra y el Generalife : se deleitaba en aquellos lugares llenos de inscripciones y versos, que le hacian acordarse de los amores de los antiguos reyes de Granada, de las desgracias de los Abencerrages, de las persecuciones y triunfo de una hermosa y virtuosa reina, y de todas las demas cosas admirables que habia leido en las novelas.

Pero pensando mas que nunca en Dalinda y Thelismar, no tardó en saber que quince dias ántes de llegar él habian salido de Granada para Cádiz ; que habian determinado estar en aquella ciudad seis semanas, y embarcarse despues para viajar por las costas del África. Mucho sintió Alfonso estas noticias ; no intentó obligar á su padre á que fuese á Cádiz, porque este habia dicho positivamente al llegar á Granada que desde allí se volveria sin mas detencion á Portugal.

El deseo de viajar y de ver á Dalinda, la esperanza de hacer fortuna, la ambicion, el amor, y sobre todo, el orgullo, el ocio y curiosidad inspiraron al culpable Alfonso la imprudente y cruel resolucion de huir secretamente, irse á Cádiz, y abandonar á su padre. Mucho trabajo le costó el determinarse á tomar un partido tan violento ; pero al fin, no atendiendo á los gritos que le daba la conciencia, empleó todo su ingenio en buscar pretextos especiosos que le excusasen á sus propios ojos, y que apoyasen su criminal determinacion. Mi padre, se decia á sí mismo, ha perdido cuanto tenia, no le queda

[1] Granada está situada al pié de la Sierra Nevada, y edificada sobre dos colinas separadas por el Darro. El Genil baña sus murallas : estos dos rios se forman de las nieves derretidas que cubren siempre la Sierra.

[2] Los monumentos mas notables de Granada son : la *Alhambra*, antiguo palacio de los Moros, en cuyo interior se ve otro mas moderno, y no obstante ya destruido, que Cárlos Quinto hizo construir : hoy dia no tiene este mas que las cuatro paredes. Se le dió poca extension para conservar el palacio moro que se destinaba para habitacion de verano. En la Alhambra se hallan las reliquias de la mayor magnificencia, columnas de mármol, fuentes, bajos relieves, una prodigiosa cantidad de inscripciones, etc. Se admira entre otros monumentos el soberbio Patio de los Leones. El *Generalife* es otro palacio moro que comunica con el de la Alhambra ; está edificado sobre una montaña muy elevada ; por todas partes se ven surtidores de agua ; los jardines están dispuestos en anfiteatro ; su situacion es deliciosa, y mejor que la de la Alhambra.

mas que una corta pension que apénas puede mantenernos á los dos; dejándole solo podrá vivir con mucha mas comodidad. Ademas, que mi presencia le enfada y le importuna, y principalmente de algun tiempo á esta parte veo que mi conversacion y trato le molestan. Está triste, pensativo, y no habla; y yo procurando distinguirme y salir del abatimiento y oscuridad en que estoy, trabajaré para él : si consigo honores y riquezas, serán suyas. Lo que me aparta de su lado por algun tiempo es el deseo de la gloria y de su felicidad; mi ausencia le causará alguna pena, pero mi vuelta enjugará su llanto y le hará feliz para siempre. Estas reflexiones hacia Alfonso, y al mismo tiempo suspiraba y se enternecia. Si hubiese querido consultar á su corazon, al honor y á la prudencia, fácilmente habria conocido su desvario é ingratitud; pero como no queria mas que alucinarse, fácilmente lo consiguió; mas no pudo ahogar enteramente los remordimientos que le molestaban de contínuo. Firme ya en su resolucion, la ejecutó al punto : sedujo al criado de su padre, y le comunicó todos los medios que habia imaginado para facilitar su huída. Convinieron en que Alfonso se escaparia aquella noche, que el criado le esperaria con dos caballos á las puertas de la ciudad, y que irian sin detenerse hasta Loja, por ser camino que el criado sabia. No tenia Alfonso dinero alguno; pero habia conservado del desastre de Lisboa las joyas que tenia puestas : don Ramiro habia vendido todas estas alhajas, excepto dos sortijas de bastante precio que le habia dejado. Vendió secretamente una de ellas, por la cual le dieron cuatrocientos pesos fuertes, cantidad que le pareció suficiente para dar vuelta al mundo si era menester. El dia señalado para la huida fingió Alfonso que tenia una fuerte jaqueca, tanto por disimular su turbacion y desasosiego, como por hacer que su padre se acostase temprano. En efecto, aquella noche don Ramiro se recogió á las ocho. Cuando Alfonso se despidió de él le pareció que el corazon se le salia del pecho : corrió á encerrarse en su cuarto, pero siempre atormentado de remordimientos. Llorando escribió una carta en que decia á su padre los motivos de su fuga, pero sin darle parte del camino que iba á tomar, ni de su extravagante pasion : dejóla sobre una mesa para que á la mañana siguiente la pudiese ver don Ramiro. Hecho esto, se emboza en su capa, y como tenia que andar mucho se quitó los zapatos que llevaba, se puso unos muy gruesos ribeteados con tachuelas, y tomó en la

mano un palo con un chuzo en la punta. La bolsa con todo su caudal se la metió en un bolsillo, y en el otro una cartera en donde estaba la sortija que le quedaba, y la banda de Dalinda. Abrió una ventana, y descolgándose por ella se halló en un patio, de cuya puerta tenia él la llave, y salió sin ser visto. Atravesó prontamente la ciudad; á cien pasos de las puertas halló al criado que le esperaba, y montando á caballo tomaron el camino de Cádiz.

No podian andar muy aprisa á causa de estar la noche muy oscura : el temor de que le siguiesen, las dolorosas reflexiones que se le presentaban en tropel, la inquietud, su conciencia y el arrepentimiento despedazaban alternativamente su corazon, y le infundian una especie de terror invencible, al que hacian mucho mayor las tinieblas de la noche. Dos horas habria que caminaban, cuando un espectáculo pasmoso le sacó de entre estas tristrs reflexiones :



ve que de repente desaparece la noche, y en su lugar amanece un dia tan claro que le deslumbra. Levanta la cabeza, y advierte en el cielo un globo resplandeciente de fuego que parecia iba á precipi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tarse sobre la tierra, y que se aumentaba al paso que se iba acercando : presentaba á la vista mil colores muy brillantes, y dejaba tras sí un rastro de luz que señalaba su curso : remontándose despues poco á poco arrojó por todos lados innumerables chispas y centellas parecidas á las de los fuegos de artificio : reventó finalmente, y salieron de su inmensa mole dos volcanes, que separados de él tomaron la figura de dos grandes Arcos Íris; uno fué á apagarse hácia el Norte, y el otro hácia Levante. Entónces pareció que el globo iba á ménos; de allí á poco rato desapareció del todo, y sucedieron las densas sombras de la noche á la luz mas resplandeciente [1].

Todos son agüeros infaustos para una conciencia turbada, y por tanto no bastó el ánimo de Alfonso á resistir la impresion que este prodigio le habia causado : se acrecentó su tristeza y miedo, arrimó las espuelas al caballo para distraerse á lo ménos con el movimiento, y siguió galopando todo lo restante de la noche. Conoció su criado al amanecer que habia errado el camino, y mirando Alfonso á todas partes descubrió un terreno árido y cubierto de peñascos; no pudiendo hallar ningun camino ó senda trillada, se apeó, y atando el caballo á un árbol, fué con su criado hácia la peña mas elevada que alcanzó á ver, con ánimo de probar si desde su altura descubriria la ciudad de Loja, de la cual no podian estar muy distantes. No habia andado Alfonso veinte pasos, cuando de improviso se pára sobre una peña : una fuerza incontrastable le detiene á pesar suyo; el palo que llevaba en la mano se clava en la piedra, y parece que ha echado raiz [2]... ¡Oh padre mio! exclama : ¿acaso es este castigo del cielo que quiere vengaros con este inaudito prodigio... no pudo decir mas, el espanto, el terror y los remordimientos que le oprimen aniquilan sus fuerzas, y le dejan inmóvil y mudo; los cabellos se le erizan : y una palidez mortal cubre su rostro... ¡Ah mamá, exclamó Pulqueria, temia convertirse en estatua!... No sucedió así, replicó

[1] Este globo de fuego era un metéoro.

[2] Es menester acordarse de que las suelas de los zapatos de Alfonso estaban ribeteadas de clavos, y que el regaton ó chuzo del palo que llevaba era de hierro.

Los antiguos, dice Mr. de Bomare, conocian la virtud que tiene el iman de atraer el hierro : y si se cree á Plinio, fué por el acaso de un pastor, que sintió que los clavos de sus zapatos y el cabo de su baston, que era de hierro, se agarraban á un peñasco de iman, sobre el cual estaba entónces; pero no conocian la que tiene de dirigirse hácia los polos del mundo.

sonriéndose la Marquesa, aunque él se lo temió, porque le ocurrió ese mismo pensamiento. — Lo creo muy bien : la fuerza invencible que le tenia clavado sobre la peña le debia hacer temer cualquier desgracia. — Y con todo, esa fuerza invencible era una cosa muy natural. — Vd. nos ha prevenido que *todo lo maravilloso sería cierto*... Mas aquel globo de fuego, este fatal peñasco... todo parecia tan fuera de lo regular... pero, mamá, volvamos al pobrecito Alfonso. — Estaba en la situacion que acabo de pintaros, cuando vió que el cielo se cubria de nubes : levantóse una ventisca furiosa, y comenzó á llover. ¿Pero cuál fué el pasmo de Alfonso al ver el horroroso color de aquella lluvia? Repara que sobre las peñas blanquecinas que le circundan caen unas gotas disformes de color casi morado. Muy pronto se halla casi empapado en aquella agua sangrienta que inunda sus manos y vestido, y que chorreando de las peñas forma al rededor un espantoso arroyo de sangre [1]. Penetrado de horror hizo Alfonso un esfuerzo para apartarse, si era posible, de aquel sitio fatal : soltó el palo, que se quedó derecho como si le hubiesen clavado en la peña : entónces se arroja, y consigue desprenderse del peñasco, cayendo en la arena casi sin sentido. Á este tiempo llegó su criado asustado con la lluvia de sangre; le ayudó á levantarse, le dijo que habia encontrado el camino, y al punto montando á caballo huyeron de aquel paraje.

Alfonso descansó dos horas en Loja; allí tomó mulas y un mozo, y prosiguió su camino : atravesó el monte Orospeda, pasó por la antigua ciudad de Antequera, y fué sin detenerse hasta Málaga. En lo restante de su viaje no le sucedió cosa particular. Llegó á Cádiz bueno y sano, y se hospedó en la primer posada que le indicaron.

Al subir la escalera para ir á su cuarto, llegó á sus oidos la voz de una mujer que cantaba acompañándose con el arpa : se estremeció al oirla, y guiado por la voz se paró á la puerta del cuarto de la que cantaba; escuchó desde allí el tono mas dulce y el estilo mas agradable. No pudo desconocer la voz, cuyos acentos habian penetrado hasta lo íntimo de su pecho : enajenado y fuera de sí bajó

[1] La supuesta lluvia de sangre sucede solamente en tiempo de tempestades, y sobre todo en el verano. No es extraño que la mayor parte de los insectos que buscan su pasto en las ramas de los árboles, sean arrebatados y hechos pedazos con la violencia del aire, lo que ocasiona que al caer aparecen ensangrentados; y así llueve sangre de insectos. (*Diccionario de Historia Natural*, por M. de Bomare, en la palabra Lluvia.)

precipitadamente la escalera; encuentra al huésped : supo que su corazon no le habia engañado; que en efecto Dalinda y Thelismar vivian en aquella posada adonde los habia guiado la casualidad. No es posible explicar la alegría que le causó á Alfonso esta noticia. Al punto hizo que por el patio le enseñasen las ventanas del cuarto de Dalinda, y despues se encerró en el suyo para entregarse libremente al exceso de su contento.

Despues de cenar hizo que le buscasen una vihuela; bajó al patio, y poniéndose debajo de las ventanas de Dalinda, con mano trémula tocó várias frioleras. Oyó que habian abierto la ventana, y recelando que Thelismar le entendiese, porque sabia el portugues, no se atrevió á cantar los romances que habia hecho para Dalinda en la *Fuente del Amor*, pero cantó con voz tímida y poco firme los tormentos de la ausencia. Al cabo de un cuarto de hora cerraron la ventana. Al dia siguiente Alfonso cantó en vano; no abrieron la ventana, y este rigor le afligió tanto como si hubiera destruido alguna bien fundada esperanza. Entre tanto Alfonso formaba mil proyectos relativos á su pasion, pero ninguno le agradaba. Abrasábase en vivos deseos de volver á ver á Dalinda. Su primera idea cuando huyó de su padre, habia sido la de venirse á ofrecer á Thelismar por compañero de sus viajes, no dudando que vistos sus talentos é instruccion aceptase esta oferta, como igualmente ventajosa y agradable, y ademas juzgaba que el solo agradecimiento al favor que le debia de haber salvado la vida á Dalinda, podria obligarle á que admitiese su propuesta con sumo gusto. Cuando las pasiones del hombre forman un proyecto, cierran los ojos á las dificultades, apartan las reflexiones útiles, temen todo aquello que podria separarlas del fin que se proponen, y no conocen su imprudencia y locura, sino cuando ya es irremediable.

Lleno Alfonso de temor y dudas, no sabia qué partido tomar, y entre tanto huia con mucho cuidado de que Dalinda ó su padre le viesen, cuando una tarde le dijeron que Thelismar prevenia todas sus cosas para marchar, y que al dia siguiente se embarcaria al amanecer á bordo del *Intrépido*, que debia llevarle á Ceuta[1]. Esta novedad fijó las dudas y temores de Alfonso. Sin detenerse un punto

[1] Ciudad de Africa perteneciente á los españoles, la cual se halla en el estrecho enfrente de Gibraltar.

vende la sortija que le quedaba, habla con el capitan del *Intrépido*, y se determina á que le reciba á bordo. Al ser de dia se embarcó, y se mantuvo oculto en su camarote : al cabo de un cuarto de hora oyó la voz de Thelismar, y á poco rato se hizo el navío á la vela. Como debia Alfonso comer con el capitan, y estaba cierto de ver en su mesa á Dalinda y Thelismar, se resolvió en fin á ir á ver á este. Hízole decir que deseaba hablarle, y con su respuesta pasó á verle. Al ruido que hizo al entrar volvió Thelismar la cabeza, y mirándole atentamente al instante reconoció al libertador de su hija : se levantó prontamente, y corriendo hácia Alfonso le abrazó con las mayores demostraciones de amistad y cariño. Alfonso lleno de gozo



sintió renacer en su pecho la esperanza; pero respondió á las preguntas de Thelismar con mas empacho que verdad. Mi padre, le dijo, ha sido muy rico, actualmente no tiene mas que lo preciso; con ello vive como filósofo en las pacíficas riberas del Mondego. Ha dado su aprobacion al deseo que yo tenia de viajar, esperando que con la educacion que me ha dado, podré quizás, dándome á conocer, adquirir algun nombre, y... — ¿Qué edad tiene Vd., y cuáles eran sus miras cuando salió de su casa? — Yo sabía que Vd. estaba en España; supe despues que debia pasar al África, y esperé que

Vd. me permitiria acompañarle en sus viajes. — Ha pensado Vd. muy bien : yo debo visitar las cuatro partes del mundo; si Vd. quiere asociarse á mis fatigas, vengo en ello muy gustoso. Fuera de juicio Alfonso al oir estas palabras, abrazó á Thelismar, y le juró que no se apartaria de él jamas. — Pero sepa Vd. que mis viajes durarán tres ó cuatro años lo ménos; quizás no aprobará su padre una ausencia tan larga... — Yo sé de cierto que vendrá en ello gustoso... — Pues siendo así, gustando Vd. del estudio, y teniendo, como creo, nobleza en su modo de pensar, y propension á la virtud, hallará en mí un fiel amigo, y un segundo padre; me tendré por dichoso, si puedo de este modo manifestarle una parte de mi agradecimiento. Dalinda le debe á Vd. la vida : ¡ contemple Vd. si debo estimarle ! Enternecido Alfonso se inmutó al oir el nombre de Dalinda, y no acertando con las palabras tuvo que callar, y Thelismar prosiguió diciendo : Necesito de consuelo ; en su amistad de Vd. espero encontrarlo.... — Consuelo.... ¿ Pues qué penas puede Vd. tener?... — Me he separado por cuatro años de las prendas que mas quiero... de mi mujer é hija.... — ¡ Cómo !.... ¿ de Dalinda ?.... — No podia exponerlas á los riesgos inseparables de una larga navegacion : han visto conmigo la mayor parte de la Europa ; en Cádiz nos hemos separado, y en tanto que nosotros navegamos hácia el África, ellas se vuelven á Suecia.. — ¡ Oh cielos ! exclamó dolorosamente Alfonso, la Suecia y el África !... ¡ Oh qué inmensa distancia entre Dalinda... y... Vd ! ¡ Cuánto lo siento ! No pudo Alfonso al decir esto reprimir el llanto. — Mucho le agradezco á Vd. la parte que toma en mi dolor.

La llegada del capitan interrumpió esta conversacion. Alfonso se fué á encerrar en su camarote para ocultar su pena y desasosiego. Se desesperaba cuando pensaba que en cuatro años no habia de ver á Dalinda : no obstante sentia mucho alivio con el afecto que Thelismar le manifestaba, y se propuso emplear todos los medios posibles para merecer su amistad y confianza.

Aquella misma noche Thelismar le hizo várias preguntas, y una de ellas fué, ¿si sabia los elementos de alguna ciencia? ¿Pues no? respondió Alfonso sonriéndose de un modo orgulloso, no carezco de instruccion : no hay cosa que no me hayan enseñado. — ¿Sabe Vd. algo de geometría? — Diez años he tenido maestro de matemáticas. — ¿Tiene Vd. algunos principios de física é historia natural? — Nada de eso ignoro; y tengo ademas mucha pasion á las nobles artes; la música y el dibujo son mis delicias. — ¿Con que sabe Vd. dibujar? ¿y qué cosa? — Dibujo flores. — ¿Gusta Vd. de leer? — Muchísimo. — El idioma portugues no es muy abundante de buenos autores; pero Vd. sabrá el latin... — ¡Oh! perfectamente. Vea Vd. si lo sabré cuando á diez años explicaba superiormente (esta era la expresion de mis maestros) á Horacio y Virgilio. — En ese caso acabaria Vd. sus estudios á doce años. — Justamente : y así desde entónces no he vuelto á ver libro alguno en latin, á fin de adquirir otros conocimientos. — Y yo apostaré que á trece años era Vd. ya bastante buen geómetra para dar de mano al estudio de las matemáticas. — Sí, Señor, entónces fué cuando me dediqué al gusto que tenia á la literatura : empecé á componer versos. — ¿Cómo, de sabio se volvió Vd. poeta? No siempre suele ser afortunada esa trasformacion... — Mis versos tuvieron un aplauso que debió animarme... — Entiendo que sería un aplauso de tertulia, casero... — No por cierto, puedo decir que fué un aplauso universal. — ¿Cómo lo pudo Vd. saber? — Todos los que iban á casa de mi padre me lo decian. Esta respuesta hizo sonreir á Thelismar; mudó de conversacion, y un rato despues se fué Alfonso á acostar, persuadido de que Thelismar habia concebido la opinion mas ventajosa de sus talentos é instruccion. Al dia siguiente se acordó Alfonso del lance del toro en la *Fuente del Amor*, y le preguntó á Thelismar la explicacion de un suceso tan raro. Thelismar le respondió que aquel mismo dia habia encontrado á un amigo que volvia de América; que este traia de allá un veneno tan activo que producia el efecto que Alfonso habia visto; que aquel amigo le habia regalado un estuche con algunas agujas mojadas en este tósigo, y que queriendo hacer aquella misma noche la prueba habia guardado el estuche en su faltriquera. Lo que me admira, dijo Alfonso, es el que nunca haya yo oido hablar de ese veneno. — Puede ser, replicó Thelismar, que haya otras muchas cosas de las cuales no tiene Vd. noticia. — Muy bien lo creo, replicó Alfonso, pero me atrevo á decir que no serán muchas, porque no soy ignorante; he tenido maestros de todas ciencias, ademas de esto he leido mucho, y he observado y pensado mucho mas. No se alababa tanto Alfonso á sí mismo, sino porque creia poderlo hacer sin riesgo. No advertia en Thelismar mas que un hombre sencillo y sin pretensiones de sabio, al

cual no le conocia mas gusto ó estudio que el de la Botánica, y no dudaba que en todo lo demas fuese Thelismar muy ignorante. Este, unas veces de intento, y otras por su natural modestia, le confirmaba á cada instante en su opinion.

Llegaron por fin á Ceuta : Thelismar dijo á Alfonso que se encargaba de buscar alojamiento para los dos, y se acomodó con él en una de las mejores casas de la ciudad.

Aquí llegaba la Marquesa cuando dieron las diez; se guardó el manuscrito, y se acabó la velada.

La noche siguiente, habiendo la Marquesa prevenido á sus hijos que no la interrumpiesen con sus preguntas, prosiguió su lectura en estos términos :

La primera diligencia que hizo Alfonso luego que llegaron á Ceuta, fué escribir á su padre una carta llena de demostraciones de arrepentimiento y sumision. En ella le declaraba el verdadero motivo de su huida, y le pedia perdon de ella; asimismo le suplicaba le concediese el permiso de acompañar á Thelismar en sus viajes : y como este debia permanecer en Ceuta bastante tiempo para que Alfonso pudiese recibir respuesta de su padre, le rogaba encarecidamente le manifestase su voluntad, prometiéndole sujetarse á ella, cualquiera que fuese. Dirigió su carta á Portugal, no dudando que don Ramiro se habria vuelto á la provincia de Beira. Algo mas sosegado Alfonso luego que dió este paso, volvió á sus acostumbradas diversiones : cantaba y tocaba la guitarra la mayor parte del dia, ó dibujaba algunas flores, que á su parecer eran otras tantas obras maestras, y se las enseñaba á Thelismar, á quien él juzgaba encantado de su habilidad.

Una mañana le hizo llamar Thelismar, y luego que Alfonso entró en su cuarto le dijo : Como sé la gran aficion que Vd. tiene á la música y al dibujo, he creido que tendrá mucho gusto en conocer dos niños que ciertamente le dejarán admirado. El uno es un muchacho de cinco años que dibuja primorosamente en la misma clase que Vd.; y el otro es una niña que toca el clave bastante bien : uno y otra están en mi gabinete, vamos á verlos. Diciendo esto Thelismar conduce á Alfonso al cuarto inmediato; entran y se paran á observar desde la puerta. Ve Alfonso al otro lado del cuarto á una jóven que tocaba el clave, y junto á ella un niño de cinco años dibujando. Parémonos aquí, dijo Thelismar, la muchacha es muy

tímida, sabe que Vd. es inteligente, y se turbaria demasiado si se acercase Vd. á ella. En efecto, replicó Alfonso, se ha puesto colorada cuando nos ha visto entrar. Y tambien debe Vd. haber notado, añadió Thelismar, que está tan agitada que respira con dificultad : ¿no repara Vd. como se le levanta el pecho? En efecto, respondió Alfonso, quien lleno de satisfaccion de que su vista pudiese producir semejantes efectos, se dignó animarla gritando várias veces : *bravísimo*, *bravísimo*, con todo el orgullo y pedantería de un necio, que juzga que semejantes palabras deben colmar de satisfaccion y gloria á la persona á quien las dirige. Luego que la muchacha hubo concluido la sonata que tocaba, hizo una gran cortesía, y Alfonso la aplaudió con repetidas palmadas. Entónces adelantándose Thelismar : Vamos, le dijo, á ver dibujar al niño; pongámonos detras para ver mejor lo que hace. Al acercarse reparó Alfonso que el muchacho dibujaba con guantes y sin original. ¿No le parece á Vd.



muy singular, le dijo Thelismar, que en su edad pueda dibujar de memoria? ¡Vea Vd. con qué perfeccion va sacando su flor! ¡Oh, es un pasmo! exclamó Alfonso. Un dibujo muy exacto... ánimo, hijo mio... redondea un poco ese contorno... eso es; como un ángel... en verdad que yo mismo no lo haria mejor.

No causaban ninguna distraccion estos elogios al niño que proseguia dibujando con mayor aplicacion, y de rato en rato apartaba la manecita para contemplar lo que habia hecho, y soplaba el papel

para quitar el polvillo que dejaba el lápiz. Luego que acabó su flor, Alfonso lleno de admiracion se arroja al cuello del niño, pero al punto mismo da un grito como espantado.

Poco á poco, dijo Thelismar riéndose; vaya Vd. despacio, porque si no, puede hacer pedazos á este jóven artífice. — ¡Oh cielos, exclamó Alfonso, con que es una muñeca! — Sí, es lo que llaman un automata[1]. — ¿Y la muchacha? — Es la hermana del dibujante. — Pero yo la he visto respirar. — Y tambien es cierto que toca efectivamente con sus dedos el clave. Por lo cual, querido Alfonso, no sería justo estimar en mucho dos habilidades que se hallan en unas máquinas. — ¡Ah! dijo Alfonso, voy ahora mismo á romper mi guitarra y mis lápices. — Haria Vd. muy mal : es vituperable el hombre que pasa su vida tocando la guitarra y dibujando flores; pero nadie le puede á Vd. censurar cuando repute estas dos habilidades no como ocupaciones sérias, sino como recreos y diversiones que Vd. cultivará á ratos perdidos, sin envanecerse con el corto mérito de hacerlo bien.

Esta leccion hizo algun efecto en Alfonso; pero era preciso que recibiese otras muchas para conseguir su total enmienda.

Ya estaba pronto Thelismar á marchar de Ceuta sin que Alfonso hubiese recibido noticias de su padre, por lo cual se imaginó que convenia en su propuesta, puesto que no le habia respondido inmediatamente mandándole que volviese, siendo este juicio causa de acabarse de resolver á no abandonar á Thelismar. Algunos dias ántes de salir de Ceuta para las islas Azores, Alfonso, que habia ya visto que se estaba trabajando en hacer una máquina al cabo del jardin, y cuyo uso ignoraba, supo que esta obra se hacia por órden de Thelismar. Preguntó Alfonso á este á qué uso destinaba aquel artificio. El dueño de esta casa, le respondió Thelismar, me ha dicho que de veinte años á esta parte han caido dos rayos sobre ella, y yo le he prometido que no volverá á caer ninguno mas... — ¿Pues cómo podrá Vd. impedirlo? — Por medio de la máquina que Vd. ha visto. — Pero yo no comprendo... — Bien lo creo; no obstante no es ménos cierto que en adelante no caerá ningun rayo en esta habitacion, sino al extremo del jardin. En efecto, cuatro ó cinco dias despues hubo una tronada muy fuerte. Thelismar se puso á

[1] Todos han visto en Paris, en 1783, á estos dos autómatas.

la ventana, y mostrando á Alfonso con su baston la nube espesa que estaba sobre la casa : Mire Vd., le dijo, esa nube; advierta Vd. como se va á apartar de nosotros y á seguir la direccion que yo le señalo. Quiero que vaya á reventar al extremo de aquella calle de árboles. Hablando así Thelismar extiende su baston hácia la nube; parece que esta obedece á su voz sin atreverse á separarse del camino que le habia señalado por los aires. En esta ocasion parecia Thelismar un encantador que por medio de su varilla de virtudes mandaba como soberano á los elementos. ¡Gran Dios, exclamó Alfonso, qué veo! Vd. dirige á su arbitrio todas esas nubes; ya se reunen en el sitio que Vd. les ha señalado... Pues ahora que están juntas, replicó Thelismar, quiero que se disipen, y que caiga un rayo á treinta pasos de la tapia del jardin. No bien habia dicho estas palabras cuando se oyó un horroroso estampido, y cayó el rayo en el sitio mismo que habia señalado[1] : al punto cerró Thelismar la ventana, y se salió del cuarto dejando á Alfonso petrificado de admiracion.

Al dia siguiente entregaron á Thelismar delante de Alfonso una carta de Dalinda, la cual leyó en alta voz, porque Alfonso habia aprendido el idioma sueco, habiéndole comenzado á estudiar desde que supo en España que Dalinda era de Suecia, y desde que estaba con Thelismar habia hecho los mas rápidos progresos en él. La carta de Dalinda le encantó, y no pudo disimular el enternecimiento que experimentaba al oirla leer. Sentia un deleite inexplicable en comprender las palabras escritas por la mano de Dalinda, y escuchando el pormenor ingenuo de sus pensamientos y afectos, juzgaba que la oia hablar : conocia finalmente su corazon, y este conocimiento fijó para siempre en el pecho de Alfonso la mas frágil de todas las pasiones, puesto que reunia el aprecio y estimacion al amor. Bien hubiera querido Alfonso tener en sus manos la carta de Dalinda para ver su letra; pero Thelismar despues de haberla leido la cerró en un cajon de su buró. Alfonso, con los ojos fijos en el cajon, dejó de escuchar á Thelismar, y se quedó cabiloso y sepultado en su amoroso delirio : entónces Thelismar tomó un libro, se puso á leer, y Alfonso vuelto en sí salió del cuarto. Al anochecer volvió á él, y Thelismar se levantó diciéndole : Como mañana nos hacemos á la

[1] Todos conocen esta experiencia del doctor Franklin fundada en la electricidad.

vela para las islas Azores, tengo que disponer várias cosas, espéreme Vd. aquí, que dentro de média hora volveré. Diciendo esto sale del cuarto, y deja á Alfonso solo sentado enfrente del escritorio donde estaba la carta de Dalinda, y la llave habia quedado en la cerradura. Alfonso se ve acometido de una tentacion, que al principio resiste. Tenia grandísimos deseos de abrir el cajon y de leer una vez siquiera la carta de Dalinda : bien conocia que esta accion era mala. No obstante, se decia á sí mismo, no es mi intencion descubrir los secretos de Thelismar. Él me ha leido la carta, yo no sabré mas de lo que sé, y así no pretendo mas que verla y contemplar la letra... Finalmente, despues de haber luchado algun tiempo en su interior, vence todos sus escrúpulos. Se acerca al escritorio, echa su mano trémula á la llave, pero no bien la toca cuando recibe en el brazo y en el pecho un golpe tan terrible que casi le priva de sentido. Atónito y espantado se hace atras, y dejándose caer en una silla : ¡Justo Dios! exclama, ¿qué mano invisible es la que me ha herido [1]?... Al punto mismo se abre la puerta y ve á Thelismar. ¿Qué ha hecho Vd., Alfonso? le dice este con mucha severidad. — ¡Ah¡ le respondió este, no solo el arte sobrenatural de Vd. produce tantos prodigios, sino que tambien creo que descubre los mas ocultos pensamientos : lea Vd. en mi corazon. — Veo en él un motivo que no puede servirle á Vd. de disculpa; porque no hay ninguna que sirva de excusa suficiente á una deslealtad tan vituperable. Acuérdese Vd., Alfonso, que es muy mal hecho abusar de la confianza que se nos manifiesta, y que otra culpa de esta clase le haria perder para siempre mi estimacion Pero esa llave, prosiguió Thelismar, no ofende sino á los imprudentes; solamente rechaza de este modo á los que quieren usar de ella sin mi consentimiento : ahora que yo se lo permito á Vd. puede abrir sin riesgo alguno. Luego que Alfonso oyó esto se acercó al escritorio, y despues de haber abierto el cajon, dijo : No hay duda, oh Thelismar; nada le es á Vd. imposible : todas sus razones son sábias y prudentes, y sus hechos maravillosos. Dígnese Vd. de ser siempre mi protector y guia; mi sumision, mi afecto y mi agradecimiento me harán digno de esta dicha. Al decir esto se acercó con aire enternecido y respetuoso á Thelismar, quien le recibió con un abrazo cariñoso.

[1] La llave estaba electrizada.

La mañana siguiente Thelismar y su jóven compañero de viaje se embarcaron é hicieron á la vela para las islas Terceras : despues de una feliz navegacion tomarón tierra en la isla de San Jorge, donde descansaron algunos dias.

Thelismar se alojó en la casita de un sueco establecido en la isla hacia ya seis años. Como no habia en esta casa mas que una habitacion cómoda, partió con Alfonso su cuarto y le hizo poner una cama inmediata á la suya. Una noche que Alfonso y Thelismar estaban en el primer sueño se despertaron despavoridos los dos á un mismo tiempo : creyeron haber sentido una violenta conmocion de temblor de tierra, y huyeron á un jardinito, en el cual encontraron al amo de la casa y algunos criados que habiendo sentido la misma conmocion se habian refugiado á él. Trajeron hachas de viento (porque la noche era sumamente oscura), y con el temor de experimentar un desastre parecido al de Lisboa, pasaron todos con la mayor inquietud cerca de tres horas en el jardin. Pero no habiendo sentido en todo este tiempo el mas leve movimiento se determinaron á entrar en la casa : no obstante Thelismar y Alfonso no se quisieron acostar, y esperaron en conversacion á que amaneciese.

Alfonso, que no ocultaba ya á Thelismar el nombre de su padre, y que le habia contado ya mil veces todo lo que le habia sucedido cuando el terremoto de Lisboa, no quiso perder la ocasion que se le ofrecia de volverle á hablar de ello. Esta narracion siempre iba acompañada de una pomposa descripcion del palacio magnífico de don Ramiro, y de una prolija y abultada enumeracion de las joyas y diamantes que poseia ántes de aquella desgracia. Luego que empezó á amanecer se asomaron á una ventana de donde se descubria toda la isla. Pero ¿cómo se quedarian al ver su casa y el jardin enteramente separados de la tierra, toda la habitacion circundada de agua, y formando una isleta en medio del mar? Se estremecieron al considerar el riesgo en que habian estado, y no podian comprender cómo habia podido la casa, arrojada al mar, y á mucha distancia de la tierra, resistir á una conmocion tan violenta sin haberse arruinado enteramente [1].

[1] En el mismo año de 1755, en que sucedió la destruccion de Lisboa, padecieron tambien mucho las islas Azores. En la isla de San Jorge, distante doce leguas de Angra, tembló la tierra con tanto furor, que la mayor parte de los habitantes fueron sepultados entre las ruinas de sus casas : el espanto creció á la mañana siguiente al ver

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Sin duda, dijo Thelismar, esta humilde habitacion es de un hombre virtuoso : la Divina Justicia es quien se ha dignado salvar y conservar esta frágil habitacion con tan estupendo prodigio...

Aun hablaba Thelismar cuando entró en su cuarto el dueño de la casa. Este anciano venerable se acercó á él, y arrojando un profundo suspiro : Yo vengo, señor, le dijo, á implorar la proteccion de Vd., no para mí sino para mi hijo. Aunque desterrado seis años hace de mi patria, no dejo de acordarme de los hombres grandes que la ilustran; conozco, señor, el nombre y virtudes de Vd. Sé que nuestro soberano, protector de los grandes talentos y de las ciencias, le honra con particular aprecio, y vengo á suplicarle me dé algunas cartas de recomendacion para mi hijo. — ¿Con que vuelve Vd. á nuestra patria? — Sí, señor. — ¿Pues qué contratiempo le hizo á Vd. salir de ella? — Yo he nacido en una clase oscura, pero á pesar de la mediania de mi suerte pude proporcionar á mi hijo una educacion muy superior á mi estado. Este hijo querido correspondió tan bien á mis ideas, que á los veinte y cinco años obtuvo por su mérito y talentos un empleo igualmente honorífico y lucrativo. Algun tiempo despues se enamoró de una jóven, amable y rica; iba



ya á casarse con ella cuando una cruel desgracia me precisó á ausentarme de mi patria. Vivia en mi casa un negociante poderoso :

diez y ocho islas nuevas que salieron del mar. Por otra parte se sintió un sacudimiento que echó al mar diversas porciones de tierra, de las cuales una conservó una casa rodeada de árboles; los que la habitaban entónces no conocieron hasta la mañana la mudanza de su local.

una mañana encontraron á este infeliz cosido á puñaladas en su cama, y robadas todas sus riquezas. Prendieron á todos sus criados, y yo mismo me presenté tambien en la cárcel. El malvado autor del delito me le imputó á mí : yo tenia varios enemigos, cuyas tramas hicieron que el asunto se pusiese en los peores términos; no obstante, gracias á las solicitudes y á los protectores de mi hijo, conseguí que por falta de pruebas me pusiesen en libertad; pero no recuperé mi honor perdido, y no pudiendo tolerar el vivir con ignominia en la misma ciudad, en donde ántes habia gozado de la pública estimacion, determiné expatriarme. Oculté este proyecto á mi hijo; pero él observaba demasiado todos mis pasos para dejar de penetrar mis ideas. Vendí lo poco que me quedaba, y salí de Stokolmo á la média noche. Solo echaba de ménos á mi hijo; no obstante le dejaba gozando de un empleo que le suministraba los medios de vivir con mucha decencia, y yo sabia de cierto que á pesar de nuestros infortunios, la persona que él amaba le conservaba el mismo afecto. Estas ideas me consolaban algun tanto, y me hacian soportable lo sumo de mi desgracia. Iba corriendo en mi silla de posta, cuando al amanecer advertí que un hombre á caballo me seguia á toda priesa : saco la cabeza; pero ¡qué fué de mi cuando conocí á mi hijo!... no puedo expresar lo que sentí en mi alma. Me arrojo de la silla, y me abrazo con él. ¡Qué has hecho! exclamé. — Lo que debia. — ¿Pero cuál es tu designio, le repliqué, bañándole con mis lágrimas? — Acompañarle á Vd. y consagrarle la vida que le debo. — ¿Y tu empleo, tu fortuna? — Todo lo he abandonado por Vd.; sí, todo... hasta lo que mas amaba... Sin embargo de que ve correr mis lágrimas, crea Vd. que sacrifico gustoso el amor á la naturaleza. — ¿Pues si sabias mi fatal determinacion, por qué no te oponias á ella? ¿Acaso dudabas del poder que tienes sobre mí? — Las apariencias fatales le hacian á Vd. reo; esta funesta desgracia le hace mas digno de mi amor y veneracion... pero en fin se hallaba Vd. deshonrado, era preciso huir. Conserva Vd. en realidad la inocencia y la virtud, y esto debe servirle de consuelo... — ¿Y podré no llorar continuamente tu desgraciada suerte?... — ¡Mi suerte! ¿Quién en el mundo la ha logrado mejor que yo? Puedo manifestar á mi padre mi agradecimiento y mi afecto : puedo recompensarle de todo lo que ha perdido. Mi mano enjugará sus lágrimas, y mi zelo y ternura harán cesar la causa de ellas. ¡Oh padre mio! ¡el respeto y amor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su hijo le harán á Vd. olvidar con el tiempo una patria injusta, unos parientes ingratos y unos amigos desleales! El cielo me destinaba á cumplir en toda su extension las santas leyes de la naturaleza... No, no llore Vd. ni repute por desgracia la mia; ántes bien, Vd. hasta aquí el dechado de los padres, disfrute de la gloria y de la felicidad tan pura de haber formado por sus cuidados y ejemplos un hijo digno de serlo de Vd.

Vd. es padre, señor, continuó el anciano, y por tanto comprenderá fácilmente que en medio de mi desgracia me resigné con ella con paciencia. En fin, despues de haber viajado durante dos años, nos establecimos aquí: mi hijo entró en algunas empresas de comercio, y habiendo logrado tal cual ganancia, compró esta casa, y en ella hemos vivido con quietud y sosiego. En ella contaba acabar mis dias, cuando habrá dos meses que recibimos noticias de Stokolmo, que nos han hecho mudar de dictámen. Mi inocencia está plenamente reconocida; el perverso asesino habia sido puesto en libertad, pero otros delitos le han hecho volver á la cárcel. Convencido de las mayores maldades ha confesado públicamente ántes de espirar, que él habia sido el verdadero autor del homicidio que se me imputaba: hemos sabido al mismo tiempo que la jóven que debia casarse con mi hijo se mantiene soltera. Entónces no aspiré á otra cosa mas que á volver á mi patria. Debíamos marchar dentro de seis meses, pero la desgracia que acabamos de sufrir, y la pérdida de esta casa, que aunque no del todo arruinada, ya no está en estado de habitarse, nos precisa á adelantar nuestra partida, y así he venido á suplicaros, señor, que nos dé cartas...

Sí, yo se las daré á Vd., interrumpió vivamente Thelismar, y tan buenas como las podria dar á un hermano mio, ó al mas querido de mis amigos. Sí, no dude Vd. que nuestro soberano justo y benéfico, sabrá recompensar dignamente la virtud de su hijo. — ¡Ah señor! exclamó el anciano llorando de alegría, permita Vd. que vaya á buscarle para que le vea. Diciendo esto salió apresuradamente sin esperar respuesta. Volviéndose entónces Thelismar hácia Alfonso, le vió apoyado tristemente contra una silla, y tapándose la cara con las manos. Thelismar advirtió que lloraba: ¿Por qué, pues, le dijo, quererme ocultar esas lágrimas? Déjelas Vd. correr sin empacho, pues son prueba de la sensibilidad de su corazon... En esto se engañaba Thelismar, porque atribuia al enternecimiento el llanto cruel

que le hacian derramar su culpa y los remordimientos de ella. ¡Qué delincuente no se juzgaba Alfonso, comparando su conducta con la de aquel jóven cuya historia acababa de oir! Aquella sencilla narracion habia traspasado su pecho, y le hacia cruel y doloroso el sentimiento mas dulce de todos, que es la admiracion que causa la virtud.

Volvió el anciano conduciendo á su hijo por la mano: Thelismar estrechó entre sus brazos á aquel virtuoso jóven; le ratificó las promesas que habia hecho á su padre, y los despidió á entrambos penetrados de alegría y de agradecimiento.

Entre tanto varios habitantes de la isla vinieron en barcos á informarse de la suerte de los que estaban en la casita que al romper del dia habian visto en medio del mar: estos informaron á Thelismar de como todas las casas inmediatas á la suya habian sido arruinadas, y que solo la de Zulaski (que así se llamaba el virtuoso jóven de quien se ha hablado) se habia conservado de un modo tan milagroso. Thelismar y Alfonso entraron en uno de los barcos y se hicieron llevar hácia la parte de la isla que habia padecido ménos del terremoto; pero no habian aun caminado un cuarto de legua cuando se quedaron absortos al ver salir de improviso del fondo del mar diez y ocho islas distintas. ¡Oh nueva creacion de un Dios justo y benéfico! exclamó Thelismar. ¡qué gozo tan dulce siente mi corazon al veros! La industria humana dentro de poco os fertilizará. Dios quiera que vuestros futuros habitantes sean todos virtuosos... Despues de haber costeado algunas de estas islas saltaron en tierra, y hallaron albergue en una de las habitaciones de la isla, adonde aquella misma noche fué Zulaski á verlos. Para volver á Suecia debia Zulaski embarcarse en una nave portuguesa, por lo cual Alfonso le entregó dos cartas; la una para su padre, en la cual le decia todos los parajes por donde debia pasar, suplicándole le escribiese á ellos y le hiciese saber su voluntad; la otra carta era para un amigo suyo habitante de la provincia de Beira, al que rogaba le diese noticias de don Ramiro; asimismo le enviaba un itinerario exacto de su viaje. Luego que Zulaski hubo recibido estas cartas, y las que le dió Thelismar, emprendió su viaje sin mas detencion; y de allí á pocos dias Thelismar y Alfonso se embarcaron para las islas Canárias [1].

[1] Estas islas son siete, y sus nombres: *Tenerife, la Gran Canaria, la Gomera, Palma,*

En la isla de Tenerife permaneció bastante tiempo Thelismar. Lo primero que hizo fué ir á ver el delicioso distrito situado entre Rotava y Realejo [1]. En este sitio se hallan reunidas las producciones mas agradables, majestuosas y útiles que la naturaleza ha podido formar. Por una parte se ven altas montañas continuamente verdes; por otra fértiles praderas y dilatados campos de cañas dulces; mas allá, peñascos de los cuales se precipitan arroyos de agua cristalina; y por otra se descubren viñas y bosques, cuyos árboles siempre están cubiertos de hojas. No podian Thelismar y Alfonso apartarse de sitios tan deliciosos. Un dia entero se estuvieron en ellos, unas veces paseándose, y otras sentados á la sombra de los plátanos leyendo algunos pasos de las Metamorfósis de Ovidio, ó algunos versos del Camoens. Llena la imaginacion de Alfonso con las ideas que le sugerian estas lecturas, quiso ántes de apartarse de allí escribir sobre la corteza de un árbol cuatro versos que acababa de componer. Se acerca á un árbol robusto, bastante parecido al pino, y sacando su navaja quiere escribir sobre la corteza. Pero luego que la punta hubo penetrado algun tanto, advierte que sale sangre por la abertura [2]. Casi estuvo para creer que habia herido á alguna ninfa trasformada; se retira amedrentado, y arroja al suelo el cuchillo sangriento. Al verle Thelismar se sonrie y le aquieta, asegurándole que aquel supuesto prodigio nada tiene de siniestro ó extraordinario. Algunos dias estuvieron en Laguna, hermosa y grande ciudad, cuyas casas tienen por lo comun grandes jardines y alamedas

Isla de Hierro, Lanzarote y Fuerteventura. El primer descubrimiento de ellas causó grandes disputas entre los españoles y portugueses, que pretendian atribuirse exclusivamente este honor. Pero lo cierto es que los españoles ayudados de los ingleses fueron sus primeros conquistadores. Ademas de estas siete islas ya nombradas hay otras seis mas pequeñas al rededor de la de Lanzarote. Los antiguos conocian las islas Canárias, y las llamaban las *islas Afortunadas*.

[1] Dos ciudades de esta isla. *Laguna* es la capital: está situada á las orillas de un lago, del cual ha tomado su nombre. Los españoles en el tiempo de la conquista, por los años de 1417, llamaron á sus islenos *Guanches*. Casi todos los habitantes de la ciudad de Guimar en dicha isla son descendientes de aquellos antiguos *Guanches*.

[2] Este árbol se llama vulgarmente *árbol dragon*: es un árbol grande, del cual distinguen los Botanistas cuatro especies; se cria en las islas Canárias, y es parecido, visto de léjos, al pino: su fruta es redonda, del tamaño de un guisante gordo, amarilla, y un poco ácida. Su tronco, que es áspero, se abre en diversos parajes, y vierte en la canícula un licor que parece sangre, y que se condensa en forma de una lágrima colorada, blanda al principio, y despues seca y fácil de reducirse en polvo. Este jugo es la verdadera y natural *sangre de dragon* de las boticas, y su uso muy frecuente en la medicina. Luego que se hace una incision en el tronco ó en las ramas de este árbol empieza á gotear este licor.

de naranjos y limones: sus fuentes, sus jardines, sus bosques, su lago, su acueducto, y la suavidad de los vientos que templan lo caluroso del clima, hacen que sea una morada deliciosa.

Otras várias ciudades visitaron despues de esta; y finalmente llegaron á Guimar, cuyos moradores son casi todos descendientes de los antiguos Guanches, primeros habitantes de la isla. Los descendientes de aquel pueblo salvaje, no obstante que han renunciado á la idolatría, conservan las costumbres agrestes, y gran parte de los usos de sus mayores.

Un dia que Alfonso se paseaba solo por las inmediaciones de Guimar, sus contínuas cabilaciones le condujeron á un bosque poco frecuentado, en el cual se perdió. Queriendo volver al camino se metió en lo mas intrincado del bosque, del cual salió no sin mucho trabajo, y se halló en una especie de desierto despojado de árboles y de yerba, que solo ofrecia á la vista una gran llanura árida, cubierta de piedras, y al fin de ella una alta montaña. Al verse Alfonso en aquel sitio se acordó suspirando de que Thelismar le habia encargado repetidas veces que no se pasease nunca sin guia; pero venia ya tarde este recuerdo. Entre tanto se iba acercando la noche; sigue caminando algun tiempo, pero al fin rendido del cansancio se pára sobre una eminencia rodeada de zarzales y de gruesas piedras mal colocadas las unas sobre las otras. Al sentarse sobre una de ellas descompone el equilibrio de las demas, que caen rodando con mucho estrépito. Huye á la otra parte por evitar que le hiriesen: pero al volver á mirarlas repara que su caida ha dejado patente un agujero bastante capaz para entrar por él un hombre, se acerca mas, y mirando hácia abajo distingue admirado unos escalones. Movido entónces de su mucha curiosidad entra en la gruta, y baja una escalera muy pendiente: á lo último de ella levanta la cabeza, y ya no ve luz. Determina volverse, pero mirando hácia lo último de la gruta, advierte distintamente una luz muy á lo léjos. Esto le determina á concluir una empresa que le ofrece algun suceso extraordinario, y prosigue su camino. Atraviesa un largo corredor muy oscuro, y al salir de él se halla en una espaciosa caverna alumbrada con várias lámparas colgadas de sus bóvedas. Tiende Alfonso la vista por todas partes, y se encuentra en medio de mas de doscientos cadáveres colocados en pié contra las paredes de aquel lúgubre subterráneo.

¡Á qué funesto sitio me ha conducido mi imprudencia, exclama el infeliz Alfonso! Esta cueva, semejante á la de Polifemo, es sin duda alguna el asilo de algun bandido inhumano; estos muertos son, no hay que dudar, las víctimas de la crueldad horrible de este monstruo... pero pues no he tenido la prudencia de Ulises, tendré á lo ménos su valor. Diciendo esto desenvaina su espada, y se prepara á vender su vida á buen precio. No quiso tentar la huída por temor de ser sorprendido en el callejon estrecho y oscuro, única salida que él conocia; juzgó que le sería mas fácil defenderse en la cueva, fuera de que creyó fijamente que los asesinos habrian ya cerrado la entrada. Entre tanto reinaba siempre un silencio profundísimo. Tuvo Alfonso sobrado tiempo para considerar despacio los tristes y raros objetos que le rodeaban. Advirtió que ninguno de aquellos cadáveres daba indicios de corrupcion, que no despedia mal olor, y que todos habian conservado la piel y las facciones. Loco se volvia Alfonso cabilando sobre todo esto, cuando creyó oir pasos : aplica el oido con mucha atencion, y al instante distingue várias voces que hablaban en una lengua que él no conocia.

No queriendo Alfonso comenzar el combate, caso que no tuviesen intencion de ofenderle, va á colocarse entre dos cadáveres, esconde su espada, é imita el silencio de sus dos colaterales. Á breve rato ve entrar en la cueva doce hombres vestidos de un modo muy raro que se le iban acercando dos á dos; su porte grave y pacífico no le anuncian ninguna intencion dañada; pero al punto que ven á Alfonso prorrumpen en espantosos gritos; el furor y la indignacion se pintan sobre sus rostros : se hacen todos á un tiempo á una parte de la gruta, y sacando cada uno un puñal, embisten todos de golpe á Alfonso, que con su espada los recibe con valor. El combate fué largo y sangriento; pero la industria y valor de Alfonso triunfaron por fin de la fuerza, y aunque solo contra doce hombres furiosos, quedó por suyo el campo de batalla. Recibió dos heridas, pero costaron la vida á la mayor parte de sus contrarios, y los demas atemorizados huyeron precipitadamente. Luego que se vió solo en la cueva pensó en curar sus heridas, lo que hizo rasgando su pañuelo, y atándolo sobre ellas con sus ligas : despues cortó con la espada la correa de que estaba pendiente una de las lámparas, y salió con ella sin detenerse un punto : atravesó corriendo la galería oscura, llegó á la escalera, la subió aceleradamente, y hallando franca la

puerta, se arroja con ánsia fuera de aquella horrorosa sima. Al verse en el campo creyó que salia del infierno, y que empezaba á vivir de nuevo. Viendo los cielos y respirando un aire puro, exclama : ¡Oh padre mio! ¡oh Dalinda! ¡oh querido amigo Thelismar! ya espero que disfrutaré de la dicha de veros. Solamente vosotros hacéis que me sea preciosa la vida...

Cuando Alfonso entró en la cueva iba anocheciendo; y cuando salió de ella era média noche. Guiado por el resplandor de la luna y de las estrellas se apartó de aquel funesto sitio, y despues de haber andado perdido mas de tres horas, llegó al romper del dia á las márgenes de una laguna toda rodeada de árboles. Atormentado de una sed ardiente, la vista del agua pura y clara le hizo recobrar sus fuerzas y valor : mitigó su sed con ella, y comió algunas frutas silvestres; pero se sintió tan débil y cansado, que no le fué posible volver á emprender su camino, y así se tendió sobre la yerba enfrente de una montaña cubierta de ellas, y sembrada de árboles por una y otra parte. Habria tres cuartos de hora poco mas ó ménos que descansaba en aquel sitio solitario, cuando el cielo empezó á cubrirse de nubes : al instante mismo se levanta un viento recio, y empieza á lloviznar : de allí á poco cesa la lluvia, pero sigue el viento con mas furia. Procura Alfonso levantarse, y extendiendo la vista hácia la montaña advierte una extraordinaria novedad : ve que de lo mas alto de ella se va levantando una enorme columna de color de oro en su basa, y todo lo demas de un hermoso color de violeta; esta columna se desprende impetuosamente de lo alto, rompiendo y destrozando cuantos árboles encuentra en su camino; arranca los matorrales, destroza hojas, plantas y troncos, y luego que llega á lo bajo de la montaña pasa sobre un barranco, y lo deja lleno de piedras y de tierra; abre por todas partes profundos surcos en el suelo, y en su rápida y horrorosa carrera hace un ruido semejante á los bramidos de un toro. Dirígese hácia la laguna, y al atravesarla se sorbe toda el agua, y la deja enteramente seca : camina despues hácia el Norte, desaparece y se pierde en un monte inmediato.

Á este espantoso fenómeno se siguió un pedrisco horroroso : los granizos de un tamaño formidable tenian la figura de una estrella, cuyos rayos eran largos pedazos de hielo muy parecidos á la hoja buida de un puñal. Alfonso se acogió bajo de un árbol; procuraba guarecerse la cabeza con el sombrero, teniéndole levantado á al-

guna distancia sobre ella; con todo recibió várias heridas en las manos.



En fin cesó la tempestad y el p[illegible]isco; de allí á poco volvió á quedarse el cielo claro y sin nubes, y A[illegible]nso lleno de espanto y de temor, herido, aporreado, muerto de hambre y de cansancio, prosiguió su camino tristemente. Al cabo de un cuarto de hora descubre, con una alegría inexplicable, una casa : el deseo de llegar á ella le hizo recobrar parte de sus fuerzas ya exhaustas. La casa era de un español que le recibió con mucha humanidad. Alfonso le dió á entender que le habian acometido unos salteadores, y el español le dijo que no estaba mas que dos leguas y média de Guimar.

No estaba Alfonso en estado de poder ir á la ciudad á pié, por lo cual resolvió descansar algunas horas; pero ántes de toda otra cosa escribió una esquela á Thelismar, y el español se encargó de hacérsela entregar. Hecho esto, aceptando las ofertas de su compasivo huésped, tomó un poco de alimento, dejó que le curasen las heridas, y se acostó en una buena cama que se le habia preparado. Despues de haber dormido tres ó cuatro horas se levanta y viste aprisa, y saliendo de su cuarto, la primera persona con quien encuentra es con Thelismar : al punto corre á abrazarle, y Thelismar le recibe con una ternura que acabó de colmarle de gozo. Iba á comenzar la historia de sus aventuras, cuando Thelismar interrumpiéndole le dijo : No pensemos en otra cosa mas que en su salud de Vd. : mi coche nos está esperando; vamos á despedirnos del generoso español que le ha hospedado á Vd., y volvamos á Guimar. Á esta sazon llegó el español seguido del hombre á quien habia encargado la carta de Alfonso para Thelismar : este propio se volvia con la carta, diciendo que al punto que él habia llegado á Guimar, Thelismar acababa de salir de la ciudad. ¿Pues cómo ha podido Vd., dijo Alfonso á Thelismar, saber que yo estaba aquí sin haber recibido mi carta? — Ya lo sabrá Vd. todo, pero ahora aprovechemos lo que queda de dia, y marchemos.

Entónces Alfonso, dirigiéndose á su huésped, y manifestándole todo su agradecimiento, entró en el coche con Thelismar, y tomaron el camino de Guimar. En todo el tiempo que tardaron en llegar á la ciudad no le permitió hablar Thelismar, y luego que llegaron le obligó á que se acostase. Durmió Alfonso doce horas seguidas, al cabo de las cuales despertó enteramente bueno. Entónces Thelismar le dijo que le contase sus aventuras. Ántes de empezar Alfonso esta narracion le previno que lo que iba á contarle era tan extraordinario y maravilloso que se temia le habia de acusar de exageracion; pero á pesar de esta prevencion Thelismar escuchó toda la historia de la cueva sin manifestar la mas mínima admiracion, cosa que excitó la de Alfonso, y no pudo ménos de manifestársela.

Querido Alfonso, dijo Thelismar, si Vd. no fuese tan atolondrado y vano, no se hubiera Vd. visto en tan gran riesgo, y todo lo que ahora le confunde dejaria de admirarle. — Bien comprendo que con mas prudencia hubiera seguido sus consejos de Vd., y que por consiguiente no me hubiera ido á pasear sin guia en un país no conocido; ¿pero cómo es posible que mi vanidad pueda contribuir á aumentar la extrañeza que me causa este suceso? — Sin ella, repito, no hubiera Vd. corrido riesgo alguno. En cuantas partes hemos estado no le he visto á Vd. ocupado hasta ahora mas que en una sola idea, que es la de aparentar mucha instruccion, y dejar á todos admirados con la narracion de las cosas singulares que ha visto. En nuestros viajes hemos encontrado várias personas de mucho mérito, entre ellas buenos maquinistas, geómetras, botánicos y astrónomos : á todos les ha hablado Vd. mucho sin permitirles que hablasen ni un solo instante. Lo primero que hace Vd. cuando llega á alguna parte y puede hacerse escuchar de alguno, es guardarse de hacerle preguntas, ántes bien se da priesa en instruirle de cuanto sabe. Esta especie de locura causa muy mala opinion de su juicio, y le

quita todo el fruto que podia sacar de nuestros viajes. Si desde que hemos llegado aquí, por ejemplo, en vez de entretenerse contando cuanto nos ha sucedido en las islas Terceras, hubiese Vd. hecho algunas preguntas acerca de su terreno y de sus antiguos habitantes, sabria que esa cueva no tiene nada de maravilloso, y que no podia entrar en ella sino con gran riesgo de perder la vida... — ¿Pues cómo?... — Esa cueva es una de las grutas sepulcrales de los Guanches, que todas están dispersas en los lugares incultos y desiertos; ellos solos saben donde están, y ocultan cuidadosamente sus entradas. Van á ellas con mucho secreto, y si encontrasen algun extranjero le tendrian por sacrílego y por víctima destinada á la muerte, y guiados de una bárbara supersticion, se creerian obligados á quitarle la vida[1]. — Á lo ménos, dijo Alfonso algo picado, debo á mi mala cabeza ó á mi ignorancia la ventaja de haber visto esas cuevas tan curiosas... — Yo no he tenido que pelear, interrumpió Thelismar; no he padecido ni la sed, ni la hambre, ni las intemperies del cielo, y finalmente no he causado á mis amigos las crueles inquietudes que Vd. á mí, y tambien he entrado en una cueva de Guanches... — ¿Pues cómo ha podido Vd. hacerlo?... — Yo sabia que habia estas cuevas, y tenia grandísimos deseos de ver una. Para conseguirlo, trabé amistad con un Guanche, le he servido en várias cosas, y al fin le he determinado á que me llevase secretamente á una de ellas. No hallando Alfonso qué decir contra estas razones de Thelismar, bajó los ojos, y calló.

De allí á poco prosiguió diciendo : Á lo ménos creo que lo que me resta que decirle á Vd. le hará alguna novedad. Despues de haber salido de la cueva anduve bastante tiempo sin saber adónde iba; ya por fin llegué á una laguna... — No diga Vd. mas, porque sé cuanto va á decirme... — ¿Cómo es posible, si yo estaba solo, y á

[1] Edens, viajante inglés, refiere que habiéndole proporcionado su profesion de médico ocasiones de hacer considerables servicios á los habitantes de las islas Canárias, obtuvo de ellos la libertad de visitar sus cuevas sepulcrales, favor que conceden á muy pocos, y que no se puede lograr á pesar de ellos sin exponer la vida á los mayores peligros.

Tienen en suma veneracion á los cuerpos de sus antepasados, y la curiosidad de los extranjeros es reputada entre ellos como una profanacion. Estas cuevas son sitios antiguamente cavados en las peñas ó formados naturalmente. Están los cuerpos cosidos en pellejos de cabras con correas de lo mismo, y las costuras tan iguales y tan lisas, que no se puede admirar demasiado el arte; pero lo que causa aun mas extrañeza, es que todos los cuerpos están casi enteros. Se halla igualmente en los de ambos sexos los ojos (pero cerrados), los cabellos, las orejas, la nariz, los labios, los dientes, la barba, etc.

nadie he dicho palabra?... — Despues de haber bebido agua cogió Vd. algunas frutas silvestres : luego se tendió sobre la yerba. De allí á poco se levantó una terrible tormenta... — ¡Válgame Dios! ¿De qué arte ó encanto se ha valido Vd. para saberlo? — De lo alto de la montaña bajó una columna; al pasar sobre la laguna la dejó seca, y... — ¡Qué oigo! explíqueme Vd. por Dios este nuevo prodigio. — En tanto que todo esto estaba sucediendo yo le veia á Vd... — ¿Pero adónde se hallaba Vd. entónces? — Aquí, en el terrado de casa... — Pero desde aquí adonde yo estaba hay cerca de tres leguas .. — Es muy cierto; pero á pesar de esa distancia, vuelvo á decir que le estaba á Vd. viendo... — Ya no puedo dudar, oh Thelismar, de que es Vd. mas que hombre natural... — Crea Vd., querido Alfonso, que no soy sino un hombre muy comun. — Explíqueme Vd., pues, este extraño enigma. — No me es posible hacerlo en un dia. Fácil me fuera hacerle á Vd. saber en un instante algunos nombres, é instruirle de varios efectos, pero esto sería tratarle como á un niño. ¿Desea Vd. conocer las causas y adquirir una instruccion fundamental? — Sí, señor, con tal que sea una instruccion capaz de hacerme comprender todo lo que Vd. hace. — Pues bien, yo le daré á Vd. libros, y despues que los haya leido con reflexion hablaremos, y principiaré á manifestarle los misterios que tanta admiracion le causan. — Déme Vd. prontamente esos libros preciosos, que yo le prometo leerlos con el mayor cuidado... desde ahora renuncio á toda otra clase de lectura. — No pretendo tanto; ántes al contrário : Vd. es aficionado á la poesía, no deje, pues, de leer versos, pero que sean escogidos; en vez de leer novelas, lea Vd. libros morales; dedique cada dia una parte de él á la lectura de los libros que le voy á dar; reflexione mas, hable ménos, y escuche mucho : no le pido á Vd. mas que esto.

Inmediatamente condujo Thelismar á Alfonso á su estudio, y dándole una docena de libros, le dijo : Cuando haya Vd. leido estas obras, le comunicaré un tesoro que acabará de instruirle perfectamente : vea Vd. ese cofrecito, en él se halla el precio que pretendo dar á la tarea que le impongo... — ¡Ah! dijo Alfonso, ¿no debo esperar nunca otro premio?... Al decir esto se detuvo, se le encendió el color y los ojos se le arrasaron en lágrimas. Alfonso, replicó Thelismar, yo le quiero á Vd. y le estimo; no pretendo ocultárselo; pero para obtener el precio á que Vd. aspira es preciso que se haga

digno de merecer todo mi afecto y confianza. ¡Oh padre mio, exclamó Alfonso arrojándose á los piés de Thelismar, padre amado!... permítame Vd. darle este dulce nombre: espérelo Vd. todo de mi amor. Sí, yo conseguiré esa preciosa confianza, ese afecto, sin el cual no podria vivir... ¿Dígame Vd. qué he de hacer para conseguirlo? — Corregirse de mil defectos, y sobre todo de la ridícula vanidad de que está poseido, salir de la ignorancia en que se halla, y adquirir conocimientos sólidos. — Todo me sera fácil... — Ya ha visto Vd. que le he hecho conocer que he leido su corazon: apruebo sus esperanzas; pero me ha de prometer que nunca me hablará del sentimiento interior que le ocupa... — ¡Oh cielos! ¿ni del objeto? — Nunca ha de pronunciar Vd. su nombre... — ¡Qué sentencia tan cruel! — No obstante se ha de sujetar Vd. á ella, considerando que si quiere conseguir mi estimacion ha de empezar haciéndome ver que tiene algun dominio sobre sus pasiones. — Pues bien; yo me sujeto con gusto á todo; ¿pero si Vd. me hablase de ella? — Entónces podrá Vd. responder: fuera de esto, nunca diga Vd. delante de mí palabra alguna que pueda tener relacion... — Obedeceré á Vd. puntualmente. Á lo ménos no me prohibe Vd. que piense en ella. — No, una vez que otra podrá Vd. hacerlo... — ¡Una vez que otra!... ¡Ah, en cada instante de mi vida!... — ¿Pues qué, ya se vuelve Vd. atras? — ¿Cómo? — ¿No acaba Vd. de prometerme que estudiará con aplicacion y actividad? — Sin duda. — ¿Pues cómo ha de ser esto si piensa Vd. continuamente en Dalinda? — ¡Dalinda!... Gracias á Dios que no soy yo quien ha pronunciado su nombre... — Alfonso... — ¡Ah! perdone Vd. que no me acordaba. — ¿Con que se obliga Vd. á apartar á Dalinda de su imaginacion siempre que lea ó que hablemos? — ¿No hablar ni pensar en ella, cómo he de poder cumplirlo? — Valiéndose de la razon no hay nada imposible al hombre. — ¡Pero este esfuerzo será tan penoso, tan cruel!... — ¿Con que no quiere Vd. prometérmelo? — No quiera Dios que yo piense así; mi sumision para con Vd. no tiene límites. No hay cosa que Vd. pueda mandarme en que yo deje de obedecerle.

En este paso concluyó la Marquesa su velada, y se separó de sus hijos, que en toda la noche no dejaron de soñar con *columnas ambulantes, y cuevas encantadas*. Creyeron al dia siguiente que su madre habia agotado en la última velada todo lo que habia podido

encontrar de mas extraño y maravilloso; pero ella les aseguró que cuanto habian oido hasta entónces era nada en comparacion de lo que les quedaba por oir, porque habia dejado para el fin las cosas mas admirables. Esta noticia acrecentó en gran manera la curiosidad de los niños, á la cual satisfizo su madre aquella noche prosiguiendo su cuento en estos términos:

Á pesar de la ley que le habia impuesto Thelismar, se contemplaba Alfonso el mas feliz de los hombres, veia su pasion aprobada por el padre mismo de Dalinda. Ya en fin podía entregarse al deleite de una esperanza bien fundada, y no le faltaba para ser del todo feliz sino una carta de don Ramiro que le asegurase el perdon que habia implorado.

Ántes de salir Thelismar de las islas Canárias quiso ver el famoso Pico de Tenerife[1]. Despues se embarcó para Cabo Verde. Durante la navegacion siguió Alfonso con mucho ardor el nuevo plan de estudio que Thelismar le habia señalado, pero le costaba mucho trabajo reprimir el deseo que continuamente le agitaba de hablar de su pasion. El temor de disgustar á Thelismar le detenia; sin embargo, de cuando en cuando soltaba algunas frases indirectas, y Thelismar hacia como que no entendia su verdadero sentido.

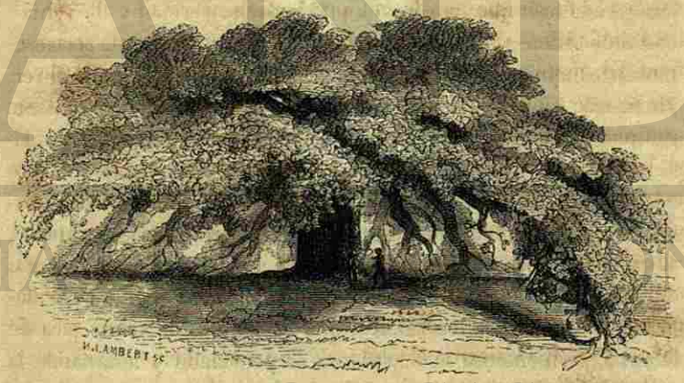
Finalmente, no pudiendo Alfonso tolerar mas tiempo esta sujecion, halló para librarse de ella un medio que le pareció exquisito. Guardaba siempre como un precioso tesoro el ceñidor de Dalinda: imaginó volvérselo á Thelismar, y aunque este sacrificio le era muy penoso, fácilmente se determinó á hacerlo, considerando que tendria el gusto de hablar de su amor y de Dalinda, y que Thelismar, que no veria en este procedimiento mas que una delicadeza estimable, quizás no querria tomarlo. Ocupado en esta idea, entra una mañana en el cuarto de Thelismar, y muy satisfecho le dice: Vengo á hacer una confesion que me costará un grande sacrificio. — ¿De qué se trata? — Es preciso primeramente que me permita Vd. hablar de ella... no lo deseo sino para acusarme y enmendar mi yerro. — Concedido: explíquese Vd. ya... Sin embargo apostaria que el

[1] Pico de Tenerife, por otro nombre montaña de *Teyde ó de Theyte*. Esta montaña, cuya figura se semeja á la de un pan de azúcar de Holanda, se levanta en medio de la isla de Tenerife. Su elevacion es tan prodigiosa que tiene mas de quince leguas de camino. No obstante se dice que el monte llamado *Chimborazo*, que hace parte de la cordillera de los Andes en el Perú, tiene aun mucha mas elevacion.

delito no es muy grave. — Á mí á lo ménos me lo parece... El sentimiento mas vivo, el mas tierno, un sentimiento que debe decidir para siempre de mi suerte... — Al caso ; ¿qué tiene Vd. que decirme? — ¡Ya sabe Vd. con qué extremo amo á Dalinda! — Alfonso, ese preámbulo no me gusta. — Pero es preciso. — No hay tal cosa, no se trata sino de confesarme una falta. — Pues bien : el dia que vi á Dalinda la primera vez, aquel dia en que empecé á vivir... despues que se ausentaron Vds., enajenado, oprimido del dolor, andaba sin saber por dónde como un demente buscando en vano las pisadas de Dalinda ; en fin arrastrado de un secreto encanto, me volví atras acercándome á la Fuente del Amor... la casualidad... ó mas bien la divinidad de la fuente compadecida de mi pena hizo que cayese en mis manos la prenda mas preciosa, la mas... — Seria el ceñidor de Dalinda, porque ahora me acuerdo que despues le echó de ménos. — Esta es, replicó Alfonso con afectacion, sacándola de su faltriquera, esta es la prenda, único consuelo de un amante desdichado ; estaba en mi poder sin el consentimiento de Vd. ; no me creo digno de poderla conservar. Un escrúpulo bien fundado me obliga á sacrificársela á Vd. — Y es muy bien hecho, replicó Thelismar ; démele Vd., añadió, tomando el ceñidor, yo me obligo á volvérselo luego que me dé una prueba de sinceridad y de verdadera confianza. — ¿Pues acaso, replicó Alfonso enteramente cortado, tiene Vd. motivo para dudar de una y otra ? — Y muy grande al ver que se vale Vd. para conmigo de artificios... — ¡Artificios ! — Se avergüenza Vd., Alfonso, y con razon ; pero me atrevo á creer que si Vd. hubiera conseguido engañarme, su confusion sería mucho mayor. ¿Con qué cara hubiera Vd. tolerado en esta ocasion mis elogios si me hubiese admirado de su candor y generosa escrupulosidad? — ¡Ah, dijo Alfonso enternecido, ya veo que conoce Vd. mi corazon mejor que yo mismo !... Es cierto que buscaba un pretexto para hablar libremente de Dalinda. — ¿Y creia Vd. poderme engañar, y que yo le dejaria el ceñidor ? — Yo mismo me engañaba... — Tampoco eso es verdad ; no nos es posible alucinarnos acerca de lo malo que puede haber en los motivos que nos hacen obrar. En vano busca nuestra razon pretextos especiosos para excusarnos : en vano nos decimos : *esta accion es noble, es justa*, el corazon y la conciencia dicen que no. — ¿Qué he hecho yo?... ¡Ah Thelismar ! ¿Me habrá hecho perder para siempre su estimacion de Vd. esta

falta, cuya gravedad conozco ahora tan claramente? — No por cierto, la ingenuidad con que Vd. la conoce, el arrepentimiento que noto, la educacion descuidada que le han dado, y la poca reflexion de que aun es capaz me inclinan á disculparle. Si yo le creyese artificioso no esperaria nada bueno de Vd. ; pero á pesar de la falsedad de que acaba de valerse, conozco en Vd. franqueza y candor ; su corazon es sensible y generoso, y creo firmemente, querido Alfonso, que conseguirá Vd. corregirse de todos sus defectos. Esta conclusion consoló algun tanto á Alfonso, que se prometió desde luego no dejar pasar ocasion de manifestarle la mayor sinceridad y confianza.

Desembarcaron nuestros viajantes primeramente en la isla de Gorea[1] ; de allí se dirigieron á Rufisco[2], y desde Rufisco fueron por tierra hasta el fuerte de San Luis en el Senegal. Vieron á los *Sereres*, nacion de indios negros, cuyas costumbres puras y sencillas, juntamente con su hospitalidad, no dejaron de admirarlos : estas virtudes las deben sin duda á su amor al trabajo y á la agricultura ; lo que los distingue mas que todo de los demas indios, que en general son perezosos, y menosprecian el cultivo de las tierras.



Una tarde que Thelismar, Alfonso, y otros varios que caminaban con ellos, pasaban por un desierto árido, vieron un árbol maravilloso, cuya altura á la verdad no era mas que de setenta ú ochenta

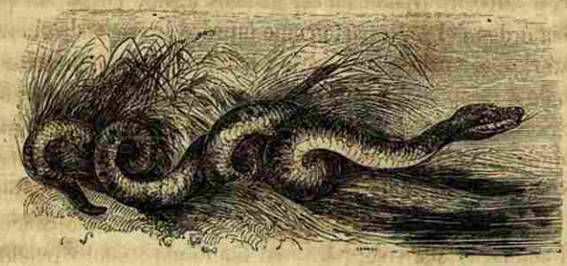
[1] Esta isla pertenece á los franceses. Está á seis leguas del Cabo Verde.
[2] Rufisco está á tres leguas de la isla de Gorea.

piés, pero su tronco enorme tendria unos noventa de circunferencia. Las primeras ramas de este árbol se extendian casi horizontalmente, y como eran sumamente gruesas y muy largas, su propio peso hacia que sus extremos llegasen casi al suelo, de manera que este árbol solo formaba un dilatado toldo capaz de contener bajo de su sombra trescientas ó cuatrocientas personas[1]. Despues de haber admirado aquella rara produccion de la naturaleza, continuaron su viaje. Á poco trecho del árbol encontraron un leon tendido en el suelo que al parecer estaba muerto. Empeñóse Alfonso en irle á ver de cerca, y Thelismar le acompañó. Al acercarse conocieron que el animal estaba vivo, pero casi espirando : estaba tendido sin movimiento alguno; tenia la boca entreabierta, ensangrentada y llena de hormigas. Alfonso se compadeció de él; le limpió con su pañuelo la boca, quitándole todas las hormigas que le atormentaban, y despues sacando de su faltriquera una botella llena de agua se la hizo beber toda, en tanto que Thelismar tenia una pistola amartillada puesta contra una oreja del enfermo, por si acaso recobraba con demasiada prontitud su salud y fuerzas. Algo mas aliviado el leon, volvió los ojos á Alfonso, el que creyó notar en ellos alguna expresion de agradecimiento, y no le abandonó hasta que le hubo franqueado todos los socorros que pudo darle.

Yendo Alfonso y Thelismar á juntarse con su caravana, atravesaron un campo cubierto de yerba sumamente alta. Al salir de él, Thelismar, que iba delante, y que no advirtió un barranco bastante profundo, cayó en él y desapareció enteramente á los ojos de Alfonso. Llega este corriendo y ve á Thelismar sentado, que le dice que al caer se ha dado un golpe, y que no puede sin su ayuda levantarse ni seguir andando. Acércase Alfonso para cogerle en brazos, al mismo tiempo oye un silbido horrible, y repara al otro extremo del barranco enfrente de Thelismar una serpiente monstruosa matizada de varios y vivos colores, que tenia cerca de veinte piés de largo. Este monstruo se adelantaba serpenteando y levantando la cabeza hácia Thelismar, el que haciendo un esfuerzo para levantarse y huir no pudo tenerse en pié, y cayó tendido sobre la yerba. Alfonso se arroja al barranco, se pone entre Thelismar y la serpiente, y desenvainando su sable se precipita sobre el formidable

[1] Los franceses llaman á este árbol *calabacero* (baobab), y su fruta *pan de monos*.

reptil, dándole una cuchillada tan firme y segura que le divide en dos partes. Entónces acercándose á Thelismar le ayuda á levantarse



y le saca del barranco. Thelismar le abraza, diciéndole : Acaba Vd. de darme la vida, porque yo no podia ni defenderme ni huir; la serpiente iba á arrojarse á mí, y su mordedura es mortal. Yo le prometo á Vd. que Dalinda sabrá este suceso. Alfonso demasiado enternecido para poder responder, le dió un estrecho abrazo. Poco á poco, dijo Thelismar sonriéndose, mire Vd. que tengo roto el brazo derecho... — ¡Oh Dios mio! exclamó Alfonso. — ¿Pues á no ser esto no me hubiera yo valido de mis armas? — Y no se ha quejado Vd. nada... — No es Vd., Alfonso mio, quien debe extrañar el valor en otros. — ¡Oh padre mio! no le tengo para verle á Vd. padecer. Vamos á alcanzar á los demas caminantes... Diciendo esto, levanta con cuidado á Thelismar, le pone sobre sus hombros, y á pesar de su resistencia le lleva sin pararse hasta el sitio en donde esperaban los demas viajantes.

Thelismar se vió precisado á detenerse en una choza de negros que le hicieron buena acogida. Llevaba en su compañía un cirujano que le curó el brazo, y al cabo de diez dias siguió su viaje. Llegaron al país de los Fulis. El rey de estos salvajes se llama Siratick; algunos viajeros dan tambien este nombre á sus estados. El Siratick acogió á los europeos con mucha humanidad, y les propuso si querian acompañarle á la caza de un leon que pocos dias ántes habia hecho grandes estragos en las inmediaciones. El rey, jóven y valeroso, queriendo hacer alarde delante de los extranjeros de su destreza y ánimo, quiso combatir con el leon. Luego que le descubrieron hizo detener á su comitiva y á los forasteros; les dió órden de estarse quietos en sus puestos, y montado en un excelente caballo,

sale al encuentro al animal furioso, que al verle se arroja hácia él precipitado. El Siratick le dispara una flecha. Sintiéndose el leon herido se adelanta dando un espantoso rugido. Entónces Alfonso olvida la órden del rey : parte como un rayo, y creyendo al Siratick en gran riesgo, vuela á socorrerle : llevaba el sable en la mano, y corriendo á escape, al pasar cerca de un árbol chocó con él con tanta violencia, que el sable se le hizo mil pezados. Alfonso, casi fuera de la silla con este violento golpe, cae, y su caballo con él : á este tiempo el leon, que al ver venir hácia sí un hombre armado, habia abandonado al Siratick para abalanzarse á este nuevo contrário, embiste á Alfonso, y clava sus temibles garras en los pechos del caballo. Al verse Alfonso desarmado y sin defensa creyó su muerte inevitable. Los negros no se atrevian á disparar sus flechas contra el animal por no herir á Alfonso. Thelismar habia querido seguir á Alfonso cuando partió corriendo, pero los negros ya irritados del atrevimiento de su compañero se habian opuesto con violencia á su intento, y le detenian á pesar de sus voces, su furor y desesperacion. ¡Cuál se quedó al ver que el leon se arrojaba á Alfonso! ¡Infeliz muchacho! exclamó... ¡Pero qué pasmo, qué alegría no esperada! Apénas mira el leon su presa, cuando al punto



pierde todo su furor; se acerca á Alfonso, y levantando una de sus manos ensangrentada, la pone con suavidad sobre la de Alfonso, y parece que le enseña la herida pidiéndole socorro. Se estremece Alfonso, y acordándose del suceso del leon moribundo que habia

encontrado algunos dias ántes : ¡Noble animal, exclama, ya te conozco! ¡Ojalá que tu ejemplo sirva eternamente de confusion á los ingratos que borran de su memoria el recuerdo de un beneficio!... Sí, ya que tu agradecimiento me da la vida, yo quiero salvar la tuya otra vez y defenderla, si es preciso, á costa de la mia. Entre tanto restañaba la sangre que corria de la herida del leon, y rasgando su pañuelo compuso unas vendas con que le sujetó y ató la mano herida. Thelismar y los indios consideraban este espectáculo con igual espanto y admiracion. En fin, Alfonso se levanta : el leon se vuelve á acercar á él, lame los piés de su bienhechor, y le hace mil caricias. Despues Alfonso se aparta poco á poco : el leon se detiene, le mira un instante, y volviendo la espalda de improviso se mete corriendo en un monte inmediato, y desaparece dejando atónitos á todos los espectadores de tan extraño suceso [1].

[1] Los franceses del fuerte de San Luis tenian una leona que guardaban encadenada; sobrevínole un tumor en una quijada... y á poco tiempo estuvo á los últimos. Los del fuerte le quitaron la cadena y arrojaron su cuerpo en un campo inmediato. En esta situacion estaba cuando el señor Compagnon, autor del Viaje de Bambuk, la vió volviendo de caza; tenia los ojos cerrados, la boca abierta, y ya llena de hormigas. Tuvo compasion de este pobre animal, le lavó la garganta con agua, y le hizo tragar un poco de leche. Un remedio tan sencillo produjo efectos maravillosos; volvieron á traer la leona al fuerte, y poco á poco se restableció, pero sin olvidar á aquel á quien debia tan grande beneficio. Cobró tanto cariño á su bienhechor, que no queria tomar nada sino de su mano, y cuando estuvo del todo curada, le seguia en la isla con un cordon al cuello lo mismo que un perro de los mas mansos.

Habiéndose escapado de su jaula un leon del Gran Duque de Toscana, entró en la ciudad de Florencia causando mucho espanto. Entre los fugitivos se halló una mujer con su niño en brazos, al cual con el susto dejó caer. Lo cogió el leon en ademan de devorarle, cuando la madre llevada del mas tierno movimiento de la naturaleza, vuelve atras, se arroja á los piés del leon y le pide su niño. Este la mira con atencion, y movido al parecer de sus gritos y lágrimas, se aparta del niño sin haberle hecho el menor mal... ¿Sería acaso porque las desgracias y desesperacion tienen en sí una expresion que se hace comprensible á las fieras mas bravas? Pero lo mas admirable en este lance, es sin duda alguna aquel movimiento ciego y sublime que precipita á la madre á los piés del feroz bruto, terror de toda la naturaleza : este olvido de la razon, muy superior á la razon misma, y que hace recurrir á esta mujer desesperada á la compasion del monstruo mismo que no anhela mas que mortandad y estragos, indica bien el instinto de los grandes dolores que suponen siempre la imposibilidad de no mover á piedad.

Lo cierto es, dice Mr. de Buffon, que el leon, cogido jóven y criado entre animales domésticos, se acostumbra fácilmente á vivir, y aun á jugar inocentemente con ellos; que es dócil para con sus amos, y aun cariñoso, principalmente en su primera edad, y que si algunas veces su natural ferocidad se manifiesta, raras veces la emplea contra los que le hicieron bien... Pudiera citar muchos sucesos particulares, en los cuales confieso haber hallado alguna exageracion, pero que no obstante están bastantemente fundados, para que reunidos prueben á lo ménos que su cólera es noble, su ánimo magnánimo, y su natural sensible. Muchas veces se le ha visto desdeñarse de acometer débiles ene-

Thelismar, despues de haber estrechado entre sus brazos á Alfonso, y haberle abrazado con el afecto del padre mas amoroso, le reprendió su temeridad é imprudencia. Si hubiese Vd. tomado informes, le dijo, acerca de esta caza, ó por mejor decir, si hubiese escuchado los pormenores que de ella nos han contado, habria sabido que el Siratick no corria riesgo alguno; que ejercitado en esta clase de luchas, aguardaba al leon para meterle un chuzo por la boca; y que despues apeándose del caballo le habria acabado á sablazos. Yo le prometo á Vd., dijo Alfonso, informarme mejor en adelante, y ser mas prudente. Pero al fin por lo ménos he salvado la vida á mi leon, á ese generoso animal... — Sí, pero el Siratick está ofendido del poco caso que ha hecho Vd. de sus órdenes, y á pesar del motivo que para ello ha tenido, no le perdona el haberle quitado el honor de la victoria : por tanto, me parece que haremos bien en no estar mas tiempo en su corte.

En efecto, á la mañana siguiente Thelismar, Alfonso y los demas viajeros salieron de Ghiorel, y continuaron siguiendo el curso del Senegal hasta el lugar de Embakane, próximo á las fronteras del reino de Galam. Pasaron despues el rio Gambia, atravesaron el reino de Farim[1], y despues de haber recorrido gran parte de aquellas tierras llegaron á Guinea.

En este país tuvo Alfonso un encuentro que le sorprendió en gran manera. Atravesaba un bosque, é iba hablando con Thelismar acerca de la inmortalidad del alma. ¿Podrá Vd. creer, dijo Thelismar, que hay hombres tan irracionales, que afirman que no tenemos mas ventaja sobre los brutos que la de una conformacion exterior mas perfecta; y que han dicho expresamente, que si el caballo (animal tan inteligente) tuviese, en vez del casco que termina sus brazos, una mano ágil como la nuestra, haria todo cuanto nosotros hacemos[2]? — Pues qué ¿podria dibujar y pintar?... — ¿Qué le parece á Vd.? — Yo no lo creo; podria cuando mas conformar ó

migos, menospreciar sus insultos y perdonarles libertades ofensivas : se ha visto á este animal cautivo, estar triste sin enfadarse, tomar al contrário costumbres dóciles, obedecer á su amo, acariciar la mano del que le alimenta, dar lado por este acto generoso, continuarles despues la misma proteccion, vivir quietamente en su compañía, repartir con ellos su alimento, y aun dejárselo quitar enteramente, y padecer mas bien el extremo de la hambre, que perder el blason de su primera generosidad.

[1] O de Santo Domingo.

[2] Este extraño raciocinio se encuentra en una obra intituleda : *De l'Esprit*.

hacer algunas imitaciones imperfectas. — El papagayo, las urracas, los tordos y otras muchas aves pueden hablar, y repiten bien algunas palabras que han aprendido, pero no pueden ni comprenderlas, ni por consiguiente aplicarlas en sazon; fuera de que hay animales cuya conformacion tanto exterior como interior es perfectamente semejante á la del hombre, que andan como nosotros, tienen manos como las nuestras, y que no solo no fabrican palacios ni cabañas, sino que aun son ménos industriosos que otros muchos animales. — Vd. quiere decir los monos; en efecto tienen sus manecitas pare-



cidas á las nuestras, y muy diestras. ¿Y qué dicen á eso los autores que desean que el caballo tenga manos? — Convienen en que el mono por su figura sería capaz de hacer todo lo que hace el hombre; pero añaden que su natural desasosiego se lo estorba; que está en contínuo movimiento, y que á no ser por esta inquietud y viveza, sería igual al hombre[1]. — No obstante no hablaria. — No, aunque en ciertas especies, la lengua y los órganos de la voz sean los mismos que en el hombre, y que el cerebro sea absolutamente de la misma figura y tamaño que el nuestro. — ¡El cerebro del mismo tamaño, cómo es posible siendo el mono tan chico!... — ¿Y Vd. cree que conoce todas las especies de monos? — Creo que sí. —

[1] Todo lo que acaba de decir Thelismar se halla exactamente en la misma obra intitulada : *De l'Esprit*.

¿Y todos los que Vd. ha visto eran vivos y turbulentos? — Seguramente; y por tanto este reparo de los autores de que estamos hablando me parece bastante justo. Porque en efecto, tengo casi por cierto que unos entes que están siempre en movimiento contínuo, por mas bien conformados que sean, siempre serán incapaces de aprender... — ¿Y si yo le hiciese á Vd. ver que esa objecion que tanta fuerza le hace es hija solo de una profunda ignorancia de las cosas que todos saben? — ¡Pues cómo! ¿hombres que componen un libro podrán ignorar cosas generalmente conocidas?... — Esa duda, querido Alfonso, es la mayor prueba de que Vd. ha leido muy poco... No bien habia dicho Thelismar estas palabras, cuando Alfonso hizo un gesto de admiracion, y dándole con el codo le dijo : Vea Vd. allá bajo, repare Vd. la extraña figura que está sentada al pié de aquel árbol.

Concluyamos aquí la velada, dijo madama de Clemira, dejando de leer; esta noche me siento el pecho algo cansado. Estas palabras taparon la boca á todos, aunque de buena gana hubieran oido alguna explicacion acerca de la *extraña figura*.

Al dia siguiente, á la hora acostumbrada, la Marquesa prosiguió leyendo su manuscrito como se sigue :

Levantó Thelismar la cabeza, y despues mirando á Alfonso le dijo : ¿Qué piensa Vd. de aquella figura? — Pienso que es un salvaje, replicó Alfonso, pero es muy feo... ahora se levanta, tiene un palo en la mano... parece que huye de nosotros. — ¿Con que Vd. cree de cierto que es un hombre? — No hay duda. — ¿Y si fuese un mono? — ¡Un mono tan alto! Es mayor que yo, anda naturalmente como nosotros, y sus piernas son en todo parecidas á las nuestras. — Pues á pesar de todo eso es una bestia irracional[1]. « Pero tan « singular que no puede el hombre verle sin entrar en su interior, « conociendo y convenciéndose de que su cuerpo no es la parte mas « esencial de su naturaleza. » — Me deja Vd. admirado!... ¿Y aquel mono que estaba sentado con tanto sosiego al pié de aquel árbol, tiene como los monos chicos el movimiento contínuo y precipitado? — Nada de eso; « su modo de andar es lento, sus movimientos « mesurados, su natural dócil, y muy diverso de las otras especies « de monos[2]. » — Pues á fe que no dirán de este los autores de que

[1] El *orang-outang* : los hay que tienen mas de seis piés de alto.

[2] Hablando de un mono de otra especie llamado *gibbon*, dice el conde de Buffon

hablábamos ántes, « que tiene casco en las manos como el caballo; » ántes al contrário, es mas alto que nosotros, y su estructura igual en todo á la nuestra. — « No ha querido el Criador hacer para el « cuerpo del hombre un modelo del todo distinto del de cualquiera « otro animal... pero al tiempo mismo que le ha concedido esta « forma material semejante á la del mono, ha penetrado este cuerpo « animal con un soplo divino : si hubiese concedido el mismo don, « no digo al mono, pero aun á la especie ó al animal mas imperfecto « y torpe, esta especie ó este animal hubiera competido con el hom- « bre, y vivificada con el entendimiento hubiera adelantado á todos « los demas animales, puesto que hubiera podido pensar y hablar. « Asi es, que por mucha semejanza que haya entre el Hotentote y « el mono, el espacio que los separa es inmenso, siendo así que el « interior de aquel está adornado con la facultad de pensar, y el « exterior con la del habla[1]. »

Estas razones admiraron á Alfonso. Yo quisiera, dijo á Thelismar, saber qué responden á esto los autores que pretenden que solo somos superiores á los animales por razon de nuestra figura. — No conocen el animal que Vd. acaba de ver, como ni tampoco otras muchas especies semejantes que varios viajeros han descrito; no obstante sus obras son modernas, y como ya tengo dicho, estas cosas son casi generalmente conocidas. Al pronunciar Thelismar estas palabras se hallaron á las orillas de un lago rodeado de peñascos, y la guia que los acompañaba les propuso que se parasen para aguardar á los demas caminantes, que se habian quedado algo atras. Thelismar se sentó á la sombra de algunos árboles, y sacando dos libros de su faltriquera, dando uno de ellos á Alfonso, le indicó un capítulo, diciéndole que lo leyese con atencion. Díjole este que así lo haria, añadiendo que iba á sentarse solo algun trecho de allí para leer con ménos distraccion. En efecto se aparta, y despues de haber andado doscientos pasos se sienta á la orilla del lago; pero en vez de leer empieza á cabilar. El murmullo de las aguas, los peñascos, y lo fresco de la yerba, todo le trae á la memoria un recuerdo que no puede desechar de su imaginacion. Cree que se halla

« Este mono nos ha parecido muy quieto, y su natural muy dócil; sus movimientos no son ni muy vivos ni precipitados, y tomaba suavemente lo que se le daba para comer, etc. »

[1] El mismo conde de Buffon.

en la Fuente del Amor; cree que está viendo á Dalinda, y solo piensa en ella; finalmente no puede ya resistir al deseo de pronunciar un nombre tan querido, y cierto de que Thelismar no puede oirle, canta en voz baja una cancion que habia compuesto para Dalinda. Al acabar el último verso de su cancion oye pasos, vuelve la cabeza, y ve á Thelismar que se le acerca : calla inmediatamente, y vuelve á abrir su libro. Pero en el mismo instante, una voz dulce y sonora, que al parecer salia de los peñascos, vuelve á cantar palabra por palabra la copla que él acaba de cantar. Al acercarse Thelismar oye repetir el nombre de Dalinda, y crece su admiracion al ver que no es Alfonso quien canta. No es ménos el pasmo de Alfonso. Apénas hubo acabado la voz de cantar, cuando yendo á preguntar á Thelismar acerca de este prodigio, otra voz se lo estorbó volviendo á repetir la propia cancion con la misma exactitud. No bien la segunda habia acabado, cuando otra, que al parecer venia de distinta parte, volvió á hacer lo mismo que las dos antecedentes, aunque en tono mas bajo, y luego que ésta concluyó se acabó el concierto[1].

¡Qué encanto es este! exclamó Alfonso. — Convengamos, dijo Thelismar riendo, en que los faunos y silvanos de estos peñascos son muy malos confidentes; las ninfas de la Fuente del Amor eran mas calladas; pero vuélvame Vd. mi libro, y dígame si le ha gustado el capítulo que le dije que leyese. Turbado Alfonso, no dió mas respuesta que un suspiro, y Thelismar mudando de conversacion fué con él á juntarse con sus compañeros de viaje.

Pasaron por la Costa de Oro, el reino de Juida, y el de Benin, en el cual hallaron los naturales ménos crueles y mas civilizados que sus comarcanos. Atravesaron el Congo, y en este país fué en donde Alfonso estuvo á pique de perder la vida por un efecto de su impetuosidad y natural imprudencia. Iba caminando la tropa de viajeros, y Alfonso solo delante de ellos á unos trescientos pasos de distancia. Se iban acercando á una gran laguna rodeada de cabañas de negros, cuando Alfonso, levantando los ojos, creyó ver al otro lado del estanque una larga pared de ladrillos á la orilla de él. No pudiendo comprender con qué fin habrian levantado allí aquella pared, apretó el paso para irla á ver de cerca; pero al llegar advirtió que aquella supuesta pared se meneaba : entónces creyó distinguir claramente, en lugar de una pared, muchos soldados vestidos de encarnado y puestos en órden de batalla. Reparó en algunas centinelas avanzadas, y conoció tambien que le habian visto, porque al punto que le atisbaron avisaron á su tropa, y el aire retumbó con un sonido parecido al de muchas trompetas. Detúvose Alfonso, y estaba dudoso en si se adelantaria ó volveria atras, cuando vió que toda aquella tropa se conmovia, se levantaba del suelo, y finalmente echaba á volar. Entónces conoció que aquel formidable escuadron no era sino una bandada de pájaros grandísimos, de color encarnado, pero tan brillante, que cuando empezaron á volar sus alas parecian de fuego. Llevaba Alfonso su escopeta, y deseando que Thelismar viese alguno de aquellos pájaros extraordinarios, disparó al monton, y mató uno. Al estruendo del tiro salieron de sus cabañas algunos negros, y al ver que Alfonso se llevaba arrastrando el pájaro que habia muerto, prorumpieron en horribles gritos, á los cuales s..eron los demas, y reuniéndose todos acometieron á Alfonso, que ..i un instante se vió cubierto de una nube de piedras y de flechas. Era su muerte inevitable á no haber llegado al mismo tiempo Thelismar y el resto de los viajantes. Los negros echaron á huir, y Alfonso se vió libre á costa de algunas leves heridas y de una fuerte reprension de Thelismar, de quien supo que aquellos negros tenian en tanta veneracion al pájaro que habia muerto, que no permitian se le hiciese daño alguno, y que asimismo se creian obligados á vengar la muerte de aquellos animales, sagrados para ellos. Supo asimismo que lo que él habia juzgado sonido de trompetas no era sino el grito de estos mismos pájaros, tan fuerte y penetrante, que se oia á mas de un cuarto de legua de distancia. Este último suceso fué causa de que en adelante tuviese mas circunspeccion, y de que comprendiese que la prudencia es prenda tan precisa como apreciable[1].

[1] Era un eco.

[1] Este pájaro se llama *flamenco, fenicóptero ó becarudo*. Los Griegos le llamaban *phenicópteros*, voz que en su idioma significaba *pájaro con alas de llama*, porque en efecto, cuando vuela opuesto al sol aparece ardiente como un ascua. El plumaje de los jóvenes es de color de rosa, y cuando tienen diez meses sus plumas adquieren el color de fuego. Nuestros mas antiguos naturalistas franceses llamaban á este pájaro *flambant*, y poco despues, dice Mr. de Buffon, olvidada la etimología se acostumbraron á escribir *flammant*, y de un pájaro de color de fuego ó de llama hicieron un pájaro de Flándes, y aun le supusieron algunas relaciones con los habitantes de aquellas provincias donde

Prosiguiendo Thelismar su viaje se detuvo en algunas tribus de salvajes, cuyas costumbres deseaba conocer; pero de todos los pueblos bárbaros del África la nacion que le pareció mas apreciable fué la de los Hotentotes. Sus virtudes exceden á sus vicios : cumplen exactamente con las obligaciones de la amistad y hospitalidad; finalmente su amor á la justicia, su valor, su bondad y su continencia los hacen superiores á todos los demas salvajes. Es de notar que la juventud entre los Hotentotes hasta los diez y ocho años está enteramente fiada al cuidado de las madres. Cuando llegan á esta edad comienzan los muchachos á tratar con los hombres, y hasta entónces no tienen comunicacion alguna con ellos, ni aun con su propio padre.

En el tiempo que estuvieron entre los Hotentotes, una mañana se paseaba Thelismar con Alfonso. La guia llevaba en un saco las provisiones porque habian determinado comer en el campo. Al pasar por un tronco que servia de puente á un riachuelo, dejó la guia caer en el agua el saco con todo lo que estaba dentro, y temiendo sin duda el enojo de los dos, al instante echó á huir y desapareció. Este azar contristó muchísimo á Alfonso que ya se moria de hambre. Sé fijamente, le dijo Thelismar, que volveré á encontrar el camino, pero ántes será mejor que descansemos un rato á la sombra de estos árboles. En efecto se sentaron sobre la yerba, y Alfonso se quejaba amargamente de la precision en que se hallaban de andar una legua ántes de comer, cuando Thelismar le hizo callar, diciéndole : *Escuchemos*. Al instante oyó Alfonso un grito muy agudo, al cual respondió Thelismar con otro, aunque algo ménos fuerte, y

nunca se ha visto. No es el único distintivo de esta ave su hermoso color; su pico de una figura extraordinaria... sus piernas de excesiva altura, su cuello largo y delgado, su cuerpo montado á mayor altura, bien que mas pequeño que el de la cigüeña, presentan una figura de extraña belleza, y de una especie distinguida entre los grandes pájaros acuátiles.

Este pájaro se halla en el antiguo continente desde las costas del Mediterránco hasta la punta mas austral del Africa. Se hallan en gran número en las provincias occidentales del Africa, en Angola y en el Congo, en donde por respeto supersticioso no permiten los Negros que se mate ninguno de estos pájaros... El flamenco es ciertamente ave trasmigrante : se ve gran número de ellos en la isla de Santo Domingo, una de las Antíllas... Siempre van á bandadas, se forman naturalmente en fila, lo que visto á cierta distancia, parece como una pared de ladrillos, y de mas cerca, soldados puestos en fila. Establecen centinelas, y cuando estos descubren algo que los asusta, dan un graznido retumbante que se oye de léjos, y parecido al sonido de una trompeta; entónces toda la bandada echa á volar. Su carne es comida estimada. Los antiguos hablaron de ellos como de una caza exquisita, etc.

levantándose : Venga Vd., Alfonso, le dijo, ya que tiene tanta hambre voy á darle de comer. Dicho esto, dió tres ó cuatro gritos, y Alfonso ve un hermoso pájaro de color verde y blanco que volaba delante de ellos. Sigamos á esta nueva guia, dijo Thelismar, que me parece nos ha de desquitar de la pérdida de la que nos ha dejado. Á todo esto no sabía Alfonso qué pensar; callaba y andaba mirando atentamente al pájaro, el cual á poco rato se paró sobre un árbol, cuyo tronco estaba hueco. Parémonos tambien, le dijo Thelismar, el pájaro vendrá á buscarnos si tiene algo de bueno que descubrirnos. Así sucedió, porque viendo el pájaro que tardaban en acercarse, vuelve á dar gritos, se acerca á ellos, se pone otra vez en el árbol, y despues revoloteando se lo indica de un modo particular. Vamos, pues, dijo Thelismar, él nos convida á comer de tan buena gana, que no es posible dejar de admitir su convite. Diciendo esto se acerca al pájaro, y Alfonso se queda pasmado al encontrar en el hueco del árbol una colmena llena de miel. En tanto que los viajantes trabajaban en coger la miel, el pájaro se habia puesto sobre un árbol inmediato, y parecia que observaba con suma atencion lo que se hacia. Es muy justo, dijo Thelismar, que tenga parte en la presa; en efecto, habiendo Alfonso puesto medio panal sobre unas hojas, no bien se habian ellos apartado del árbol cuando el pájaro fué á comérselo. El mismo pájaro les enseñó en média hora de tiempo otras dos colmenas, y Alfonso harto de miel emprendió alegremente su camino[1].

[1] Este pájaro se llama el *Cuco indicador*. En lo interior del Africa, dice Mr. de Buffon, á cierta distancia del Cabo de Buena Esperanza es en donde se halla esta ave conocida por su natural instinto de indicar los nidos de las abejas silvestres. Al salir del sol y al anochecer, es el tiempo en que se oye su grito *cherrs, cherrs*, que es muy agudo, y parece llamar á los cazadores y otras personas que buscan la miel en los desiertos. Estos le responden con tono mas grave arrimándose siempre. Luego que los descubre, comienza á volar al rededor del sitio donde sabe que hay alguna miel, y si tardan los cazadores en llegar redobla sus gritos, les sale al encuentro, y despues vuelve á su puesto; se pára en un árbol inmediato y revolotea, indicándoles de un modo muy perceptible el lugar que oculta la miel. No omite ninguna diligencia para incitarlos á aprovecharse del pequeño tesoro que ha descubierto, y del cual no puede verosímilmente gozar sin el auxilio del hombre, sea porque la entrada de la colmena es demasiado angosta, sea por otras circunstancias que no explica el observador.

No es esto un cuento de viajante; es la observacion de un hombre instruido, que asistió á la destruccion de muchas repúblicas de abejas, víctimas de la traicion de esta pequeña espía, y que da cuenta de lo que ha visto á la Real Sociedad de Londres. Hé aquí la descripcion que hizo de la hembra despues de haber logrado los dos solos individuos que pudo adquirir habiéndolos muerto, causando el mayor escándalo á los

Al irse Thelismar del país de los Hotentotes se embarcó para la isla de Madagascar. En seguida recorrió toda la costa oriental del África, y dejando esta parte del mundo, despues de una corta mansion en la isla de Socotora, desembarcó en la Arabia Feliz. Vió la Meca, Medina; atravesó una parte del desierto, y volviendo á entrar en África por el Istmo de Suez, llegó al Cairo. Admiró las famosas pirámides de Egypto[1]. De allí fué á Alejandría, y hallando un navío que iba á hacerse á la vela, se embarcó para la isla de Thera[2].

En los dos meses anteriores habia Thelismar leido várias veces con Alfonso las traducciones de la Iliada y Odisea. Apartándose Alfonso con gusto del abrasado y bárbaro clima del África, se volvió á ver con inexplicable contento bajo el hermoso cielo de la Grecia, y en sitios en donde todo le traia á la memoria las agradables ficciones de la fábula y las costumbres puras y sencillas que pinta Homero. Al desembarcar en la isla de Thera supieron que el volcan que habia en ella causaba mucha inquietud á sus habitantes á causa de que parecia que iba á hacer alguna erupcion; que echaba humo, y de cuando en cuando algunas piedras. Al amanecer del dia siguiente hicieron nuestros viajeros que los guiasen hácia el volcan. Ya estaban á una legua de él cuando la guia que los llevaba se paró diciéndoles, que oia un ruido extraordinario : paráronse ellos tambien, y escuchando con atencion, oyeron una especie de bramidos que al parecer salian de lo hondo del mar. Á pesar de esto prosiguieron andando aun otro cuarto de legua; pero á medida que se acercaban eran los bramidos

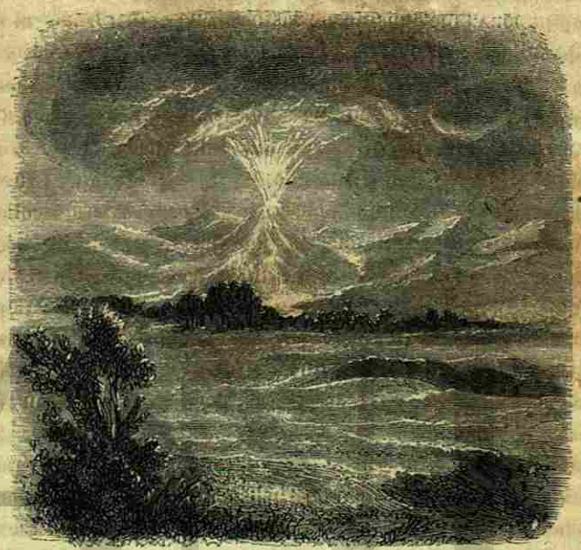
Hotentotes; puesto que en todo país la existencia de un ser útil se mira como objeto precioso. Tiene la parte superior de la cabeza gris, la delantera del cuello y el pecho blanquecino, con un matiz verde que va perdiéndose, y queda casi insensible sobre el pecho; tiene el vientre blanco... el pico pardo en su basa, amarillo en su punta; los pies negros... la longitud total seis pulgadas y média, y el pico unas seis líneas.

[1] Las pirámides de Egipto fueron edificadas para servir de sepulcro á los soberanos que las mandaron hacer. Los Egipcios de menor esfera, en vez de pirámides, se hacian aquellas cuevas que se descubren cada dia, en las cuales se hallan momias.

Todas las pirámides tienen una abertura que da paso á un corredor bajo muy largo que conduce á un cuarto en donde los antiguos Egipcios ponian los cuerpos de aquellos para quienes se habian hecho las pirámides. Todas estaban colocadas con mucha regularidad : cada una de las tres grandes, que aun existen, están situadas á la cabeza de otras pequeñas, que apénas se ven por estar cubiertas de arena; todas están fundadas sobre un peñasco liso escondido debajo de arena blanca. En todas hay pozos hondos cuadrados y abiertos en la peña viva. Las paredes de algunas tienen figuras jeroglíficas abiertas tambien en el peñasco.

[2] Isla del Archipiélago al Norte de Candia. Es una de las que se llaman *Santorino* ó *Santorini*, á causa de ser Santa Irene patrona de ellas.

mas fuertes, y acompañados de horrorosos silbidos. En el mismo instante observaron que el humo del volcan se condensaba, y se volvia encarnado. Volvámonos atras, dijo Thelismar : y apénas hubo dicho esto cuando oyó un ruido espantoso, y volviendo la cabeza al mismo tiempo que huian hácia el mar, ven la montaña abrasada.



cubierta de llamas que se levantaban por los aires hasta perderse de vista, y arrojando por todas partes un sinnúmero de centellas y chorros de fuego resplandeciente. Atemorizada la guia, se pierde, y los encamina por una senda que los hizo acercarse mas al volcan. Entónces se hallaron enfrente de la formidable montaña en medio de una pradera rodeada de árboles : miran con horror desprenderse de la montaña varios torrentes de fuego que corriendo impetuosamente desde lo alto se esparcen por la llanura, y abrasan y talan cuanto se les presenta. Á su llegada veian marchitarse la yerba y las flores, las hojas se secaban y caian de los árboles; desaparecian los arroyos, secábanse las fuentes, y los pájaros atolondrados caian al suelo desde las ramas ya medio quemadas. Al mismo tiempo las nubes abrasadoras de cenizas espesas y blanquecinas, esparciéndose en forma de lluvia oscurecian el aire, y una tempestad de piedras

que caia por todas partes destrozaba y arrancaba los árboles, despeñándose con un estrépito espantoso desde los montes á los valles, y retumbando á lo léjos sobre los peñascos circunvecinos. Huyeron Alfonso y Thelismar precipitadamente de aquellos sitios asolados, y despues de haber andado perdidos algun tiempo por sendas no conocidas, llegaron por fin á la orilla del mar. Al acercarse á la playa juzgaron por el movimiento de las olas que el mar estaba violentamente agitado : en efecto, á pesar de que no soplaba viento alguno les presentó el espectáculo de una furiosa borrasca. Estaban considerando este fenómeno con una admiracion que fué mucho mayor cuando vieron de improviso aparecerse en medio de las olas una multitud de llamas, que apartándose y desapareciendo al instante, hicieron lugar á una innumerable cantidad de peñascos ardientes desprendidos y arrojados desde los profundos abismos de la tierra, y que se levantaron sobre las olas. Entónces se aplacó el mar y quedó sereno; varios isleños que habian venido á la playa hicieron saber á Thelismar que ya no vomitaba llamas el volcan, y que todo se habia acabado. Thelismar y Alfonso hicieron que los guiasen á su posada, y dos dias despues de este memorable suceso abandonaron aquella isla desventurada.

Fueron de allí á la isla de Policandro, en donde encontraron á un viajero sueco muy amigo de Thelismar, que se ofreció á servirles de guia y acompañarlos á todas partes. Llevólos á su casa, en la cual quiso que se hospedasen; y por la noche despues de cenar encaminando sus razones á Alfonso, le dijo : Ya ve Vd. que esta casa es sencilla y sin adornos; pero si Vd. gusta del fausto y magnificencia fácilmente le dejaré satisfecho; he tenido tanto gozo en ver á Thelismar, que al instante he formado el proyecto de darles una funcion en un palacio, cuya riqueza y extraños adornos los dejarán á Vds. admirados. Al decir esto Federico (que así se llamaba el amigo de Thelismar), llama á sus criados que vienen con hachas y salen todos juntos de la casa. Al cabo de média hora se hallan enfrente de una enorme multitud de peñascos. Este es mi palacio, dijo Federico; su fachada es tosca, pero no siempre hemos de juzgar por las apariencias : parémonos aquí un instante, y dejemos que entren primero mis criados. Entónces estos distribuyeron hachas á una docena de hombres que llevaban consigo : cada cual encendió la suya y se apartó de los caminantes. Cuando Federico los vió á cierta

distancia prosiguió andando, y despues de haberse adelantado como cien pasos, advierten una bóveda inmensa, y quedan deslumbrados del vivo resplandor que despedia. Entremos, dijo Federico : este es el atrio de mi palacio : ¿ qué le parece á Vd.? Esta pregunta se dirigia á Alfonso; pero estaba demasiado embebido en considerar el espectáculo brillante que se ofrecia á su vista para poder responder á ella. Las paredes de aquel atrio espacioso le parecieron todas embutidas de oro, rubíes y diamantes, y la bóveda toda adornada con primorosas guirnaldas y flores de cristal. Hasta el pavimento que pisaban le parecia empedrado de lo mismo. ¡Ah mamá ! exclamó Carolina, perdone Vd. que la interrumpa, pero ya no lo puedo resistir... ¿Todos aquellos diamantes eran finos? — No, no eran finos sino en la apariencia, pero esta era tan perfecta, que el mas diestro se hubiera engañado con ella. — ¡Qué cosa tan singular!... ¿Y es cierto que haya habido un palacio semejante? — Aun existe hoy dia. — ¿De véras? — Sin duda alguna. — ¿En la isla de Policandro? ¡Qué isla tan bonita!... Mamá, nos la ha de enseñar Vd. mañana en el mapa. — Sí, yo te lo prometo. — Si Vd. me lo permite en la primera leccion de geografía que demos, señalaré en los mapas todos los viajes de Alfonso, porque me acuerdo de ellos perfectamente, como tambien de las cosas extraordinarias que vió. — Con mucho gusto; pero ahora prosigamos el cuento : Federico hizo admirar á Alfonso la extension de aquel soberbio palacio, y despues de haberle recorrido y examinado salieron de él y se volvieron á casa de Federico. Thelismar informó á Alfonso de que el supuesto palacio de Federico era obra solo de la naturaleza, lo que fué causa de que Alfonso lo admirase aun mucho mas.

No habia hecho ánimo Thelismar de ir á Italia, porque ya habia estado otra vez en ella; pero habiéndole rogado Federico que le acompañase hasta Reggio, convino en ello, por ser esta parte de la Italia la única que no habia visto. Salieron, pues, los tres de la isla de Policandro, y se embarcaron para la Morea[1]. Vieron las ruinas de Epidauro y las de Lacedemonia. De la Morea pasaron á la isla de Cefalonia, y de esta volviéndose á embarcar fueron á Reggio[2].

Al dia siguiente de su arribo estaban los tres viajeros almorzando

[1] Península grande, antiguamente se llamaba Atica.

[2] En el reino de Nápoles en la Calabria ulterior. Hay tambien otra ciudad de este nombre en Italia en el ducado de Módena.

en el cuarto de Thelismar, cuyas ventanas daban al mar, cuando de improviso oyeron mil voces de alegría, que resonaban por todas partes. Salió Alfonso prontamente para inquirir la causa de tan vivas y ruidosas aclamaciones. Encuentra á várias personas que bajaban en tropel y corriendo la escalera. Empieza á preguntarles, y sin dejar de correr le responden : « Vamos á la playa á ver *los palacios de la encantadora Morgana.* » Vuelve Alfonso á entrar en el cuarto y cuenta á los compañeros esta extraña respuesta. Movidos de la curiosidad abren las ventanas, y presencian un espectáculo cuya hermosura y singularidad excedia á cuanto hasta entónces habian visto. « El mar que baña las playas de Sicilia, hinchándose y levantándose poco á poco, forma en breve una perfecta figura de una dilatada y oscura sierra de montañas, en tanto que las olas que azotan las costas de Calabria quietas y unidas no presentan mas que una superficie lisa : esta última parte del mar se parece á un espacioso y brillante espejo algun tanto inclinado hácia las murallas de Reggio. Entónces apareció en este espejo la pintura mas maravillosa. Se vieron claramente muchos millares de pilastras de exquisita proporcion, colocadas con simetría, y despidiendo todas de sí los vivos colores del arco iris. Á breve rato estas pilastras mudaron de figura doblándose á manera de magníficas arcadas, que desvaneciéndose poco á poco se convirtieron en una multitud innumerable de palacios todos perfectamente iguales : á estos palacios sucedieron otra multitud de torres, obeliscos y columnas, y á estas unas selvas inmensas de cipreses y de palmas. » Acabada esta última decoracion desapareció aquella brillante escena, volvió el mar á su estado natural, y el pueblo que cubria la playa, aplaudió la decoracion con infinitas palmadas, repitiendo en festivas aclamaciones el nombre de la encantadora Morgana.

¿Con que ya hemos dado, interrumpió Pulqueria, en los cuentos de encantadoras? — No por cierto; este fenómeno como todos los demas que habéis oido, está tomado de la naturaleza. — ¿Pero es verdad que ha habido una encantadora Morgana? — Os he referido lo que decia el pueblo de Reggio : el vulgo en todas partes es amante de fábulas y prodigios, y por tanto los cree fácilmente. — ¿Pero aquellas pinturas mágicas?... — Son efectos de causas naturales. — Ahora sí que no comprendo como hay quien no emplee toda su vida en viajar, leer é instruirse para saber, ó para ver cosas tan

curiosas y agradables. — Alfonso empezaba á pensar como vosotros; la admiracion que le causaban tantos sucesos extraordinarios avivaba su curiosidad, y le hacia desear con ánsia una cabal instruccion. Insensiblemente iba perdiendo la aficion á todas las frioleras de que ántes gustaba; reflexionaba mas, hablaba con reserva, y escuchaba con atencion; pero al paso que su reflexion se perfeccionaba, notaba en su conducta pasada culpas cuya memoria le penetraba de un amargo y cruel arrepentimiento. No podia comprender como habia podido abandonar á su padre; el largo silencio de don Ramiro le atormentaba, causándole una inquietud y desasosiego contínuo. Deseaba con ánsia llegar á Constantinopla, en donde esperaba hallar cartas de Portugal, y aunque amaba con extremo á Thelismar, y tenia casi certeza de obtener algun dia la mano de Dalinda, se resolvió á separarse de Thelismar en Constantinopla si no tenia en ella noticias de su padre, con intento de volver á Portugal, sacrificando de este modo sus esperanzas y toda su dicha á la obligacion mas sagrada de todas. Esta resolucion le sepultó en una melancolía cuya causa en vano procuraba indagar Thelismar, y solo vió que se la aumentaba cuando para disiparla le trataba con mas amor y cariño. Para distraerle de ella hablaba de Dalinda várias veces delante de él con Federico; pero estas conversaciones léjos de mitigar la oculta pena de Alfonso, hacian que fuese mayor y mas intensa. En fin Thelismar se despidió de Federico, y saliendo de Reggio volvió á Grecia; atravesó gran parte de ella, y á últimos de Abril llegó á Constantinopla.

Tuvo allí Alfonso una carta de Portugal, abrióla con un sobresalto indecible; no era de don Ramiro, pero le avisaban que su padre habia vuelto á Portugal, y que tambien habia estado algun tiempo en Lisboa, de donde acababa de salir, diciendo que iba á emprender un viaje de año y medio. Añadian que no se dudaba que don Ramiro hubiese tenido várias conversaciones particulares con el Rey, y que su viaje tuviese por objeto algunas negociaciones secretas; que se creia volviese á ocupar el ministerio á causa de que ocho dias despues de su marcha habia sido depuesto su succesor y enemigo. El que escribia la carta concluia diciendo, que no habia podido ver á don Ramiro, como Alfonso le habia encargado, porque habiéndose detenido bastante tiempo en Francia, no habia vuelto á Lisboa sino tres semanas despues de la partida de don Ramiro.

Contando Alfonso por la fecha de esta carta que su padre no volveria á Portugal sino dentro de quince ó diez y seis meses, renunció al proyecto de volver á su patria hasta entónces : y en efecto, falto enteramente de posibles no hubiera podido vivir en Portugal todo el tiempo de la ausencia de don Ramiro. Determinó, pues, continuar sus viajes, mayormente sabiendo que ántes de un año habrian vuelto á Europa. Mucho le afligia el silencio de su padre; pero ya cerciorado de su suerte se sujetó con valor á la suya, no dudando que el tiempo y su conducta le volverian al amor y ternura de su padre por medio de su sumision y arrepentimiento. Ménos triste y cabiloso volvió á seguir con Thelismar sus acostumbradas conversaciones, y este se manifestó tan contento de la mudanza que notaba, que Alfonso creyó poderse arriesgar á hablarle de Dalinda. Al principio Thelismar se contentó con acordarle blandamente la promesa que le habia hecho. Animado Alfonso con esta tolerancia, reincidió várias veces en la misma culpa, pero viendo que Thelismar se enfadaba de véras, se vió obligado á callar, aunque no sin buscar continuamente las ocasiones de hablar de su pasion, y de quejarse de la estrecha ley que se le imponia.

Habia dado Federico á Thelismar una carta para un griego amigo suyo, que tenia una casa hermosa sobre el canal del mar Negro. No estaba en ella cuando Alfonso y Thelismar llegaron á Constantinopla, por lo cual se fueron á Buyuk-Deré, lugar á ocho millas de Constantinopla, en donde Nicandro (que así se llamaba el griego) pasaba parte del verano con su familia. El dia primero de Mayo á las diez de la mañana llegaron los dos viajantes á Buyuk-Deré. Al entrar en el lugar vieron las calles llenas de jóvenes vestidos con primor, y coronados de flores, cantando y tañendo varios instrumentos; todas las casas estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas, y las ventanas mucho mas con hermosas doncellas griegas rodeadas de esclavas, y ricamente vestidas. Al ver tan hermoso espectáculo se quedó Alfonso embelesado, y Thelismar que sabía las costumbres de la Grecia, le dijo que de aquel modo celebraban todos los años el primer dia de Mayo : que en aquel dia solemne los amantes adornaban con coronas de flores las puertas de la casa de sus queridas, y cantaban debajo de sus ventanas. ¡Qué felices son! dijo Alfonso : sus dueños los escuchan... — Este favor de nada sirve aquí. — ¿Pues qué sucede cuando dos rivales se hallan á la

misma puerta ó debajo de la misma ventana? — Ponen juntos sus coronas, y cantan alternativamente.

Despues de haberse detenido bastante tiempo en la primera calle prosiguieron su camino, y viendo Alfonso á lo léjos una casa mucho mas adornada que las demas, dijo : Aquella es sin duda la habitacion de alguna hermosura muy celebrada. En efecto, al acercarse vió en un balcon dos damas hermosísimas, y cuando estuvieron enfrente de él, el que los guiaba dijo á Thelismar, que aquella era la



casa de Nicandro. Alfonso y Thelismar entraron en ella. Nicandro salió al punto á recibirlos, y despues de haber leido la carta de Federico, los abrazó á entrambos con mucho afecto, manifestándoles el mayor deseo de que se estuviesen en su compañía mucho tiempo. Nicandro y toda su familia hablaban bastante bien el frances, Thelismar lo sabía perfectamente, y Alfonso lo bastante para hacerse entender. Nicandro llamó á sus esclavos, que llevaron á los dos viajantes á una hermosa sala revestida de mármol de Páros, en donde les estaba prevenido el baño. Despues de bañarse los fué á buscar Nicandro, y los llevó al cuarto de Glaphira, su mujer. Estaba esta sentada en un sofá con sus dos hijas Glyceria y Zoe y una anciana venerable, nodriza de Nicandro, á quien segun el uso de los griegos modernos llamaban en la familia *Paramana*, dulce nombre justamente concedido por el agradecimiento, pues significa *segunda madre*. Las dos doncellas estaban magníficamente vestidas;

una y otra tenian unas batas largas, en la cabeza unos velos blancos adornados con franjas de oro y ceñidores costosamente bordados sujetos con hebillas de esmeraldas. Glaphira y Nicandro hicieron várias preguntas á Thelismar acerca de sus viajes, le obligaron á referirles parte de sus aventuras. Á mediodía pasaron á otra sala en donde estaba puesta la mesa, y se sentaron á comer. Á los postres fué Zoe á buscar su lira, y acompañándose con ella cantó varios duos con su hermana. Acabado este agradable concierto Nicandro propuso á sus huéspedes si querian dar un paseo, y salió con ellos de casa.

Condújolos á un espacioso prado, en donde vieron una multitud de zagales y zagalas, vestidos de blanco, y adornados con guirnaldas de flores; casi todos tenian en las manos ramas de mirto y de naranjo. Los unos bailaban al son de la lira, y otros cogian flores cantando las delicias y nacimiento de la primavera. ¿Ven Vds., dijo Nicandro, aquella muchacha coronada de rosas, y mas adornada que sus compañeras? Aquella es la reina de la funcion, representa á la diosa de las flores, y con el nombre de Flora recibe los tributos y homenajes de toda la gente del campo; pero su imperio es parecido al de la juventud y belleza, durará poco, y su reinado debe acabar con el dia. Diciendo esto Nicandro, la reina de la funcion hizo una seña, á la cual se reunieron al rededor de ella todos los zagales. Entónces una de sus compañeras cantó un himno en alabanza de Flora y de la primavera, y á cada copla repetian todos en coro este refran: « Bien venida seas, ninfa y diosa de Mayo. » Y despues prosiguieron bailando [1].

Despues de haber dado algunas vueltas por la pradera, Nicandro volvió con sus huéspedes á casa: encontraron á Glaphira y á sus hijas en medio de todas sus esclavas, ocupadas en bordar, y contando alternativamente algunas historias y fábulas morales. Á pesar de que Alfonso no entendia el griego, gustó mucho de aquella diversion; Zoe era la que estaba hablando á la sazon; Thelismar le habia suplicado que prosiguiese su historieta, y ella obedeció continuando con mucha gracia, que se le aumentó con los vivos colores

[1] Los Griegos modernos han conservado los bailes campestres en honor de Flora. Las mujeres y muchachas del lugar van el primer dia de Mayo á bailar en los prados, á coger y esparcir flores, y se adornan con ellas de piés á cabeza. La que lleva el baile está siempre mas adornada que las demas, y representa la diosa Flora y la Primavera. Una de las bailadoras canta: « *Bien venida seas, ninfa, diosa del mes de Mayo...* »

que le salieron al rostro, y el modesto empacho que manifestaba. Contaba la historia de una jóven próxima á casarse y á dejar la casa de sus padres; pintaba con mucha verdad y expresion el profundo dolor de una hija amante y agraciada que se separa de los brazos de una familia querida. Glyceria su hermana escucha esta relacion con notable sobresalto: de improviso, el llanto que estaba reprimiendo inútilmente, se abre camino, y riega hasta las flores que bordaba. Entónces su madre, que la miraba con atencion, la llama enternecida; se levanta, y anegada en lágrimas corre á arrojarse á sus piés: suspéndese la historia: Nicandro se llega á Glyceria y la abraza amorosamente. Zoe tambien enternecida va corriendo á abrazar á su hermana. Las esclavas manifiestan en sus semblantes la parte que toman en la comun alegría, y Nicandro, pasando luego á una pieza inmediata con Alfonso y Thelismar, les explica el motivo de todo lo que acaban de ver, refiriéndoles el asunto de la historia que Zoe habia contado, y participándoles que Glyceria estaba en vísperas de casarse.

En efecto, aquella misma noche el jóven escogido para ser su esposo envió á Nicandro várias bandejas ricamente adornadas, en que iban las pedrerías y regalos de boda para Glyceria y su familia, y al dia siguiente fué á su casa acompañado de todos sus parientes. Entónces se presentó la hermosa y modesta Glyceria. Traia una bata de tela de plata bordada de oro y perlas, sujeta con un ceñidor de diamantes. Sus hermosos cabellos cogidos en trenzas ondeaban sobre las espaldas, y una corona de siemprevivas adornaba su cabeza. Arrojóse llorando en los brazos de su madre; recibió de rodillas la paternal bendicion, que Nicandro pronunció con sumo enternecimiento, pero en alta voz y con entereza, en tanto que la sensible madre, incapaz de poder pronunciar una sola palabra, apretaba entre sus manos trémulas las de su hija, levantando al cielo sus ojos anegados en lágrimas.

Despues de esta tierna ceremonia, reunidas las dos familias y acompañadas de todos sus criados salieron de la casa para ir á la iglesia. El acompañamiento iba precedido de una tropa de músicos y cantores. Iba primero la novia sostenida de sus padres. Tímida y temblando caminaba lentamente con los ojos bajos, y las mejillas cubiertas de lágrimas, que en vano procuraba reprimir. Llevaban delante de ella, segun la antigua usanza de los Griegos, la antorcha

de himeneo. Iban detras sus esclavos, su esposo, los parientes y los amigos, y de este modo llegaron á la iglesia. Despues de la celebracion volvieron con mucha pompa los recien casados á su casa, cuya fachada estaba iluminada y adornada á toda costa. Presentaron á todos los convidados copas de vino, y á los jóvenes solteros de ambos sexos ramilletes atados con hilos de oro, diciéndoles : *casaos tambien :* palabras que hicieron estremecer á Alfonso, y poner los ojos en Thelismar. Despues se pasó á la sala del banquete, en donde se bailó hasta média noche [1].

Sacó Alfonso de esta funcion mucho pesar y tristeza. La memoria de Dalinda, y el temor de no disfrutar acaso jamas de la felicidad que habia presenciado, llenaron su alma de amargura. Muchos dias le duró esta melancolía ; pero la novedad y gracia de los objetos que le cercaban, y mas que todo el cariño de Thelismar la desvanecieron insensiblemente.

Todos los dias despues del paseo iban Thelismar y Alfonso á la sala de labor. Glyceria y las amigas de Zoe se reunian regularmente allí. Nicandro explicaba en voz baja á los forasteros los asuntos de los cuentos que referian las muchachas; pero cuando hablaba Zoe, Alfonso estaba mas atento. Várias veces mudaba de puesto con Nicandro y Thelismar para ver trabajar á las bordadoras, y siempre se detenia mas tiempo junto á Zoe. Elogiaba la labor de todas, pero no miraba sino á la suya. Habia vuelto otra vez á dibujar flores, y cada dia le presentaba un nuevo dibujo de bordado. En fin alababa sin cesar el clima, las costumbres y usos de la Grecia, y reputaba á Buyuk-Deré por el sitio mas agradable y ameno que habia visto hasta entónces.

Una mañana que estaba solo con Thelismar, este le alabó mucho su conducta actual. Estoy encantado, querido Alfonso, le dijo, de ver que ya empieza Vd. á dominar verdaderamente su pasion. — ¿Pues cómo? — Sí, no puedo ménos de manifestarle á Vd. el gusto que me causa. De tres semanas á esta parte no he visto en Vd. cosa reprensible; sabe disimular y superar aquella tristeza que me affligia : le hallo en el trato mas atento, solícito y amable, y lo que le debe á Vd. costar mucho mas trabajo es que ya no me habla de Dalinda. Crea Vd. que sé apreciar todo el valor de un esfuerzo semejante. Diciendo estas palabras Thelismar abraza á Alfonso, que lo permite con semblante triste y pensativo, sin responder palabra. Hubo un breve rato de silencio, en el cual Alfonso se paseaba por el cuarto cavilando, cuando de improviso, dirigiéndose á Thelismar, le dice : No, no puedo engañar á Vd.; me contemplaria indigno de los favores que le he merecido si le dejase permanecer en un error... Aquí se detuvo enteramente turbado. — ¿Qué quiere Vd. decir con eso? — Lo que mas siento es que quizá, si me declaro, me pierda... — ¡Perderse Vd. usando de una noble sinceridad! ¿Es posible, Alfonso, que pueda tener ese temor? — Sepa Vd., pues, que mi corazon no se ha mudado; sí, Dalinda solo le ha hecho sensible, y sin la esperanza de ser su hijo de Vd. aborreciera la vida; y no obstante... si he dejado de hablar de ella, y si he estado mas alegre, no lo atribuya á mi razon; todo al contrário...

Ven á mis brazos, interrumpió Thelismar, ven, noble y querido Alfonso : esta prueba de tu confianza y franqueza justifica del todo el grande amor que te tengo. — ¡Oh padre mio, exclama Alfonso, oh amigo el mas indulgente!... — Ya ves, Alfonso mio, prosiguió Thelismar, cuán frágil es el amor cuando no va unido con la tierna y sólida amistad. Dos ojos grandes, negros y hermosos, una fisonomía ingenua, una sonrisa graciosa, y cinco ó seis cuentecillos, que no entendias, han sido suficiente motivo para hacerte olvidar tres semanas enteras el objeto de una pasion que supones tan violenta. — Es cierto que Zoe me divertia y me gustaba; es cierto tambien que ha sido bastante causa para distraerme. No se ofrecia á mi imaginacion Dalinda tan á menudo, pero siempre reinaba en mi interior. — No, Alfonso, te engañas; no tienes aun á Dalinda un amor verdadero, porque no conoces de ella otra cosa mas que su figura. — Pero esa figura es tan hermosa, y anuncia un alma tan sensible. . tambien la conozco por sus cartas, por sus gracias, por su amor á Vd., en una palabra, Dalinda es hija de Thelismar : ¿no es esto suficiente para que yo la ame con pasion? — Todo eso no basta para establecer una inclinacion profunda y durable, porque no puede haberla tal, sin la confianza y la amistad. Pero volviendo á Zoe, ¿cómo no has echado de ver la impresion que te hacia? — No me paraba á considerarlo. — Conoce, pues, cuáles puedan ser las consecuencias de la falta de reflexion. Mas de dos veces he advertido que Nicandro y Glaphira desaprobaban el exceso de tus ob-

[1] Estas curiosas costumbres se han modificado desde la época en que Mme de Genlis escribió este libro.

sequios á Zoe. Ademas, tanto esmero y una preferencia tan notoria, hubieran en breve causado grave perjuicio á la reputacion de la jóven á quien la dedicabas. Poco ha faltado para que hayas llenado de confusion y dolor esta casa, en donde nos tratan con un amor y confianza que exige todo nuestro agradecimiento... Oh cielos, interrumpió Alfonso, me horroriza el pensarlo : en adelante reflexionaré mas; haré cada dia un exámen el mas severo de mis acciones y de mis sentimientos; y lo que valdrá mucho mas, le consultaré á Vd., le comunicaré todos mis pensamientos, y este corazon no tendrá ni por un solo instante nada oculto para Vd.

Ahora, dijo Thelismar, debo cumplir una promesa que no he olvidado. Diciendo esto abre una gaveta, saca el ceñidor de Dalinda, y presentándosele á Alfonso le dice : esta prenda es tuya; tú la has conquistado, puesto que prometí volvértela luego que me dieses una prueba de sinceridad... ¡Ah Thelismar, interrumpió Alfonso enternecido, qué ocasion elige Vd.! ¿Acaso me es posible recibir en



esta casa una prenda tan preciosa?... — Sí, con tal que la estimes siempre lo mismo, y conserves los mismos sentimientos... — Pues siendo así puedo tomarla, exclama Alfonso arrojándose á los piés de Thelismar, y recibe de rodillas el ceñidor de Dalinda, besando enajenado de gozo la mano que se lo da. Alfonso, prosiguió Thelismar, este regalo de la mano de un padre no es un don frívolo. En este instante hemos contraido los dos una obligacion sagrada : sí, ahora mismo te adopto por hijo, y te prometo una compañera amable y virtuosa : en ti pende hacerte digno de merecerla, empleando para ello, no una pasion extravagante, sino virtudes sólidas. Acaba, pues, de ilustrar tu entendimiento y de perfeccionar tu razon y genio : de este modo harás ver á Dalinda que sabes amar, y á mí me manifestarás el agradecimiento que debes á mi cariño.

La llegada de Nicandro interrumpió esta conversacion. Alfonso se retiró, y fué á encerrarse en su cuarto para entregarse sin estorbo al exceso de su alegría. Parece inútil decir que desde entónces ya no dibujó flores para Zoe, que no se detuvo tanto tiempo á verla trabajar, y que todas las veces que la buena crianza se lo permitió dejó de ir á la sala de labor.

Á este tiempo tuvo la familia de Nicandro un gran pesar. Uno de sus amigos de vuelta de un corto viaje que habia hecho á la isla de Calki, al llegar á Buyuk-Deré, cayó malo, y murió á los cuatro dias. Nicandro hizo á Thelismar el retrato del amigo que acababa de perder. Le refirió que habia renunciado á todos los honores á que por su estado y parentescos podia aspirar, para entregarse á las delicias del estudio y de la amistad. Este sabio, continuó Nicandro, retirado en una casa deliciosa inmediata á la mia, daba á los pobres la mayor parte de sus rentas, y lo restante lo empleaba en el adorno y conveniencias de su habitacion. Sus inclinaciones eran virtuosas, y sus gustos sencillos. Cultivaba él mismo su jardin : tener gran variedad de flores, criar pájaros formando de ellos una inmensa pajarera, estas eran sus inocentes diversiones. Finalmente, querido de sus amigos, y adorado de sus esclavos, tenia una hermana digna de ser su amiga, que vivia con él, le acompañaba á todas partes, y que nunca podrá consolarse de su pérdida. Mañana es el dia señalado para el entierro de mi desgraciado amigo... Su hermana desventurada hará el duelo durante las exequias. — ¿Pero cómo podrá, dijo Thelismar, tener bastante valor para presenciarlas?... — ¡Ah! replicó Nicandro, Vd. que quiere conocer nuestras costumbres y la naturaleza, venga y asista á esta triste ceremonia, verá la fuerza que puede dar la desesperacion cuando se exhala. El dolor entre nosotros nunca está oculto, ántes al contrário se manifiesta en toda su fuerza. En un pueblo esclavo de las etiquetas y de las costumbres,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el dolor debe ser triste y mudo, pero acá siempre es elocuente y sublime.

Esta conversacion excitó la curiosidad de Thelismar, y no faltó el dia siguiente á ir acompañado de Alfonso y Nicandro á las exequias del amigo de este. Fueron primeramente á casa de Eufrosina (que así se llamaba la hermana del difunto) : entraron en una sala toda enlutada, en donde estaba el muerto en su ataúd con el rostro descubierto y ricamente vestido. Vários esclavos estaban de rodillas al rededor del féretro expresando su dolor con lágrimas y gemidos. Thelismar distinguió entre ellos un anciano que manifestaba mucha mas afliccion que los demas. Nicandro se acercó á él y le habló. Preguntóle Thelismar quién era : Se llama Zaphiri, respondió Nicandro; ha visto nacer al que ahora lloramos, y como está casi tullido de las piernas, la imposibilidad en que se mira de acompañar el cuerpo hasta el sepulcro aumenta su afliccion. Acaba de decirme que ya no le queda mas consuelo en este mundo que el de cuidar de los pájaros y cultivar las flores que eran las delicias de su señor.

Aun hablaba Nicandro, cuando Alfonso y Thelismar se estremecieron al oir acentos interrumpidos y gritos tan dolorosos que les penetraron hasta lo íntimo del corazon. ¡Ah, exclama Nicandro, esta es la desventurada Eufrosina! Al mismo instante entró una mujer suelto el cabello, cubierta de luto, pálida y bañada en llanto; se adelanta con pasos lentos asida de algunos esclavos que la sostienen y llevan casi arrastrando. El carácter augusto de un dolor profundo hace parecer su natural belleza mas majestuosa, y le da nuevo realce; y sus gritos, sus lamentables gemidos tienen una expresion tan penetrante y verdadera que no es posible oirlos sin experimentar á un tiempo la admiracion, el terror y la compasion mas dolorosa.

Entre tanto llega el patriarca con su comitiva. Levantan en el alto el ataúd, empieza el canto fúnebre, y salen de la casa. Despues de haber atravesado el lugar y haber andado un cuarto de legua llegan á un sitio lleno de mausoleos, columnas sepulcrales y cipreses. Luego que Eufrosina advierte el sepulcro preparado para su hermano se estremece, da un doloroso grito, y se cubre el rostro con el velo. Llegan por fin á la sepultura, y hace alto la comitiva; el patriarca pronuncia las oraciones acostumbradas, y despues abraza al muerto. Entónces se aparta, y Eufrosina quitándose el velo se



EUFROSINA LLORANDO LA MUERTE DE SU HERMANO. (P. 228.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

adelanta con ímpetu, y cae de rodillas junto al féretro : ¡Oh hermano mio, exclama, recibe el postrer á Dios de tu desventurada hermana!... ¡Con que no he de volver á verte, oh amigo el mas fino y leal de todos!... ¡Hermano mio!... ¿Es este mi hermano?... ¡Infeliz de mí! reconozco todavía sus facciones... Mas, ¡oh inhumano espectáculo! cuando mis lágrimas corren por su rostro; cuando le llamo, y cuando el dolor me acaba, veo en su semblante las inalterables señales de una triste tranquilidad... ¡Ay de mí! esta calma horrorosa es... la calma de la muerte... ¡Hermano mio! sí, ya no eres mas que una sombra... la desgraciada Eufrosina no abraza sino tu imágen... ¿Y será posible que te pierda para siempre?... ¿Desapareces de mi vista y no he de volver á verte? ¡Para siempre me dejas!... ¿Para siempre?... No, no me puedo sujetar á tan horrible separacion : no consentiré que una mano cruel te arranque de mis brazos para arrojarte al sepulcro... ¡Deteneos, bárbaros, deteneos!... No prosigáis en labrar ese asilo tan funesto... Compadeceos de mi dolor... ó temed mi desesperacion. Á este tiempo se adelantó el patriarca para hacer enterrar el cuerpo : Eufronisa prorumpió en un grito espantoso, y sus esclavos corriendo á detenerla la apartan del sepulcro á pesar de su resistencia; pero ya fuera de juicio rasga sus vestiduras, se arranca los cabellos y los arroja en el hoyo... Despues de repente deja de llorar : inmóvil y como insensible, mira atentamente el ataúd puesto ya en el hoyo; pero al ver levantar la losa para cubrirle, comienza á temblar. ¡Oh Dios! exclama. ¿Con que ya mi hermano... para siempre... No puede proseguir; el dolor le embarga la voz y los sentidos, y cae desmayada en los brazos de sus esclavas. Inmediatamente la apartaron de aquel triste lugar, y luego que hubo vuelto en sí, sus amigos y parientes la acompañaron hasta su casa, segun costumbre. Para llegar á ella era preciso atravesar el jardin de su hermano. Lo primero que ve al entrar en él es al anciano esclavo Zaphiri, con una podadera en una mano, y en la otra una regadera. Este objeto hace que Eufrosina se estremezca, y arrojándose á él : ¿Qué haces, Zaphiri? le dice. — Estoy cuidando de las flores que mi señor estimaba tanto... ¡Oh desventurado viejo! interrumpió Eufrosina arrancándole la podadera de la mano, mi hermano ha muerto : en adelante esta casa solo será para nosotros una mansion de llanto y de tristeza... Desaparezcan todos sus adornos y primores... Abre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esas pajareras : gocen de la libertad esas avecillas cuyo canto y alegría despedazan mi corazon... Y estas flores que mi hermano ha cultivado... perezcan tambien con él... Al acabar estas palabras comienza á correr furiosa por el jardin, cortando y destruyendo todas las flores que hallaba al paso [1].

Esta dolorosa escena hizo mucha impresion en el corazon de Alfonso. Luego que volvieron á casa de Nicandro suplicó á Thelismar le explicase de qué modo podian resultar de un mismo sentimiento dos ideas tan opuestas. ¿Por qué aquel anciano se deleitaba en cultivar las flores de su mano, cuando por el contrário Eufrosina hallaba algun género de consuelo en destruirlas? Entónces le preguntó Thelismar cuál de las dos acciones le habia parecido mejor. Me parece, respondió Alfonso, que la del anciano es mas natural; no obstante, la otra me ha causado una sensacion inexplicable. Una sensibilidad comun, dijo Thelismar, no produce sino efectos comunes; pero una sensibilidad profunda produce naturalmente ideas y acciones extraordinarias. Si esta mujer, por ejemplo, reuniese á un corazon tan sensible, ingenio, gusto y discernimiento, y quisiese escribir, no hay duda que sus producciones serian originales, se hallarian en ellas pensamientos nuevos, mucha energía y afectos verdaderos.

Thelismar y Alfonso permanecieron aun algunos dias en Buyuk-Deré; despues se despidieron de Nicandro y de su amable familia, salieron de Grecia y entraron en el Asia por la Natolia. Estuvieron algun tiempo en Bagdad [2] y en Bassora [3], y deteniéndose en la isla

[1] Una mujer griega llora su marido, su hijo, etc., con sus amigas durante algunos dias, cantan sus alabanzas, y solemnizan su pérdida con lágrimas... Las expresiones del dolor son aun hoy dia las mismas que antiguamente, como arrancarse los cabellos y rasgarse los vestidos... Los padres y madres siguen sus hijos cuando los llevan al sepulcro : los Griegos observan la antigua costumbre de lavar los cuerpos ántes de amortajarlos... Si es una jóven, le ponen sus mejores vestidos y la coronan de flores; las mujeres echan desde sus ventanas rosas ó aguas de olor sobre el ataúd cuando pasa... Los antiguos adornaban los muertos con coronas de flores, para indicar que finalmente habian vencido las miserias y pesadumbres de la vida... La comida funeral no ha sido omitida por los Griegos modernos. El pariente mas cercano está encargado de este cuidado, y con esto se da fin á las exequias... Los padres y madres en la Grecia llevan el luto de sus hijos, luto que dura mucho, y este uso es tambien antiguo entre ellos... Han conservado tambien el uso de vestir los muertos con sus mejores vestidos, y de llevarlos á enterrar con la cara descubierta.

[2] *Bagdad*, ciudad populosa situada sobre la ribera oriental del Tigris : los Turcos la tomaron hácia el año de 1638.

[3] *Bassora*, hermosa ciudad situada un poco mas arriba del sitio en donde se unen el Tigris y el Éufrates : los Turcos la poseen desde el año de 1668, y dista cien leguas de Bagdad.

de Bahrein en el golfo Pérsico, vieron la famosa pesquería de perlas : de allí fueron por mar al reino de Visapur. Durante esta navegacion, una noche que Thelismar y Alfonso sentados sobre la cubierta del navío hablaban de las maravillas de la naturaleza : Ya por fin, decia Alfonso, creo que las conozco todas. — Puesto que eres tan sabio, le replicó Thelismar, explícame el fenómeno que actualmente se nos presenta, vuelve la vista á esta parte, y díme la causa de lo que verás. Entónces Alfonso se acerca á Thelismar, y mirando al mar repara que el navío iba navegando en un círculo de fuego que con la oscuridad de la noche parecia aun mas brillante. Toda la superficie del mar estaba cubierta de estrellitas resplandecientes. Cada ola que se estrellaba contra el navío esparcia una luz clarísima, y el surco de la embarcacion de un color plateado y luminoso estaba sembrado de puntos brillantes y de color azul celeste [1]. Confieso, dijo Alfonso, que este espectáculo es magnífico, y que absolutamente no sé lo que es. Vamos á acostarnos, interrumpió Thelismar, y si esta noche te despiertas, me persuado que harás algunas reflexiones saludables acerca de la presuncion, que á ti mas que á otro ninguno te persuade que sabes mucho, siendo así que esa presuncion carece de fundamento. No respondió Alfonso, y dando un abrazo á Thelismar entrambos se fueron á acostar. Média hora habria apénas que Alfonso se habia quedado dormido, cuando oyó en su camarote un ruido que le despertó. Habia apagado la luz, y se asustó mucho cuando al abrir los ojos vió fuego en las tablas que estaban enfrente de su cama. Se levanta apresurado, y entónces crece su admiracion al ver estas palabras escritas sobre la tabla con letras grandes de fuego : « Sabio Alfonso, tu miedo es vano, porque este fuego no quema [2]. » Alfonso, tan avergonzado como lleno de admiracion, tocó aquellas letras, y no sintiendo calor al-

[1] *Mar luminoso* es un fenómeno comun en ciertos mares. La proa del navío que surca las aguas del mar las hace borbollar, y parece encenderlas; en medio de la oscuridad de la noche voga la nave en un círculo luminoso, del cual queda en el surco un rastro grande de luz : el mar es mucho mas luminoso en las cercanías de las islas Maldívas y de la costa de Malabar que en cualquier otro paraje del mar Océano.

[2] Este fenómeno es producido por los fósforos, nombre que se da á los cuerpos que aparecen luminosos en la oscuridad, v. g. : los gusanos luminosos, las ostras, los dailos, la madera podrida, el pescado corrompido, los ojos del gato, el mar luminoso, etc. Muchas veces la carne, la sangre, los pelos, y una infinidad de otras materias procedentes de plantas ó animales brillan en la oscuridad

guno, exclamó : ¡Ah Thelismar! Lo que mas me admíra es el que Vd. sabe hacer amables aun las mismas lecciones que ofenden al amor propio. Á este tiempo entró Thelismar riéndose en su cuarto con una luz en la mano, y despues de haberle explicado la naturaleza de aquellos supuestos caractéres de fuego, se fué y Alfonso volvió á dormirse.

Es tiempo tambien de que nosotros hagamos lo mismo, interrumpió la Baronesa, porque esta noche la velada ha sido mucho mas larga que otras.

La noche siguiente la Marquesa prosiguió la lectura de la historia de Alfonso de esta suerte :

Luego que los dos viajantes hubieron llegado á Visapur, fueron á ver las minas de diamantes. Despues fueron á la corte del Gran Mogol. Thelismar obtuvo una audiencia del emperador, y fué á palacio con Alfonso. Atravesaron varios salones, y en todos vieron gran número de hermosas mujeres magníficamente vestidas y armadas con lanzas, que componian la guardia interior de palacio; finalmente, llegaron á una espaciosa galería entapizada con tisú de oro. El monarca estaba sentado en un trono de nácar de perlas, sembrado de rubíes y esmeraldas. Cuatro columnas enteramente cubiertas de diamantes sostenian un dosel de tela de plata bordado de zafiros, y adornado con festones y borlas de perlas. De una de las columnas pendia un soberbio trofeo compuesto de las armas del emperador, que eran su arco, aljaba y cimitarra, todo guarnecido de pedrerías, y pendientes de una cadena de topacios y diamantes. El emperador tenia un vestido de tela de oro; en medio de su turbante se veia un diamante de un resplandor que deslumbraba, y tan grande que le cogia casi todo lo ancho de la frente; várias sartas de gruesas perlas formaban sus brazaletes y collar, y una infinidad de piedras preciosas de varios colores enriquecian su tahalí y borceguíes. Delante de él habia una mesa de oro maciza, y todos los magnates de su corte costosamente vestidos estaban de pié á un lado y otro del trono. Thelismar le presentó algunos instrumentos de geometría, cuyo uso le explicó por medio de un intérprete. El emperador se manifestó muy contento de los regalos y conversacion de Thelismar, le dijo que aquel dia era el de su cumpleáños, que en todo el imperio se hacian grandes fiestas, y convidó á los dos á pasar la tarde en su compañía.

Varios criados entraron y presentaron á todos vino en copas de cristal de roca; todos se sentaron, y entró en la sala una tropa de músicos que tocaron várias sonatas por espacio de média hora. Acabado el concierto se sirvió un magnífico banquete en vajilla de



oro. El emperador hizo llenar una copa de vino y se la envió á Thelismar; esta copa era de oro guarnecida de turquesas, esmeraldas y rubíes. Luego que Thelismar hubo bebido, el emperador le rogó que se quedase con ella en prueba de su amistad. Á los postres se hizo traer el emperador dos grandes bandejas llenas de rupias que esparció por el cuarto, y los palaciegos se arrojaron con ánsia á recogerlas. Poco despues le volvieron á traer otras dos bandejas de almendras de oro y plata mezcladas, que arrojó lo mismo que las primeras, y que fueron recogidas con igual prontitud. Bien podéis juzgar que Thelismar y Alfonso no quisieron participar de esta generosidad, porque la codicia y vileza de los magnates mogoles los llenó de indignacion. Tambien repartió el emperador entre los músicos y algunos palaciegos várias piezas de tela de oro y otras alha-

jas; y despues continuaron bebiendo. Thelismar y Alfonso fueron los únicos que no se emborracharon. El emperador, que ya no podia sostenerse, torció la cabeza, y se quedó dormido; entónces cada uno se fué á su casa.

Cuando Thelismar y Alfonso estuvieron solos : ¿Qué piensas de esta corte? le dijo Thelismar. — Pienso, respondió Alfonso, que el Gran Mogol es el soberano mas rico y magnífico de todo el orbe. — ¿Y crees que sea igualmente feliz y respetado? — No puedo saber si es feliz, puesto que ignoro si sus vasallos le aman, y si reina con gloria y tranquilidad, pero confieso que su persona nada tiene de augusto, ni cosa que infunda respeto. No hay soberano alguno de Europa que no le exceda en majestad. — Sin embargo, el Gran Mogol ostenta un fausto y magnificencia á la cual ningun príncipe de Europa puede llegar. De esto puedes inferir que el oro, los diamantes, y todo el pomposo aparato del lujo asiático, no pueden por sí mismos inspirar respeto alguno. ¿Y qué pensarás de aquellos vanos europeos que estiman en mucho todas estas brillantes frioleras? Yo quisiera que la mujer de Europa que posee mas diamantes, pudiese en el espacio de veinte y cuatro horas hallarse aquí. ¿Qué diria al ver que toda su magnificencia no igualaba á la de una esclava de las mujeres del emperador? — Yo por mí, replicó Alfonso algo corrido, conozco que no volveré á hablar mas de los diamantes que mi padre perdió en el terremoto de Lisboa. Pero explíqueme Vd., prosiguió, ¿por qué razon los grandes de esta corte, al parecer tan ricos, son al mismo tiempo tan codiciosos? ¡Con qué vileza se arrojaban á recoger el oro y las pedrerías que el emperador les tiraba! — La causa es, porque fundan toda su vanidad en lucir con soberbios vestidos y costosos adornos, y no procuran distinguirse de los demas sino por el fausto y la riqueza, y ya ves que esta especie de vanidad, llevada al extremo, es capaz de hacer cometer las mayores bajezas. Pero volviendo al emperador, no há mucho que decias que ignoras si es feliz. ¿Acaso crees que un soberano tan poco respetable y tan ignorante pueda serlo? — Pero si es bueno podrá ser querido. — No se puede amar á un soberano que se desprecia. ¿No era preciso que para hacer á sus vasallos felices fuese instruido, justo y amable? Ademas, este no tiene vasallos, no reina sino sobre viles esclavos; en una palabra, es déspota, ejerce un poder tiránico, y padece todos los temores y

sobresaltos que serán para siempre el justo castigo de los tiranos. Las adoraciones que le tributan son violentas, y al tiempo mismo que la lisonja le ofrece inciensos, el odio trama en secreto su ruina. Pasa su vida temblando, ó descubriendo conspiraciones, desconfía de cuantos le rodean, y para colmo de horrores sus mismos hijos le son sospechosos.

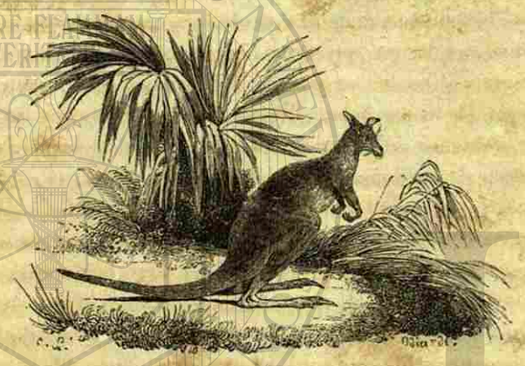
Al dia siguiente á esta conversacion Alfonso y Thelismar fueron por la mañana á palacio. Estaba entónces el Mogol en guerra con el rey de Decan, y quiso aquel mismo dia visitar el acampamento de su ejército. El acompañamiento que llevaba era en extremo numeroso : Thelismar contó mas de ochenta elefantes ricamente enjaezados en que iban sus concubinas : las torrecitas que dichos elefantes llevaban, estaban cubiertas de planchas de oro y nácar. El enrejado de las ventanas de estas torres era del mismo metal. Un dosel de tela de plata con cordones y borlas guarnecidas de rubíes les servian de techo. El emperador iba sobre unas andas de oro y nácar cubiertas de perlas y pedrería : otras muchas andas iguales en la magnificencia, iban á prevencion detras de la del emperador. Delante de esta pomposa comitiva iba un crecido número de trompetas, tambores y otros instrumentos mezclados entre una multitud de oficiales que llevaban parasoles de tisú de oro bordados de rubíes, perlas y diamantes.

Despues de haber admirado nuestros viajantes la magnificencia del acampamento salieron de la corte del Mogol, y continuaron su viaje tomando el camino de Siam. En este reino vieron al famoso elefante blanco, animal tan venerado en todas las Indias Orientales. Su cuarto, ó por mejor decir el templo en que habita, es de una magnificencia pasmosa; solo á él se le sirve de rodillas y con vajilla de oro [1]. « Las atenciones, dice un ilustre filósofo [2], los regalos, ofrendas y adoraciones le gustan sin corromperle, prueba de que no tiene alma racional; esto solo deberia ser suficiente para desengaño de los Indios. »

Ya no les quedaba por ver á los viajantes mas que una parte del mundo. Pasaron finalmente á la América, y desembarcaron en California : de allí se encaminaron á Méjico. Estando en camino para llegar á Tlascala, habiendo Thelismar mirado su reloj hizo parar

[1] En Laos y el Pegú logran los elefantes blancos el mismo culto y adoracion.
[2] El conde de Buffon.

las literas, y apeándose, dijo á los criados que esperasen y cuidasen de los caballos, porque, añadió, va á hacerse de noche. Bueno es eso, dijo Alfonso riéndose, ¿cómo es posible que se haga de noche, si aun no son las doce del dia? No le respondió Thelismar, pero buscando alguna sombra, se encaminó hácia unos árboles poco distantes. Siguiéndole Alfonso atisbó un animal, cuya extraordinaria figura llamó su atencion : tenia de largo, poco mas ó ménos, diez y nueve ó veinte pulgadas, sin contar la cola, que tenia otras doce.



Las orejas eran parecidas á las de la lechuza, el pelo todo erizado, y la cola semejante á la de las culebras, y enteramente cubierta de escamas. Como estaba parado, tuvo Alfonso la curiosidad de examinarle, y advirtió que estaba esperando á sus hijuelos que corrian hácia él. Luego que el animal los vió juntos, los fué metiendo uno tras otro en una grande bolsa que tenia debajo de la tripa, y hecho esto se encaminó hácia los árboles. Deseoso Alfonso de examinar mas despacio un animal tan extraño, y viendo que corria poco, le persiguió. Iba ya á cogerle, cuando viéndose el animalejo al pié de un árbol, trepó á él con indecible ligereza, y enroscando la cola en una de las ramas mas elevadas, se colgó de ella y quedó inmóvil [1]. Preparábase Alfonso á subir al árbol, cuando de repente oye un

[1] Este raro animal se llama *sariga* ú *opossum*. « La sariga, dice Mr. de Buffon, es únicamente originaria de las provincias meridionales del nuevo continente... Se halla no solamente en el Brasil, en la Guayana, y en Nueva España, sino tambien en la Florida, en la Virginia, etc.... La hembra tiene debajo el vientre una cavidad ancha, en la cual recibe y da de mamar á sus hijos. . Estos salen de ella, y vuelven á entrar diversas veces al dia, etc »

estampido fuerte y continuado, parecido á una descarga de artillería, y en el mismo instante se halló cubierto por todas partes de un sinnúmero de granitos negros que le habian disparado [1]. Se hizo atras con precipitacion, poniendo sus manos sobre los ojos heridos con la descarga que acababa de recibir. El dolor que sentia le obligó á tenerlos cerrados algunos minutos : pasado el primer dolor los abre; pero al punto prorumpe en un grito doloroso exclamando : ¡Oh cielos! ¡he cegado!... ¡Oh Thelismar, oh Dalinda, ya no volveré á veros!... ¿Thelismar, Thelismar, en donde está Vd.? Al mismo tiempo oyó bastante cerca de él una gran carcajada y conoció la voz de Thelismar. ¿Pues qué, prosiguió, es capaz Thelismar de alegrarse de mi desgracia? No, no es posible... Iba á proseguir, pero acordándose que Thelismar habia advertido á los criados que iba á ser de noche, comenzó á tranquilizarse y á sospechar la verdad del caso. Á pesar de las densas tinieblas que le cercaban, se encaminó hácia la parte de donde venia la voz de Thelismar : al fin le encontró y le agarró del brazo. Alfonso, le dijo Thelismar, no puedo servirte de guia en esta ocasion, porque yo mismo la necesito tanto como tú. — Gracias al cielo, replicó Alfonso, me veo libre á costa de un buen susto. Ahora comprendo que la causa de mi espanto no ha sido mas que un eclipse de sol, pero no creia que pudiese causar tan grande oscuridad, y no puedo concebir de qué modo ha previsto Vd. el instante de ella con tanta exactitud. Aun hablaba Alfonso, cuando empezó á descubrirse el sol, disipando la temerosa oscuridad que ocultaba todos los objetos. Aquel silencio profundo, aquella calma majestuosa de la noche desapareció repentinamente; pareció que toda la naturaleza revivia, y las aves creyendo celebrar la venida de la aurora, anunciaron con su armonioso canto el renacimiento del dia.

Volvieron Thelismar y Alfonso á subir en sus literas; y el eclipse, el animal singular que Alfonso habia visto, juntamente con la des-

[1] Se llama *árbol del diablo* un árbol que crece en América. Su fruta cuando está madura es elástica. Cuando la cáscara de ella se deseca con el calor del sol, se abre con estrépito y despide á lo léjos sus pepitas, y por esta operacion de la naturaleza le dieron dicho nombre. En el tiempo de la perfecta madurez de sus simientes, la fruta produce el efecto de una pequeña artillería, cuyo ruido continúa algun tiempo rápidamente, y se oye de bastante léjos. Estas mismas frutas trasportadas ántes de su madurez en un paraje seco, ó expuestas sobre una chimenea á un calor moderado, se desecan poco á poco, y despues producen el mismo fenómeno. (Mr. de Bomare.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carga de artillería que le habia causado tanto espanto, dieron motivo á una conversacion, que aun no se habia acabado cuando llegaron á Tlascala.

Despues de haber estado en Méjico, se embarcaron para la isla de Santo Domingo. Esperaba Alfonso encontrar en aquella isla alguna carta de su padre : halló una de Portugal, pero no era suya, y las nuevas que contenia le afligieron en sumo grado. Le avisaban que don Ramiro no habia vuelto á Portugal, que era falso cuanto se habia dicho de que habia recobrado parte de su antiguo valimiento, como tambien que se le hubiese enviado con alguna comision secreta; y que ántes bien muchos creian que estaba desterrado; pero que se ignoraba enteramente el lugar de su destierro. Estas nuevas llenaron de dolor á Alfonso : nuevamente inquieto sobre el paradero de su padre, el remordimiento de su culpa le atormentaba con mas fuerza que nunca. Veíase sepultado en estas dolorosas reflexiones, cuando Thelismar fué á buscarle. Vengo á anunciarte, le dijo, que verás á Dalinda mucho ántes de lo que esperabas; está en Paris con su madre, y nos están aguardando : mañana salimos de aquí para Surinam, y de allí nos embarcaremos directamente para Francia. Pero en tanto que veas á Dalinda quiero enseñarte un regalo que me envía. Toma, abre esa cajita : ¿conoces esa pintura? — ¡Qué veo! exclamó Alfonso, ¡el retrato de Dalinda! ¡Qué pintura tan divina! ¡Qué semejanza! ¡Y qué destreza en la mano del pintor! — Pues aun te gustará mas esa pintura cuando sepas que Dalinda misma la ha hecho. — ¡Dalinda! ¡Con que todo lo tiene, belleza, gracias y habilidades!... permítame Vd. que vuelva á mirarla otra y otra vez. Sí, estas son sus mismas facciones, esta es aquella sonrisa encantadora... ¡Ah Thelismar, qué feliz es Vd. en poseer esta preciosa joya!... — No obstante, deseo otro retrato, quiero que Dalinda se vuelva á retratar, pero ha de ser al lado de su esposo, y cuando ella me haya hecho esa pintura prometo darte esta. La respuesta de Alfonso fué apretar entre sus manos las de Thelismar, y regarlas con sus lágrimas.

Muy léjos estaba Alfonso de experimentar una alegría pura y sin mezcla de pesar : miraba como una obligacion indispensable la de volver á Portugal con la esperanza de tomar algunas luces acerca del destino de su padre. Estaba enteramente resuelto á declarar esta determinacion á Thelismar; pero este proyecto afligia demasiado su corazon para que no le causase las mas violentas agitaciones. Ademas de esto, nunca habia tenido valor para confesar á su amigo y protector la culpa que ahora lloraba tan amargamente de haber abandonado furtivamente á su padre. Este primer disimulo le habia obligado á disfrazar la verdad con otros muchos; pero finalmente, tomó la firme resolucion de expiar todos sus yerros con una sinceridad sin reserva, y si era preciso con los sacrificios mas dolorosos. Con estas disposiciones se embarcó para Surinam[1].

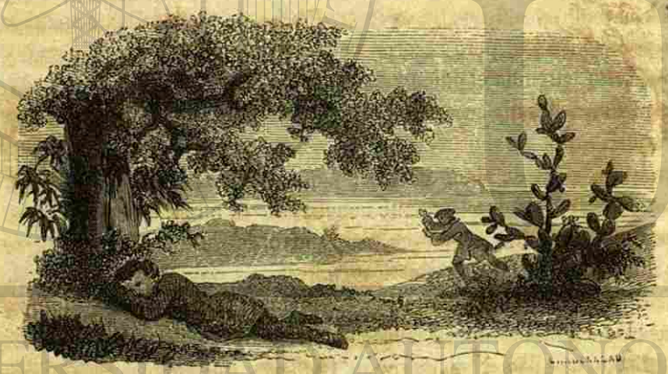
Llegaron los dos viajantes á este país ya de noche, y al tiempo de desembarcar presenciaron un espectáculo enteramente nuevo para ellos. Les pareció que toda la costa estaba cubierta de una infinidad de luces colocadas sin simetría á distancias desiguales. Contemplaban esta agradable iluminacion, cuando advirtieron que várias de aquellas luces se movian adelantándose hácia ellos. De allí á poco vieron claramente diez ó doce hombres que andaban con mucha ligereza, sin embargo de que al parecer tenian el cuerpo cubierto de candelillas. Las llevaban en los gorros, en los piés y en las manos. Esta vision causó mucha novedad á Alfonso. Bien hubiera querido acercarse á ellos, pero pasaron con mucha ligereza sin detenerse, y como no entendia el idioma de los conductores que los acompañaban, no pudo satisfacer su curiosidad. Luego que llegaron á la casa en donde debian hospedarse, notó Alfonso que las luces estaban puestas debajo de algunos vasos, y queriendo examinarlas de cerca, se quedó admirado al ver que aquellas luces no eran otra cosa mas que unas moscas ó escarabajos de un verde de esmeralda que despedian de sí una luz muy viva.

Esta es, dijo Thelismar, la explicacion que deseabas : algunos árboles cubiertos de estas moscas, se parecen desde léjos á una araña suspendida en el aire. Los hombres que hemos encontrado habian atado algunos de estos insectos en sus gorros y zapatos, y los llevaban tambien en la mano encerrados en un tubo de vidrio. Aquella misma noche supo Alfonso que aquellas moscas tan hermosas eran útiles de varios modos. Luego que se acostó quitaron los vasos en que las tenian presas, diciéndole que no le incomodarian, y que ántes al contrário matarian todos los mosquitos que encontrasen en el cuarto.

[1] Surinam es una colonia holandesa, que tiene de extension treinta leguas á lo largo del rio de Surinam en la Guayana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lleno Alfonso de inquietud y de pesar, no pudo dormir en toda la noche. Se levantó ántes de amanecer, determinado á no dilatar mas su declaracion con Thelismar, y resuelto á confiarle en aquel mismo dia su culpa y su pena. En tanto que Thelismar despertaba, fué á pasearse solo á la orilla del mar, y despues de haberse paseado mucho tiempo, se sentó al pié de un árbol, é insensiblemente fué perdiendo la vista, el conocimiento y las fuerzas : de allí á poco cerró los ojos, y se quedó dormido : el eco de un grito penetrante y doloroso le despierta; abre los ojos, y se halla en los brazos de Thelismar, que estrechándole entre ellos fuertemente le arranca de allí, y le lleva á cien pasos mas allá en la misma playa. Quiere Alfonso hablar, pero no puede articular sino algunas voces interrumpidas con dolorosos quejidos. Thelismar le deja sobre la yerba, y corriendo á la orilla del mar llenó su sombrero de agua, y trayéndola á Alfonso hizo que la bebiese toda. Ayudado despues de algunos criados, pudo llevarle á su posada. Poco á poco fué reco-



brando el conocimiento y las fuerzas, y finalmente pudo decir : ¿En dónde estoy? — ¡Ay hijo mio, le dijo Thelismar, ya te habia yo hablado de aquel árbol fatal : ¿no te dije que debajo de su perniciosa sombra al sueño se sigue la muerte [1]? — Es verdad, replicó Alfonso en

[1] Este árbol se llama *higuero*. Crece á la altura de nuestros nogales : al abrir su corteza con una navaja, sale de ella una sustancia láctea que es un veneno mortal. Los Indios mojan en ella las flechas que quieren emponzoñar. No se corta este árbol sin tomar las mayores precauciones. Su fruta se parece á nuestras manzanas, su olor es agradable, pero su sustancia interior está impregnada de un zumo blanco tan peligroso

voz baja y débil, ahora me acuerdo... — Gracias al cielo estás fuera de todo peligro; pero si mi inquietud no hubiese guiado mis pasos hácia aquel sitio en el mismo instante que te encontré, ya te habia perdido para siempre... — ¡Oh padre mio, Vd. llora!... ¡Oh amigo el mas tierno!... ¡Oh el mas querido de los bienhechores!... ¡Ah! ¿por qué me ha librado Vd. de la muerte?... Hubiera á lo ménos conseguido llevar al sepulcro su aprecio y estimacion. ¡Infeliz de mí! Llorando Thelismar la desgracia del desventurado Alfonso, hubiera ignorado eternamente sus delitos... — ¿Y á qué viene todo eso? — Me considero colmado de sus beneficios de Vd., penetrado de sus bondades; mi agradecimiento y ternura es el afecto que reina en mi corazon, y sin embargo soy el mas infeliz de todos los hombres... — ¡Oh cielos! ¿qué capricho es ese?... — Thelismar, una palabra tan solamente le hará á Vd. conocer mi situacion... No puedo ir con Vd. á Francia... — ¿Pues cómo?... — Una obligacion sagrada me manda volver á Portugal... ¡Ah, si á lo ménos compasivo el cielo admitiese este doloroso sacrificio en satisfaccion de mi culpa!... — ¿Cuál es, pues, el cruel remordimiento que te oprime?... pero no, no es posible que tú hayas cometido ni delito, ni bajeza. Háblame, tranquilízate, abre tu corazon á tu mejor amigo. A estas razones Alfonso, derramando lágrimas de agradecimiento y alegría, calla algun tiempo, y despues tomando la palabra, confiesa sin rodeos á Thelismar que le habia engañado, asegurándole que don Ramiro aprobaba su viaje : le cuenta asimismo sin disfraz alguno todas las circunstancias de su fuga, y pinta del modo mas tierno y expresivo sus remordimientos, y las vivas inquietudes que le causa la incertidumbre en que se halla á cerca del paradero de su padre.

Luego que acabó su discurso, Thelismar mirándole con ternura le dice : No pienses que he de abandonarte; yo mismo te llevaré á Portugal. Estas palabras inspiraron á Alfonso un movimiento de gratitud tan vehemente, que no pudo expresarle sino arrojándose á los piés de su generoso amigo. Sí, replicó Thelismar, espero que

como el de la corteza y hojas. El higuero ó manzanillo crece en la mayor parte de las islas Antíllas á la orilla del mar. A cualquiera que duerme á la sombra de este árbol se le encienden los ojos, y se le hincha el cuerpo, etc., y si no se apartase prontamente podria morir. Dicen que el agua del mar bebida al instante es el remedio mas eficaz contra los efectos del veneno de este árbol; otros dicen que una cucharada de aceite.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hemos de encontrar á ese padre infeliz; gozaré de la dicha de verte en sus brazos, y me atreveré á asegurarle que le vuelvo un hijo capaz ya de hacerle dichoso... Tardaremos mas en llegar á Francia; pero Dalinda no te verá sino reconciliado ya con el cielo, contigo mismo, y en fin honrado con la bendicion paternal.

No pudo Alfonso responder á tan cariñosas razones sino con un torrente de lágrimas. Me parece, prosiguió Thelismar, que don Ramiro vendrá gustoso en tu casamiento con Dalinda; mi hacienda no es inmensa, pero es mas que regular, y como todos los vínculos que le sujetaban en Portugal están ya rotos, no será difícil persuadirle á que mire la Suecia como su patria, y mi casa como la suya. — ¡Ah, ya esto es demasiado, exclamó Alfonso, ah Thelismar! déjeme Vd. respirar... Mi corazon no puede resistir á las sensaciones que experimenta... con un bienhechor como Vd. el agradecimiento se convierte en pasion. ¿Y cómo es posible que pueda yo explicar todo lo que mi alma siente en este instante?

Esta conversacion libertaba á Alfonso de la mayor parte de sus pesares : la indulgencia y amor de Thelismar mitigaban sus crueles remordimientos, y hacian renacer en su alma las mas lisonjeras esperanzas. Ántes de partir de Surinam quiso Thelismar ver una pesquería á que habia sido convidado. El dia señalado para ella salieron de casa los viajantes muy de mañana : para llegar á la playa del mar tuvieron que atravesar una laguna medio seca, cubierta de árboles muy extraños. De sus ramas flexibles se desprendian varios pelotones de filamentos, que bajando hasta la tierra, tomando raíz y creciendo de nuevo formaban otros árboles tan grandes y robustos como aquellos de donde salian, multiplicándose así sucesivamente; de suerte que un solo árbol puede producir un bosque entero. Pero lo que mas extrañó Alfonso fué el ver que todos aquellos árboles estaban cubiertos de conchas; aun en sus ramas mas altas se veian pegadas una multitud de ostras. Acababa Thelismar de explicar á Alfonso las causas de esta singularidad cuando llegaron á la playa : comienza la pesquería, echan las redes al mar, y las sacan llenas de pescados. Entre otros advirtió Alfonso uno semejante en todo á una anguila, pero de un tamaño monstruoso; queriendo examinarle de cerca se llega á él, y al hacer este movimiento, tropieza la punta de una varita que tenia en la mano en el pez; en el mismo instante sintió Alfonso en todo el brazo un dolor tan vivo,

que no pudo ménos de prorumpir en un grito involuntario. Todos los pescadores se echaron á reir, y Alfonso espantado y corrido se quedó algun tiempo inmóvil. Volviéndose á acercar despues al pez : No puedo comprender, dijo, cómo con solamente haber tocado á este animal con la varita me ha causado una conmocion tan fuerte; pero á lo ménos haré ver á todos, que si su efecto me ha sorprendido, no es capaz de poderme acobardar. Diciendo esto, se baja, y agarra al pez con la mano. Esta vez no gritó, pero experimentó un entorpecimiento general acompañado de un golpe tan violento, que hubiera caido en tierra á no haberle sostenido Thelismar. Quedó Alfonso tan aturdido de la violencia del golpe, que en algun tiempo no supo dónde estaba. Luego que volvió del todo en su acuerdo, le dijo Thelismar : Quiero hacerte ver otro efecto de este pez aun mucho mas admirable. Aquí estamos catorce personas, hagamos rueda cogiéndonos de las manos; yo seré el primero y tú el último, y tocando yo el pez con una varita, tú sentirás la misma conmocion que yo, á pesar de que médian entre los dos doce personas. En efecto, la experiencia confirmó cuanto habia dicho Thelismar [1].

Al dia siguiente salieron los viajeros de Surinam, y se embarcaron para Portugal. En esta travesía correspondió Thelismar á la confianza de Alfonso, satisfaciendo á una curiosidad que tenia mucho tiempo ántes. No concebia Alfonso cómo habia podido resolverse Thelismar á expatriarse durante cuatro años, apartándose por tanto tiempo de su amada familia. Thelismar le dijo que su soberano, protector de las ciencias y las artes, le habia obligado á hacer este sacrificio. Finalmente, continuó Thelismar, los favores que debo á mi rey, mi amor á las ciencias, y la particular inclinacion que tengo á la Historia natural me han determinado á encargarme de esta empresa, y tu amistad me ha hecho llevar con paciencia las fatigas que me han resultado de ella. El cuidado de corregirte é instruirte, y el afecto que te profeso han podido solos dulcificar las pesadumbres é inquietudes que várias veces he padecido, y que son anexas á una expatriacion tan larga.

Despues de una feliz navegacion llegaron á Portugal. De cuantas informaciones tomó Alfonso acerca de don Ramiro, no pudo saber

[1] Este pez extraordinario es la *torpedo ó trimielga;* tiene la propiedad de causar un entorpecimiento doloroso á los que le tocan.

cosa fija. Solo sí le aseguraron que hacia ya dos años que no habia vuelto á Portugal, y por algunos indicios, frutos de una infinidad de pesquisas, se persuadió que su padre se hallaba en Inglaterra ó en Rusia. Sabía Alfonso que Thelismar debia ir á Inglaterra á tratar asuntos propios; por lo que al salir de Portugal tuvo el consuelo de creer que no estaria mucho tiempo en Francia, y que iria en compañía de Thelismar y Dalinda á un país en el cual se lisonjeaba que encontraria á su padre.

Ántes de llegar á Francia Thelismar hizo prometer á su alumno que ocultaria con cuidado á Dalinda su amor y esperanzas. Ahora vas á viajar en compañía de Dalinda, le dijo, sabes muy bien, Alfonso, que el deseo que reina en mi corazon es el de unir con un nudo sagrado dos personas que casi amo igualmente: pero bien sabes que no puedes disponer de tí mismo sin el consentimiento de tu padre; y aunque no dudo que te le conceda, sin embargo, como no es imposible que pueda oponerse... — ¡Oh cielos! ¿Qué dice Vd.? — Si yo te presentase á Dalinda á título del esposo que le destino, desde luego comenzaria á tenerte inclinacion, por lo cual sería muy mal hecho exponernos, en medio de la incertidumbre en que nos hallamos, á turbar su reposo... — ¿Yo, yo inquietarla y afligirla? ¡Ah! Mas quisiera no volver á verla en mi vida... pero estoy cierto de que mi padre vendrá en ello con sumo gusto... — Mas en fin puede no querer... — Pues qué, ¿será capaz mi padre de pronunciar la sentencia de mi muerte? — No, Alfonso, ó he perdido todo cuanto he trabajado por ti, ó espero que tolerarias con valor este contratiempo: ¿y qué desgracia es capaz de abatirnos, cuando conservamos la virtud, y poseemos un amigo verdadero? — Ah Thelismar... Vd. será siempre el árbitro soberano de mi suerte... Vd. dispone á su arbitrio de mis acciones, opiniones y sentimientos. La razon, la virtud, el agradecimiento y la amistad le aseguran á Vd. que jamas perderá el dominio que tiene sobre mí; sí, yo prometo cumplir exactamente la ley que Vd. me impone: veré á Dalinda, y callaré... No obstante, ¡qué esfuerzo tan violento!... pero ¿puedo dudar que soy capaz de él cuando Vd. me lo manda?

Inmediatamente que llegaron á Burdeos se pusieron en camino. El carruaje se quebró á treinta leguas de Paris, y se vieron precisados á detenerse allí. Thelismar escribió á su mujer diciéndola que llegaria á Paris sin falta alguna el dia siguiente á las cinco de la

tarde, y dió la carta á un correo que marchaba en el mismo instante. Ántes de ser de dia tomaron la posta para Paris. Al amanecer, Alfonso, loco de contento, abrazó á Thelismar, diciéndole: ¡Qué dia tan hermoso! ántes que se acabe veré á Dalinda. — Acuérdate de lo que me has prometido, y ten mucho cuidado en los primeros instantes que la veas... — No tema Vd., y cuente con mi prudencia. — Sí, pero no te fies mucho, y si quieres creerme, modera desde ahora ese gozo y el exceso de alegría que dentro de algunas horas tendrás que ocultar enteramente. Hablemos de otras cosas... — ¿Y cómo podré? — No lo dudes. Si deseas conseguir un dominio entero sobre tí mismo, acostúmbrate á disponer á tu albedrío de tu imaginacion, y apartar de ella cualquiera idea, sea la que fuere. — Pero con tal que mi proceder sea juicioso, nada importa que mis pensamientos se ocupen en una cosa ú otra. — ¿Y cómo es posible que dé pruebas de valor el que habitualmente es débil y pusilánime? Cualquiera que se deja dominar de su imaginacion, que no tiene medios para desechar un recuerdo peligroso, ni distraerse de una idea que le agrada, nunca será capaz de poder consultar la razon para obrar con acierto en cualquiera circunstancia. Hay dos clases de ideas: las unas que se presentan espontáneamente á nuestra imaginacion, y las otras son aquellas que la ciencia y reflexion nos sugieren. Las primeras casi siempre son vanas ó peligrosas, y son fruto de nuestras pasiones, de nuestras sensaciones, y de aquellos objetos que nos hacen mas impresion; aquel que nunca desecha ó aparta de sí esta clase de ideas deja de ser libre, puesto que renuncia á la facultad de elegir sus pensamientos; en este caso el que tiene las pasiones fogosas se extravía, y el que no, vive á médias. No es menester, pues, detenerse en un pensamiento, solo porque nos es grato, ó porque nace de un objeto presente; ántes bien se debe desechar si es fútil ó reprensible: finalmente debemos elegir los asuntos de meditacion, y encaminar nuestra eleccion á objetos útiles. Cuando hablamos es en beneficio de otros, y por tanto hemos de procurar que nuestra conversacion sea agradable; pero la facultad intelectual nos ha sido dada para perfeccionar nuestro entendimiento y corazon: por lo cual, cuando paramos la imaginacion en cosas poco dignas de ocuparla, pervertimos el uso de esta facultad tan noble, y tambien se puede afirmar que los pensamientos ocultos de un sabio son aun mas puros y sublimes que sus discursos

y documentos. Calló Thelismar, y Alfonso dando un suspiro calló tambien algun tiempo, y despues haciendo un esfuerzo comenzó á hablar : Thelismar sacó la conversacion de sus viajes, é hizo una recapitulacion de cuanto en ellos habia visto Alfonso, el cual le escuchó con mucho gusto, y por fin hablaron de Física y de Química. ¡Qué feliz es Vd.! le decia á Thelismar. No hay cosa que Vd. ignore, y es imposible que nada le parezca ya nuevo y le cause admiracion. — ¡Qué engañado estás! Los cielos, la tierra, todo cuanto nos rodea, el universo en fin, es obra de un Ser Supremo, y un libro eterno en donde el hombre hallará siempre hasta el fin de los tiempos objetos nuevos, y secretos impenetrables : en cada siglo descubrirá sublimes misterios, sin que por eso pueda llegar jamas á conocerlos todos. Con esta conversacion se iban acercando á Paris, y á breve rato cesaron los dos de hablar igualmente conmovidos. Despues de un gran rato de silencio : Confiese Vd., dijo Alfonso á Thelismar, que en este instante no elige Vd. sus pensamientos, y que se ve precisado á detenerse en el que se presenta naturalmente... Á este tiempo el postillon gritó á Thelismar que se notaba en el aire una cosa muy extraña. Sacó Thelismar la cabeza por la portezuela, y vió en efecto en medio de las nubes hácia Paris un cuerpo opaco y redondo, que parecia se iba acercando poco á poco á la pradera. Admirado Thelismar consideraba atentamente este fenómeno, creciendo su asombro al ver que aquel cuerpo se aumentaba y se volvia luminoso : viendo que el postillon asustado habia detenido los caballos, se bajó de la silla para examinarlo mejor. Hallábanse á la sazon en una pradera deliciosa á seis leguas de Paris. Entre tanto el bulto del globo de fuego iba creciendo por momentos. Este, decia Alfonso, es un metéoro semejante con corta diferencia al que yo vi en España en las inmediaciones de Loja. — No es un metéoro, replicó Thelismar. — ¿Pues qué será? — No lo alcanzo... Cada vez se acerca mas; mira que resplandeciente está ahora... ¿Tienes ahí tu anteojo? — Sí, Señor. — Pues dámelo. Diciendo esto coge Thelismar el anteojo que Alfonso le presenta, y volviendo á mirar aquel globo, exclama : Es increíble lo que veo; me parece que distingo en la parte inferior de ese globo una especie de barco... no hay duda, esto será una ilusion... toma, mírale tú tambien. Vuelve Alfonso á tomar el anteojo, y grita diciendo : Veo un hombre. — Ya está todo explicado, dijo Thelismar

dando una carcajada; este es sin duda el escita Abaris que va de viaje[1]. — No extraño su incredulidad de Vd., replicó Alfonso, porque yo que lo estoy viendo apénas puedo creerlo... pero aun hay mas... ¡Dios mio, qué encanto es este!... Ahora veo claramente dos personas. Al acabar estas palabras se estriega los ojos... se le cae el



anteojo de las manos, y mira á Thelismar, el cual inmóvil y atónito habia enmudecido. Algunos minutos despues el globo, que cada vez se acercaba mas, se dejó ver encima de la pradera. Ya no puedo dudarlo, exclamó Thelismar, ese globo de oro y púrpura contiene en sí almas vivientes... ya los veo... ¡Oh prodigio incomprensible que confunde la razon! ¡Triunfo feliz del valor y de la industria!... ¿Es posible que el cielo haya permitido al hombre que se atreva á poner ese inmenso espacio entre él y el elemento de que fué formado, y en cuyo seno la naturaleza ha colocado su sepulcro?... De

[1] Segun los Griegos, Apolo habia dado al filósofo escita Abaris una flecha, sobre la cual iba volando por los aires.

este modo hablaba Thelismar cuando el globo que se paseaba por los aires empezó á bajar majestuosamente : entónces distinguen en el carro resplandeciente que pendia del globo dos figuras celestiales, dos mujeres : la una tiene la belleza noble y venerable de Juno ó de Minerva, la otra vestida de blanco y coronada de rosas se parece á la Aurora ó la diosa de las flores y de la primavera. Arrójase Alfonso hácia el globo; los violentos latidos de su corazon le obligan á detenerse... ¡No, no es posible, exclama, que estas sean criaturas mortales!... ya se acercan... se abrazan... ¡Ah! no hay duda; estas son la virtud y la inocencia que desde el cielo bajan á la tierra para volvernos la edad de oro... Pero ¡gran Dios! ¿qué nueva ilusion es esta?... ¡Oh Dalinda! Esa jóven deidad para encantarnos mejor ha tomado tu figura... Apénas creo lo que veo... pero mi corazon no puede engañarme... no hay duda, es Dalinda, ella misma... Enajenado Alfonso, llama á voces á Thelismar. En aquel instante el globo y el carro tocan á la tierra. Thelismar da un grito penetrante : pálido, temblando, enajenado de alegría, y al mismo tiempo helado de asombro y pasmo apresura el paso. Las dos deidades le salen corriendo al encuentro, y se arrojan en sus brazos. Alfonso fuera de sí llega tambien apresurado, no se atreve á arrojarse á los piés de Dalinda; y el exceso de su turbacion y sobresalto le obliga á apoyarse contra un árbol, porque sus piernas trémulas no podian sostenerle. En el primer arrebato de una alegría tan viva é impensada se olvidó el globo mágico, el carro y todo aquel prodigio; no veia Thelismar mas que á su mujer é hija, y su curiosidad estaba suspensa en fuerza del amor superior á todos los encantamientos. Alfonso, aunque testigo de esta dulce reunion, estaba bien léjos de disfrutar de un gozo sin mezcla de dolor; porque aunque contemplaba como encantado á Dalinda, aunque disfrutaba del delicioso placer de oir lo que hablaba, y decir á Thelismar las expresiones mas tiernas y cariñosas que el afecto de hija podia inspirarla, esta misma escena tan dulce y deliciosa le traia á la memoria el recuerdo de su padre, y conocia que un solo remordimiento basta para emponzoñar la felicidad mas pura. Pasada aquella primera alegría se siguió la admiracion y curiosidad, y Thelismar hizo várias preguntas á Dalinda y á su madre acerca del maravilloso modo con que habian salido á recibirle. Ellas le respondieron que no se habian servido del *globo aerostático* sino

despues de haber visto várias experiencias que eran prueba del ningun peligro que habia en él : que sabiendo el dia de su llegada, y teniendo ademas el aire favorable, no habian podido resistir al deseo de causarle una admiracion que por otro lado adelantaba el instante de verle, y que estando alojadas en casa de un físico que tenia un globo pronto, habian aprovechado con ánsia una ocasion tan favorable para volar á los brazos de un esposo y de un padre tan amado. Despues de esta corta explicacion se acercaron al globo para examinarlo, y la mujer de Thelismar hizo en breves palabras una agradable descripcion de las experiencias hechas en los jardines del Palacio de las *Tullerias*. Enternecióse Thelismar al oir el entusiasmo general producido por estas sublimes experiencias y la admiracion que toda la nacion tributaba al inmortal autor de este descubrimiento y á los ilustres físicos á cuyo heroico valor debia la Francia aquel espectáculo tan nuevo y tan pomposo. Supo asimismo Thelismar que todos los sabios participaban del entusiasmo bien fundado de la nacion. Extrañó Alfonso que la triste y negra emulacion no hubiese emponzoñado el triunfo del autor de un descubrimiento tan brillante. Con un poco de reflexion no lo extrañarás, replicó Thelismar : siempre se recibe con gusto la luz que puede guiar al fin que cada uno se propone; considera que un físico ó un químico cuando hace algun descubrimiento abre un nuevo camino á todos los sabios, y les da asunto para un sinfin de especulaciones útiles y curiosas, como tambien para muchas ideas nuevas, y finalmente les proporciona nuevos medios para distinguirse y adquirir fama. Y así léjos de procurar disminuir el mérito de la primera invencion, solo emplean su talento y estudio en hacerla mas útil, y por consiguiente mas gloriosa. Despues de esta breve digresion se pasearon un rato por la pradera, y despues continuaron su viaje hasta Paris.

Poco tiempo se detuvo Thelismar en esta capital, y marchó sin tardanza con toda su familia y Alfonso á Inglaterra. En todo el tiempo que estuvieron en Lóndres no pudieron adquirir noticia alguna de don Ramiro, y pasaron al condado de Darby. Luego que llegaron á Buxton, Thelismar los llevó á dar un paseo, diciéndoles que iba á enseñarles una fuente, que por las virtudes fabulosas que se le atribuian, deberia colocarse mas bien en Sicilia ó en Grecia que en aquella provincia. Afirman que sus aguas no corren sino

para los corazones constantes, y que todo amante que ha cometido alguna ligera infidelidad no puede beber de ellas, porque al instante que se acerca se detienen. Há mucho tiempo que he oido contar esta patraña, cuyo asunto me hace acordar de la fuente Acadina, y de la historia de Argyro. Á este tiempo los que guiaban á Thelismar le hablaron en inglés, lengua que Alfonso no entendia. Me dicen, prosiguió Thelismar, que estamos á cien pasos de la fuente, pero como la senda que va á ella está llena de zarzas y de piedras, van á adelantarse para facilitarnos el camino; entre tanto descansemos un rato á la sombra de estos árboles, que ya nos llamarán luego que hayan limpiado la senda. Hiciéronlo así, y al cabo de medio cuarto de hora los avisaron y llegaron á la fuente. Voy, dijo riendo Thelismar á su mujer, á darte una prueba de mi fidelidad, de la cual espero que nunca habrás dudado; ademas que esta hermosa fuente tan clara y abundante convida á beber, y así consiento gustoso en sufrir la prueba de una constancia perfecta. Diciendo esto se acercó á la fuente y bebió dos ó tres veces. ¡Que digan ahora, exclamó despues de haber bebido, que los hombres son inconstantes! Ya habéis visto... ¿Y tú, Alfonso, prosiguió, no tienes sed? — No señor, respondió éste sonriéndose; no obstante, no tengo reparo alguno en beber. — Ea, pues, llégate. Al tiempo que Alfonso iba á bajarse para beber, le detuvo Thelismar diciéndole al oido : ¿Cómo tienes cara para exponerte á esta prueba? Acuérdate de la Grecia y de aquella Zoe... — ¡Ah Thelismar, que cruel es Vd.!... — En fin, ya te has empeñado aunque temerariamente, y no es tiempo de desdecirte, es preciso que bebas. En tanto que hablaban se habia acercado Dalinda, y temiendo Alfonso no oyese las chanzas de Thelismar, se determinó á beber, se inclina, aplica la boca al caño; pero en aquel mismo instante se detiene el agua y deja de correr. Confundido Alfonso y fuera de sí se queda inmóvil sin hablar palabra. Dalinda se puso colorada sonriéndose con algun género de empacho, y Thelismar callando los contemplaba maliciosamente. En fin, tomando la palabra y hablando con Alfonso, le dijo : Huye, profano, huye léjos de esta agua sagrada. — Esta fuente debe de ser artificial precisamente; pues si no, era imposible... — Te afirmo que es muy natural... — Á lo ménos lo parece; pero Vd. que tiene tantos secretos maravillosos, tendrá seguramente alguno para detener cuando quiere el agua de las fuentes. — ¡En efecto, sería un secreto

estupendo!... — Le he visto á Vd. hacer otras muchas cosas tan prodigiosas... — Sin embargo, esta excede los límites de mi poder : te afirmo que no tengo influencia alguna en esta fuente, y que el prodigio que te admira es enteramente efecto de la naturaleza. Esta noche procuraré explicarte este fenómeno; entre tanto cédeme el puesto, que como tengo la conciencia limpia le ocupo sin temor, á pesar de la desgracia que te ha sucedido. Repara y verás como ahora vuelve á correr el agua... En efecto, al irse á llegar brotó con ímpetu, y despues de haber gozado algun tiempo de su triunfo, tomó á Alfonso del brazo, y todos juntos se apartaron de aquella fuente maravillosa [1].

No era ya Alfonso tan ignorante que creyese haber algun encanto en aquella fuente; al contrário, á fuerza de pensar en ello, adivinó poco mas ó ménos la causa de un efecto tan singular; pero las chanzas de Thelismar le habian turbado de manera, que en todo el tiempo del paseo no pudo volver en sí. Thelismar fingió que no hacia alto en su tristeza y distraccion, y por la noche luego que estuvieron solos : ¿Has notado, le dijo, que colorada se puso Dalinda al ver que la fuente se detuvo cuando tú ibas á beber? Aquella turbacion, efecto del primer movimiento, me hace temer que tiene algunas sospechas de nuestros proyectos, y para desvanecerlas le he dicho... — ¡Oh cielos! ¿Y qué le ha dicho Vd.? — Le he contado que tienes una inclinacion que yo sé; le he dicho en fin que amabas á una hermosísima portuguesa. — ¡Ah Thelismar! ¿Es posible?... — He mezclado la verdad con la mentira, diciéndole que una hermosa doncella griega te habia causado alguna distraccion, y que por eso habia imaginado la burla de la fuente... — ¡Ay Dios mio!... ¿Y qué ha dicho Dalinda? — Me ha hecho una pregunta muy extraña : ha querido saber el nombre de aquella griega, y yo he nombrado buenamente á Zoe... — ¡Es posible, Thelismar, que haya Vd. tenido la crueldad!... — ¿Cómo crueldad? Te aseguro que Dalinda me ha escuchado sin turbacion ni pesar, solo me ha parecido que me oia atentamente, y que lo extrañaba algo... — Ah, no dudaba yo de su indiferencia... En vez de llamarle á Vd. cruel,

[1] Thelismar sabia que esta fuente solamente corre todos los cuartos de hora; así es que contando con atencion los minutos en su reloj, sin que Alfonso lo advirtiese, aprovechaba exactamente los instantes en que la fuente paraba y volvia á correr, como sucede en todas las fuentes intermitentes.

no debo quejarme sino de mi desgracia... — Eso es no ser consecuente, Alfonso : ya sabes que hemos convenido en que Dalinda no debia sospechar cosa alguna de nuestro trato... — Sí, me ha mandado Vd. que le oculte mi amor... — Y hasta ahora estoy muy contento de tu obediencia. — ¡Ah! si Vd. supiese cuán doloroso es el esfuerzo que me cuesta!... cuando me obligué á un silencio tan cruel, aun no conocia del todo á Dalinda. Hace ya dos meses que la oigo y la veo á cada instante, Vd. me ha permitido aspirar á su mano, y con todo me obliga á callar! — Es cierto que te la he prometido, pero con condicion de que sabrás merecer todo mi aprecio. El esposo de Dalinda no ha de ser un hombre comun... — Si para aspirar á ese título es preciso ser digno de ella, ¿quién será capaz de merecerla? Perdone Vd., oh Thelismar, mis quejas imprudentes. No puedo merecer el precio que Vd. se ha dignado prometerme; pero á lo ménos para alcanzarlo haré gustoso cualquier sacrificio : ¿mande Vd., dígame qué quiere que haga? — Tan solamente una cosa, esta es que tengas un imperio absoluto sobre ti mismo. — De nuevo le prometo á Vd. ocultar á Dalinda el amor que me abrasa, y que cada vez que la veo se aumenta al parecer, porque en realidad há mucho que no puede ser mayor... — Eso no basta : Dalinda tiene talento y penetracion; ella ve el amor que te tengo, y si no te cree amante de otra, no tardará en sospechar la verdad. Por lo cual es preciso que me jures no decir delante de ella palabra alguna que pueda disuadirla de la idea de que amas en Portugal... — Pues qué ¿quiere Vd. que la engañe? — No por cierto; bien puedes discurrir que ella no te preguntará nada, y así no te verás apurado para disfrazar la verdad acerca de este punto. Ya te he confiado cuanto á ella le he dicho; no te pido mas sino que no me descubras, y que no destruyas con razones indirectas la opinion que le he infundido de ti... — Dalinda imagina que yo amo, y que amo á otra : ¡oh cielos!... — Deja que lo crea : yo lo pido, y espero que lo harás... — ¡Obedeceré, pero me despedaza Vd. el corazon!... — ¡Qué expresion tan exagerada! ¿Acaso por eso podrá pensar Dalinda que eres inconstante ó falso? Lo que yo te mando no puede disminuir la estimacion que te tiene, ese exceso de dolor no es, pues, otra cosa mas que flaqueza. Á estas palabras no pudo Alfonso reprimir sus lágrimas, Thelismar le abrazó, y al punto mudó de conversacion.

Al salir de Buxton Thelismar acompañó á su mujer é hija hasta las fronteras de Escocia. Allí se separaron. Dalinda y su madre tomaron el camino de Edimburgo. Se convino en que irian á Escocia á casa de un pariente, antiguo bienhechor de la mujer de Thelismar, y que las esperaba con impaciencia; que en este tiempo Thelismar y Alfonso harian el viaje de Islanda. Esta separacion fué tanto mas cruel para Alfonso, cuanto dejaba á Dalinda persuadida de su indiferencia, y al apartarse de ella le era preciso violentarse ocultando el dolor que le oprimia. Se portó en esta ocasion con tanto valor y entereza, que apénas pudo creerlo Thelismar : temiendo manifestar su interior, apénas se atrevió á mirar á Dalinda, y á decirle cuando se despidió lo puramente indispensable que la buena crianza exige en tales casos.

Luego que se halló solo con su amigo empezó á lamentarse; pero las alabanzas y elogios de Thelismar le consolaron en breve. Se embarcaron, y habiendo llegado á Islanda fueron á Skalhot y de allí á Geizer. Lo primero que admiraron en aquellos parajes desiertos é incultos fué una cascada natural de una elevacion prodigiosa; pero otro espectáculo mas nuevo fijó toda su atencion. Vuelve los ojos á esta parte, dijo Thelismar, y mira aquellas soberbias columnas de rubíes, de marfil y de cristal que adornan esa inmensa llanura... se vuelve Alfonso, y advierte que en la extension de un vasto terreno lleno de barrancos y peñascos, se levantan en el aire una multitud de chorros de agua de diversos colores á distancias y alturas desiguales : los unos eran de color encarnado pero muy vivo, otros de una blancura que deslumbraba, algunos de agua pura y cristalina, y casi todos llegaban al parecer hasta las nubes. No se cansaban Alfonso y Thelismar de contemplar aquel espectáculo tan hermoso; asimismo admiraron en esta misma isla otros varios fenómenos igualmente curiosos, y despues de haber visto todas las curiosidades de la Islanda, se volvieron á embarcar, y dieron la vuelta á Inglaterra. Volvió Alfonso á ver á Dalinda, y con su vista olvidó todos los pesares de la ausencia; pero la penosa atencion que tenia que emplear para ocultar su alegría, se la hacia mucho menor. Salió Thelismar de Inglaterra, y se embarcó con inexplicable gusto para ir á Suecia. Despues de tantos trabajos y largos viajes, consiguió por fin la felicidad de volverse á ver en su patria en medio de su familia y amigos. Tuvo el placer de volver á ver á aquel virtuoso

Zulaski, en cuya casa se habia alojado en las islas Terceras, y que habia sido arrebatada tan milagrosamente al medio del mar. Supo Thelismar con indecible gozo, que la piedad filial de aquel buen hijo le habia hecho el objeto de la admiracion pública : que su soberano le habia llenado de beneficios, que para colmo de sus dichas la persona á quien amaba le habia sido fiel, que en fin se habia casado con ella, y era enteramente feliz. Deseoso Thelismar de contemplarle en medio de su familia fué á visitarle; le halló sentado entre su padre y esposa, y teniendo en sus brazos á su hijo apénas de edad de dos años. ¡Oh Zulaski! le dijo Thelismar, ¿qué dicha puede compararse á la de Vd.? Esta esposa, ese niño que Vd. ama, su fortuna, su reputacion, todos los placeres que ahora disfruta, su gloria y felicidad, todo lo debe á la virtud. Esta felicidad es tanto mas pura, cuanto no puede excitar la envidia de nadie; las prendas del entendimiento envidiadas de todos, hacen que el que las posee tenga mas enemigos que admiradores, pero las que nacen del corazon, consiguen una aprobacion general. ¡Y qué no debe Vd. esperar de ese hijo, tierno objeto de sus mas lisonjeras esperanzas! Para hacerle conocer la extension de las sagradas leyes de la naturaleza, y para hacerle digno de su padre, no hay mas que referirle su historia de Vd.

Alfonso cada vez mas devorado de inquietudes acerca del destino de su padre, y conservando todavía la esperanza de encontrarle en Rusia, declaró á Thelismar que estaba resuelto á emprender el viaje de Petersburgo. Conociendo Thelismar cuán grande sería el dolor de Alfonso si este último paso saliese vano, no quiso abandonarle, y marchó con él. Hallaron en Petersburgo á Federico, aquel antiguo amigo de Thelismar que habian visto en la isla de Policandro. Parece que estoy nombrado, les dijo Federico, para hacer ver á Vds. y ver en su compañía cosas extraordinarias. Si quieren acompañarme los llevaré á un palacio de cristal... Ya sabemos, interrumpió Alfonso, que Vd. da ese nombre á una cueva formada por la naturaleza. Pues esta vez á lo ménos, replicó Federico, no es un modo de hablar, porque van Vds. á ver un verdadero palacio de cristal, construido por mano de hombres, y segun las reglas de arquitectura mas perfectas. No bastó esto para persuadir á Alfonso, y Federico para hacérselo creer se encaminó con ellos á aquel maravilloso palacio. Luego que lo vieron, prorumpió Alfonso en una ex-

clamacion de espanto al ver con efecto un palacio trasparente construido con mucho primor, y compuesto al parecer de cristales de varios colores. Acerquémonos, dijo Federico, su admiracion de Vd. empieza ahora : vea Vd. con cuidado esa batería de cañones. ¡Qué veo, exclamó Alfonso, cañones de cristal!... En aquel mismo instante oyeron un golpe de música soberbio. Esta armonía, prosigió Federico, sale del palacio encantado : la entrada está franca. ¿Tendrá Vd. valor para entrar en un sitio que no puede tener otros habitantes sino encantadores? Seguramente, respondió Alfonso, estoy ya muy familiarizado con los encantamientos para temerlos. Diciendo esto atravesó los brillantes pórticos del palacio, y guiado por los dulces ecos de una música celeste, llegó á un magnífico salon, cuyas columnas y paredes compuestas de lo mismo que lo demas del palacio, estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas. Várias arañas de cristal colocadas en los ángulos del salon estaban



cubiertas de un sinnúmero de luces, que reflejando por todos lados, producian una claridad que deslumbraba; pero lo que mas golpe dió á Alfonso fué la hermosura de las damas que halló en aquel palacio encantado. Fácilmente creyó que eran deidades : sus vestidos eran semejantes, con corta diferencia, á aquellos con que nos pintan á Calipso ó á las ninfas de Diana, ó ya como el de Aretusa ó el de de la hermosa Atalanta. Los adornos que llevaban se componian de mantos de armiño y martas sujetos con broches de diamantes, y en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

este traje su belleza y gracias ofuscaban el resplandor de la brillante mansion que habitaban.

Ántes de salir Alfonso del palacio supo finalmente de qué materia estaba compuesto. Supo que los hielos del rio Neva habian suministrado los materiales para su construccion. ¿Pues cómo, mamá, exclamó César, un palacio de hielo?... ¿Es posible que esto sea verdad? — No tienes que dudarlo... — ¿Pues cómo no se derretia estando lleno de luces?... ¿de dónde han podido sacar un hielo tan grueso, y en tanta cantidad para construirlo? Ademas que Vd. nos ha dicho que aquel hielo era de varios colores... — Mi nota responde á todas tus preguntas...[1] — Razon tenia Vd., mamá, en asegurar que no hay cuento de encantadores tan maravilloso como el de Vd.; pero prosígale si gusta que ya no la interrumpiremos mas. — Es ya muy tarde, replicó la Marquesa, mañana daremos fin á la historia de Alfonso.

Al dia siguiente prosiguió Madama de Clemira la lectura de su manuscrito en estos términos: Todas las pesquisas de Alfonso relativas á su padre fueron tan inútiles, como las que habia hecho en Inglaterra. Oprimido de dolor halló en el afecto de su generoso bienhechor los únicos consuelos de que era capaz entónces. No puedes, le dijo Thelismar, casarte sin el consentimiento de tu padre: tu obligacion y las leyes te lo prohiben; es preciso, querido Alfonso, que te sujetes con valor á tu destino. Has hecho de tu parte todo lo posible para encontrar á tu padre; ahora es preciso que esperes con resignacion el tiempo en que las leyes te permiten disponer de ti mismo. Desde aquí á entónces estarás separado de Dalinda, y no la volverás á ver hasta que recibas su mano. Todo este tiempo lo pasarás en Suecia en una casa mia, en donde yo viví ántes de mis viajes: ahora voy á llevarte á ella. Te dejaré solo, y volveré á Stokolmo con mi familia. Estaremos separados, es verdad; pero á lo ménos viviremos en el mismo país, con la certeza de juntarnos para siempre dentro de dos años. — ¡Ah, dijo Alfonso, qué destierro!

[1] Durante el riguroso invierno de 1740 construyeron en San Petersburgo, segun las reglas de la mas primorosa arquitectura, un palacio de hielo de cincuenta y dos piés y medio de largo, sobre diez y seis y medio de ancho con veinte de altura. El Neva, rio inmediato, en el cual el hielo tenia dos ó tres piés de grueso, habia suministrado los materiales. Al paso que se sacaban los pedazos de hielo del rio, se labraban y adornaban con dibujos, y despues de colocados se regaban por un lado con aguas de diversos colores.

¡qué separacion! ¡Á lo ménos si Dalinda supiese mi amor! ¡Si á lo ménos tuviese yo el consuelo de merecer su compasion!... En fin, me someto á todo: ¡ojalá las penas que voy á padecer fuesen parte para que expíe las culpas de mi juventud! ¡Quiera el cielo movido de mi arrepentimiento volverme un padre que me ha costado tantas lágrimas!

Thelismar salió inmediatamente de Petersburgo, y condujo á Alfonso al retiro que le habia destinado: era este un antiguo palacio situado en un despoblado en las inmediaciones de Salseberitz. ¡Con que esta es, dijo Alfonso, la soledad en donde debo pasar dos años! Á no ser por el cruel recuerdo de mis culpas y de mi padre, toleraria con valor este riguroso destierro: ¡pero solo, sin mas compañía que mis remordimientos!... — Conserva este justo arrepentimiento; pero no te dejes abatir de la tristeza: emplea el tiempo de tu retiro en perfeccionar los conocimientos cuyos principios he procurado enseñarte. Bien debes acordarte que en otro tiempo te prometí un *tesoro* que ahora estás en estado de apreciar. Repara en aquel estante: aquella es, querido Alfonso mio, la obra inmortal que acabará de manifestarte los secretos de la naturaleza[1]. Algunos dias estaré en tu compañía; en este tiempo visitaremos juntos estas inmediaciones, y hallarás en ellas objetos dignos de excitar tu curiosidad.

Al dia siguiente Thelismar y el triste Alfonso tomaron un coche muy de mañana: Thelismar le prometió un paseo divertido, pero Alfonso estaba demasiadamente oprimido de su pesar para creer hallar algun motivo de distraccion. Despues de haber caminado cerca de tres millas, llegaron á un sitio árido é inculto, rodeado por todas partes de ásperas montañas: Apeémonos, dijo Thelismar, y prosiguió: Si no conociese, Alfonso, lo animoso que eres, no te hubiera traido á este desierto, porque vamos á emprender una aventura harto peligrosa. ¿No adviertes entre esos peñascos varias simas? Pues ahora vamos á bajar por ellas hasta el centro de la tierra. Al acabar Thelismar estas palabras se acercaron á ellos dos hombres de horrible aspecto. Estaban envueltos en unas largas túnicas de color oscuro: tenian los brazos desnudos, y cada uno su hacha de viento encendida. Estas son nuestras guias, dijo Thelismar: es preciso ahora separarnos, abajo nos volveremos á ver.

[1] La Historia Natural del conde de Buffon.

Diciendo esto, se aparta con una de aquellas dos visiones; y Alfonso sigue á la otra, que camina delante de él sin hablar palabra. Despues de haber dado algunos pasos se halla al borde de una sima, se detiene, y advierte á la entrada de ella una cuba al parecer suspensa en el aire. Arrójase á ella la guia de Alfonso, y este con intrepidez se pone á su lado. Entónces el conductor, siempre con el hacha encendida, hace resonar el aire con su triste voz. En el mismo instante se sepulta la barca en aquel abismo : parece que una mano invisible la precipita en el oscuro centro. Levantando Alfonso los ojos no ve ya el cielo sino como un punto imperceptible : de allí á poco le pierde enteramente de vista, y no ve otra cosa mas que á su extraño camarada, cuya figura le trae á la memoria al adusto barquero de los infiernos.



Al cabo de un cuarto de hora empieza Alfonso á extrañar lo largo del camino y de la inmensa profundidad de aquel precipicio. De improviso oye al rededor de sí varios torrentes impetuosos que se precipitan con estrépito por todas partes. Aquel ruido de las aguas que no puede ver, hace que se acuerde de los formidables rios del Tártaro. Su curiosidad crece al paso que su asombro; un interior presentimiento le altera y le conturba... Se siente enternecido, y ni él mismo conoce lo que siente en el pecho. Párase en fin la barca, y sale de ella apresuradamente. En el mismo instante corre Thelismar á juntarse con él, y Alfonso despues de haber andado un corto trecho advierte un resplandor que casi le ciega : á pesar de que la novedad de los objetos que nota le embargan todas las acciones, se

adelanta, y se halla en un espacioso y soberbio salon de plata, sostenido de columnas del mismo metal, y rodeado de cuatro espaciosas galerías. Un arroyo de agua cristalina corre por medio del salon y galerías. Este suntuoso edificio está alumbrado con una infinidad de lámparas y blandones. Todo brilla, todo deslumbra en aquellas regiones subterráneas. Las luces reflejan y se multiplican en la plata de las paredes y bóvedas, y en las aguas puras y cristalinas que atraviesan el salon. Entran Alfonso y Thelismar en las galerías, y encuentran una multitud de personas ocupadas en varios trabajos. Á lo último de las galerías descubre Alfonso algunas casas, ve pasar caballos, carros, y su admiracion llega al extremo reparando en un molino de viento... Pues qué, mamá, interrumpió Carolina, ¿una ciudad de plata debajo de tierra, y en ella caballos, carruajes y un molino de viento?... — Todavía existe esa ciudad del mismo modo que acabo de pintarla, pero dejadme acabar mi cuento, y no me volváis á interrumpir.

Volvió Thelismar con Alfonso á las galerías. En el instante en que entraban se estremece Thelismar, y advirtiendo que las luces se iban apagando, levanta la cabeza, y ve en lo alto una especie de velo blanquecino. Inmediatamente agarra á Alfonso por el brazo, y le obliga á tenderse boca abajo en el suelo. Al mismo tiempo un grito terrible y general hizo retumbar las bóvedas del subterráneo; se apagan todas las luces, y á la mas brillante iluminacion se siguen unas espantosas tinieblas. Un profundo silencio aumenta el horror de aquella tenebrosa escena. En fin, á breve rato se oye un ruido semejante á un cañonazo. Entónces todos se levantan del suelo gritando que ya ha pasado el peligro. Vuelven á encender todas las luces, y Thelismar, volviéndose á Alfonso, le dice : La muerte ha pasado sobre nosotros. Tal es el riesgo formidable á que se está expuesto á menudo en estos profundos abismos, frutos de la humana codicia. ¡Ah, no es este pueblo infeliz privado de la luz del sol quien disfruta los tesoros que arranca del seno de la tierra! La pobreza los obliga á bajar en vida á este funesto sepulcro. En medio de las riquezas que los circundan carecen aun de lo necesario; se consagran al trabajo mas penoso; destruyen su salud, y apresuran el término de una vida infeliz.

¡Oh cielos, interrumpió Alfonso, cuánta lástima me causan estas desgraciadas víctimas! Pero ¿qué habrá sucedido allá abajo? ¿no

ve Vd. la gente que se junta?... Iban acercándose á ver lo que habia sucedido, cuando encontraron un hombre que les dijo : que en el instante en que el vapor mefítico se habia esparcido por el subterráneo, habia herido á un trabajador que tardó en apagar su luz, y que aquella gente acudia á su socorro. Aquí tengo, dijo Thelismar, un frasquito que podrá servirle; vamos pronto á socorrerle. Llegan al monton de gentes, y penetrando por entre todos se acercan al herido. Estaba aquel infeliz tendido en el suelo y sin sentidos. Ya está muerto, dijo uno de sus compañeros al ver llegar á Thelismar. Penetrado Alfonso de compasion se acerca, le mira... se estremece... se retira... se arroja á él... vuelve á mirarle como espantado ; la sangre se le hiela en las venas ; se le erizan los cabellos, y como si le hubiese herido un rayo, cae desmayado sin poder proferir una palabra al lado del desventurado, cuya vista ha producido en él una revolucion tan terrible.

Acude volando Thelismar á socorrerle. Encarga el herido al cuidado de los que le cercan, entregándoles el frasquito y su bolsillo, y hace llevar á Alfonso á otra galería. Al cabo de un cuarto de hora hace Alfonso un movimiento y abre los ojos, dando un doloroso grito. En su semblante y facciones desfiguradas se ve retratado el exceso de la desesperacion mas horrible... Finalmente exclama : ¡ Mi padre !... él es! Ese es mi padre... Bárbaros, volvedme mi padre... quiero que me lleven á sus piés... quiero volverle á ver... quiero morir con él... ¡ En qué sitio, en qué estado le encuentro !... Ya es muerto, ¡ y yo aun vivo !... ¡ Yo gozaba de la luz del dia, y mi padre gemia en este espantoso abismo !... Déjeme Vd., prosiguió, desviando á Thelismar con aire feroz, déjenme todos ; huyan de un monstruo indigno de volver á ver el dia. Renuncio al mundo, á la dicha, á la luz ; esta sima será mi sepulcro : ¡ ay de mí, que ya es el de mi desgraciado padre !... Á lo ménos la muerte va á juntarnos...

Pronunciando Alfonso estas razones con voz interrumpida, hacia vanos esfuerzos por desasirse de los brazos de su amigo... Detente, le decia Thelismar, detente, Alfonso. ¿ No conoces ya á tu amigo, ó no atiendes á su voz?... — ¡ Ah, no veo mas que á mi padre : no oigo ya sino los gritos de la naturaleza que clama en lo íntimo de este corazon despedazado ! — Sosiégate, vuelvo á decirte ; tranquilízate si puedes un solo instante, y escúchame. Si es cierto que una semejanza engañosa no te ha alucinado, aun puedes conservar

alguna esperanza... — ¡ Oh cielos ! ¿ pues qué, vive todavía ? — Y su herida puede que no sea peligrosa... Dios mio, exclamó Alfonso arrodillándose y levantando los brazos al cielo, Dios mio, ten piedad de mis remordimientos y desesperacion ; vuélveme á mi padre... corramos, amado Thelismar, lléveme Vd. á verle... — No, dilatemos algun tiempo una visita que podrá ocasionarle resultas muy fatales... — ¿ Pero me asegura Vd. que vive? — Sí, y te afirmo que el hombre que has visto aquí sin sentidos no tiene mas que una herida. He mandado que luego que volviese en sí le sacasen de subterráneo, y ya está léjos de aquí. — ¿ Con que ha recobrado e sentido? ¿ Ha hablado ! ¡ Oh Thelismar ! ¿ Me engaña Vd. ? — Si no quieres creerme quédate aquí y pregunta á todos los trabajadores, que yo voy al punto á cuidar de él, porque he mandado que le llevasen á casa... — ¿ En casa ?... mi padre... ¡ es posible ! — Le han llevado en nuestro mismo coche. — ¡ Ah ! vamos corriendo ; no tardemos...

Inmediatamente salieron Alfonso y Thelismar de la galería, y acompañados de las mismas guias con que bajaron, salieron del subterráneo. Tuvieron que volverse á pié al castillo ; no obstante á la mitad del camino hallaron un criado que les traia dos caballos. Hízole Alfonso mil preguntas acerca de su padre, pero no pudo averiguar nada de cierto. Sus sospechas y dudas volvieron á revivir, y la inquietud que le devoraba era tanto mas insoportable cuanto no se atrevia á manifestársela á Thelismar. Llegaron por fin á la casa, en vano quiso Alfonso acompañar á Thelismar al cuarto del enfermo : No podrias contenerte, le dijo Thelismar ; si es cierto que es tu padre, mañana te llevaré á sus piés ; pero déjame ántes el tiempo preciso para prepararle.

Precisado Alfonso á obedecer, pasó todo el dia en una turbacion y desasosiego indecible. Finalmente, no pudiendo aguantar mas tiempo una incertidumbre tan cruel, tomó el partido de ocultar á Thelismar su pensamiento é introducirse aquella misma noche en el cuarto de su padre. En efecto, luego que se acostó Thelismar, se encaminó hacia el cuarto del enfermo. Ya sabia en el que le habian puesto, y que podia entrar sin que le viese. Abre poco á poco la puerta, y entra en el cuarto con pasos trémulos : en el mismo instante oye la voz de don Ramiro. Enajenado y fuera de sí, se pára á escuchar ; pero ¡ qué grande fué su dolor al conocer por sus razones que estaba delirando !... ¡ Álvarez ! gritaba el infeliz don Ra-

miro, ¡Alvarez! ¡ven á sacarme del horroroso abismo en que me has precipitado!... ¡ten lástima de mis penas! ¡Mírame con ojos compasivos!... ¿Pero qué digo? ¿Acaso podrán penetrar tus ojos desde las celestiales moradas que habitas hasta el centro de este abismo?... ¡Oh y qué horroroso es este abismo!... Por todas partes veo la tumba de tu esposa é hijo... ¿No dejarán de perseguirme sus sombras pálidas y amenazantes?... ¡Oh Dios! ¡qué veo!... ¡Álvarez, tu hijo pone un puñal en la mano del mio! ¡Alfonso toma á su cargo tu venganza, y quiere traspasarme el pecho!... ¡Detente, hijo mio!... ¿Eres tú quien debe castigarme?... ¡Hijo mio! Tú me das la muerte, y tú me abandonas... ¡Ah, ven á lo ménos á recibir mis últimos suspiros!... Al oir estas palabras Alfonso, cuya desesperacion pasa ya á furor, va á arrojarse á los brazos de su padre... En aquel mismo instante Thelismar, que le habia seguido, se precipita corriendo á él, y á pesar de sus gritos y resistencia le arrastra fuera del cuarto.

Llegó por fin el médico que Thelismar habia hecho llamar. Don Ramiro estaba algo mas sosegado; pero el médico no quiso decir nada hasta ver el efecto que producian los remedios que le hizo. Cobró don Ramiro el conocimiento, y al amanecer aseguró el médico que estaba ya fuera de riesgo. El exceso de la alegría de Alfonso al oir esta nueva igualó al del dolor que hasta entónces le habia oprimido. Recobrando la esperanza de conservar á su padre, recobró tambien su ternura y obediencia para con Thelismar. Hacia ya algunas horas que Thelismar veia por la primera vez á Alfonso injusto, violento é intratable; pero tranquilo ya acerca del estado de su padre, volvió á ser sumiso, juicioso y mas amante que nunca de su bienhechor.

Luego que don Ramiro supo que estaba en casa de Thelismar hizo una exclamacion, y al instante preguntó por Alfonso; ya no fué posible dilatar el que se viesen. Thelismar fué á buscar á Alfonso, y le condujo al cuarto de don Ramiro. Alfonso bañado en lágrimas, azorado y atónito corre á arrojarse de rodillas cerca de la cama de su padre que le extiende los brazos. ¡Oh padre mio, exclama Alfonso, oh amado autor de mi vida! ¿es posible que vuelvo á verle?... ¿y que Vd. se digna recibir en sus brazos á un hijo ingrato?... ¡Ah! sin duda que ha leido en mi corazon mi arrepentimiento, mi dolor y mi ternura... ¡Padre mio! Yo le consagro á Vd. mi vida, no la quiero sino para reparar mis yerros, para hacerle á Vd. feliz y para obedecerle... ¡Háble me Vd., padre mio! Oiga yo el sonido de esa voz que tanto reverencio!... El perdon que imploro confirmado con ella me volverá el sosiego y la felicidad que sin Vd. no podia tener! — ¿No es ilusion, dijo al cabo de un rato don Ramiro, es este Alfonso, es mi hijo el que estrecho entre mis brazos?... No, no atribuyas á nadie sino á mí la causa de tus culpas y de mis infortunios... Pero el cielo se apiada puesto que nos junta... Te vuelvo á ver, y cuanto he padecido es nada... La debilidad de don Ramiro le impidió hablar mas; perdió el color, y reclinó la cabeza contra el rostro de su hijo. Asustado Alfonso se levantó apresuradamente y llamó al médico; este le aseguró que no era nada, pero mandó al enfermo que no hablase mas por entónces.

Este suceso retardó un poco el progreso de su convalecencia; no obstante al cabo de cuatro dias pudo levantarse. Entónces Alfonso le refirió cuanto le habia sucedido : don Ramiro manifestó á Thelismar la gratitud de que estaba penetrado, y luego que estuvo enteramente restablecido quiso tambien contar á Thelismar su historia en presencia de su hijo. Confesó enteramente todos sus yerros; y no ocultó ninguna circunstancia de la historia de Álvarez, aquel virtuoso ermitaño portugues que habia encontrado en Monserrate. Luego que llegó al punto de la fuga de Alfonso prosiguió su narracion en estos términos :

« La huida de mi hijo me penetró de un dolor tanto mas vivo, cuanto me era imposible no mirar este suceso como un justo castigo del cielo, y el efecto de las maldiciones pronunciadas en otro tiempo contra mí por un padre desgraciado. ¡Ah! me decia yo á mí mismo, ¡qué justos, qué rectos son los decretos de la Providencia! Yo abusé de mis riquezas y privanza, y el cielo me priva de uno y otro. Mi detestable ambicion quitó al infeliz Álvarez una esposa y un hijo. La divina venganza me arrebata en fin el único bien que podia suplirme todos los demas... Mi hijo, mi sola esperanza... ¡Alfonso me abandona!... Y cuando me veo en medio de este cúmulo de desgracias no puedo quejarme de ellas. ¡No puedo atribuirlas á la suerte; yo, yo mismo me las he ocasionado!... De este modo, gimiendo sobre mi suerte, me veia precisado á admirar la justicia del cielo que me perseguia.

« Sin embargo á fuerza de informaciones supe que mi hijo habia tomado el camino de Cádiz, pero no pude seguirle al instante como

lo deseaba y habia determinado. Tuve que detenerme en Granada seis semanas á causa de unas calenturas ardientes que me asaltaron. Al cabo de este tiempo, aunque ya seguro de no poder alcanzar á mi hijo, persistí en pasar á Cádiz con la esperanza de que á lo ménos tendria de él algunas noticias. Luego que llegué á Loja me detuve en una posada, en la cual segun las señas que di de Alfonso, y las respuestas del huésped, supe sin que me quedase duda de ello, que habia estado algunas horas. Quise dormir en aquel mismo cuarto, y le registré con sumo sobresalto y curiosidad. Encontré debajo de una mesa un papel, y en él escritos dos versos portugueses, en los cuales estaba repetido por tres veces el nombre de *Dalinda*. No pude dejar de conocer la letra de mi hijo, y como hallé escrito tambien el mismo nombre repetido en los versos y escrito sobre las paredes, me chocó, y lo escribí en mi librito de memorias. Al llegar á Cádiz me informé de Alfonso y aun de *Dalinda*. Estos nombres eran desconocidos á todas las personas á quien hablé; pero al fin supe que un jóven portugues, que ocultaba con mucho cuidado su nombre y calidad, habia estado diez dias en Cádiz en compañía de una jóven, que al parecer habia robado, y que estos dos fugitivos habian pasado á Francia con ánimo de establecerse en aquel reino. No dudé que mi hijo fuese el robador, y la jóven aquella Dalinda, de la cual ya habia yo sospechado que estaba enamorado. Al punto mismo resolví pasar á Francia; pero ántes volví á Lisboa para tomar algun dinero de los caídos de mi pension; é inmediatamente marché á Paris. Despues de mucho tiempo, pesquisas y trabajos, conseguí encontrar á los fugitivos cuyas señas me habian dado en Cádiz; y el fruto de tantos afanes fué hallarme con dos personas que me eran absolutamente desconocidas.

« Hasta entónces habia conservado la esperanza de volver á hallar á mi hijo. Pero perdida ya esta, me hallé tan desanimado y melancólico, que determiné abandonar para siempre el mundo, sepultándome en la misma soledad que el virtuoso Álvarez habia elegido. Llegué á Monserrate, fuí corriendo á la ermita de Álvarez: ¡pero infeliz de mí! aquel venerable anciano se acercaba ya al término de sus trabajos. Le hallé próximo al sepulcro : me recibió no obstante con aquella afabilidad é inalterable dulzura que le caracterizaban. Le di parte de mi desgracia, me escuchó enternecido, diciéndome despues : ¡Oh cuánto me alegrára que hallases en este

pacífico asilo algun alivio á tus males!... Si quieres establecerte en esta gruta en breve la poseerás solo... ¡Pluguiera al cielo que del mismo modo que te la cedo me fuese posible dejarte tambien la tranquilidad de que gozo!

« Tal fué la acogida que me hizo Álvarez : no me cansaba de admirar cada vez mas una virtud tan perfecta. Léjos de que su presencia aumentase mi turbacion y remordimientos, cuando estaba en su compañía me sentia mas sosegado; hallaba una dulzura inexplicable en oirle, contemplarle y servirle; cada instante se aumentaba mi afecto, y en breve hubiera deseado prolongar sus dias, aunque hubiese sido á costa de los mios. No le habia referido al principio mis desgracias por extenso, solamente le habia dicho que mi hijo me habia abandonado, y que guiado de algunos indicios le habia buscado, aunque en vano, en Francia. Pero habiéndome instado Álvarez algun tiempo despues que le refiriese mas por menor mis sucesos, le hablé de aquellos dos versos portugueses que habia encontrado en el cuarto de la posada de Loja. No bien hube acabado de pronunciar el nombre de Dalinda, cuando Álvarez interrumpiéndome, me dijo : Tráeme de aquel armario el libro en donde de diez años á esta parte voy sentando los nombres de todos los extranjeros que han venido á visitar esta ermita.

« Al punto voy volando al armario, le traigo el libro, y Álvarez me hace leer la nota siguiente : « Hoy 20 de Junio ha venido á « verme una familia sueca; el padre, que se llama Thelismar, habla « bastante bien el portugues; me ha encantado con su instruccion « y sencillez; viene de vuelta de Portugal y va á Cádiz, en donde « cuenta embarcarse para pasar al África. Su hija es sumamente « hermosa y modesta. Su padre ha querido que me enseñase algu- « nos de sus dibujos. Ha sacado de su faltriquera una cartera en « que habia varios países copiados del natural; uno solo hay hecho « de memoria, y es precisamente el mas perfecto y gracioso. Este « país representa la Fuente del Amor en la provincia de Beira. La « hermosa doncella se llama Dalinda. »

« Esta nota aclaró todas mis dudas, y me causó el primer gozo que habia experimentado desde que Alfonso me dejó. Aun me quedaban muchas inquietudes crueles, pero á lo ménos ya habia tenido algunos indicios ciertos que hacian revivir la esperanza de poder encontrar á mi hijo. Tambien supe de Álvarez que Thelismar

le habia dicho que sus viajes durarian cuatro años ántes de volver á su patria. Por tanto, prosiguió Álvarez, si tu hijo está con él, no puedes verle hasta que pasen dos años; pero solo en Suecia podrás adquirir noticias ciertas de Alfonso... No, Álvarez, le interrumpí, no, yo no le abandonaré á Vd. en el estado en que se halla... ¡Oh Álvarez! Vd. ha franqueado un asilo á su perseguidor; Vd. le ha dado consejos, le ha consolado, y le permite servirle y aliviarle... Tanta magnanimidad, al mismo tiempo que aumenta mi arrepentimiento, disminuye no obstante los espantosos temores que me causaban mis remordimientos. Al ver que Álvarez no está ya irritado contra mí, me parece que el Dios de las venganzas que me persigue debe aplacarse. Solamente á la religion debo la sublime piedad que Vd. me manifiesta; pero si su corazon pudiese admitir parte de los sentimientos del mio... aun me atreveria á esperar la proteccion del cielo... En tanto que le hablaba de esta suerte, mis ojos se llenaban de lágrimas. Mirándome Álvarez enternecido, me dijo: ¿Pues qué, mi amistad podria disminuir tus infortunios y calmar la cruel agitacion de tu alma?... Ya puedes estar contento... Yo admito tu cuidado, tus socorros... tu mano, sí, la mano de don Ramiro cerrará los ojos de Álvarez...

« Al pronunciar estas palabras no pudo el virtuoso anciano reprimir su llanto. Demasiado conocí el cruel recuerdo que le atormentaba el corazon... ¡Al tiempo mismo que me aseguraba de su amistad, el infeliz lloraba á su hijo!... La noche que se siguió á esta conversacion, sintiéndose Álvarez mas oprimido que lo regular, quiso levantarse. Se apoyó en mis brazos, y pasó á su jardin, en donde se sentó. Los rayos de la luna daban sobre su rostro; su luz plateada haciendo mayor la palidez de él, aumentaba la dulzura de su fisonomía, y de la augusta serenidad retratada en su frente. Levantó los ojos y las manos al cielo, se mantuvo en esta postura inmóvil y como arrobado algun tiempo, y despues volviéndose á mí: Oh tú, me dijo, que tres meses hace me tributas todo el cuidado que un padre podria esperar del hijo mas amante... recibe en fin todo lo que te puedo dejar... recibe la bendicion paternal de Álvarez. ¡Oh, padre mio, exclamé, arrojándome á sus piés, amado padre! ¡Ah! ¿Qué me anuncia Vd.?... — Sí, replicó Álvarez con voz débil, vas á perder un padre que la religion te habia dado... dentro de un instante, hijo mio, compareceré delante del Ser Supremo, cuyos mas

sublimes atributos son la clemencia y bondad... ¡Oh Dios, prosiguió Álvarez arrodillándose junto á mí... Dios, mi Criador y mi Juez! Ya me veo inmediato á aquel tremendo instante en que el mas virtuoso de los hombres debe temer tu justicia... ¡Me atrevo á esperar en tu misericordia!... ¡Hé sabido perdonar!... ¡Mira en qué brazos espiro!... ¡Mira por quién corren mis lágrimas!... ¡Mira á favor de quien te imploro!... Escucha, Dios mio, los gemidos de don Ramiro. Su alma no está corrompida, es sensible, y puede elevarse hasta ti... Acaba de purificar su corazon y de abrir sus ojos... Vuélvele su hijo! Vuélvele la paz y la felicidad!... Dígnate de oir la postrer súplica de Álvarez!



« Al acabar estas palabras reclinó su cabeza en mi pecho, y mis lágrimas regaron su rostro venerable... ¡Infeliz de mí! ¡Yo acababa de recibir su último aliento!... Ya no existia Álvarez... Experimenté con su pérdida toda la amargura que puede causar la muerte del padre mas amado y mas digno de serlo. No obstante, empezaba ya á gozar de los felices frutos de la solemne y dulce bendicion que me habia dado: al acordarme de las últimas palabras de Álvarez, ya me parecia que no era yo una víctima destinada á las venganzas del cielo: las mas lisonjeras esperanzas expelian de mi corazon los funestos presentimientos que ántes me inspiraban mis delitos.

« En el recinto de la humilde morada de Álvarez, al lado de una fuente, á la que hacian sombra unos olivos, levanté con mis propias manos el túmulo silvestre que debia contener las preciosas reliquias

del mas virtuoso de los hombres. Al punto que cumplí con esta obligacion, no aspiré á otra cosa mas que á ir á Suecia. Pero para emprender tan largo viaje necesitaba de dinero. Escribí á Portugal suplicando que se me concediesen dos años adelantados de mi pension exponiendo los motivos que me obligaban á ello : se me concedió esta gracia. Fuí por la última vez al sitio en donde descansaban las cenizas de Álvarez; regué con mis lágrimas la yerba y las flores que crecian sobre su tumba. Hecho esto salí de España y tomé el camino de Suecia. Mi primer cuidado luego que llegué á Stokolmo, fué el de informarme de si Thelismar estaba de vuelta en su patria. Supe que no volveria sino dentro de un año; que su mujer y su hija no le habian acompañado, y que vivian en una quinta inmediata á Salseberitz : y cuando me disponia para irlas á ver, supe que estaba para llegar á Stokolmo un amigo íntimo de Thelismar llamado Federico que habia viajado algun tiempo en su compañía. Entónces queriendo absolutamente ver á Federico me quedé en Stokolmo. Le estuve aguardando algunos meses, al cabo de los cuales llegó. Fuí á verle, y le hablé sin darme á conocer. Le hice varias preguntas acerca de Thelismar, y supe sin que me quedase duda que Alfonso vivia, y que la Providencia le habia puesto bajo la custodia y entre las manos de un hombre tan sabio y virtuoso.

« Enterado ya del paradero de mi hijo sentí mas que nunca la desgracia de que me hubiese abandonado... Ignoraba yo su arrepentimiento y su dolor, é ignoraba asimismo que me hubiese escrito... No habiendo estado en Lisboa desde que me dejó mas que una sola vez, y esa de paso, y no habiendo vuelto á la provincia de Beira, no pude recibir sus cartas, que sin duda se habrán perdido. No pudo decirme Federico en qué parte del mundo se hallaba entónces Thelismar, por lo cual me determiné á ir á Salseberitz. No hallé en esta ciudad, ni á la hermosa Dalinda, que tanto deseaba ver, ni á su madre. Me dijeron que habian ido á viajar, y que no volverian sino hasta venir con Thelismar. Vine despues á esta quinta; hice varias preguntas á los criados, que me respondieron asegurándome que Thelismar habia vivido siempre en ella, y que le esperaban dentro de tres meses. Esta certeza me obligó á establecerme en Salseberitz, en donde me mantuve oculto y desconocido. Mi proyecto era ponerme delante de mi hijo luego que llegase; ver el efecto que producia en él esta primera vista, y si su corazon no

correspondia al mio, abandonarle para siempre, yendo á acabar mis tristes dias junto al sepulcro de Álvarez.

« Entre tanto no llegaba Thelismar; mas de un año pasé en este estado, que cada dia me era mas insoportable. Iba á escribir á Portugal para avisar del sitio adonde me habia retirado, y pedir que me enviasen mi pension, cuando me asaltó una enfermedad. Unas calenturas ardientes me privaron algun tiempo del uso de la razon : en esta ocasion, un traidor que me servia de criado huyó llevándose toda la ropa y dinero que me quedaban. El hombre en cuya casa estaba hospedado, tuvo la humanidad de ocultármelo hasta que estuve enteramente restablecido. Entónces me hizo saber esta desgracia... me sujeté á ella con valor : miré este último reves como un medio que el cielo me concedia para acabar de expiar mis culpas. Esta idea me alentó, y conocí que la dulce y piadosa resignacion presta mas auxilios á los infelices que la esperanza misma. Escribí á Lisboa, y en tanto que venia una respuesta, que aun no he tenido, solicité que me diesen que trabajar en las minas de plata; lo conseguí, y he vivido tres meses en aquellos profundos subterráneos. »

No bien habia acabado don Ramiro su narracion, cuando Alfonso, cuyo llanto la habia interrumpido varias veces, se arrojó á sus piés, y le dijo las expresiones mas tiernas que el arrepentimiento, la gratitud y el amor pueden inspirar á una alma noble y sensible. Don Ramiro en el colmo de la dicha apretaba á su hijo entre sus brazos, y le bañaba con sus lágrimas, y Thelismar encantado los contemplaba en silencio.

Finalmente, don Ramiro, Thelismar y Alfonso marcharon á Stokolmo. Thelismar presentó á Alfonso á la amable Dalinda. Alfonso se desquitó del penoso silencio á que Thelismar le habia condenado tanto tiempo. Cuando Dalinda supo que era amada cinco años habia, conoció el poder que el honor y la gratitud tenian en su amante. ¡Cuánto se aplaudió Alfonso entónces de haber sido fiel á su promesa! Este virtuoso esfuerzo le habia granjeado el aprecio y amor de Dalinda.

El virtuoso Alfonso recibió la mano de Dalinda : justificó con su conducta y virtudes la eleccion y afecto del generoso Thelismar; reparó sus culpas para con su padre con una sumision y cariño sin límites : nunca se separó de él; fundó su gloria y felicidad en cumplir debidamente con las obligaciones de la naturaleza, gratitud y

amistad, haciendo felices á su padre, á su bienhechor y á su esposa.

¿Pues qué, dijo Carolina como apesadumbrada, se ha acabado ya la historia de Alfonso? — Y la *velada* tambien, replicó su madre levantándose. — ¡Oh qué lástima...

Al dia siguiente preguntó la Marquesa á sus hijos si habia desempeñado bien la promesa que habia hecho de componer un cuento que fuese tan maravilloso como los de encantos, y cuyos prodigios no obstante serian verdaderos. Sí, señora, respondió Carolina; y pues que en la naturaleza hay cosas tan extraordinarias y curiosas, puede Vd. estar cierta que de aquí en adelante no iremos á buscar en los cuentos de encantadoras las cosas prodigiosas que tanto nos agradan. — Cuando leáis libros instructivos sabréis otra infinidad de cosas tan admirables como las que os he contado. Si yo hubiese querido emplear todos los materiales que habia juntado, hubiera sido la historia de Alfonso un tomo en folio: hubiera sido tambien mas divertida, porque, para abreviarla todo lo posible, he tenido que quitar varias descripciones y relaciones y varios fenómenos curiosos; y no obstante no habia puesto en mis extractos sino hechos ciertos y comprobados. He omitido todos aquellos que me han parecido falsos ó dudosos. Si hubiese sido ménos escrupulosa os hubiera hablado de un lugar cuyos habitantes se vuelven locos á la edad de diez y ocho años; de una fruta de la Virginia que no se puede comer sin padecer un delirio por tiempo determinado; de un árbol cuyas ramas, aunque verdes, despiden tanta luz como una hacha.

En efecto, dijo entónces el abate, me parece que hubiera Vd. podido sacar mas partido de los fenómenos de la electricidad.

Le aseguro á Vd., replicó la Marquesa, que he hecho todo cuanto podia, y si no he puesto mas, ha sido por una razon muy buena: esta es, que no entiendo una palabra de Física; he asistido, como *otra cualquiera*, á un curso de Física, pero me sucede lo que *á otra cualquiera*, que no por eso sabe ni entiende de Física...

Pero, replicó el abate, si Vd. me hubiese creido capaz, me hubiera encargado con gusto de estos pormenores.

Amigo mio, respondió la Marquesa, nunca debe una mujer permitir que hombre alguno añada una sola palabra á ninguna obra que ella haya compuesto. El hombre á quien consulte, pasará

siempre por inventor, y á ella la acumularán que se honra con trabajo ajeno. Cualquiera puede ser virtuoso, y mal autor, pero no puede ser estimable aquel que se apropia una obra que no ha hecho: por tanto, se debe evitar con el mayor cuidado todo lo que pueda ocasionar una acusacion tan denigrativa. Vaya Vd. contando las mujeres que han escrito con algun aplauso, y hallará que casi todas han padecido, aunque injustamente, la nota de esa vileza. Son tantos los ejemplos de esta clase, que deberian obligar á las mujeres literatas á no consultar nunca á los hombres que lo son, ni tener amistad estrecha con ellos.

Esta conclusion hirió vivamente el amor propio del abate. Segun eso, dijo sonriéndose, no sin algo de malicia, ¿si Vd. señora, llega á ser autora y hace imprimir sus obras, no consultará á nadie? Sí por cierto, respondió la Marquesa, pero en este caso buscaria la verdad, y no alabanzas y vanas lisonjas: para esto no me valdria de gentes extrañas, ni literatas; juntaria solamente á mi familia, y le leeria mis obras; y si se durmiese ó se enfadase de la lectura, me aprovecharia prudentemente de esta crítica, que me parece la mejor de todas.

No respondió el abate, pero se le conocia en el semblante que no era de su gusto la decision de la Marquesa. Mudó ésta de conversacion, y á breve rato volvieron los niños á hablar del cuento. ¡Qué feliz era Alfonso, dijo César, en ver tantas cosas extraordinarias! Cuando yo sea grande iré tambien á viajar con papá... veré muchos árboles raros y animales singulares...

En punto de animales extraños, interrumpió la Marquesa, entre varios que habia puesto en mis extractos, y que no he podido incluir en mi cuento, me acuerdo ahora de uno muy singular: ¿queréis que os le pinte? — Ah, sí, señora... — Figuraos un monstruo velludo, amarillo, que tiene ocho piernas, cada una armada con dos uñas muy grandes, y entre ellas una esponja mojada: ademas de estas ocho piernas tiene este monstruo dos especies de manos con que agarra su presa: su rostro está cubierto de ojos como el de Argos; tiene en la frente ocho, colocados en óvalo, y le salen de la boca dos tenazas formidables, guarnecidas de agudos garfios... — ¡Oh qué monstruo tan feo y espantoso! — Pues aun es mas particular el animal de que voy á hablaros. ¿Creeréis que hay en la naturaleza un animal que se multiplica haciéndole pedazos; y que este

mismo animal dividido en ocho, diez, veinte, treinta ó cuarenta partes, se reproduce en cada una de ellas con entera perfeccion? — ¿Y esto es cierto?... — Fácil es adivinar, interrumpió el abate, el nombre de ese animal... — ¿Y el otro que mamá nos ha pintado, dijo Pulqueria, le conoce Vd.? — Confieso, replicó el abate, que la descripcion que acaba de hacer la señora es para mí un enigma. — No obstante, dijo la Marquesa, es muy exacta. Quizás habré omitido algunas particularidades, pero las señas que he dado son mas que suficientes para que cualquiera que haya leido su descripcion le conozca al instante... — Mamá, ¿en qué país se halla ese monstruo? — Es muy comun en Francia... — ¿En Francia? — Seguramente, y en Borgoña tambien; mil veces le habéis visto en Champcery. — Aseguro á Vd., mamá, que no me acuerdo haber visto cosa que se le parezca... pero díganos Vd. por Dios su nombre. — Pues bien, ese monstruo es la araña[1]. — No creia yo que lo fuese. ¿Pues qué, una araña tiene ocho ojos... una esponja mojada entre sus uñas... y tenazas á los lados de la boca? — Si hubieses visto una araña con un lente, hubieras descubierto todo eso, y tambien podrias verlo sin ella en una araña algo gruesa. — Al instante encargaré á Agustin que traiga las arañas mayores que encuentre, porque quiero ver sin falta las esponjas, las tenazas y los ocho ojos... — Y yo os leeré la historia de las arañas francesas y extranjeras, y sé fijamente que os gustará mucho: hallaréis en ella mil particularidades curiosas. — Y el otro animal que se multiplica cortándole, ¿cómo se llama? — Ese es el pólipo de agua dulce. — No le conocemos; no debe de haberle en Francia: es lástima, porque aun es mas curioso que la araña. — Puesto que tantos deseos tenéis de ver ese prodigio, os daré el gusto de que hagáis la experiencia vosotros mismos. — ¿Con que los hará Vd. venir de fuera? — No, mañana los tendréis. — ¿Es posible? — Los estanques de Champcery abundan de ellos. — ¡Nuestros estanques!... ¡y ni aun el nombre sabíamos de un animal tan particular! — La naturaleza ofrece con abundancia en todas partes fenómenos los mas extraños. La ignorancia priva al necio del gusto de conocerlos y admirarlos, miéntras que el hombre instruido halla á cada paso objetos dignos de excitar y satisfacer su curiosidad. — Mamá, de aquí en adelante preguntaremos, leeremos

[1] La descripcion anterior conviene mas particularmente á la araña casera.

con reflexion, tendremos lentes para examinar todos los insectos de Champcery, y á lo ménos conoceremos las curiosidades que nos rodean.

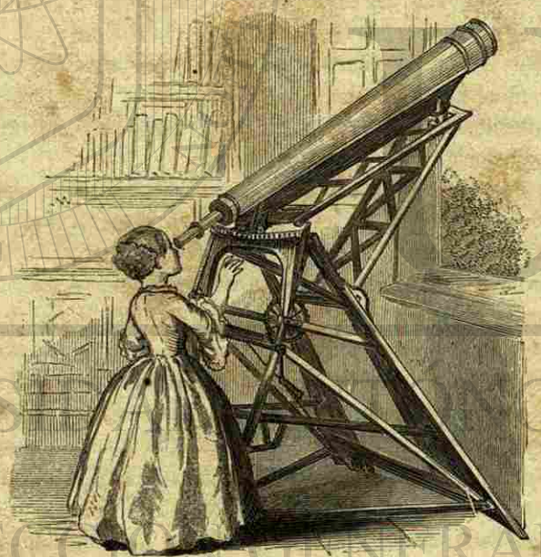
El abate, que estaba algo picado de no haber conocido la araña, habló en fin, y dirigiéndose á los niños les dijo: Crean Vds. que, como su señora madre les ha hecho observar muy bien, el cuento de Alfonso no contiene sino un corto número de los fenómenos que nos ofrece la naturaleza: por ejemplo, la señora no ha dicho nada de los castores y elefantes... — Quizás lo habrá hecho, dijo César, porque ya sabemos la historia de esos animales... — Tampoco os he dicho nada, dijo la Marquesa, de una infinidad de otros animales particulares y mucho ménos conocidos, como son el tucan, el kamichi, los murciégalos de América, etc.

El abate que estaba devanándose los sesos para encontrar alguna de las maravillas que la Marquesa habia omitido en su cuento, tomó la palabra diciendo: Es cierto que, sin hablar de los animales, los reinos mineral y vegetal ofrecen un sinfin de fenómenos de que no ha podido hablar mi señora la Marquesa en una obra tan corta. Me parece no obstante que hubiera podido colocar oportunamente en su cuentecito el árbol de cera; la planta llamada sensitiva; la que llaman fraxinela, y la tela de amianto, etc.

Despues de haber relatado esta nomenclatura el abate, muy satisfecho de su memoria, se levantó y salió del cuarto. Pulqueria se echó á reir. Yo creo, Mamá, dijo, que Mr. Fremont se ha ido algo enojado contra Vd. — Y en caso que así fuese, replicó su madre, ¿para qué hacérmelo advertir? Si fuese verdad que Mr. Fremont tuviese un poco de mal genio y de vanidad, sería tanto mas excusable, cuanto nunca ha vivido en el gran mundo, en el cual al tiempo mismo que las mas veces se pierden algunas virtudes, se adquiere casi siempre un genio complaciente, y la urbanidad que nos enseña á ocultar nuestros defectos y esos ridículos enfados, hijos del amor propio mal entendido. Várias veces te tengo ya dicho el respeto y amor que debes al ayo de tu hermano. Te he repetido tambien muy á menudo, que no solamente no nos es lícito, aun con las personas de mayor confianza, hacer observaciones maliciosas sobre aquellas con quienes tratamos íntimamente, sino que tambien debemos apartar de nuestra imaginacion la memoria de sus faltas, y desechar los pensamientos que nos hacen acordar de sus defectos. Esta

leccion afligió algun tanto á Pulqueria, y la hizo llorar; pero como no habia dicho mas que una palabra sin reflexion, la que lloraba sin enfado y se arrepentia de véras de su yerro, fácilmente obtuvo el perdon, y volvió á su acostumbrada alegría.

La velada de aquella noche y las de otras siete se emplearon en hablar del cuento de Alfonso. Advirtió César que habia un prodigio de los del cuento que no estaba explicado. En las islas Canárias, dijo, despues de la aventura de la cueva de los Guanches, llega Alfonso á la orilla de una laguna; en aquel sitio ve la columna de aire, y despues aquel granizo formidable; y despues cuando se halla con Thelismar, este le refiere todo lo que le ha sucedido, añadiendo que le ha estado viendo sin embargo de estar separados á distancia de dos leguas. En efecto, replicó la Marquesa, no he aclarado ese punto; pero si mañana queréis venir á almorzar en el terrado que está al cabo del jardin os diré el secreto de Thelismar. Admitieron



los niños la cita con sumo gusto, y ántes de las ocho de la mañana ya estaban todos en el terrado. Hallando puesta en él una máquina que movió su curiosidad, preguntaron lo que era.

Este es un telescopio, les respondió su madre : siéntate aquí,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



SIDONIA Y UNA POBRE VIEJA.

Carolina, y mira por este vidrio... — ¡Qué veo! exclamó Carolina... Una casa que me parece que está dentro del jardin... — No obstante, replicó madama de Clemira, hay dos leguas de distancia de aquí allá. La quinta que ves es la de Mr. de Luzane. — Es increible; distingo claramente todos los que pasan por el corral que hay á la entrada... Ahora está dando de comer una criada á las gallinas... Ahora llevan las vacas á pacer... Una vieja entra por la puerta y pide limosna... Á este tiempo Carolina tuvo que ceder el asiento á su hermanita.

Luego que Pulqueria miró por el telescopio dió un grito de alegria. Ah mamá! dijo, ahora veo á Sidonia, no hay duda, ella es... está hablando con las criadas... apostaré que el gobierno del corral está á su cargo, porque parece que les manda alguna cosa... ¡cuánto gusto tendria yo si fuera mas grande en cuidar como ella del corral!... ahora se baja al suelo... ya se levanta... ahora vuelve á bajarse... sin duda que está recogiendo huevos... justamente; le dan una cesta en donde los va poniendo... ahora se vuelve hácia la pobre mujer que se está á la entrada... se acerca á ella... le está hablando... la hace entrar en el corral... la vieja se sienta sobre un banco... Sidonia le da su cesta, y despues se va corriendo. La mujer se queda esperando... — Yo tambien quiero ver, dijo César... — Déjame mirar otro poco, hermanito... Ya vuelve Sidonia... pero anda muy despacio... tiene en las manos una cazuela... ¿Si será leche?... Seguramente, y se la da á la pobre... ¡Ah! ¡Cuánto quiero á Sidonia!... Al decir esto se levantó Pulqueria, y César ocupó su puesto. No vió ya cosa particular: Sidonia se entró en la casa; pero comprendió finalmente de qué modo Thelismar habia podido ver claramente á Alfonso á pesar de la distancia que los separaba.

En todo el dia no se habló de otra cosa mas que del telescopio y de Sidonia. Pulqueria admiró el raro modo con que habia descubierto el genio benéfico de aquella amable jóven. No creeria ella, prosiguió Pulqueria, que estábamos viendo todo lo que hacia. La casualidad, dijo la Marquesa, y una infinidad de circunstancias imprevistas descubren cada dia acciones mucho mas ocultas que estas. Por tanto lo mas seguro es obrar siempre del mismo modo que obraríamos delante de testigos; porque ademas de que Dios nos ve y nos juzga en todos los instantes de nuestra vida, la casualidad, la curiosidad humana, la indiscrecion de los criados y la deslealtad

de los amigos falsos, publican á cada instante nuestras acciones mas ocultas.

Despues de comer preguntó la Marquesa á su hijo, qué le habia parecido un libro que le habia dado algunos dias ántes : era este la vida del Delfin, padre de Luis XV [1]. César respondió que lo que mas le gustaba eran los pormenores en que entraba el autor hablando de la niñez de aquel príncipe, contra la costumbre de casi todos los escritores, que siempre hablan de los hombres y nunca de los niños : dijo tambien que le habia gustado infinito una fábula que el duque de Borgoña habia compuesto siendo aun niño La fábula se intitula : *El Caminante y sus perros.* — ¿Cuál es el asunto de ella? — Se reduce á que *Licas* va de viaje llevando por compañía á sus tres perros, y por provision cuatro panes. Llega á un monte espeso, y á la orilla de un arroyo le acomete una fiera. Sus perros la embisten y la matan... En recompensa Licas da un pan á *Vorax* (que así se llamaba uno de los tres perros) y *Vorax* huye al punto : da otro pan á *Cerbero*, que tambien echa á huir. El tercero llamado *Gárgas* se presenta con la esperanza de alcanzar igual premio; pero Licas que era *prudente*, al ver que cada pan le costaba un perro, no dió á *Gárgas* mas que un pedazo, y *Gárgas* no huyó, sino que se quedó con él para lograr lo restante... Á esto se reduce... — Y díme, ¿cuál es la moralidad de esta fábula?... — Mamá, no me acuerdo muy bien... pero aquí tengo el libro; voy á leer á Vd. el fin de la fábula; dice así : « Oh príncipes, cuando encontréis guias espaces « de dirigiros y defenderos en el peligroso monte de este mundo, « guardaos de ponerlos en estado de que no os necesiten, hasta « tanto que vosotros no los necesitéis á ellos. »

Me persuado, dijo la Marquesa, que no has penetrado el verdadero sentido de esa moraleja; voy á explicártela en términos mas claros conservando el mismo pensamiento. Oye lo que significa :

« Oh príncipes, si lográis tener ministros hábiles, generales dies-
« tros y amigos fieles, guardaos bien de cumplir con ellos como
« debéis; guardaos de recompensar dignamente su zelo y servicios,
« no sea que despues de haber alcanzado de vosotros cuanto po-
« dian esperar os abandonen. Oh príncipes, sed injustos, sed in-
« gratos para que os sirvan y sean útiles. »

[1] Por el abate Proyart.

¡Ah, mamá, exclamó César; ¿es posible que sea ese el verdadero sentido de la fábula? — No hay duda en que es el sentido literal de la moralidad con que acaba : reflexiónalo bien y lo verás tú mismo... — Es verdad. ¿Pues cómo no lo he conocido desde luego? ¿Cómo me ha podido gustar esta fábula? — Has admirado en este libro tan estimable la sola cosa que hay reprensible. Si leyeses con ménos rapidez y con mas atencion, no incurririas en unos errores tan crasos.

Aquella misma noche á la hora de la velada la Baronesa dijo á César : Te has quejado de que los historiadores no hablan bastante de los niños; vamos á convencerte de que tu queja es infundada, porque toda la noche la emplearemos en referir casos históricos, cuyos personajes serán todos niños... — Ay abuelita mia, ¡qué bueno es eso! — Verás que los niños sobresalientes son mas comunes de lo que imaginas. — ¿Con que nos contará Vd. varios pasajes? — Tu madre, el señor abate y yo os contaremos alternativamente una historia hasta tanto que ya no nos acordemos de mas, lo que seguramente llenará todo el tiempo de la velada. Yo empezaré, continuó la Baronesa, escuchadme :

Chan-chi, emperador de la China, tenia tres hijos. Los dos primeros nada tenian de particular; pero el último, llamado *Kang-hi*, era las delicias de su padre y maestros. Este niño era dócil, sensible, aplicado, sincero y activo : sabia dominarse; se podia fiar en sus promesas, porque su palabra era inviolable. Cuando habia tomado una resolucion útil y prudente, la mantenia con una perseverancia invencible. Se abrasaba en deseos de instruirse, de sobresalir, de merecer el afecto de su padre, y de obtener la aprobacion de todos los que le rodeaban. Siempre veia todos los rostros contentos. Cada leccion que daba le ofrecia el gusto de oir alabar su aplicacion y su ingenio : todos le amaban y se ocupaban con gusto en sus recreos y diversiones; encontraba en todos la indulgencia á que la virtud y buena conducta tienen tanto derecho. Si por casualidad incurria en alguna falta no le reñian, ántes al contrário se afligian con él. En fin, este amable príncipe experimentaba que los niños mas bien inclinados son tambien los mas felices.

De allí algun tiempo cayó malo el emperador. El mayor de sus hijos no tenia entónces mas que doce años, y el último (que era este amable Kang-hi) entraba en los nueve. Conociendo el emperador que era mortal su dolencia hizo llamar á sus hijos, y habién-

doles declarado que su fin se acercaba, les preguntó cuál de ellos se sentia con bastantes fuerzas para mantener el peso de una corona recien conquistada [1]. El mayor se eximió disculpándose con su poca edad, y suplicó al emperador que dispusiese á su arbitrio del imperio. Entónces Kang-hi se arrodilló delante de su padre, regó con sus lágrimas la mano que le alargaba, y despues de un instante de silencio le dijo : « Yo por mí, padre mio, me siento con fuerzas « para imitarle á Vd. Mas quiero la gloria que los placeres y des- « canso. Si el cielo nos priva de Vd., y si su eleccion recae en mí, « prometo tomar á Vd. por modelo, y hacer felices á mis pueblos. » Esta respuesta hizo tanta impresion en Chan-chi, que al punto le nombró por su sucesor bajo la tutela de cuatro personas por cuyos avisos debia dirigirse [2]. Kang-hi justificó el amor y eleccion de su padre; se instruyó y acabó de perfeccionar sus luces y conocimientos. Apartó de su corte los lisonjeros y chismosos; supo recompensar dignamente el mérito, los talentos y la virtud; fué justo, benéfico, amante de la paz, y mereció el renombre de bienhechor y padre de sus pueblos [3].

No podré yo, hijos mios, dijo la Marquesa de Clemira luego que la Baronesa hubo acabado, referiros un caso mas singular que el que acaba de contaros vuestras abuelita, porque no puede haberle mas extraño que el de un niño de ocho años, que por sus razones, conducta y bellas prendas sabe merecer el trono del imperio mas vasto del universo; pero os contaré tambien los hechos de otro príncipe de su misma edad, y que con el tiempo fué uno de los mas grandes monarcas de su siglo. Reinaba en Polonia el duque Uladislao [4] : tenia un hijo llamado Boleslao [5], de edad de nueve años, cuya

[1] *Chan-chi* era hijo de Tsun-te, fundador de la nueva dinastía Tártaro-Chinesca, que reina en el imperio del Catay desde la mitad del siglo XVII.

[2] *Kang-hi* subió al trono el año de 1661.

[3] La China debe á este gran príncipe la abolicion de una costumbre tan bárbara como insensata. Era un uso bastante comun entre los Tártaros que á la muerte de un hombre una de sus mujeres tenia que ahorcarse... Habiendo muerto en Pekin en 1668 un Tártaro de distincion, una de sus mujeres, de edad de diez y siete años, se disponia á darle esta prueba de amor; pero sus padres presentaron un memorial al emperador para suplicarle que aboliese tan odiosa costumbre. Este príncipe mandó que se abandonase como un antiguo resto de barbarie : tambien estaba establecida esta costumbre entre los Chinos, pero sucedian los ejemplos con ménos frecuencia, y sus filósofos no la habian aprobado...

[4] En el año 1094.

[5] Que fué despues Boleslao III.

actividad, aplicacion, buen genio, paciencia y bondad prometian las mayores esperanzas. Acababa la Bohemia de declarar la guerra á la Polonia; un dia que Uladislao daba las órdenes convenientes al general de sus tropas en presencia de su hijo; este, que habia escuchado con suma atencion cuanto habian dicho, se arrojó repentinamente á los piés de su padre, suplicándole le permitiese ir á la guerra bajo las órdenes del general. Acompañó estas instancias con razones tan persuasivas, tan justas y tan extrañas en su edad, que el duque igualmente admirado y enternecido le concedió lo que pedia. Se le encargó al general, y al punto marchó con él para el ejército.

Luego que llegó el príncipe á él, se granjeó el afecto y admiracion de todos; siempre estaba atento á cuanto se hacia; pero manifestaba una inteligencia tan extraordinaria, que fácilmente se hubiera podido pensar que nada le era nuevo, y que no aprendia sino que se acordaba de cuanto veia ejecutar. Afable y liberal para con los soldados, lleno de política y urbanidad para con los oficiales, cautivó todos los corazones. Su magnificencia no resplandecia mas que en sus dones, solo se la echaba de ver en su generosidad. Fuera de esto su alimento era el ordinario de los soldados; la tierra era su lecho, padecia alegremente las intemperies é injurias del tiempo. Siempre el primero en las mayores fatigas, y ostentando un valor igualmente natural y brillante, parecia que no aguardaba el logro de la empresa sino de sus acciones. En una palabra, todo en él anunciaba las virtudes y hazañas con que habia de llegar á ser un dechado de gloria para los príncipes que reinasen despues de él. Su ejemplo, que atendida su corta edad tenia mas eficacia, redobló el ardor y confianza de los polacos : los bohemios fueron derrotados en varios encuentros, y Uladislao disfrutó de la inexplicable dicha de deber á su hijo, en la edad de nueve años, la mayor parte de las felices resultas de aquella campaña.

Lo restante de la vida de Boleslao correspondió á tan gloriosos principios. Aunque guerrero y conquistador, fué humano, fué sensible, se ocupó en hacer la felicidad de sus pueblos, y supo merecer su amor haciéndolos felices. Este príncipe era demasiado virtuoso para no poseer en grado eminente el amor filial. Todos los historiadores se extienden notablemente en pintar el cariño que tenia á su padre. Cuando tuvo la desgracia de perderle, fué su sen-

timiento tal, que acabó de manifestar toda la hermosura de su alma, y esto le hizo aun mas amado de sus pueblos. Quiso Boleslao llevar luto cinco años enteros por un padre á quien lloró toda su vida : quiso que su imágen grabada con caractéres indelebles en lo íntimo de su corazon, estuviese tambien presente de contínuo á sus ojos. Dia y noche tenia puesta al cuello una medalla en la cual estaba grabado el retrato de Uladislao : la miraba incesantemente para



acordarse, decia, de las virtudes de un padre tan digno de su amor y de su llanto. Quiso finalmente que el hijo que mas amaba le sirviese tambien de recuerdo ; á cuyo fin le puso el nombre de Uladislao. Ahora, señor abate, añadió la Marquesa, le toca á Vd. — No referiré, respondió el abate, casos tan bellos como los que Vds. han contado, porque no me acuerdo por ahora sino de dos hechos absolutamente desnudos. César tiene diez años, y cuando su maestro de dibujo le dice que si de dos años á esta parte se hubiera aplicado mas, estaria actualmente en estado de dibujar cabezas al natural, da á entender que juzga ser mucho en su edad poder copiar con alguna exactitud : no será, pues, inútil decirle que el famoso pintor Pedro Mignard fué destinado al estudio de la medicina por sus padres. En los ratos ociosos se entretenia en dibujar. No tenia maestro, pero sí mucho gusto y aplicacion, y á la edad de once años hacia retratos muy correctos y parecidos. Entónces sus padres le pusieron en casa de un pintor. Se dedicó enteramente á este arte, y se hizo uno de los mejores pintores de la escuela francesa.

Otro pintor llamado Juan Bautisto Vanloó empezó á pintar muy bien á la edad de ocho años. No pido yo tanto á César, pero quisiera que tuviese el deseo de sobresalir en cuanto hace, y la noble ambicion de no quedarse confundido entre la multitud de niños comunes.

No merecieron estas dos citas del abate la aprobacion de los niños. César, aunque ofendido personalmente, no se atrevió á manifestar su opinion, y calló. Pero Pulqueria tomó la palabra, y con mas franqueza que urbanidad dijo sin rodeos que le habian gustado mucho mas las historias de Kang-hi y de Boleslao. Ya veo, señorita, replicó el abate, que no le agradan las lecciones directas. Se parece Vd. en este punto á los tiranos, que no pueden tolerar la verdad á ménos que no se les presente dulcificada y encubierta bajo del agradable velo de alguna ingeniosa fábula... — ¡Ah señor abate! interrumpió Pulqueria, yo no me parezco á los tiranos... Siempre me gusta la verdad, y aseguro á Vd.... pero ya conozco que he hecho mal ; perdóneme Vd., Mr. Fremont, y no forme mal concepto de mí... — Mi opinion, señorita, es cosa poco importante... — Pues para hacerme ver que no está Vd. enojado contra mí, yo le suplico por Dios, que tenga la bondad de darme una *leccion directa*... á mí sola... me alegraré mucho... — Cuando se desea oir la verdad tan de véras es preciso condescender. Diré á Vd., pues, señorita, que de tres semanas á esta parte, tiempo en que el calor excesivo nos ha obligado á dar las lecciones de la tarde en la sala baja, en la cual Vds. trabajan en compañía de su aya, mas de cuatro veces he pensado que podia Vd. aprovecharse mejor de lo que oia decir á su hermanito ; y acerca de esto la referiré un caso que nunca hubiera contado delante de Vd. á no ser por la instancia tan viva que acaba de hacerme.

La hija de Mr. Dacier, que con el tiempo fué la famosa y erudita Madama Dacier, no aprendió en su niñez mas que á leer, escribir y hacer labores de mujer : esta fué su educacion hasta la edad de once años. Su padre tenia otro hijo, al cual educaba con mucho esmero, y en tanto que le daba leccion, su hermana estaba delante ocupada en hacer labor. Un dia que el muchacho respondia mal á

las preguntas de su padre, su hermana sin levantar los ojos de su labor le sugeria á média voz todo lo que debia responder. El padre la oyó con una alegría igual á su admiracion, y desde entónces se dedicó enteramente á la educacion de una niña tan digna de todo su esmero. Fácilmente convendrá Vd., señorita, en que si esta niña en vez de atender á las lecciones se hubiese entretenido en hacer gestos y muecas á su hermano, ciertamente no hubiera ocasionado á su padre un gusto tan grande... — No me acuerdo, dijo Pulqueria, poniéndose colorada, de haber hecho muchas muecas á mi hermano... — Pues yo me acuerdo muy bien que el lúnes pasado le cosió Vd. con mucho primor el vestido á la silla : que el mártes le pinchó dos veces con su aguja *para avivar*, segun Vd. decia, *su atencion;* y que ayer le causó mil distracciones haciendo mil gestos, entre otros un cierto *hocico de liebre* que hizo reir tanto á Carolina que tuvo que salirse de la sala.

Al oir estas palabras Pulqueria, medio llorando, confundida y temerosa, miró á su madre. No temas, Pulqueria, le dijo la Marquesa, yo no hubiera sabido nada de eso si no hubieras deseado una leccion directa, y ciertamente no te reñiré porque has pedido que te se dijese la verdad sin disfraces ni rodeos. Solamente te haré observar que todas esas bufonadas nada tienen de amable ; que no hacen reir algunas veces sino porque son ridículas ; que ese defecto es sobre todo chocante en una niña en cuanto la hace que pierda la dulzura y la modestia que son el principal adorno de su sexo ; y que en fin una criatura traviesa y revoltosa puede muy bien servir de diversion por algunos instantes á los de fuera de casa, pero necesariamente ha de ser insoportable á sus padres y á todos los que viven con ella. Tambien tengo que reconvenirte acerca de otro punto, Pulqueria : tú me habias prometido tener confianza en mí, me habias asegurado que me confesarias siempre con claridad las faltas en que incurrieses, y no obstante no me has dicho que habias distraido á tu hermano miéntras daba leccion.

Mamá mia, respondió Pulqueria, no he dejado de hacerlo por falta de confianza, sino porque no conocia como ahora lo mal que habia hecho ; y para que Vd. vea que no es falta de confianza, confieso que Mr. Fremont no lo ha dicho todo. Ha olvidado que habrá unos ocho ó diez dias hice como que estornudaba durante la leccion, haciendo una gran cortesía á cada estornudo... — Mamá, añadió

Carolina en tono triste, yo tambien estornudé un poco, é hice algunas cortesías. — Y yo tambien, señora, dijo el abate, hice á lo ménos quince cortesías, porque creí buenamente que estas señoritas estaban resfriadas, y por tanto no hice mencion de esta ingeniosa travesura, porque me engañaron enteramente. — Mamá, replicó Pulqueria, perdóneme Vd. — Sí, hija mia, dijo la Marquesa abrazándola, pero puesto que conoces ahora las consecuencias de todas esas malicias insulsas y pueriles, ten presente que no serías ya excusable si volvieses á incurrir en semejantes faltas.

Prosigamos ahora, dijo la Baronesa, con las historias de niños : á ti te toca, hija mia. — Yo, respondió la Marquesa, referiré un rasgo de un niño de cinco años ; por tanto no se debe esperar gran cosa, pero este niño era Gustavo Adolfo, que llegó á ser con el tiempo uno de los mayores monarcas de la Suecia. Se paseaba un dia con algunas criadas en una pradera cerca de Nicoping. Iba el niño corriendo á entrar entre unas zarzas, cuando una de sus criadas, para obligarle á volver, le gritó diciéndole que toda aquella maleza estaba llena de serpientes muy grandes y venenosas que le picarian. Pues bien, respondió Gustavo, dáme un palo y las mataré. Quisieron, pero en vano, disuadirle de este intento : al modo que Hércules con su clava destruia todos los monstruos del bosque de Nemea, así el príncipe niño, armado de una varita, entró por entre las zarzas determinado á acabar con todas las serpientes que hallase ; pero sus pesquisas fueron infructuosas. No se presentó á su vista monstruo alguno, y por aquel dia se redujeron sus hazañas á un paseo igualmente largo y penoso.

Este rasgo, dijo la Baronesa, es prueba de que el valor sale del alma, y no del conocimiento de las fuerzas, ni de la reflexion. No se piden á un niño las prendas que por lo comun son hijas de la experiencia y del juicio : por ejemplo, es muy natural que á veces sea inaplicado, inconsecuente y travieso ; pero se quiere que manifieste aquellas virtudes que nacen del corazon ; aquellas virtudes naturales que no necesitan de cultivo, y cuyas simientes tiene en su pecho todo niño bien inclinado. Y así un niño que fuese cobarde, inhumano é ingrato, sería un monstruo, si sus vicios no procediesen de una mala educacion... — Segun eso, abuelita mia, nacen muchos monstruos, porque se dice que hay muchos ingratos, muchas personas de mal corazon... — La razon es, porque hay muchas personas

corrumpidas. Raras veces produce la naturaleza esta clase de monstruos; pero la mala educacion hace muchísimos. — ¿Con que el haber muchos malos es por culpa de los padres y de las madres? — Generalmente sí; sin embargo puede un niño corromperse sin ser mal inclinado, y no obstante que se le haya dado una educacion muy buena... — ¿Pues cómo? — Si no es dócil, y si no tiene gran fondo de sinceridad, los padres mas vigilantes é instruidos no podrán preservarle de una infinidad de vicios, á los cuales se entregará insensiblemente. ¿Os acordáis de aquel pobre Brunet, lacayo que fué de mi marido? — Sí, señora, aquel que murió hace dos años. — La herida que tenia en una pierna no era peligrosa; el mejor cirujano de Paris le asistia; continuamente le servia una persona que no se apartaba ni un instante de él. Se advirtió que se quitaba los medicamentos que se le ponian sobre la llaga, lo que me obligó á ponerle otra persona que le zelase: nos vimos precisados finalmente á hacerle atar las manos; pero todas estas precauciones fueron vanas. Se estregaba las piernas una con otra, y con un pié se quitaba la venda y el emplasto saludable que podia curarle. Á esto se siguió la gangrena, y no bastaron para salvarle la habilidad y experiencia del cirujano, la vigilancia de los enfermeros, ni la bondad misma de su complexion; murió... Un niño indócil y desobediente es la imágen mas propia de aquel desdichado. ¿De que sirven los cuidados de los padres, si el hijo no conoce el valor de ellos; si no comprende que solamente se le prohibe lo que puede hacerle vicioso, y por consiguiente aborrecible é infeliz, y que no se le manda nada que no sea para asegurar su dicha? — Pero es preciso que un niño sea muy negado para no comprender eso. Si nosotros desobedecemos alguna vez, es por falta de memoria y de reflexion, y cuando lo echamos de ver lo sentimos mucho. — Eso no basta: es preciso que me lo confeséis; debéis darme parte de todo de la misma suerte que se va á consultar á un médico cuando se ha hecho algun exceso, cuyas resultas pueden ser dañosas á la salud. Bien creo que el temor *de los medicamentos* hace á veces dilatar la consulta; pero en esto mismo consiste precisamente la necedad de que César acaba de hablar. En efecto, solo un necio puede apetecer mas bien no curarse que hacer los remedios convenientes á su situacion, mayormente sabiendo de cierto que los remedios que se le aplicarán serán igualmente suaves y provechosos.

Quiero poner un ejemplo: siempre os he encargado á las dos, Carolina y Pulqueria, que os acostumbréis á tener método y economía. En el tiempo de la larga enfermedad de vuestra aya habéis tomado la maña de no guardar, ni poner en su lugar las cosas, y de perder vuestros pañuelos, guantes, etc. Lo he sabido al fin, pero ya muy tarde: este hábito ha degenerado en un vicio, del cual os corregiréis con harta dificultad. Si desde el principio me hubiéseis confesado estos descuidos, con solo la historia de *Eglantina* os hubieráis enmendado y hecho activas y cuidadosas.

Todos los circunstantes convinieron unánimemente en la verdad de estas reflexiones de la Marquesa, y los tres niños prometieron que en adelante no harian ninguna falta, por pequeña que fuese, de la cual no avisasen al punto á su madre con toda sinceridad. Prevengo á Vd. señora, dijo el abate á la Baronesa, que si tiene algun rasgo que referirnos no queda ya tiempo para hablar, porque son cerca de las nueve y média. — Lo que me queda que contar, respondió la Baronesa, no es muy largo. No me acuerdo ahora de otra cosa mas que de la batalla de Leucofóe, notable por una circunstancia, quizas única. En esta batalla se hallaron tres reyes, el uno de edad de doce años[1], el otro de diez[2], y el otro de nueve[3], y mandaron en persona sus ejércitos[4].

Yo tambien, dijo la Marquesa, voy á referir un caso sacado de la Historia de Francia. El desgraciado Cárlos VI, á quien una cruel enfermedad privó del uso de la razon, hubiera sido, á no ser esta desgracia, un gran rey. Cárlos V de Francia, su padre, tuvo un cuidado muy particular en formar su corazon. Tenia gusto en sondear sus primeras inclinaciones. « Un dia, habiéndole llamado á su « cuarto, le permitió escoger una alhaja entre las muchas que habia « en él. Despreciando el príncipe niño todas las joyas y riquezas « que veia, eligió como Aquiles una espada que estaba en un rin- « con del cuarto. En otra ocasion le presentó el rey una corona de « oro y una celada; el príncipe escogió la celada, diciendo: Padre « mio, guarde Vd. para siempre su corona. Estas frioleras, que

[1] Clotario.
[2] Teodoberto.
[3] Teodorico.
[4] Teodoberto y Teodorico eran hermanos.

« anunciaban una índole noble y animosa, llenaban de gozo á aquel « sabio monarca, tan amante padre como virtuoso político. »

Hasta aquí, dijo el abate, no hemos citado sino niños distinguidos. Ahora voy á referir algunos cuantos que se pueden llamar prodigiosos... « *Chrisiliel le Berecth de Exter* murió á los diez años « en el de 1706. Era hijo de un médico, sus obras póstumas se « han publicado en aleman, y son varios tratados ascéticos, en los « cuales se nota un estilo sencillo y mucho fondo de religion. »

Santiago Marini, veneciano, defendió en Roma á la edad de siete años en el de 1647 várias conclusiones públicas de Teología, Jurisprudencia, Medicina y otras ciencias.

El hijo de Mr. Baratier, llamado Juan Felipe, hablaba perfectamente latin á los cuatro años, y á los cinco sabia el griego. Despues aprendió el hebreo, y á los seis años sabia cuatro lenguas, la Historia y la Geografía.

Se puede poner en el número de los niños célebres *al Baron Helmfeld*, sueco, que murió en 1674. Su juventud verificó las esperanzas que habia dado desde su mas tierna edad. Á los diez y siete años fué admitido en la Real Sociedad de Lóndres : á los veinte hablaba diez lenguas, era excelente matemático y gran jurisconsulto.

Cristiano Enrique Heineikeim, natural de Lubeck, empezó á hablar á los diez meses. Á los tres años tenia un conocimiento superficial, pero casi general de la Historia antigua y moderna y de la Geografía. Á los cinco años sabia ademas tres lenguas que hablaba con igual perfeccion.

Finalmente, *Adriano Baillet*, á quien debemos un excelente tratado de los niños famosos por sus conocimientos, cita otros muchos, y hubiera podido contarse él mismo entre ellos. Nació en 1705 en el lugar de Nouvilles cerca de Bellovaques. Su padre era labrador. El jóven Baillet aprendió á leer y á escribir en un convento de franciscanos, adonde iba á dar leccion; y aunque su padre no se lo mandaba, andaba todos los dias tres ó cuatro leguas por el deseo de instruirse. Á poco tiempo despues un eclesiástico instruido y benéfico se encargó de este niño tan digno de aprecio, y le hizo seguir los estudios. Baillet fué con el tiempo un sabio distinguido, y murió en 1749. No es el solo que ha recogido noticias acerca de los niños célebres por sus tareas literarias; otros muchos autores se

han ocupado en lo mismo, y nos han dado obras muy curiosas en esta clase[1].

Me parece, dijo la Marquesa á Mr. Fremont, que por agradar á nuestro auditorio dijo Vd. al principio que todos los niños de que iba á hablar eran prodigiosos. Es cierto que todos ellos son superiores á los nuestros; no obstante, no hallo mas que uno solo que sea verdaderamente un prodigio, y es el que hablaba á los diez meses. Todos los demas no me parece que son mas que unos niños muy aplicados. En efecto, respondió el abate, todo su mérito no consistia mas que en una aplicacion constante junta con una suma docilidad. He leido con mucha atencion todo lo que hay escrito acerca de ellos, y he visto que todos tenian un respeto sin límites y mucho afecto á sus maestros, y por consiguiente una obediencia ciega y una dulzura inalterable. — ¿Pero, replicó César, la memoria tan prodigiosa que tenian?... — Era fruto, no del entendimiento ni de los talentos, sino solamente de las prendas que acabo de decir. Siempre se acuerdan los niños de lo que oyen con atencion. La prueba de esto es que nunca se ha visto que un niño aplicado no tuviese una memoria muy singular. Ademas calcule Vd. si puede el tiempo que la impaciencia, el mal humor, las rabietas, las réplicas y razones fuera de tiempo hacen perder á un niño indócil y desobediente. Si se le reprende, en vez de poner mas atencion y de escuchar con sumision, gasta el tiempo en dar excusas inútiles, y entónces se ve el maestro precisado á hacerle callar. Si obedece, se enfada, murmura en su interior, ya no oye nada, está distraido, colérico; ya es esta una leccion perdida. — Pero no creo, Mr. Fremont, que Vd. me repute por un niño *indócil* y *desobediente*. — No por cierto, y á no ser así, no estaria en su compañía. Vd. es

[1] Entre otros Toezio, Kleffeker, Wolff, Seelen, etc. Véase el Diccionario de las maravillas de la Naturaleza en la palabra *Niños precoces*. Se puede tambien colocar entre los niños famosos á Eduardo VI, rey de Inglaterra, hijo de Enrique VIII y de Juana de Seymur. Empezó á reinar á la edad de nueve años, y ya sabia entónces el griego, el latin, frances é italiano. María Stuart, reina de Escocia, pronunció públicamente en una sala del palacio del Louvre en presencia de Enrique II, de la reina Catalina de Médicis y de toda la corte, un discurso latino que ella habia compuesto, en que probaba (contra la preocupacion tan generalmente arraigada) que es conveniente y muy útil al Estado el que las mujeres tengan instruccion : sabia tambien hacer versos franceses muy buenos para aquel tiempo; reunia ademas en sí todas las habilidades y gracias : bailaba, cantaba perfectamente, y tocaba con suma destreza varios instrumentos.

La historia del famoso *Pico de Mirándula* es generalmente conocida, y asimismo es muy sabido que el célebre *Pascal* á doce años era mediano geómetra.

generalmente dócil y obediente, y no le falta aplicacion, pero no posee todavía estas cualidades en un grado eminente : en dos palabras, no es lo que podia y debia ser. — ¡Ah! le aseguro á Vd. que nunca he tenido tanta emulacion como ahora que sé que ha habido en todos tiempos tantos niños célebres, y puesto que para serlo no es menester mas que ser dócil y tener buen corazon, voy á hacer cuantos esfuerzos pueda para conseguirlo, y espero que en adelante estará Vd. contento de mis adelantamientos. Carolina y Pulqueria hicieron las mismas promesas á su madre, y todos se fueron á acostar muy contentos de una velada que habia producido tan buenas resoluciones.

La llegada de algunos conocidos que vinieron á pasar algunos dias en Champcery interrumpió las veladas; pero la noche misma del dia en que se fueron, la Baronesa contó la historia siguiente.

LOS ESCLAVOS

Ó PODER DE UN BENEFICIO

Snelgrave era un viajero inglés, capitan de un navío de su nacion, y recomendable por su humanidad y virtudes; hizo muchos viajes al África [1], empleándose en lo que llaman trato ó comercio de negros, tráfico abominable [2], y que á pesar de lo admitido que está, no es ménos vituperable puesto que ofende y ultraja á la naturaleza, y que no se puede hacer sin exponerse á los mayores riesgos, porque la injusticia y tiranía producen casi siempre la desesperacion y el despecho. Por tanto, los europeos que se emplean en la compra y venta de carne humana, se ven precisados á tener atados todo el tiempo de la navegacion á los infelices negros todas las noches y la mayor parte del dia, y á pesar de estas precauciones los esclavos hallan á veces ocasiones de juntarse, y de tramar conspiraciones, cuyas resultas suelen ser no pocas veces la muerte de sus tiranos.

[1] Por los años 1722.
[2] Este comercio está ahora prohibido.

Snelgrave compró muchos negros cerca del rio Callabar. Distinguió entre aquellos infelices á una mujer jóven, cuyo aspecto manifestaba suma angustia y dolor. Movido de las lágrimas que vertia, le hizo preguntar por su intérprete la causa de ellas, y supo que lloraba un hijo único que se le habia perdido el dia ántes. Llevárónla al navío con los demas esclavos. Aquel mismo dia el cacique ó rey de aquel territorio hizo decir á Snelgrave si gustaba ir á visitarle. Convino en ello Snelgrave; pero conociendo la ferocidad de aquella nacion se hizo acompañar de doce marineros bien armados. Le llevaron á alguna distancia de las costas, en donde encontró al rey sobre un asiento elevado á la sombra de algunos árboles. Era numeroso el concurso : varios de los principales de la nacion le rodeaban, y su guardia, compuesta de cincuenta hombres armados de arcos y flechas con el sable al lado y la azagaya en la mano, estaba á espaldas del rey á alguna distancia : los ingleses con los fusiles al hombro se colocaron enfrente del rey.

Snelgrave le presentó algunas frioleras de Europa, y al tiempo que acababa su arenga, oyó unos gemidos tan lamentables que le hicieron estremecer; se volvió hácia la parte de donde venian, y vió á un negrito atado con una cadena á una estaca clavada en el suelo. Á sus dos lados estaban dos negros de aspecto espantoso, armados con hachas y vestidos de un modo extraordinario, al parecer guardando aquel niño que los miraba llorando, y juntaba sus manecitas suplicándoles le dejasen. Viendo el rey la alteracion que aquel extraño espectáculo habia causado á Snelgrave, le dijo para sacarle del cuidado, que no tenia nada que temer de aquellos dos negros que tan sobresaltado estaba mirando. Luego le explicó con mucha gravedad que aquel niño era una víctima que iban á sacrificar al Dios *Egho* por la prosperidad del reino. Horrorizóse Snelgrave al oir tales razones... Solo llevaba consigo doce hombres; la corte y guardia del príncipe africano se componia de mas de cien negros; pero su compasion y humanidad no le dieron tiempo para considerar el riesgo que podia temer atendido el número y ferocidad de los bárbaros que le cercaban. ¡Oh amigos mios! exclamó volviéndose á los suyos. ¡Libremos á esta infeliz criatura! Diciendo esto se arroja hácia el negrito; animados los ingleses del mismo sentimiento le siguen animosamente. Los negros dando espantosos gritos embisten de tropel á los ingleses. Snelgrave saca una pistola, y apun-

generalmente dócil y obediente, y no le falta aplicacion, pero no posee todavía estas cualidades en un grado eminente : en dos palabras, no es lo que podia y debia ser. — ¡Ah! le aseguro á Vd. que nunca he tenido tanta emulacion como ahora que sé que ha habido en todos tiempos tantos niños célebres, y puesto que para serlo no es menester mas que ser dócil y tener buen corazon, voy á hacer cuantos esfuerzos pueda para conseguirlo, y espero que en adelante estará Vd. contento de mis adelantamientos. Carolina y Pulqueria hicieron las mismas promesas á su madre, y todos se fueron á acostar muy contentos de una velada que habia producido tan buenas resoluciones.

La llegada de algunos conocidos que vinieron á pasar algunos dias en Champcery interrumpió las veladas; pero la noche misma del dia en que se fueron, la Baronesa contó la historia siguiente.

LOS ESCLAVOS

Ó PODER DE UN BENEFICIO

Snelgrave era un viajero inglés, capitan de un navío de su nacion, y recomendable por su humanidad y virtudes; hizo muchos viajes al África [1], empleándose en lo que llaman trato ó comercio de negros, tráfico abominable [2], y que á pesar de lo admitido que está, no es ménos vituperable puesto que ofende y ultraja á la naturaleza, y que no se puede hacer sin exponerse á los mayores riesgos, porque la injusticia y tiranía producen casi siempre la desesperacion y el despecho. Por tanto, los europeos que se emplean en la compra y venta de carne humana, se ven precisados á tener atados todo el tiempo de la navegacion á los infelices negros todas las noches y la mayor parte del dia, y á pesar de estas precauciones los esclavos hallan á veces ocasiones de juntarse, y de tramar conspiraciones, cuyas resultas suelen ser no pocas veces la muerte de sus tiranos.

[1] Por los años 1722.
[2] Este comercio está ahora prohibido.

Snelgrave compró muchos negros cerca del rio Callabar. Distinguió entre aquellos infelices á una mujer jóven, cuyo aspecto manifestaba suma angustia y dolor. Movido de las lágrimas que vertia, le hizo preguntar por su intérprete la causa de ellas, y supo que lloraba un hijo único que se le habia perdido el dia ántes. Llevárónla al navío con los demas esclavos. Aquel mismo dia el cacique ó rey de aquel territorio hizo decir á Snelgrave si gustaba ir á visitarle. Convino en ello Snelgrave; pero conociendo la ferocidad de aquella nacion se hizo acompañar de doce marineros bien armados. Le llevaron á alguna distancia de las costas, en donde encontró al rey sobre un asiento elevado á la sombra de algunos árboles. Era numeroso el concurso : varios de los principales de la nacion le rodeaban, y su guardia, compuesta de cincuenta hombres armados de arcos y flechas con el sable al lado y la azagaya en la mano, estaba á espaldas del rey á alguna distancia : los ingleses con los fusiles al hombro se colocaron enfrente del rey.

Snelgrave le presentó algunas frioleras de Europa, y al tiempo que acababa su arenga, oyó unos gemidos tan lamentables que le hicieron estremecer; se volvió hácia la parte de donde venian, y vió á un negrito atado con una cadena á una estaca clavada en el suelo. Á sus dos lados estaban dos negros de aspecto espantoso, armados con hachas y vestidos de un modo extraordinario, al parecer guardando aquel niño que los miraba llorando, y juntaba sus manecitas suplicándoles le dejasen. Viendo el rey la alteracion que aquel extraño espectáculo habia causado á Snelgrave, le dijo para sacarle del cuidado, que no tenia nada que temer de aquellos dos negros que tan sobresaltado estaba mirando. Luego le explicó con mucha gravedad que aquel niño era una víctima que iban á sacrificar al Dios *Egho* por la prosperidad del reino. Horrorizóse Snelgrave al oir tales razones... Solo llevaba consigo doce hombres; la corte y guardia del príncipe africano se componia de mas de cien negros; pero su compasion y humanidad no le dieron tiempo para considerar el riesgo que podia temer atendido el número y ferocidad de los bárbaros que le cercaban. ¡Oh amigos mios! exclamó volviéndose á los suyos. ¡Libremos á esta infeliz criatura! Diciendo esto se arroja hácia el negrito; animados los ingleses del mismo sentimiento le siguen animosamente. Los negros dando espantosos gritos embisten de tropel á los ingleses. Snelgrave saca una pistola, y apun-

tando con ella al rey, le dice que le oiga. Atemorizado el rey calma con una sola palabra el furor de sus negros, que al punto se quedaron inmóviles. Entónces Snelgrave por medio del intérprete explicó los motivos de su accion, y concluyó suplicando al rey le vendiese la víctima. Este admitió la propuesta. Snelgrave estaba determinado á no disputar sobre el precio; pero su fortuna quiso que el rey negro no necesitaba de oro ni plata; no conocia los diamantes y perlas, y así creyendo pedir mucho, exigió un collar de cuentas de vidrio azul, que al punto se le entregó. Al instante vuela Snelgrave hácia la inocente criatura que acababa de librar de la muerte y saca su sable para cortar la cuerda con que estaba atado. Espantado el niño cree que Snelgrave va á matarle y da un doloroso grito. Lleno de gozo Snelgrave le toma en sus brazos y le estrecha contra su pecho: libre el niño del temor, se sonríe y acaricia á su libertador, el cual, enternecido y lleno de una deliciosa conmocion, se despide de los negros y vuelve á su navío. Al llegar á bordo vió Snelgrave sobre la cubierta á la negra que habia comprado aquella misma mañana. Le habia dado una congoja, y estaba bañada en llanto sentada al lado del cirujano del navío, que no habiendo podido conseguir que tomase algun alimento, la obligaba á que se estuviese al aire por miedo de que no volviese á desmayarse. Al pasar Snelgrave con su gente junto á ella, volvió la cabeza y viendo al negrito que un marinero llevaba en brazos, da un grito penetrante, se levanta, corre precipitada hácia el niño, que por su parte la conoce, la llama y le tiende los brazos. Ella le recibe en los suyos... Las funestas resoluciones que ha formado, la pérdida de su libertad, los proyectos de desesperacion y los males que ha padecido, todo lo olvida... ¡Qué mucho si es madre y vuelve á encontrar á su hijo!... Despues le informa el intérprete de todas las circunstancias de la accion de Snelgrave. Entónces agarrada siempre de su hijo corre á echarse á los piés de su bienhechor: ¡Ahora sí, le dice, ahora sí que soy tu esclava! Si no fuera por este niño, esta misma noche la muerte me hubiera librado de la esclavitud. Tú no eras para mí mas que un tirano, pero me has vuelto á mi hijo, es darme mas que la vida, ya eres mi padre: ¡sí, puedes contar en adelante con mi obediencia, este hijo querido es prenda de mi palabra!...

En tanto que esta mujer hablaba con el fuego y expresion de la mayor gratitud, el intérprete explicaba sus razones á Snelgrave. No

podia este recibir un premio mas dulce de su accion; pero no fué él solo. Tenia á su bordo mas de trescientos esclavos, y la negra les refirió todo el caso. Despues de haberla escuchado los negros, rodearon á Snelgrave expresando su admiracion con repetidas aclamaciones, y le prometieron una sumision sin límites. En efecto, en lo restante del viaje halló en ellos todo el respeto y obediencia que un padre podía esperar de sus hijos [1].



Si tal es el poder de los beneficios y de la virtud en unos salvajes los mas feroces, ¿cuál debe, pues, tener entre nosotros este medio infalible de granjear y sujetar á los hombres? Esta historia, hijos mios, debe tambien confirmaros en una verdad que nunca me cansaré de repetiros, y es, que una accion virtuosa rara vez deja de ser útil á nuestros intereses personales.

César, dijo la Marquesa, ¿de qué clase es la accion de Snelgrave? ¿Es *heroica?* — ¿Heroica?... No lo creo, pero voy á examinarla segun las reglas que Vd. me ha dado. — Veamos si te acuerdas bien de ellas. — Para que una accion sea heroica, es preciso que sea útil: que el que la ha hecho se haya expuesto á un gran riesgo: que le haya costado un gran sacrificio, y que le hubiese sido posi-

[1] Véase el Compendio de la Historia general de los Viajes, tomo 3, pág. 39 y siguientes.

ble no hacerla sin incurrir en nota de desprecio. — Justamente: volvamos ahora á Snelgrave. — Se expuso á un gran riesgo... — Mucho menor de lo que crees. Es cierto que no llevaba consigo mas que doce hombres, y que los negros componian una tropa de mas de cien hombres; pero los salvajes mas feroces son siempre tambien los mas cobardes. Ademas de esto, todos los ingleses tenian fusiles; y si se hubiese trabado el combate, no hay duda en que los negros habrian huido á la primer descarga. — Por tanto, el peligro no era muy grande, y me parece que Snelgrave hubiera sido despreciable si pudiendo impedirlo hubiese dejado degollar á su vista aquel pobre niño: por consiguiente no hizo mas que una accion buena, y no una accion heroica. — Muy bien dicho; pero se debe estimar en mucho aquel primer movimiento tan generoso é independiente de toda reflexion que le hizo volar al socorro de aquel niño. Fué tan impetuoso este impulso, que no cabe duda en que hubiera despreciado los mayores riesgos; y esto es lo que califica su accion en gran manera. El hecho por sí mismo no es heroico; la humanidad lo prescribia; pero el primer movimiento que le inspiró es sublime.

Abuelita mia, dijo Carolina, la historia que Vd. nos ha contado es muy buena, pero es tan corta...

Pues bien, hijos mios, respondió la Baronesa, voy á contaros otra. La accion de Snelgrave no le ha parecido á César heroica; veamos que le parece esta.

El virtuoso duque de Borbon, cuñado de Cárlos el Sabio, estuvo en rehenes por el rey Juan, y permaneció ocho años prisionero. Su ausencia ocasionó mucho desórden en sus estados. Los barones usurparon parte de sus dominios; y Chauveau, su procurador general, se vió precisado por la obligacion de su empleo á hacer informaciones contra ellos. Libre el duque, y de vuelta á sus estados, cerró los ojos sobre las culpas pasadas, y no pensó mas que en granjearse los corazones de sus vasallos. Instituyó la Órden de la *Esperanza*. En medio de la solemnidad de esta ceremonia, se presentó el rígido Chauveau con los cuadernos de las informaciones en la mano. Los presenta de rodillas al duque, y le dice: Aquí hallaréis, señor, muchos reos; los unos merecen pena de muerte, los otros á lo ménos merecen pena de confiscacion de bienes: este es el registro de sus delitos. Todos los prevaricadores estaban presentes, y temblaban

de miedo. Chauveau, dijo el príncipe, ¿has tenido cuentas tambien con los servicios que me han hecho? Coge él mismo los cuadernos, y sin leerlos los arroja al fuego. Aquellas palabras divinas, aquella accion generosa hizo verter á todos los circunstantes lágrimas de gratitud y gozo; no hubo alguno de aquellos señores, ya fuese reo ó inocente, que no jurase sacrificar su vida por un príncipe tan magnánimo.

¡Ah, exclamó César! Esta accion sí que es heroica...

Ya veis, pues, hijos mios, prosiguió la Baronesa, á qué grandeza de ánimo nos puede hacer llegar la bondad del corazon: si se supiese cuán dulce y útil es el saber perdonar, no serian tan raros estos ejemplos...

Aun estaba hablando la Baronesa cuando se oyó un gran rumor en la casa; los niños corren hácia la puerta, y su madre los sigue precipitadamente. En el mismo instante oyen várias voces repetidas, y perciben claramente estas palabras: *Se han hecho las paces*. Madama de Clemira se arroja aceleradamente fuera del cuarto; encuentra un posta que llegaba de Paris, y que le confirma esta feliz nueva. La paz, exclamó madama de Clemira: ¡ah, bendigamos al cielo y al rey que nos la dan!... No pudo decir mas, porque las dulces lágrimas de la alegría le embargaron la voz. Abraza á su madre, á sus hijos, vuelve á leer veinte veces la carta, repitiendo á cada instante: ¡Se han hecho las paces!... ¡Y son paces ventajosas!... Dentro de dos meses á mas tardar veremos aquí á vuestro padre... ¡Ah mamá! dijo Pulqueria, no nos envíe Vd. á acostar; permita Vd. que velemos esta noche para hablar de nuestra dicha. Se otorgó esta súplica, y sabiendo la Marquesa que el posta al atravesar el lugar habia gritado con toda su fuerza por todas las calles por donde pasaba: *Se han hecho las paces*, quiso saber si algunos aldeanos habian acudido al palacio: en efecto, casi todo el lugar estaba á las puertas de él; hiciéronlos entrar. Al punto bajó la Marquesa; la rodearon con impaciencia, y ella les leyó la carta que acababa de recibir. Despues de esta lectura, todos á una voz empezaron á gritar: *Viva el rey*, con aquel gozo tan natural á los vasallos que tienen la dicha de lograr un rey que hace gloria de ser padre de sus pueblos. La Marquesa hizo dar de beber á todos los aldeanos; se iluminó de priesa todo el patio del palacio y parte de los jardines; el cocinero compuso algo de comer, y toda la noche se pasó bai-

lando y cantando con la mayor alegría. Aquella noche César y sus hermanas se acostaron, por la primera vez de su vida, al amanecer.

Todos los vecinos de madama de Clemira vinieron á darle la enhorabuena de un suceso tan grato á todos en general, y mas particularmente á ella. Fué preciso volver estas visitas, y empezó por madama de Luzane, que le hizo quedarse un dia entero en su casa. Mr. de Luzane quiso enseñarle su jardin, que era á la inglesa, esto es, que ningun árbol estaba arreglado, porque en sus calles las ramas despellejaban la cara y arrancaban los cabellos: los cardos y las hortigas crecian libremente en aquel sitio campestre : se veian dos ó tres montones de tierra graduados con el honorífico nombre de montañas; algunos escombros figuraban una ruina : dos ó tres casillas viejas y puercas componian el lugar, y algunos puentecillos de madera puestos sobre un arroyuelo de agua detenida, corrompida y sucia, se llamaba el rio. Por tanto, se ve que, á excepcion de un peñasco, de un templo y de un sepulcro, este jardin tenia todas las partes esenciales que constituyen un jardin á la inglesa, cuando el que los forma tiene gusto, invencion y talentos. Y así esta agradable posesion, obra de Mr. de Luzane, daba mayor fuerza á su natural vanidad : disfrutaba de todos los privilegios anexos á la gloria de haber imaginado un jardin á la inglesa. Declamaba con fuerza contra toda la simetría y primor empleado en los jardines comunes, creyendo admirar á todos con la novedad de sus ideas y exquisito gusto.

Carolina y Pulqueria, que desde el lance del telescopio habian tomado sumo cariño á Sidonia, se pasearon con ella, y fueron á merendar á su cuarto. Hallaron en él várias cestas llenas de hojas de rosa, y preguntándola á qué uso las destinaba, respondió que eran para hacer agua de rosas. Pues qué, dijo Pulqueria, ¿Vd. sabe hacerla? — Es muy fácil, replicó Sidonia. — Tambien hace la señorita, dijo entónces el aya de Sidonia, con esas mismas hojas un color encarnado que le sirve para pintar los ramilletes que Vds. ven puestos en esos cuadros. — ¿Y las hojas verdes con qué las pinta? — Saca de algunas plantas el color verde. — ¡Qué bueno es eso! — ¡Oh! la señorita sabe hacer otras muchas cosas. Tambien ha hecho el jarabe de orchata que Vds. han probado y han alabado tanto, y la mermelada de grosellas. — ¡Cuánto diera yo por saber otro tanto!

— Ahora mismo lo sabrá Vd.; voy á darle todas mis recetas, y sin trabajo hará lo mismo que yo. — ¿Con que podremos hacer agua de rosas, y colores? — Mañana mismo si Vds. quieren. Despues que Sidonia les dió sus recetas, su aya abrió un armario, rogando á Carolina y Pulqueria que se acercasen : Vean Vds., señoritas, les dijo, otra clase de obras que no aprenderán tan prontamente. Vean Vds. esos acericos, esos cofrecitos, esas bolsas bordadas, y esos cordones de baston; Sidonia ha trabajado todo ese almacen. No hay nadie, interrumpió Sidonia, que no pueda hacer otro tanto : como no tengo habilidades, procuro á lo ménos variar mis ocupaciones. Mi madre con su ejemplo me hace tomar la costumbre de no estar ociosa un solo instante. Pulqueria, que registraba atentamente todo lo que habia en el cuarto, atisbó debajo de la cama un cajon grande. Preguntó á Sidonia lo que era. Sidonia se puso colorada, y le respondió que aquel cajon no tenia nada de particular. Su aya se echó á reir : No me atreveria, dijo, á desmentir á la señorita; no obstante... — ¡Por Dios, le dijo Sidonia, aya mia!... — Ciertamente, interrumpió el aya, no es posible comprender la vergüenza de las señoritas; porque ¿quién no creeria al verla á Vd. en este instante que tiene motivos justos para estar sonrojada? y con todo... — ¡Por Dios, aya mia, calle Vd. por Dios!... — Vamos, callaré : no diré mas que una cosa, y es, que en ese cajon hay tambien labores de la señorita, y que su madre la ha reñido porque se ha levantado á las cinco de la mañana para acabarlas, lo que no ha podido hacer á causa de la llegada de mi señora la Marquesa de Clemira. Este diálogo movió en gran manera la curiosidad de Carolina y Pulqueria. Esta sobre todo no pudo contenerse, la abrazó quejándose tiernamente de su falta de confianza, y le suplicó le enseñase las bonitas labores que habia en el cajon. Sidonia se sonreia, abrazaba á Pulqueria, y no la respondia. El aya, que estaba rabiando por ver el cajon abierto, tomó la palabra : Es muy cierto, dijo, que la señorita no debe decirlo, ni debe alabarse... y por eso ha trabajado en secreto y sin que nadie la ayudase : en fin, todo se descubre; yo por mí no hace mas que cuatro ó cinco dias que lo sé, y aun ha sido á pesar suyo. — Vamos, hija mia, continuó hablando con Sidonia, dé Vd. gusto á estas dos señoritas : yo prometo que no dirán nada á nadie... — Oh, no por cierto, dijo Pulqueria. — No puedo negarles cosa alguna, replicó Sidonia algo triste; pero en verdad que ese

cajon no vale la pena... — Aprovechémonos del permiso, dijo el aya, sacando el arca en medio del cuarto. Carolina y Pulqueria se ponen de rodillas al lado de ella para ver mejor. Pero luego que el aya hubo abierto aquel misterioso cajon, se quedaron heladas al ver que no habia en él mas que unos vestidos toscos de aldeana : Aquí, dijo el aya, hay seis camisas : el lienzo es ordinario, ¡pero vean Vds. qué puntadas! Tambien hay dos jubones y dos justillos, pañuelos, delantales y calcetas : ¿parece que se han quedado Vds. admiradas, señoritas? prosiguió el aya.



Fácilmente adivinaron Carolina y Pulqueria que todo aquello estaba destinado para alguna pobre mujer, y aunque muy niñas, supieron apreciar la resistencia que Sidonia habia opuesto á su curiosidad. Igualmente movidas de la accion y del virtuoso empacho que aquella amable niña manifestaba todavía, se arrojaron en sus brazos, y la sensible Sidonia las estrechó repetidas veces en ellos con las mas vivas expresiones de amistad y de cariño. Enternecida el aya las contemplaba en silencio... pero por último, refirió que en efecto aquel cajon estaba destinado para una pobre mujer de quien cuidaba Sidonia hacia ya un mes, y Pulqueria á fuerza de preguntas averiguó que era la misma que habian visto con el telescopio. Esta agradable conversacion se acabó al volver la Marquesa del paseo : envió á llamar á sus hijas, y Sidonia, cogiendo á cada una de un brazo, las llevó á la sala. Por la noche al volver á Champcery, Carolina y su hermana contaron á la Marquesa todo lo sucedido.

¡Ay hijas mias, aprovechaos de un ejemplo tan bello! considerad que las almas mas insensibles y duras no pueden ménos de admirar la virtud, pero se contentan con este tributo de admiracion involuntaria y estéril; por el contrário, las personas virtuosas se abrasan en deseos de imitar todo lo que admiran. — Puede Vd. creer firmemente, mamá, que nosotras imitaremos á Sidonia; no lo dude, y como ella no estaremos un instante ociosas. En nuestros ratos perdidos haremos carteras, cofrecitos, agua de rosas, y trabajaremos para los pobres. — ¿Sidonia no os ha dicho que estudia la Botánica, y que conoce perfectamente todos las plantas de los campos y sus propiedades? — No, señora : ¡es tan callada!... ¿Pero cómo ha podido aprender eso? — Paseándose con Mr. de la Paliniere, que como ya sabéis, es un gran botanista. Sidonia, que no pierde ocasion de instruirse, siempre que Mr. de la Paliniere va á ver á su madre, se pasea con él, y recoge todas las plantas que encuentra. — Si nosotras hubiésemos tenido esta idea, ya pudiéramos conocer muchas, porque nos hemos paseado infinitas veces con Mr. de la Paliniere. — Si hablásemos ménos, y nos aprovechásemos mas de la instruccion de las gentes que tratamos ó con quienes vivimos, los hombres nos instruirian muchísimo mas que los libros, y nadie nos pareceria enfadoso : Mr. d'Ormont, por ejemplo, no es muy divertido... — Oh, es tan triste... con *sus prados artificiales;* me acuerdo de esta palabra, porque siempre que viene á casa se la oigo decir cien veces. — Sí, porque yo le hago hablar siempre de agricultura, que es la única cosa que sabe á fondo y en que se ocupa. Le doy un gran gusto en sacar esta conversacion, y al mismo tiempo me instruyo escuchándole. — Lo mismo que cuando Mr. Milet estuvo cinco dias en Champcery, que siempre hablaba Vd. de Anatomía. — Porque Mr. Milet es excelente cirujano y muy buen anatómico, y de este modo no hay persona de quien no se pueda sacar fruto, y cuya conversacion no sea instructiva.

Despues de estas reflexiones se volvió á hablar de Sidonia, y la Marquesa no se olvidó de decir á sus hijas, que solo su poca edad podia servir de excusa á la indiscrecion con que habian abusado de la condescendencia de Sidonia, instándola á que les descubriese una cosa que deseaba ocultarles, y les hizo conocer cuán peligrosa es la curiosidad, puesto que hace incurrir en semejantes faltas. ¿Y habéis pedido licencia para comunicarme este secreto? añadió la

Marquesa. — Sí, señora, y al punto convino en ello muy gustosa. — Porque conoce todas las obligaciones de una hija para con su madre; ¿pero si no tuviese tanto juicio y prudencia, y os hubiese encargado ocultármelo, qué hubiérais hecho? — No sé, mamá... ¿Hubiéramos podido entónces hablarle á Vd. de ello? — ¿Pero no habias dado palabra ántes de abrir el cajon de no decirlo á nadie? — Sí, señora. — Y con esa condicion habéis logrado lo que deseábais. — No hemos creido fuese necesario añadir : *á nadie, excepto á mamá;* porque eso ya se suponia. — No podemos ligarnos á una promesa sino por nuestras acciones y palabras : la intencion no tiene fuerza respecto á esta especie de trato, cuando no se manifiesta en las expresiones. Por tanto, en este caso ú otro semejante en que prometiéseis guardar un secreto sin expresar la excepcion que has hecho, os veríais obligadas ó á faltar á vuestra palabra dándome parte del secreto, ó á guardarlo faltando á vuestra obligacion, que es no tener nada oculto para mí. — Ya lo comprendo, nos seria preciso ó engañar á Vd. ó faltar á nuestra palabra, y cualquiera de estas cosas es muy mala. Nunca nos veremos, mamá mia, en semejante alternativa, porque no admitiremos ningun secreto sin pedir ántes el permiso de comunicárselo á Vd., y si no nos lo quieren dar rehusaremos saber el secreto. — Debéis hacerlo así, tanto mas cuanto una persona que quisiera limitar vuestra confianza para conmigo, careceria ciertamente de principios rectos y buen modo de pensar, y su secreto podria seros peligroso.

Como la Marquesa tenia muchas cartas que escribir, no se volvieron á empezar por entónces las veladas. César pidió permiso á su madre para leer la Ilíada de Homero. No tienes aun bastante edad, le dijo la Marquesa, para conocer las bellezas de esa obra : no obstante, como su lectura es indispensable para la inteligencia de una infinidad de cuadros y pinturas, vengo en ello; pero no es libro que puedes leer á tus solas... — ¿Y por qué, mamá? — Leyéndole conmigo comprenderás mejor sus perfecciones, y sobre todo sus defectos. — Pero ya sé que madama Dacier le ha puesto notas, y le prometo á Vd. que no las pasaré sin leerlas. — Esas notas son precisamente las que yo sintiera mucho que leyeses solo. — ¿Pues qué, mamá, no son juiciosas? — Tráeme la Ilíada que está en aquel estante... — Aquí la tiene Vd. — Voy á leerte algunos pasajes; vaya este, pero ántes es preciso enterarte de lo que trata.

En una batalla, Adrasto, jóven guerrero Troyano, pelea desde su carro; sus caballos se desbocan y hacen pedazos el carro. Adrasto cae en el suelo boca abajo; entónces Menelao se abalanza á él con intencion de atravesar con su pica á un enemigo tendido en el suelo é indefenso; pero Adrasto le pide la vida, prometiéndole un fuerte rescate. Iba ya Menelao á darle la vida, cuando Agamenon llega corriendo y le reprende con enojo su piedad.

« No perdonemos á los Troyanos, dijo; ninguno de ellos se escape de entre nuestras manos; mueran hasta los niños que están en los vientres de sus madres; perezcan todos con Ilion, etc.

« Esta exortacion llena de fuerza y de prudencia cambió la intencion de Menelao, que al instante desvía de sí al infeliz Adrasto; al mismo tiempo Agamenon le atraviesa el pecho con su lanza. Queda aquel jóven príncipe tendido en el suelo, y Agamenon poniéndole el pié sobre la garganta retira su lanza. » *Iliada, lib.* 6.

Y bien, hijo mio, dijo la Marquesa, ¿qué te parece esta accion? — Me parece horrible; matar á un enemigo sin defensa es asesinarle. — Tales son no obstante los héroes del poema; pero veamos la nota de madama Dacier acerca de esto; dice así :

« Homero alaba esta crueldad de Agamenon; porque como hay cierta especie de compasion nociva, hay tambien una crueldad provechosa. Unos enemigos tan injustos y pérfidos cuales eran los Troyanos no merecian perdon alguno[1]. »

— ¿Pues cómo madama Dacier aprueba esta accion? — Nunca he creido que la inhumanidad pudiese parecerte bien; pero como todas las notas de madama Dacier son de esta clase, he debido temer que la autoridad de una persona tan justamente celebrada hubiese á lo ménos debilitado en ti el horror que debe inspirarte la crueldad... — ¿Pues qué, mamá, madama Dacier no desaprueba nunca las acciones bárbaras? — Nunca, ni aun las acciones mas infames. Dolon, espía troyano, se halla en poder de Ulises y Diómedes; les pide la vida, Ulises se la otorga con tal que les declare

[1] ¡Qué lenguaje, y sobre todo en boca de una mujer! Y ademas, ¡qué lógica tan falsa! ¿En qué consistia la perfidia é injusticia de los Troyanos? Páris habia robado á Elena, es cierto, pero este delito lo era de un príncipe troyano, y no de toda la nacion. Aun dado que la injusticia fuese general, ¿acaso esta puede autorizar un asesinato? Aun cuando los Troyanos fuesen todos pérfidos, ¿era este motivo suficiente para pasar á todos á cuchillo sin excepcion y sin piedad? ¿Era esta razon bastante para no perdonar ni aun al niño en el vientre de su madre?

cuanto sepa. En este supuesto el cobarde Dolon informa de todo por menor á los dos guerreros, quienes mas infames y pérfidos que él, despreciando su palabra cometen la barbaridad de matarle. Aquí tienes el lance; esta es la nota.: repara como madama Dacier aprueba esta accion infame. ¿Quieres otro ejemplo mas?... Ulises despues de haber tendido en el suelo á Soco con una herida mortal le insulta diciéndole que su cuerpo quedará sin sepultura, y será despedazado por las aves de rapiña, que pelearán sobre su cadáver, etc., y no hay nota de madama Dacier; pero en otra ocasion semejante, ha creido poder sacar partido de la bárbara ironía que emplea Idomeneo; y por tanto ha puesto una nota. Idomeneo atraviesa de parte á parte con su pica á Othrioneo. Herido este de muerte cae, é Idomeneo envanecido con su victoria le dice así: « Othrioneo, serás el mas valiente de los mortales si cumples la palabra que has dado á Príamo [1]. Aquel buen rey para obligarte á cumplirla ha prometido darte su hija; pero nosotros podemos contentarte mejor que él. Enviaremos á buscar á Árgos la mas hermosa hija de Agamenon, y te la daremos por esposa con tal que tu ínclito valor nos haga dueños de Troya. Ven, pues, á nuestros navíos, para que arreglemos las cláusulas de tu casamiento: no somos indignos de tener un yerno como tú. Despues de esta sangrienta burla, Idomeneo le arrastraba de los piés, etc. » *Ilíada, lib.* 13.

¡Qué horror, dijo César, insultar de ese modo á un enemigo vencido y casi espirando!... No es posible pensar cosa mas cruel é infame. ¿Cómo ha podido excusar madama Dacier una barbaridad semejante? — Homero conviene en que esta burla es amarga; á madama Dacier no le parece sino *heroica* y *chistosa*: escucha su nota.

« Homero ha insertado aquí con mucho arte estas chanzas propias de un ánimo *heroico*, muy capaces de encender el valor de los combatientes que las escuchan, y de *divertir* al pacífico lector que las lee. Ademas Homero *realza mas con esto el carácter de Idomeneo* haciendo ver que en medio del mayor riesgo no deja de conservar su *alegría* natural, lo que es prueba de gran valor. »

— ¿Es posible que madama Dacier haya hecho imprimir semejante dictámen? — Lo extrañas, y con razon. En efecto, no se debe pensar, raciocinar, ni escribir así, aunque se sepa el griego. Demos fin á este exámen por un paso que se me presenta. Menelao vence



y rinde á Pisandro, y despues poniéndole un pié sobre la boca del estómago, le hace un discurso igualmente largo é insultante: *palabras llenas de hiel*, añade Homero, y madama Dacier hablando de este discurso dice: *que está lleno de fuerza, de oportunidad, y que es muy lacónico.* — Pero, mamá, segun eso madama Dacier tenia muy mal corazon. — Todo lo contrário; tenia un corazon muy sensible. — Ó si no, no tendria ni juicio ni entendimiento. — Nada de eso; es muy cierto que tenia mucho mérito y universal. — ¿Pues cómo ha podido escribir cosas tan horrorosas? — El entusiasmo y la pasion la cegaba: sabia perfectamente el griego, por consiguiente conocia mejor que nadie todas las bellezas de la Ilíada, y su pasion á Homero la privaba de aquella imparcialidad tan estimable y poco comun, y sin la cual ningun escritor puede persuadir ni instruir. — Esto prueba tambien, mamá, como Vd. nos ha dicho várias veces, que no debemos apasionarnos sino de la virtud, porque todas las demas pasiones nos ciegan enteramente. — Ahora espero que ya renunciarás al proyecto de leer la Ilíada á tus solas. — Sí, señora: habia oido decir que se la permitian leer á todos los niños de mi edad, y que sus notas eran muy instructivas. El año pasado

[1] Habia prometido á Príamo rechazar á los Griegos, y Casandra debia ser el premio de sus servicios.

vi que mi primo Federico leia la Iliada y la Odisea en sus horas de recreo, y por esto le pedí á Vd. el mismo permiso; pero puesto que hay tan malos principios en esta obra, mas quiero no leerla sino con Vd., porque de este modo me hará comprender todas las consecuencias de los principios peligrosos que contiene. — En general son pocos los libros que puedes leer solo sin riesgo. — ¿Pero un libro de historia ahora que ya sé juzgar de las acciones?... — Ya has leido todos los compendios excelentes y trabajados principalmente para la juventud y niñez[1] : ¿qué historia quieres leer ahora? — La de Malta. — El abate Vertot es muy buen historiador; pero sus juicios están muy léjos de ser justos y conformes á los principios de una sana moral. — Elija, pues, Vd. misma el libro que quiera darme. — ¿Me prometes leer siempre despacio y con reflexion, y referirme por la noche lo que hayas leido en el dia? — Sí, señora. — Pues bien, voy á darte un compendio de la historia de Inglaterra en dos tomos, que me parece muy claro y bien escrito.

De allí á dos dias César dijo á su madre que le habia disgustado una cosa que acababa de leer en el libro que le habia dado. Veamos, dijo la Marquesa, léelo. Es como se sigue, dijo César :

« Los Franceses fueron derrotados en Azincourt por Enrique V : hizo tantos prisioneros, que para seguir resistiendo al enemigo, que procuraba rehacerse, tuvo que pasar á cuchillo todos los que la suerte habia puesto en sus manos. »

— Y bien, ¿qué es lo que te disgusta en este paso? — Me parece que el historiador es como Homero; refiere esta crueldad como una cosa natural y aun indispensable. No hace despues ninguna reflexion sobre ello, por lo cual parece que aprueba esta barbaridad. La Marquesa abrazó entónces á su hijo. No has leido, le dijo, como niño : al tiempo que leias has reflexionado, has consultado tu corazon y tu razon, y este es el único medio de leer con aprovechamiento. En efecto, el modo de referir un hecho tan atroz como el que acabas de leer es muy odioso. ¿Qué dirias, pues, de la obra que estoy leyendo ahora, en la cual se halla el siguiente retrato de Fredegunda?

« Ocultó Fredegunda el defecto de su nacimiento con tan eminentes cualidades, que se puede decir, que si no nació en la elevacion de las primeras clases, á lo ménos lo merecia. Esta es una de aquellas heroinas que no están obligadas á avergonzarse de las faltas de la suerte... La magnanimidad y elevacion de su ingenio la hicieron reinar sin competencia en tiempo de Chilpérico[1]. »

[1] Por el abate Millot.

¿Es posible hablar así de una mujer abominable y manchada con tantos delitos? ¿Quién creerá que este es el retrato de un monstruo oprobio de su sexo y execracion de la posteridad?... Alaba mucho el autor su destreza y maña. Sabiá, dice, triunfar de todos sus enemigos; ¿pero con qué medios? con traiciones y homicidios. Toda su maña consistia en hacer envenenar ó asesinar á los que temia; pero mañana te leeré, hijo mio, en la historia de Carlo Magno el verdadero retrato de Fredegunda. Tambien leeremos en otra obra del mismo autor la narracion de la batalla de Azincourt, y espero que



te dará gusto. — Me parece, mamá, que le gustan á Vd. mucho las obras de este autor. — Sí, porque hallo en ellas la verdadera filosofía, ideas nuevas, una imparcialidad perfecta, la moral mas pura, y juicios siempre justos y desapasionados : finalmente todas las utilidades que la historia debe producir; lecciones útiles para los hombres, y sobre todo para los reyes. — ¿Conoce Vd. al autor? — No le he visto cuatro veces en mi vida. — ¿Y por qué no me da Vd. á leer sus obras? — Quiero que las leamos juntos para

[1] Memorias histórico-críticas y anécdotas de Francia, tomo I, pág. 70. Esta obra es muy apreciable, y está llena de notas y observaciones curiosas.

que no pierdas nada, que nada te se escape, y que lo conozcas todo, y así te daré otras obras para que las leas á tus solas : te vuelvo á repetir que leas siempre con la mayor atencion, pesando bien las reflexiones y juicios del autor. Insisto mucho sobre esto porque es de suma importancia, á causa de que con esta costumbre la lectura te instruirá verdaderamente, y en adelante podrás leer cualquier libro sin riesgo alguno. Por el contrário, si lees sin reflexion tomarás insensiblemente mil ideas falsas, y la lectura léjos de aclararte el entendimiento é instruirte, no servirá sino para debilitar tu razon, trastornar tus principios, y quizás corromperte al fin. El abate que vino á buscar á César interrumpió esta conversacion. Aquella noche se continuaron las *veladas*, y la Marquesa de Clemira contó la novela siguiente.

PAMELA

Ó LA ADOPCION FELIZ

Felicia, únicamente ocupada en la educacion de sus dos hijas, vivia en medio de una familia amable, á quien estimaba, y no trataba sino con sus parientes y amigos. Cada dia estaba mas contenta Felicia con su suerte. Tenia gusto en ocuparse y en estudiar, y su alma era dulce y sensible. Jamas conoció el odio, aborrecia la venganza, y sabia amar : la amistad podia esperar de ella todo cuanto pudiese hacer. En fin, nadie despreció mas de corazon que ella el fausto y las riquezas.

Entre tanto las hijas de Felicia iban ya acercándose á la edad de tomar estado. Aun no tenia quince años la mayor de ellas llamada Camila, cuando su madre se vió precisada por várias razones á casarla. No era rica Felicia, y así no podia establecer á sus hijas sino empleando el crédito que tenia en la corte á favor de sus maridos. El que se presentaba para Camila era sin duda alguna lo mejor que podia esperar su madre; pero aunque no dudó en admitirle, sintió muchísimo verse en la dura precision de casar á Camila en una edad tan tierna; en efecto, semejantes casamientos son tanto mas dañosos

para una jóven de catorce ó quince años, cuanto sus resultas se extienden á todo el resto de la vida. Su educacion aun no perfeccionada se queda del mismo modo para siempre... — Pero, mamá, interrumpió Carolina, si esa jóven tiene buen fondo siempre será obediente y aplicada como ántes de casarse; y así su madre podrá acabar de perfeccionar su educacion... — Era preciso que esa señorita que tú supones tuviese mucho entendimiento y reflexion para aprovecharse bien de los maestros oyéndose llamar *señora*. Ademas, siempre que su marido fuese á su cuarto tendria que interrumpir sus lecciones. — ¿Pero si su marido fuese aplicado? — La instruccion y habilidades que se tienen á los catorce años no pueden aun ser agradables á los demas : por tanto debes conocer que el temor de enfadar á su marido y el gusto de hablar con él, serán causa de que haga muy pocos progresos en sus estudios. Pero volvamos á nuestra historia.

Á poco tiempo de estar casada cayó Camila gravemente enferma. Felicia padeció muchas pesadumbres, que juntas con las vigilias y continua asistencia á la enferma causaron una alteracion en su salud que le duró mucho tiempo despues de la convalecencia de su hija. Viendo los médicos que se sentia del pecho, le mandaron ir á tomar las aguas de Bristol. Vióse, pues, obligada á dejar á Camila en Paris al cuidado de su suegra, y marchó para Inglaterra con Natalia su segunda hija, de edad de trece años.

No se habia acordado Felicia de encargar que la buscasen un alojamiento. Y así al llegar á Bristol no pudo hallar sino un cuarto en una posada, incómodo por sí mismo, y mucho mas por estar separado tan solamente por un tabique del de una inglesa que estaba en cama hácia ya dos meses. Felicia, que sabia el inglés con toda perfeccion, hizo á la huéspeda várias preguntas acerca de su vecina, y supo que la desgraciada inglesa estaba ya desahuciada. Era viuda; su marido, jóven de distinguido nacimiento, habia sido desheredado por sus parientes por haberse casado sin su consentimiento. No habia podido dejar á su mujer mas que una corta pension vitalicia, circunstancia tanto mas dolorosa para aquella infeliz, cuanto tenia una hija de edad de cinco años, que á su muerte se hallaba expuesta á la última miseria. Concluyó la huéspeda su relacion haciéndole mil elogios de Pamela (así se llamaba la niña), y aseguró á Felicia que no podia hallarse criatura mas perfecta. Esta historia

que no pierdas nada, que nada te se escape, y que lo conozcas todo, y así te daré otras obras para que las leas á tus solas : te vuelvo á repetir que leas siempre con la mayor atencion, pesando bien las reflexiones y juicios del autor. Insisto mucho sobre esto porque es de suma importancia, á causa de que con esta costumbre la lectura te instruirá verdaderamente, y en adelante podrás leer cualquier libro sin riesgo alguno. Por el contrário, si lees sin reflexion tomarás insensiblemente mil ideas falsas, y la lectura léjos de aclararte el entendimiento é instruirte, no servirá sino para debilitar tu razon, trastornar tus principios, y quizás corromperte al fin. El abate que vino á buscar á César interrumpió esta conversacion. Aquella noche se continuaron las *veladas*, y la Marquesa de Clemira contó la novela siguiente.

PAMELA

Ó LA ADOPCION FELIZ

Felicia, únicamente ocupada en la educacion de sus dos hijas, vivia en medio de una familia amable, á quien estimaba, y no trataba sino con sus parientes y amigos. Cada dia estaba mas contenta Felicia con su suerte. Tenia gusto en ocuparse y en estudiar, y su alma era dulce y sensible. Jamas conoció el odio, aborrecia la venganza, y sabia amar : la amistad podia esperar de ella todo cuanto pudiese hacer. En fin, nadie despreció mas de corazon que ella el fausto y las riquezas.

Entre tanto las hijas de Felicia iban ya acercándose á la edad de tomar estado. Aun no tenia quince años la mayor de ellas llamada Camila, cuando su madre se vió precisada por várias razones á casarla. No era rica Felicia, y así no podia establecer á sus hijas sino empleando el crédito que tenia en la corte á favor de sus maridos. El que se presentaba para Camila era sin duda alguna lo mejor que podia esperar su madre; pero aunque no dudó en admitirle, sintió muchísimo verse en la dura precision de casar á Camila en una edad tan tierna; en efecto, semejantes casamientos son tanto mas dañosos

para una jóven de catorce ó quince años, cuanto sus resultas se extienden á todo el resto de la vida. Su educacion aun no perfeccionada se queda del mismo modo para siempre... — Pero, mamá, interrumpió Carolina, si esa jóven tiene buen fondo siempre será obediente y aplicada como ántes de casarse; y así su madre podrá acabar de perfeccionar su educacion... — Era preciso que esa señorita que tú supones tuviese mucho entendimiento y reflexion para aprovecharse bien de los maestros oyéndose llamar *señora*. Ademas, siempre que su marido fuese á su cuarto tendria que interrumpir sus lecciones. — ¿Pero si su marido fuese aplicado? — La instruccion y habilidades que se tienen á los catorce años no pueden aun ser agradables á los demas : por tanto debes conocer que el temor de enfadar á su marido y el gusto de hablar con él, serán causa de que haga muy pocos progresos en sus estudios. Pero volvamos á nuestra historia.

Á poco tiempo de estar casada cayó Camila gravemente enferma. Felicia padeció muchas pesadumbres, que juntas con las vigilias y continua asistencia á la enferma causaron una alteracion en su salud que le duró mucho tiempo despues de la convalecencia de su hija. Viendo los médicos que se sentia del pecho, le mandaron ir á tomar las aguas de Bristol. Vióse, pues, obligada á dejar á Camila en Paris al cuidado de su suegra, y marchó para Inglaterra con Natalia su segunda hija, de edad de trece años.

No se habia acordado Felicia de encargar que la buscasen un alojamiento. Y así al llegar á Bristol no pudo hallar sino un cuarto en una posada, incómodo por sí mismo, y mucho mas por estar separado tan solamente por un tabique del de una inglesa que estaba en cama hácia ya dos meses. Felicia, que sabia el inglés con toda perfeccion, hizo á la huéspeda várias preguntas acerca de su vecina, y supo que la desgraciada inglesa estaba ya desahuciada. Era viuda; su marido, jóven de distinguido nacimiento, habia sido desheredado por sus parientes por haberse casado sin su consentimiento. No habia podido dejar á su mujer mas que una corta pension vitalicia, circunstancia tanto mas dolorosa para aquella infeliz, cuanto tenia una hija de edad de cinco años, que á su muerte se hallaba expuesta á la última miseria. Concluyó la huéspeda su relacion haciéndole mil elogios de Pamela (así se llamaba la niña), y aseguró á Felicia que no podia hallarse criatura mas perfecta. Esta historia

interesó vivamente á Felicia, y toda la noche se le fué hablando con Natalia de su desgraciada vecina y de su niña.

Felicia y su hija habitaban el mismo cuarto. Habia ya dos horas que estaban acostadas : Natalia dormia, y su madre se iba quedando traspuesta, cuando un movimiento extraordinario que oyó en el cuarto de la inglesa enferma la hizo despertar despavorida. Escuchó atentamente y percibió voces y gemidos. Acordándose entónces de que la enferma no tenia para su asistencia mas que una criada, creyó que su socorro no le seria inútil. Se levanta apresuradamente, coge su lamparilla, y sale poco á poco para no despertar á Natalia; atraviesa otro cuarto en donde dormia su criada, y al pasar le encarga no se aparte de Natalia, y despues entra en el corredor. La puerta de la enferma estaba abierta. Felicia oye acentos interrumpidos y sollozos; se adelanta temblando... Al mismo tiempo la criada anegada en llanto se arroja fuera del cuarto exclamando : *¡Ya no hay remedio, ya ha espirado!* — ¡Oh Dios mio! dijo Felicia,



yo venia para ayudarle á Vd... — En este mismo instante acaba de morir, replicó la criada, ¡oh Dios mio! ¿qué será de su desgraciada hija? Yo tengo cuatro criaturas, ¿cómo podré encargarme de esta desdichada? — ¿En dónde está la niña, interrumpió vivamente Felicia? — ¡Ah señora! no tiene aun la inocente edad para saber lo que es la muerte... Amaba á su pobre madre en extremo, porque

no puede haber criatura mas sensible... pero duerme tranquilamente inmediata al cadáver... Al oir esto se estremeció Felicia. Venga Vd., dijo á la criada, vamos á apartar esa criatura de un sitio tan funesto. Diciendo estas palabras Felicia entra en el cuarto... Para llegar á la cuna de la niña era preciso pasar al lado de la cama de la desgraciada inglesa. Felicia se estremece y se detiene. Fija un instante sus ojos llenos de lágrimas en aquel triste y doloroso objeto, y despues poniéndose de rodillas : ¡Oh madre desventurada, dijo, cuán grande debe haber sido el horror de tus últimos instantes!... ¡Dejas á tu hija abandonada sin amparo y sin socorro!... pero me sirve de consuelo el creer que desde la eternidad puedes aun verme y oirme... Yo me encargo de tu hija, y no la dejaré que olvide á la que le dió el ser; cada dia implorará la clemencia del Ser Supremo á favor de su madre. Diciendo esto se levantó Felicia, y con una turbacion igual á su enternecimiento se acercó á la cuna. Una cortinita ocultaba la niña. Felicia con mano trémula la aparta poco á poco, y descubre á la inocente huerfanita. Contempla como arrebatada su hermosura y su semblante angélico. Dormia la niña profundamente, y al lado de la cama de su desgraciada madre disfrutaba pacíficamente del descanso. La serenidad de su frente, el candor de su fisonomía, á quien una dulce sonrisa daba nuevo realce, y la frescura y belleza de su tez formaban con su situacion un contraste tan singular como patético. ¡Ah, exclamó Felicia, cómo duerme! ¡En qué instante, y en qué sitio!... ¡Amable y desgraciada niña! En vano al despertarte, en vano llamarás á tu madre... Pero á lo ménos la humanidad te da otra : sí, yo te prohijo; sí, hallarás en mi corazon el cariño y afecto de una madre. Vamos, continuó Felicia, dirigiéndose á la criada, y ayúdeme Vd. á llevar esta cuna á mi cuarto. Obedeció con gusto la criada, y la niña fué trasportada sin despertarse al cuarto de Felicia. Natalia se habia levantado : turbada é inquieta sale corriendo al encuentro de su madre, que la dice al entrar en el cuarto : Acércate, Natalia; aquí te traigo otra hermanita; ven á verla y á prometerme que la querrás mucho. Natalia va corriendo á la cuna, y se pone de rodillas para verla mejor. Felicia le cuenta en breves palabras lo sucedido. Llora Natalia al oir tan triste suceso; mira tiernamente á Pamela llamándola hermanita, y quisiera ya que fuese de dia para oirla hablar y darle mil abrazos. Fué preciso volverse á acostar. Felicia no pudo cerrar los ojos en

toda la noche; ¿pero quién podrá desear el sueño cuando nos priva de él el recuerdo de una accion benéfica?

Á las siete de la mañana se abrieron las ventanas del cuarto, y al instante mismo despertó Pamela. Felicia fué corriendo á la cuna; al verla la niña dió muestras de admiracion, y despues mirándola atentamente se sonrió y le alargó los brazos. Felicia la estrechó entre los suyos con indecible gozo. Creia Felicia en la simpatía (que es la supersticion de los corazones sensibles); se persuadió que eran efectos suyos las dulces caricias de Pamelita, y esta idea la obligó á amarla aun mucho mas. En breve preguntó Pamela por su madre. Este nombre de madre en su boca enterneció en gran manera á Felicia : Tu madre, la dijo, no está aquí ya... Al oirla Pamela lloró amargamente; Natalia quiso consolarla : ¡Ah! le dijo Felicia, déjala esa afliccion tan natural; considera su situacion, Natalia, y experimentarás el mismo sentimiento.

Luego que Pamela estuvo vestida se puso de rodillas, y comenzó á rezar en alta voz : Felicia se estremeció al oirla decir : *¡Dios mio, volved la salud á mamá!* No digas eso, dijo Felicia, porque tu madre ya no padece... Ya no padece, exclamó Pamela, ¡oh Dios mio, te doy gracias!... Estas palabras penetraron el corazon de Felicia : ¡Oh hija mia! dijo interrumpiéndola, no digas sino una oracion que yo te dictaré, di : *Dios mio, dignaos de hacer á mi madre feliz.* Pamela repitió esta oracion con igual fervor y enternecimiento. Despues volviéndose hácia Felicia, y mirándola con timidez é ingenuidad : Permítame Vd., le dijo, que pida tambien á Dios me haga la gracia de juntarme en breve con mamá. Al tiempo que decia esto advirtió que los ojos de Felicia se arrasaban en lágrimas, se levantó, y fué á arrojarse á su cuello llorando. En aquel mismo instante vinieron á decir á Felicia que su coche estaba pronto; tomó en sus brazos á Pamelita, y siguiéndola Natalia subió en el coche, y tomaron el camino de Bath. Al cabo de quince dias volvió á Bristol, y no queriendo ir á su primer alojamiento alquiló otro.

Cada dia queria mas Felicia á Pamela; su dulzura angelical, la sensibilidad y agradecimiento de esta niña le hacian disfrutar deliciosamente del fruto de sus beneficios. Despues de haber pasado tres meses en Bristol Felicia volvió á Francia; toda su familia adoptó como ella á la amable Pamelita. Era imposible verla sin que agradase, ni conocerla sin amarla. Luego que tuvo siete años, Felicia le hizo saber quién era, y le refirió la historia de la desventurada inglesa su madre. Esta triste narracion costó á Pamela un arroyo de lágrimas, y cuando Felicia dejó de hablar se arrojó á sus piés, y le dijo todo lo que el agradecimiento y la mas viva ternura pueden inspirar de expresivo y sublime á una persona de veinte años. Tal era Pamela; su alma la hacia continuamente superior á su edad. Cuando hablaba de sus sentimientos no se conocian en ell ni las expresiones, ni el lenguaje de la niñez. Se podian citar mil lances preciosos, respuestas agudas y delicadas, y muchas ocurrencias que solo pueden ser hijas de un corazon sensible : esta sensibilidad viva y profunda, no solo daba una gracia inexplicable á todas las acciones de Pamela, sino que tambien prestaba á su dulzura un encanto que penetraba el alma, y hacia parecer mayor su belleza. Se veia á Pamela muchas veces ántes de saber si sus facciones eran perfectas, si era hermosa ó bonita : solo se advertia su fisonomía y la celestial expresion de su rostro; no era posible verla ni alabarla como á otra cualquiera; finalmente, se hallaban en ella las cualidades y gracias, cuya reunion consiguen tan pocas personas. Tenia mucha agudeza, franqueza é ingenuidad : era alegre, pero sensible; viva, pero dócil. Los únicos defectos que tenia Pamela procedian de aquella extrema viveza que nunca le causó el mas mínimo movimiento de impaciencia contra nadie, pero que le daba una travesura y alborotamiento á que pocos niños podrán llegar. En prueba os quiero referir un lance que al mismo tiempo servirá para manifestar la humildad, respeto y ternura que tenia para con Felicia. Pamela perdia continuamente várias cosas, mas bien por su travesura y viveza que por descuido y olvido. Si iba á pasearse por el jardin ó por el campo, se quitaba el sombrerito para correr mejor, y al volver á casa siempre corriendo, le olvidaba, y se quedaba entre la yerba. Despues que acababa su tarea, el deseo de ir á jugar no le permitia detenerse á recoger el dedal y todo lo demas; se levantaba con precipitacion, la almohadilla caia al suelo, y Pamela saltando por encima de todo desaparecia en un abrir y cerrar de ojos. Se tenia gusto en verla correr por el jardin, pero esto mismo le estaba prohibido en casa. Pamela aun con el mayor deseo de obedecer, olvidaba no obstante continuamente esta prohibicion; caia regularmente tres ó cuatro veces al dia, y en todas las puertas se dejaba pedazos de sus vestidos y delantales. En fin, á fuerza de

ruegos, exhortaciones y penitencias, insensiblemente perdió algo de este exceso de turbulencia. Felicia tenia el cuidado todas las mañanas de hacer exámen de cuanto tenia en sus faltriqueras y en la almohadilla, y esta revista diaria contribuyó no poco á que Pamela fuese mas cuidadosa. Una mañana que Felicia, como de costumbre, visitaba las faltriqueras de Pamela, echó de ménos sus tijeras. Pamela dijo que no estaban perdidas, porque sabia dónde estaban. ¿Pues en dónde las has dejado? preguntó Felicia. — Mamá, en el cuarto de mi hermana. — ¿Pues cómo, en el suelo? ¿por qué no las alzaste? — Mamá, estaba en el cuarto, y yéndome á sonar, al sacar el pañuelo se me cayeron las tijeras : en aquel mismo instante oí su campanilla de Vd., y eché á correr para venir aquí... — ¿Pues qué, no cogiste las tijeras? — No, señora, por verla á Vd. mas presto... — Pero bien sabias que yo habia de echarlas ménos, y que te reñiria si no las hallaba... — Mamá... No pensé en eso, solo me acordé del gusto de verla á Vd. Al pronunciar Pamela estas palabras tenia los ojos llenos de lágrimas, y se puso colorada. Felicia la miró con severidad, y Pamela se puso mucho mas colorada. Esta turbacion, y lo inverosímil que era la excusa de Pamela, persuadieron á Felicia que la inocente niña habia mentido.



Apártate de mi vista, le dijo : estoy cierta de que no hay una palabra de verdad en cuanto me has dicho; véte sin replicar.

Al oir estas terribles razones Pamela, bañada en llanto, junta las manos, y se arroja á los piés de Felicia sin proferir una palabra. Felicia creyó ver en esta accion suplicante la confesion de su culpa, y así la apartó de sí con indignacion, y le dió una agria reprension. Pamela, obedeciendo la órden que le habia dado, prosiguió callando, y no explicaba su dolor mas que con sollozos y gemidos. Felicia estaba entónces en el campo : salió de su cuarto para ir á misa, y en vez de llevar consigo á Pamela como acostumbraba, encargó á una de sus criadas que la llevase, y la dejó sin hablarle palabra. Felicia luego que llegó á la capilla tuvo muchas distracciones involuntarias; volvió várias veces la cabeza hácia la puerta, y vió en fin llegar á Pamela, que con los ojos hinchados y llenos de lágrimas se puso humildemente de rodillas en las gradas de la capilla. La criada le dijo que no se quedase allí con toda la gente, y que pasase mas adelante. La triste Pamela respondió con voz baja : *Aun es demasiado bueno para mi este puesto.* Esta humildad agradó á Felicia, le hizo señas que se acercase, y Pamela lloró de alegría al volver á ocupar su puesto al lado de Felicia. Acabada la misa, la criada se acercó á ella, y le dijo : Pamela no habia mentido... — ¿Pues cómo? la interrumpió su ama. — No, señora, replicó la criada; me ha pedido que bajase con ella al gabinete, en donde hemos encontrado las tijeras en el suelo como ella habia dicho. — ¡Oh querida Pamela mia! exclamó Felicia tomándola en sus brazos, ¡y tú te dejabas acusar y maltratar sin decir nada para defenderte! — Como Vd., mamá mia, me habia prohibido que hablase... — ¡Y te pusistes de rodillas, y parecia que me pedias perdon! — Siempre debo pedirlo cuando mamá se enfada contra mí : cuando me riñe, seguramente he hecho mal. — Pero yo era injusta. — No, señora; mi bienhechora, mi amada madre nunca puede serlo para conmigo. — ¿Quién podrá no querer á una criatura capaz de tanto amor, sumision y dulzura?

Pamela padeció mucho de los dientes. Á los siete años tuvo por esta causa una enfermedad que le duró mas de un año. Para poderla cuidar mejor le hizo dormir Felicia todo aquel tiempo en su cuarto. Viendo Pamela la inquietud de Felicia procuraba ocultar lo que padecia. Muchas noches pasaba sin pegar los ojos; Felicia se levantaba á menudo, la tomaba en sus brazos, y le daba de beber. Nunca recibia Pamela estos servicios sin derramar lágrimas de ternura y

agradecimiento. Suplicaba á Felicia que se acostase al instante. Duerma Vd., mamá, le decia, su sueño me alivia, cuando conozco que Vd. está dormida padezco muchísimo ménos.

No hay sentimiento honrado y decente que Pamela no tuviese, aun de aquellos que parecen no deben ser sino el fruto de la reflexion y crianza. Apénas se acordaba de Inglaterra; amaba demasiado á Felicia para no amar tambien á la Francia; pero sabia que era inglesa, y conservaba á su patria una aficion tanto mas virtuosa, cuanto no hubiera podido considerar sin sumo dolor la necesidad de volver á ella para siempre. Un dia (tenia entónces ocho años) Felicia escribia, y Pamela jugaba á su lado. Se estaba entónces en guerra con la Inglaterra; de repente oye Felicia algunos cañonazos, y exclama : Sin duda este es el anuncio de alguna victoria ganada sobre los ingleses. Diciendo esto miró por casualidad á Pamela, y se quedó admirada al verla perder el color, turbarse y bajar los ojos. A este tiempo entraron en el cuarto várias personas, y un criado avisó que la comida estaba pronta. Pamela continuaba en estar trémula y turbada. Queriendo absolutamente Felicia saber lo que pensaba, prosiguió diciendo : Es preciso saber la causa de esa salva; aun me lisonjeo de que habremos vencido á los ingleses .. Apénas hubo dicho Felicia estas palabras, cuando Pamela deshecha en llanto se precipita á sus piés. ¡Oh mamá, exclamó, perdóneme Vd. si lloro : no por esto quiero ménos á los franceses... pero he nacido en Inglaterra !...

Este movimiento tan singular en su edad enterneció á Felicia. Alma pura y sensible, le dijo, un instinto sublime te inspira mejor de lo que podria hacer la razon. Creyendo cometer una culpa, has cumplido con una obligacion sagrada : conserva siempre á tu patria y á la de tus padres ese amor tan puro! Ama á los franceses, lo debes hacer; pero nunca olvides que la Inglaterra es tu patria. Estas palabras aquietaron á Pamela y la penetraron de alegría. Aquella misma noche ántes de acostarse añadió á sus oraciones la siguiente : *Dios mio, haced que los ingleses y franceses no se aborrezcan mas, y que nunca se hagan daño unos á otros.* Con tanta sensibilidad era imposible que Pamela no tuviese una devocion verdadera. Segura de que Dios la veia y la oia en todos los instantes de su vida, no cometia nunca culpa alguna de que no le pidiese perdon con lágrimas y verdadero arrepentimiento. Pero ántes de implorar

su perdon se las decia á Felicia. Dios, decia, no me perdonará si no tengo confianza con mamá; fuera de que una culpa me pesa tanto cuando mamá no lo sabe, y ademas ¡es tan dulce manifestar su corazon á quien se ama!... Quizas me impondrá alguna corta penitencia, pero hablará conmigo, me hará hacer reflexiones, alabará la sinceridad de su Pamela, y esta noche al acostarme cuando le pida su bendicion me la dará, si cabe, con mas gusto que otras veces. Despues de estas reflexiones iba Pamela volando á los brazos de su madre, y encontraba en ellos el premio de su candor y confianza. No pudiendo separarse de Felicia, y prefiriendo á toda otra diversion la de estar con ella, aunque no hablase, estaba en su cuarto en tanto que su madre leia, escribia ó tocaba el clave, y se divertia en silencio y sin hacer el menor ruido por no estorbarla. No obstante, de rato en rato se levantaba poco á poco, y acercándose de puntillas á su madre, la abrazaba, y despues se volvia á su puesto. Várias veces, dejando de repente sus juguetes, se precipitaba llorando en los brazos de Felicia : En vez de jugar, le decia, estaba pensando en Vd., mamá mia, en sus muchos beneficios... Hablando así Pamela abrazaba á su bienhechora, y recapitulaba todos los favores que le debia con la expresion del mas vivo agradecimiento.

Una criatura tan extraordinaria y amable no podia ser con el tiempo una mujer ordinaria, y así Pamela á los diez y siete años verificó todas las esperanzas que en su niñez se habian tenido de ella. Era instruida, y tenia todas las habilidades que parecen bien en una mujer. No habia labores que no hubiese aprendido y que no supiese hacer; no necesitaba para su ropa y adornos de bordados costureras ni modistas. Ademas de esto dibujaba bien, y tocaba el clave con mucha destreza, habilidad que apreciaba en mucho, por cuanto se la debia únicamente á su madre, que habia sido su maestra. Pamela amaba la lectura, la historia natural y la botánica : tenia una forma de letra gallarda, y por lo tocante á su estilo no le habia costado gran trabajo perfeccionarle : teniendo una alma tan sensible ¿cómo podia escribir mal, ó carecer de energía é imaginacion? Habia conservado la ingenuidad y todas las gracias de su niñez; aquellos modales cariñosos, una alegría franca y comunicativa, y aquella dulzura atractiva que la granjeaba todos los corazones. Como la diversion favorita de su niñez hábia sido la de saltar y correr, disfrutaba de una salud excelente; era imposible alcan-

zarla cuando corria; y andaba y bailaba con mucha gracia. Reunia á todas estas prendas una bondad que nunca la abandonó : trabajaba en secreto, como Sidonia, para los pobres, y merecia el bello elogio que un célebre autor ha hecho de una reina infeliz, y al mismo tiempo de todas las mujeres en general; se podia decir de Pamela : « que manifestaba aquellas virtudes dulces y benéficas que « la filosofía enseña á los hombres, y que la naturaleza da á las « mujeres. »

Natalia, que tenia siete años mas que Pamela, y hacia ya algun tiempo que estaba casada como su hermana Camila, era las delicias de su madre por su amor, su conducta y reputacion; en fin, estos tres objetos tan queridos y tan dignos de serlo, Camila, Natalia y Pamela, eran la gloria y contento de Felicia. Esta felicidad tan pura se turbó por un suceso que ocasionó á Felicia la mayor afliccion. Tenia una cuñada llamada Alejandrina, que por sus virtudes, gracias y bellezas era el ídolo de su familia. Acometida seis meses habia de una enfermedad al principio poco grave, determinó Alejandrina ir á pasar un año en las provincias meridionales de la Francia. Felicia tuvo el doble pesar de ver marchar á su madre con Alejandrina. Esta madre, tan virtuosa como tierna, consintió en separarse de su hija, en padecer las molestias de un triste viaje y las penas de una larga ausencia, para acompañar á su nuera, á quien era precisa su asistencia. Llevaba á lo ménos el consuelo de alguna esperanza de mejoría, pero en breve la perdió. El viaje no sirvió sino para aumentar la dolencia de Alejandrina, y por fin los síntomas mas funestos acabaron de quitarle el resto de esperanza que tenia... Felicia, que sabia todo esto por su madre, procuraba engañarse á sí misma, cuando recibió una carta en que le decia lo siguiente :

« N... de Setiembre de 1782.

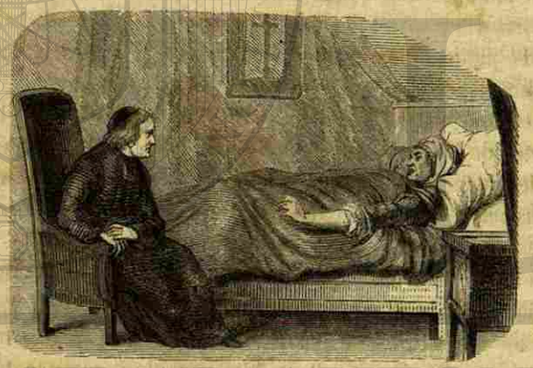
« ¡Aun vive!... Pero quizas cuando recibas esta... ¡Oh hija mia, qué será de tu pobre hermano! ¡Qué será de mí misma con su dolor y el mio!... Y estoy apartada de ti doscientas leguas... Aun no conocíamos sino imperfectamente á esta criatura angélica que vamos á perder para siempre : una vida feliz y sosegada cual era la suya, no podia manifestar á nuestra vista las virtudes sublimes que

posee... No puedes formarte una idea justa de su valor, su piedad, su paciencia y perfecta resignacion. Te he escrito que no conocia su situacion, pero me he engañado. La sabia aun ántes de salir de Paris, y se lo dijo en secreto á su criada Julia, y esta me lo ha dicho á mí... Para minorar el dolor de nuestra cruel situacion, la infeliz queria á lo ménos persuadirnos que conservaba la ilusion que ya hemos perdido; pero ayer se descubrió á pesar suyo conmigo. Estábamos solas cuando me dijo que deseaba recibir los Sacramentos de allí á dos dias, y que me suplicaba diese esta noticia á su marido con toda la precaucion y miramiento preciso para que no se afligiese. Despues que me hubo dicho esto, se quedó callando y como pensativa. Para distraerla proseguí hablando, y le dije que te escribiria esta mañana. Al oirme me pareció que queria decirme algo, y noté que estaba dudosa : apreté su mano entre las mias, preguntándola si queria que te hiciese algun encargo de su parte. Sí, señora, me dijo, tengo una inquietud que me atormenta, y voy á manifestársela : « Ya sabe Vd. que á los trece años tuve la desgra- « cia de perder á mi madre; luego que murió me pusieron en un « convento, pocos dias despues una pobre mujer me hizo llamar « al locutorio; estaba paralítica, y me dijo que mi madre la habia « mantenido los dos últimos años de su vida : la abracé llorando, y « desde entónces he cuidado de ella. Sírvase Vd., mamá, prosiguió « enternecida, sírvase Vd. encargar esta pobre á mi hermana, y « decirle de mi parte que mi amistad se la deja por manda. Julia le « dará á Vd. las señas de su casa, y yo le suplico que se las envíe « mañana á mi hermana. » No pude responderle sino con lágrimas, y ella me besó la mano con tal ternura que me penetró el alma... Á este tiempo Zemira, aquella perrita que sabes quiere tanto, quiso subir á su cama, yo la cogí en mis brazos : tu hermana se inclinó para besarla : « ¡Pobre Zemira! dijo; mamá, á Vd. le gustan mucho « los perros, yo se la doy... prométame Vd. guardarla siempre... » Tú sabrás, hija mia, apreciar estos rasgos. ¡Próxima á dejarlo todo, acordarse de todo y no olvidar nada!... Á los veinte y cuatro años, hermosa, feliz, gozando de una reputacion sin mancha, pronta á separarse para siempre de un marido el mas amado, de un hijo idolatrado, de una tia querida, que fué para ella al mismo tiempo una bienhechora generosa y una amable amiga[1]... ¡En fin, consumando un

[1] Madama de Montesson.

sacrificio tan doloroso, conservar una humanidad tan tierna! ¡Ocupándose en el virtuoso cuidado de asegurar la suerte de una infeliz que no tiene mas apoyo que ella; al dejarte por manda esa pobre mujer, emplearse tambien en unas frioleras que á cualquiera otra se le pasarian con la mas ligera enfermedad; acordarse hasta de su perra!. . ¡Ah! ¿Quién será capaz de no admirar una bondad tan próvida, un valor tan heroico?... Á Dios, hija mia : te envío el único consuelo que puedo ofrecerte en este instante, que es las señas de la casa de la pobre mujer, y creo te servirá de alivio el verla y cuidarla. »

Al punto que Felicia hubo leido esta carta salió con Pamela, tomó el coche y fué á la calle del arrabal de Santiago, en donde vivia la pobre llamada *madama Busca*, conocida en el barrio por *la santa mujer*. Esta infeliz paralítica tenia las piernas y brazos enteramente secos. Los dedos dislocados estaban encogidos y contrahechos. Su



rostro no tenia nada de horrible, pero estaba del todo seco y pálido. No podia ni levantar, ni volver la cabeza; teníala inclinada sobre el pecho, y en diez y siete años que hacia que estaba de aquel modo habia no obstante conservado todo su juicio y conocimiento. Hallábase en un cuarto muy aseado y decente, y un eclesiástico de aspecto venerable estaba sentado junto á su cama. Felicia al entrar dijo que era la cuñada de Alejandrina. Al oirla la pobre mujer exclamó llorando : ¡Ah señora, qué ángel tiene Vd. por cuñada! Es muy jóven, y con todo hace once años que es todo mi consuelo... ¡Si Vd. supiese, señora, cuánto ha hecho por mí!... — ¿Venia

muy á menudo á verla á Vd.? — Ántes de casarse, como no podia salir del convento, me hacia llevar tres veces á la semana al locutorio : entónces pedia permiso para pasar la reja, á fin de estar conmigo en el mismo cuarto, y me traia mi almuerzo, que ella misma habia compuesto. Como yo no puedo servirme de mis manos, ella me lo daba, ¡pero con qué bondad! ¡con qué cariño!... En fin, Señora, el mayor castigo que su aya podia darle era decir : *Mañana no dará Vd. de comer á madama Busca; yo sola la serviré.* Al punto se quedaba mas humilde que una oveja. Siempre me honraba llamándome su madre, y queria que yo la llamase hija : cuando yo veia que su aya no estaba contenta con ella la llamaba *señorita*. Al instante empezaba á llorar, é iba corriendo á pedir perdon á su aya... Vds. lloran, señoras, prosiguió la pobre mujer, ¡qué seria, pues, si les dijese lo que ha hecho por mí despues de casada! ¡Una señora jóven y hermosa como ella, venir á encerrarse cada dos ó tres dias horas enteras con una pobre paralítica!... Siempre me traia ropa, frutas ó dulces, y muchas veces me leia algun capítulo del Evangelio... Ya sabe Vd., señora, qué bien canta; un dia la rogué que cantase algo. Yo no sé, me dijo, sino canciones mundanas que no gustarán á mi madre; pero aprenderé para darle gusto alguna cosa buena. En efecto, de allí á cuatro ó cinco dias vino á cantarme varios villancicos bellísimos : en verdad, señora, que me parecia que estaba oyendo á un ángel... Otra vez hizo traer su arpa, y estuvo tocando aquí mas de dos horas... Pero no es esto lo mas, señora; ya ve Vd. el estado en que estoy, es menester que sepa tambien que todos mis miembros están tan doloridos como disformes, y que no se pasan siete dias sin sentir terribles convulsiones... Si no fuera, señora, para hacerla á Vd. conocer su digna hermana, no me atreveria á decir... — ¡Ah! diga Vd., interrumpió Felicia llorando, diga Vd. cuanto guste... — Pues bien, señora, replicó la mujer, la caridad de aquel ángel es tal, que no hay servicios que no me haya obligado á recibir de ella. Diré, por ejemplo, ya que Vd. me lo manda, que no se me pueden cortar las uñas sin hacerme padecer grandes dolores, á ménos de no tener mucha maña para ello : pues aun este cuidado se habia tomado sobre sí... Vd. habrá visto sus manos tan blancas y delicadas; pero no sabe que aquellas manos tan pulidas lavaban cada semana los piés de una pobre enferma... Despues de haber dicho esto calló la mujer,

y volvieron á correr sus lágrimas. No estaban Felicia y Pamela en estado de hablar. De allí á poco entró una muchacha, y preguntó á la enferma si mandaba algo; esta le respondió que no, dándole gracias, y la muchacha se fué. Entónces el eclesiástico, que estaba siempre á la cabecera de la cama, tomó la palabra, y dirigiéndose á Felicia, le dijo : Vd. sabrá con gusto que esta muchacha que acaba de salir es la hija de una de las vecinas de madama Busca, y las demas son igualmente serviciales y atentas. La una viene á hacerle compañía, la otra compone su cuarto, otra se encarga de traerle luz y lumbre; en fin, señora, parece que el espíritu de caridad de su respetable cuñada de Vd. anima todas las personas que habitan en esta casa. Es cierto que el ejemplo de aquella jóven y virtuosa señora ha contribuido no poco á acrecentar la actividad de un zelo tan laudable... — ¡Ah, dijo Felicia, qué admiracion tan útil saco de aquí!... En efecto, señora, replicó el eclesiástico, lo que Vd. acaba de oir, y el objeto que tiene á la vista son dignos de inspirarle semejantes sentimientos... ¡Si Vd. conociese del todo la piedad, la sublime resignacion de esta pobre mujer!... No le ha dicho sino parte de sus males : su cuerpo casi seco y sin movimiento está cubierto de llagas y úlceras... — ¡Ah pobre infeliz! exclamó Felicia : pues qué, ¿no habria medio de aliviar sus males? — No, señora; no hay arte humano que pueda mejorar su situacion; pero admírela Vd. tanto mas cuanto no se juzga digna de lástima... — ¿Es posible? — Sí, señora, replicó la mujer : no solo acepto con resignacion estos males pasajeros, sino que tambien los sufro con gusto. ¿Y quién podrá extrañarlo?... ¡Por algunos dolores momentáneos tolerados con paciencia, alcanzar un galardon eterno! Nuestra recompensa será proporcionada á nuestros méritos. ¡Cuánto le debo á Dios que me ha puesto en un estado en que continuamente puedo hacer á sus ojos el mérito de padecer sin quejarme; en una situacion en que nada puede distraerme de su presencia; y en la cual todo me convida á no pensar en nada mas que en la eternidad!.. ¡Oh, y qué gratos me son mis males! ellos han expiado las culpas de mi juventud, han purificado mi corazon, me han desprendido de todos los bienes falsos... Ya el mundo no existe para mí; ya no puede seducirme, corromperme ni perderme : mi alma no habita esta tierra extraña, ya está unida á su Criador... ¡Oh Dios mio! yo te veo, oigo tu voz paternal que me eleva, me fortifica, me manda

someterme sin réplica, y que me ofrece en premio una corona inmortal!... ¡Buen Dios! ¡Con qué gozo, con qué contento te obedezco! ¡Adoro tu providencia, bendigo mi suerte, y no la trocaria por la mas brillante del universo!...

Hablando así aquella mujer se explicaba con igual afecto y vehemencia : su voz no anunciaba el estado de debilidad y abatimiento á que la habian reducido los males : sus ojos, naturalmente apagados, brillaban entónces con un fuego extraordinario. Felicia y Pamela la contemplaban y escuchaban como arrebatadas.

¿Hubiera Vd. podido creer, señora, dijo entónces el eclesiástico, que en semejante estado fuese posible tenerse por dichosa? ¿Qué seria de esta mujer, que bendice su suerte, sin la religion? ¡Qué grande seria el horror de su situacion si dudase de las verdades eternas de que está penetrada! ¡Ah! ¿Qué podria responderle el ateista bárbaro é insensato que intentase seducirla cuando le dijese : « Quieres quitarme el único bien que me queda, y de que puedo gozar; quieres sepultarme en la mas espantosa desesperacion... ¡Mira, oh inhumano, mira mis males; contempla mi valor, mi paciencia, mi resignacion; admira la paz y sosiego de mi alma, y horrorízate de tu abominable intento! »

Convino Felicia en lo justo de esta reflexion; despues se despidió de la enferma, y se fué con ánimo de visitarla todas las veces que sus ocupaciones y deberes se lo permitiesen. La *santa mujer* y Alejandrina fueron el asunto de las conversaciones de Felicia y Pamela en el resto del dia. ¿Cómo es posible, decia Pamela, que nunca nos haya hablado mi tia de esta mujer? — Eso es, replicó Felicia, lo que debe admirarnos mas; tal es el carácter de la verdadera virtud. Cuando el motivo de una buena accion es la razon solamente, entónces hay deseo de envanecerse con el esfuerzo que cuesta; pero cuando nace de un corazon inclinado al bien, en vez de admirarnos de nosotros mismos, nos decimos : ninguna alabanza merezco; solo he seguido mi inclinacion y los impulsos de la caridad... Siempre que un avaro se resuelve á hacer un regalo, notarás con qué pompa y publicidad lo ejecuta, y esto prueba lo poco acostumbrado que está á tales acciones, y la vanidad que le causa. En efecto, le son tan penosas que es justo disimularle el necio orgullo que manifiesta. Advierte por el contrário la noble sencillez con que una persona generosa sabe dar. Así es, que las almas comunes se envanecen con

sus buenas obras, porque les son penosas; pero las almas grandes están exentas de este orgullo por su misma elevacion, y por la sublime inclinacion que las lleva á todo lo que es decente y virtuoso. — Esta reflexion, dijo Pamela, deberia hacer amar la modestia, ó á lo ménos obligar á los que no la tienen á ocultar con cuidado su orgullo, y á no alabarse nunca de lo bueno que han hecho, puesto que lo contrário solo sirve de manifestar la pequeñez de su alma, y su poca inclinacion á la virtud.

Pocos dias despues de esta conversacion recibió Felicia la triste nueva de la muerte de una cuñada que siempre habia amado con extremo, y que, con lo que habia sabido de la *santa mujer*, amaba aun mucho mas. Aunque estaba prevenida tres meses ántes, su dolor tuvo toda la fuerza que causa una desgracia inopinada. Fué á ver á la *santa mujer;* tuvo el triste consuelo de llorar con ella, y de oir un elogio fúnebre digno de las virtudes de Alejandrina.

Pamela quiso reemplazar á esta virtuosa señora en el cuidado de la pobre, sirviéndola del mismo modo, y yendo á verla dos veces á la semana. Cerca de un año habia que desempeñaba la dulce obligacion que se habia impuesto, cuando una mañana que estaba con la *santa mujer*, y que de rodillas delante de ella le lavaba los piés, de improviso se abrió la puerta del cuarto, y entró un hombre, al parecer de edad de cincuenta años, y de presencia noble y respetable : este, despues de haber dado algunos pasos, se paró mirando atentamente la escena que tenia presente. Pamela, puesta de rodillas, tenia sobre las suyas las piernas secas de la pobre mujer, y las enjugaba; tenia en esta postura la cabeza inclinada, y sus largos cabellos sueltos y sin órden ocultaban la mayor parte de su rostro... Al ruido que hizo el incógnito levantó la cabeza; luego que le vió se alteró, y su rostro se cubrió de un virtuoso pudor que hacia mayor su belleza, y daba mas valor á la accion en que se ocupaba. Volviéndose Pamela á una criada inglesa que la habia acompañado, la riñó un poco el descuido de no haber cerrado la puerta. No bien hubo dejado de hablar cuando el incógnito exclamó en inglés : *¡Gracias al cielo, este ángel es paisana mia!*... La admiracion de Pamela fué extrema, y su turbacion igual al ver al incógnito acercarse, tomar una silla, y sentarse con mucha gravedad enfrente de ella. En tanto que se apresuraba á envolver las piernas de la pobre para irse, el incógnito volvió á hablar, y le dijo : ¡Oh celestial criatura!

el que no ha contemplado este cuadro no puede tener sino una idea imperfecta de la impresion que pueden producir la juventud y la belleza... Despues de esta exclamacion dejó de hablar el incógnito mirando atentamente á Pamela. Estaba tan absorto en sus cavilaciones que no echaba de ver el empacho y turbacion que la causaba su presencia. Finalmente, Pamela se levantó, se despidió de la mujer, y despues al pasar por delante del incógnito le hizo una gran cortesía, y salió apresuradamente dejándole solo con la *santa mujer*. A pocos dias despues de este suceso volvió Pamela á verla, y esta le dijo que el incógnito habia estado cerca de una hora con ella, y que le habia hecho mil preguntas acerca de Pamela; que habia querido saber su nombre, y el de la persona que la habia educado. Aquella misma noche recibió Felicia una esquela que enseñó á Pamela, y cuyo contenido era el siguiente :

« Señora : Pronto á volver á Inglaterra no puedo determinarme á partir sin ofrecerme á las órdenes de la persona generosa que se ha dignado adoptar una huérfana inglesa. La amable Pamela hace demasiado honor á su patria y á la educacion que á Vd. debe, para dejar de inspirar el mas vivo interes en el pecho de un inglés que no es indigno de disfrutar de la dicha de contemplar de cerca la virtud. Tengo cincuenta años, y por tanto puedo decir sin rodeos, que el espectáculo que presencié hace algunos dias ha hecho en mi corazon una impresion indeleble. Jamas se borrará de mi memoria la imágen de la hermosa Pamela de rodillas y lavando los piés de aquella desventurada paralítica. He sabido que tenia en Inglaterra parientes que rehusaban reconocerla : dígnese Vd., señora, fiarme el secreto de su nacimiento, y por mi parte le ofrezco los servicios del padre mas amante.

« Quedo de Vd. con el mayor respeto, etc.

« Carlos Aresby. »

¡Ah mamá, exclamó Pamela luego que hubo leido la esquela, no vea Vd. á ese inglés. Vd. es todo para mí : no procure, pues, darme á conocer á unos parientes que me han abandonado : soy suya, ¿qué me falta, pues, para ser feliz?... — Pero, hija mia, replicó Felicia, si supieses quién eres tendrias nombre y lograrias tu colocacion... — Vd. me da el dulce nombre de hija, y me permite que le consagre

mi vida, ¿qué le falta á mi dicha? — Deja que reciba á ese inglés; confieso que su admiracion hácia mi Pamela me hace entrar en ganas de conocerle : sabe apreciarte, ¡qué mayor mérito para conmigo! pero te prometo no decirle nunca tu nombre sin tu consentimiento. Con esta condicion convino Pamela en la visita del inglés, y á la mañana siguiente Sir Aresby se presentó en casa de Felicia. Pasados los primeros cumplidos renovó sus ofertas, y suplicó encarecidamente á Felicia le confiase el nombre de la familia de Pamela. Felicia le dijo sin rodeos que Pamela misma se oponia á esta confidencia. Sir Aresby suspiró : Me es muy sensible, dijo, perder la esperanza de serle útil. Á lo ménos, replicó Pamela, no dude Vd. de mi agradecimiento. No puedo considerar sin espanto la menor mudanza en mi suerte, puesto que hallo en el amor de mi querida y generosa bienhechora la felicidad que colma todos los deseos de mi corazon, pero no por eso soy ménos agradecida á las bondades que Vd. me manifiesta. Enternecido sir Aresby miró á Pamela, y despues encaminando sus razones á Felicia, le dijo : Yo partiré al fin de esta semana, ¿podré esperar, señora, que Vd. me permita escribirle de cuando en cuando?... Felicia interrumpió á sir Aresby para prometerle que le escribiria, y pedirle la direccion de sus cartas. No vivo en Lóndres, replicó este; hago viajes muy á menudo; pero si Vd. quiere, señora, dirigirme sus cartas á Lóndres con el sobrescrito á madama Selwin, no hay duda que llegarán á mis manos. Al oir este nombre de Selwin, Felicia se alteró, y Pamela se turbó enteramente. Sir Aresby, que miraba á Felicia, lo advirtió, y le preguntó si madama Selwin tenia la fortuna de ser su conocida. Al ménos conozco su nombre, respondió Felicia. — Pues ese nombre, replicó sir Aresby, es el mio... — ¿Cómo?... — Sí, señora; le dejé al casarme con una heredera, cuya mano no podia obtenerse sin tomar el nombre de su familia : diez años hace que soy viudo, y no tengo hijos... — ¿Tenia Vd. un hermano? preguntó Felicia con sumo sobresalto. — Dos he tenido y los he perdido; madama Selwin es viuda del segundo, y el tercero... ¡ah señora! aquel infeliz, ciego y descaminado por una pasion funesta desconoció la autoridad paternal... fué desheredado... el arrepentimiento y el pesar acortaron sus dias... nuestro desgraciado padre le siguió al sepulcro. Yo estaba entónces ausente; un nuevo enlace de contratiempos me obligó á prolongar mis viajes, y no volví á Inglaterra sino al cabo

de cuatro años. Supe la muerte de la viuda de mi hermano; supe asimismo que habia dejado una hija, y determiné buscar esta criatura y adoptarla. La criada en cuyo poder habia quedado la niña acababa de morir; pero su marido me dijo que sabia de ella misma que la desventurada huerfanita habia sobrevivido poco tiempo á su madre: este hombre añadió que no habia visto á su mujer sino seis meses despues de la muerte de mi cuñada, y que entónces ya no vivia la niña... Al decir esto advirtió sir Aresby que Pamela procuraba en vano ocultar las lágrimas que la bañaban el rostro. Admirado de su agitacion y palidez la considera con sobresalto. Felicia, tan turbada como Pamela, tenia una mano de esta entre las suyas, estrechándola amorosamente... De improviso enajenada Pamela se levanta, y adelantándose con pasos trémulos hácia sir Aresby : Sí, dijo, debo darme á conocer al hermano de mi padre... ¡Justo cielo! exclama sir Aresby precipitándose á ella. Pamela sobrecogida do un espanto que no puede vencer, se hace atras, y se arroja en los brazos de Felicia. ¡Oh madre mia! dijo derramando dos fuentes de lágrimas, ¡bienhechora mia! ¡De Vd. sola soy, guarde Vd. su hija, no la abandone!... ¡Cediendo el derecho que tiene en mí, me dará la muerte!...



Al decir esto Pamela, deja caer su cabeza sobre el pecho de Felicia, cierra los ojos, y queda desmayada. Al verla en tal estado, fuera de sí Felicia baña con lágrimas el rostro de Pamela, y da voces pidiendo socorro. En breve recobra Pamela sus sentidos, abre los

ojos, y Aresby tomando una de sus manos : ¡Oh, Pamela! le dice, desecha esos vanos temores que me agravian. No tengo ni el derecho, ni el inhumano deseo de arrancarte de entre los brazos de tu bienhechora; debes consagrarle todos los instantes de tu vida!... ¡Ah! si es cierto que seas aquella niña, aquella infeliz Selwin, cuya pérdida he llorado tanto, no hallarás en mí sino un amigo, un padre amoroso, incapaz de exigir de ti el menor sacrificio... Estas razones llenaron de gozo el corazon de Pamela; abrazó á Felicia fuera de sí, y expresó á su tio su gozo y agradecimiento con aquella gracia y aquella sensibilidad expresiva que la caracterizaban. Felicia fué á buscar un cofrecito que contenia las pruebas del nacimiento de Pamela. Leyó sir Aresby algunas cartas y otros diferentes papeles que la criada de miss Selwin habia entregado á Felicia. Como esta mujer habia recibido algunos regalos de Felicia, fácilmente comprendieron que para no partirlos con su marido, habia supuesto la muerte de la niña, segura por otra parte de que la jóven Selwin jamas volveria á Inglaterra.

Colmados todos los deseos de sir Aresby al encontrar á su sobrina en aquella misma jóven, cuyas virtudes habian hecho en su corazon tanta impresion, quiso que tomase su nombre al punto mismo : poco tiempo despues movido del tierno afecto que profesaba á Pamela se estableció en Francia. La hermosa y sensible Pamela supo merecer sus beneficios con su cariño y su agradecimiento : nunca se separó de Felicia, siendo la mas dulce y grata de sus obligaciones el cuidado de hacerla feliz.

Habiendo dejado de hablar la Marquesa de Clemira, hizo la Baronesa la señal de retirarse. No obstante, como no era tarde se obtuvo una prolongacion de la velada. Se hicieron algunas reflexiones acerca de la historia de Pamela; se admiró el carácter de la heroína, sobre todo su sensibilidad, y todos convinieron en que el agradecimiento es la mas amable de todas las virtudes. No se cansaban de hablar de la virtuosa Alejandrina : se notó que su ejemplo habia inspirado á Pamela aquella especie de admiracion que caracteriza á las almas grandes, aquella que excita el deseo de imitar una conducta sublime. Finalmente se admiró, tanto la feliz influencia que habia tenido en la suerte de Pamela su beneficencia para con la mujer paralítica, como el poder de la religion que sabe dar una virtud tan sólida, un valor incontrastable, y los únicos consuelos que

pueden hacer tolerar con paciencia por espacio de diez y ocho años el cúmulo de las miserias humanas.

De allí á pocos dias tuvo la Marquesa de Clemira el gusto de ver que las historias de las veladas, y el ejemplo de Sidonia habian hecho mucho efecto en el corazon de sus hijos, porque habiendo sabido Carolina y Pulqueria que en una aldea inmediata se hallaba una mujer de parto, determinaron hacer ellas mismas las envolturas para la criatura. César, ayudado del cestero de Champcery, se encargó de dar las cestas y excusabarajas en que debia llevarse la ropa destinada al niño, y quiso hacer, con la ayuda del carpintero, un armario grande para la madre. La Marquesa aprobó estos proyectos : hizo recoger toda la ropa blanca vieja que habia en la casa, y entregarla á Carolina y Pulqueria, que al punto emprendieron su obra con mucho ardor. No era menor el de César, Agustin y Morel para concluir el armario. Luego que todo estuvo finalizado, los carpinteros y costureras pidieron permiso para llevar ellos mismos aquel regalo á la pobre aldeana. Vengo en ello, dijo su madre, ¿pero cómo lo haréis? De aquí á la aldea hay lo ménos média legua... — Mamá, si Vd. me lo permite iré con mi armario en un carro. — Con mucho gusto... — ¡Ah! mamá, exclamó Pulqueria, denos Vd. licencia para que llevemos las envolturas montadas en borricos. — Que me place, respondió la Marquesa; yo por mí, que no llevaré sino un poco de dinero, iré á pié, y mañana por la mañana despues de almorzar nos pondremos en camino. Esta disposicion excitó un gozo inexplicable : en efecto, fácilmente se concibe cuán grata es unir con el gusto de hacer una buena accion el de ir en carro y en borricos.

Carolina, Pulqueria, César y Agustin pasaron lo restante del dia con suma agitacion. Los aldeanos que debian dar los borricos y el carro recibieron aquella tarde veinte recados á lo ménos. Carolina y Pulqueria arreglaron las envolturas en dos cestas : se habia repartido así en dos partes para que no se equivocase la labor de la una con la de la otra. Es excusado decir que no se habian olvidado de atar con mucha curiosidad cada paquete de ropa con cintas de color de rosa y azules, y que habia en las cestas por lo ménos tantas cintas como labor. Al dia siguiente todos los niños estaban despiertos ántes de amanecer : esperaron con impaciencia la hora de vestirse : se almorzó de priesa, y finalmente bajaron al patio, en

donde esperaban los burros y el carro, del cual tiraban cuatro bueyes. Carolina y Pulqueria montaron en sus burros con las cestas de las envolturas, llevando cada una por conductora á una muchacha de la aldea que iba á pié al lado de ellas. César subió en el carro, y se sentó sobre su armario con Agustin y Morel : no es posible que un General victorioso en su carro de triunfo tuviese un aspecto mas animoso, ni semblante mas satisfecho. Madama de Clemira acompañada del abate se puso en medio de sus dos hijas para poder hablar con ellas, y con este órden se rompió la marcha. Á pesar del deseo que se tenia de llegar á la aldea no pareció largo el camino : la mas sincera alegría hacia que la conversacion fuese igualmente ruidosa y agradable. Se cantaba, se gritaba con tanta mas libertad cuanto la Marquesa, á quien nunca causó enfado el inocente gozo de la niñez, era la primera que daba el ejemplo. Se podia oir la comitiva mucho tiempo ántes de verla : las risotadas, las canciones y los gritos la anunciaban desde léjos, y varias veces hicieron correr al camino desde los prados inmediatos á las muchachas que hilaban á la sombra de los sauces, y á los pastores que guardaban sus rebaños.



No cesó el alboroto hasta tanto que se descubrió la casa de la aldeana. No obstante, entónces se acrecentó el gozo, pero mudó de

carácter : al regocijo se siguió una dulce conmocion, y cuando se llegó á la puerta de la casa los niños estaban tan callados, como alborotados un medio cuarto de hora ántes. Apéanse todos, dos hombres cargan con el armario, y seguidos de César, de Morel y de Agustin, entran los primeros en la casa. Carolina y Pulqueria se abrazan con sus cestas, y van á ofrecérselas á la aldeana con unos latidos de corazon indecibles. La Marquesa le dió algun dinero, y prometió volverla á ver despues que hubiese parido. Aquella pobre mujer manifestó un gozo y una gratitud tan viva que penetraron á madama de Clemira y á sus hijos.

Al volver á la Quinta no se trató de otra cosa; en lo restante del dia toda la conversacion fué acerca de lo mismo, y la Marquesa dijo á sus hijos : Acordaos de la felicidad y alegría de que habéis disfrutado hoy. ¿Por qué tienen tanto atractivo las pasiones? La causa es porque ocupan vivamente; los hombres prefieren extraviarse, padecer, y aun perderse, á la idea de verse consumidos del tedio; pero las pasiones no dan mas logro que una agitacion penosa, mas fruto que unos placeres que la inquietud corrompe casi siempre, ó que los remordimientos emponzoñan. Solo la virtud es quien nos presenta un manantial inagotable de gustos y felicidades. Tened presente, hijos mios, toda vuestra vida la dulce satisfaccion que habeis sentido al formar el proyecto de socorrer á esa mujer, las conversaciones tan gustosas que acerca de ella habeis tenido, el gusto con que trabajábais para ella, la actividad que os inspiraba aquella agradable ocupacion, la agitacion en que estábais ayer, el instante precioso en que salímos de casa, y el regocijo, fiesta y alboroto en todo el tiempo del camino : acordaos tambien de la conmocion que habeis tenido al descubrir la casita, y el enternecimiento que os penetró al ver á la mujer, y creed firmemente que nunca han producido las pasiones placeres tan vivos y una felicidad tan pura. Ademas de esto, los gustos que las pasiones hacen disfrutar, no son mas que unas ilusiones nocivas y frágiles, que es preciso perder, y que al disiparse dejan en el alma un vacío horroroso, mil recuerdos importunos, y muchas veces amargos arrepentimientos. Vosotros por el contrario, ¡qué satisfaccion interior tan grande experimentáis! ¡qué dulce memoria os queda! ¡qué alabanzas tan lisonjeras habeis sabido merecer!

Al decir estas palabras los tres niños se arrojaron en los brazos

de su madre, protestándole que estaban íntimamente persuadidos de la verdad de sus reflexiones, y que creian firmemente que no podian ser felices sin su ternura y la práctica de la virtud. César suplicó despues á su madre que le concediese un favor : le pidió permiso para sacar de pila con una de sus hermanas al niño que pariese la mujer. Aun eres muy niño, le respondió su madre, para ser padrino... — Pero, mamá, yo he visto diez niños mas jóvenes que yo... — Bien lo sé, pero no puedo aprobar semejante abuso; porque en fin, ser padrino de una criatura es en algun modo adoptarla, y esta clase de adopcion es tanto mas respetable cuanto la religion es quien la consagra. — Dígame Vd., pues, mamá, cuáles son las obligaciones de los padrinos, y yo le prometo cumplirlas exactamente. — El padrino se obliga á proteger la criatura á la cual se pone uno de sus nombres : se obliga á encargarse de su colocacion, á sacarla de la miseria si se hallase en ella; y finalmente á darle cuantos socorros haya menester. — ¡Ah! mamá, ahora tengo muchas mas ganas de ser padrino, puesto que me obligará á hacer buenas acciones... — Pues bien, lo serás... — ¿Y quién de nosotras será la madrina? preguntaron á un tiempo Carolina y Pulqueria. Este honor, replicó su madre, se debe á la mayor; pero yo te prometo, Pulqueria, que tambien serás madrina el verano próximo. Con esta promesa todos quedaron contentos, y para que nada faltase á la satisfaccion que se habia logrado en aquel agradable dia, la Baronesa contó aquella misma noche la historia siguiente.

OLIMPIA Y TEOFILO

Aun se ve hoy dia cerca de las riberas del Vézera, á lo último del Lemosin, una antigua casa de campo tan solamente notable por su antigüedad y por la belleza de su situacion, rodeada de prados cubiertos de ganados; está edificada sobre la loma de una colina, desde la cual se descubre el rio y la bonita ciudad de Uzerche en perspectiva, formando

á esta distancia una vista tan singular como grata[1]. En esta soledad fué donde el Baron de Soligni, viudo ya de algunos años, se ocupaba en la educacion de un hijo único y querido.



Habia pasado el Baron su juventud en el mundo : naturalmente ambicioso, la necesidad, mucho mas que su inclinacion, le habia apartado de él, porque habiendo disipado la mayor parte de sus bienes y perdido las brillantes esperanzas que tanto tiempo le habian alucinado, se habia resuelto en fin á retirarse á su casa. No obstante, echaba ménos, como á pesar suyo, el gran mundo, aunque no hablaba de él sino para censurarlo : reputaba su despecho por filosofía; se creia desengañado, pero solo estaba abatido y desanimado. Mas con todo, tenia sensibilidad, amaba á su hijo, y Teófilo (que este era su nombre) hubiera sido digno por las virtudes que prometia de servir de todo á su padre, y de hacer su vida feliz. El Baron tenia por amiga íntima á una de sus vecinas llamada Eufrasia. Teófilo, que veia casi todos los dias á la jóven Olimpia, sobrina de Eufrasia, le tomó una inclinacion que su padre vió nacer

[1] La pequeña ciudad de Uzerche está edificada sobre un peñasco escarpado, al pié del cual pasa el Vézera; se nota en esta ciudad que ningun vecino deja de tener vistas al rio en su casa ó jardin, y que cada casa mirada de léjos parece ser una fortaleza antigua con sus almenas y torreones cubiertos de pizarras. Dista esta ciudad ciento y nueve leguas de Paris.

de su madre, protestándole que estaban íntimamente persuadidos de la verdad de sus reflexiones, y que creian firmemente que no podian ser felices sin su ternura y la práctica de la virtud. César suplicó despues á su madre que le concediese un favor : le pidió permiso para sacar de pila con una de sus hermanas al niño que pariese la mujer. Aun eres muy niño, le respondió su madre, para ser padrino... — Pero, mamá, yo he visto diez niños mas jóvenes que yo... — Bien lo sé, pero no puedo aprobar semejante abuso; porque en fin, ser padrino de una criatura es en algun modo adoptarla, y esta clase de adopcion es tanto mas respetable cuanto la religion es quien la consagra. — Dígame Vd., pues, mamá, cuáles son las obligaciones de los padrinos, y yo le prometo cumplirlas exactamente. — El padrino se obliga á proteger la criatura á la cual se pone uno de sus nombres : se obliga á encargarse de su colocacion, á sacarla de la miseria si se hallase en ella; y finalmente á darle cuantos socorros haya menester. — ¡Ah! mamá, ahora tengo muchas mas ganas de ser padrino, puesto que me obligará á hacer buenas acciones... — Pues bien, lo serás... — ¿Y quién de nosotras será la madrina? preguntaron á un tiempo Carolina y Pulqueria. Este honor, replicó su madre, se debe á la mayor; pero yo te prometo, Pulqueria, que tambien serás madrina el verano próximo. Con esta promesa todos quedaron contentos, y para que nada faltase á la satisfaccion que se habia logrado en aquel agradable dia, la Baronesa contó aquella misma noche la historia siguiente.

OLIMPIA Y TEOFILO

Aun se ve hoy dia cerca de las riberas del Vézera, á lo último del Lemosin, una antigua casa de campo tan solamente notable por su antigüedad y por la belleza de su situacion, rodeada de prados cubiertos de ganados; está edificada sobre la loma de una colina, desde la cual se descubre el rio y la bonita ciudad de Uzerche en perspectiva, formando

á esta distancia una vista tan singular como grata[1]. En esta soledad fué donde el Baron de Soligni, viudo ya de algunos años, se ocupaba en la educacion de un hijo único y querido.



Habia pasado el Baron su juventud en el mundo : naturalmente ambicioso, la necesidad, mucho mas que su inclinacion, le habia apartado de él, porque habiendo disipado la mayor parte de sus bienes y perdido las brillantes esperanzas que tanto tiempo le habian alucinado, se habia resuelto en fin á retirarse á su casa. No obstante, echaba ménos, como á pesar suyo, el gran mundo, aunque no hablaba de él sino para censurarlo : reputaba su despecho por filosofía; se creia desengañado, pero solo estaba abatido y desanimado. Mas con todo, tenia sensibilidad, amaba á su hijo, y Teófilo (que este era su nombre) hubiera sido digno por las virtudes que prometia de servir de todo á su padre, y de hacer su vida feliz. El Baron tenia por amiga íntima á una de sus vecinas llamada Eufrasia. Teófilo, que veia casi todos los dias á la jóven Olimpia, sobrina de Eufrasia, le tomó una inclinacion que su padre vió nacer

[1] La pequeña ciudad de Uzerche está edificada sobre un peñasco escarpado, al pié del cual pasa el Vézera; se nota en esta ciudad que ningun vecino deja de tener vistas al rio en su casa ó jardin, y que cada casa mirada de léjos parece ser una fortaleza antigua con sus almenas y torreones cubiertos de pizarras. Dista esta ciudad ciento y nueve leguas de Paris.

con gusto. Era Olimpia huérfana y sin bienes, pero Eufrasia no tenia heredero forzoso, y el Baron no ignoraba que estaba determinada á dejar toda su hacienda á su sobrina. Olimpia tenia dos años ménos que Teófilo : luego que hubo cumplido diez y seis, el Baron declaró á Eufrasia sus ideas, y aquel mismo dia Olimpia y Teófilo supieron que su casamiento estaba concertado. De allí á quince dias se firmó el contrato. Eufrasia se obligó gustosa á dejar todos sus bienes á una sobrina que habia criado, y que amaba en extremo.

Lleno de gozo esperaba Teófilo con la mayor impaciencia el dia señalado para su casamiento. Era amado, y lo sabia, porque en presencia de su padre y de Eufrasia habia obtenido de Olimpia esta declaracion tan precisa para su ventura.

Llegó finalmente la víspera del dia feliz en que Teófilo y la amable Olimpia debian unirse para siempre; aquel mismo dia cayó mala Eufrasia, y al quinto de su enfermedad recibió el Baron una carta de Paris, en que le decian que un pariente muy remoto, aunque de su mismo nombre, acababa de morir, despues de haber hecho un testamento, por el cual le nombraba su heredero universal. Este suceso, que hacia al Baron dueño de una fortuna cuantiosa, le obligaba á marchar sin dilacion á Paris. Era imposible hacer el casamiento de Olimpia y de Teófilo ántes de su marcha, porque Eufrasia estaba delirando desde dos dias ántes, y así no podia firmar los artículos. Precisado Teófilo á acompañar á su padre manifestó un dolor tan grande y verdadero, que el Baron para consolarle suplicó á la triste Olimpia que le escribiese. Un padre, añadió, se lo suplica á Vd. y se lo pide por su esposo. Olimpia llorando prometió darles noticias de su tia, y por su parte el Baron se obligó á no detenerse en Paris mas que seis semanas, y marchó aquel mismo dia con Teófilo.

Llegado á Paris tomó el Baron posesion de una magnífica casa y de una rica herencia. Presto se llenó aquella de una turba *de amigos íntimos* que en doce años no se habian acordado de él. Los primeros dias se decia el Baron : *mis riquezas y una buena mesa son los motivos que hacen venir esta tropa de viles desertores;* pero en breve tiempo el amor propio supo persuadirle, que solo á su mérito debia las pruebas de cariño y atencion que le tributaban. Teófilo metido de improviso en un mundo tan nuevo para él, no disfrutaba de ninguno de los placeres que á porfía se le ofrecian. Pensando

solo en Olimpia esperaba con viva impaciencia el efecto de sus promesas : le habia prometido escribirle, y no obstante no llegaba aquella carta tan deseada. Recibió finalmente el Baron noticias del Lemosin : le decian que Eufrasia habia muerto sin volver en su acuerdo y sin haber hecho testamento, por lo cual la infeliz Olimpia se hallaba reducida á una corta pension apénas suficiente para su subsistencia, y que se habia retirado á Tulle[1] en un convento. Luego que Teófilo supo esta noticia suplicó encarecidamente á su padre concluyese lo mas breve que le fuese posible sus negocios para volver al Limosin, añadiendo que las desgracias de Olimpia hacian que la amase mucho mas. El Baron manifestó aprobar su pensamiento, y le prometió apresurar la partida. Al punto escribió Teófilo á Olimpia una carta llena de amor y de respeto, y la acababa prometiéndole que ántes de un mes estaria otra vez á sus piés. No habia extrañado Teófilo que Olimpia en los primeros instantes de su dolor no le hubiese escrito; pero quince dias despues de este acontecimiento, no teniendo noticia de Olimpia, se entregó á las mas crueles inquietudes. El Baron le consolaba un poco, asegurándole que iba á finalizar todos sus asuntos. Un dia que Teófilo, mas afligido que nunca, estaba solo encerrado en su cuarto, entró el Baron, y sentándose junto á él con rostro grave : Acabo de recibir, le dijo, noticias de Olimpia. Al oir estas palabras Teófilo, enajenado de gozo quiere tomar una carta que su padre tenia en la mano. Espera un poco, dijo el Baron, modera esa impaciencia; las noticias que te he de dar no son nada gustosas... — ¡Oh cielos! ¿está mala Olimpia? — No, goza de cabal salud; pero ya no es digna de tu amor... — ¡Ella! ¡Olimpia! No, no : es imposible... — Oye lo que me escribe un hombre respetable, y cuya probidad te es notoria. Diciendo esto el Baron enseña á su hijo la letra y firma de un caballero del Lemosin, cuyo testimonio en efecto no le podia ser sospechoso. Despues leyó el Baron el artículo de la carta concerniente á Olimpia, que decia así :

« Puesto que me pregunta Vd. la verdad con tanta confianza, debo decírsela sin disfraz alguno. Confieso que la señorita por quien Vd. me pregunta se porta con una imprudencia muy dañosa á su

[1] Ciudad considerable del bajo Lemosin, situada en parte sobre una montaña en el confluente de los rios Salant y Corezo en un país lleno de montañas y precipicios : dista ciento y catorce leguas de Paris.

reputacion. Cuando murió su tia tomó la prudente determinacion de retirarse á un convento; pero ha salido de él al cabo de quince dias para ir á vivir en casa de una de sus amigas con quien se trataba en Uzerche, la cual casada dos años hace, vive en una posesion que tiene en las inmediaciones de Tulle. La tal no tiene veinte años, y por desgracia ha sido el objeto de varias historias escandalosas, por lo que no tiene muy buena fama : tiene ademas un hermano, muchacho presuntuoso, cuya compañía no puede convenir á una señorita que ama su reputacion. Pero todo esto no debe tenerse por delito grave : nadie duda que la sobrina de la virtuosa Eufrasia tenga buenos principios y sólidas virtudes. Su inconsiderado proceder se atribuye á su inocencia misma, á la falta de experiencia, y al culpable abandono de su tutor que la deja dueña absoluta de todas sus acciones; pero si Vd. escribe acerca de esto, estoy cierto que al punto cederá á las justas representaciones que puede hacerle por razon del mutuo enlace que está para concluirse, y todo estará remediado si la señorita vuelve prontamente á su convento, porque puedo asegurarle á Vd. que hasta ahora no se ha visto en su conducta mas que un poco de ligereza y una imprudencia muy digna de excusa en su edad. »

Esta carta destrozó el corazon de Teófilo : sobresaltado, turbado por los zelos veia un rival peligroso en el hermano de la amiga de Olimpia. No obstante, disimuló la inquietud que le devoraba, y afectó manifestar la mayor confianza. Aun no es todo lo que has visto, le dijo su padre; la carta que acabas de leer es de un hombre circunspecto, y que no dice todo lo que sabe. Aquí hay otra de mi mayordomo que se explica sin rodeos, y que me avisa que tienes un rival; que Olimpia no puede ignorar una pasion conocida de todos, que la autoriza permaneciendo en casa de su amiga; y en fin, que el hermano de esta se ha alabado públicamente de que Olimpia le habia sacrificado todas tus cartas. Es un impostor, exclamó Teófilo : jamas creeré que Olimpia sea capaz de semejante perfidia... Es inconstante, replicó con serenidad el Baron, pero no es pérfida; no quiere engañarte : no ha respondido ni á tus cartas ni á las mias, este silencio explica bastantemente su mudanza... No, interrumpió Teófilo, no me engañarán falsas apariencias... Olimpia está inocente... la calumnian; yo debo vengarla : déjeme Vd. marchar, padre mio, yo me muero aquí, permítame que vaya

á explicarme con ella; quiero oirla, quiero castigar al atrevido... al monstruo que se atreve á manchar su reputacion.

En tanto que así hablaba, el infeliz Teófilo derramaba un mar de lágrimas : el exceso de su dolor hacia patente el furor de sus zelos. Su padre, que leia fácilmente todo lo que pasaba en su alma, manifestó tenerle lástima y enternecerse. Enviemos, le dijo, un propio á Tulle, llevará tu carta y esperará la respuesta. Si esta respuesta no te satisface, entónces te permitiré que vayas; solo esto te pido. Teófilo vino en ello, aunque de mala gana. Al punto escribió la carta mas circunstanciada; en ella instruia á Olimpia de todo cuanto se decia en contra suya. Una palabra sola, le decia, puede justificarla á Vd. : quédese si gusta en casa de su amiga, pero dígnese decirme que está pronta á cumplir la sagrada promesa que nos liga, y seré el mas feliz de los hombres.

Aprobó el Baron esta carta, y al punto la hizo marchar. En fin, aquel correo, cuya vuelta esperaba Teófilo con tanta impaciencia, aquel correo depositario de su destino volvió al cabo de ocho dias. Iba á acostarse Teófilo cuando oye un látigo de posta : se estremece, y vuela al cuarto de su padre. De allí á un instante entra el propio en el cuarto. ¿Y bien, le dice Teófilo, traes respuesta? — Sí, señor. — Dámela pues. — Señor, no es para Vd... — ¿Pues cómo? — Es para el señor Baron. Entónces entrega el correo al Baron una caja y una carta, y se va. ¿Qué significa esto? dijo el Baron como admirado... ¿qué contendrá esta caja? No respondia Teófilo, inmóvil y trémulo no se atrevia á decir á su padre que abriese la carta. Rompe el Baron el sobrescrito, ábrela, y lee en voz baja. Teófilo, fijos los ojos en el rostro de su padre, se estremece al ver el espanto é indignacion que manifestaba. ¡Oh cielos! exclama con voz interrumpida, ¿qué le dice á Vd.? — ¡Ay, hijo mio, ármate de valor! ¡Mas qué digo! No le necesitarás; ¿acaso podrias llorar un objeto tan despreciable?... Á estas palabras Teófilo casi mortal se deja caer en una silla, y tomando la esquela fatal que su padre le presenta, se le arrasan los ojos en lágrimas al conocer la letra y firma de Olimpia. ¿Pero quién podrá expresar lo que sintió al leer lo siguiente?

« Puesto que ahora se me deja la libertad de disponer de mí misma, debo declarar á Vd. sin rodeos, que sola la obediencia me

obligaba á formar un lazo que no hubiera podido hacerme feliz. Esta declaracion nos deja libres á entrambos. Devuelvo á Vd. los regalos que mi querida y respetable tia me mandó aceptar...

« Quedo de Vd. con el mayor respeto y veneracion, etc.

« Olimpia. »



Leida esta carta Teófilo estuvo callando un gran rato, y despues mirando á su padre, como fuera de juicio : Yo me vengaré, exclamó, sí, yo me vengaré... — ¿De qué modo? — ¿De qué modo? ¡Justo cielo! ¡Tengo un rival, morirá á mis manos!... — Sin duda tienes un rival amado, ¿pero qué te importa? ¿No debes despreciar y olvidar para siempre una mujer indigna de ti? — Sí, yo la desprecio, la aborrezco, la olvidaré sin trabajo; seria en efecto el hombre mas vil si le conservase el menor cariño... ¡Ah traidora, bajo de un rostro tan divino, con aquel aire de inocencia y de candor ocultar un alma tan falsa!... — Vuelvo á decirte que no te engaña; no te ama y lo dice sin disfraz. . — Pero me amaba, me lo ha dicho... Padre mio, yo estoy cierto de que me amaba... la han seducido, la han engañado, quizas ella misma se engaña en lo que escribe : ¡Ah, si yo pudiese verla y hablarle!... ¡Déjeme Vd. ir á que la vea y la oiga!... — Toma, insensato, esa carta, vuélvela á leer, y avergüénzate de una pasion que en adelante no puede sino

envilecerte. — ¡Oh padre mio! yo estoy loco, no sé dónde estoy, téngame Vd. lástima, guíeme y no me abandone.

Toda la noche la pasaron juntos el Baron y el desventurado Teófilo. Este no se acostó sino al amanecer, pero no halló en la cama el sueño ni el descanso, y todo aquel dia y noche se mantuvo solo en su cuarto, á causa de tener el Baron gentes á cenar. Al dia siguiente se vió á solas con su padre, y prometiéndole olvidar á Olimpia no hablaba sino de ella. Unas veces la pintaba con los coloridos de un monstruo digno de todo su odio, otras procuraba disculparla, y queria conservarle á lo ménos un resto de estimacion.

Pero en efecto, mamá, interrumpió Carolina, yo no hallo que Olimpia sea despreciable : si es cierto que nunca habia querido á Teófilo no se la podia tachar de inconstancia; ademas Olimpia habia quedado pobre, Teófilo se hallaba rico, y con todo Olimpia no queria casarse porque no creia poderle hacer feliz; este proceder me parece noble. — Suponiendo que Olimpia no hubiese nunca querido á Teófilo (cosa que no me parece que está muy probada), ¿no le habia ya dicho que le amaba? ¿no habia recibido su palabra y prometido unirse á él?... — Es cierto; pero dice que su tia la habia obligado á ello. — Puesto que se habia podido determinar á casarse con Teófilo por obediencia, hubiera debido despues de muerta su tia persistir en esta resolucion por respeto á su palabra. En fin, si Teófilo la habia inspirado una aversion insuperable, ¿por qué no se lo decia á su tia? ¿ó por qué no le pidió tiempo, ó bien declarádole que no podia consentir en aquella union? No estaba bajo de la autoridad sagrada de una madre, circunstancia que hubiera hecho mas excusable su resistencia. — Es verdad, ahora comienzo á comprender que habia hecho mal... — Tened presente sobre todo que no hay cosa que pueda dispensarnos nunca de cumplir la palabra que hemos dado. Esta frase *mi promesa no ha sido voluntaria*, es una excusa que la conciencia desmiente, y de que nunca se ha valido la probidad. Sabeis que vuestra palabra debe ser inviolable, que no podeis faltar á ella sin deshonraros; preferid, pues, si es preciso, la muerte á la infamia de quebrantarla. En una palabra, si el temor ó amenazas os arrancan una promesa, no hagáis mayor esta cobardía añadiéndole la indeleble mancha del perjurio; pero volvamos á Teófilo.

No omitia su padre medio alguno para distraerle de su pena. Le

llevaba á menudo á casa de la Condesa de Lisbé, en donde se juntaba una lucida concurrencia. Tenia la Condesa una hija de edad de diez y siete años, cuya hermosura y gracias alababa el Baron continuamente. Sin embargo, la Condesita de Lisbé no era bonita; pero el sumo cuidado que ponia en adornarse, manifestaba el vivo deseo que tenia de parecerlo. Hablaba mucho, reia á menudo, bailaba bien, se sabia ademas que tenia maestros de todas clases; todo esto era mas que suficiente para que los amigos de la casa dijesen que la Condesita *era bonita, amable, y un conjunto de atractivos y habilidades*. Pero Teófilo estaba léjos de pensar así; parecíale afectada, llena de presuncion y muy coqueta; estaba sumamente cansado de su risa violenta y de sus monadas, pareciéndole sobre todo inaguantable cuando se acordaba como á pesar suyo de la agradable conversacion y gracias naturales de Olimpia.

A fines del invierno entró Teófilo en el regimiento del hermano de la Condesita, y siguió á su coronel al regimiento. Al cabo de cinco meses volvió á Paris; su padre notó en él la misma melancolía; no obstante, advirtió con gusto que ya no hablaba de Olimpia. Habia ya cerca de un año que habian salido del Lemosin. Á los ocho dias despues de su vuelta del regimiento, el Baron se encerró á solas con él en su cuarto, y le dió parte de la intencion que tenia de casarle, añadiendo que deseaba lo efectuase con la Condesita de Lisbé. Respondióle Teófilo sin rodeos que tenia una repugnancia invencible al casamiento, y ademas particular aversion á la Condesita. El Baron le refirió con prolija ponderacion todas las ventajas del brillante enlace que le proponia. Teófilo le escuchó con indiferencia, y respondió que no conocia otra ambicion mas que la de distinguirse en el servicio. Enfadóse entónces el Baron, declarando que habia ya dado su palabra á la familia de la Condesita. Teófilo sorprendido y afligido pidió algun tiempo para determinarse á formar una union tan contraria á su inclinacion; no pudo obtener mas que ocho dias. Gran parte de aquella noche pasó reflexionando sobre su suerte. Se acordó de todos los elogios que el Baron daba tanto tiempo hacia á la Condesita: su estrecha amistad con la familia de esta jóven, amistad anterior con mucho al tiempo en que el Baron recibió la carta de Olimpia: trajo á la memoria otras muchas circunstancias que le persuadieron que la conducta del Baron habia sido artificiosa, y que habia formado el proyecto de casarle con la

Condesita, en el mismo tiempo en que al parecer queria efectuarlo con Olimpia. Mil confusas sospechas se presentaron de golpe á su imaginacion: discurrió que no era imposible que hubiesen extraviado sus cartas, y quizas las de Olimpia, y que en fin le hubiesen malquistado con ella por medio de alguna impostura igual á la que imaginaba que habian empleado contra ella.

No se entregó sin escrúpulo á estas ideas tan ofensivas á su padre; pero cada nueva reflexion les daba mayor fuerza; y no pudiendo tolerar semejante incertidumbre, tomó el partido de marchar secretamente la noche siguiente á Lemosin, y tener una conferencia con Olimpia misma. Ignoraba absolutamente su paradero: seis meses habia que ni aun su nombre se habia atrevido á pronunciar: se horrorizaba al pensar que quizas la hallaria ya casada; pero no fué suficiente este cruel temor para detenerle. Al dia siguiente supo ocultar á su padre su agitacion y sobresalto; confió parte de su secreto á uno de sus amigos, quien le dió uno de sus criados para que le acompañase, y á las dos de la mañana salió de su casa sin ser visto: montó á caballo y tomó la posta para el Lemosin.

Fué derecho á Tulle, adonde llegó á los tres dias al poner del sol. Tomó un cuarto en una posada, y temblando hizo varias preguntas á la huéspeda acerca de Olimpia; supo con inexplicable gozo que no estaba casada, pero lo demas que le refirió la huéspeda minoró gran parte de esta alegría. Díjole que nadie dudaba que Olimpia hubiese amado al hermano de su amiga; que habia estado ocho meses en casa de esta; y que en fin, no habiendo querido el jóven á quien habia sacrificado el casamiento mas ventajoso casarse con ella, desesperada se habia determinado á volver á su convento, pero que no habiéndola querido admitir las religiosas, se habia ido á Uzerche, y se habia refugiado en casa de su tutor, que vivia en una hacienda inmediata á la ciudad; que este último paso acababa de perderla en el concepto del público, porque su tutor no era casado; que se reputaba por hombre sin principios y de mala conducta, y que tenia en su casa á una mujer de mala vida con quien vivia Olimpia en estrecha amistad. Á pesar de estas crueles noticias persistió Teófilo en la resolucion de ver á Olimpia, y al punto marchó á Uzerche.

Hizo que le guiasen á la casa de campo del tutor de Olimpia. Dejó los caballos y el criado en un meson del lugar; se envolvió en

un capote, se puso un sombrero gacho, y se encaminó á la casa de campo con una turbacion que es imposible decir. Á la puerta de la casa le dijeron que el amo de ella estaba ausente habia ya mas de seis semanas, y que no habia en ella mas que madama Rocher (que era la mujer de quien habia hablado la huéspeda) y Olimpia. Esto era á las ocho de la noche; atravesó Teófilo un patio muy oscuro, y encontró á una criada que le guió al cuarto de Olimpia. Su turbacion era tal, que apénas podia tenerse en pié, y sin embargo del vivo deseo que tenia de ver á Olimpia, no le pesó no hallarla en su cuarto á fin de poder respirar un instante. La criada, á quien no quiso decir su nombre, salió para irla á avisar, y Teófilo quedó solo. No pudo mirar sin enternecerse los objetos que le rodeaban: el clave de Olimpia, su escribanía, su tocador, y sobre todo su canario encerrado en una jaula. Al instante conoció á aquel pajarito que él mismo habia dado á Olimpia la víspera del dia en que se separaron. ¡Pues qué, pobre animalito, exclamó Teófilo, eras cosa mia, y no obstante Olimpia te ha podido guardar! Diciendo estas palabras Teófilo enternecido abrió como á pesar suyo la jaula, sacó el pajarito y se lo metió en el pecho. Aleteando el canario contra el corazon palpitante de Teófilo, pronunció claramente estas palabras[1]: *amo á Teófilo*, las cuales penetraron el alma de este, de manera que enajenado y fuera de acuerdo no se atrevia á creer lo que habia oido, cuando el pájaro repitió otras dos veces seguidas *yo amo á Teófilo*.... ¡Ah, ya no me es posible dudarlo, exclamó Teófilo! ¡Pues qué, Olimpia es quien ha dictado estas dulces palabras! ¡Cuántas veces habrá tenido que repetirlas para enseñárselas á esta avecita, y pensaba (ay de mí) que yo nunca las oiria!... ¡Olimpia, amada Olimpia, eres fiel á tu primer amor, eres inocente!... ¡Sin duda me crees culpado, y no obstante aun me amas! ¡Conservas este pajarito, y te dignas de escucharle! Diciendo estas palabras Teófilo besaba enajenado de gozo el canario, y este, á quien no se le habia enseñado mas que una sola frase, correspondia á las caricias de Teófilo, batiendo las alitas y repitiendo á cada instante *yo amo á Teófilo*.

De improviso oye Teófilo pasos y se estremece todo; no puede

[1] Aunque no es muy comun que hablen los canarios, con todo no es imposible, y esto basta para descargo de la autora: véase lo que dice en la palabra *canario* el primer tomo de la Enciclopedia traducida al castellano.

desconocer las ligeras pisadas de Olimpia, aun le parece que oye el ruido que al andar hacia su vestido... Se arroja á la puerta: esta se abre, entra Olimpia, y Teófilo se precipita á sus piés. El canario se escapa de entre las manos de Teófilo, y vuela sobre el hombro de su ama, pronunciando el nombre de Teófilo: prorrumpe Olimpia en un grito penetrante, y quiere huir; Teófilo la detiene. Olim-



pia pálida y temblando se deja caer sobre una silla; casi desmayada no tiene fuerza para proferir una sola palabra. Teófilo siempre á sus piés, no puede explicarse sino con lágrimas. Solo el pajarito conserva la facultad de hablar, y gozoso de volver á ver á su ama, repite mil veces su leccion... Turbada Olimpia, confusa é igualmente irritada rompe en fin el silencio, y con voz interrumpida le dice: Á nadie sino á mí debe Vd. creer: debo aborrecerle, despreciarle; he debido olvidarle... — ¡Olimpia, amada Olimpia, dígnese Vd. de oirme!... Estoy libre, siempre soy fiel, nos han engañado á uno y á otro; esta preciosa avecita acaba de hacerme conocer mi error. Escuche Vd. tambien mi justificacion... — Pero ¿cómo podrá Vd. excusarse de no haber respondido á mis cartas?... — ¡Sus cartas de Vd.! Ni una sola he recibido, y la he enviado mas de veinte...

Estas palabras acabaron de disipar las dudas de Olimpia: tenia demasiada inocencia y candor para no ser fácil de persuadir. No pudo reprimir sus lágrimas, y levantando los ojos al cielo dijo:

¡Ah Teófilo! puesto que siempre es Vd. el mismo, no me quejaré ya mas de las traiciones y perfidias que he experimentado. Estas pocas palabras hicieron á Teófilo el hombre mas feliz del mundo. Despues de haberle manifestado su alegría y agradecimiento, refirió cuanto le habia sucedido. Olimpia le escuchó con igual admiracion y enternecimiento, y despues tomando la palabra le dijo, que destituida de guia y de consejos, no habia creido hacer una accion contraria á su reputacion cediendo á las instancias de su amiga, que la solicitaba á fin de que fuese á vivir con ella; que en su casa, siempre encerrada en su cuarto con su canario, no habia recibido mas visita que la de uno de sus parientes, el cual bajo el velo de la compasion y amistad ocultaba los mas viles designios; que habia puesto alguna confianza en este hombre, y le habia descubierto la pena que experimentaba en no recibir noticias de Teófilo; que en fin, aquel pérfido confidente le habia dicho que Teófilo no la amaba ya, y que estaba enamorado de la Condesita de Lisbé. Me enseñó, prosiguió Olimpia, varias cartas de su padre de Vd. que acabaron de hacerme ver, que solo el honor podria determinarle á cumplir la palabra que me habia dado. No dudé entónces en quebrar con Vd. para siempre, y demasiado vana para dejarle ver las penas de mi corazon, le escribí la carta que ha leido. Entregada á la pena, y creyendo aborrecer á Vd., este pajarito me era odioso : no podia escuchar sin enfado las mismas palabras que con tanto gusto le habia enseñado. Una tarde abrí la ventana y le eché á volar. Despues de haberle sacrificado de este modo, á pesar mio le echaba de ménos : esto me causaba vergüenza; pero persuadiéndome á mí misma que no le apreciaba mas que por él solamente, me levanté á media noche, abrí la ventana y le llamé mil veces : fué en vano, no volvió, y yo pasé lo restante de la noche llorándole. Apénas comenzaba á rayar el dia bajé al jardin : me siento, y prosigo con mi llanto; de improviso oigo una vocecita quejosa que pronunciaba muy quedo *Teófilo*... ¡Imagínese Vd. cuál fué mi gozo! Este ha sido, Teófilo, el único movimiento de alegría que he tenido en su ausencia de Vd.... Hallé á mi pobre pajarito sobre un rosal : habia padecido; estaba espantado, temblando, y cubierto el rosal de las plumas que habia perdido. Cogíle y le cuidé, determinada á guardarle hasta que supiese de cierto su casamiento de Vd. Estaba muy resuelta á no volver á ver á Vd.; pero al mismo tiempo que renunciaba nuestra union, no podia persuadirme que Teófilo fuese capaz de formar otra. Me decia á mí misma : tendrá remordimientos que no le permitirán casarse con la que ha preferido á mí : nunca le perdonaré, seré inflexible; pero puedo guardar mi canario, él nunca lo sabrá; oculto mi canario á la vista de todos, yo sola le oiré hablar... Tales fueron las razones que me obligaron á quedarme con mi querido pajarito.

Seis meses estuve en casa de mi amiga. En este tiempo el indigno confidente que yo habia elegido, me propuso si queria casarme con él; esta oferta me le hizo con razon sospechoso. Le dije que no volviese á verme : para vengarse me hizo saber que mi reputacion estaba mal parada; que la persona en cuya casa vivia habia perdido la suya, y que se me imputaba que amaba á su hermano. Estos avisos tardíos me parecieron calumnias. Con todo, examiné cuidadosamente la conducta de mi amiga, y á poco tiempo conocí ser cierto cuanto me habian dicho. Resolví volver á Tulle al convento de donde me habia salido con tanta imprudencia. Las monjas mal informadas rehusaron admitirme. Humillada, vendida, abandonada y apoyada solamente en mi inocencia vine á este lugar á pedir á mi tutor me aconsejase. No era mi intento pedirle que me diese un asilo, pues no era decente que yo estuviese en casa de un hombre soltero, pero fuí mas feliz de lo que esperaba. Al llegar aquí hallé á mi tutor pronto á emprender un viaje de dos meses; me presentó á una señora parienta suya que ha padecido grandes desgracias, y que vive en esta casa por algun tiempo. Madama Rocher (que este es su nombre) me parece tan amable como virtuosa; me ha referido su historia, que seria asunto de una excelente novela; en fin, cuento permanecer aquí todo el tiempo que ella se esté.

Dejó de hablar Olimpia, y Teófilo tan enternecido como conmovido estuvo algun tiempo sin responder, y despues arrojando un suspiro, le dijo : ¡Ah! no debemos atribuir nuestras desgracias á otra cosa mas que á esa inocencia, á ese candor que la caracterizan á Vd.... Esas virtudes angélicas han dado armas á la calumnia para denigrarla; ellas son la venda fatal que la ciega á Vd... ¿Cree Vd. que está en un asilo decente y seguro?... — ¿Pues qué?... — Esa mujer que estima Vd. tanto, es una infame ramera... — ¡Justo Dios!... — Lo que de ella he sabido en Tulle me ha sido confirmado de nuevo en este lugar...

¡Oh tia mia! exclamó Olimpia deshecha en lágrimas, no he sentido al perderte, sino el dolor que inspira el afecto mas tierno y una justa gratitud, pero no comprendia ni conocia como ahora lo sumo de mi desgracia! ¡Insensata! no sabia lo precisa que me era una guia... ¡Oh cielos! ¿Cómo es posible con intenciones tan puras perder la reputacion y el honor? ¿Es, pues, imposible que el amor á la virtud supla por la experiencia?... — ¡Tranquilícese Vd. en nombre de Dios! Considere que nuestros males se acabaron, puesto que nos hemos desengañado. El vínculo que nos une es el mas sagrado, el mas santo... — Pero su padre de Vd. quiere deshacerlo, ha interceptado mis cartas y las de Vd. aun ántes que hablasen mal de mí... — Ha querido, no lo dude Vd., acrisolar nuestro amor; despues se ha creido de algunos relatos falsos, y este error justificado por las falsas apariencias, es la mejor excusa de su conducta. Pero cuando sepa todo lo que Vd. me ha dicho, con solo el lance del canario, le verá Vd. sin duda alguna venir á pedirle que se efectúe esta union que el agradecimiento, el honor y el amor me hacen tan preciosa.'

Fácilmente se cree lo que se desea, mayormente á la edad de diez y siete años. No dudó Olimpia que el Baron conociendo su error no se abrasase en vivos deseos de reparar su injusticia. Tranquila ya sobre lo venidero, no pensó sino en lo presente. No queria estar mas en casa de su tutor; ¿pero qué asilo buscaria en tanto que Teófilo volvia á verse con su padre? No conocia mas que á dos ó tres antiguos amigos de su tia, á quienes no habia visto desde su muerte, y que preocupados contra ella rehusarian recibirla : en Uzerche no habia convento; determinóse finalmente á ir al dia siguiente á Brives[1], y entrarse en uno esperando en él las noticias de Teófilo, el cual tambien volveria el mismo dia á Paris. Teófilo obtuvo de Olimpia que le recibiria aun el dia siguiente, y que no se separarian hasta haber concertado de comun acuerdo las medidas que habian de tomar.

Teófilo de vuelta á su posada tuvo una mala noticia : su lacayo le dijo que habia visto andar al rededor de la casa cuatro ó cinco hombres al parecer disfrazados, y que habian hecho muchas preguntas á la huéspeda. Apénas acababa de decir esto el criado, cuando Teófilo oyó ruido en la escalera. ¡Sin duda, exclamó, vienen á prenderme! Diciendo esto echa mano á dos pistolas que tenia prevenidas, y se adelanta hácia la puerta. En aquel instante ve entrar al apoderado que tenia su padre en Paris. Dumont, le dijo, ¿viene Vd. á buscarme de parte de mi padre? — Sí, señor, respondió Dumont algo turbado al ver las pistolas. — ¿Y tiene Vd. intencion de llevarme por fuerza?... — Yo, señor... espero que la obediencia que Vd. debe á su padre... pero no debo ocultarle á Vd. que traigo una órden del rey... — Con una órden de mi padre bastaba, y puesto que quiere que vuelva con Vd., volveré; pero declaro que no marcharé sin haber vuelto á ver á la persona por quien he venido... — Pero, señor... — No hay que poner dificultades, que no escucho... — La órden que traigo manda que marche Vd. al punto... — Una obligacion sagrada me detiene aquí algunas horas... Es preciso que yo vuelva á la quinta. Ahora son las once, las puertas estarán cerradas y todos se habrán acostado; no quiero despertar á nadie, ni alborotar la casa; por consiguiente pasaré la noche aquí en la misma situacion en que estoy. Al amanecer iré á la quinta, estaré en ella una hora á lo ménos, y despues le seguiré á Vd... — El señor Baron llevará muy á mal... — Espero que me oirá, y se dignará de admitir mi disculpa : yo salgo á todo. Puede Vd. si quiere esperarme en este cuarto : no tengo intencion de huir de Vd. y aun le doy mi palabra de honor de no intentarlo.

Viendo Dumont que Teófilo estaba enteramente resuelto á no marchar sino al dia siguiente, y á no dejar sus pistolas, convino en esperarle y se retiró á un cuarto inmediato. El resto de la noche lo pasó Teófilo paseándose en el suyo, y pensando en la conversacion que habia de tener con Olimpia. Luego que amaneció llamó á Dumont, y le propuso si queria seguirle hasta las puertas de la quinta; Dumont le hizo algunas reconvenciones, pero hubo de ceder al ver la entereza de Teófilo. Acompañado de dos hombres le siguió á lo léjos, haciéndole prometer que no se estaria mas que una hora con Olimpia. Al llegar á la quinta supo Teófilo que Olimpia acababa de salir : la quinta estaba distante un cuarto de legua de la iglesia en donde descansaban las cenizas de Eufrasia; el dia ántes habia convenido Olimpia con Teófilo que á las diez se verian, y que inmediatamente marcharia á Brives; en consecuencia habia querido ántes

[1] Ciudad llamada *la Gallarda* por la bella situacion de que goza : dista ciento y diez y ocho leguas de Paris.

de apartarse de Uzerche regar con su postrer llanto el sepulcro de su tia.

Teófilo sale inmediatamente de la quinta, y á pesar de la repugnancia de Dumont va á buscar á Olimpia. Al entrar en la iglesia se detuvo á la puerta para contemplarla sola en medio del coro, y arrodillada sobre la sepultura de Eufrasia. Su postura, la santidad del lugar y la vista de aquella misma iglesia, en la cual, á no haber muerto Eufrasia, hubiera Teófilo recibido la mano de Olimpia, causaron una conmocion inexplicable en su pecho. Teófilo se adelantó hácia Olimpia : al ruido de sus pisadas levantó esta la cabeza, y le muestra su rostro bañado en llanto. Acércase Teófilo, y se arroja de rodillas á su lado. Admirada Olimpia de verle, y sobre todo movida de la alteracion que notaba en su semblante, le mira con sobresalto y terror. Teófilo tomando una de sus manos, y estrechándola fuertemente entre las suyas, exclamó : ¡Oh respetable Eufrasia! ¡Ah, si vivieras, aquí mismo hubiera yo recibido esta mano querida que me habias prometido! ¡En este sitio un juramento sagrado hubiera unido para siempre á Olimpia y á Teófilo!... Pero á lo ménos se hará la misma promesa en este sitio... Sí, Olimpia, yo juro ser tuyo miéntras viva, pongo por testigo al Ser Supremo que



nos oye y que lee en mi corazon... — No mas, exclama la trémula Olimpia, no mas, Teófilo, tema Vd. ¡infeliz de mí! tema Vd. hacer un juramento temerario... — Porque es inviolable le hago con gusto... — ¿Y si su padre de Vd. le reprueba? — No tiene derecho para hacerlo. ¿Podrá acaso querer romper un lazo que él mismo ha formado?... Si es cierto, Olimpia, que Vd. me ama, dígnese darme una prueba de ello; prométame Vd. unir su suerte á la mia en esta misma iglesia, en la cual habian determinado nuestros parientes unirnos. Delante de este altar en donde debí recibir su preciosa mano, y en fin sobre el sepulcro de la que le sirvió de madre, y que la mandó me aceptase por su esposo... — ¡Ah! ¿qué pretende Vd.? le dijo Olimpia. ¿Por ventura podemos disponer de nosotros mismos?... Diciendo estas palabras quiso Olimpia retirar su mano trémula, que Teófilo tenia entre las suyas... ¿Olimpia, exclamó Teófilo, quiere Vd. abandonarme, ó pretende olvidarme?... Tema Vd., pues, mi despecho y desesperacion... El tono con que profirió estas palabras hizo estremecer á Olimpia; perdió el color, y mirando á Teófilo con temor y encogimiento : Pues bien, dijo en voz baja, yo me obligo con los mismos juramentos que Vd. acaba de hacer... Á estas palabras juntando Teófilo las manos dió gracias con los términos mas afectuosos al cielo y á la triste Olimpia, la cual siempre pálida, inquieta y turbada con funestos presentimientos, y con los ojos clavados sobre el sepulcro participaba de los afectos de Teófilo sin poder gozar de la alegría que él experimentaba.

Entrando á este tiempo el sacristan en la iglesia, Teófilo suplicó á Olimpia le concediese un rato de conversacion en casa del cura, que vivia al lado de la iglesia, y Olimpia convino en ello. Entónces Teófilo le dió parte de la llegada de Dumont; esta nueva la consternó. ¡Ah Teófilo, exclamó vertiendo un mar de lágrimas, qué juramento me ha hecho Vd. hacer, y en qué ocasion! cuando su padre irritado le llama para mandarle que me olvide... — Olvidar, interrumpió Teófilo, no, ya es Vd. mia, la muerte solo puede separarnos... — Deseche Vd., amada Olimpia, esos temores que ultrajan á mi padre; cuando sepa lo que ha pasado, cuando el amor, el honor y la verdad la habrán á Vd. justificado por mi boca, sé que aprobará mi amor : me quiere, no es bárbaro, no es inhumano, ni vil... — Pero es ambicioso. — ¿Y podrá mas en su pecho la ambicion que la justicia y la naturaleza?... Estoy cierto de obtener su consentimiento; lo único que temo es alguna dilacion, pero Vd. puede disipar todas mis inquietudes. — ¿Y cómo? — Atreviéndose á seguirme á Paris... — ¡Qué dice Vd.!... — Esta proposicion no puede ofender ni á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decencia, ni á su pundonor de Vd., no yendo juntos... — ¿Y cuál seria mi asilo en Paris? — Yo puedo disponer de la casa de uno de mis amigos... — ¡Cómo! ¡vivir en casa de un hombre, y hombre sin duda de su edad de Vd.!... Eso no, jamas... Teófilo, para acabarla de determinar, se permitió faltar en algo á la verdad : pintó á Derval como una persona de mucho juicio y de edad madura, y aseguró que era igualmente respetable por su experiencia y por su genio. Ademas, añadió, que Vd. no le verá, no estará en su casa, y al cabo de veinte y cuatro horas habré yo encontrado un cuarto en un convento. En fin, yo no puedo resolverme á dejarla á Vd. aquí; demasiado me ha costado el estar separados. Nada tendrá mi padre que oponer á lo que yo le diga, pero no nos volvamos á exponer á ser víctimas de algun nuevo artificio. ¡Oh amada Olimpia, siga Vd. á su esposo, siga Vd. al hombre feliz con quien el mas santo de los juramentos la une, para que pueda presentarse en el mismo instante en que yo alcance el consentimiento de mi padre, y que sea imposible engañarnos ó hallar pretextos para diferir nuestra union! — ¡Ah! dijo Olimpia, ¿qué se han hecho todas mis resoluciones? Esta noche pensando en Vd. me afligia de que mi indiscreto pajarito le hubiese hecho conocer los sentimientos que yo debia ocultar; me arrepentia de haberle escuchado tanto tiempo; me determinaba á no verle á Vd. hoy, y á marcharme ántes de la hora en que habíamos convenido. ¡Pero ay de mí, en la iglesia misma donde Vd. me ha encontrado, al pié del altar en donde poco ántes prometí á Dios sacrificar, si era preciso, una inclinacion desgraciada, mi boca ha proferido el imprudente juramento que Vd. me ha dictado!... ¿y ahora quiere Vd. que le siga, y que vaya á exponerme á los desprecios y repulsas de su padre, que me desconoce?... — No quiere Vd. acordarse que está mal informado, y que yo le desengañaré... hágale Vd. mas justicia : Vd. le verá pedirla perdon, no lo dude... en fin ya no es Vd. dueña de sí misma; estamos unidos con un vínculo que no puede romperle ningun poder humano. ¡No nos separemos mas!... Los instantes son preciosos... me están esperando, y es preciso que nos separemos... me voy desesperado si no quiere Vd. seguirme... — ¡Pues qué, exclamó dolorosamente Olimpia, no me deja Vd. ni aun el tiempo preciso para reflexionar sobre las consecuencias de una accion tan temeraria!... ¡Ah Teófilo, Vd. abusa de mi condescendencia!...

No pudo proseguir Olimpia; las lágrimas le embargaron la voz. Reiteró Teófilo sus instancias, y por fin obtuvo la promesa que solicitaba tan vivamente. Olimpia tomó las señas de la casa adonde debia ir á apearse en Paris con un nombre fingido. Prometió llorando marchar al dia siguiente : entónces Teófilo, colmados sus deseos, fué á juntarse con Dumont, y subiendo con él en una silla de posta que los esperaba, al punto tomaron el camino de Paris. Iba Teófilo muy contento, no imaginando posible que su padre desaprobase lo que habia hecho despues que lo hubiese oido; pero al paso que se acercaba á Paris, se disminuian sus esperanzas; se acordaba con temor de la ambicion y artificiosa conducta de su padre. Las dudas, los temores é inquietudes iban ocupando insensiblemente el lugar de la confianza, y llegó á Paris en un estado de abatimiento, que distaba poco de la desesperacion. Eran las nueve de la noche cuando llegó á su casa.

El recibimiento que le hicieron los criados le dió á entender bastantemente la indignacion de su padre; no vió sino rostros tristes ó severos. Unos le examinaban con maligna curiosidad; otros al mirarle se encogian de hombros, otros en fin se detenian para dejarle pasar bajando la vista con aire triste y consternado. Ninguno le habló. Luego que subió la escalera encontró á un antiguo ayuda de cámara del Baron, que le entregó una esquela con mucho misterio. Quiso Teófilo entrar en el cuarto de su padre : No señor, le dijo el ayuda de cámara con aspereza, hoy no puede Vd. verle... — ¿Pues qué, mi padre se niega á oirme?... — Esa esquela... — ¡Ah, perdido soy! exclamó Teófilo. Diciendo estas palabras se encaminó á su cuarto, y en él abrió temblando la esquela del Baron, que contenia estas palabras :

« Un ingrato, un rebelde no es ya mi hijo : no volveré á verte, ni tendrás libertad hasta que me hayas prometido formalmente por escrito una obediencia sin límites. »

Despues de haber leido Teófilo esta formidable sentencia, se quedó algun tiempo inmóvil como si le hubiese herido un rayo; despues valiéndose de todo su ánimo, dijo : Pues bien, estaré preso; pero una dolorosa reflexion aniquiló en breve su valor. Dentro de dos dias debia llegar Olimpia : ¿qué pensaria no viendo á Teófilo? No obstante, como habia imaginado que quizas no podria ir al instante á prevenir á Derval (así se llamaba el amigo á cuya casa debia

ir á parar Olimpia), el lacayo de este que habia ido con Teófilo estaba encargado de entregarle una carta que contenia las circunstancias del favor que le pedia. En ella hacia saber Teófilo á Derval, sin nombrar á Olimpia, que una señorita con el nombre supuesto de madama de Forlis llegaria dentro de dos dias á su casa, y suplicábale que la hospedase por el tiempo de veinte y cuatro horas solamente. El criado portador de esta carta se habia separado de Teófilo despues de haber entrado en Paris, prometiendo irla á entregar al punto mismo. Cierto de que Olimpia lo hallaria todo pronto en caso que llegase al dia siguiente, se determinó Teófilo á pasar dos dias sin responder á su padre, esperando que esta apariencia de entereza podria obligar al Baron á deponer parte de su severidad, y perdonarle sin imponer condiciones.

Encerrado en su cuarto pasó Teófilo estos dos crueles dias, lisonjeándose á cada instante de que su padre iria á verle, ó le enviaria á llamar : cada vez que un criado entraba para servirle, ó cada vez que abrian la puerta se levantaba temblando ; creia oir la voz de su padre, ó que le traian órden suya para irle á hablar. Á la mitad del segundo dia su agitacion y desasosiego llegaron al extremo; la idea de que Olimpia llegaria verosímilmente aquella misma tarde le despedazaba. Esta era su situacion cuando un nuevo incidente destruyó todas sus irresoluciones. Ofendido el criado que le servia de que hubiese hecho confianza de un criado ajeno, descubrió con grande gozo que el Baron habia hecho prender al que le habia acompañado, y para mortificarle se lo dijo al instante. ¿Y cuándo? preguntó temblando Teófilo... — El dia mismo que Vd. llegó; la órden estaba dada de antemano. Apénas el pobre muchacho se separó de Vd., cuando le echaron el guante y le han puesto á la sombra.

Esta nueva acabó de abatir á Teófilo. Si Olimpia habia llegado, no estando avisado Derval, era fijo que no la habria admitido : ¿qué pensaria, pues, ó qué partido habia de tomar? Ademas, si habian registrado al criado preso, el Baron habria visto la carta que Teófilo escribia á Derval; todas estas reflexiones eran á cual mas dolorosas. Queriendo finalmente Teófilo saber su suerte, se resolvió al único medio que podia volverle la libertad y asegurarle los medios de ofrecer un asilo á Olimpia, ó quizas libertarla de una situacion cruel en caso que ya hubiese llegado. Escribió á su padre; su mano

trémula formó estremeciéndose estas pocas palabras : « Padre mio : yo prometo á Vd. una obediencia ilimitada; pero á lo ménos dígnese Vd. escucharme. » Un instante despues de haber enviado este billete oyó Teófilo llamar á su puerta, y era el ayuda de cámara de su padre que venia á llamarle de su parte.

Pálido, temblando y fuera de sí, aunque muy determinado á fingir, bajá Teófilo al punto mismo al cuarto del Baron, que salió á recibirle, le abrazó, le apretó la mano afectuosamente y le hizo sentar á su lado. Hubo un instante de silencio causado por el mutuo empacho; no obstante, procurando el Baron manifestar un aire desembarazado y contento, dijo : Olvidemos, hijo mio, todo lo pasado : tú me prometes una obediencia sin límites; cuento con ella, y te vuelvo toda mi confianza y amor. Bien sé que la persona que has visto en el Lemosin no habrá excusado medio alguno para seducirte y ponerme mal contigo : te habrá dicho sin duda que he extraviado sus cartas y las tuyas; este es el único artificio de que me he valido; tu interes y el amor que te tengo son mi excusa. Fuera de esto, no he exagerado nada en cuanto te he dicho de una persona, cuya mala conducta la ha hecho indigna de ti. Creo muy bien que habrá sabido persuadirte que está inocente, pero no habrá podido ocultarte que ha perdido su reputacion. La última casa en que ha vivido, su actual amistad con la mas vil de las mujeres acaban de desacreditarla : por tanto, ya sea su conducta efecto de la imprudencia ó del vicio, está deshonrada, y esto basta; esa union seria un oprobio para ti; fuera de que yo no me habia obligado con su tia sino bajo la expresa condicion de que la dejaria por heredera : Eufrasia ha muerto sin dejarle nada, circunstancia que en rigor anula la palabra que yo habia dado.

Á estas razones dictadas por la ambicion, la codicia y mala fe hubiera podido responder Teófilo : que el Baron exageraba los yerros de Olimpia; que su reputacion estaba herida, pero no perdida para siempre; que sus pocos años y la funesta independencia en que se hallaba, hacian inclinar hácia la indulgencia á todas las personas sensatas; que era sobre todo injusto el condenarla sin oirla; que era cosa muy extraña haberla desechado, y suprimido sus cartas aun ántes de que se la pudiese creer culpada : que en cuanto á la falta de bienes, el mismo Baron conocia lo imposible que era alegar esta causa para romper un enlace formado tan públicamente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

y de un modo tan solemne, y para apagar un amor tan arraigado, puesto que en el tiempo de la muerte de Eufrasia no habia hecho mencion alguna de este pretexto de faltar á su palabra, pretexto que las leyes darian tal vez por suficiente, pero que la virtud y el honor, siempre mas severos y delicados que la ley, despreciarian por indigno. Finalmente, que aun suponiendo que Olimpia hubiese heredado de su tia, como no podia haber entónces proporcion alguna entre esta corta herencia y la actual fortuna del Baron, este suceso no daba ni quitaba fuerzas á las miras de interes. Todas estas reflexiones hizo Teófilo; pero viendo que el Baron estaba enteramente resuelto á no ceder, y por otra parte impaciente de estar libre para poder salir é ir volando á casa de Derval, no le respondió cosa alguna, y solo pensó en conocer si el Baron sabia algo de la carta que habia escrito á Derval, y que habia entregado al criado que habia hecho prender; pero en breve perdió el temor tocante á esto.

Encubriendo sus mortales inquietudes, y el pesar mas amargo bajo un aire humilde y sumiso, aseguró Teófilo de nuevo á su padre de su entera obediencia. Entónces le volvió á abrazar el Baron, y un cruel remordimiento hizo conocer á Teófilo cuán horrible es engañar á un padre, aun cuando la injusticia, el artificio y la violencia parece que obligan á ello. Ya sabes, hijo mio, prosiguió el Baron, el empeño en que estoy con la familia de la Condesita de Lisbé; es preciso concluir este asunto sin demora alguna. Estas palabras hicieron estremecer á Teófilo, pero el Baron, manifestando no hacer alto en su turbacion prosiguió : Madama de Lisbé está en Versálles, no volverá hasta pasado mañana; aquella misma noche te presentarás á su hija en calidad de esposo, y al dia siguiente quedaréis desposados. — Padre mio, replicó el infeliz Teófilo, vuelvo á repetir que estoy pronto á obedecer. Esta nueva protesta valió á Teófilo mil elogios que acabaron de llenarle de amargura. Viendo en fin claramente por esta conversacion que el Baron nada sabia de la carta que habia escrito á Derval, tocó el asunto que en aquel instante mas le importaba. ¿Podré salir esta noche? dijo; tengo gran necesidad de distraccion; ¿podré ir á ver á mis amigos? — Como quieras; no te ocultaré sin embargo que haré zelarte los pasos hasta que estés casado, pero eres dueño de salir cuando gustes; solo exijo que sea en coche, y que lleves dos lacayos.

Aprovechóse Teófilo prontamente de un permiso que esperaba con tanta impaciencia. Pero miéntras ponen el coche veamos lo que ocurre en casa de su amigo Derval. Aquel dia habia estado de caza; y habiéndose vuelto á las tres de la tarde tenia convidados á comer á siete ú ocho amigos suyos tan calaveras como él. Esta tertulia tan alegre como de poco juicio debia pasar todo el dia en casa de Derval. Á los postres, cuando ya el vino de Champaña empezaba á calentarles los cascos, entró un criado á decir á Derval que una señora en coche queria entrar en casa. ¿Y cómo se llama? preguntó Derval. — Se llama madama de Forlis. ¡Oh cielos, interrumpió Pulqueria, ese era el nombre supuesto de Olimpia! Justamente, replicó la Marquesa de Clemira; era Olimpia misma, que juzgando que Derval estaria ya avisado, esperaba ser recibida en la casa y permanecer en ella veinte y cuatro horas, en tanto que el grave y respetable Derval (porque así le habia llamado Teófilo) estaria ausente. ¡Madama de Forlis! dijo Derval riéndose, parece nombre de comedia; ¿y qué traza tiene esa señora? — Es muy jóven y muy hermosa... — Que venga, que venga, gritaron á un tiempo todos. — Voy á buscarla, dijo el lacayo; y en efecto se fué.

Olimpia con su silla de posta y con su criada esperaba á la puerta : ve que esta se abre, entra la silla en el patio de la casa, un lacayo sale á recibirla, y la hace subir por una escalera secreta. Olimpia trémula, turbada y cansada del viaje subia apoyada en el brazo de su criada, que la llevaba casi arrastrando. En fin, despues de haber pasado un largo corredor, abre el lacayo una puerta, y se retira : Olimpia y su criada entran por esta puerta fatal, que al punto volvió á cerrarse. Figuraos, si es posible, la turbacion y sobrecogimiento de Olimpia al verse de improviso en medio de una tropa de jóvenes medio embriagados, y de los cuales el mas viejo no tenia veinte y cinco años. Prorumpe en un grito penetrante, quiere huir, pero la detienen y la cercan.

¡Oh cielos, exclama, en dónde estoy! Señores, mi postillon se ha equivocado; yo creia entrar en la casa de un hombre respetable, de Mr. Derval... Este epíteto de *hombre respetable* hizo prorumpir á todos en grandes carcajadas.

Entónces Derval se acercó á ella : no la han engañado á Vd., señora, dijo afectando mucha seriedad, porque yo soy ese Derval. Al oirle Olimpia se quedó petrificada y casi pronta á desmayarse; se

apoyó contra el respaldo de una silla. Pero en efecto, es como una plata, continuó Derval. — *She is a romantic girl indeed*[1], dijo otro que no se habia levantado de la mesa. — Lo cierto es, añadió otro, que su esquivez y monadas falsas ó verdaderas le sientan muy bien... — ¡Oh Catalina, dijo Olimpia medio ahogada, Catalina, sácame de aquí!... — Mucho siento, dijo el que estaba bebiendo, que la confidenta se llame Catalina, ese nombre no es *romantic*... — Venga Vd.,



señorita, dijo la criada, déme Vd. el brazo, y váyanse en hora mala estos tontos. Aquí empezaron de nuevo las risotadas y las burlas. No dejaron de advertir tambien que la *confidenta* llamaba á madama de Forlis *señorita*. Confundida Olimpia y medio muerta hizo un movimiento para escaparse; Derval la detuvo. Vamos, le dijo, ya basta de fingir empachos y temores, háganos Vd. compañia con satisfaccion. Olimpia al oir semejantes razones, oprimida de vergüenza y sobrecogida del terror, sintió que sus piernas no podian sostenerla, y se dejó caer sobre una silla. A este tiempo entra un criado, y dirigiéndose á Derval le dice riendo : Señor, abajo hay un lacayo de madama de Forlis, que trae una maleta, y nos pregunta en qué cuarto debe dormir su ama, porque su ánimo es quedarse aquí. Al oirle, todos se echaron á reir á un tiempo : Hallo en este modo de obrar, dijo Derval, un fondo de alegría y de marcialidad que me encanta, fuera de que este modo de hacer amistades abrevia los

[1] *Es una heroina de Novela*. Expresion muy usada en las novelas inglesas.

cumplimientos y ceremonias. Diciendo esto se sentó junto á Olimpia, y tomándole una mano se la besó. Entónces Olimpia recogió todas sus fuerzas; la indignacion y la cólera vencieron su debilidad y rubor : se levanta, y desasiéndose con ímpetu de entre los brazos de Derval, huye al otro extremo de la sala : halla una puerta, la abre, y sale por ella á una galería; Derval la sigue : Olimpia echa á correr con todas sus fuerzas, y con tal velocidad, que Derval no puede alcanzarla. Viendo Olimpia al extremo de la galería un gabinete entreabierto se mete en él, cierra la puerta, y despues de haber echado el cerrojo se deja caer sobre un canapé, y da libre curso á sus lágrimas. En vano llama Derval diciendo mil locuras; por fin la amenaza que va á echar la puerta abajo : Olimpia se estremece, abre una ventana, pero esta daba sobre el jardin de la casa; no importa, Olimpia despechada se determina á precipitarse en el jardin si Derval consigue abrir la puerta. Ya se disponia á arrojarse, cuando no oyendo mas la voz de Derval se detiene contentándose con sentarse sobre la ventana. De allí á poco, cierta de que Derval no estaba ya en la galería, se imaginó que habia ido á buscar á sus criados para echar la puerta abajo. ¡Oh desventurada Olimpia, exclamó vertiendo un diluvio de lágrimas, á qué punto te han traido tu imprudencia y credulidad! ¡Engañada indignamente, vendida, abandonada, reducida en fin á escoger entre la muerte ó la infamia... ya estoy determinada!... ¡infeliz! ¿qué pierdo perdiendo la vida?... ¡La muerte me librará de la pasion funesta que causa mi tormento y mi oprobio!... ¿Pero qué digo?... ¿quién, yo?... ¿podré amar todavía al pérfido seductor que prometiéndome un asilo decente y seguro me ha hecho venir á esta abominable casa?... No puedo creer que haya tenido el bárbaro intento de exponerme á tantas afrentas, y de perderme : sin duda que algunas razones que ignoro le justifican sobre esto... Pero en fin, él me ha engañado : me habia pintado á ese indigno Derval como un hombre respetable...

Al pronunciar Olimpia estas últimas palabras se estremece y calla, oye pasos en la galería. ¡Oh cielos! exclama poniéndose de rodillas; ¡sin duda van á abrir la puerta! ¡Oh Dios mio, dígnate de perdonar mis culpas! ¡Mi conducta ha sido imprudente, pero mi corazon es puro! Perdonadme, Señor, una resolucion que el honor me inspira. Al acabar Olimpia esta oracion oye pronunciar su nombre, y conoce con inexplicable gozo la voz de su criada que le gri-

taba que abriese la puerta, y que podia hacerlo sin temor; sin embargo aun dudaba Olimpia; entónces Catalina la aseguró que Derval y sus amigos habian salido de la casa. Corre Olimpia á la puerta y la abre : al instante se adelanta con ímpetu un hombre, se arroja á sus piés, y aterrada reconoce á Teófilo. Indignada al verle se retira; sus fuerzas exhaustas la abandonan enteramente y cae desmayada en los brazos de Catalina. Luego que volvió en sí, el primer objeto que advirtió fué á Teófilo llorando de rodillas delante de ella. Olimpia aparta de él la vista, y hablando á Catalina : Sostenme, le dice, salgamos de esta infame casa. Esta le respondió que Derval no estaba ya en ella, y que no volveria hasta que ella se fuese. Pues siendo así, replicó, ahora mismo puede volver. ¿Pues qué, dijo Teófilo en voz baja y tímida, será posible que no quiera Vd. oirme? Apurado el sufrimiento de Olimpia prorumpe en invectivas y dicterios contra Teófilo, el cual consternado la escuchó sin interrumpirla, y luego que hubo cesado de hablar procuró excusarse diciendo, que si la habia engañado acerca de la edad y genio de Derval, habia sido porque el mismo Derval era el único con cuya reserva podia contar; que tenia grandes defectos, pero que era amigo fiel y seguro : despues la suplicó que oyese sin testigos la relacion de todo lo que le habia pasado despues de su vuelta á Paris.

Despues de haberlo resistido mucho tiempo convino Olimpia en que Catalina pasase al cuarto inmediato, y Teófilo, seguro de aplacar el enojo de Olimpia, ya que consentia en oirle, empezó la triste relacion de las persecuciones que habia padecido. No le ocultó cosa alguna, ni aun la palabra formal que habia dado de casarse con la Condesita de Lisbé. Pálida Olimpia al oir esta última circunstancia, no pudo ocultar el sumo dolor que le causó. Pongo al cielo por testigo, prosiguió Teófilo, que jamas hubieran sacado de mi boca este cruel consentimiento desmentido por mi corazon, si no hubiese arriesgado mas que la vida; pero era preciso, ó engañar por entónces á un padre que abusaba de sus derechos, ó perder mi libertad y la ocasion de acudir al amparo de Vd. ¡Ah, y qué léjos estaba yo de imaginar los indignos ultrajes á que se hallaba expuesta; pero con todo, aun sin saberlos, veia que Vd. llegaba á una ciudad no conocida, pidiendo asilo en una casa en que no querrian admitirla; y esta idea fué mas que suficiente para determinarme á fingir por

el pronto, puesto que la mas injusta violencia me obligaba á hacerlo.

No, no, interrumpió Olimpia anegada en el llanto que en vano procuraba reprimir; no, Vd. debe cumplir la promesa que ha hecho a su padre... — Cumpliré la que fué voluntaria. Mi padre en efecto ha recibido de mí una promesa sagrada; me mandó que amase á Vd.; yo se lo juré, y seré fiel á este juramento, el único que debe ser inviolable. — ¿Y cuál es su esperanza de Vd.?... — La de que Vd. cumplirá la solemne promesa que me ha hecho... — ¿Y cómo es posible, cuando Vd. depende de un padre inflexible, y cuando le ha prometido obedecer dentro de tres dias? — Esa dilacion es suficiente para libertarnos de una vez de tan insoportable tiranía... — ¿Cuál es su designio de Vd.? — Sacrificar á mi único dueño mis riquezas, mi estado y mi patria... — ¡Qué dice Vd.! ¡Oh Dios mio! — Digo que huyamos... — Y se atreve Vd. á proponerme... — Si el amor que Vd. me tiene es verdadero no puede negarse á esta proposicion; Vd. me debe su fe; es prenda que me pertenece... no puede dármela sino en un clima extraño; pasemos, pues, á Inglaterra... — ¡Oh Dios mio! interrumpió Olimpia, en qué abismo quiere Vd. precipitarse conmigo! ¿Yo privaria á un padre de su hijo, consintiendo en formar una union ilegítima, contraria á las leyes, y huyendo con Vd. le sacrificaria la decencia, mi reputacion y el honor? ¡Ah, mas quiero morir!... — Pues bien, exclamó Teófilo enfurecido, reciba Vd. mi último á Dios... Olimpia, no puedo vivir sin Vd. y ronunciando á mí, me precipita en un fin desastrado. . Penetrada Olimpia de terror, detuvo al desesperado Teófilo que iba á salirse del cuarto. Oigame Vd., le dijo, cese ya de causarme un espanto que me hiela!... ¡Tenga Vd. compasion del estado en que me ve!... ¿Quiere Vd. que el temor me arranque un funesto consentimiento que nos perderia para siempre? — Solo quiero que considere mi situacion; piense Vd. que dentro de tres dias, si me quedo aquí, me es preciso renunciar á lo que amo, casarme con quien aborrezco, ó verme privado de la libertad. Ya sabe Vd. que mi padre ha obtenido órden del rey... ¿Y qué sería entónces de mi Olimpia? Privada del único amigo que le queda en el mundo, expuesta á las bárbaras persecuciones del odio y de la venganza... ¡Ah! huyamos; evitemos tantos horrores!... Todo lo tengo prevenido; mi proyecto está hecho y es infalible. Abandonando nuestra

patria no lloraremos las riquezas que dejamos, ni tampoco tendremos que temer la pobreza; en fin puedo sin faltar al honor librarla á Vd. y librarme de tantos males... No perdamos tiempo : es preciso obrar sin dilacion alguna.

Á estas palabras ejecutivas Olimpia levantando al cielo sus manos juntas exclamó : ¡Oh Dios mio, dignaos de inspirarme! ¡Ay de mí, qué en vano deseo el consejo saludable! en vano advierto y conozco mi flaqueza é imprudencia : aislada, entregada á mí misma veo el precipicio abierto á mis piés! ¡una mano compasiva podria estorbar mi caida, pero me hallo sin proteccion ni guia!... ¡Mi pérdida es infalible! Sufocada con sus lágrimas no pudo continuar estas tristes quejas. Teófilo vuelve á echarse á sus piés suplicándole pronuncie su sentencia; jura quitarse la vida si esta sentencia le es contraria. Atemorizada Olimpia pronuncia desesperada la fatal promesa que fija para siempre su destino.

Luego que Teófilo hubo arrancado el consentimiento de Olimpia se fué dejándola entregada al mas vivo dolor y al arrepentimiento mas amargo.

Inmediatamente volvió Teófilo á su casa : tuvo bastante poder sobre sí mismo para manifestar un rostro sereno. Una conversacion que tuvo por la noche con el Baron acabó de asegurar á este; creyó que Teófilo se habia determinado á cumplir su gusto, y que la ambicion y la vanidad habian apagado su amor antiguo : creyó esto tanto mejor cuanto juzgaba por sí mismo : las almas comunes yerran á menudo en esta clase de cuentas. Teófilo al dia siguiente aparentó no ocuparse mas que en frioleras y preparativos de su boda : supo el Baron con inexplicable gozo que habia pasado parte de la mañana con el sastre y bordadores, y que no habia salido de casa sino para ir á la del maestro de coches á ver el tren de la novia. Sabiendo Teófilo cuántas espías se habian puesto para acecharle, tuvo bastante ánimo para no ir en todo el dia á casa de Derval y acostarse sin haber visto á Olimpia. Esta conducta disipó del todo las inquietudes de su padre, que se entregó á toda la alegría que una mudanza semejante debia causarle. Teófilo, que el dia que llegó Olimpia habia hablado un instante con Derval, le habia vuelto á ver despues en secreto en casa del maestro de coches, y le habia confiado á medias su secreto, diciéndole el verdadero nombre de madama de Forlis. Añadió que ella misma le habia obligado á sacrificar un amor desgraciado; que él estaba resuelto á casarse con la Condesita; que Olimpia lo estaba tambien á entrar en un convento distante doce leguas de Paris, del cual era abadesa una tia suya, y que marcharia por la noche, víspera del dia en que debia efectuarse su casamiento. Llegó en fin el dia de ir á vistas. El Baron llevó á su hijo á casa de madama de Lisbé. Teófilo ocultó su interior desasosiego tan bien, y manifestó tanto agrado y serenidad, que el Baron quedó sumamente satisfecho de él : se convino en que al dia siguiente se tomarian los dichos. Al salir de casa de la Condesa Teófilo dijo á su padre que sentia una agitacion que no le permitiria dormir, y que para distraerse de sus reflexiones iria á pasar parte de la noche al baile de la Ópera. Pareciéndole al Baron que esta propuesta era muy natural instó él mismo para que fuese al baile. Teófilo añadió que iria á cenar con Derval; en efecto, á las ocho mandó poner su coche y se encerró en su cuarto. Allí dejándose caer sobre una silla, y no pudiendo contener mas tiempo los remordimientos que despedazaban su corazon, dió libre curso á sus lágrimas. En vano queria apartar de su imaginacion un tropel de reflexiones dolorosas; en vano buscaba medios de ocultarse el exceso de su arrepentimiento; sus ojos se abrian como á pesar suyo; la ilusion se iba disipando, el encanto fatal estaba casi deshecho, pero ya era tarde. No conoció el desventurado Teófilo sus obligaciones y errores, sino para sumergirse con mas amargura y espanto en el horroroso abismo que sus pasiones le tenian preparado. Entre tanto dan las nueve : se estremece... Esta hora, dice, será la última que oiré en la casa de mi padre... esta casa en que ahora reina la paz y el sosiego ¡en qué horrible agitacion estará mañana!... Los sollozos le impiden proseguir...

En fin, valiéndose de todo su valor enjuga sus lágrimas, se arma de resolucion, y no pudiendo resolverse á partir sin abrazar á su padre, sale apresuradamente de su cuarto y se encamina al del Baron. Bien advirtió este que habia llorado, pero no lo extrañó conociendo su sensibilidad; quiso consolarle empleando cariñosas alabanzas. No he hablado bastante, hijo mio, del agradecimiento que me inspira tu sumision, le dijo, pero puedes creer que conozco todo el precio de ella. ¡Oh Teófilo! tu piedad filial asegura la felicidad de mis dias, al mismo tiempo que hará los tuyos venturosos. El cielo oirá las súplicas que le dirijo en favor tuyo : su severa jus-

ticia persigue y castiga á los hijos rebeldes; pero esto mismo debe hacer esperar justamente á un hijo como tú sus mas ricas bendiciones... Al oir estas palabras que penetraron el atormentado corazon de Teófilo, enajenado, fuera de sí se precipita á los piés de su padre. Enternecido el Baron, le abraza y le bendice... ¡Con que en este instante, exclamó Teófilo con voz interrumpida, en este instante recibo... la bendicion de mi padre!... ¡Oh padre amado, prométame Vd. no retractarse nunca!... Si mi conducta en lo venidero... no correspondiese á sus esperanzas... ¡padre mio!... entónces compadézcase Vd. de Teófilo... será digno de lástima... téngasela Vd.... ¡pero no le eche su maldicion!... — Estoy leyendo en tu corazon; temes que no harás feliz á la esposa que te he escogido: deja de engañarte, hijo mio; no es el amor, ese frágil sentimiento, el que puede hacer venturosa una union que no debe acabar sino con la vida. Conozco tu virtud, tu juicio, no tengo rezelo alguno. Diciendo esto el Baron levantó á Teófilo y le abrazó tiernamente. No há mucho me dijiste, prosiguió, que tenias algunas deudas, te he dado veinte mil libras, y ahora quiero añadir otra suma destinada á tu diversion. En ese buró hay quinientos luises, tómalos y llévatelos á tu cuarto; ya son tuyos: esta es, hijo mio, una corta muestra de la satisfaccion que me causa tu conducta... — ¡Ah! dijo Teófilo, no puedo aceptar esa cantidad... no, padre mio; tengo lo que me basta. Admirado el Baron de una escrupulosidad cuya causa no podia alcanzar, hizo inútiles esfuerzos para obligarle á recibir aquel dinero. Finalmente, Teófilo enajenado se separa gimiendo de su padre, y cuando salió de casa creyó espirar de dolor, considerando que no volveria jamas á ella... ¡Tardíos arrepentimientos tan amargos como inútiles!... Llegó el infeliz Teófilo á casa de Derval en un estado digno de compasion. Sin embargo, volviendo á ver á Olimpia olvidó, á lo ménos por entónces, su dolor y remordimientos. Olimpia abatida y consternada guardaba un triste silencio. En su rostro se advertian los efectos de los crueles tormentos que habia padecido en aquellos tres dias. Su descaecimiento era tan grande, que ya no tenia fuerzas para quejarse, y casi habia perdido la facultad de reflexionar.

No cenaba Derval en su casa aquella noche; Teófilo habia llevado consigo todas sus alhajas y un magnífico aderezo de brillantes que su padre le habia regalado el dia anterior. Vendió estas alhajas á

un judío: nunca habia tenido deudas; por tanto se hallaba con las veinte mil libras que su padre le habia dado para pagar las que él habia supuesto. Este dinero, junto con el que le pagó el judío,



componia la suma de cuarenta mil libras, que Teófilo esperaba ir aumentando empleándola con ventaja en el país mercantil adonde iba á establecerse. El judío, que marchaba aquella misma noche á Inglaterra, habia pedido un pasaporte para él, y otro para Teófilo y Olimpia, bajo los nombres del *signor y signora Andrazzi*. Entregó á Teófilo el pasaporte y el precio en que habian convenido por las joyas y diamantes, y marchó inmediatamente unas dos horas ántes que Teófilo.

Abuelita mia, interrumpió César, siento mucho que Teófilo haya dicho á su padre una mentira; fingir deudas que no tenia, porque le diese dinero, me parece una mala accion. — No hay duda que lo es; no obstante, Teófilo tenia nobleza y desinteres, como puedes juzgarlo tú mismo acordándote de que no quiso admitir los quinientos luises que su padre le ofrecia. — En efecto, como su padre se los daba á título de recompensa, no pudo resolverse Teófilo á recibirlos: este rasgo me ha gustado. — ¿Le admiras? — No, señora; me parece muy natural. — Y tienes razon. Teófilo tenia

veinte mil libras y sus joyas, por consiguiente no estaba expuesto á padecer miseria; hubiera sido un hombre vil si en el instante en que abandonaba para siempre á su padre hubiese admitido un don que le ofrecia, como prueba de las satisfacciones que le daba su obediencia. Esta accion hubiera sido no solo baja, sino tambien capaz de envilecerle: volvamos ahora á nuestra historia.

Á la media noche Teófilo se separó de Olimpia, y fué al baile de la Ópera. Se disfrazó, y despidiendo su coche y criados, les dijo que Derval le llevaria á su casa cuando saliesen del baile. De allí á un instante salió con la máscara puesta, y entrando en un coche de alquiler volvió á casa de Derval: halló á la puerta una silla de posta que Olimpia, conforme á lo que habian dispuesto, habia hecho venir. Condujo, ó mas bien llevó casi arrastrando, á ella á la temerosa y desgraciada Olimpia, y al instante mismo marcharon. Nadie siguió las pisadas de Teófilo; habia tomado varias precauciones que le aseguraban que cuando se llegase á descubrir su fuga, no dudaria el Baron en creer que se hubiese refugiado en España, y en efecto salió muy bien este artificio. Llegaron á Lóndres sin contratiempo alguno; el primer cuidado de Teófilo fué buscar en esta ciudad un sacerdote católico; á media noche, y en presencia de dos criados, recibió con sumo gozo la mano de la triste Olimpia, la cual bañada en llanto durante todo el tiempo de la ceremonia, en nada ofrecia la imágen de una jóven que se une al objeto que ama, ántes mas bien parecia una víctima de la obediencia.

Pocos dias despues de su casamiento, no creyendo Teófilo estar seguro en una ciudad llena de franceses, salió de Lóndres y tomó con Olimpia el camino de Edimburgo. Dejémoslos por ahora en el fondo de la Escocia; básteos saber que pasaron la mayor parte de su juventud entre la oscuridad, las lágrimas é infortunios.

Volvamos al desventurado padre de Teófilo. Algun tiempo se pasó ántes de que supiese la fuga de su hijo. Este habia salido de Paris á la hora en que el Baron solia acostarse: á la mañana siguiente supo que Teófilo no habia vuelto, pero no lo extrañó imaginándose que estaria con Derval. No obstante, á las diez envió á casa de este, y le informaron que Derval al salir del baile de la Ópera habia ido con algunos amigos á almorzar á una casa de campo que tenia á una legua de Paris. Entónces el Baron no esperó á su hijo hasta la hora de comer; pero á las tres de la tarde empezó á entrar

en cuidado, y con sobrada razon, puesto que Teófilo, naturalmente juicioso y arreglado en su conducta, nunca habia hecho una ausencia tan larga de su casa. Inquieto y rezeloso toma un caballo el Baron, y va él mismo á la casa de campo de Derval, en donde sabe que Teófilo no estaba en ella. No pudo sacar muchas luces de Derval, quien por temor de cometer alguna indiscrecion nociva á su amigo, satisfizo con reserva á las preguntas del Baron, y aun le dió á entender que habia pasado toda la noche en el baile con Teófilo.

Esta circunstancia tranquilizó un poco al Baron: volvió á su casa, y fué en derechura al cuarto de su hijo. Hizo abrir los cofres y papeleras que habia en él, y no hallando ni sus joyas ni sus diamantes, acordándose entónces de la situacion en que la noche ántes le habia visto al tiempo de su despedida, no pudo ya dudar de su desgracia. Todas las informaciones que hizo le persuadieron que su hijo se habia refugiado á España: Teófilo habia dejado con mucho arte varios indicios que naturalmente debian producir este error; por tanto el Baron no dudó en creerlo cierto, y se determinó á ir á España siguiendo en persona los pasos de su hijo. Al punto marchó, y recorrió toda la España; pero á su vuelta el cansancio y pesadumbres le obligaron á detenerse en Zaragoza. En esta ciudad cayó gravemente enfermo: su convalecencia fué muy larga, le aseguraron los médicos que no podia restablecerse enteramente si no iba á las aguas de Barege, por lo cual se determinó á pasar tres meses en aquel lugar. Las reflexiones dolorosas que tuvo tiempo de hacer en aquella soledad agravaron mas sus males: el arrepentimiento mas amargo acabó de completar su desgracia. ¡Perdia un hijo único y querido, y le perdia por su culpa! Sus artificios se habian vuelto contra él, y se contemplaba víctima de la violencia que habia empleado contra su hijo: entónces conoció, aunque tarde, lo peligroso que es abusar del poder, y cuán gran necedad es sacrificar á la ambicion la equidad, el honor y la humanidad. Se hallaba dueño de inmensas riquezas; ¿pero de qué le servian? ¡ya no tenia hijo! Acordábase con dolor de las gracias, dulzura y virtudes de Olimpia; no podia dejar de confesar que hubiera hecho felices á uno y otro; tampoco podia condenar en Teófilo una pasion que él mismo habia fomentado; y lo que acababa de desesperarle era la certeza en que estaba de que nunca Teófilo hubiera abandonado á su padre y patria si no se le hubiese querido violentar á casarse con

otra. En efecto, si el Baron se hubiese limitado á declarar que no daria su consentimiento para la union de Teófilo y Olimpia; si no hubiese amenazado á este con privarle para siempre de su libertad si persistia en rehusar la mano de la Condesita, no hay duda que Teófilo, llorando la injusticia de su padre, se hubiera sujetado á su voluntad: y si era cierto que Olimpia fuese estimable y digna del sumo amor que le habia inspirado, ella misma le hubiera determinado con el tiempo á sacrificar una pasion desgraciada.

Todas estas reflexiones hizo el Baron. Es cierto que nunca habia tenido la bárbara intencion de privar á su hijo de la libertad, y que solo habia querido intimidarle con esta terrible amenaza; pero conoció finalmente que el temor produce el disimulo, mas no la obediencia. Cuatro meses pasó el desgraciado Baron en Barege; despues volvió á Paris, esperando que aun podria volver á hallar á su hijo, y aunque se habia pasado cerca de un año desde su fuga, no omitió medio alguno para descubrir su asilo. Envió á Inglaterra, á la Suiza y á Holanda á un hombre de confianza, que hizo para lograrlo las mas exactas pesquisas, pero todas fueron vanas. Entónces acabó de perder toda la esperanza: una melancolía profunda se apoderó de él. Varias personas le aconsejaron que volviese á casarse, y la Condesa de Lisbé, que era su mayor amiga, le repetia continuamente que una mujer amable era el único medio de hacerle olvidar un hijo ingrato. Al principio desechó el Baron este consejo; pero aun era jóven, pues no tenia mas que cuarenta y cuatro años; se consideraba aislado, era ambicioso y desgraciado, causas que fueron bastantes para que al fin se dejase seducir. La oferta de un enlace brillante, y el deseo de tener hijos, le determinaron á casarse con la Condesita de Lisbé, la misma que estaba destinada para Teófilo. Lisonjeábase el Baron de que le recompensaria de las desgracias de que ella misma era causa inocente; pero esta ilusion duró poco.

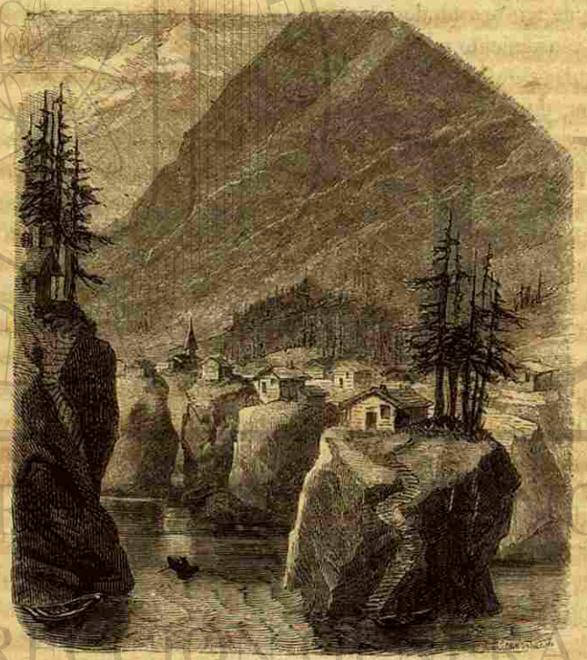
No tardó mucho tiempo el infeliz Baron en conocer el genio de su mujer. Tenia esta harto poco juicio para hacer gala de la desenvoltura y de su inclinacion á la independencia. Tan ignorante como ociosa, su conversacion era igualmente frívola é insípida. Tenia ademas todos los vicios propios de una coqueta que no puede disimularse que no es bonita; era envidiosa, murmuradora y de genio desigual: tenia mala cabeza, la imaginacion desarreglada y el alma

fria; finalmente, careciendo de reflexion, de principios y de sensibilidad, no podia, ni hacer feliz á su marido, ni aprovecharse de los consejos de su madre, ni aun sacar utilidad de sus propias faltas y de la experiencia. Luego que tuvo la libertad de ir sola á todas partes casi no se la veia en casa. Hacia visitas, no por cumplir sino por gastar en ellas tres ó cuatro horas del dia; la misma razon le hacia ir á los teatros: no hallaba gusto ni en la comedia ni en la ópera; pero como estas funciones duran tres horas, al entrar en su aposento sentia un gran gusto pensando que iba á libertarse de todo aquel tiempo. Gustaba naturalmente del *loto delfin*, pero por grande que fuese el gusto que hallaba en esta diversion, no hubiera jugado todos los dias hasta las tres de la mañana, á no ser por la agradable idea de que acostándose tan tarde se levantaria á la una del dia, y por consiguiente *no tendria mañana*. Este era siempre su modo de calcular, y este es tambien el de todas las personas, que no sabiendo hacer un empleo útil del tiempo, ponen todos sus esfuerzos en abreviar la vida.

El Baron, gimiendo sobre la conducta de su mujer, se acordaba á menudo, como á pesar suyo, de que Teófilo no habia huido sino por no verse obligado á casar con la misma persona que hacia el tormento del padre despues de haber causado la pérdida del hijo. ¡Oh Teófilo, exclamaba el Baron, mas que padre he sido tu tirano! yo te sacrificaba á mi vanidad: el cielo me castiga ahora del modo mas sensible, aunque el mas justo. ¡Ah, ahora sí que conozco cuánto me engañaba en la eleccion que habia hecho para ti, y lo fundada que era tu resistencia! el orgullo y la ambicion me cegaban, y soy dos veces víctima de mis yerros: he perdido á mi hijo, y padezco todos los tormentos que él hubiera sufrido si me hubiese obedecido.

Solo sirvió el tiempo de acrecentar los pesares del Baron, hasta tanto que su mujer se entregó al desórden con tanto escándalo, que su marido de acuerdo con su familia la hizo encerrar en un convento, en el cual murió la infeliz ántes de un año. De este modo vió el Baron disuelto al cabo de cinco años un lazo funesto y justamente detestado. No habia tenido hijos de su segundo casamiento; se volvió á ver mas solo que nunca. Oprimido de tristeza y de tedio, cansado de su existencia, y perseguido por el continuo recuerdo de un hijo querido, cuya ruina era obra suya, determinó viajar, buscando

en los países que no habia visto objetos de distraccion que pudiesen hacerle olvidar sus penas, ó á lo ménos apartar por algun tiempo las dolorosas reflexiones que le aquejaban. Partió para Dinamarca embarcándose en una nave mercantil : un huracan violento le arrojó sobre las costas de Noruega. Hallóse la nave en medio de una multitud de isletas y con grave riesgo de zozobrar : algunos pilotos prácticos vinieron á socorrerla, y la guiaron á una cala rodeada de altas montañas, que la guarecian de los vientos y tempestades. Luego que hubieron desembarcado fué recibido el Baron en una casa que hacia parte de un lugar, cuya singular situacion fijó toda su atencion.



Este lugar se compone de unas treinta casas todas construidas sobre puntas de peñascos que entran en el mar, y detras de ellas hay montañas que parecen tocar con las nubes, y cubiertas de pinos, enebros y otros árboles. Cada habitacion está aislada y separada de la casa inmediata por un precipicio, ó por el mar. Las casas están á muy corta distancia unas de otras, pero no tienen comunicacion por tierra, á ménos que los habitantes dando una vuelta muy larga no trepen por entre peñascos y breñas casi inaccesibles. En tiempo de verano la comunicacion se hace por medio de los barcos que les sirven para la pesca, y tambien para ir á visitar á algun vecino, porque aunque se hablan de una casa á otra, no pueden pasar á ella sin embarcarse. Esto es causa de que entre ellos los niños de seis ó siete años saben gobernar una canoa. En tiempo de invierno el hielo les franquea una comunicacion mas pronta y fácil. El alimento de estos isleños se reduce á pescados, pan de centeno, y una especie de tortas hechas con miel, pasas y harina. Todos ellos viven con iguales conveniencias : los hombres, que son excelentes marineros, no se casan hasta despues de haber viajado. El dinero que ganan en el tiempo de esta expatriacion les sirve á su vuelta para adornar sus casas, que todas están pintadas y barnizadas exteriormente, y en lo interior adornadas segun estilo de los lugares de Holanda. Luego que un muchacho de vuelta de sus viajes ha hecho eleccion de una compañera, se establece para siempre en el peñasco que le ha visto nacer. En él encuentra la felicidad, y no concibe que haya quien vaya á buscarla léjos de sus parientes, de su mujer é hijos. El vestido de todos los habitantes de este lugar es uniforme. Los hombres tienen vestidos azules, las mujeres llevan corsés y jubones de tela blanca con un ribete de galon de seda ó lana azul : el peinado de las jóvenes consiste en solo sus cabellos hechos trenzas, y sujetos sobre la cabeza con un largo alfiler de oro. Finalmente, esta poblacion es tan apreciable y digna de verse por sus virtudes y pureza de costumbres como por lo extraño de su situacion [1].

La casa en que entró el Baron era de un hombre que hablaba bien el aleman : el Baron sabia esta lengua, de modo que no necesitó de intérprete : su huésped era un venerable anciano de edad de setenta y dos años. Este hizo entrar al Baron en un cuarto compuesto y alhajado con mucho primor, cuya ventana daba vista al mar. Hizo el Baron varias preguntas al anciano : le preguntó entre

[1] La autora ha sabido estos pormenores de uno de sus amigos, que ha estado cinco dias en este lugar, llamado l'*Ange-Sund*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otras cosas si tenia mucha familia. Sí, señor, gracias al cielo, respondió él; tengo seis hijas todas casadas en este lugar, y ademas tengo en casa un hijo, su mujer y siete nietos hijos suyos. — ¿No se ha casado aun alguno de sus nietos de Vd.? — Sí, señor; el mayor es padre de una niña de tres años. — ¡Segun eso ve Vd. los hijos de sus nietos!... — Y tengo la fortuna de ver todavía á mi madre... — ¡Su madre de Vd.! ¿pues qué edad tiene? — Noventa y seis años, pero aun está buena. — ¿Y vive con Vd.?... — Sí, señor. — No dudo que Vd. haga sus dias felices; pero quisiera saber, venerable anciano, ¿si es feliz tambien por sus hijos?... — ¿Cómo podrá dejar de serlo un buen padre? Los mios nunca me han dado sino motivos de satisfaccion : los he criado lo mejor que he podido, y he procurado que se casasen segun su inclinacion : me quieren en extremo, y eso es natural... — ¿Pues qué, ninguno de ellos le ha desobedecido á Vd. alguna vez?... — Nunca les he mandado cosa que no fuese conforme á la razon, y siempre los he hallado dóciles y obedientes. No hay duda que si hubiese usado de tiranía, habria perdido parte de mi autoridad. Mire Vd., Imarkin, mi hijo mayor, hubiera dado muchas pesadumbres á un padre ambicioso. Cuando volvió de sus viajes le propuse por mujer la hija del mas rico vecino del lugar. Padre mio, me dijo, déjeme Vd. pensarlo. Algun tiempo despues vino á hablarme : me confesó que amaba á Kenilia, sobrina de nuestra vecina. Yo le opuse que era pobre : él me repitió : Yo la quiero; todos los dias desde mi ventana la veo trabajar, hacer todas las haciendas de la casa y cuidar de su anciana tia. Cuando la encuentro pescando y quiero acercarme á ella, al punto vuelve su barco á otro lado, y huye del mismo modo de todos los mozos del lugar. Es buena, modesta, laboriosa; padre mio, yo amo á Kenilia. ¿Qué podia yo responder á esto? prosiguió el anciano; póngase Vd. en mi lugar : ¿hubiera Vd. sacrificado la felicidad de su hijo á la avaricia? No lo creo : ¿qué corazon de hierro podria resistir á un hijo que suplica y que pide una gracia de la cual depende la felicidad de su vida? Di mi consentimiento, y se casaron; hace ya treinta años que me bendicen con el afecto del mas vivo agradecimiento. Ninguno de mis hijos excede á Imarkin en amor y respeto para conmigo. Y mire Vd., despues de casado me confesó que si hubiese querido violentar su inclinacion hubiera sido capaz de hacer alguna locura; se hubiera embarcado y huido

de aquí para siempre : estos son los frutos de la tiranía; casi siempre es causa de la rebeldía y desobediencia.

Grande fué la turbacion y desasosiego que causaron al Baron estas razones, que volvian á abrir todas las heridas de su corazon. Despues de este razonamiento el viejo condujo al Baron á la sala donde estaba junta su familia. Él mismo presentó el Baron á la anciana tatarabuela de edad de noventa y seis años, tierno y respetable objeto de los esmeros y dulce afecto, ó mas bien del culto de toda la familia : estaba sentada en una silla en medio de sus nietos y biznietos. Era por la noche y la hora de la velada. Imarkin, el hijo mayor del viejo, sentado al lado de su amada Kenilia, contaba algunos cuentos ó relaciones de viajes, que las mujeres y las solteras escuchaban hilando, y que fijaban toda la atencion de los mozos que aun no habian viajado.

Algun tiempo estuvo considerando el Baron aquella estimable familia, y despues se retiró á su cuarto. Luego que estuvo solo, mil crueles reflexiones se presentaron de golpe á su imaginacion. ¡Desventurado de mí, decia, que me veo reducido á envidiar la suerte de este pobre anciano! Yo he desconocido, he sacrificado y he perdido para siempre esa felicidad tan pura, que él disfruta en el seno de su familia... ¡yo era padre, y ya no tengo hijo! ¡Hubiera yo podido como este anciano hacer feliz á mi hijo, disfrutar de su gratitud, recibir sus hijos en mis brazos, y ver crecer al rededor de mí su venturosa familia!... ¡Pero me he privado de un hijo, y me hallo solo en todo el universo!

Hablando así el desgraciado Baron se paseaba por el cuarto regando el suelo con sus lágrimas; gran parte de la noche se mantuvo en esta horrible agitacion. Unas veces se persuadia á que Teófilo ya habria muerto; le lloraba, y creia ver su sepulcro : otras se le representaba oprimido del peso de la miseria é infortunio, implorando al cielo en favor de su esposa é hijos; se le figuraba que oia sus gemidos y voces, y la fuerza del horror y compasion le hacian perder los sentidos. Maldecia, aborrecia la culpable ambicion, y el orgullo insensato que habian ahogado en su corazon la equidad y los mas dulces impulsos de la naturaleza, entregándole para siempre en manos de inútiles arrepentimientos y de sinsabores eternos. La fatiga y el abatimiento le obligaron á echarse sobre su cama, y al cabo de algunas horas, cuando ya se iba entregando al sueño,

despertó con el ruido que oyó de varias canciones alegres, acompañadas de mil gritos de contento. Conoció que aquel ruido venia de fuera : abrió la ventana y vió diez ó doce barcas muy pintadas y adornadas de ramos, llenas de hombres, de mujeres y de niños, y que parecian poseidos del gozo mas vivo. Aquella pequeña flota se iba acercando á la casa en que habitaba. Á este tiempo entró en su cuarto el anciano, y le dijo, que todas aquellas barcas estaban llenas de sus hijos y nietos. Tengo seis hijas, continuó el anciano, que son las que Vd. ve con sus maridos y familia : todos vienen á celebrar los dias de mi madre. Todos los años en este dia tenemos una funcion semejante. ¡Dios quiera hacerme ver hasta el fin de mi vida esta funcion tan grata para mí!... — Pero no cabrán todos en esta casa. — Así es, y por eso no vivimos todos juntos; pero ayudado de mis hijos y yernos voy á llevar á mi buena madre á aquel barco adornado con cintas, y que tiene una especie de dosel, y luego la conduciremos á una legua de aquí en la playa del mar, en donde hallaremos una buena comida prevenida, y tendremos el gusto de comer juntos debajo de una tienda. Esta mañana nos hemos levantado al amanecer para ir á pescar : tenemos mucho y buen pescado, porque Dios bendice siempre esta pesquería. Nuestras criadas y algunas de nuestras hijas se han quedado en la tienda para prevenir la comida. Si Vd. quiere ver hombres felices, prosiguió el anciano, véngase con nosotros.

Diciendo esto agarró al Baron de la mano y le llevó al cuarto de su madre, á la que hallaron cercada de todos los de la familia que habian podido entrar. Tenia la anciana en su regazo un niño recien nacido. Luego que vió á su hijo : Ven, hijo mio, le dijo, ven á echar tu bendicion al niño que nos ha nacido esta mañana. No podrá nuestra querida *Velia* asistir este año al banquete de familia, porque ha parido en tanto que estábais pescando. Mira, mira, ¡qué hermoso regalo nos envia! Entónces enternecido el viejo tomó al niño en sus brazos, le besó, y se le volvió á la anciana, que no podia resolverse á apartarle de sí. Despues que le hubo contemplado otro rato con un gozo inexplicable se resolvió por fin á marchar. El viejo, ayudado de sus hijos y yernos, trasportó á su madre en una silla poltrona á la barca que la estaba destinada, la única que tenia dosel y que estaba adornada con cintas.

Luego que la venerable anciana ocupó su puesto se renovaron las

canciones, los gritos y aclamaciones. Esta era la señal de partir : colocaron al Baron por distincion en la barca de la madre (que así llamaban todos á la anciana), y despues de tres cuartos de hora de navegacion llegaron al sitio señalado. Las mujeres y muchachas que se habian quedado en la tienda para prevenir la comida llegaron corriendo á recibir á la *madre :* hallándose entónces junta toda la familia, al punto la madre salió del barco y su hijo se puso de rodillas delante de ella, pidiéndole su bendicion para él y para todos sus hijos. Entónces la *madre* levantando al cielo sus manos trémulas exclamó : ¡Oh Dios mio! ¡concede á mi hijo hasta el último instante de su vida la felicidad de que me has hecho gozar! ¡Haz que sus hijos sean siempre para él lo que él ha sido constantemente para mí! ¡Bendice, oh Dios mio, á todos estos hijos tan amantes y respetuosos que son las delicias de mi vejez, y corra por tu cuenta recompensar á mi hijo los setenta y dos años de felicidad que debo á su amor y á sus virtudes! Al acabar aquella buena y respetable madre estas palabras juntó su rostro al de su hijo enlazando los brazos á su cuello; las dulces lágrimas que vertian sus ojos se mezclaron con las que derramaba el venturoso viejo : toda la familia se arrojó llorando, cuál á los brazos de la madre, y cuál á los del hijo, y todos recibieron de ambos un amoroso abrazo acompañado de las expresiones del mas vivo y tierno afecto. Despues de esta ceremonia tan piadosa se sentaron á la mesa, y al enternecimiento tan dulce que se acababa de experimentar se siguió la inocente y pura alegría. Acabada la comida llevaron á la *madre* á una pradera deliciosa, en la cual pasaron la tarde jugando á diferentes juegos, ya corriendo ó ya bailando. En fin, al anochecer volvieron á embarcarse y condujeron á la madre á su casa.

¿Quién será capaz de expresar lo que el Baron padeció en aquel dia? Su corazon se despedazaba al ver aquellas imágenes de felicidad tan pura que excitaban en su pecho el arrepentimiento mas cruel; sin embargo, á pesar de lo acerbo de sus reflexiones, no pudo apartarse sin enternecerse de sus respetables huéspedes y de aquella feliz morada. Volvió á embarcarse y salió de l'*Ange-Sund* mas desgraciado y digno de lástima que nunca. El navío se hizo á la vela para Holanda, y llegó á Amsterdan á fines de Agosto. Estuvo allí algunos dias y despues fué á Utrech. Esta ciudad dista dos leguas de la habitacion de los *Hermanos Moravos*. Llámase así una numerosa socie-

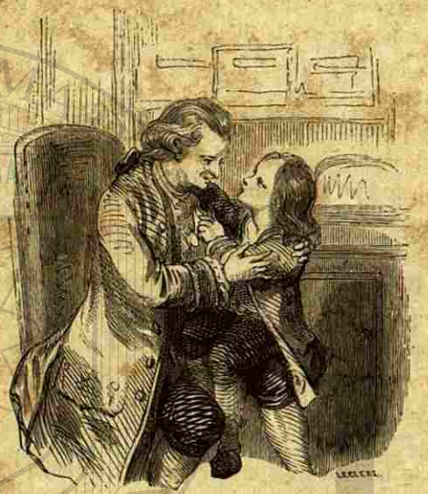
dad de hombres y mujeres que viven juntos en una magnífica y espaciosa casa situada á la entrada de un lugar llamado Zast. Quiso el Baron ver aquel establecimiento digno por tantos títulos de excitar la curiosidad de un viajante. Llegó á Zast á las tres de la tarde, y uno de los administradores de la casa se encargó de hacérsela ver. Era este administrador un antiguo Hermano Moravo que hablaba muy bien el frances, y que satisfizo con mucha urbanidad á todas las preguntas del Baron. Despues de haber visto este las salas de las mujeres y las de los hombres, preguntó á su conductor si los *Hermanos Unidos* recibian indistintamente entre ellos extranjeros de todas naciones. Sí, señor, replicó el Hermano, *de todas las naciones cristianas*. — No obstante, Vds. son calvinistas. — Es la religion que domina; pero se toleran todas las demas sectas. — ¿Qué piden Vds. de los que admiten en esta casa? — Pureza de costumbres, amor al trabajo y á la paz. — ¿Se admiten tambien á los casados? — Sí, señor : ademas de las salas que Vd. ha visto hay otra parte de habitacion separada para los casados : cada matrimonio tiene un cuarto bastante capaz y decente. — ¿Es necesario para ser admitido saber algun oficio? — Sí, señor, ó bien alguna habilidad útil, como, por ejemplo, saber dibujar, grabar ó pintar, y ademas necesitan algun dinero para los primeros gastos. No se piden habilidades ni práctica de oficio á las personas que tienen pension, esto es, que viven aquí pagando un tanto sin la necesidad de trabajar. — Es regular que tomen Vds. informes acerca de la conducta de los que quieren ser admitidos. — Seguramente, á no ser que uno de los administradores salga por fiador del que desea vivir con nosotros. Esta mansion feliz y pacífica es un asilo seguro contra la tiranía : cualquiera que se ve perseguido en su patria puede, mudando nombre y dirigiéndose á alguno de los antiguos con alguna recomendacion, ser admitido entre nosotros y vivir el resto de sus dias ignorado y en paz. Así es, que esta casa habrá servido varias veces de refugio á la virtud desgraciada, y los amantes perseguidos. Ademas se halla aquí el mayor de todos los bienes, que es una entera libertad. Ningun voto nos liga, ni hay violencia que nos detenga contra nuestra voluntad; somos dueños de viajar, de volver á esta casa, ó irnos de ella para siempre; pero ahora venga Vd. á ver, prosiguió el administrador, lo mas curioso de nuestro establecimiento.

Estas últimas palabras distrajeron al Baron de la cavilacion en que estaba habia un rato, y le hicieron que siguiese á su conductor, el cual le llevó á las tiendas. Todo el primer piso de aquella espaciosa casa está únicamente destinado para las tiendas, en las cuales se ven los diferentes oficios en que se emplean los Hermanos y Hermanas. El aseo, y primor de las tiendas es digno de notarse; se halla en ellas de todo : obras de platero, paños, lienzos y telas, zapatos, muebles, porcelanas y pinturas, etc.[1]. Las habitaciones de los Hermanos y Hermanas estan encima de estas tiendas.

Mucho le admiró al Baron la brillante y varia perspectiva que formaba aquel gran número de tiendas. Al salir de la de un ebanista pasó junto á la de un pintor y entró en ella. Un niño de ocho años sentado junto al mostrador era la única persona que habia en la tienda. Estaba leyendo con la cabeza inclinada, y en esta actitud su pelo en bucles naturales le tapaba parte del rostro. Luego que vió entrar al Baron y á su conductor se levantó, y echando sus cabellos atras con la mano, dejó patente un rostro tan hermoso y una fisonomía tan atractiva, que el Baron se quedó un rato inmóvil en fuerza de la admiracion y sorpresa que le causó. El niño fué corriendo á abrazar al Hermano administrador llamándole en frances *amigo mio*. ¡Cómo! dijo el Baron : ¿es frances este niño? — No, replicó el administrador, es inglés; pero habla ya tres ó cuatro lenguas, y sin eso, es tan dócil, tan cariñoso, tiene tanto deseo de aprender, y es tan aplicado que se ha hecho el queridito de toda la casa; todos en ella aman á Polidoro... — ¿Polidoro se llama? — Sí, señor, ese es su nombre de pila... — Y el mio tambien : quiera el cielo, oh precioso niño, para tu felicidad, que sea esa la única cosa en que te parezcas á mí!... — El tono y gesto del Baron al decir estas palabras llamó la atencion de Polidoro; clavó los ojos en él, y de improviso se le acercó de puntillas alzando la cabeza para abrazarle. Obligado el Baron de esta accion tomó el niño en sus brazos, y estrechándole contra su pecho no sin alguna turbacion : ¡oh amable criatura, exclamó, qué feliz es tu padre!...¡ — Pues en verdad, replicó Polidoro dando un suspiro, en verdad que no lo es!... — No por cierto, añadió el Hermano Moravo, ha perdido una esposa en

[1] Casi todas las mujeres hacen encajes muy buenos. Ninguna mercancía se regatea : los Hermanos Unidos tienen para cada cosa su precio fijo, y siempre con mucha equidad.

quien idolatraba; pero halla en este niño, en la virtud y en el estudio, los únicos consuelos que le quedan despues de semejante desgracia.



En tanto que esto decian, el niño derramó algunas lágrimas acordándose de su madre. Enternecido el Baron volvió á abrazarle, y sentándose le puso sobre sus rodillas. Viendo el administrador que el Baron hacia ánimo de estar algun tiempo en la tienda, le dijo que volveria dentro de média hora, y se fué. Solo el Baron con Polidoro, le miraba sin decir palabra, y él por su parte le consideraba con suma atencion : al cabo de algunos minutos, cogiendo Polidoro la mano del Baron se la besó con sumo amor. ¿Pues qué, precioso niño, dijo el Baron, acaso lees en mi corazon? ¿Conoces todo lo que siento al verte?... — Le quiero á Vd. mucho, respondió Polidoro... — ¿Tú me quieres?... — ¡Oh, mucho, y no adivinará Vd. por qué!... — ¿Pues cómo?... — Es que es Vd. muy parecido á mi papá. Al oir estas palabras sintió el Baron unos latidos de corazon tan violentos, que estuvo un gran rato sin poder articular palabra alguna; pero al fin, levantando los ojos al cielo, exclamó : ¡Podria yo esperar!... el nombre de este niño, el cariño sobrenatural que me inspira, el que él me manifiesta.. todo parece que me

anuncia... ¡Ah! díme por Dios, Polidoro, ¿en dónde está tu padre? Llévame á verle... — Me ha dejado para ir á ver á uno de nuestros Hermanos que está enfermo. — ¿Y ese Hermano dónde vive? — Al lado de nuestro cuarto, aquí encima de la tienda. — Vamos al instante. Entónces se levantó el Baron, y Polidoro tomándole de la mano salió con él, cerró la tienda y le condujo á un cuartito, en el cual hallaron á una criada á quien Polidoro encargó que fuese á buscar á su padre.

El Baron poseido de un temblor universal se sentó, tenia siempre agarrado de la mano á Polidoro. El exceso de su turbacion é inquietud daban á su semblante un aire de locura que intimidaba á Polidoro, y no se atrevia á levantar los ojos para mirarle. Uno y otro estaban callando, cuando de improviso oye pasos. Ya viene papá, dijo Polidoro muy alegre. el Baron se pone colorado, pierde el color, se levanta, vuelve á sentarse por no poder sostenerse; abren la puerta... entra un hombre : El Baron dirige á él su vista tímida y ansiosa... nueve años de penas, sus tormentos y remordimientos, todo se ha olvidado; conoce á su hijo!... Teófilo está á sus piés...

Enajenado Teófilo, y respirando apénas, se halla con inexplicable deleite en los brazos de su padre; un sentimiento tan natural suspendió por entónces la profunda tristeza que le oprimia. Siente correr por su rostro las lágrimas de su padre; oye á aquel padre tan temido, aunque amado, repetir llorando los nombres de Teófilo y Polidoro : le parece que recibe una nueva existenica; pero á poco tiempo un cruel recuerdo alteró aquel gozo, mezclando su amargura con aquellos instantes tan dulces.

Luego que el Baron y Teófilo pudieron hablar y expresar lo que sentian, se dijeron mutuamente lo mismo á corta diferencia. Uno y otro habian experimentado los mas crueles remordimientos, pero habian puesto en olvido sus culpas recíprocas, y solo se acordaban de su arrepentimiento. Teófilo puesto de rodillas imploraba su perdon, en tanto que su padre bañado en llanto le suplicaba que le perdonase sus violencias y tiranías, funestas causas de las desgracias de ambos. Finalmente, despues de haber abrazado e Baron mil veces á Teófilo, tomó en sus brazos á Polidoro, dándole con esto la mayor alegría que estaba en estado de sentir, empleando en aquel niño las caricias del padre mas tierno. Contemplaba Teófilo arro-

bado á su querido Polidoro entre los brazos de su padre; pero en medio de aquel gozo tan puro varias veces salia de su boca el nombre de Olimpia. Entónces se veian en su rostro la expresion del dolor ocupar el puesto de la alegría : de este modo hallaba en su felicidad misma nuevos motivos de sentimiento y de llanto.

Luego que el Baron se hubo sosegado algo, advirtió con dolor la cruel mudanza de la figura de Teófilo : solo el corazon de un padre podia haberle conocido. El tiempo no destruye mas que la frescura de la primera juventud y la hermosura; pero las desgracias borran hasta la expresion del semblante. Era en vano buscar en Teófilo aquellos ojos tan vivos y expresivos en otros tiempos : toda su persona manifestaba el abatimiento y languidez de su espíritu. Tambien fueron parte para aumentar el dolor del Baron los objetos que tenia á la vista : el cuarto en donde Teófilo habia vivido varios años; aquellas paredes desnudas de adornos, su pobre cama y la de Polidoro... Todo lo que se presentaba á su vista hacia revivir en su alma las mas dolorosas ideas. Finalmente, apretando el Baron entre sus manos la de Teófilo, le dijo : No dilatemos, hijo mio, nuestra partida; apartémonos de este oscuro asilo en donde has gemido tanto tiempo; huyamos de este cuarto, cuya vista hiere mis ojos y despedaza mi corazon : volvamos á nuestra patria á conducir á tu hijo á la casa paterna.

Padre mio, respondió el triste Teófilo, cuando Vd. se digna perdonarme y reconocer á mi hijo, yo debo dedicarle mi vida... no hay duda que iré con Vd.... pero permítame que lleve por la última vez á Polidoro á llorar sobre el sepulcro de su desventurada madre... aquí se detuvo Teófilo, sus sollozos le embargaron la voz. No pudo el Baron responderle sino con lágrimas. ¡Oh padre mio! exclamó Teófilo : ¿será cierto que Vd. honre su memoria con un recuerdo paternal?... ¡Anda, replicó el Baron, ve, hijo mio, y cree que tu padre llora su pérdida tanto como tú!... Á estas palabras Teófilo abrazó estrechamente á su padre : ¡Ah, le dijo, si Vd. la hubiese amado adoptándola... pero ya no vive! Al decir esto, se apartó Teófilo de su padre, y cogiendo á Polidoro de la mano salió del cuarto apresuradamente.

En tanto que el infeliz Teófilo regaba por la última vez con lágrimas el sepulcro de Olimpia, el Baron prevenia lo necesario para marchar al punto; despues de haberse despedido de los administradores, él, Teófilo y Polidoro se pusieron en camino y llegaron á Utrecht ya de noche. Á la siguiente, luego que Polidoro se hubo acostado, el Baron refirió muy por extenso á su hijo cuanto le habia sucedido en todo el tiempo de su separacion.

Á este punto interrumpió la Baronesa su narracion dando fin á la velada, que prosiguió al dia siguiente en esta forma :

Luego que el Baron hubo acabado la triste narracion de sus desgracias, Teófilo tomando la palabra le refirió las suyas. Despues de haber pintado sus remordimientos y el dolor que habia experimentado al apartarse de su padre, entró en el pormenor de su fuga, de su llegada á Lóndres, de su casamiento y de su viaje á Escocia. Luego que llegámos á Edimburgo, prosiguió Teófilo, tomámos la precaucion de volver á mudar de nombre. De allí á poco entré en algunas empresas de comercio; pero como no tenia conocimiento alguno de los hombres ni de los negocios me engañaron y me engañé yo mismo, de suerte que en ménos de ocho meses perdí y gasté mas de la mitad del dinero que habia sacado de Francia. Entre tanto mi mujer iba acercándose al tiempo de parir, y á los diez meses de nuestro casamiento parió á Polidoro. Luego que me vi padre acabé de conocer cuán horrorosa era mi situacion : regué con mis lágrimas aquella criatura tan amada, y la pasion que me inspiraba era el mas cruel torcedor de mi afligido corazon; al tiempo que le abrazaba mil veces con todo el afecto que un padre puede sentir, era tal mi desgracia que no podia dar gracias al cielo porque me le habia dado : encerraba con cuidado dentro de mi alma estas penas crueles, ocultándoselas sobre todo á mi mujer. Queria yo que ella me creyese contento con mi suerte, por lo cual me veia privado del consuelo de manifestarle mi corazon. Ya habia yo perdido todas las ilusiones que me habian alucinado : ya no era Olimpia á mis ojos mas que una tierna y virtuosa amiga. El amor perdia en fin el dominio sobre mi razon; la amistad sólida y tierna hubiera podido hacernos mas felices; ¿pero sin una confianza íntima de qué alivio puede servir en los pesares? Debia yo, mirando por la tranquilidad de Olimpia, ocultarle mis ideas, mis reflexiones y remordimientos : esta reserva tan penosa se me hacia cada dia mas insoportable. Algunas veces temia que Olimpia no padeciese en secreto el mismo tormento, y esta idea acababa de colmar mis penas.

Es cierto que la igualdad de genio y tierno amor de Olimpia hubieran debido tranquilizarme. Desde el instante en que recibí su mano hasta los últimos de su vida nunca salió de su boca la menor queja; nunca me afligió con reflexiones tristes, ó empleando alguna reconvencion indirecta. Me hablaba muy á menudo de su felicidad, y aparentaba creer que yo participaba de ella; pero es muy natural suponer en otros la disimulacion que uno mismo emplea. Varias veces estando sola la sorprendí bañada en llanto : entónces si la preguntaba la causa, era temblando, y la oia con desconfianza. Siempre atribuia á un exceso de sensibilidad, y á causas absolutamente extrañas de nuestra situacion aquellas lágrimas que vertia á sus solas; entónces me era preciso fingir que la creia, y esta era otra pena mas : de este modo pasámos tres años en Escocia. Al cabo de este tiempo, ya casi del todo disipado el dinero que yo tenia, me resolví á poner en el fondo perdido sobre la vida de mi mujer y de mi hijo quince mil libras que me quedaban. Mi mujer deseaba volver á Inglaterra, yo vine en ello, y marchámos sin dilacion. Luego que llegámos á Lóndres no pensé mas que en colocar bien los tristes restos que me quedaban de mi naufragio, aquellas quince mil libras que podian á lo ménos asegurar la subsistencia de mi mujer é hijo. Concluido este negocio como yo deseaba, nos retirámos á un lugar poco distante de Lóndres, en donde hubiera podido conocer la felicidad, á no ser por los crueles recuerdos que me privaban del sosiego, bien el mas precioso que se puede hallar en la soledad. No echaba yo de ménos ni las riquezas ni la magnificencia, y sí solo la gloria : gemia al verme á veinte y dos años expatriado, sepultado en una aldea con la triste víctima de mi locura, y un niño infeliz destinado á vivir en el abatimiento y miseria. Tampoco podia apartar de mi imaginacion la idea penetrante de las penas que causaba á un padre, á quien nunca he dejado de amar en extremo : me parecia, padre mio, que le veia á Vd. espirar de dolor, maldiciendo al hijo culpable que le habia abandonado. Esta horrorosa imágen me perseguia en todas partes : de dia me oprimia, y por las noches me espantaba con los sueños mas funestos. Mil veces me he despertado bañado en sudor frio en medio de las convulsiones, el terror y desesperacion, gritando : *¡Padre mio, no acabe Vd. esa horrible maldicion!*... Grito terrible del remordimiento que turbaba á menudo el sueño de mi hijo, penetrando

hasta lo íntimo del corazon de la sensible y desventurada Olimpia.

Dos años se habian pasado despues de nuestra vuelta á Inglaterra, cuando un suceso imprevisto nos sepultó en el abismo de las desgracias. El hombre en cuya casa habia impuesto mis quince mil libras, quebró, perdiendo yo de este modo cuanto poseia en el mundo... Excuso á Vd., padre mio, la pintura de lo que padecí en aquellos primeros instantes... hallé en fin en los sentimientos de esposo y de padre el valor que necesitaba. Habia aprendido á dibujar en mi juventud; esta habilidad, que era todo mi recreo en mi soledad, fué un recurso útil en nuestro desastre. Yo conocia en Lóndres á un célebre grabador; á este pedí me buscase trabajo, como lo hizo, y seis meses despues satisfecho de mi habilidad, me ofreció un alojamiento en su casa, que yo acepté. Era este hombre Hermano Moravo, y habia estado cuatro años en Zast : me hablaba á menudo de este establecimiento; de suerte, que en breve determiné retirarme á este asilo : Olimpia manifestó el mismo deseo. Hablámos á nuestro generoso protector, el cual nos recomendó muy particularmente á los administradores, y fuimos recibidos. Luego que llegámos á Zast dejó Olimpia su vestido á la inglesa, para



ponerse el uniforme de la casa. No puedo explicar lo que sentí el verla por la primera vez cubierta de aquel tosco sayal... su belleza en aquel traje sobresalia mucho mas : mirábala yo con un enterne-

cimiento doloroso; y ella que leyó en mi corazon, queriendo distraerme de aquellas crueles ideas, me aseguró estaba muy contenta con su nuevo vestido, y que nunca habia llevado otro mas de su gusto. Me arrojé á sus piés regando con mis lágrimas la mano que me alargaba, y ella me abrazó diciendo, que no alcanzaba la causa de mi afliccion; pero en tanto que decia esto el llanto inundaba su hermoso rostro...

No pude hallar en Zast ni la felicidad que habia perdido para siempre, ni el sosiego que huia de mí. Consagré á la educacion de mi hijo todos los instantes que no empleaba en el trabajo: amaba tiernamente á este niño; pero aun este sentimiento tan natural era para mí un manantial inagotable de inquietudes y de penas. Aun cuando hubiese podido considerar sin horror su suerte venidera, ¿cómo podia esperar de mi hijo una sumision que yo no habia tenido con mi padre? Creyéndome cargado de la maldicion de este padre justamente irritado, ¿cómo podia lisonjearme de que el cielo me hubiese dado un hijo dócil y agradecido? Estos pensamientos tan crueles despedazaban mi alma; pero en breve un temor espantoso é inopinado me hizo conocer que aun habia para mí penas mas crueles que todas las que habia padecido en el tiempo de mi expatriacion.

La salud de Olimpia iba descaeciendo visiblemente, pero ella conservando siempre su acostumbrada dulzura, jamas se quejaba. Me respondia constantemente que no tenia mal ninguno: con todo hice venir de Utrecht un médico que al principio calmó mis inquietudes; pero pasados tres meses pareció entrar en cuidado, y pronunció en fin la terrible sentencia que me entregaba á un dolor eterno... Mucho tiempo habia que Olimpia conocia su situacion; la religion y el infortunio le hicieron arrostrar la muerte con serenidad. Un sacerdote que vivia en Utrecht venia á verla en secreto. Le tuve en mi cuarto tres dias... ¡Ah! ¡quién podrá borrar jamas de mi memoria el horroroso recuerdo de aquellos tres deplorables dias!... ¡No tendré, padre mio, el valor de pintar aquellos instantes llenos de horror, y lo he tenido para vivir!... pero Olimpia me impuso esta ley... mi vida era necesaria á mi hijo... Tome Vd., prosiguió Teófilo vertiendo un mar de lágrimas, tome Vd., lea esta carta; este escrito sagrado para mí, encierra la última voluntad de Olimpia: su confesor me lo entregó en el instante mismo en que el exceso de

mi desesperacion iba sin duda á precipitarme. Diciendo esto sacó el desventurado Teófilo de una cartera la carta que Olimpia le habia escrito el dia ántes de su muerte. El Baron sufocado con la abundancia de sus lágrimas se arrojó en los brazos de su desgraciado hijo: gran rato estuvieron abrazados sin poder expresar los sentimientos que despedazaban sus almas sino con sollozos y gemidos... Tomó en fin el Baron la carta de Olimpia, y despues de haberse enjugado los ojos, leyó lo siguiente:

« He querido saber la verdad... acaban de decirme que este dia será quizas el postrero de mi vida... ¡Teófilo!... ¡Con que para siempre voy á desaparecer de tu vista! ¡El vínculo sagrado que nos une, esta noche ó mañana se verá disuelto! ¡Mañana, Teófilo y Polidoro se apartarán para siempre de Olimpia!... ¡Ah! que á lo ménos estos renglones me traigan á la memoria de mi esposo y de mi hijo, que sirvan para manifestarles mis verdaderos sentimientos, y el fondo de mi corazon, y que esta confesion mia, haciendo á Teófilo que ame cada vez mas la virtud, pueda ser algun dia una leccion útil para mi hijo. ¡Oh tú que me has sacrificado todo, tú á quien he privado de padre, familia y patria! ¿cómo has podido creer ni un solo instante que yo estuviese resignada con mi suerte?... No, Teófilo, habia yo leido en tu alma, conocia todas tus penas, y te ocultaba las mias, que han sido mucho mayores. Entrambos hemos conocido la voz de la razon en el profundo abismo en donde nos precipitaron las pasiones; nuestros yerros mismos han destruido la ilusion que nos ha perdido. ¿Y quién podrá mejor que los remordimientos hacer renacer la razon, y manifestar la verdad?... El amor te hizo faltar á las mas sagradas obligaciones; pero en breve recobró la naturaleza todos sus derechos, y ya no consideraste en la triste Olimpia mas que el objeto infeliz, causa de todas tus penas, y cómplice de tus yerros. Perdiendo tu amor no he podido siquiera tener la esperanza de ser tu amiga. ¿Qué confianza puede haber entre dos culpados que conocen sus errores, que gimen sobre su ceguedad, que se ven imposibilitados de expiarla, y que se atribuyen mutuamente sus desgracias?... Era preciso callar; ¡pero qué esfuerzo! ¡y qué penoso fué para mi alma! ¡Cómo, despues de siete años, este corazon únicamente ocupado en ti y en mi hijo, este corazon despedazado no se ha atrevido jamas á manifestársete un solo instante! Siempre solos, y siempre juntos, el cuidado

de engañarnos y de disimular ha sido nuestra principal ocupacion... La razon, la compasion y la amistad misma nos imponian esta ley... ¡La amistad nos prohibia la confianza!... ¡Situacion igualmente rara y rigurosa! ¡Y podré llorar mi muerte!... ¡Ah Teófilo! La idea de una eterna separacion es sin duda alguna igualmente dolorosa y terrible, pero cuando conocieres cuán grandes son los tormentos de que me libra la muerte, no es creible que gimas sobre el destino que nos aparta... ¿Y cómo es posible sobrellevar la vida viendo á lo que se ama en la mayor desgracia, y siendo nuestros males nuestra propia obra? Yo sola soy la causa de nuestras desgracias; mi imprudencia dió á tu padre pretextos y justas causas de faltar á su palabra. Yo habia perdido mi reputacion; tu padre me negó por hija, y podia hacerlo justamente. No hay duda que la ambicion le hizo tiránico; pero la naturaleza le habia dado una autoridad sin límites y de que podia usar : tú no podias rebelarte sino faltando á la mas santa de todas las obligaciones... ¡Ah! ¡Si consultando mas la razon hubieses abjurado el insensato y culpable proyecto de huir y abandonar la casa paterna, el tiempo y tu constancia, no lo dudes, hubieran ablandado á tu padre! ¿Por qué añadir la traicion á la desobediencia? ¿Por qué no le decias : « Mi cora-
« zon ya no es mio, Vd. mismo me ha hecho entregarle; no puedo
« disponer de mi mano sin su consentimiento. Vd. me niega la li-
« cencia que imploro, me someto á ese rigor; pero no exija Vd.
« que me haga perjuro, no me obligue á formar otra union, y por
« mi parte le prometo no volver á ver el objeto de una pasion tan
« desgraciada... » Hé aquí el saludable consejo que yo hubiera debido darte cuando fuiste á participarme tu funesto designio. Declarándolo todo á tu padre, y hablándole con una noble sinceridad, no hay duda que le hubieras irritado, pero te amaba. Lo mas que pretendia cuando te amenazaba y se mostraba inflexible era amedrentarte. ¿Cómo es posible creer que hubiese castigado con severidad una resistencia acompañada de tanta sumision, una resistencia que tantos motivos hacian á lo ménos excusable? ¿Hubiera podido resolverse á privar de la libertad á su hijo único y toda su esperanza? No, no lo creas; seguro de tu firmeza y constancia, tarde ó temprano hubiera condescendido con nuestros deseos... ¿Es posible que en el instante de perdernos no nos haya ocurrido este pensamiento? Pero me amenazabas con quitarte la vida; el espanto me privaba

de la reflexion, y el amor te cegaba. Si yo hubiese tenido algo mas de juicio y experiencia hubiera podido convencerte; á pesar de mis temores y presentimientos estaba léjos de prever todos los tormentos que he padecido. Si hubiese yo podido leer en lo venidero, te hubiera convencido de que valia mil veces mas renunciar el uno al otro, anulando nuestros mutuos juramentos, que no precipitarnos en este abismo de males. Supongamos que yo hubiese tenido bastante valor y generosidad para determinarte á casar con la que aborrecias; supongamos que la Condesita hubiese justificado tu aversion con su conducta : con todo ¡qué consuelo no hubieras hallado en ti mismo y en el seno de tu padre! ¡qué distracciones no hubieras hallado en el mundo, en las diversiones y en los negocios! Los sentimientos de la naturaleza y el amor de la gloria hubieran llenado tu corazon é ilustrado tu vida : hubieras en fin conocido la dicha de tener hijos, y de poder decir : « Les daré una excelente educacion,
« les dejaré cuantiosos bienes, y un nombre que nadie podrá dis-
« putarles... » Y yo volviéndome á mi provincia llevaba por consuelo mi inocencia y el recuerdo de un sacrificio virtuoso, y hubiera podido disfrutar de los placeres que ofrecen la soledad y el descanso... ¡Ah, si en el instante en que me arrastrabas á mi perdicion, una amiga compasiva me hubiese hecho hacer estas reflexiones!... Pero huérfana, infeliz, me veia privada de mi único apoyo; mi tia habia muerto; no tenia quien me guiase, y amando el honor y la virtud mas que mi propia vida, he sacrificado uno y otro... ¡Y la insensata y presuntuosa juventud teme los consejos y desea la independencia! ¡Oh Polidoro! algun dia leerás esta carta : sírvate para desconfiarte de ti mismo, sírvate para conocer que el talento y la intencion pura no pueden servir de experiencia; sírvate en fin para convencerte de que las pasiones no hacen mas que extraviarnos y causarnos mil desgracias, y cree firmemente que solo en la práctica de la virtud se halla la verdadera felicidad... ¡Á Dios, Teófilo!... Me atrevo á esperar que tu suerte en lo venidero será mas feliz... Tu padre vive... ¡Ah, no sea parte mi memoria para turbar vuestra felicidad, si el cielo permite que vuelvas á verle!... Considera que aun cuando tu padre me adoptase y reconociese por su hija, no podria hacerme feliz... ¿Con qué rostro me atreveria yo á presentarme delante de las gentes, despues de haber faltado á todas mis obligaciones?... Tú puedes presentarte sin vergüenza : sin duda

eres culpado, pero te queda el honor... y la mujer á quien el amor alucina y extravía, queda envilecida. He vivido en la oscuridad devorada de remordimientos, pero á lo ménos no he tolerado ni el peso de la vergüenza, ni el horror del desprecio público... No he visto á mi esposo avergonzarse del lazo fatal que nos une .. Tal es mi suerte... ¡No hay suceso que pueda volverme la felicidad, ya no la hay para mí en la tierra!... ¡Á Dios, querido y desgraciado Teófilo!... ¡Vive para tu hijo, sírvate ese hijo querido de consuelo en las penas que te ha causado su madre! Este es el postrer voto de mi corazon... Sírvate la religion que me fortifica para consolarte... Dios reprobó nuestra union; él nos separa... Adoremos su justicia y sujetémonos. »

¡Ah, exclamó el Baron despues de haber leido esta carta, querida Olimpia, víctima desgraciada de mi injusticia y ambicion! ¡De qué felicidad me he privado á mí mismo rehusando adoptarte por hija! ¡Oh hijo mio, vuelvo á encontrarte, pero no podré hacerte feliz! ¿Y aun yo podré serlo?... — Padre mio, respondió Teófilo, yo le consagraré á Vd. mi vida; pero renuncio para siempre al mundo : retirado, oculto en la casa paterna, solo para Vd. y para mi hijo quiero vivir. — Pues bien, dijo el Baron, dediquémonos enteramente á la educacion de Polidoro : pase léjos del mundo su niñez y los primeros años de su juventud : formemos en la soledad su corazon y entendimiento : conozca las delicias de la vida campestre y de los placeres sencillos, para que algun dia cuando se halle en medio del tumulto de una vana disipacion, pueda desearlos como los únicos placeres puros y verdaderos.

Aprobó Teófilo con gusto un proyecto tan conforme á su inclinacion, y se puso en ejecucion al instante. Compró el Baron una hacienda á cien leguas de Paris, y se retiró á ella con Teófilo y Polidoro. Si algunas memorias tristes le impidieron de disfrutar una felicidad perfecta, halló á lo ménos toda aquella de que podia gozar. El cuidado y la ternura de Teófilo, y las virtudes del jóven Polidoro, hicieron el consuelo y delicias de sus últimos dias. Tuvo ántes de morir la satisfaccion de asegurar la dicha de Polidoro escogiéndole una esposa amable y virtuosa, que fué el ídolo y la gloria de su esposo y familia.

Calló la Baronesa, y como aun era temprano se habló algun tiempo.

Mucho me gusta, dijo el abate, la descripcion de l'*Ange-Sund*. La vieja de noventa y seis años y el banquete de familia que el Baron presenció me hacen acordar de una funcion muy parecida á aquella... — Háganos Vd. el gusto de referirla, señor abate. — De buena gana. Hallándome en Rusia, viajaba por el mes de Julio en la Livonia[1] con un ruso amigo mio; quiso que nos detuviésemos en una casa de campo, de la cual era dueño uno de sus parientes. El aspecto de dicha casa me dejó admirado, pues mas bien parecia una pequeña ciudad, que una casa grande. Se componia de un espacioso edificio rodeado de otros doce mas pequeños, que se comunicaban todos por medio de galerías cubiertas. Eran las nueve de la mañana cuando llegámos á esta habitacion. Hallámos á todos los criados muy ocupados : mi amigo preguntó por el señor Novorgevo (que era el dueño de la casa) y le dijeron que una de sus nietas acababa de parir. Siendo así, prosiguió mi amigo, lo mejor es irnos á pasear un rato, y diciendo esto nos apartámos de la casa. Entónces le hice yo varias preguntas, á las cuales satisfizo del modo siguiente : Novorgevo, me dijo, es un anciano venerable de setenta y cinco años : goza de unos bienes considerables que á nadie debe mas que á sí mismo. Este sitio le ha visto nacer, pero nació en una choza. Su padre era labrador, y no poseia mas que el sitio en donde despues se construyeron esas habitaciones, algunos pedazos de tierra aquí inmediatos, y el bosque adonde vamos á pasearnos. El jóven Novorgevo hizo de edad de catorce años un viaje á Riga; un negociante pariente de su padre se encargó de él; manifestó el muchacho mucha aplicacion y talento, se instruyó, y su pariente formó tan buen concepto de él, que le envió á Petersburgo con algunas cartas de recomendacion, seguro de que para adelantarse no necesitaba mas que darse á conocer. En efecto, en un país en donde se puede, sin la ventaja del nacimiento, aspirar á los honores y puestos mas brillantes, no podia el jóven Novorgevo dejar de hacer un gran papel. En breve tiempo halló protectores y siguió la carrera de las armas. Despues de haber manifestado en la guerra igual prudencia y valor, fué llamado y empleado en la corte. En este tiempo tuvo la desgracia de perder á su padre. : dos hermanas le quedaban que

[1] La Livonia es una de las mas hermosas provincias de la Rusia; es tan fértil en granos que se la llama el granero del Norte. La capital de esta provincia es la grande y rica ciudad de *Riga*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

rehusaron constantemente los dones que su cariño les ofrecia. Estas dos hermanas, modelos de la mas tierna amistad, y de una moderacion mucho mas rara, no quisieron casarse nunca por no separarse, contentándose con el estado en que habian nacido. Seducido Novorgevo por la ambicion hizo un casamiento brillante : su mujer se portó con modestia y arreglo, pero le causó mil pesares con su genio orgulloso y altivo : murió dejándole seis hijos, tres niños y tres niñas, de los cuales el mayor tenia ocho años. Entónces Novorgevo hizo dimision de todos sus empleos y pidió su retiro. Los honores y grandezas no habian hecho mas que deslumbrarle; quiso finalmente gozar de la tranquilidad. Salió de la corte y fué á ver á sus hermanas para no separarse mas de ellas. Luego que llegó aquí hizo construir ese vasto edificio, pero conservó intacta la humilde morada de sus padres que se halla al extremo de este bosque, y es para él como un templo reverenciado que va á visitar todos los dias. Se dedicó enteramente á la educacion de sus hijos, y sus hermanas le ayudaron en esta empresa; al mismo tiempo renovó la amistad con los labradores amigos antiguos de su padre, y despues de haber examinado con cuidado lo interior de sus familias escogió entre ellos los maridos y mujeres que destinaba á sus hijos. En consecuencia de este proyecto se encargó de la educacion de los jóvenes que se proponia elegir para yernos y nueras. No era esta educacion muy esmerada : solo queria que supiesen leer, escribir y contar; que tuviesen buen modo, pureza de costumbres, una devocion verdadera y aficion al trabajo. Ha logrado sus virtuosos designios conforme deseaba, casando todos sus hijos como lo habia pensado, y hoy dia es el mas venturoso de todos los padres. Como cada año se iba aumentando su numerosa familia, que vive con él, se ha visto en la precision de ir construyendo sucesivamente los doce pabellones que rodean su casa : en ella vive, como los antiguos patriarcas, en compañía de sus dos respetables hermanas y una multitud de hijos y nietos, todos vestidos como él y como sus padres, esto es, de aldeanos y aldeanas, pero disfrutando todas las conveniencias de la vida, y gozando de una felicidad poco apetecida del comun de los hombres porque no la conocen. Al acabar mi amigo su narracion entrámos en el bosque. Reparé que de cada árbol pendia una tarjeta en la cual estaba escrita una fecha y un nombre; pregunté á mi amigo qué significaba aquello. Es preciso, me dijo, que ántes de

todo sepa Vd. una costumbre antigua de esta provincia, y cuyo orígen ignoro. Luego que nace una criatura, su padre planta un árbol, en el cual se pone el nombre del niño y el año en que ha nacido [1]. Así es que cada propietario de un terreno de tal cual extension tiene uno de estos bosques sagrados en donde nunca llega la segur á los árboles; pero cuando algun árbol se seca ó descaece por algun



acontecimiento, entónces se determinan á cortarlo, lo que se hace con mucho aparato. Se junta toda la familia y los vecinos : delante de todos se corta el árbol y se trascribe en un libro de familia la inscripcion que estaba en el árbol, añadiendo el año en que ha sido cortado : los parientes y vecinos firman esta nota como testigos del hecho. De este modo se conservan para siempre en esos registros los nombres y memoria de nuestros antepasados, y con tanta mayor certeza cuanto que en otro libro se escribe el año del nacimiento de cada criatura, especificando la especie de árbol que se ha plantado en el *bosque de familia* el dia en que nació.

Aun hablaba mi amigo cuando oímos á lo léjos el ruido de varios

[1] Es muy cierto que existe en Rusia esta costumbre, pero no estoy cierta de si es en la Livonia.

instrumentos campestres. Vamos, me dijo él, á ver plantar el árbol del niño que ha nacido esta mañana : ahora verá Vd. al venerable Novorgevo rodeado de una numerosa corte. No podemos hablarle ahora; pero sé de cierto que acabada la ceremonia vendrá á saludarnos, y nos convidará á comer. Diciendo esto apretámos el paso y guiados por la música llegámos á un paraje del bosque en donde todos los árboles eran muy jóvenes, y hallámos juntas unas doscientas personas, contando quince ó veinte niños pequeños. Todos estaban vestidos del traje peculiar á los aldeanos de Livonia. El de los hombres no tenia cosa particular, pero el adorno de las mujeres me pareció tan singular como gracioso : su tocado consistia en unos velos de muselina que no ocultaban sino una parte de sus cabellos y que las cubrian enteramente las espaldas : todas llevaban ajustadores de un color oscuro, ceñidores de cintas adornados con franjas, y guardapiéses primorosamente bordados. Me adelanto y distingo en medio de aquella multitud á un anciano de aspecto dulce y majestuoso, vestido como los demas, pero cuyo traje sencillo y grosero formaba un contraste muy singular con el brillante adorno que le distinguia. Llevaba al cuello una colonia blanca, de la cual pendia una magnífica cruz de brillantes[1]. Ese es Novorgevo, me dijo mi compañero; la Órden de que está decorado debe dársele á Vd. á conocer. Esa distincion le es sin duda muy grata : el agradecimiento y no el orgullo le hace llevar con gusto ese honorífico premio que ha merecido al cariño que le tiene su soberana. — ¿Dígame Vd., pregunté yo entónces, quién es aquel jóven que está á su derecha? — Es uno de sus nietos, respondió mi amigo, padre del recien nacido : vea Vd. á su derecha dos ancianas, aquellas son sus hermanas, y todos los restantes que están mas inmediatos á él son sus hijos ó nietos. — ¿Cuántos son en todo? — Poco mas ó ménos unas sesenta personas, contando los yernos y nueras, y todos viven en el recinto que Vd. ha visto. Lo restante del concurso se compone de los parientes, vecinos y amigos de la familia; pero atendamos, que empieza la ceremonia.

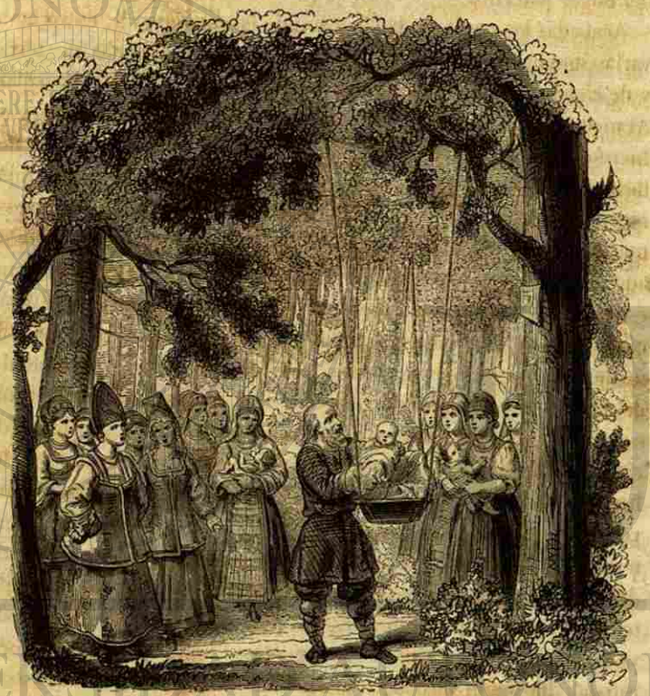
Entónces me acerqué al anciano cuanto pude : vi que tomaba un azadon y que hacia con brazo robusto el hoyo para plantar el árbol. Acabada la ceremonia el viejo, segun costumbre, pronunció varias

[1] La Órden de San Andres instituida por el zar Pedro el Grande

bendiciones sobre el árbol acabado de plantar. Le deseó *que viviese tanto tiempo como el pino Pedro Novorgevo* (que era el árbol mas antiguo del bosque), y que el niño, cuyo nombre tenia, pudiese sentarse algun dia á su sombra *con los hijos de sus nietos*. Dicho esto se trajo el libro, en el cual sentaron su nombre los principales del concurso. Despues tomó el anciano en sus brazos al niño, objeto de la fiesta, y todos salieron del bosque al son de los instrumentos.

Seguímoslos al otro extremo del bosque, en donde habia formado un espacioso salon de enramadas cercado de los árboles mas grandes y hermosos que hasta entónces habia yo visto en el bosque. Este salon nos presentó un espectáculo delicioso. Todos los árboles estaban cubiertos de guirnaldas de flores y de yerbas olorosas, y una docena de pulidas cunas dispersas sin órden, y colgadas con cintas de algunas gruesas ramas, eran como Vds. verán el adorno mas interesante de aquel sitio campestre. Mi compañero me enseñó *el pino Pedro Novorgevo* : admiré su prodigiosa elevacion, y viendo á alguna distancia de él dos encinas, entre las cuales estaba colocada sobre un trono de céspedes una columna de mármol blanco, dije á mi amigo : Sin duda que estos dos árboles merecen particular aprecio al buen viejo. — Seguramente; la mas vieja de esas encinas tiene el nombre de su abuelo, y la otra el de su padre. La columna es un monumento del amor que les profesó. Hay en ella una inscripcion rusa que contiene el elogio de Anastasio y de Alejo Novorgevo; elogio dictado por el corazon y la verdad, y cuyo sentido es el siguiente : « El cielo para recompensar su sincera piedad les « hizo conocer la verdadera dicha; la gozaron buscándola en sus « familias entre las delicias del campo y las tareas de la agricul- « tura. » — Pienso, proseguí yo, que aquella cuna mas adornada que las otras y colgada de esas dos encinas está destinada al recien nacido. — Así es : vea Vd. ahora como se acerca el viejo, y va á poner el niño en la cuna. Con efecto, despues de haber abrazado e anciano tiernamente á su biznieto le colocó en ella : formó despues un trofeo con diversos instrumentos de agricultura que le presentaron, y lo ató á uno de los árboles al lado de la cuna. Él mismo explicó lo que significaba aquello, diciendo que dedicaba á su biznieto á las tareas del campo, concluyendo este último discurso leyendo en alta voz la inscripcion de la columna de mármol. Luego que el anciano cesó de hablar, las madres que llevaban á sus hijos

en brazos los pusieron en las demas cunas y se sentaron al pié de los árboles, teniendo en las manos el cabo de una cinta bastante larga, atada por el otro extremo á las cunas. De cuando en cuando tiraban de ellas, lo que producia en las cunas un movimiento ligero que divertia ó hacia dormir á los niños [1].



En tanto que estas madres, las mas de ellas de edad de veinte ó veinte y cinco años, no hallaban placer mas dulce que el de ocuparse con sus hijos, los jóvenes de ambos sexos así de la familia como de la vecindad se juntaron en el centro del salon, y ejecutaron varias danzas, cantando coplas relativas á la funcion. Cantaron tambien un largo romance, cuyo título era *las cuatro estaciones del*

[1] Las aldeanas rusas cuelgan de los árboles en tiempo de verano las cunas de sus hijos, y los mecen del modo que queda dicho.

año. Despues de haber pintado los placeres de la primavera, del verano y del otoño se celebró el invierno con mucha mas prolijidad. Se hizo una agradable descripcion de las diversiones que disfrutan en el norte en tiempo de hielos y nieves, y se alabaron de un modo ingenuo y gracioso las largas noches de invierno que se pasan tan deliciosamente en medio de una familia amada, reunida en torno del hogar paterno.

Acabadas las coplas se bailó al son de las *balalayas* [1] : entre tanto varias muchachas andaban por la sala con cestas llenas de tortas y de *clougwa* [2] que ofrecian á todos los que estaban viendo bailar. Al mediodía los vecinos y parientes se despidieron del anciano y se fueron. El anciano nos convidó á comer á mi amigo y á mí : nos llevó á la choza en que habia vivido su padre : Este sitio, nos dijo, me ofrece los mas dulces recuerdos; todas las mañanas vengo á meditar en él. Si hubiese podido contener mi numerosa familia, aquí hubiera acabado mis dias : diciendo esto se sentó sobre una estera y nos hizo poner á sus lados. Hablaba bastante bien el francés, y respondió á todas mis preguntas con la urbanidad propia de un hombre que ha vivido veinte años en la corte, y con la bondadosa é ingenua franqueza de un solitario y de un labrador. Me pintó su ventura con los mas vivos coloridos, y despues prosiguió diciendo : He conocido la corte, he conocido todos los gustos que los honores, la vanidad y privanza pueden dar de sí : entónces tenia yo la cabeza ocupada y el corazon vacío y disgustado. Devorado de temores y de inquietudes, tenia que guardarme de las asechanzas del odio y de los furores de la envidia, tenia en fin que tolerar el tedio de las solicitudes injustas é importunas; finalmente, cada dia padecia el dolor de hallar descontentos é ingratos, añadiéndose á esto la falta de un verdadero amigo digno de este nombre. El cielo me abrió los ojos : me hizo conocer que el hombre, arrojado para poco tiempo en esta tierra, es un insensato cuando acumula bienes perecederos, y sacrifica su descanso á la codicia. Es cierto que haciendo dimision de mis empleos perdia la mitad de mis riquezas, pero recobraba la libertad. Renunciando las pasiones y volviendo á los placeres que la naturaleza ofrece, recuperé la salud que habia perdido, y volví á encontrar la felicidad tan pura de que habia dis-

[1] Especie de guitarras con mástil muy largo.
[2] Fruta muy sabrosa, mas pequeña que la cereza, y muy comun en Rusia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frutado en mis primeros años; así es que la sencillez de gusto y de costumbres prolonga y hace grata nuestra vida, y hace los últimos instantes de nuestra carrera tan felices y venturosos como los primeros de la niñez, cuyo recuerdo nos es tan grato, únicamente porque se han pasado con la inocencia y en la calma de las pasiones.

No me cansaba de escuchar al virtuoso Novorgevo; pero la hora de comer interrumpió esta conversacion. Nos pusimos á la mesa en el salon de verdura, en el cual se habia bailado. Contemplaba yo con admiracion al viejo en medio de su familia sentado á la mesa entre sus dos hermanas. No entendia lo que decian sus hijos; pero veia la expresion de sus rostros que pintaba la alegría, y la inspiraba. Despues de comer nos condujo Novorgevo á su casa; era esta tan sencilla como capaz, todos sus muebles consistian en camas sin cortinas, mesas y sillas de palo, y esteras de junco: su adorno le hacian muchas frondosas ramas de árboles[1] entretejidas con mucho arte, y que cubrian todas las paredes de los cuartos. Toda la familia podia estar cómodamente en la sala; se gastó en conversacion cerca de una hora, y entónces cada uno se fué á sus negocios. Quedámos solos con el amo de casa, el cual nos propuso si queríamos dar un paseo por la huerta. Luego que llegámos á ella se quitó la Cruz de San Andres, colgándola de un árbol, y tomando un almocafre, se puso á trabajar sin dejar de hablar con nosotros.

Tenia la huerta una extension prodigiosa: advertí en ella varios trabajadores que luego conocí eran los hijos de la casa con quienes habíamos comido. Entónces supe que los demas estaban empleados en tareas de la misma clase en el campo fuera del recinto de la casa, y que entre tanto las mujeres se ocupaban en las haciendas domésticas. Unas estaban encargadas de la cocina ó de la lechería; otras hilaban, cosian ropa blanca, ó hacian sus vestidos y los de sus hijos. Nadie estaba un instante ocioso hasta las siete de la noche, hora en que toda la familia se juntaba en la sala grande ántes de cenar. ¡Con qué gusto se sentaban á la mesa, y con qué apetito cenaban!... Ántes de irse á acostar leia el buen Novorgevo á sus

[1] Es costumbre en Rusia en tiempo de verano, y sobre todo entre los aldeanos y gente del pueblo, adornar de este modo con ramas lo interior de las casas. De esto nace que andan por las ciudades muchos hombres vendiendo ramos de árboles para este fin En los cuartos se ponen estos ramos en varias vasijas llenas de agua.

hijos una breve instruccion moral y cristiana: acabada esta, todos se ponian de rodillas, y el viejo recitaba en alta voz algunas oraciones, y concluia dando la bendicion á toda su familia. Entónces se iban todos á acostar y á disfrutar de las delicias de un sueño tranquilo. Al dia siguiente marché de aquella casa, sacando de ella y del venturoso filósofo que la habitaba un recuerdo que jamas se borrará de mi memoria y de mi corazon.

Al acabar de decir el abate estas palabras se levantó la Baronesa dándole gracias, y todos se retiraron á sus cuartos, por ser ya cerca de las diez y media. Algunos dias se pasaron sin haber veladas, porque la Marquesa, á quien tocaba referir una historia, estaba constipada; por tanto se pasó el tiempo de la velada hablando. Acordóse César de que la Baronesa habia dicho en la historia de Olimpia *que el honor era mas severo que las leyes*, y le pidió le explicase la causa de esto. Las leyes, respondió la Baronesa, se han hecho para todos los hombres; no se pueden esperar de la multitud sentimientos generosos y delicados, por consiguiente no deben las leyes prescribir acciones grandes. Si fuesen mas severas sería muy corto el número de personas que las observasen, y no producirian un bien general: así que se limitan á prohibir los delitos é injusticias manifiestas, porque han sido establecidas para el pueblo y no para los sabios: bien puedes conocer que el hombre cuya probidad consistiese únicamente en obedecer á las leyes, no sería ni virtuoso ni verdaderamente estimable, á causa de que se puede ser despreciable aun cuando no se cometan aquellas acciones que sugetan á las penas impuestas por las leyes. De todo esto puedes inferir por qué la ley autoriza algunas veces lo que el honor prohibe, y por qué hay tantos pleitos que cubren de ignominia al que los entabla, aunque esté seguro de ganarlos. Puede decirse tambien que hay ciertos delitos que nuestras leyes no castigan, como, por ejemplo, la calumnia cuando no produce algunas funestas resultas. — Pero un calumniador, interrumpió César, pierde su honor en el concepto de todos. — No hay duda, y lo mismo sucede con aquellos que se valen de la indulgencia de la ley para hacer acciones malas en sí mismas. — No comprendo muy bien eso, respondió César: ¿qué cosa es un hombre deshonrado? — Llámase así á un hombre á quien la voz pública acusa de no tener honor... — Segun eso, la multitud conoce toda la fuerza de la virtud, y del buen modo de pensar,

puesto que es mas severa que las leyes : por tanto me parece que las leyes hechas para la multitud deberian mandar la práctica de las virtudes. — Aun el hombre mas vicioso y grosero se ve en la precision de amar la virtud y aborrecer el vicio. Las pasiones le hacen obrar contra su conciencia; y esta conciencia que le reprende sus delitos, le manifiesta los ajenos tanto mejor, cuanto que entónces no tiene interes propio que le haga repugnante este conocimiento. Por tanto obra mal y juzga bien : débil y corrompido cede á sus pasiones; pero cuando está sereno y sin interes propio que le ciegue, condena en los otros, instigado de un primer movimiento, los mismos excesos de que él se deja llevar. Lo que es despreciable le repugna, lo que es generoso y amable le conmueve y le deleita. Mal padre é hijo ingrato, con todo no hubiera visto sin enternecerse á la vieja de l'*Ange-Sund*, bendiciendo á sus hijos, y al ruso Novorgevo en medio de su familia. Admiraria estos rasgos sublimes, pero no sentiria el menor deseo de imitarlos; ¿pues cómo podria obedecer á una ley que se lo mandase? Este hombre que acabo de pintar es una imágen verdadera de la multitud : tales son los hombres en general. La consecuencia mas importante de estas reflexiones es que todos condenan y vituperan las acciones malas, y que todos tambien ensalzan la virtud; con que si se estima la reputacion y aprobacion general es preciso ser siempre bueno, noble y estimable.

Tambien tengo yo que hacer una pregunta, dijo Carolina; hay una palabra cuya significacion ignoro. Varias veces he oido decir *preocupaciones*, y no comprendo muy bien lo que quiere decir. — Por preocupaciones se entiende una opinion que no es fruto de una reflexion madura, y que no estriba sobre ninguna razon sólida. Victoria, por ejemplo, cree que el que lleve consigo un pedazo de la cuerda de un ahorcado ganará siempre que juegue : á esto se llama preocupacion. No son ciertamente las reflexiones que ha formado sobre la posibilidad del caso las que se lo han hecho creer. Si la preguntas por qué tiene esa opinion, te dirá que su tia, su madre ó su abuela lo decian así, y no sacarás mas razon que esta. No todas las preocupaciones son igualmente necias, pero conozco muchas que me lo parecen tanto, y que son muy comunes. He visto muchas mujeres huir de la compañía de una persona que cuidaba de un enfermo con sarampion ó con viruelas, y he visto estas mismas mujeres sentadas con mucha serenidad al lado del médico que visitaba

los mismos enfermos. He visto otras muchas cosas de esta clase, que equivalen á la cuerda del ahorcado de Victoria. Hay tambien otra especie de preocupaciones, que léjos de ser ridículas, son al contrário respetables por ser hijas de una sensibilidad viva y delicada. Dejemos creer á los gemelos que se aman tiernamente, que padecen recíprocamente los males físicos que uno de los dos tiene; dejemos creer á una madre, que será capaz de conocer en medio de mil criaturas á un hijo que nunca ha visto : estos dulces errores de los corazones sensibles son frutos de los sentimientos mas virtuosos; no debemos, pues, despreciarlos. Finalmente, toda opinion que no puede hallar apoyo en algunas razones, y cuya falsedad manifiestan claramente los hechos y la experiencia, es una preocupacion. Pero á ménos de no concurrir todas estas circunstancias no debemos afirmar que una cosa, por mas extraña que pueda parecernos, es quimérica ó disparatada. — En efecto, la historia de Alfonso nos ha hecho ver que hay en la naturaleza una multitud de fenómenos, cuyas causas ni aun los mas sabios pueden explicar. — Por eso no debemos llamar preocupaciones sino aquellas cosas que no solo repugnan á la razon, sino que tambien están convencidas de inciertas por los hechos mismos. — Ahora comprendo muy bien lo que es preocupacion; y puesto que todas las que no nacen de la sensibilidad son ridículas, como el creer que el mártes es dia aciago, ó que si el salero se derrama es señal de una desgracia... — Tambien debes comprender que no puede llamarse preocupacion todo aquello que la religion, las leyes y el honor nos manda; por ejemplo : ¿el respeto que tenemos á los muertos y á sus sepulturas es preocupacion? — No, señora, porque la religion manda que los honremos, siendo ademas una obra de misericordia el enterrarlos. — Muy bien dicho; ¿mas debe llegar ese respeto al exceso que comunmente vemos, cuando dicen que es ménos delito hablar mal y publicar los defectos de un vivo que los de un muerto? — Esta pregunta me enreda. — Consulta, pues, en semejantes ocasiones á la guia mas segura de todas, que es la religion; mira si esta manda que se tenga mas miramiento con la memoria de los difuntos que con la reputacion de los vivos... — No por cierto; lo que manda es amar al prójimo como á sí mismo, y hacerle bien por el mal que nos haya hecho[1] : y así creo seguramente, que es mas delito destruir la

[1] « Bendecid á los que os persiguen; bendecidlos, y guardaos de maldecirlos... No os

reputacion de una persona viva, que ajar la memoria de otra que haya muerto. — Considera tambien que una persona muerta no padece, y que la detraccion aflige y desespera á la que vive : así que la opinion de que os hablaba no es mas que una preocupacion : si despues de muerto un enemigo procurase alguno denigrar su memoria por medio de imputaciones inciertas, este tal tendria tanta vileza como cobardía, puesto que el enemigo muerto no puede impedir el efecto de las voces que se esparcen contra él. Si viviese podria destruir las dudas, y aclarar las conjeturas; pero no podria justificarse de un hecho positivo y averiguado; esta es la causa por qué sería cobarde y vil el que formase una acusacion infundada contra un muerto. Sin embargo debeis creer que en cualquier caso desapruebo y aborrezco este encono insensato contra los que ya no viven : solo he querido haceros ver que es ménos crueldad ajar la reputacion de los muertos, que destruir la de los vivos. — Mamá, dijo Carolina, tendré muy presente esta conversacion : no olvidaré que debemos preservarnos de las preocupaciones ridículas, y respetar aquellas que proceden de la sensibilidad y bondad del corazon. — Y tambien, añadió la Baronesa, debeis tener presente, que cuando se quiere conocer si se debe adoptar ó desechar una opinion, es menester examinarla con madurez, y si su creencia ó incredulidad debe tener alguna influencia en nuestra conducta ó modo de pensar, se debe consultar á la religion, á las leyes y al honor, conformándose exactamente con lo que estos oráculos sagrados manden ó aconsejen. — En efecto, dijo el abate, si desean Vds. ser felices, deben penetrarse de las grandes verdades de la religion, alimentando su espíritu con sus santas máximas, que si así lo hacen ellas le señalarán una regla exacta de todas sus obligaciones.

Dos dias despues de esta conversacion hallándose la Marquesa de Clemira sola con Carolina, le dijo : Esta mañana cuando entré en tu cuarto vi que tu criada te calzaba, y extraño mucho que consientas semejante cosa. ¿Cómo has podido envilecerte, envileciendo al mismo tiempo á una persona semejante á ti? No exijas, pues, jamas de una criada mas que aquellos servicios que te sean absolutamente necesarios; excúsala en cuanto sea posible todo aquello que

vengueis por vuestras propias manos, queridos hermanos mios; ántes bien dad treguas á la ira, porque está escrito : A mí solo toca la venganza. » (*Epist. de S. Pablo á los Romanos*, cap. XII.)

pueda fatigarla é inspirarle repugnancia. No tengas la bajeza é inhumanidad de abusar de su situacion, negándole los miramientos que le son debidos. Si en adelante quieres ser amada y respetada de tus criados, acostúmbrate desde ahora á respetar tambien en ellos los sagrados derechos de la humanidad. Yo no puedo vestirme sola, y así una criada me ayuda á peinarme y vestirme, pero puedo desnudarme muy bien sin que nadie me ayude, y bien sabes que desde que estoy casada no he hecho velar á ninguna criada, ni permitido que me esperase, desnudándome sin su ayuda. He vivido en el mundo; iba á los bailes, volvia á casa á las cuatro ó las cinco de la mañana muy adornada, con un vestido guarnecido de flores y gasas, prendidas con un millar de alfileres : no era muy fácil deshacerse de todo aquel embeleco por mí sola, pero queria yo mas tomarme este trabajo, y acostarme media hora mas tarde, que no que me ayudase una pobre criada medio dormida y de mal humor, que al desnudarme hubiera en su interior maldecido mil veces mis diversiones y su suerte. Ahora tengo ménos mérito en desnudarme sola, porque los adornos que gastamos en Champcery no son muy embarazosos. — ¿Tampoco llama Vd. nunca de noche? — No, á ménos que no esté mala. Si despues de acostada necesito de algo, me vuelvo á levantar aunque sea en el rigor del invierno. Estoy tan acostumbrada á ello, que no se me hace penoso : es una costumbre que nada me cuesta, y que me da una actividad que creo muy saludable, porque no hay cosa que debilite tanto como la pereza y molicie. Sirviéndose uno á sí mismo adquiere una fuerza y agilidad increibles : no parezco muy robusta, y sin embargo no se pasa noche alguna sin que haga alguna prueba de mis fuerzas; unas veces cargo con un cántaro grande lleno de agua, otras en tiempo de invierno pongo en mi chimenea algun tronco de leña, quizas mas pesado que todo mi cuerpo... — Yo, mamá, quiero imitar á Vd.; de aquí en adelante me desnudaré sola si Vd. me lo permite. — Aun eres muy niña para eso. Tu edad es el tiempo de la debilidad y dependencias físicas; pero puedes desde ahora ayudarte á ti misma mas de lo que haces, y cuando tengas quince años será bien que te acostumbres á desnudarte sola... — Prometo á Vd. que no volveré á faltar al miramiento que debemos tener con los que nos sirven. — Hay tambien otros muchos miramientos que guardar con los criados, entre otros el de no decir nunca delante de ellos directa

ni indirectamente expresion alguna que pueda moverlos á avergonzarse de su estado. Sería, por exemplo, una crueldad odiosa citar delante de un criado algun proverbio insultante con referencia á la clase en que se halla, como el siguiente : *mentir como un lacayo*. Se han de evitar, pues, con el mayor cuidado semejantes groserías, las cuales al mismo tiempo que les causan rubor, excitan su sentimiento y odio contra nosotros. Tambien se debe tener mucho cuidado en no hablar delante de ellos de cosas que puedan alterar los principios de la Religion Católica; porque las razones y acciones de los amos, influyen en gran manera en la conducta de los criados; así que somos dos veces reos cuando les damos mal ejemplo. Finalmente, la caridad, la justicia y la humanidad nos mandan que los tratemos con dulzura é indulgencia; que nos ocupemos en sus intereses, que los protejamos siempre que haya ocasion, y que los cuidemos con mucho afecto cuando están enfermos ó se hallan inútiles, habiendo envejecido en nuestras casas.

Al pronunciar la Marquesa estas palabras se levantó para ir á paseo; pero Carolina la detuvo diciendo : que tenia que confesarle que aquella mañana habia estado de mal humor con Pulqueria. No dudo, dijo la Marquesa, que al instante habrás satisfecho esa culpa. — Sí, señora. — ¿Pero de qué modo? — Me he violentado, he vencido mi mal humor, y lo restante de la mañana he estado como de costumbre... — ¿Y no le has pedido perdon, ni le has manifestado el sentimiento que tenias de haber sido injusta un rato? — Al punto que ella me ha visto de buen humor se ha puesto tambien muy alegre, y no daba señas de estar sentida de nada. — ¿Y porque ella no tiene rencor has de parecer tú insensible? Si yo hubiese faltado al mas ínfimo criado de casa, manifestaria seguramente mi arrepentimiento, y creeria honrarme á mí misma dándole una satisfaccion proporcionada á la ofensa, porque no hay cosa que nos ensalce tanto como la equidad. El defecto mas intolerable que hay en la sociedad es el de no saber conocer y enmendar nuestros yerros. Somos tan imperfectos, que no se pasa dia sin que cometamos algunos : por tanto, la persona mas amable y atractiva será siempre aquella que confesando sus defectos, manifestare mas franqueza y sensibilidad. Este es el talento sublime de los corazones generosos, en tanto que las almas débiles y limitadas, poseidas de una mala vergüenza, quieren mas agravar sus culpas, que no dar un paso, ó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS SOLITARIOS DE NORMANDIA.

decir una sola palabra que bastaria para expiarlas... — Mamá, voy ahora mismo á ver á mi hermana para pedirle perdon de mi enfado, y de no haberle manifestado al instante mi arrepentimiento. Al oir estas palabras la Marquesa abrazó tiernamente á Carolina, la cual al punto salió corriendo del cuarto para ir á buscar á su hermanita.

La Marquesa habia prometido aquella mañana que por la noche referiria una historia verdadera, promesa que desempeñó en los términos siguientes :

LOS SOLITARIOS DE NORMANDIA

HISTORIA VERDADERA

En la provincia de Normandía, á cuatro leguas de Forges [1], cerca del rico monasterio de Bobec, vivia un honrado labrador llamado Anselmo, en compañía de su mujer é hijos. Era pobre, pero tan feliz que en quince años no habia salido de su choza mas que para ir á la iglesia. Su pajiza habitacion estaba aislada en medio de un bosque; no tenia vecinos, ni los deseaba. No podia imaginarse que despues de haber labrado sus tierras pudiese haber un placer mayor que el de descansar en medio de su familia. Algunos pedazos de tierras, dos vacas y algunas aves eran todas sus riquezas : su familia se componia de su mujer, cinco hijos, una criada y un pastor : voy á haceros conocer particularmente á estas dos personas. La criada se llamaba Pascuala, y como desde sus primeros años vivia en casa de Anselmo, tenia la inclinacion y costumbres sedentarias de sus amos. Jamas se habia apartado de la casa mas de media legua; de cuantos edificios hay sobre la tierra no habia visto mas que el convento de Bobec, y nunca San Pedro de Roma ó el *Louvre* [2] excitaron admiracion igual á la que sentia Pascuala al ver la pequeña iglesia de Bobec. Habia oido hablar de Forges, y sabiendo que este

[1] Célebre por sus aguas minerales.
[2] Louvre : uno de los grandes palacios de Paris.

lugar distaba cuatro leguas de su habitacion, nunca tuvo ánimo para emprender un viaje tan largo. Bien podeis pensar que Pascuala ni sabia leer, ni habia visto un libro en toda su vida : sus habilidades eran muy limitadas; se reducian á saber ordeñar las



vacas, hacer queso y ayudar á su ama en las haciendas de casa : no hubiera podido su entendimiento abrazar conocimientos mas extensos; no tenia precisamente mas que aquel grado de inteligencia necesario para desempeñar medianamente las obligaciones de su estado, y si el cielo no le hubiese dado unos amos tan pacíficos y humanos, mas de cuatro veces se hubiera visto á pique de perder su acomodo; pero á lo ménos no cometia culpas voluntarias; carecia absolutamente de memoria y de reflexion, tenia poca actividad; pero sus intenciones eran puras y su corazon tan bueno, que nunca pudieron Anselmo y su mujer resolverse á reñirla. Miguel, el pastor que guardaba las vacas, era aun ménos activo y mas limitado que Pascuala. Su poca salud le servia de excusa para con el indulgente Anselmo de su indolencia é incapacidad; fuera de esto era naturalmente blando y pacífico; tenia hombría de bien, un sosiego inalterable y una serenidad de alma que nada podia turbar.

Habia tanta conformidad entre Miguel y Pascuala, que era imposible que se viesen todos los dias sin aficionarse el uno al otro. Declaróse la simpatía, y los dos amantes pidieron á sus amos licencia para casarse, lo que al punto les fué concedido. Casó Pascuala con Miguel, y al cabo de tres años se vió madre de tres hijos, que se criaron con los de Anselmo.

De allí á un año tuvo Pascuala un grandísimo pesar. Murió la mujer de Anselmo, y este murió tambien dos años despues. De este modo perdieron Pascuala y Miguel el mejor de los amos y el único amparo que tenian en todo el mundo. Algunos parientes, tutores de los niños, tomaron posesion de la corta herencia, y tuvieron la crueldad de arrojar de ella á Miguel y Pascuala.

Fué preciso abandonar la cabaña querida, que miraban como su casa paterna; fué preciso arrancarse de los brazos de los niños del virtuoso Anselmo, de aquellos niños que tanto tiempo habia daban á Pascuala el dulce nombre de madre. La pobre Pascuala los abrazó con lágrimas, y salió desesperada, seguida de cuatro hijos que tenia entónces, y del triste Miguel, que llevaba debajo del brazo un lio en que iba alguna ropa, único bien que habia quedado á aquella familia desventurada.

En medio de esta horrorosa situacion tuvieron la dicha de no padecer ninguna de las crueles inquietudes que pueden causar la imaginacion y la prevision; eran de genio de no sentir nunca mas que los trabajos presentes. Lo venidero estaba cubierto para ellos de un velo tan impenetrable que les ocultaba hasta la imágen del dia siguiente. Ántes de salir de la casa habian comido bien, por tanto no les inquietaba mucho el recuerdo de lo que cenarian : solo hablaban de su sentimiento por la muerte de Anselmo y del amor que tenian á sus hijos, que se habian visto precisados á abandonar.

Hablando de este modo caminaban sin saber adónde, y se perdieron en el bosque. Pascuala estaba preñada de seis meses; luego que se sintió cansada se sentó al pié de un árbol : su marido se sentó á su lado, y los cuatro niños se acomodaron al rededor de ellos; esto pasaba á principios de Julio. Al anochecer uno de los niños dijo que tenia hambre, y al punto empezaron todos á pedir pan. Miguel que llevaba algunas provisiones en su zurron las repartió entre su mujer é hijos. Acabada la cena se determinaron á pasar allí la noche, y al amanecer siguieron un sendero trillado que los condujo á una especie de desierto al otro extremo del bosque.

Todo aquel sitio inculto estaba cubierto de malezas; pero encontraron una fuente que salia de entre unas peñas. Este hallazgo causó

el mayor gozo á Pascuala porque sus hijos se morian de sed : para mayor fortuna todo aquel terreno estaba lleno de avellanos, morales y sambueseros silvestres, y el suelo cubierto de fresas. Al ver Pascuala aquel jardin natural exclamó encantada : Miguel, Miguel, quedémonos aquí; tenemos agua y frutas con que mantenernos, y haciendo una choza con hojas y ramas para pasar la noche estaremos grandemente... — Sí, pero es menester licencia para cortar las ramas que no son nuestras. Esta reflexion de Miguel dejó muy triste á Pascuala.

Á este tiempo vió que un muchacho se acercaba á ellos conforme iba cogiendo fresas : Pascuala se llega á él y le pregunta si sabe cuyo es aquel bosque. Es de la abadía de Bobec, respondió el muchacho. — ¿Está muy léjos la abadía? — Média legua; ahora voy á llevar las fresas que he cogido. Entónces Pascuala entró en consulta con Miguel, el cual despues de haber recibido sus órdenes siguió al muchacho que iba al monasterio : Pascuala y sus hijos se quedaron á la entrada del bosque encargándole que volviese cuanto ántes.

Luego que Miguel llegó al monasterio fué á hablar con el abad, á quien expuso su situacion, concluyendo con pedirle que le diese trabajo, ó á lo ménos la licencia de hacer una choza en el sitio que le dijo. ¿Qué sabes hacer? le preguntó el abad. — Sé guardar vacas. — No necesitamos de pastores, y ademas no eres de nuestras tierras. — Pero no tengo que comer; allá se va todo... — No se puede socorrer como quisiéramos á todos los pobres... — Padre, yo no soy pobre, no pido limosna, tengo alientos y ganas de trabajar... — Pero no sabes hacer nada, y ademas, te vuelvo á decir que los de nuestras tierras deben ser preferidos... — Pues mire Vd., le aseguro que soy muy débil y enfermizo; por eso debia Vd. darme que trabajar... — ¿Con que te he de tomar por criado á causa de que no puedes trabajar? — Sí, señor, por eso me tenia en su casa Anselmo, mi difunto amo; pero si Vd., padre, no gusta de enfermos, déme á lo ménos licencia para hacer una choza en el bosque. — ¿Y cómo viviréis? — Hay muchas frutas; hay berros, avellanas y fresas : es un paraíso... — ¿Y en invierno? — ¡Ah! es verdad; no hemos pensado en el invierno... pero de aquí á allá falta buen rato : ahora estamos en Julio... — Buen hombre, ya que lo quieres te doy licencia para hacer una choza, y cada dos dias puedes

venir á buscar una provision de pan y patatas para ti y tu familia... — Justamente tengo un zurron muy guapo. — Á Dios; esto es cuanto puedo hacer por ti... — Y es mucho mas de lo que yo pedia... ¡Qué contenta se pondrá mi Pascuala cuando sepa esto!...

Diciendo así se despidió y salió muy de priesa. Ya estaba fuera del monasterio cuando le hicieron volver para darle su provision de pan y patatas asadas, como el abad habia mandado. Miguel, que era hombre de bien á toda prueba, rehusó el tomarlas, diciendo : El padre me ha dicho no habia de ser sino cada dos dias; y así volveré á tomar esto esotro dia. Á pesar de su resistencia le hicieron tomar la provision para dos dias, y se fué contentísimo del feliz éxito de su viage. Luego que descubrió á Pascuala se puso muy ufano, y respondió por extenso á todas sus preguntas. Pascuala, aunque muy gozosa, le riñó un poco su descuido en no haber comprado en el lugar de Bobec una podadera para cortar las ramas; porque en fin, prosiguió, nos hallamos con nueve libras y diez sueldos (este era el fruto de sus ahorros de diez años) : ¿qué quieres que hagamos con todo este dinero? — Es verdad, respondió Miguel; pero no se puede pensar en todo : mira tambien como se nos habia olvidado que llegará el invierno... — Ahora que lo mientas, será menester guardar algun dinero para comprar pellejos de carnero... — Sí, porque si hemos de vivir aquí se ha de procurar que nada nos falte... — Vamos ahora á trabajar : tú con la navaja cortarás las ramas.

Dicho esto, Pascuala emprendió su tarea y Miguel la imitó : la industria de uno y otro era igual á su robustez; por tanto tardaron mas de quince dias en hacer una chozita bastante sólida; pero que tenia un defecto que no echaron de ver sino cuando ya estaba casi concluida la obra. No se habian acordado (porque como decia Miguel no se puede pensar en todo) de que habian de habitar en su choza, por lo cual era conveniente que su altura fuese proporcionada á la de ellos. Es mas cómodo trabajar con los brazos en su postura natural, que no levantándolos, y ellos habian escogido el modo ménos molesto : de suerte que podian echarse de pechos sobre el tejado de su choza lo mismo que sobre la barandilla de un balcon. Pascuala fué quien advirtió primero este defecto de construccion : aunque el edificio estaba casi acabado, tuvo la valerosa tentacion de volverlo á empezar; pero Miguel se lo quitó de la cabeza, diciéndole que nadie entra en su casa sino para dormir ó descansar, y

que así bastaba que pudiesen estar echados ó sentados. No tenia réplica este argumento, y en efecto se concluyó la choza á pesar de aquel error en sus dimensiones.



Dió la casualidad que el dia que se comió en ella por la primera vez, fué un dia de fiesta. Aquella mañana habia ido Miguel á la abadía y volvió con su provision de patatas y pan, llevando ademas una cantarilla de leche y algunos huevos frescos que habia comprado en el lugar. Grande fué la alegría de los niños al ver tanta variedad de manjares para el festin : su gozo y contento excitó el de Miguel y Pascuala; en fin, nada faltó al gusto completo de aquella comida, porque en los convidados se hallaban reunidos el buen humor y el apetito. Por la noche se durmió grandemente : despues de haber pasado veinte y ocho noches expuestos á la intemperie no podia dejar de ser muy grato el descansar al abrigo de una buena choza, durmiendo sobre un catre mullido de hojas y paja fresca. Al dia siguiente toda la familia despertó con cabal salud.

No hay cosa, dijo Miguel, como tener uno todas sus conveniencias; por mas que digan que el cuerpo se hace á todo, yo aseguro que no hubiera dormido tambien á campo raso, y tendido sobre la tierra desnuda. Ni yo tampoco, respondió Pascuala : todas estas noches me he acordado mil veces del establo en que dormiamos

en casa de nuestro pobre amo. — Oyes, Pascuala, tan buena es nuestra cabaña como aquel establo; ¿no es verdad? — Ya se ve; y á mas á mas estamos en nuestra casa, y como decia nuestro amo Anselmo, nadie se halla mejor en parte alguna que en su casa. Esta casa, que bastaba al contento de Pascuala, se habia rematado el dia ántes. Miguel habia comprado una ortera y cinco cucharas de palo, algunas pieles de carnero y un poco de cáñamo para Pascuala, que tenia una rueca y sabia hilar tal cual : en esto se emplearon las nueve libras y diez sueldos. Miguel por su parte se ingeniaba como podia : cazaba pajarillos con liga y los llevaba al monasterio, y al fin del mes iba al lugar á vender la hilaza de su mujer; sacaba de esto un producto muy tenue, porque, como ya he dicho, no era Pascuala ni muy activa ni trabajadora.

Todo el verano pasaron de esta suerte. En el mes de Setiembre parió Pascuala con toda felicidad una niña. Llegó por fin el invierno, y á pesar de las pieles la cabaña pareció entónces mucho ménos cómoda, mayormente no habiendo ya moras, avellanas ni fresas. No obstante, no padecieron Miguel y Pascuala tanto como se debe pensar; porque nunca habian dormido en un cuarto muy abrigado : el establo, del cual se acordaban tanto, tenia en el tejado varias aberturas, y la puerta, compuesta de tablas mal unidas, tenia de arriba abajo tres ó cuatro rendijas, por las cuales se podia pasar la mano sin dificultad; y así no hallaron mucha diferencia entre su choza y el establo aun en lo mas riguroso del invierno, y en verano su barraca, situada en un terreno seco, y resguardada por un bosque cubierto de flores y frutas silvestres, era mas agradable que un establo oscuro y húmedo, edificado en un corral lleno de estiércol, y en partes cubierto de agua detenida y pestilente.

Á fines del invierno Miguel, que dos meses habia andaba con mucho trabajo, se halló en una total imposibilidad de ir al monasterio á tomar su alimento : Pascuala le reemplazó, y el pobre Miguel se quedó en la choza tristemente echado sobre su cama de hojas secas. No padecia dolores vivos; su tranquilidad natural y su piedad le defendian de la impaciencia y tedio. Pasaba todo el dia rezando; Pascuala hilaba ó rezaba el rosario á su lado, sus hijos le acariciaban, y todo esto hacia que no se reputase por muy desgraciado. En esta situacion pasaron otro año.

Habia ya dos cumplidos que Miguel y Pascuala habitaban en aquel sitio : un dia (era por el mes de Julio) Pascuala, que habia ido á recoger hojas en el bosque, llegó corriendo y sufocada á la cabaña. ¡Ah Miguel, exclamó luego que vió á su marido, qué cosa tan hermosa he visto!... — ¿Pues qué es? — ¡Una barca muy hermosa y amarilla sin techo... está casi casi hecha como una carreta, pero tan reluciente!... y la llevan seis caballos todos plateados... y dentro van unas señoras muy hermosas, y detras unos señores muy guapos vestidos de encarnado!... Al tiempo que Pascuala acababa de pronunciar estas palabras, oyó el ruido del coche, cuya descripcion habia hecho; se estremece de alegría, sale de la cabaña, y todos los niños la siguen. Ve el coche á treinta pasos de ella, y distingue entre las personas que iban en él una dama sumamente hermosa, que arrojando sobre ella y sus hijos una dulce mirada, manda al cochero que pare. Sorprendida y encantada Pascuala no se atreve á acercarse.

La jóven y hermosa incógnita, seguida de cuatro damas que la acompañan, se acerca á Pascuala. ¿Son de Vd., le dice, estas cinco criaturas? — Sí, señora... — ¡Pobres chiquitos! Están casi desnudos... — Los tres mas chicos tienen chupas y calzones, pero los guardamos para el invierno... — ¿Y pasan Vds. todo el dia en esta choza? — El dia y tambien la noche. — ¿Pues qué, no tienen Vds. otra habitacion? — No, señora; dos años hace que vivimos aquí, pero estamos muy bien, solo en el invierno hace bastante frio, y como mi marido está enfermo... — ¿Enfermo, y está en esa cabaña?... — Sí, señora. — ¡Oh cielos!... ¡qué feliz soy en la casualidad de que nos hayan extraviado y hecho venir aquí! Diciendo esto la incógnita se adelanta hácia la cabaña y entró en ella no sin mucho trabajo, porque los zapatos de tacon y sombrerillo con plumas la obligaron á agobiarse tanto, que no pudiendo soportar aquella actitud tan penosa, tomó el partido de ponerse de rodillas. ¡Oh Dios mio! dijo volviéndose á Miguel con los ojos llenos de lágrimas, ¡es posible que hace dos años no tienen Vds. otro asilo mas que este!... ¿Cómo no ha ido Vd. á Forges á curarse? — Como está tan lèjos... — No hay mas que tres leguas... — Hace diez y ocho meses que mi marido está baldado; no podia yo dejarle aquí solo para hacer un viaje tan largo : y sin eso no estamos tan mal, cada dos dias tenemos pan y patatas. Entónces la incógnita sacó su bolsillo, y dándoselo á Pascuala le dijo : Tome Vd., esta tarde vendrán á buscarlos de mi parte, y puesto que les gusta este sitio, les prometo que volverán á él, pero ántes es menester que pasen algun tiempo en Forges, porque el enfermo necesita de la asistencia de un buen médico.

Entre tanto Pascuala miraba y volvia á mirar las monedas de oro que la incógnita acababa de darle; finalmente le dijo : Ya que es Vd. tan buena, sepa Vd., señora, que estas monedas no nos pueden servir; no se conoce esto por acá... — ¿Pues qué, nunca ha visto Vd. oro? — Sí tal, he visto mucho dorado en la capilla de Bobec; pero no debe de correr la moneda de oro por acá, porque ni siquiera he oido hablar de ella. Penetrada la incógnita de un exceso de miseria, que jamas hubiera creido, no pudo reprimir su llanto : sin embargo, obligó á Pascuala á que guardase el oro que le habia dado; pero para contentarla le hizo dar algunas monedas de plata, que ella admitió loca de contento. Hecho esto la incógnita y las señoras que la acompañaban salieron de la cabaña, subieron en el coche, y volvieron á Forges, dejando á Miguel y á Pascuala llenos de gozo y admiracion. Todo el dia hablaron de la *hermosa señora*, y todavía les duraba la misma conversacion por la tarde cuando los fueron á buscar para llevarlos á Forges. Cuatro hombres pusieron á Miguel sobre una litera, y le llevaron con mucho cuidado. Pascuala y sus hijos subieron en un carro, y todos llegaron á Forges á cerca de las nueve de la noche. Al punto los condujeron á una casa en donde hallaron ropa limpia y buenas camas.

Luego que Miguel se hubo acostado, Pascuala fué corriendo á hacer preguntas á la huéspeda. Al cabo de un cuarto de hora volvió. ¡Oh Miguel, le dijo, verás, verás lo que he sabido!... — Dímelo presto... — La hermosa señora... oyes, ¿sabes tú lo que es una princesa?... — Yo no... — Pues bien, la hermosa señora es una princesa... y se llama tambien duquesa... y tiene tambien otro nombre... pero se me ha olvidado... y es tambien, que es mas que todo, parienta del rey... — Pues no por eso es mas tiesa ni vana. — ¡Oh! no por cierto. — ¡Parienta del rey, y tener un modo de mirar tan humano y una habla tan dulce!... — ¿A que no adivinas por qué ha venido á Forges? Pues es para beber de una agua que hace tener hijos : yo no tengo mucha fe en esa fuente, pero haré una novena para que Dios dé á esta querida señora una hermosa familia en pago de su caridad.

La huéspeda interrumpió esta conversacion trayendo á los dos solitarios una excelente cena. Miguel y su mujer habian bebido algunas veces un poco de mala cerveza, pero nunca habian probado el vino : entónces lo bebieron por la primera vez á la salud de su bienhechora. Despues de haber cenado se acostó Pascuala, dando gracias al cielo, y mil bendiciones á su jóven y virtuosa protectora. Al dia siguiente despertó Pascuala, cuando entró en su cuarto una costurera que iba á tomarle medida á ella y á sus hijos de parte de la princesa. En efecto, de allí á pocos dias le entregaron el vestuario mas completo para ella, su marido é hijos. Cada vez se aumentaba mas el gozo de Pascuala ; sobre todo, viendo que Miguel se iba restableciendo con suma rapidez. El esmero y asistencia del médico, una habitacion sana, y el buen alimento, habian producido una mejoría casi repentina, y al cabo de tres semanas pudo levantarse y andar por su cuarto.

Entónces fué Pascuala á ver á su bienhechora, la que presentándole un manojo de llaves le dijo : Estas son, Pascuala mia, las llaves de su casa de Vd. y de sus armarios. Vaya Vd. á ella, y mañana por la mañana iré yo á que me dé de almorzar. Atónita Pascuala al oir esto, quiso hablar y no pudo, tomó las llaves como alelada, no pudiendo creer que tuviese una casa con armarios, ni que la *parienta del rey* fuese á almorzar con ella. Aquel mismo dia Miguel, su mujer y sus hijos volvieron al desierto de donde los habian sacado. ¡Pero qué grande fué su sorpresa al ver en lugar de la choza de hojas y ramas una casita muy aseada, situada en medio de una gran huerta! Los niños dan mil gritos de alegría, Miguel y Pascuala los abrazan llorando. ¡Oh Dios mio! dijo Pascuala juntando las manos, ¿qué hemos hecho para merecer tanta dicha?...

Paró el carro á la puerta, y condujeron á los solitarios á su habitacion, compuesta de varios cuartos muy aseados, y de una cocina con todos los utensilios necesarios en una casa. La sala de los solitarios tenia una chimenea, y en fin las alcobas, las camas y muebles no dejaban nada que desear respecto al todo de la habitacion. Viendo Pascuala un armario grande, sacó su manojo de llaves, y abriéndolo halló dos vestidos completos para su marido, otros tantos para ella y para cada uno de sus hijos ; halló tambien camisas, médias, sábanas, manteles y servilletas, y una gran provision de lino para hilar. Luego que Pascuala hubo registrado el armario, la llevaron á su huerta ya plantada de varias legumbres ; despues le enseñaron un corral en donde halló seis docenas de gallinas ; finalmente, abrió un establo en el cual habia dos hermosas vacas, y se le dijo que era dueña de un pedazo de prado para apacentarlas, y que distaba medio cuarto de legua de su casa. Pascuala creia estar soñando : ¡Pues qué, decia á su marido, ya somos mas ricos que no lo era nuestro difunto amo Anselmo!... Su casa comparada á la nuestra es una pocilga... Nuestra huerta es tres veces mayor que la suya... ¡Oh Miguel! será menester que nunca olvidemos nuestra choza, sobre todo en el invierno, cuando estemos con nuestros hijos sentados al fuego, para dar gracias á Dios siempre de tan buena gana como ahora. En tanto que Pascuala hablaba así, sus ojos vertian las mas dulces lágrimas : tambien lloraba Miguel, y uno y otro abrazaban á sus hijos, recibiendo sus caricias con un placer y un gozo que jamas habian sentido, aunque siempre los amaban tiernamente.



En toda la noche pudo dormir Pascuala : como habia quedado

una lamparilla encendida sobre la chimenea, la pasó toda considerando con admiracion su cuarto y sus muebles, rezando y bendiciendo á su ilustre bienhechora. Al amanecer se levantó, y su marido tambien; vuelven á registrar su cocina, su jardin y establo. Hecho esto, vistieron á los niños, poniéndoles los mejores vestidos, y dispusieron el almuerzo. Tienden sobre la mesa un mantel nuevo, ponen encima dos tazones llenos de nata de leche, buen pan casero, manteca fresca y una cesta de avellanas acabadas de coger : dispuesto todo de esta manera, se espera á la *buena señora* con impaciencia y desasosiego. Á las once, el hijo mayor, puesto de centinela á la salida del bosque, deja su puesto y llega anunciando que ha visto el coche á lo léjos. Entónces Pascuala y Miguel se agarran del brazo y se disponen á salir de casa enteramente turbados y enternecidos. Miguel, aun algo débil de las piernas, se aflige de que no puede andar mas apriesa; los niños quieren ir corriendo delante, y se precipitan hácia la puerta; el padre y la madre los llaman, y por la primera vez se quejan de su desobediencia.

En el instante mismo en que los solitarios llegaban á la puerta de su patio, se apeaba la Princesa de su coche. Pascuala y su marido bañados en llanto se arrojan á sus piés, y Pascuala mostrándole á Miguel : ¡Oh señora, dijo, ya está curado, ya puede andar!... ¡Nuestros hijos no padecerán mas el rigor del frio!... ¡Esta es nuestra casa en que estaremos tan bien en el verano como en el invierno! Todo se lo debemos á Vd. y solo Dios puede pagarle; porque nosotros, pobres infelices, ni darle gracias sabemos.

Un diluvio de lágrimas interrumpió estas razones; la amable y virtuosa Princesa mezcló las suyas con las de los solitarios, y levantando del suelo á Pascuala la tomó del brazo, y entró de este modo en la casa. Bien podeis creer que el almuerzo fué excelente, y que se pascaron muy bien por la huerta sin dejar de ver hasta el establo.

Á las doce y média la Princesa se apartó de los solitarios, y al llegar á Forges supo con igual gusto y enternecimiento que no hay estados ni clases en que no se puedan hallar los sentimientos nobles y generosos que la caracterizaban á ella tan particularmente. Los carpinteros y albañiles que habian construido la casa de los solitarios, movidos de una accion que aseguraba la felicidad de una familia entera, quisieron tener parte en ella de algun modo. Trabajaron con mucho ardor noche y dia, y luego que estuvo concluida la casa, todos unánimes rehusaron el precio de su trabajo. No hubo medio de hacerles aceptar la menor recompensa, y solo se les pudo pagar empleándolos al instante en otras obras, por las cuales se les dió el doble de lo que valian.

Habiendo dejado de hablar la Marquesa : Esta historia, dijo el abate, es muy preciosa. No es dificultoso adivinar el nombre de la augusta bienhechora de los solitarios, y se pueden citar de ella tantas acciones de esta clase, que no me admira la que Vd. ha contado; pero la generosidad de los carpinteros y albañiles me sorprende. Que un hombre de esa clase tuviese tanta grandeza de ánimo, seria muy extraordinario, aunque creible; pero que todos se convengan en trabajar dia y noche con el solo fin de participar de una buena accion, que rehusan con teson el salario que les es debido, que de un consentimiento unánime sacrifiquen así su tiempo y trabajo, y que siendo pobres se avergüencen de tomar un dinero tan legítimamente ganado, hay en ese modo de pensar una nobleza, un pundonor y un entusiasmo de virtud, que me parecen poco verosímiles en personas de tan bajo estado, y no puedo ménos de declarar á Vd. que tengo algun rezelo de que la han engañado acerca de este punto. — ¿Y si yo misma hubiese sido testigo del caso?... — Me alegro mucho, porque me es muy gustoso poderlo creer. — Este es uno de aquellos rasgos que nadie se atreveria á inventar, porque no tenemos mas que una idea imperfecta de la naturaleza. No la querríamos conocer en algun hecho imaginario que la pintase con toda su elevacion, y por una inconsecuencia ridícula, el heroismo que tanto admiramos en la historia no nos pareceria, en una obra de pura invencion, mas que una ficcion extravagante destituida de toda verosimilidad. No obstante, es cierto que lo que se llama *belleza ideal* no existe en lo moral, porque siempre que la imaginacion concibe alguna cosa sublime, puede el hombre practicarla si escucha los primeros impulsos de su corazon, ó se ve obligado en fuerza de la admiracion que causan los grandes ejemplos de virtud. Y si buscamos la idea de una perfeccion constante, tal como la podemos concebir, la hallaremos infaliblemente examinando la conducta de aquellos que practican exactamente todas las obligaciones que la religion impone.

Al acabar la Marquesa estas palabras dieron las diez. Mamá, dijo

César, aun es temprano : la historia de los solitarios ha sido muy corta, y Vd. la ha acabado tan de repente, que no nos ha dado el tiempo de hacer alguna pregunta. — Es verdad, dijo Pulqueria, por ejemplo, desearia yo saber si la novena de Pascuala ha tenido efecto. — Sí, respondió la Marquesa; aquel mismo año tuvo su bienhechora una hija, de la cual he de referiros un lance.

Esta preciosa niña tiene seis años y medio; todos los veranos los pasa en el campo. El año pasado encontró paseándose en el bosque de Montmorency á una niña muy pulida que su madre llevaba de la mano. La madre presentó una cestita de fresas á la jóven Princesa, la cual mirando de cerca á la chiquita, echó de ver que era ciega, cosa que la dejó muy admirada, porque la niña tenia los ojos abiertos y muy hermosos. Hizo varias preguntas á la madre, que le respondió que su hija no era ciega de nacimiento, pero que no tenia los medios precisos para llevarla á Paris á que la viesen los cirujanos. ¿Pues qué, dijo la Princesa, los cirujanos podrian volverle la vista? — Así dicen... — Pues bien, yo la llevaré á Paris cuando volvamos, le haré lugar en el coche á mi lado. Enternecida la aldeana echó á llorar, y las personas que acompañaban á la Princesa le dijeron que fuese al dia siguiente á verse con ella.

Conforme á la idea que la Princesa habia tenido por sí misma en fuerza del primer movimiento, se envió á la niña á Paris á casa de un oculista, que la tuvo todo el resto del verano y parte del invierno. A principios de este verano la jóven Princesa al llegar al campo tuvo un gran gusto cuando le presentaron la niña perfectamente curada. ¿Con que ya no eres ciega? le dijo. — No, señora. — ¿Estás muy contenta? — Seguramente, porque podré trabajar. — ¿Y leer? — ¡Oh! yo no sé leer. — ¿Pues cómo, si eres mas grande que yo, y yo leo bien? — He estado ciega dos años... — Es verdad, pero ahora que ves bien, puedes aprender. — Mi madre no tiene dinero para enviarme á la escuela... — ¡Pobre chiquita!... ¿Quieres que yo te enseñe á leer? Si quieres te daré una leccion cada dia. Creyendo la niña que la Princesa se burlaba, se echó á reir. Insistió la Princesa, y una de las personas que estaban con ella dió á entender que desaprobaba esta resolucion. Considere Vd., señorita, le dijo, que una maestra necesita de mucha paciencia. — Yo la tendré. — Esto quizas durará mucho tiempo... — Estoy cierta que no me cansaré; yo leia de corrido al cabo de quince lecciones. — Es cierto; varios

niños con el método que se ha empleado para Vd. han aprendido á leer en el mismo tiempo; pero si *Naneta* tiene la cabeza muy dura, y no emplea mucha aplicacion, quizas se necesitarán tres meses de leccion. — ¿Estaremos aquí tres meses? — Sí, señora. — De ese modo Naneta tendrá bastante tiempo para aprender; y ahora voy á darle la primera leccion.

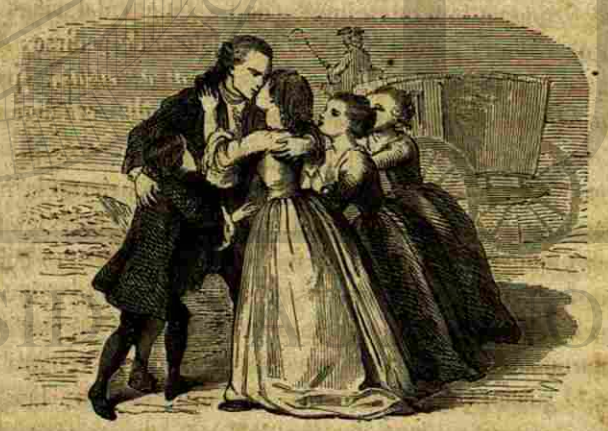
Diciendo esto la amable niña va á buscar el libro y la caja de las fichas, hace sentar á Naneta delante de ella, y con tanta dulzura como gracia é inteligencia, le da una larga leccion. Al irse Naneta se convino que volveria cada dia á la misma hora.

Aunque Naneta, como se habia previsto, no fuese muy aplicada, no por eso se cansó su maestra : acabó lo que habia emprendido con una paciencia y perseverancia sumamente extraordinarias para su edad. Era un espectáculo delicioso verla dar su leccion, enseñando con su manita las figuras y las palabras, reprendiendo en voz baja, alabando en alta voz, animando á su discípula, prometiéndole premios, y cuando leia bien, mirar á todos los presentes como para recoger sus votos. Finalmente, ántes del fin del verano Naneta supo leer tan bien como su jóven bienhechora, que le dió muchos juguetes, libros, y un hermoso vestido, diciéndole al despedirse : *A Dios, Naneta, el verano que viene te enseñaré otras cosas..* ¡Oh qué preciosa Princesita, exclamó Pulqueria; algun dia será digna de su madre! Con esta reflexion se dió fin á la velada.

Ántes de acostarse pidieron los niños, y obtuvieron la licencia para ir el dia siguiente á vendimiar á casa de *Benito*. Se levantaron mas temprano de lo acostumbrado para ver si el cestero habia enviado todo lo que se le habia encargado hacia mas de quince dias. Á las ocho de la mañana les llevaron cuatro cestos proporcionados al cuerpo de César, de sus hermanas y de Agustin, cuatro cestas con asas, y cuatro pares de tijeras para cortar las uvas. Luego que se comió fueron á pié hasta la viña de Benito, que estaba média legua de la Quinta : se convino en que estos peones auxiliares trabajarian dos horas á cuenta de Benito, que luego merendarian con los vendimiadores, y que despues cada cual llenaria su cesta, las cuales se enviarian á la Quinta en un carro. Todas estas convenciones se observaron con igual alegría y exactitud. Benito dió el glorioso testimonio de que los niños de la Quinta habian trabajado mejor que

los suyos : en fin, todo el dia se pasó con mucha alegría y contento, y al anochecer tomaron el camino de la Quinta.

Al llegar á Champcery, César, que se habia adelantado, entró el primero en el patio de la Quinta. Ve á todos los criados apiñados al rededor de un hombre á caballo que acababa de llegar; oye que todos hablan á un tiempo, repitiendo el nombre de su padre; César se precipita hácia el grupo, y le hacen lugar gritando : *El señor Marques está á média legua de aquí.* César lleno de gozo se adelanta : apéase el hombre, que era el ayuda de cámara del Marques; el primer movimiento de César es arrojarse á sus brazos llorando de alegría. En esto llegan la Marquesa y sus hijas; la madre y los hijos se abrazan mil veces : hacen mil preguntas al criado; mandan poner el coche, los niños van á la caballeriza á dar priesa á los cocheros; entran en el coche ántes que los caballos estén puestos, en fin ya salen... Al cabo de un cuarto de hora pára el coche, todos se precipitan hácia las portezuelas, y el padre de familia el mas querido, se vuelve á ver despues de un año de ausencia en los brazos de su esposa é hijos.



En el poco tiempo que estuvieron en el coche hasta llegar á casa no pudieron el marido, la mujer y los hijos expresar lo sumo de su gozo sino con lágrimas y tiernos abrazos. La noche era oscura, y no tenian hachas de viento, por lo cual era grandísimo el deseo que tenian todos de poderse ver. El instante en que se entró en la sala de Champcery dobló la alegría y el enternecimiento : no se cansaba

el Marques de mirar á César y á sus hermanitas. ¡Qué padre despues de una larga ausencia no halla sus hijos mas hermosos! El Marques admiraba lo robustos y crecidos que estaban los suyos. Por otra parte su mujer é hijos advertian con inexplicable satisfaccion que las fatigas de la guerra no habian causado ninguna mudanza en la persona del Marques, y que gozaba de la mas cabal salud.

Nadie se acostó hasta la média noche, y al dia siguiente los niños despertaron ántes de amanecer, porque la impaciencia que tenian de volver á ver á su padre no les habia dejado cerrar los ojos en toda la noche. En tanto que se almorzaba, el Marques avisó que sus negocios le precisaban á volver á Paris, y que se marcharia de Champcery dentro de dos dias : esta nueva afligió á la familia menuda, y el Marqués consoló á sus hijos, asegurándoles que estaba determinado á pasar todos los años seis meses en Champcery. César y sus hermanas no pudieron abandonar la Borgoña sin verter algunas lágrimas. El dolor de Agustin al apartarse de su padre, su madre y de Colasito fué extremo. Por último se partió tristemente. Durante el viaje se disipó la tristeza de los niños, y cuando llegaron á Paris ya estaban todos alegres y contentos.

Luego que se hubo descansado de las fatigas del viaje, la Marquesa de Clemira llevó á sus hijos á ver la Comedia Francesa. Á la vuelta se habló de la pieza que habian visto, y César manifestó muchos deseos de que su madre le diese algunos preceptos generales acerca del modo con que se debe juzgar una obra dramática. Aun eres muy jóven, le respondió su madre, para que yo pueda satisfacer tu curiosidad en este punto : tengo formado el plan de una obra que haré seguramente para mis hijos, y cuyo título será : *Curso de literatura para el uso de los jóvenes;* la leerás cuando tengas diez y seis ó diez y siete años : verás despues la poética de Mr. Marmontel, obra tan útil como estimable, y que acabará de formarte el juicio, proporcionándote los medios de hacer una crítica justa. — ¿Cuántos tomos tendrá su obra de Vd.? — Tres á lo mas. — ¿Y será divertida? — No omitiré medio alguno para que sea tan agradable como vária en cuanto me sea posible; porque creo firmemente que no se puede instruir á la juventud causándole enfado ó tedio. Me aplicaré principalmente á daros principios sacados de la naturaleza, nociones claras y precisas, ideas justas y un conocimiento general de la literatura francesa, inglesa, italiana y española.

Al acabar la Marquesa estas palabras llegó el coche á la puerta; al punto se cenó, aunque con mucha tristeza, porque todos se quejaban de dolor de cabeza. Ya no tenian César y sus hermanas aquel apetito que hacia tan alegres las comidas de Champcery : todo era bostezar y apoyarse con languidez en sus sillas : apénas comian, y convinieron en que no era bueno ir todos los dias á encerrarse tres horas enteras en un aposento, y que preferirian siempre á la funcion mas brillante del mundo los placeres tan dulces que producen el paseo, la lectura y la conversacion. Se paseaban tambien en Paris, mas era en los jardines de las Tuillerías, del Palacio Real ó Campos Elíseos. Como era menester ir con modo, se echaban de ménos los bosques, las praderas de Borgoña y la amable libertad que en ellos se disfrutaba. César criticaba amargamente cuanto veia. ¡Qué polvo! exclamaba, ¡qué tropel de gentes! Y todos parece que no se han juntado aquí mas que para estorbarnos é incomodarnos; no puedo correr, ni subir á los árboles... ¿De qué sirven estos estanques de agua detenida en comparacion de nuestro lago de Faulin, en donde pescábamos tantos peces? En vez de los cercados que teníamos allá de morales y avellanos, no se ven aquí mas que tapias y rejas : ¡aun si se viesen plantas y flores! ¡Oh qué jardines tan tristes! ¿Cómo hay personas que quieran encerrarse en Paris todo el año, pudiendo vivir en el campo?...

Oia la Marquesa estas quejas y las aprobaba viendo que eran fundadas, pero llevó á sus hijos al jardin del Rey, que les pareció mas instructivo y casi tan agradable como los bosques de Champcery. El estudio de la Botánica y de la Historia natural hizo este paseo tan agradable, que no quisieron en lo restante del otoño ir á ninguna otra parte. Vino el invierno, y con él se renovaron las quejas; se acordaban los niños suspirando de los estanques helados de Champcery, de las escurridas sobre el hielo, y sobre todo de las veladas; gustos de que actualmente se veian privados. Los bailes no compensaban bastante esta privacion, porque servian de poca diversion, y casi siempre volvia alguno de ellos malo. En el mes de Enero tuvo Carolina un constipado acompañado de una tos tan violenta, que fué preciso separarla de su hermana, porque no la dejaba dormir. Se la puso en otro cuarto, y Pulqueria se quedó sola en el suyo.

Al cabo de cinco ó seis dias supo la Marquesa de Clemira que Pulqueria, á pesar del frio riguroso que hacia, no habia querido que se encendiese fuego en su chimenea desde que su hermana habia pasado á otro cuarto. Extrañando la Marquesa este capricho, procuró inquirir la causa preguntando á todos los criados. El que estaba encargado de repartir en los cuartos la leña, declaró que la señorita Pulqueria le habia mandado que pusiese la que llevaba por las mañanas en el armario que habia en la antesala, y que él no habia preguntado la causa de esta novedad, creyendo que lo hacia de acuerdo con la señora. La aya de las dos niñas cuidaba de Carolina y no habia entrado en el cuarto de Pulqueria, á quien asistia una aldeana que se habia traido de Champcery, la cual, habiéndosele preguntado tambien, respondió que la señorita Pulqueria habia asegurado que el fuego le hacia mal á la cabeza, y que queria acostumbrarse á pasarse sin él. Despues de haber tomado todas estas informaciones subió la Marquesa al cuarto de Pulqueria (eran las diez de la mañana) : primeramente registró el armario de la antesala, y lo halló sin leña alguna; entónces entró en el cuarto de su hija. Pulqueria relataba algunos versos paseándose muy apriesa por el cuarto para entrar en calor, y Gertrúdis, la aldeana de Champcery, sentada en un rincon hacia calceta. Luego que Pulqueria vió entrar á su madre se puso colorada. ¿Por qué razon, hija mia, dijo la Marquesa, estás sin fuego? — Mamá, no hace mucho frio... Entónces la Marquesa se sentó, y mandó á Gertrúdis que se fuese. Despues tomando á Pulqueria de la mano : Ahora, le dijo, me vas á hablar con toda confianza, así lo creo... — Mamá mia, voy á confesarle á Vd... pero quizas habrá ya adivinado lo que es... — Tengo algunas sospechas confusas... — Pues ahora lo sabrá Vd. todo. Habrá siete ú ocho dias que oí contar á mi aya que una pobre mujer que vive en nuestra calle habia venido á pedir limosna. Mi aya se la dió, y despues ha estado una vez en su casa para llevarle pan; á la vuelta me dijo que aquella pobre mujer deseaba trabajar, pero que no tenia en qué emplearse, y lo que es mucho mas doloroso, que no tenia fuego para calentarse. Añadió mi aya que le buscaria obra, y yo pensé que si podia por mi parte darle leña ya no le faltaria nada. No quise decírselo á Vd., mamá, porque tenia ya mi proyecto formado. Sabia yo que mi hermana debia mudarse á otro cuarto, y me dije á mí misma : Esta es buena ocasion de hacer como Sidonia una buena accion que nadie la sabrá, se la ocultaré á todos, y aun

á mamá. *Como todo se sabe con el tiempo*, tarde ó temprano se lo dirán, y mi accion le será mas grata por esto mismo; entre tanto Dios lo sabrá, y la pobre mujer tendrá fuego para calentarse. Esta reflexion me determinó á pasarme sin fuego por las mañanas. De esta privacion me resultaban tres troncos : dije al criado que los pusiese en el armario de la antesala, lo que él hacia todas las noches para ahorrarse el trabajo de traerlos por la mañana. Entónces me vi precisada á confiarme á Juana la moza de retrete. Al principio puso alguna dificultad, pero yo le aseguré que esto no podia enfadarla á Vd., sino todo al contrário. Entónces me declaró que si Vd. le preguntaba diria la verdad, pero que si no, callaria : no pedia yo otra cosa... — Y bien, ¿se ha encargado de llevar la leña á la mujer? — Sí, señora, todas las mañanas... — ¿Pero cómo le han dejado salir de casa cargada así con tres troncos? — No lo sé, nunca he pensado en ello. En efecto, el portero debia extrañar... Sin embargo, es preciso que nunca le haya preguntado nada, puesto que no me lo ha dicho. — Aquí hay algun misterio que ignoramos. Pero volviendo á ti, ¿has sentido mucho frio? — Bastante los dos primeros dias; pero pensaba que la pobre mujer se calentaba con sus hijos, porque tiene seis, y su marido estaba malo en cama.



Ahora están todos buenos, segun me ha dicho Juana. — ¿Cómo es posible con tres pedazos de leña? — Sí, señora; Juana me ha dicho que eso les ha hecho revivir, y que ahora están muy bien. Ademas

de la leña he enviado á sus hijos dos cajas de dulces que papá me regaló; y aun no es todo : ántes de ayer, no sé por qué casualidad, le dió gana á papá de preguntarme si deseaba tener algun dinero para comprar juguetes. Al pronto le respondí que no : despues me acordé de la mujer y me puse colorada. Papá me abrazó y me dió un luis, diciéndome todo lo que podria comprar con él. Si he de decirlo todo, tuve deseo de emplear seis libras en comprar una almohadilla y algunos acericos, y con esta idea volví á mi cuarto muy pensativa. Hice cambiar al instante mi luis, y tuve entónces cuatro escudos : guardé el uno en mi faltriquera, di los otros tres á Juana, diciéndole que se los llevase á la mujer, y añadiendo que al dia siguiente la enviaria á comprarme la almohadilla y los acericos. Con esto se fué : yo saqué mi escudo de la faltriquera y me daba pena el mirarlo... Como al principio habia destinado el luis entero á la pobre mujer, me parecia que me quedaba con una cosa que ya no era mia. Corrí á la escalera para volver á llamar á Juana, pero ya habia salido, y no volvió hasta ayer por la mañana. Desperté muy temprano pensando en los acericos y en la mujer... Estaba muy dudosa, pero finalmente reflexionando que aquel luis era el primer dinero que habia tenido en me vida, me dije : Es preciso emplearlo enteramente en una buena accion : esto me determinó del todo. Volvió Juana, y la envié á casa de la mujer con la leña y el escudo. Acababa Pulqueria su relacion cuando entró un lacayo en el cuarto, y adelantándose hácia la Marquesa le entregó una carta. Mirando esta el sobrescrito dijo á Pulqueria : Esta esquela es para ti, será sin duda algun convite de baile. Diciendo estas palabras abre la carta, y lee lo siguiente :

« Señorita : Venga Vd. á recibir el premio de su bondad para con nosotros; venga Vd. á saber la triste situacion de que nos ha librado. Nada falta á nuestra felicidad actual mas que tener por testigo de ella á la persona á quien la debemos : no podemos manifestar nuestro agradecimiento á nuestra jóven y querida bienhechora de otro modo mas que haciéndole ver lo interior de una familia que le debe toda su felicidad. »

¡Ah Mamá! exclamó vivamente Pulqueria : ¿tendria Vd. la bondad de llevarme á ver esa pobre gente? — Con mucho gusto, respon-

dió la Marquesa. Al punto mismo hemos de ir allá : voy á decir que pongan el coche; ven, querida hija mia. Entónces tomando á Pulqueria de la mano sale con ella. Cuando ya iban á salir se encontraron con el Marqués. ¿Adónde vais? les dijo; si por casualidad queréis salir, ahora acabo de llegar, y aun está mi coche á la puerta... — Pues vente con nosotras, le respondió su mujer. Entónces el Marqués, sin preguntar adónde iba, le dió el brazo, y Pulqueria los sigue con una conmocion inexplicable. Entran en el coche, marchan, y al cabo de cinco minutos se apean : atraviesan un patio, el Marqués abre una puerta, y entran en un cuarto capaz. En medio de él ven á un guarnicionero trabajando en su oficio en tanto que una mujer arrimada á una mesa, y rodeada de seis niñas, la mayor de diez años, cosia ropa blanca. Luego que entró el Marqués, toda la familia se puso en pié. Acérquese Vd. acá, señora *Leblanc*, dijo el Marqués, aquí tiene Vd. á Pulqueria... Al oir estas palabras, la mujer y el marido se precipitaron hácia Pulqueria, y todas las niñas la rodearon. ¡Oh señorita mia! dijo enternecida aquella mujer, qué gusto tengo en ver á Vd...! ¡Cómo, tan niña y tan delicada se ha querido Vd. privar de fuego, y padecer frio para enviarnos su leña, y despues su dinero, y despues sus dulces, en fin todo aquello de que podia disponer!... Pero vea Vd. ahora lo felices que somos... Mi marido está ya curado y se ha puesto al trabajo desde ayer; nuestras deudas están pagadas, nuestras hijas bien vestidas, podemos trabajar, nada nos falta : Vd., Vd. sola es la causa de nuestra felicidad, porque sin su bondad para con nosotros nunca nos hubiera conocido su señor padre! — ¡Ah papá! interrumpió Pulqueria, ¿con que Juana se lo habia contado á Vd. todo? — Desde el primer dia, respondió el Marqués : yo mismo he traido en mi coche várias veces á la señora Leblanc la leña que tú le dabas; pero habia prohibido expresamente á Juana que hablase de esto á tu madre, ó que te hiciese sospechar que yo lo sabia, porque mi intencion fué desde luego daros un gusto inesperado. Despues de esta explicacion el Marqués de Clemira recibió tiernos abrazos de su mujer é hija, y luego se siguió hablando con aquellas pobres gentes. Al cabo de média hora se levantaron para irse, lo cual visto por las niñas al punto fueron á búscar una caja de carton, y la de mas edad presentándosela á Pulqueria le rogó que la aceptase, diciendo : Esta es nuestra obra; mi madre, mis hermanas y yo, todas hemos trabajado

en ello... ¡y con qué gusto! Abre Pulqueria la caja y se halla con una almohadilla muy primorosa, y média docena de acericos sumamente pulidos. Al verlos se puso colorada, y volviéndose hácia su padre le dijo : En verdad, papá mio, que ya se me habian olvidado... pero los recibo con sumo gusto por ser obra de esta buena mujer y de sus preciosas niñas. Al acabar estas palabras, enternecida Pulqueria abrazó á toda la familia, renovándose sus lágrimas cuando al irse oyó las bendiciones que toda ella le daba.

¡Mi pobre Carolina! exclamó Pulqueria al entrar en el coche, cuánto siento que su resfriado le haya impedido de participar de la alegría que yo acabo de disfrutar!... Mamá, prosiguió Pulqueria, ahora que estoy acostumbrada á pasar sin fuego, ¿me permitirá Vd. dar todos los inviernos mi leña á los pobres? — No por cierto, porque no quiero que formes una obligacion que con el tiempo podia parecerte demasiado penosa : ya te he dicho, y ahora vuelvo á repetir, que las resoluciones que exigen una valerosa perseverancia no se han hecho para tu edad; pero si quieres renovar todos los inviernos la accion que acabas de hacer, esto es, pasarte sin lumbre una semana para aliviar á una pobre familia, te lo permitiré con mucho gusto. — Esto es hecho, desde ahora me impongo esa obligacion de muy buena gana... Otra idea me ocurre... ¿No podria tambien privarme de tiempo en tiempo con el mismo objeto del vino que bebo á las horas del comer? — Es tan poco lo que bebes, que seria menester mucho tiempo para que pudieses juntar una botella. — Cuando sea grande como Vd., mamá, ¿cuánto beberé en ocho dias? — Tres botellas, ó á lo mas cuatro. — Aun cuando no fuesen mas que tres, ese regalo daria gran gusto á cualquier pobre enfermo. — Seguramente, tres botellas de buen vino serian para él un regalo tan saludable como precioso. — Si cada mes me pasase ocho dias sin vino, creo que estaria mejor. — Ademas de que esa privacion nada tiene de penoso. — De modo que sin ser rico se pueden hacer muchas limosnas. — Sin hacer gastos extraordinarios se podria en el discurso del año socorrer á una infinidad de infelices, con solo querer imponerse de tiempo en tiempo algunas ligeras privaciones, ó rehusarse alguna superfluidad. Debes observar tambien que una privacion momentánea siempre nos previene un gusto muy vivo; por ejemplo, tú te pasabas sin fuego desde las siete de la mañana hasta la una del dia; ¿no es verdad que cuando bajabas

á la sala sentias un gusto, que á buen seguro no hubieras tenido si hubiese habido fuego en tu cuarto? — Es muy cierto : lo restante del dia me calentaba yo con sumo gusto ; solo el ver un buen fuego me inspiraba una alegría extraordinaria. — Ya ves, pues, que en esto el interes mismo de nuestras conveniencias se conviene con la beneficencia, y no hablamos de aquel placer tan dulce preferible á todos los demas ; de aquella inexplicable satisfaccion que acabas de disfrutar, y que será siempre el fruto feliz de una accion virtuosa... — ¿Cómo es posible que haya personas que no conozcan esto? — Porque es muy cierto que la vanidad y el gusto del fausto corrompen muchos corazones ; con todo, aun en las ciudades ricas, en donde el lujo ahoga y destruye tantas virtudes, se pueden hallar todavía grandes ejemplos y modelos hechos para gloria de nuestro siglo : las solas *limosnas anónimas* remitidas á los diferentes curas de Paris, componen inmensas cantidades : no hay mes en que una multitud de artesanos infelices, presos por deudas, no deba á personas desconocidas su libertad y la ventura de volverse á ver en el seno de sus familias desconsoladas. La beneficencia ha establecido premios en todas las Academias ; ha formado en Paris y sus cercanías varios establecimientos útiles y respetables : todo esto puede hacerte conocer cuán natural es al corazon del hombre esta virtud, puesto que la vemos brillar tanto en aquellos parajes mismos en donde está continuamente combatida de todas las pasiones facticias y pueriles, hijas de una vanidad tan despreciable como mal entendida.

Con esto dió fin la Marquesa á su conversacion, porque queria ir á saber cómo estaba Carolina. Pasó, pues, con Pulqueria al cuarto de la enferma, y halló que se le habia aumentado mucho la tos. Confesó Carolina que habia comido un puñado de guindas secas, ignorando del todo que pudiese aumentársele la tos comiendo una cosa que sabia ser sana. La Marquesa aprovechó esta ocasion de repetir á sus hijos cuán conveniente es conocer las propiedades de todo lo que sirve á nuestro alimento ; conocimiento que junto con la sobriedad nos preservaria de una infinidad de achaques y enfermedades graves.

Algunos dias despues de esta conversacion, una mañana entró César en el cuarto de su padre con un papel en la mano. Papá, dijo, vengo á hacerle á Vd. algunas preguntas sobre una cosa que me

parece extraordinaria ; aquí traigo el diario de Paris... — ¿Y bien? — El Señor abate me lo hace leer siempre que hay algun rasgo de *beneficencia*. — Debes, pues, leerlo muy á menudo, porque apénas se pasa dia sin que se lea en letras gordas BENEFICENCIA. — Sí, señor ; y eso mismo es lo que me enfada. — ¿Pues por qué? — Este título anuncia una bella accion, pero en este diario rara vez se cumple lo que promete... Tome Vd., papá, y lea despues de la palabra *beneficencia*. — Ah, parece una historia muy larga... — En efecto, ocupa la mitad del diario. ¿Quiere Vd. que yo se la cuente? — De buena gana. — Este es el caso : Una pobre costurera tenia una rejilla ó maridete á los piés, y se quedó dormida. Algun tiempo despues entró alguno en su cuarto y la halló moribunda : *sus vestidos estaban ardiendo, y apénas conservaba figura humana*... Llegó entónces una patrulla de la policía... Los soldados de esta patrulla y los demas circunstantes estaban *enternecidos*... los soldados ayudaron á socorrer á la enferma. Un cirujano pedia para curarla un poco de aceite y vino ; uno de los soldados fué á buscarlo. Despues de haber el cirujano curado las heridas de la pobre mujer, los soldados de la patrulla la llevaron al hospital... — ¿Y el rasgo de beneficencia? — Ya se lo he dicho á Vd., es *el aceite y vino que el soldado fué á buscar*. — No es posible. — Lea Vd., papá ; aquí está el Diario [1]. — En efecto es lo que dices sin quitar ni poner ; pero es preciso leerlo para poderlo creer. — Como era preciso ser inhumano y feroz para no socorrer aquella infeliz, me ha enfadado el ver que se alabe con tanta ponderacion una accion tan natural, dando el nombre de benéficos á unos hombres que no han hecho mas que cumplir con una obligacion indispensable. — Tienes razón, aquel que se cree sugeto heroico cuando cumple con su deber, jamas llegará á ser verdaderamente virtuoso : si todos nos conviniésemos en dar el nombre de beneficencia á lo que en sí no es mas que humanidad, en breve no habria ya beneficencia en el mundo...

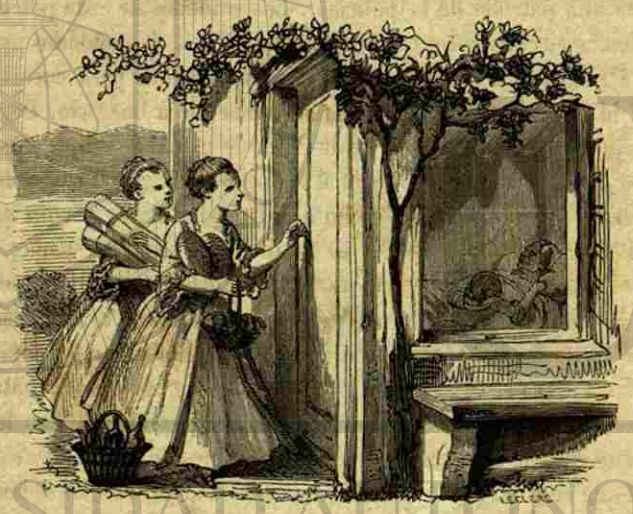
Á este tiempo entró en el cuarto la Marquesa con sus hijas ; almorzaron todos juntos, y despues salieron para ir á ver algunas colecciones de pinturas y de historia natural, recreacion que la Marquesa proporcionaba á sus hijos dos veces á la semana. Para variar

[1] *Diario de Paris*, núm. 340. Sábado 6 de Diciembre de 1785

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estos recreos instructivos se visitaban de cuando en cuando las manufacturas y monumentos célebres de arquitectura.

Queridos hijos mios, decia la Marquesa, cuando viváis en las ciudades, si queréis ser felices y nunca padecer tedio, no os entreguéis á la vana disipacion, que no podria ni llenar vuestros deseos, ni aun ocupar vuestra imaginacion; nunca os dejéis corromper por el gusto vano y despreciable del fausto y de la magnificencia; conservad, fomentad con cuidado en vuestros corazones aquella activa y tierna compasion debida á los desgraciados. Desde el seno del lujo pensad que hay un sinnúmero de infelices oprimidos de miseria, á quienes un corto socorro podria librar de la muerte. Ya tenéis por experiencia una idea de la felicidad tan pura que os espera en sus casas; id

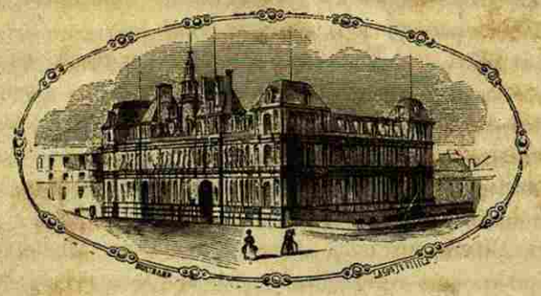


á buscarlos : alargadles una mano benéfica, disfrutad de la gloria deliciosa de presentarles la imágen de la Divinidad, y de hacer que á los horrorosos gemidos de la desesperacion se sigan los enajenamientos de la alegría inesperada y las dulces lágrimas de la gratitud. Finalmente, en la capital en donde habitáis, y en la cual la emulacion y el genio, bajo mil formas distintas, producen incesantemente portentosos adelantamientos, cultivad vuestro talento, extended vuestros conocimientos, amad las artes á fin de poder disfrutar de esa multitud de cosas apreciables que el ignorante desprecia porque no

conoce; mas no sean parte estas ocupaciones instructivas y variedad de recreos para haceros perder la feliz inclinacion á la vida del campo : jamas se borre de vuestros corazones la memoria de las veladas de Champcery, y la inocencia y encanto de los gratos placeres que la naturaleza ofrece.

FIN DE LAS VELADAS DE LA QUINTA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL

PALACIO DE LA VERDAD

CUENTO MORAL

No há muchos años que en una region no conocida de los viajantes habia una bellísima Reina llamada Altemira, la cual casó con el amable y tierno Fanor, el mas hermoso de todos los Genios. La noche misma del feliz dia de su himeneo manifestó la Reina un vivo deseo de que el Genio la llevase á sus estados. Suspiró Fanor, y mirándola tiernamente le dijo : Conténtate con el imperio que tienes en tantos fieles vasallos, y mucho mas en mi amante corazon. No me es posible llevarte á mi palacio; pero no volveré á él, puesto que no puedes habitarlo : no exijas mas de mí, ni me preguntes... — ¿Pues cómo, señor? interrumpió Altemira, ¿no he de ver nunca ese palacio? — Espero, le respondió Fanor sonriéndose, que algun dia podrás verlo. — ¿En qué tiempo? replicó vivamente la Reina. — Den-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro de diez y seis años, si conservas hasta entónces ese deseo. — ¡Diez y seis años, justo cielo! — Hasta entónces no hablemos mas de ello. Debo por tu bien y por el mio ocultarte este secreto; y todos tus esfuerzos para que lo revele serán vanos.

Era la Reina sumamente curiosa; se quejó, se afligió, lloró, pero Fanor se mantuvo inflexible. El único pesar que tuvo Altemira fué el de tener un marido tan callado : los dos esposos se amaban tiernamente, y hubieran sido del todo felices, á no ser por la curiosidad é incesantes preguntas de la Reina acerca del misterioso palacio del Genio.

Parió Altemira una niña, á la cual dotó el Genio de todas las gracias y perfecciones. Apénas llegó Zeólida (que así se llamaba la jóven Princesa) á los catorce años, cuando la Reina y el Genio se ocuparon en el cuidado de buscarle un esposo digno de ella : recayó su eleccion en el Príncipe Filamir, el cual adoraba á Zeólida. Consultaron á la jóven Princesa, y ella muy vergonzosa declaró que preferia á Filamir entre todos los que aspiraban á su mano. La Reina, que veia acercarse con inexplicable gozo el instante en que, conforme á la promesa del Genio, veria satisfecha su curiosidad, determinó no casar á su hija hasta tanto que hubiese visto el palacio del Genio, y que estuviesen de vuelta en su reino : llegó por fin aquel instante tan deseado.

Habia ya diez y seis años que la Reina estaba casada, con cuyo motivo instó á Fanor á que la llevase á su palacio Mañana, le dijo él, si persistes en esta resolucion, despues de haber oido lo que tengo que revelarte; esta noche sabrás mi secreto. Pidió la Reina que Zeólida estuviese presente á aquella conversacion, y aunque Fanor lo rehusaba, tuvo que ceder á las vivas instancias de la Reina. Al anochecer fué al cuarto de Altemira, y sentándose entre las dos Princesas les refirió su historia en estos términos :

HISTORIA DEL GENIO FANOR

Nací con las pasiones muy vivas : nuestro arte, que nos hace tan superiores á los mortales, no tiene dominio alguno en el corazon, y el Genio mi padre vió con gran pesar que me serian precisos algunos centenares de años para ser feliz y juicioso. Entre tanto me

enamoré de una Encantadora mucho ménos jóven que yo, y mas famosa por su talento que por su belleza. Esta primera eleccion me hizo mucho honor. Prudina (este era el nombre de la Encantadora) gozaba de una reputacion sin mancha, y se la citaba por modelo de circunspeccion, de prudencia y sabiduría. Era tan perspicaz, que conoció mis sentimientos aun ántes que yo mismo : me hizo saber que yo la amaba; estuve por asegurarle que estaba equivocada; no obstante, como me inspiraba mucha confianza quise examinarme de nuevo. Al tiempo mismo que me reñia una pasion que llamaba *locura de niño*, me manifestaba tanto agrado y cariño, que el único fruto que saqué de sus sermones fué la esperanza de que no me sería imposible el conseguir que me amase, y esta esperanza hizo nacer el amor que ella habia previsto mas bien que adivinado. Al cabo de algun tiempo me atreví á suplicar á Prudina que se explicase, y ella me confesó que correspondia á mi afecto. Loco de mi dicha hablé de casamiento; Prudina me declaró que no se casaria conmigo hasta haber acrisolado mi constancia : me hizo prometer al mismo tiempo que á nadie descubriria las esperanzas que me daba, me encareció las delicias de un amor secreto, y como nunca he sido necio presumido obtuvo sin dificultad lo que me pedia, ignorando el universo entero nuestra amante inteligencia.

Una noche que envuelto en una nube atravesaba los aires para ir al palacio de Prudina, oí unos gritos tan dolorosos, que moviéndome á compasion me obligaron á detenerme : vi una numerosa comitiva de caballos y coches, y un gran numero de esclavos alumbrando con hachas encendidas : distinguí entre toda esta gente á un jóven de peregrina hermosura, que me pareció ser dueño de los demas; este se desesperaba, y toda su comitiva repetia sus lamentos, lo que presentaba el espectáculo mas doloroso. Haciéndome visible me di á conocer, y dirigiéndome en particular al jóven, le pregunté la causa de tan gran dolor. Yo soy, me respondió, el Príncipe Zimis; adoro desde mi infancia á la hermosa Princesa Eliana : ya se habian convenido nuestros padres, cuando el cruel Genio Fórmidas la vió por mi desgracia, y desde entónces se declaró mi rival. Eliana le hizo padecer tantos desprecios que al fin aparentó apartarse de su empeño : aprovechéme de aquella ocasion, y con la escolta que veis fuí á buscar á la Princesa para desposarme con ella y llevármela á mis estados; pero al atravesar este monte, de improviso se nos puso

delante el bárbaro y alevoso Fórmidas, y á pesar de mi valor y resistencia me arrebató de entre los brazos á mi querida Eliana... Tres dias hace que sigo los pasos del robador de mi alma; pero ya finalmente el cansancio nos ha obligado á detenernos aquí, y conozco que mi desesperacion dará aquí tambien fin á mi desgraciada vida.

Esta narracion me compadeció : consolé al Príncipe Zimis, asegurándole que la Princesa volveria á su poder. Vuélvete, le dije, á tus estados : ántes de que salga el sol habrás visto á Eliana; mi poder es superior al de tu enemigo. A Dios, y fia en mí el cuidado de tu venganza. Al acabar estas palabras me elevé por los aires, y en breve perdí de vista al Príncipe Zimis y á su comitiva.

Consagré á la beneficencia aquella noche destinada al amor : en vez de ir al palacio de Prudina fuí al del Rey de los Genios; referíle la interesante historia de Eliana y de su amante, y le supliqué librase á la Princesa de la tiranía de Fórmidas. Nuestro augusto monarca me cogió de la mano y me dijo : Sígueme, voy á darte algunas luces acerca del paradero de Eliana, pero te cedo la gloria de finalizar esta aventura. Dicho esto me condujo á un magnífico salon adornado de una multitud de hermosos espejos. El Genio tocó á uno de ellos con una varita de oro. Ahora vamos á ver, me dijo, lo que está haciendo Eliana, á fin de proporcionar nuestros socorros y actividad con el peligro de su situacion.

Al paso que esto decia iba tomando color el cristal, y á breve rato representó una bellísima jóven : Esa que ves es Eliana, me dijo el Genio; pero mira en lo que se ocupa. Entónces vi, no sin asombro, á Eliana sola en un jardin, puesta sobre un columpio, bamboleándose hasta las nubes y llorando tan amargamente, que confieso me enternecí. Mi sorpresa hizo sonreir al Genio, el cual sacudiendo la cabeza de un modo misterioso me dijo : Descubrirás en breve otras cosas mas extraordinarias : toma este talisman que te trasportará cuando lo desees al sitio en donde está presa Eliana; pero ármate de valor y de serenidad, bien habrás menester de uno y otro; bien que si consigues dar fin glorioso á esta peligrosa empresa, prometo otorgarte la recompensa que me pidas. Diciendo esto se fué y me dejó solo : viéndome yo dueño del talisman deseé trasportarme al punto mismo á la prision de Eliana. En el mismo instante me hallé en un soberbio jardin; oí hablar, me paré, miré al rededor de mí,

y con la hermosa claridad de la luna advertí á alguna distancia á la bella Eliana que habia visto en el espejo : estaba precisamente en la misma situacion columpiándose con todas sus fuerzas; no acababa yo de comprender la causa de este furor de bambolearse. Estaba la Princesa en conversacion con un gracioso Silfido[1], que hablaba á la sazon : Bien sé, le decia, que es conveniente bambolear de cuando en cuando; pero siempre dar vueltas á todas las proposiciones que se le puedan á Vd. hacer, y en la edad mas florida, convengo en que es cosa muy cruel...

¡Ah Zumio, replicó la Princesa, qué feliz eres en conservar tu alegría y buen humor; te hallas, es cierto, privado como yo de la libertad, pero á lo ménos no te tratan con tanta crueldad!... ¡si estuvieses en mi lugar!... ¡Oh Genio cruel! ¡Oh Encantadora mucho mas cruel! ¡á qué suplicio tan bárbaro y extraño me habéis condenado!... No pudo continuar la Princesa estas amargas quejas, porque en aquel instante dió su columpio un vaiven tan rápido é impetuoso, que le privó de la respiracion y del habla.

Entónces acabé de conocer que la desgraciada Eliana estaba encantada sobre aquel fatal columpio; acerquéme á ella y le di nuevas de su amante; me obligué á ponerla en libertad, y le rogué me instruyese de todo lo que yo ignoraba. ¡Ah señor! me dijo, mucho temo que no podáis destruir este encantamiento, que la venganza y los zelos han imaginado, y que os acobarden las condiciones que se han de cumplir para deshacerlo.

Mi historia es esta : el cruel Fórmidas, despues de haberme arrancado de entre los brazos de mi esposo, me condujo á su palacio; quise matarme, y sin duda me hubiera precipitado á algun arrojo funesto, cuando de improviso se entreabrió el techo de la sala en donde estábamos : levanté los ojos, y vi bajar una mujer, ó mas bien una furia, sobre un carro de ébano, tirado por dos murciélagos de monstruoso tamaño; entónces la terrible Encantadora con voz amenazante prorumpió en estas palabras : ¿Así me abandonas, pérfido? ¡Á mí, que por ti tengo engañado al mas bello de los Genios! ¡una mortal infeliz es el objeto que me prefiéres! Sabe pues, ingrato, que

[1] Llámanse Sílfidos ó Genios á los espíritus que se crean en los cuentos de encantos; bien que parece hay alguna diferencia en estos dos nombres : se entiende por Genio unos espíritus divididos en buenos y malos, que se ocupan los unos en favorecer á los hombres, y los otros en dañarles; y Sílfidos se llaman á otros espíritus subalternos de estos, y sin tanto poder como ellos.

es imposible engañarme; pero si quieres alcanzar tu perdon entrégame esa Princesa, te prometo no quitarle la vida : considera que te aborrece, que yo te amo y que soy capaz de todo por vengarme de un infiel.

Atemorizado Fórmidas convino en volver á su primer yugo. Me puso entre las manos de la Encantadora; al punto voló el carro por los aires, y en ménos de tres minutos llegámos aquí y nos apeámos en este jardin : entónces intenté ablandar el ánimo de la Encantadora; me arrojé á sus piés, y la supliqué con lágrimas me volviese á mi amante. Despues de un rato de silencio me alzó del suelo diciéndome : Princesa, no soy vengativa, y con solo que convengas en satisfacer un capricho que me ocurre ahora mismo, fácilmente olvidaré lo que ha pasado. Me divierte mucho el columpio; aquí hay uno, ponte en él, y eso es lo único que exijo de ti. Aunque esta idea me pareció ridícula, me tuve por muy feliz de verme libre á tan poca costa, y así obedecí sin tardanza. Pero apénas me hube sentado, cuando la Encantadora pronunció con voz terrible estas palabras : Te condeno á columpiar treinta años seguidos, á ménos que uno de mis amantes deje de amarme ó consiga engañarme sin que yo lo sepa. En aquel instante se meneó el columpio por sí solo y con tal violencia, que el sacudimiento me hizo desmayar : vino á socorrerme Zumio, que es este gracioso Silfido que veis... Luego que volví en mí me entregué á la desesperacion mas violenta; pero acordándome despues de las últimas palabras de la Encantadora me aquieté algun tanto : Puesto que tiene mas de un amante, decia yo, no puede ménos de que la engañe alguno de ellos. No hay duda, me respondió Zumio, pero es preciso saber que tiene una sortija de turquesa que se pone amarilla como un oro á la menor infidelidad de alguno de sus amantes, ó cuando alguno de ellos deja de amarla. Lleva siempre puesta esta sortija, y temiendo que no se la hurten por la noche miéntras duerme, ántes de acostarse la encierra en un cofrecito de bronce, y lo pone en lo mas profundo de una cueva que tiene en este jardin : la entrada de esta cueva está guardada por doce monstruosos cocodrilos, cuatro basiliscos y seis dragones, cuyas gargantas espantosas, semejantes á los volcanes mas terribles, vomitan llamas voraces, y arrojan á lo léjos piedras ardiendo.

Á este tiempo tomó el Silfido la palabra : Sí, Señor, añadió, estos

son los peligros que os esperan; pero tambien, ¿qué gloria podria compararse á la vuestra? Estos jardines encantados están llenos de las mas bellas Princesas del universo, que la zelosa Encantadora tiene presas y condenadas á varios suplicios. Si esta malévola se hubiese contentado con quitar del mundo no mas que á sus competidoras, mas de cuatro mujeres comprenderian muy bien su crueldad, y aun quizas la imitarian; pero ha quitado todas las personas que podian ofuscarla de cualquier manera : envidiosa del talento, de las habilidades, de la hermosura y aun de las virtudes, no es menester para conciliarse su odio y enemistad mas causa que una reputacion brillante, y un aplauso general. Tambien soy yo, prosiguió Zumio, una de sus víctimas; en otros tiempos fuí su paje, y me confiaba los asuntos mas secretos, pero quiso mi desgracia que formase algunas dudas sobre mi prudencia, y me desterró á esta triste mansion.

En este punto interrumpí á Zumio diciéndole : Hazme el favor de decirme el nombre de ese monstruo, de esa abominable Encantadora... ¡Ah, señor, respondió Zumio, conozco que os ha de causar mucho espanto el saberlo, porque es tan artificiosa y astuta como malvada, y cuando yo estaba en el mundo la veia muy respetada y cortejada de los Genios mas grandes, que eran bastante simples para creer bajo su palabra, que poseia todas las virtudes. En fin, señor, nuestra perseguidora es la famosa y recatada Prudina... Al oir este nombre me quedé petrificado; no hallaba expresion suficiente para pintar el exceso de mi sorpresa é indignacion. Pero en breve ocupando el furor el lugar de aquel primer embelesamiento exclamé con despecho : Sí, yo os prometo una pronta venganza, ya es mia vuestra causa. á Dios, Princesa, Á Dios, Zumio, dentro de dos horas estaréis libres.

Al punto mismo me aparto de ellos, y por la virtud de mi talisman me hallé á la puerta de la formidable cueva que ocultaba el tesoro de mi pérfida amante. Quiero excusaros la relacion de los combates que tuve que vencer; baste decir que la venganza, la cólera y el odio me animaban, con que para triunfar aun me sobraba el ser Genio é inmortal. Exterminé todos los monstruos, hice mil pedazos las puertas de la cueva, me apoderé del cofrecito; rompí su cerradura, saqué la preciosa sortija, que con efecto estaba amarilla como el oro, y me la puse en el dedo con el firme propósito de

no apartarla de mí jamas. Al instante mismo resonaron los jardines con mil gritos de alegría, oí repetir por todas partes : *¡ Libertad, libertad! ¡ gracias al Genio Fanor! ¡ libertad, libertad!* Salí de la cueva y vi el jardin lleno de mujeres vestidas de distintas formas, pero casi todas jóvenes y hermosas; corrian, se abrazaban y volvian á gritar con todas sus fuerzas : *¡ Libertad, libertad! ¡ gracias al Genio Fanor!* Á este tiempo empezaba ya á amanecer; entre aquella multitud descubrí á la hermosa Eliana apoyada sobre el brazo de Zumio; luego que me vió vino á echarse á mis piés gritando : Aquí está nuestro libertador. Al instante me vi cercado de todas sus compañeras; unas me apretaban las manos, otras me abrazaban, y una de ellas subida sobre mis hombros no cesaba de gritarme al oido con voz penetrante : *¡ Libertad, libertad!*

Todas repetian este adagio con un ahinco y enajenacion inexplicable, de modo que á pesar de toda mi gloria estaba atolondrado; cuando de repente se nos presentó el poderoso Rey de los Genios montado sobre un elefante blanco. Impuso silencio al alborotado concurso, y volviéndose á mí me dijo : Fanor, te hago árbitro de la suerte de Prudina; tú mismo has de pronunciar su sentencia. Señor, respondí yo, puesto que se ve descubierta no pido otra venganza; sea su mayor castigo su propia vergüenza y el público desprecio; pero os suplico que os dignéis amparar á estas desgraciadas víctimas de sus injustos zelos; volvedlas á sus patrias y á sus amantes; disponed que al punto mismo cada cual sea trasportada al paraje que desea. Apénas hube pronunciado estas palabras, cuando el Genio extendió su cetro hácia la asamblea; en el mismo instante desaparecieron todas aquellas mujeres, y el Genio prosiguió : Te he prometido una recompensa; estoy pronto á cumplir lo que he ofrecido; pero piénsalo bien ántes de pedir nada, y cuando hayas hecho todas las reflexiones que quieras, ve á verme á mi palacio.

Fuese el Genio despues de haberme dado este consejo tan lleno de prudencia. Ya iba yo tambien á apartarme para siempre de aquel funesto sitio en donde todo me presentaba recuerdos pesarosos, á tiempo que vi á Zumio detras de un árbol, hablando con la mujer mas hermosa y llena de gracias que habia yo visto hasta entónces. Señor, me dijo Zumio, aun estoy aquí, porque hago ánimo de no separarme de vos si así me lo permitís; en cuanto á esta jóven beldad, ella misma os referirá su historia si lo deseáis. No hay duda,

dije yo al instante : al oirme se sonrió la amable incógnita : sentéme á su lado, y le rogué me hablase con confianza, haciéndome sabedor de la causa que tenia para quedarse en aquel jardin. Todas mis compañeras, me respondió, tienen esposo ó amantes cuya vista apetecen con ánsia : yo admiro su constancia, mas no me precio de imitarlas.

Y puesto que queréis conocerme os referiré mi suceso. Tengo la imaginacion muy viva, el alma sensible y muy fina; es muy fácil agradarme y cautivar mi corazon, pero es muy difícil fijarme por mucho tiempo. Cuando empiezo á querer, todo lo veo por buena parte, y hago una especie de divinidad de lo que amo : cuando las circunstancias ó algun acontecimiento me privan de esta ilusion, conozco que mi amor no era mas que una fantasía infundada y le dejo, ó mas bien me despierto saliendo de un sueño gustoso que se desvanece á la luz de la verdad. ¡ Y con todo han tenido la injusticia de llamar inconstancia á este esfuerzo de razon! Yo no mudo por capricho ó fastidio; amo engañada, y desengañada olvido.

Habrá dos años que por mi desgracia me hallé competidora de Prudina; una inclinacion reciente me ocupaba únicamente habia ya tres meses : la Encantadora manifestó algun cariño á mi amante, y esto me privó de la libertad; se apoderó de mí y me trajo aquí : atravesámos este jardin; me tenia agarrada de la mano, yo lloraba y me desconsolaba. No temas, Azelia, me dijo ella, no será muy cruel mi venganza; eres amable y muy atractiva, si tuvieses ménos ligereza serías un prodigio; y así, como á pesar mio te quiero, procuraré mas bien corregirte que castigarte. Estas amargas burlas de la Encantadora me asustaban mas y mas. Proseguímos andando, hasta que los bosques, el jardin y los árboles desaparecieron á nuestros ojos, y nos hallámos en una inmensa llanura, sin mas límite á la vista que el horizonte, y semejante al golpe de vista que ofrece un navío cuando está en alta mar; pero el movimiento y ruido de las olas, y los accidentes de la luz producidos por el sol que refleja sobre la superficie de las aguas, dan alguna alma á aquel cuadro; mas en la llanura en que estábamos ninguna cosa interrumpia la uniformidad del majestuoso y monótono espectáculo que teníamos delante. No se veian en ella, ni árboles, ni arbustos, ni flores; toda su extension estaba cubierta de una yerba sumamente fina y de un verde hermosísimo : una calma profunda, un silencio perpétuo rei-

naban en aquella espaciosa soledad; no se veia ni un pájaro, ni un insecto, y el cielo de color de azul turquí muy vivo estaba puro y sin nubes.

La vista de aquel inmenso despoblado produjo al pronto en mí la mas agradable sensacion : atónita y embelesada me quedé inmóvil y sumergida en una especie de arrobamiento. Mucho me alegro, dijo Prudina, que te guste tanto este sitio; es propio para calmar la eficacia de una imaginacion demasiado ardiente; pero este efecto solo se puede esperar del tiempo y de las reflexiones. Por tanto quiero que te quedes aquí; jamas advertirás la menor mudanza, el cielo estará siempre sereno; ni una pequeña nube turbará jamas su pureza; no verás ni dia, ni noche, ni aurora; no padecerás mas la inconstancia de las estaciones : la yerba que pisas es inmortal, y la luz que te alumbra se mantendrá siempre tan brillante como ahora. Al acabar estas palabras me sentenció á pasearme con paso igual y majestuoso por espacio de treinta años sobre aquella alfombra encantada, *á no ser*, añadió segun su cláusula acostumbrada, *que alguno de mis amantes deje de amarme sin que yo lo conozca.*

Desapareció, y al instante me vi obligada á andar con suma lentitud, sin poder apartarme á derecha ó izquierda, y sin poder adelantar ó acortar mis pasos, ó bien sentarme ó pararme. Esta obligacion de señalar continuamente una línea recta, caminando siempre al mismo paso lento, se me hizo muy penosa desde el primer instante, pero aun estaba léjos de conocer todo el horror de mi situacion. Consideraba todavía con admiracion y pasmo aquel inmenso y rico tapete verde terminado al horizonte por un círculo de color azul resplandeciente. ¿Es posible, decia yo, que lo azul, lo verde, este cielo y esta yerba formen un espectáculo tan extraordinario y magnífico? *grandeza* y *sencillez* producen las *ideas sublimes.*

Estas reflexiones, el recuerdo de mi amante y la esperanza de que era preciso que alguno de los suyos engañase á Prudina, estas ideas me hicieron llevar con mucha paciencia mi soledad por espacio de algunas horas; pero insensiblemente se fué enfriando mi admiracion; el disgusto sucedió al entusiasmo; la majestuosa inmensidad de aquella eterna llanura que á primera vista me habia embelesado, ya no me presentaba sino un espectáculo tan triste como insípido y monótono; mi única distraccion consistia en una pasion desgraciada, mas esta memoria se iba borrando insensiblemente; mi imaginacion ya sosegada no me pintaba los objetos sino con colores débiles : mis pensamientos eran vagos, mis ideas involuntarias, en fin todas las ilusiones me abandonaban : huyó el amor de mi soledad, y me hallé sola en el universo.

Cuando la razon disipa los errores peligrosos, disfruta el alma de su victoria, y no hay duda que se complace en ella; pero si es glorioso el vencimiento de las pasiones, tambien es un dolor espantoso conocer que ellas nos dejan ó se aniquilan, porque nuestra imaginacion se apaga, y nuestro corazon se debilita. ¿Y cómo se podrá evitar esta horrible situacion si se carece de valor? ¿Cuál de las pasiones es duradera? Es indispensable que la razon nos libre de ellas, ó que el tiempo las consuma.

En aquel cruel estado continuaba tristemente mi línea recta; ya no lloraba, no podia mas que bostezar, sin tener fuerzas para afligirme : me hallaba angustiada y aniquilada bajo el intolerable peso del tedio. El único deseo, realmente eficaz que yo conservaba, era el de ver entes animados, árboles, casas y montes. El ver tan solo una nube me hubiera alegrado; una tronada, un relámpago, la lluvia me hubiera trasportado de gozo. ¡Oh, y cómo me acordaba de la noche, del resplandor de la luna, y de las estrellas! De manera, que cualquiera mudanza hubiera sido para mí un suceso el mas feliz : conocí que la sagaz y zelosa Prudina, al darme aquel extraño castigo, habia hallado el medio mas cruel para castigarme de la inconstancia que me echaba en cara.

¡Juzgad, señor, cuál seria mi alegría, prosiguió Azelia, cuando gracias á vuestro valor me hallé de repente con la facultad de correr y de pararme, y me vi en este jardin! Bien debéis comprender ahora por qué me he quedado; ningun deseo tengo de volver á ver á mi amante, que sin duda me habrá olvidado, pues hace diez y ocho meses que estamos separados.

Si por ventura se mantuviese fiel, me moleria con sus quejas y reconvenciones; me es, pues, imposible volver á mi patria : cualquiera otro país me es indiferente, y con tal que no vea llanura, ni yerba menuda, en cualquiera parte me estableceré sin repugnancia.

Al decir Azelia estas palabras me levanté, y haciendo con mi varita un círculo en el aire, mudé el palacio y jardines de Prudina en

una casa magnífica situada en lo alto de una montaña. Nos hallámos en un hermoso corredor, desde el cual se gozaba de una vista tan agradable como vária. Azelia estaba loca de contento al volver á ver cascadas, peñascos, precipicios, ruinas, cabañas, rebaños, y el mar; porque yo habia juntado en aquel espacio los objetos mas majestuosos y risueños que la naturaleza puede ofrecer.

Viendo á Azelia en un encantamiento inexplicable, le dije : Reina aquí, bella Azelia; si mi presencia te importuna, dílo : me apartaré de ti aunque me cueste la vida, aprecio en mas tu quietud que mi felicidad. La respuesta de Azelia manifestó mucho empacho y enternecimiento : despues volvió á su genio festivo y decidor, y conservó la misma alegría todo el dia; al ser de noche se puso cavilosa, manifestando una dulce melancolía, que le daba nuevas gracias, haciéndola tan amable que acabó de volverme el juicio.

Despues de la cena volvimos al corredor : al ver Azelia el cielo sembrado de estrellas se detiene, se estremece y contempla los cielos trasportada. ¡Oh qué espectáculo encantador! exclamó. En aquel instante me arrojé á sus piés, y me atreví á declararle el sumo amor que me habia inspirado. Azelia me escuchó sin interrumpirme; advertí que se inmutaba, y que vertia algunas lágrimas. La insté que me respondiese, calló algun tiempo; pero al fin enjugándose el llanto me dijo : ¡Oh Fanor! no soy insensible á tus beneficios, y mucho ménos á tu cariño; pero dáme tiempo para conocerte y para consultar mi corazon : al decir esto se fué y me dejó.

Miré mi preciosa sortija, y conocí con sumo é indecible contento que Azelia me correspondia. Al dia siguiente le supliqué que se explicase. En verdad, me respondió, que temo engañarme y engañarte... No, adorable Azelia, exclamé yo arrojándome á sus piés : tú me amas, y no puedo dudar de mi dicha... Me detuve, porque conocí que Azelia juzgaba mi confianza por muy necia, y en efecto debia parecerle muy presuntuosa y ridícula : se enfadó, me trató con sequedad y despego; entónces yo enmendé mi yerro, fingiendo haber perdido toda esperanza. Esta ficcion que halagaba á su amor propio, hizo que se humanase, y en fin declaró que pagaba mi amor con el suyo, dignándose señalar el dia en que himeneo debia unir para siempre dos corazones que el amor habia inflamado tan prontamente.

La víspera de aquel dia feliz estaba yo en el corredor con Azelia, que tenia los ojos fijos sobre el mar que bañaba el pié del muro de la casa; estaba cavilando, y yo habia notado con sobresalto que en los dos dias anteriores andaba distraida y ménos cariñosa que de ordinario; no obstante no podia inquietarme con motivo, porque mi sortija se mantenia siempre con un color azul muy hermoso. Despues de un rato de silencio tomó Azelia la palabra : Deberias, me dijo, puesto que todo es posible á tu arte, allanar esas dos montañas, y hacer desaparecer aquellos peñascos; esa campiña está muy cargada, no halla la vista un punto determinado en donde fijarse; has puesto demasiadas cascadas, aquellos precipicios asombran la imaginacion, y el ruido de esos torrentes y del mar es tan triste, que oprime el corazon. ¿Qué es esto, Azelia, le dije suspirando, no te agrada ya este sitio? ¡No há mucho que te parecia tan bello! Puesto que lo mandas voy á desvanecerlo todo; pero amo este paraje : en él se ha dignado Azelia prometerme unir su suerte á la mia.

No me respondió, contentándose con mirarme tiernamente, y me alargó una mano, que yo besé con ardor : en aquel instante sus ojos se fijaron en mi sortija, sacándomela del dedo con aire distraido y descuidado, cosa que me causó alguna conmocion; pero no queriendo excitar sus sospechas, no me atreví á oponerme al deseo que manifestaba de verla de cerca. No puedo ver las turquesas, dijo Azelia, esta tiene un azul muy hermoso, pero la sortija es muy fea, y la piedra está muy mal engastada. Diciendo esto levanta el brazo, y sin que me fuese posible estorbarlo, ó por mejor decir imaginarlo, arroja al mar aquel tesoro inestimable á mis ojos, aquella preciosa sortija cuya posesion me era tan grata.

El exceso de mi sorpresa me dejo inmóvil, Azelia me miraba maliciosamente; prorrumpí en fin, y dije á Azelia mil injurias, la acusé de pérfida, y me desahogué sin modo ni medida, empleando todas las extravagancias que mi cólera violenta pudo sugerirme. Azelia me escuchó con sosiego, y luego que hube dejado de hablar, dijo : Confieso que sabia muy bien la virtud de esa maldita sortija; hace algunos dias que tenia bastantes sospechas, y ayer por fin supe arrancar este secreto á Zumio con bastante maña... — ¡Ah pérfido Zumio! exclamé. — No ha creido haceros traicion, replicó Azelia, yo he sabido persuadirle que todo lo sabia, y así no ha quebrantado el

secreto, ni su culpa es mas que la de haberse dejado engañar de una mujer. Esta es una desgracia de que la prudencia humana y el arte maravilloso de los encantadores no han podido librar hasta hoy dia ni á los mismos filósofos, ni aun á los Genios mas sublimes. Y si acaso, prosiguió Azelia, sentís con tanto extremo la pérdida de nuestra sortija por mi causa, ese dolor es infundado, porque os aseguro que no tengo el menor deseo de engañaros. —¿Pues por qué causa, cruel, interrumpí yo, me has privado de ese precioso talisman que precavia todas las dudas, haciendo inútiles todas las protestas de fidelidad?... —Sí, señor, lo sé, esa sortija no me dejaba nada que decir, á mí me gusta hablar, y fuera de esto no podréis negarme que la confianza que os inspiraba no era á propósito para darme gusto. En fin ¿os parece un proceder muy fino y generoso el de consultar aquella sortija á cada instante, para saber si debíais creer ó no las protestaciones de mi cariño? Yo sin tener talisman al punto os creí. ¿Queréis saber el modo de amar? En el mismo instante en que me hicísteis confesar el amor que os tenia, debíais sacrificarme ese supuesto tesoro, arrojando al mar la odiosa sortija, y diciéndome : *el amor y la confianza que este me inspira hacen que me sea inútil.*

Confundido con estas razones me arrojé á los piés de Azelia implorando su indulgencia y mi perdon. ¡Mi indulgencia! replicó ella; ¿acaso sabríais apreciarla? ¿no habia yo mismo excusado todos los defectos que acabo de deciros? Cuando arrojé la sortija al mar, bien debéis acordaros de que no habia mudado de color; pero el furor é indigno término con que me habéis tratado.... — No, adorada Azelia, no prosigas; me atraviesan el corazon tus justas quejas. — Señor, no abusaré de la imposibilidad en que estais ahora de leer en mi alma : mi palabra es tan verdadera como todos los talismanes del mundo ; he dejado de amaros, y es para siempre.

La serenidad con que Azelia pronunció estas palabras no me dejó lugar para dudar de mi desgracia : como la amaba con exceso, me entregué á la mas violenta desesperacion; estaba á sus piés, y los regaba con mis lágrimas : Por piedad, le decia, no me quitéis un resto de esperanza. — ¡Ved ahora si debeis sentir la pérdida de la sortija! La verdad os parece tan cruel, que no podéis tolerarla, y me pedís que os engañe... Debemos, no hay duda, procurar librarnos de las ilusiones que nos pueden dañar : ¿mas por qué querer

destruir las que nos consuelan? Creedme, señor, no empleéis en adelante vuestra ciencia en fabricar un talisman parecido á ese de que yo acabo de libraros : con semejantes artes lo único que conseguiréis será labraros nuevos pesares. Estudiad los hombres, conocedlos, desconfiad de todos en general; pero entregaos ciegamente á la fe de vuestra amante y de vuestro amigo.

Este consejo era excelente, pero mi desgracia quiso que no me aprovechase de él. Azelia se mantuvo inflexible : no hubo medio de que me volviese su amor. Abatido del dolor, y desesperado me separé de ella, y me retiré á una soledad, en donde pasé algunos meses únicamente ocupado en mi dolor. Habíame seguido Zumio; aunque era la causa inocente de mis desgracias : su lealtad, su alegría y natural docilidad me hacian su trato agradable; y sin eso conocia á Azelia, y podia yo hablarle de ella. Zumio habia viajado mucho, contaba con gusto y mucha gracia, y para distraerme, todas las noches me referia las cosas mas curiosas que habia visto en sus viajes.

Me hablaba muy á menudo de una Princesa llamada Arpáliza, haciendo de ella tales elogios, que al fin excitó mi curiosidad. Pregunté á Zumio si era tan amable como Azelia. ¡Bueno! me respondió él, si hubiéseis visto á la divina Arpáliza jamas hubiérais querido á esa Azelia, bastante graciosa, es cierto, y que á veces habla muy bien; pero en sustancia no es mas que una loquilla llena de caprichos y veleidad, en vez de que la Princesa Arpáliza es el modelo mas cabal de todas las perfecciones : su belleza os deslumbraria, y quedaríais encantado de lo profundo de su entendimiento, de sus virtudes, sus habilidades, y de la extension de sus conocimientos... ¡y un alma!... ¡una sensibilidad!... ¡si la oyéseis hablar de la amistad!...

Siempre volvia Zumio á lo mismo, y sus elogios eran inagotables : tanto los repitió, que al cabo me inspiró un deseo vivísimo de ver á aquella maravillosa Princesa. Sin embargo, á pesar de los consejos de Azelia sentia mucho la pérdida de mi turquesa. Yo podia pedir una gracia al Rey de los Genios : despues de muchas dudas y reflexiones fuí á hablarle, y le supliqué me hiciese un Palacio con un encanto, tal, que todos los que entrasen en él se viesen precisados á decir, luego que hablasen, sus mas ocultos pensamientos sin disfraz alguno. Como dueño del Palacio pedí que se me eximiese de la ley

general, porque decia yo, un amante debe ser callado, y no quiero exponerme á cometer la mas leve imprudencia en este asunto; añadiendo que para que me fuese posible ver las cosas como eran en sí, y no oir sino palabras verdaderas, deseaba que los que hablasen se viesen obligados á hacerlo conforme á sus verdaderos sentimientos, y al mismo tiempo que el que tuviese designio de faltar á la verdad, no conociese que decia lo contrário; que no se entendiese á sí mismo, y que quedase persuadido de haber dicho las palabras engañosas, con las cuales pretendia engañar á todos, porque sin este doble encanto cada cual tomaria el partido de callar, no se oirian mas que algunas frases interrumpidas, y nunca conversaciones seguidas.

Suspiró el Genio y me dijo : ¿Qué es lo que pides, imprudente Fanor?... Pero mi palabra no me permite negártelo. Anda, vuelve á tus estados : en el lugar que ocupaba tu Palacio hallarás el que locamente me has pedido. Aquí tienes, añadió, una cajita que te preservará del encanto del peligroso Palacio; siempre que la lleves contigo no dirás sino aquello que tengas intencion de decir : si la prestas á alguno producirá en él el mismo efecto; pero no puedo hacer otra semejante, y así mira si conservas esa con cuidado. Al decir esto me entregó la caja, y yo despues de haberle manifestado toda mi gratitud, me encaminé sin perder tiempo á mi nueva habitacion.

Hallé un Palacio, cuyo aspecto me deslumbró y encantó : está hecho de una materia que tiene la dureza y resplandor del diamante mas puro y brillante, y la trasparencia del cristal : su arquitectura es á un tiempo majestuosa y sencilla; todos sus adornos están enriquecidos de ópalos, rubíes y perlas : encima de las puertas de oro de aquel suntuoso edificio se leia entónces esta inscripcion : *Palacio de la Verdad*. Al entrar toqué con mi varita las puertas, diciendo estas palabras : Cualquiera que entre en adelante en este palacio no podrá salir sino despues de haber estado tres meses, y juro por mi ciencia (juramento irrevocable) no abolir nunca esta ley. Hice despues abrir las puertas, y mandé que dejasen entrar á todo el que quisiese.

Desde el primer dia tuve ocasion de conocer cuán peligroso es vivir en el Palacio de la Verdad : hice várias preguntas á mis criados, que obligados á responder con toda sinceridad, me indignaron

de tal modo que á todos los despedí; debo confesar no obstante que desde entónces no he tenido otros mas fieles y leales. Por otra parte, mi amistad con Zumio sufrió mucha rebaja : conocí que carecia igualmente de gusto y de solidez; se permitia muchas veces en sus conversaciones conmigo algunas chanzas y chocarrerías, que ya no me divertian, y me admiraba de cómo me habian podido gustar nunca semejantes gracias : descubrí en él mil defectillos que hasta entónces no habia advertido, entre otros el ser algo insolente; continuamente me contradecia, rara vez aprobaba mi modo de pensar, y me hablaba con una libertad y grosería inaguantables. No obstante, como continuaba diciéndome que me queria y me tenia amistad, no reñí con él formalmente, pero le reñia, ó le mortificaba á menudo; él me respondia con insolencia, que mi orgullo era insoportable; le hacia callar, se encogia de hombros burlándose de mí, manifestaba unas veces cólera, y otras mal humor, y pasábamos todos los dias riñendo ó sin hablarnos.

Cansado de estar solo siempre, esperaba que algunos caminantes, seducidos del aspecto brillante de mi Palacio, tendrian ganas de entrar; pero todos se contentaban con admirarle, se acercaban precipitadamente, y apénas veian la inscripcion, cuando se apartaban y seguian su camino. Un dia que estaba con Zumio asomado á un balcon, vimos á lo léjos una carroza magnífica que se acercaba al Palacio; mi arte me hizo conocer que aquella carroza era de un Rey acompañado de siete ú ocho de sus áulicos; íbanse acercando, y Zumio me dice : De esta vez creo que tendremos una visita, y me alegro, porque desde que estamos aquí me seco de tristeza... Al acabar Zumio estas palabras se detuvo la carroza enfrente de las puertas del Palacio : lee el Rey la inscripcion, y su primer movimiento es adelantar y entrar dentro; pero los áulicos, pálidos y asustados le detienen temblando : el Rey insiste algun tiempo; pero al fin cede : vuelven á respirar sus cortesanos : apartan la carroza con prontitud, y en breve los perdimos de vista.

¡Ya se han ido! exclamó Zumio apesadumbrado : en tanto que porfiareis en dejar sobre las puertas esa maldita inscripcion, no entrará un alma siquiera. ¡Vaya que sois cabezudo si los hay...! En mi vida espero ver un Genio de ménos talento, y mas tenaz en sostener sus majaderías... — Zumio, Zumio, ya no tiene límites tu insolencia... — ¡Con que queréis que os diga la verdad y os adule!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Ahora conozco que estáis loco rematado. En ciertos instantes vuestra necedad é inconsecuencia corre parejas con el orgullo que os domina. Apurado mi sufrimiento con tales insolencias iba á echarle del palacio, cuando vi una persona que fijó mi atencion y me hizo olvidar mi enfado. Era un anciano venerable : la majestad esparcida en toda su persona infundia respeto, y la dulzura de su fisonomía inspiraba un interes cariñoso, al cual era imposible resistirse. Tenia un libro en las manos, y venia leyendo. Luego que llegó cerca del Palacio, levantó la vista, y leyó la inscripcion. ¡Oh tú, exclamó, que hace cuarenta años que busco, verdad santa! ¿Será posible que te vea ántes del fin de mis dias libre de las densas nieblas que te ofuscan? Al pronunciar el anciano estas palabras, se precipita hácia la puerta, y entra en el Palacio.

¡Ya tenemos uno! exclamó Zumio. Al decir esto se aparta de mi prontamente, y sale al encuentro del forastero. Seguí los pasos de mi Silfido tronera, y en breve llegámos al anciano; acercándose á él Zumio, le dice : Bien venido, abuelo, sobre todo si puedes quitarnos el tedio que nos consume; eres muy viejo y debes haber visto muchas cosas, nos las irás refiriendo para divertirnos, pero ántes di como te llamas... — Mi nombre es Gelanor, respondió el anciano; he pasado toda mi juventud en el mundo, despues hice muchos viajes, y concluidos estos he vivido hasta ahora veinte años en la soledad. — ¡Ah! ya entiendo, interrumpió Zumio, eres filósofo; mala cosa para que nos alegremos... Lo malo es que tampoco á ti te saldrá tu cuenta, porque los filósofos son curiosos. Sin duda imaginas que podrás estudiar aquí á los hombres, pero no hallarás en este Palacio mas personas que el Genio mi amo, y yo : Fanor, como ves, es poco tratable, y ademas no tiene nada de original en el genio; y aunque yo estoy verdaderamente lleno de entendimiento, de virtudes y de gracias, poco tiempo te bastará para conocerme á fondo... En efecto, replicó Gelanor sonriéndose, puesto que desde ahora mismo te conozco mucho mejor que tú mismo te conoces.

Entónces tomé yo la palabra preguntando al filósofo, qué opinion tenia de sí mismo. Soy bueno, me dijo, pero imperfecto : no puedo comprender cómo despues de haber pasado mi vida reflexionando y trabajando en corregirme, puedo tener aun tantos defectos y flaquezas, pero á lo ménos esta idea, siempre presente en mi alma, me preserva del orgullo y me hace indulgente. Mis acciones públicas

y secretas son irreprensibles, pero siento muy á menudo algunos movimientos interiores que me avergüenzan. Si hiciese una relacion exacta y circunstanciada de todas las ideas que se presentan á mi imaginacion, no se me reputaria por mas juicioso que á cualquiera otro hombre. Al oir estas palabras me acerqué á Gelanor, y abrazándole con un cariño respetuoso : ¡Oh padre mio! le dije, Vd. me llena de admiracion, porque es un verdadero filósofo; honraré y amaré eternamente á cualquiera que se le parezca.

Á pocos dias de esta conversacion me determiné á hacer quitar la inscripcion grabada sobre las puertas de mi Palacio : entónces me aparté de Gelanor y de Zumio, y sin darles parte de mi designio me fuí, guiado por la curiosidad que las conversaciones de Zumio me habian inspirado, á los estados de la Princesa Arpáliza. No quise llevar á Zumio conmigo, ni confiarle mi proyecto, temiendo su mucha indiscrecion. Vi finalmente aquella célebre Princesa, que no me quiso recibir sino por la noche : me hicieron entrar en un soberbio salon, alumbrado de un modo muy ingenioso; todas las bujías estaban puestas debajo de campanas de cristal, cubiertas con una gasa blanca, artificio que producia una luz suave y muy semejante á la de la luna en una noche serena. Estaba sentada la Princesa sobre un trono de oro cubierto de un dosel de gasa de plata, várias guirnaldas de rosas formaban festones primorosos y coronas encima de la cabeza de Arpáliza.

Esta Princesa, vestida de una bata magnífica, guarnecida de pedrerías, me pareció un objeto único, y su hermosura majestuosa y regular, aunque no parecia muy jóven. Admiré su talle delicado, su porte noble y gracioso, la excesiva blancura de su tez, y sobre todo me encantó su conversacion. Mi admiracion se aumentó al dia siguiente; la Princesa me hizo llevar á una galería llena de pinturas, y supe que todas eran producciones de Arpáliza : todos los cuadros representaban asuntos los mas interesantes : templos á la amistad, la amistad triunfante del amor, el tiempo coronando y adornando á la amistad, ó bien templos á la beneficencia; la beneficencia alumbrada por la virtud, la compasion guiando á la beneficencia, etc. En una palabra, no se podia salir de aquella galería sino con la entera persuasion de que Arpáliza era la Princesa mas sensible y virtuosa del universo. Me llevaron tambien al laboratorio químico de la Princesa, y al volver de todas estas visitas, un áulico, que me acompañaba, me

dijo confidencialmente, que la Princesa sabia tambien perfectamente la Astronomía y las Matemáticas. Como tengo una inclinacion particular á estas dos ciencias, me encantó este descubrimiento, acabando de completar el alto concepto que ya habia yo formado de ella. Por la noche hubo concierto, y los músicos tocaron algunas sinfonías de mucho gusto, compuestas por Arpáliza. Despues se puso la Princesa al clave y cantó; no me pareció su voz muy particular, tanto mas, cuanto que todos los instrumentos que la acompañaban la ofuscaban casi enteramente; pero un excelente músico, que estaba á mi lado, me aseguró que era gran cosa, y en efecto bien conocí que debia ser cierto, al ver que todos los que la escuchaban estaban como arrebatados.

Despues de la cena hubo un rato de conversacion, en la cual lució mucho, ya en versos hechos de repente, ya disputando con algunos, llevándose siempre la palma de la discrecion. Tantas gracias juntas me tenian fuera de mí, y conocí que no me sería posible conservar mucho tiempo mi libertad al lado de una Princesa tan cabal.

Á las doce todos se retiraron, y yo quedé solo con Arpáliza y Telaíra, su amiga íntima; estaban las dos recostadas sobre un canapé, é inclinadas la una en los brazos de la otra; situacion la mas tierna que espero ver. Yo las contemplaba en silencio; se decian las cosas mas sublimes que la amistad puede inspirar, y Arpáliza me hizo una pintura tan viva y patética *de su afecto* á Telaíra, que me hizo llorar. No pude ménos de manifestarle parte de la admiracion que me inspiraba, alabé sus habilidades, su instruccion, y puse la conversacion en algunos puntos de Astronomía y Geometría; pero Arpáliza me dijo con suma modestia: Mucho siento, señor, que os hayan dicho que me empleaba en unos estudios tan poco convenientes á una mujer; y si fuese cierto que tuviese los conocimientos y aficion que me suponéis, la primera ley que me impondria sería la de nunca confesarlos. ¡Son tan ajenas de mi modo de pensar la pedantería y afectacion! ¡Es tan poca mi vanidad!... Esta rara modestia acabó de encantarme. Seducido y fuera de mí me retiré á mi cuarto para pensar solo en Arpáliza: parte de la noche se me fué en escribirle versos. La obsequié con las funciones mas ingeniosas y brillantes que pude imaginar; manifestó que estimaba mi atencion: declaréla mi amor; y ella me confesó que á no ser por mi calidad y poder, corresponderia á mis sentimientos; pero que por escrúpulo insuperable no podia resolverse á casar con un Genio. Vos mismo, me dijo, podríais atribuir á la ambicion lo que solo el amor mas puro pudiera alcanzar de mí. ¡Ah! ¿por qué no habéis nacido mortal?... Este modo de pensar me encantaba y me desesperaba á un tiempo.

Otras veces Arpáliza me ponderaba las delicias de su situacion presente: No tengo ambicion, me decia, la santa amistad hace todas mis delicias; nunca he conocido el amor, y temo entregarme á él; ¡porque tengo una alma tan tierna, una sensibilidad tan fina!... Me hallo feliz y tranquila; no, no esperéis que pueda determinarme á sacrificaros una dicha tan pura y tan perfecta. No, señor; incapaz de fingimiento y de la menor veleidad, no quiero engañaros con esperanzas inciertas. Dejad este sitio, huid de mí por vuestro bien... ¡y por el mio!... Triunfó por fin el amor; Arpáliza se ablandó, y consintió en recibir mi mano. Me manifestaba un cariño que me penetraba; pero el chasco de Prudina me habia hecho tan rezeloso, que resolví no casarme con la divina Arpáliza hasta haberla oido hablar en el Palacio de la Verdad, no porque dudase de su sinceridad, sino porque me era imposible sacrificarle la prueba del Palacio. Con este fin le dije que no podia efectuarse nuestro casamiento no siendo en mis estados: consintió gustosa en ir conmigo; solamente exigió que Telaíra nos acompañase, diciendo que no podia separarse de una amiga tan querida. Partímos los tres, y en pocas horas nos hallámos trasportados junto á las puertas del Palacio.

Á la vista de aquella temible morada sentí un sobresalto indecible, al pensar que iba á conocer el corazon de la que tanto amaba. ¡Ah! decia yo en mi interior, si es tal como la he creido, ¡cuánto me pesará haber juzgado necesaria la prueba del Palacio! y si estoy engañado, ¡qué ilusion tan grata voy á perder!... Entrámos finalmente en mi Palacio: entónces vuelvo los ojos á la Princesa... ¡cuál me quedé al ver que la divina Arpáliza tenia cuarenta y ocho años por lo ménos, medio dedo de arrebol en la cara, las cejas pintadas, los cabellos postizos, y una cotilla con dos ó tres almohadillas! En fin la ví calva, bermeja, vieja y corcovada. Zumio, que habia venido corriendo á recibirme, no pudiendo reconocerla en aquel infeliz estado, se echó á reir á carcajadas al ver aquella vision agarrada de mi brazo con aire muy satisfecho: me ví tan corrido, que me separé de la Princesa precipitadamente sin cuidar de lo que podria pensar.

Zumio se vino tras mí : Os doy mil parabienes, señor, me dijo burlándose, de la fortuna que habéis tenido en traernos esa rara belleza : esa eleccion prueba á lo ménos la solidez de vuestro gusto, y os pone á cubierto de las inquietudes que los rivales y los zelos podrian ocasionaros. Una palabra me bastó para hacer perder á Zumio las ganas de burlarse; nombré á Arpáliza, y se quedó mudo y confundido. Al cabo de un rato prosiguió diciendo : Bien veo, señor, cuán fundado es vuestro enojo y pesar, pero si la Princesa no tiene mas que una belleza alquilada, y si solo debe al arte sus gracias, sus cabellos y aquella cintura que tanto admirábamos, á lo ménos no puede habernos engañado acerca de las prendas de su alma, de su entendimiento y habilidades; y puesto que os ha dicho que os amaba, me persuado que sabréis pagar su cariño... ¿Estás en ti, Zumio? exclamé interrumpiéndole : ¿qué será de mí si he tenido la desgracia de inspirar algun amor á semejante figura? La esperanza de que será pérfida es el único consuelo que me queda. Á este tiempo vinieron á decirme que la Princesa queria hablarme; la urbanidad me obligó á irla á ver.

Halléla sola en un gabinete echada sobre un canapé, y en la mano tenia un pomito de agua de olor y el pañuélo. Luego que me vió entrar hizo las contorsiones mas extrañas, y aplicó el pañuelo á los ojos : ¿Qué tenéis? la pregunté. No me respondió; y yo viendo que continuaba haciendo visajes reiteré mi pregunta. Entónces mirándome con languidez me dijo : Finjo que tengo un accidente convulsivo... — Ya lo veo... — Y bien, cruel, ¿no os compadecéis? — Muchísimo; pero quisiera saber la causa de ese accidente. — Como me habéis dejado tan friamente al entrar en el Palacio, intento persuadiros que tengo una sensibilidad excesiva y que os amo con extremo... — ¿En efecto me amáis?... — Ni por pienso : á nadie tengo amor. Al pronunciar estas palabras, y creyendo decirme una expresion tiernísima, hizo que lloraba y se enjugó los ojos. Respiré con su declaracion, y ya libre de toda inquietud hice durar una conversacion que me divertia infinito; y así tomando una mano de Arpáliza : Vuestra pena me enternece, le dije. ¿Quién podria ser insensible á tantas gracias y á tanto amor?... ¡Pero os tiembla la mano!... — Sí; lo hago adrede para que creáis que son movimientos convulsivos... — Esto debe fatigaros mucho... — No por cierto : ¡estoy tan acostumbrada!... Pero en breve veréis mas; quiero emplear todo mi arte : al fin de la conversacion me desmayaré... — ¿Y Telaíra dónde está?... — Hemos reñido... — ¡Cómo, tan presto!... — Sí, y mi intencion es haceros creer que Telaíra es causa en parte del estado en que me veis... — ¿Pues qué ha pasado? — Me ha dicho cosas horribles; que soy falsa, interesada, envidiosa, insensible, que tengo un orgullo desmedido y una ambicion insaciable : yo le he respondido que nunca la he querido mas que por vanidad; que si hubiese sido mas bonita ó amable no la hubiera tenido á mi lado; tambien le he dicho que no la tenia el menor cariño, y que no haria por ella el menor sacrificio... — ¿Y se ha enfadado por eso? ¡Vaya que es cosa muy particular!... — Ha salido de aquí hecha un basilisco... — ¿Tenias confianza en ella? — Nunca la he tenido en nadie : no necesito de amigos; solo busco tontos que se dejen engañar y esclavos. Sin embargo he hecho en mi vida muchas confidencias, pero solo por vanidad, y siempre variando ó disfrazando los hechos, añadiendo y quitando circunstancias; porque el mentir nada me cuesta cuando es para mi provecho. — ¡Sois verdaderamente adorable, y ademas tan benéfica!... — Sí, amo con exceso el fausto y la magnificencia... — Luego que nos casemos dispondréis á vuestro arbitrio de mis riquezas : ¡cuántos pobres infelices socorreréis! ¡Oh! no seguramente : todo lo guardaré para mí... — ¡Celestial Arpáliza, cómo me encantáis! ¡Qué pasmoso conjunto de virtudes, de talento y de instruccion! porque aunque lo neguéis, vuestros criados os han descubierto : la víspera de nuestra partida me han asegurado que no habia en vuestros estados geómetra ó astrónomo que os pudiese competir... — Para que digan eso los pago... — ¡Cómo!... — Su desgracia era infalible si dijesen lo contrário : soy muy ignorante; pero quiero tener fama de saberlo todo... — ¡Qué modestia!... ¿Y vuestras pinturas? — Zolfir las ha hecho... — ¿Y aquellas sinfonías que me hicísteis oir? — Gervasto las ha compuesto... — ¡Sois única en el mundo! — Es cierto que nadie hasta ahora me ha igualado en entendimiento, astucia é inteligencia, ni ha llevado á tan alto grado de perfeccion como yo el disimulo y el arte de engañar á las personas mas instruidas y mas perspicaces...

Al pronunciar Arpáliza esta frase tenia seguramente la intencion de dar una respuesta llena de humildad, porque se puso muy modesta, bajó los ojos, é hizo unos gestos tan extraños y ridículos, que tuve mucho que hacer para no prorumpir en una descom-

puesta risotada. Sus monadas y dengues, y el tono que procuraba tomar hacian tan mal maridaje con las cosas que decia, y formaban con sus razones un contraste tan raro y gracioso, que conocí me sería imposible mantener mas tiempo aquella conversacion. Me levanté para irme; me llamó con voz débil, previniéndome que iba á cerrar los ojos, á desmayarse, y á verse acometida de una espantosa convulsion. Al punto mismo salí á buscar á Gelanor y á Zumio para contarles todo lo sucedido.

Pretendíais, dije á Gelanor, que este Palacio solo podia darme pesares, y que de nada me serviria en tanto que viviese en el mundo; en una palabra, que solo era bueno para el hombre desengañado ya por la razon, y libre para siempre de todas las pasiones humanas. Ya veis con todo lo útil que me ha sido en esta ocasion : si no hubiese traido á él á Arpáliza, me hubiera visto casado con una mujer vieja, fea, artificiosa, ambiciosa, falsa y perversa.

Pero, señor, replicó Gelanor, sin poner los piés en este Palacio, hubiérais conocido fácilmente á esa mujer poco mas ó ménos segun es, si fuérais ménos fácil en dejaros preocupar, y si tuviéseis ménos amor propio. Aprended á ver con vuestros propios ojos, y á juzgar por vos mismo, y no por la opinion de otros; no creáis tan de ligero que es imposible dejar de amaros despues que habéis declarado vuestro amor; que si esto hacéis, os prometo que en ninguna parte del mundo seréis víctima de los engaños y mañas de mujeres parecidas á vuestra Arpáliza.

¿Y contáis por poco, le repliqué algo enfadado, la ventaja de poder oir á un filósofo hablarme con tanta libertad? — Siempre que no desechéis la verdad, ella buscará medios de llegar á vuestros oidos. No está toda ella encerrada en el recinto de este Palacio; se halla en toda la tierra, y se presenta mas ó ménos disfrazada segun la debilidad y el orgullo que se le opone. Ningun mortal podria tolerarla en todos los instantes de su vida si se le presentase sin ningun velo. De este modo se la ve en este Palacio; aquí destruye igualmente las dulces é inocentes ilusiones como los errores peligrosos : se presenta bajo una forma tan feroz, es tan desapiadada, tan dura y grosera, que choca y exaspera aun en aquellas ocasiones en que pudiera ser útil. Estas prudentes reflexiones de Gelanor no pudieron hacerme mudar de opinion : solamente la experiencia podia hacerme juicioso.

Pregunté despues á Zumio lo que habia sucedido en el Palacio en el tiempo de mi ausencia. Desde que se quitó el letrero ó inscripcion, me respondió, todos quieren entrar, siempre estamos bien acompañados. El concurso es numeroso, pero la union entre sus individuos ninguna; no se oyen mas que disputas, riñas é injurias, muchas veces muy groseras; nadie conoce la buena crianza y urbanidad; los unos se burlan de los otros sin gracia y sin moderacion : no se puede calumniar, es cierto, pero en cambio emplean la murmuracion mas mordaz : aquí se aborrece á cara descubierta; gritan, se infaman, riñen, es una baraunda, un alboroto que no podéis imaginaros. — ¿Y las mujeres de qué modo se portan? — En general aun son mas extravagantes y ridículas que los hombres : se aborrecen mortalmente unas á otras por una friolera : manifiestan una falsedad muy pensada, y otras veces artificios tan pueriles... Una dice que quiere hacernos creer que se desmaya cuando huele una rosa; otra que finge tener mucho miedo cuando ve un gato; en fin, cuando no tienen interes de engañarnos con todo, nos engañan (á lo ménos lo intentan), por ejercitarse y divertirse; pero lo que hay aquí peor que todo son las coquetas; manifiestan un descaro y una perversidad de intencion que horroriza ..

— ¿Pues qué, no ha entrado todavía en mi Palacio una mujer virtuosa? — Una que otra... y sobre todo... aquí se detuvo Zumio, y mostró inquietud. — ¿Qué tienes, Zumio? ¿por qué te turbas?... Habla, yo te lo mando... — Temo hablar, me respondió Zumio suspirando, porque amo, tiemblo al ver que vais á ser mi rival. — Pues qué, ¿no me cederías tu dama? — No por cierto. — Antes me asegurabas que no habria sacrificio que no hicieses por mí. — Era ponderacion; es cierto que os quiero mucho, pero si me fuese posible no dudaria en engañaros por Rosamira... — El cumplido es muy tierno ciertamente... ¿Con que es tan bella esa Rosamira?... — La mas bella y amable del universo : su alma es modesta y pura, digna en fin del amor de un Silfido. — ¿Y te ama?... — La pureza de mi afecto le agrada, y me ha dicho que me tiene alguna inclinacion... — ¿Qué temes, pues, si eres amado? Aun cuando la ambicion la inclinase á favor mio, obligada á decir la verdad no podria persuadirme que me prefiere á ti. — ¡Oh! yo estoy seguro de su corazon; lo único que temo es que os trastorne la cabeza, y que entónces os opongáis á mi felicidad... — No temas, Zumio, no soy

ningun tirano; ademas no tengo la menor idea de ser tu rival: te protesto que veré sin riesgo ni turbacion á esa hermosura, por mas amable que sea, pues que su corazon se inclina á otro. — Ya que queréis verla, permitidme que vaya á buscarla y hablarle ántes. — ¿Para qué?... — Es que... — Vaya, dí para qué. — Es que queria informarle mal de vos, y hacerle un pormenor exacto de todos vuestros defectos... — Agradezco mucho esa buena voluntad, pero no quiero que te tomes tanto trabajo. Díme solamente si conoce este Palacio. — No hay duda: hace seis semanas que está en él, y no es posible ignorar su virtud mas de dos ó tres dias.

Iba, pues, á buscar á Rosamira, seguido del triste y zeloso Zumio, cuando vi venir á Arpáliza: luego que me conoció, exclamó: ¿A qué sitio me habéis traido, señor? ¡Qué sociedad habéis juntado en este Palacio! He ido un instante al salon, y en mi vida espero ver peor gente... ¡Las mujeres tan necias! ¡los hombres vanos, tontos y tan groseros!... ¡qué modales! ¡qué palabras! ¡qué insolencias!... ¡Si supiérais los ultrajes que he recibido!... Me desesperaba el ver que todos los hombres admiraban á una jóven llamada Rosamira, y procurando ocultar mi despecho: Señores, les dije, estoy rabiando de envidia; venid á mí, miradme, dejad esa dama que yo detesto porque os gusta y os atrae... Apénas he dicho estas palabras cuando todos han empezado á reir, dar silbidos, y á escarnecerme como si hubiese dicho la cosa mas extraña y ridícula... Entónces les he declarado que era la Soberana de este Palacio, y que mañana iba á recibir vuestra mano: han vuelto á silbarme, y su insolencia ha llegado hasta llamarme *vieja loca*... Vengadme, señor; echad de este Palacio á Rosamira... — ¿Con que tenéis particular queja de ella? — No, ella es la única que no me ha insultado; pero por eso mismo la aborrezco mas: su dulzura y modestia hacian que la llenasen de nuevos elogios, y es tan hermosa que rabio... Deseo denigrarla con mis razones, y haceros formar mal concepto de ella... Decidme, señor, ¿no os hacen alguna impresion mis palabras? — Muy grande, y pues que me mostráis tanta equidad y moderacion, ahora mismo voy á buscar á Rosamira para decirle lo que pienso de su proceder... — ¡Ah señor! no la veáis, porque os encantará... — No os alborotéis, suplico, sin motivo. Zumio, acompaña á la Princesa á su cuarto.

Con esto me aparté de ella sin esperar respuesta. Fuí volando á

ver á Rosamira, y la hallé en efecto tal como el amor y la envidia me la habian pintado: su belleza era pasmosa, y solo comparable á su modestia y entendimiento. Al verla y al oirla envidié á Zumio su dicha; pero como, gracias á la caja que el Rey de los Genios me habia dado, era dueño de ocultar mis sentimientos, no declaré á Rosamira la viva impresion que sus gracias hacian en mi corazon; y me contenté con leer en el suyo. Empecé á preguntarle, y me dijo que no era ni coqueta ni inconstante; que Zumio era su primer amor; que en realidad no le tenia aun un cariño verdadero; pero que conocia que en breve le corresponderia con un amor igual al suyo.

Apartéme de Rosamira encantado de su hermosura, talento y genio: aquella tarde estuve de mal humor, sobre todo con Zumio: este se quejó, yo me enfadé: le mandé que se me quitase delante, y poco despues le volví á llamar, no para hacer las amistades, sino para estorbarle que viese á Rosamira. Conocí que me iba volviendo injusto y tiránico; no hubiera producido este efecto el amor por sí solo, pero Zumio me obligaba con la dureza de sus expresiones. El sabio Gelanor procuraba en vano aplacarnos y ponernos en paz. ¡Ah! me decia, si no estuviéseis en este Palacio y os halláseis en la misma situacion, Zumio ocultaria sus injuriosos rezelos, y el exceso de sus resentimientos; aparentaria dulzura y moderacion; entónces vos, señor, seríais justo y generoso. Reflexionad que se ve obligado á declararos cuanto pasa en su alma; considerad que la pasion y el enojo le dominan, y que no pensará mañana lo que piensa hoy: á lo ménos no le hagáis preguntas.

¿No veis, le respondió Zumio, que Fanor anda buscando un pretexto para desterrarme de este Palacio, con el fin de apartarme de Rosamira?... No creáis que esté como nosotros obligado á decir lo que piensa. Su arte le libra de esa necesidad; no quiere confesarlo por una consecuencia de su natural desconfianza, pero yo le he cogido en mas de veinte mentiras. Al tiempo que, á pesar nuestro, lee en nuestros corazones, el suyo está cerrado... ¡Qué cobardía! ¡qué indigna bajeza!... Esta queja injuriosa, pero muy justa, me causó un impulso de cólera tan terrible que á no ser por Gelanor hubiera hecho una atrocidad. ¡Detente, insensato, exclamó el prudente viejo; detente y no acabes de cubrirte de oprobio vengándote de un rival indefenso!... La poderosa voz de la virtud me hizo vol-

ver sobre mí; pero no habia podido Gelanor alumbrarme sino irritándome : me aparté de él con enojo, y me encerré solo en mi cuarto para entregarme sin estorbo á mi pena y mal humor.

Triste, impaciente y áspero, huia del trato y sociedad viviendo melancólicamente retirado lo mas del tiempo en mi aposento; no obstante buscaba, como á pesar mio, á Rosamira. Ella huia de mí, y cuando yo queria acercarme, leia en su semblante tanto desden y empacho, que no me atrevia á hablarle. Una tarde la encontré en un cenador del jardin, estaba sentada y sepultada en una profunda cavilacion. Me acerqué, y conociendo que habia llorado le pregunté la causa de su pesar. Suspiró y me dijo : Zumio acaba de irse de aquí; le he visto enfadado conmigo, y lo siento mucho... ¿Está enfadado? pregunté yo muy gozoso, ¿y por qué razon? Á esta pregunta Rosamira me miró indignada sin hablar palabra : persistió en callar por mas que la insté y pregunté. La esperanza habia entrado en mi pecho, Zumio estaba descontento, Rosamira no se atrevia á hablar; imaginé que habia adivinado mi amor y que le agradaba. Olvidé todas mis resoluciones y lo que debia á Zumio; arrojéme á los piés de Rosamira y le declaré mi amor con los términos mas expresivos : no me fué posible sacarle una palabra; pero no vi en su hermoso rostro señal alguna de enojo; ántes bien crei ver en sus ojos alguna alegría. Esto me hizo solicitar una respuesta con nuevo ardor. Rosamira siempre muda, hizo ademan de levantarse y de huir de mí; temiendo entónces disgustarla no quise apremiarla mas, la dejé y me fuí.

Lleno de esperanzas, ó mas bien no dudando de mi dicha, busqué un sitio solitario para pensar en Rosamira. Habia ya dos horas que me estába paseando, cuando de improviso se me puso delante Zumio; sus ojos arrojaban llamas de enojo. En fin, pérfido, me dijo, ya has conseguido engañar á Rosamira. Algun tiempo hace que la veia pensativa y taciturna; pero ya finalmente se ha decidido mi suerte : ahora acaba de decirme que no me ama y que te adora...

— ¡Ah Zumio, qué me dices! ¡amado Zumio! ¡cuánta lástima te téngo! ¡sé bastante generoso para sacrificarme tu amor!... — Preciso es hacerlo; pero al mismo tiempo pierdo toda la amistad que os tenia... — ¡Zumio mio!... — No mereceis que nadie os tenga afecto; yo por mi parte no olvidaré jamas una traicion tan

indigna... — Zumio, yo no te he hecho traicion : ¿te has fiado de mí? no por cierto. Aun ántes que hubiese visto á Rosamira te rezelabas de mí : nunca Fanor hubiera sido tu rival, á no ser por tus injustos zelos, tus injurias y coléricos arrebatos. Tú me has ultrajado, insultado y hecho perder la paciencia; tantas ofensas me han hecho olvidar por un instante la memoria de nuestra amistad : he sido débil, pero no pérfido. Ademas quitándote el corazon de Rosamira no he quebrantado ningun vínculo formal : aun no te habia prometido Rosamira su mano : solo te habia dado algunas esperanzas. Triunfa, pues, amado Zumio, de tu resentimiento y no exageres mis yerros; Rosamira se muda, olvídala y no turbes mi dicha con quejas que me afligen. Al acabar estas palabras me acerqué á Zumio para abrazarle; pero él se apartó de mí con horror, diciendo : *os aborrezco*, y al punto desapareció.

Mucho lo extrañé; pero me hallaba feliz, y así fácilmente disculpé su enojo, y sin volver á acordarme de él fuí volando á los piés de la divina Rosamira. Al principio me recibió con mucho empacho, pero ¡qué grande fué mi gozo cuando despues, asomándosele los colores al rostro, me dijo que me amaba únicamente; que solo habia tenido á Zumio una mera inclinacion ó preferencia, y que lo que sentia por mí era una pasion verdadera! — ¿Pues qué, podré creer que me amáis por mí mismo? ¿estáis segura de que la ambicion?... — ¿Podéis, señor, pensar tal cosa? ¡Ah! desechad esa injusta sospecha. No conozco mas ambicion que la de agradaros, y aunque no tuviéseis, en vez de este Palacio, mas que una choza que ofrecerme, os prefiriera á todos los Reyes y Genios del universo.

¡Juzgad de las delicias que estas razones dichas en el Palacio de la Verdad me causarian! ¡Cuán dulce me era la posesion de mi Palacio que me habia proporcionado semejante gozo! Porque en fin, decia yo en mi interior, si no estuviésemos aquí, tal vez podria persuadirme á que estas razones son exageradas... No me separé del lado de Rosamira sino para ir á disponer los preparativos del himeneo que debia unirnos el dia siguiente... En breve se divulgó esta noticia por todo el Palacio. Arpáliza, que habia catorce dias que sabia la virtud de él, se habia ocultado á la vista de todos, y encerrada en su cuarto encubria en él su vergüenza y rabia, esperando con impaciencia el término de los tres meses que era preciso pasar en el Palacio. Zumio, que era ya mi mayor enemigo, se habia en-

cerrado con ella : y yo únicamente ocupado en Rosamira, no me hallaba en estado de arrepentirme de mi yerro, ni de sentir la desgracia de ser justamente aborrecido.

¡Qué larga se me hizo aquella noche! ¡la brillante hacha de himeneo no habia de encenderse para mí hasta el dia siguiente!... Me consideraba próximo á casarme con la persona mas bella y amable del universo; estaba seguro de su virtud, noble modo de pensar y pureza de su alma : sabia tambien de cierto que me amaba con extremo; volvia á disfrutar de la felicidad que la divina Azelia me habia hecho gozar; y Rosamira ménos viva y mas juiciosa que Azelia, no tenia ni sus caprichos ni sus rarezas, y parecia prometerme una felicidad mas sólida y permanente.

Apénas empezó á rayar el alba, cuando no pudiendo dominar á mi impaciencia, me hice invisible, y fuí al cuarto de Rosamira : quise llevarla una bandeja llena de flores y pedrerías, en la cual habia puesto un billete que yo queria que leyese al despertar; entré en su alcoba sin poder ser visto ni oido. Aun dormia Rosamira; despues de haber puesto la bandeja á los piés de su cama, me detuve un rato para contemplarla. Iba ya á retirarme, cuando volviendo los ojos hácia una mesita que estaba al lado de su cabecera, me quedé hecho estatua al ver sobre ella la caja talisman que el Rey de los Genios me habia dado para preservarme del encanto de mi Palacio. Al pronto creí que una semejanza engañosa me alucinaba; registro mis faltriqueras y hallo la caja : vuelvo á alentar, me tranquilizo, la examino con cuidado, y me parece la misma; cojo no obstante la otra caja puesta sobre la mesita de Rosamira, y entónces ya no me es posible dudar de mi desgracia : al confrontarlas conocí perfectamente que la de Rosamira era mi caja, y que la que yo tenia en la faltriquera no era mas que una imitacion, pero muy semejante. Confundido, desesperado, y no pudiendo comprender nada de aquello, tomo el verdadero talisman, y dejo la otra caja sobre la mesa; vuelvo á tomar mi bandeja para que no se pudiese sospechar el trueque, y me salgo del modo que habia entrado.

No podré pintaros mi dolor é indignacion; ignoraba cómo, y en qué tiempo habia podido Rosamira apoderarse de mi talisman; pero era claro que no me lo habia quitado sino para engañarme. ¡Ni todo el arte de los encantamientos, exclamé várias veces, es suficiente

para librarnos de la perfidia de las mujeres! ¡en este mismo Palacio una de ellas halla todavía secreto para engañarme!...

Luego que Rosamira se vistió fuí á su cuarto. Mi turbacion era tal, que Rosamira movida de la alteracion que advirtió en mi fisonomía, me preguntó la causa con inquietud. He hecho muchas tristes reflexiones, le dije, y os confieso que estoy zeloso de Zumio... No tenéis razon, replicó Rosamira, y me agraviáis en tener zelos. Estas palabras me llenaron de gozo; pero prosiguió diciendo : Bien podéis estar cierto para siempre de mi fidelidad, mi virtud es sólida é invencible : vais á recibir mi mano, y yo preferiré la muerte á la infamia de ofenderos. Nada habia prometido á Zumio; he podido renunciar á él sin delito, sacrificando el amor á la ambicion... — ¡Qué decís! ¡oh cielos, exclamé yo! — ¡Á qué viene ese extremo, replicó admirada! ¿No estáis persuadido de que os amo con pasion?... — ¿Debo creerlo en efecto? — Es verdad que no os tengo ningun amor, y que aun amo á Zumio; pero mi virtud sabrá triunfar fácilmente de esta inclinacion. Nunca volveré á ver á Zumio, y procuraré amaros. El agradecimiento y el deber lo pueden todo en mi corazon : vos tenéis mucho orgullo, yo soy virtuosa, con que fácilmente os persuadiré que os adoro.

Ya entónces me fué imposible reprimirme mas; prorumpí en quejas, é hice saber á Rosamira que habia recobrado el talisman que ella me habia quitado. ¡Ah, exclamó al oir esto, ya está Zumio vengado de una amante ambiciosa, y de un amigo pérfido! El cielo es justo... Sí, señor, la ambicion habia seducido mi alma. Instruida de vuestro amor por Zumio, no pude ocultar que envidiaba los honores y poder que tendria la que fuese vuestra esposa : indignado Zumio me dijo mil injurias, y me irritó; le mandé que se fuese : un instante despues llegásteis vos. No queriendo daros á conocer mis sentimientos determiné callar. Apénas os fuísteis cuando vi brillar entre la yerba ese talisman fatal, que sin duda se os cayó de la faltriquera cuando os echásteis á mis piés. Por una rara casualidad tenia yo una cajita de cristal de roca enteramente parecida á él; crei al pronto que era mi caja, pero al examinarla con mas cuidado vi los caractéres misteriosos que tiene grabados sobre la tapa, y entónces no dudé que fuese un talisman. Habíame dicho Zumio que la virtud del Palacio no tenia poder en vos : imaginé que esa caja sería quizas el preservativo de que os valíais contra este peligroso en-

canto. Al punto voy á mi cuarto : busco y encuentro la caja parecida á la vuestra ; con la punta de un diamante grabo é imito perfectamente los caractéres mágicos. Hecho esto llega Zumio, y pruebo en él la virtud de vuestro talisman. Puedo decir á Zumio que ya no le amo ; y en fin veo que esa caja me vuelve la facultad de disfrazar mis sentimientos. Despido á Zumio desesperado, voy á buscaros, y os encuentro : no tenia mas temor que el de que hubiéseis ya advertido mi hurto, aunque apénas habian pasado dos horas. Vuestras razones me tranquilizan, y en tanto que me habláis, meto sin ser sentida en vuestra faltriquera mi caja de cristal, y guardo la vuestra. Bien conocí que con el tiempo, quedándonos aquí, no podríais ménos de echar de ver este engaño, pero me lisonjeaba de que fácilmente podria obligaros á salir en breve de este Palacio. La ocasion me habia tentado, la ambicion me apremiaba, y no habia tenido el tiempo de hacer todas las reflexiones que hubieran podido apartarme de este designio.

Ahora ya lo sabéis todo, señor ; me culpo de haberos engañado, y sobre todo de haber sacrificado á Zumio. Pero en fin no he manifestado perversidad, y no soy despreciable; privada del talisman que os habia quitado, aun puedo decir que amo la virtud, y que nunca me hubiera apartado de las obligaciones sagradas que impone, si mi artificio hubiese salido bien, y me hubiese casado con vos.

Á estas palabras, obligado á estimar á la ambiciosa Rosamira, penetrado de dolor, oprimido de la desesperacion, y mas enamorado que nunca, me arrojo á sus piés : ¡ Oh Rosamira ! exclamé. ¡ No me es posible vencer este amor, aunque veo que no soy correspondido ! No soy amado... Pero á lo ménos dignaos de darme el derecho de amaros siempre ; dignaos consentir aun en reinar en este Palacio, úna himeneo para siempre mi destino al vuestro : pronto estoy á llevaros al altar ; venid... Señor, respondió Rosamira, no tengo un alma heroica, mas tampoco la tengo vil. Casándome con vos por ambicion, hubiera querido satisfaceros haciéndos feliz ; ya no tengo esa esperanza, y así renuncio vuestra mano.

Admirado de esta estimable escrupulosidad de Rosamira, procuré en vano combatirla. Persistió firme en su resolucion ; volvió á ver á Zumio, y le refirió cuanto habia sucedido : determinó salir aquel mismo dia del Palacio de la Verdad, y Zumio me dijo que estaba determinado á acompañarla. Espero, añadió, que luego que estemos fuera de este maldito Palacio, podrá Rosamira persuadirme que no me ha ofendido sino levemente, y que debo olvidar todo lo que ha pasado. Á Dios, señor, y para siempre si os quedáis aquí, porque hago juramento de no volver jamas. — ¡ Pues qué, Zumio, tú me abandonas ! — Ya no os aborrezco, puesto que Rosamira no os quiere, pero conservo aun un vivo resentimiento ; si pudiese ocultároslo, como á pesar de todo os quiero todavía, y me dáis lastima, sería capaz, para consolaros y para excitar vuestra gratitud y admiracion, de cederos una mujer, mayormente cuando ella me ha dejado por ambicion. Pero estáis leyendo en mi corazon, no me es posible mostrarme mas generoso y ménos vengativo de lo que soy en realidad ; ademas de que si con el tiempo me arrepintiese de haber hecho un sacrificio semejante, al instante lo sabríais, y perderia todo el fruto de él ; y así á Dios, señor : si queréis tener amigos, creedme, escoged otra habitacion.

De este modo me abandonó Zumio. Tuve la amarga pena de verle marchar con Rosamira, y perdí á un tiempo en aquel funesto dia mi dama y mi amigo. Gelanor me quedaba, porque la curiosidad le detenia en un sitio que daba campo á un filósofo para muchas reflexiones. Movido de mi profunda tristeza me instaba á que me ausentase del Palacio. No, Gelanor, le dije, no ; quiero quedarme en él hasta tanto que haya encontrado una mujer amable, virtuosa y sensible, que pueda consolarme de las penas que el amor me ha causado hasta ahora.

Un dia que me paseaba solo por los jardines vino Gelanor á hablarme : Vengo á avisaros, me dijo, de la llegada de dos huéspedes, un hombre y una mujer sumamente hermosos, que acaban de entrar inconsideradamente en este Palacio, y que despues han sentido muchísimo saber que estaban obligados á pasar tres meses en él. Están en consulta, y creo que quieren pediros licencia para casarse aquí... pero es verosímil que al cabo de un cuarto de hora de conversacion no tengan tales ganas ; porque basta este tiempo para que riñan en este Palacio los amantes mas tiernos. Al decir Gelanor estas palabras vimos al amante que se encaminaba hácia nosotros ; me acerqué á él, y le pregunté si persistia todavía en la resolucion de casarse con su dama. — Sí, señor, me respondió, y esta resolucion es tanto mas sólida cuanto que no es el amor quien la inspira. — ¿Pues cómo, no estáis enamorado ?... — No, señor. En otros tiem-

pos amaba en extremo á esta misma persona, y ella me correspondia; un suceso extraordinario nos separó: me robaron mi dama, y no me privaban de ella sino para perseguirla. Yo lo sabia, y al mismo tiempo ignoraba á qué sitio del mundo la llevaban; pero el amor me imponia la obligacion de buscarla, y salí de mi patria haciendo juramento de no volver á ella hasta haber encontrado á la que adoraba. Mi viaje duró mas de tres años. El amor me siguió, ó mas bien me acompañó y condujo en todo el tiempo del primer año; pero tanto duró el camino que me abandonó, y no obstante esto le proseguí; pero iba ménos apriesa, me detenia mas á menudo, me detuve demasiado, y al fin me prendé de otra.

El honor y la amistad me hicieron acordar de mi juramento, volví á proseguir mi viaje, y di por fin con la que habia amado con tanto extremo, que ya no era á mis ojos mas que una amiga estimable y querida. Agradeció en extremo todo cuanto yo habia hecho por ella, pero incapaz de disimulo, me confesó que ya no estaba en su mano corresponder al amor que creia inspirarme todavía, y que en el tiempo de una ausencia tan larga otro objeto habia cautivado su corazon. Ahora, añadió, he recobrado mi libertad, y conozco que estoy para siempre libre de las seducciones del amor: ¡Oh Nadir! recibe esta sincera declaracion por prueba de mi agradecimiento; si despues de esta confesion me amas todavía, estoy pronta á consagrarte mi vida. Has perdido una amante apasionada, pero puedes hallar en mí una esposa fiel y una amiga la mas tierna.

Estas razones me llenaron de gozo; dejé de disimular, manifesté mi corazon á aquella amiga tan generosa como amable, y la insté á que se efectuase nuestra union, la que ella me prometió luego que hubiésemos llegado á nuestra patria. Nos pusimos al punto en camino; al cabo de un mes estábamos cerca del termino de nuestro viaje, cuando se ofreció á nuestra vista este brillante Palacio: movidos de la curiosidad hemos entrado; pero ya que debemos estar en él tres meses, os suplico, señor, permitáis que nos casemos. — Desde luego, respondí yo, si tu dama lo desea. — Ella viene hácia aquí, respondió Nadir, vos mismo, señor, podréis preguntárselo. Entónces vuelvo la cabeza, y veo en efecto que la dama se acercaba á nosotros... Me estremezco, mi corazon palpita con violencia, y me arrojo hácia ella... ¡Cielos, exclamé, es Azelia!... No me engañaba,

era ella en efecto. La sorpresa, el pasmo, un sentimiento inexplicable mezclado de dolor, de despecho y de alegría, tan diversas y tan violentas sensaciones me dejaron inmóvil. Pero Azelia, dando una gran carcajada, me dijo: Ya veo, señor, que sois incorregible, porque ya conozco la virtud de este Palacio... ¿Es este el fruto que habéis sacado de mis lecciones y consejos?... No pude tolerar estas chanzas, y sobre todo el tono alegre y desembarazado con que Azelia me hablaba: corrido y desesperado no le respondí nada; y me aparté de ella aceleradamente para ocultarle una turbacion que era imposible disimular. No habia yo hasta entónces amado verdaderamente á nadie mas que á Azelia; esta pasion, que habia sido tan violenta y verdadera, se volvió á encender: volví á ver aquel mismo dia á Azelia, y la hallé mas amable y bella que nunca; era tan natural, tan franca, y tenia tanto entendimiento, que era imposible que el Palacio de la Verdad le hiciese perder nada de sus gracias y natural gracejo.

Ya no la amaba Nadir, Azelia no sentia por Nadir mas afecto que la amistad; la esperanza me sedujo: hablé, supliqué á Azelia prefiriese al indiscreto Nadir un amante apasionado. Considerad, le dije, que Nadir ya no tiene amor, y que yo os adoro. — Señor, respondió Azelia, el amor pasa, pero la memoria de los buenos procederes queda, y de ella nacen el cariño y estimacion permanentes. He podido olvidar el amor de Nadir, pero nunca olvidaré que se ha ausentado de su patria, y que ha recorrido el mundo durante tres años por buscarme y socorrerme... — ¿Pues qué, tendréis la crueldad de casaros con Nadir á mi vista?... Si lo hacéis mi desesperacion será... — Será un capricho y no otra cosa. ¿Cómo podéis pedirme seriamente que os sacrifique á un amigo tan fiel y generoso, vos, que ni aun tenéis el corto mérito (porque este mérito es siempre involuntario) de llorar á lo ménos durante un tiempo regular la amante que habiais perdido por vuestra culpa? Los habitantes de este Palacio son poco callados; les he preguntado, y bien debéis presumir que tengo largas noticias de Arpáliza y Rosamira. No me habléis, pues, de un sentimiento que no puede moverme; abrid, señor, los ojos: naturalmente sois virtuoso, sois amable; pero en tanto que conservareis la desconfianza injuriosa é imprudente curiosidad que os caracterizan, no conoceréis ni el sosiego, ni la felicidad. Ved lo que os ha costado ya esa funesta manía que os arras-

tra á querer penetrar lo mas secreto del corazon de los que amáis; sin hablar de mí, acordaos de la bella Rosamira : es prudente, virtuosa, sensible á los beneficios, y capaz de agradecimiento; en cualquiera otra parte, fuera de este Palacio, hubiera podido, casándose con vos, haceros del todo feliz. ¡Y aquel amable Zumio que os amaba tanto, tambien le habéis precisado á que os dejase!... ¡Ah señor! dejad ya de querer destruir unas ilusiones tan necesarias; abandonad este Palacio fatal, ó renunciad para siempre á la amistad, al amor, á la sociedad, y en fin á todos los sentimientos y gustos que son la dulzura y el encanto de la vida.

Estas razones hicieron en mi corazon una impresion tanto mas profunda, cuanto que Azelia persistió con inalterable firmeza en la resolucion de casarse con Nadir. No pudiendo tolerar un espectáculo tan cruel, tomé en fin mi partido, y queriendo á lo ménos llevar conmigo el aprecio y estimacion de Azelia, colmé á Nadir de beneficios, prometiendo á Azelia que nunca volveria al Palacio de la Verdad por motivo de inquietud, desconfianza ó zelos. Mas prudente seria, dijo Azelia, tomar la resolucion de no volver nunca á él. — No puedo, le respondí, obligarme á eso, pero para haceros ver que mi ánimo es de venir pocas veces, y hacer poca parada, os entrego, oh amada Azelia, este talisman que la ambiciosa Rosamira me habia hurtado; ya sabéis que es un preservativo seguro contra la virtud de este Palacio; aun debéis estar aquí cerca de tres meses, y en este tiempo podrá seros de alguna utilidad; ya es vuestro, guardadlo, yo renuncio á él para siempre. — Lo aceptaré, respondió Azelia, si me permitís que se lo dé á Nadir. ¡Es siempre tan penoso engañar, y es á veces tan dulce permitir que nos engañen!... Si estoy satisfecha de Nadir, no temeré que lea en mi corazon... permitid que le entregue este talisman... — Sois dueña de hacer lo que gustareis, y ahora que está en vuestras manos, dignaos de escuchar por la última vez la fiel expresion de los sentimientos que me inspiráis, Azelia. ¡Ah! nunca he amado á nadie como os amo... nunca os olvidaré... Á Dios, tened lástima del desgraciado Fanor... vuestra compasion y afecto son los únicos consuelos que pueden mitigar mi dolor.

Vi correr las lágrimas de la amable y sensible Azelia; demasiado enternecida para poder responderme me alargó una mano que yo bañé con mis lágrimas... En fin, me aparté de ella, la dejé para

siempre, y salí del Palacio de la Verdad, al cual no he vuelto desde entónces.

Esta es mi historia, añadió el Genio; este es el importante secreto que he tenido valor para ocultaros mas de diez y seis años. Jamas he dudado, querida Altemira, de tu amor y virtudes; el Palacio de la Verdad no puede aumentar el cariño que te tengo, y podria debilitar, ó á lo ménos alterar por algun tiempo el amor tan fino que nos une : si me crees, no emprenderemos este peligroso viaje. No, Fanor, respondió la Reina; quiero gozar de la dicha de repetirte en el Palacio de la Verdad que solo á ti he amado.

No le pesaba al Genio que la Reina manifestase una obstinacion que era prueba de su virtud, no obstante exigió que reflexionase con madurez este designio otros seis meses; si al cabo de este tiempo, añadió, no has mudado de opinion, entónces partiremos sin demora. Pasados los seis meses se dispuso el viaje, y la Reina quiso llevar consigo á su hija y á Filamir, aquel Príncipe que debia casar con ella. Mi hija, dijo la Reina, está segura del corazon del Príncipe, pero desea que él pueda leer en su alma, y que ántes de recibir su mano conozca todo su amor. Filamir, aunque sabe ya el encanto del Palacio, está muy deseoso de acompañarnos. Tambien quiere Zeólida que vaya con nosotros su amiga la amable Palmis que tanto estimamos, y cuento con decirle esta noche la virtud del Palacio. Tambien tengo yo ganas, replicó el Genio, de llevar tres ó cuatro cortesanos que deseo mucho conocer á fondo; quiero que ignoren á qué sitio tan temible para ellos voy á llevarlos, porque si se lo avisase, imagino que no les faltarian pretextos para excusarse del viaje. Y así encargad bien el secreto á Zeólida, Filamir y Palmis.

Aquella misma noche la Reina y la Princesa fiaron aquel secreto á su amiga. Palmis manifestó al pronto mas sorpresa que ganas de hacer el viaje; pero despues de un poco de reflexion : En realidad, dijo, nada tengo de importancia por que temer : os profeso un cariño y amistad sincera, y desde luego convengo en acompañaros. Palmis añadió á esta promesa la confianza de hacerles saber que amaba á un jóven de la corte llamado Crisal, y temia su natural inconstancia; Crisal era hombre de moda, ventaja que no debe inspirar mucha confianza á una amante : deseó Palmis que el suyo fuese con ellos, y el Genio se lo concedió.

Partieron finalmente : el Genio, la Reina, la Princesa, Filamir y Palmis eran los únicos que conocian el Palacio de la Verdad, y á medida que se iban acercando á él perdian la alegría, y se apoderaba de sus corazones la tristeza é inquietud. Zeólida era la que estaba mas sosegada; pero Filamir estaba cada vez mas distraido y pensativo, Palmis se entristecia visiblemente, y la Reina estaba temerosa al ver la turbacion de Fanor. Los áulicos que no estaban instruidos de aquel misterio procuraban en vano hacer revivir la muerta alegría del Genio, de la Reina y de Zeólida. Nunca el amable y brillante Crisal, amante de Palmis, habia manifestado tanto deseo de agradar, ni tanta gracia, y cuando hablaba á Palmis á solas la pintaba su pasion con tanto afecto y vehemencia, que se veia precisada á reprender sus dudas y temores.

En el número de los cortesanos que acompañaban al Genio habia uno de genio raro, y que pocas veces se halla en las cortes. Aristeo (así se llamaba el tal) habia hecho grandes servicios al estado. Habiendo obtenido los mayores puestos, por solo su mérito, no era ya jóven cuando se introdujo en la corte. Se presentó en ella con unos modales groseros, y con una aspereza que le hacian original, y tanto mas gustosa cuanto aquella clase de genio hacia un contraste mas particular con el de los demas palaciegos. Un cortesano severo y regañon no debia al parecer medrar mucho en la corte, por esto mismo gustó desde luego casi generalmente. Todos se divertian con sus rarezas, pero luego que conocieron que tenia tanto talento como mal humor, procuraron apartarle, pero ya era tarde; el Genio y la Reina le estimaban mucho, y así se quedó en la corte, y lo que es aun mas extraordinario, su humor no se desmintió jamas : no solo nunca aduló, sino que tampoco se oyó salir de su boca el mas mínimo elogio, y aunque era capaz de servir á sus amigos con eficacia, en su vida dijo una cosa agradable ó tierna, ni tampoco hizo la mas mínima protestacion de amistad.

Entre tanto se iban acercando al Palacio de la Verdad; y el Genio tuvo una conversacion particular con la Reina : Te confieso, le dijo, que no entraré sin pena en ese Palacio que me ha sido tan funesto, y no puedo disimularme que tendré gran necesidad de tu indulgencia. ¿Qué marido en el espacio de diez y siete años no habrá tenido algun desliz? Por tanto me afligirás si me haces muchas preguntas acerca de mi conducta pasada... — Pues bien, respondió Altemira

algo picada, prometo no haceros ninguna... — Yo me obligo á lo mismo, interrumpió el Genio. — No, señor, yo no tengo nada de que avergonzarme, y no temo vuestra curiosidad. — Y yo confieso que temo mucho la tuya; me veria obligado á responder con la mas exacta sinceridad y... — Confiesa que te arrepientes vivamente ahora de haber sacrificado á aquella hermosa Azelia, que tanto amabas, el precioso talisman con que podias ocultar tus pensamientos en el Palacio de la Verdad. Suspiró Fanor sin responderle; y la Reina se quedó triste y muy pensativa.

Ya descubren finalmente los brillantes muros del Palacio mágico; mas de un corazon se sobresaltó; pero se conocian demasiado tarde todas las consecuencias de aquel peligroso viaje. Se apean todos de los coches, se adelantan y entran por las puertas fatales. El primer objeto que se presentó á la vista del Genio fué el venerable Gelanor, aquel virtuoso filósofo á quien habia dejado habia ya mas de diez y ocho años en el Palacio de la Verdad Fanor se aparta prontamente de la Reina, y muy gustoso de hallar un pretexto para separarse de ella, va corriendo á abrazar á Gelanor, y se le lleva á los jardines. ¡Ah señor! le dijo el viejo, ¿con quién venís á este Palacio? — Con mi mujer... — ¡Oh cielos, con vuestra esposa! ¿Estáis en vos?... — Estoy cierto de su virtud... — ¡Ah señor! ¡Hace diez y ocho años que vivo aquí, y he visto tantos maridos llegar muy confiados, y salir desengañados para siempre!... — No puedo tener ese temor, puesto que Altemira conocia la virtud de este Palacio, y ha querido venir á él; no tengo ninguna inquietud de lo que ella me diga : solo temo lo que me obligará á decirle.

Pero dime, sabio anciano, satisface mi curiosidad; aun no ha podido el tiempo borrar de mi memoria á Azelia, y todo lo que veo en este sitio me la hace presente. ¿Díme, pues, si despues de mi ausencia se casó con Nadir? — Sí, señor, y aquel mismo dia entregó á Nadir el talisman que la habíais dado. Sumamente prendado este de un proceder tan fino y generoso, se impuso la ley de no preguntar nada á su esposa, y de este modo pasaron aquí los tres meses con suma paz y contento : seguid, señor, su ejemplo. — Por mí desde luego, con tal que la Reina se convenga.

En tanto que Fanor hablaba con el filósofo, Zeólida se paseaba por otra parte con su madre y el resto de los viajantes. La Princesa iba un poco delante, y Filamir á su lado. Despues de un rato de si-

encio, tomando este la palabra : Desde que estamos aquí, dijo, siento un empacho insuperable... No me atrevo á hablaros de mi amor, porque temo que mis expresiones os parezcan ménos tiernas... — ¿Segun eso exagerábais ántes de que estuviésemos en el Palacio?... — ¡Lo temo!... — ¡Ingrato!... Y yo hasta ahora no os he manifestado sino á médias el amor que os tengo... — ¡Ah Zeólida, qué declaracion tan dulce!... — ¿Decidme, pues, que me amáis?... — Sí, solo á vos amo, y sola vos podréis asegurar la felicidad de mi vida. — ¡Ah, exclamó Zeólida, ya estoy satisfecha!... Nosotros, amado Filamir, haremos ver que este Palacio no puede ser dañoso á los amantes verdaderos, y que léjos de destruir el amor le aumenta mas, disipando todas las dudas que á veces produce un cariño vivo y delicado. Al pronunciar Zeólida estas palabras se acercaron á ella la Reina y Palmis; Filamir se apartó, las Princesas se separaron del grupo de cortesanos, y se esparcieron por los jardines : Filamir y Crisal se encaminaron hácia un bosquecillo, á la entrada del cual hallaron á una jóven sentada sobre un banco; era bonita, Crisal quiso absolutamente verla de cerca y hablarle. El Príncipe al cabo de un instante de conversacion conoció que aquella jóven acababa de llegar, y que conocia tan poco como Crisal la imposibilidad en que estaba de disfrazar sus pensamientos. Le preguntó su nombre, y ella respondió que se llamaba Azema. Tiene Vd., le dijo Crisal, una carilla buena para divertir un rato. Crisal, que creia haber empleado una alabanza muy exagerada, se quedó admirado al ver el aire desdeñoso con que Azema recibió su cumplido. ¿Pues qué, prosiguió, es Vd. mujer y la lisonja no la seduce? — ¿Llama Vd. á eso lisonja? ¿le parezco á Vd. fea? — ¡Cómo fea! Acabo de darle á entender que no he visto en mi vida otra mas hermosa... — Vaya : Vd. delira; bien que me importa poco, porque á pesar del deseo que tengo de que todos me amen, no siento ningun deseo de agradarle... — Esto sí que es franqueza é ingenuidad... — ¿Vd. me cree ingenua?... — Á lo ménos muy sincera... — Nunca digo una palabra verdadera, pero sé revestirme de un aire de candidez, y persuadir que soy la misma sinceridad.

Al oir esto Crisal se echó á reir, y Azema volviéndose á Filamir : Y Vd., señor, le dijo, ¿por qué se empeña en callar?... — ¿Qué le importa á Vd.? respondió riéndose Filamir... — Vd. me gusta... — Y yo no he visto nunca persona que me agrade tanto como Vd...

— Realmente digo que me agrada Vd. mucho : apostaré á que es muy sensible, muy crédulo... — En efecto sé amar... — Sí, lo creo, como un niño. ¿Tendrá Vd. por casualidad una *pasion verdadera*?... — Sí, una pasion que decidirá de mi suerte... — Ya me lo dudaba yo, y me encanta esa noticia... — ¿Y podré saber por qué? — Me gusta mucho descomponer las pasiones verdaderas. ¿Se halla aquí la que Vd. ama?... — Sí. — Pues la veré, y si es bastante bonita para picar mi amor propio, haré que sea Vd. inconstante. Esta tarde me pasearé por aquí : se lo aviso á Vd. para que venga á buscarme.

Al decir estas palabras Azema se levantó, Filamir quiso detenerla : Déjeme Vd , dijo ella, quiero hacer como que le hallo muy peligroso y que le huyo. Entónces Azema se puso muy séria y modesta, hizo una gran cortesía y se fué. ¡No he visto, exclamó Crisal riendo, mujer mas loca y extraordinaria!... Todas las mujeres son coquetas y artificiosas, pero esta es la única á quien he visto confesarlo con tanta indiscrecion. Ese deseo de seducir y de engañar junto á su mucha imprudencia, la hacen verdaderamente tan graciosa como original. Si yo me hallase en vuestro lugar, señor, no faltaria esta tarde á la cita. — ¡Estás en ti, Crisal?... — ¿Y por qué no? ¿acaso porque amáis á la Princesa? ¡Qué niñería! ¿Esos escrupulillos os detienen? — ¿Crees que fuese posible trastornar la cabeza á una coqueta del genio de Azema? — Seguramente; si sabéis manejaros lo conseguiréis sin duda. — No tengo ciertamente semejante deseo... Pero confieso que esta cita me aviva la curiosidad...

Palmis, á quien vieron venir hácia ellos, interrumpió esta conversacion : aun no habia tenido ocasion de hablar sin testigos con Crisal. Luego que le vió se acercó á él, y el Príncipe los dejó solos. Palmis estaba turbada, no se atrevia á hacer preguntas á su amante, y Crisal distraido y preocupado no echaba de ver ni su turbacion ni su empacho. En fin, Palmis dando un suspiro; Crisal, dijo, Vd. calla, ¿pero á lo ménos piensa Vd. en mí? Á esta pregunta, manifestando Crisal un semblante el mas amoroso, y besando tiernamente la mano de Palmis; No, le dijo, nunca me acuerdo de Vd. se lo protesto... — ¡Cómo es posible! exclamó Palmis. — ¿Lo duda Vd.? ¡Ah ingrata! interrumpió vivamente Crisal. ¡Ah Palmis, qué injusta es Vd.! Sí, continuó arrojándose á sus piés, nunca he pensado

mas que en engañar á Vd. : la ambicion y la vanidad solas me han hecho aparentar quererla. Palmis, haga Vd. justicia á su amante, es incapaz de querer. Sosiéguese Vd. pues, y estas tan verdaderas protestaciones tranquilicen su corazon. ¿Pero qué cólera tan excesiva se pinta en su rostro de Vd.? ¿qué tiene? ¿por qué capricho no quiere hoy creerme? ¿quiere Vd. que haga juramentos? Nada me cuesta. — ¡Pérfido! exclamó Palmis, y no pudo decir mas en fuerza del llanto que la ahogaba : oprimida del dolor se dejó caer sobre un banco. Crisal, siempre puesto de rodillas á sus piés, fingió derramar algunas lágrimas : Ya lo ve Vd., le dijo, finjo que lloro. Bella Palmis, Vd. me cansa, y aunque naturalmente es tan irracional como insípida, nunca me ha parecido Vd. tan fastidiosa como ahora.

Á estas palabras Palmis, desviando á Crisal con indignacion; Apártese Vd., le dijo, me horroriza. — Ciertamente, replicó Crisal, aquí hay algun misterio encubierto, esto no es natural. Ahora bien, prosiguió con mucho desembarazo, expliquémonos : ¿tiene Vd. ganas de quebrar la paja? ¿Quiere Vd. dejarme?... Para eso no es necesario tomar un tono tan trágico. Quedemos amigos á lo ménos; yo lo deseo, porque por su crédito y valimiento puede Vd. aun serme útil. La respuesta de Palmis fué levantarse con ímpetu, y arrojando una terrible mirada á Crisal, se apartó de él con precipitacion.

Crisal se quedó confuso. Estando pensando en este suceso, oyó un gran ruido de voces : se encaminó hácia el paraje de donde venia, y entró en un espacioso cenador, lo halló lleno de forasteros que acababan de llegar al Palacio. Habia unas treinta personas sentadas en círculo al rededor de Gelanor. Preguntóle Crisal, por qué estaban allí juntos todos aquellos forasteros. Señor, respondió Gelanor, estoy encargado hace diez y nueve años de la administracion de este Palacio; no omito medio alguno para hacer su mansion grata á los huéspedes, y solo exijo de ellos una cosa; esta es, que el dia mismo de su llegada me sigan á este cenador, y respondan á una sola pregunta que hago á cada uno. — ¿Y qué pregunta es? — Deseo saber si se tienen por felices. — Y bien, ¿ha encontrado Vd. muchos contentos con su suerte? — Escribo el nombre de esos en un libro, y aun estoy en la primera hoja. No hay que extrañarlo, puesto que las virtudes y la razon producen solas la felicidad. — ¿Ha empezado Vd. ya sus preguntas hoy? — Sí, ya he despachado

á mas de la mitad; ¿pero vos, señor, querréis responderme? — Con mucho gusto. He logrado muchos adelantamientos en el mundo y en la corte; he juntado riquezas, he perdido lo ménos á diez mujeres que ántes de conocerme gozaban de una reputacion sin mancha; y con todo no soy feliz : el tedio me consume, de nada sé disfrutar, y deseo lo que no tengo con un ardor que me consume. — Está bien, dijo Gelanor, pasemos ahora á otro.

¿Y tú, grave extranjero, prosiguió Gelanor hablando á un hombrecillo flaco, enjuto de rostro, y lleno de presuncion, qué estado tienes? — Me llaman *Filósofo*, respondió el extranjero con tono imperioso y dogmático. — Y bien, camarada, replicó Gelanor riéndose, ¿serás feliz sin duda? — ¿Yo? no por cierto. — ¿Quién te quita el serlo? — El orgullo. Me habia juntado con otros de mi genio; habíamos formado un proyecto grande y osado; queríamos dominar y mandar á todos los entendimientos, y era nuestro jefe un mágico célebre, que nos dió un talisman sobre el cual estaban grabadas estas palabras : BENEFICENCIA, TOLERANCIA, FILOSOFÍA. Amigos mios, nos dijo el mágico, es tan grande la virtud de estas tres palabras, que para conseguir vuestro intento os bastará repetirlas sin cesar, y estar siempre fielmente sujetos á vuestro jefe. Con este talisman y mi proteccion no necesitáis de talento, ni de instruccion; podéis decir y escribir todas las extravagancias que os ocurran : tendréis el derecho exclusivo de desatinar, de ser inconsecuentes, de turbar el órden establecido, de trastornar los principios de la moral, de corromper las costumbres, sin que por esto perdáis nada de vuestra reputacion. Si os atacan, no respondáis á ninguna objecion; guardaos de entrar en disputas con vuestros enemigos. Os permito las injurias y las declamaciones sin sentido; pero razones nunca : repetid siempre la misma sentencia : BENEFICENCIA, TOLERANCIA, FILOSOFÍA, y triunfaréis de todos vuestros contrarios, á lo ménos miéntras yo viva. Así habló nuestro hábil encantador : sus promesas tuvieron el debido efecto : ¡pero ah! padecimos la desgracia de perder á aquel jefe tan digno de nuestras lágrimas, y desde su muerte el talisman ha perdido la virtud; nuestro imperio está destruido. Usurpadores destronados, ya no tenemo partidarios, ya no podemos excitar alborotos, y nos va cubriendo el triste velo del desprecio y del olvido... Al pronunciar estas palabras el supuesto filósofo dió un gran suspiro.

A este tiempo Zoram, uno de los cortesanos del Genio, entró en la Sala : Si queréis conocer, dijo Crisal á Gelanor, un hombre feliz, preguntad á este : ¡es tan alegre, tan loco!... todo le divierte, á todo tiene pasion, y todo le encanta : ¿no es así, Zoram? — En efecto, respondió Zoram, ese es mi deseo... — ¿Pues qué, no amas con furor la música, la caza y las pinturas? — La caza me fatiga; la música mas divina es para mí ruido, y nada mas; y la pintura me gusta tan poco como estas dos cosas... pero tengo un tren de caza, músicos, y una galería de cuadros : me arruino para persuadir que me divierto, y que soy feliz. — Ea, ya basta de chanzas, responde con juicio. Ya basta, dijo Gelanor, dejadme ahora preguntar á aquella mujer sentada enfrente de nosotros en medio de sus hijos é hijas. ¿Señora, prosiguió el anciano, Vd. parece madre de familia?... — Ya me ve Vd. rodeada de todos mis hijos. — ¿Y se juzga Vd. feliz? — Hijos mios, dijo la extranjera, esta pregunta se dirige á vosotros, responded á ella. Entónces las dos hijas mayores se arrojan enternecidas á los brazos de su madre con la expresion de la mas afectuosa gratitud, y todos los hijos exclaman á un tiempo : Sí, sí, es feliz; está contenta de sus hijos, y nosotros la amamos de todo corazon...

¡Bendito sea el cielo, dijo Gelanor, mis ojos han visto hoy una persona contenta con su suerte! ¿Querrá Vd. decirme su nombre? — Me llamo Eudomenia. — Desearia tambien que me dijese Vd. algunas circunstancias acerca de su situacion. ¿Desde cuándo disfruta Vd. de esa felicidad tan pura? — Desde que soy madre. — ¿En qué se ocupa Vd.? — Vivo retirada, dedico á la educacion de mis hijos la mitad del dia, y la otra mitad al estudio, y á mis amigos. — ¿Tiene Vd. muchos amigos? — Tengo pocos, pero verdaderos. — ¿Es Vd. rica? — No lo soy, ni puedo serlo. — ¿Por qué razon? — Aborrezco el fausto, y el dinero no puede proporcionar mas gusto que el darlo. — ¿Tiene Vd. ambicion? — No la tengo ni aun para mis hijos, porque la experiencia y la razon me han hecho conocer que en nada contribuyen los honores y riquezas á nuestra felicidad. Al decir aquella buena madre estas palabras, sacó Gelanor un librito de su faltriquera, y sentó en él el nombre de *Eudomenia*. Crisal y Zoram salieron del cenador, y tomaron el camino del Palacio.

Toda la corte del Genio se juntó en el salon de Palacio. Aristeo,

aquel áulico tan aspero y regañon hablaba con la Reina, que se admiraba de verle con tono ménos duro, modales dulces, y de oirle decir alabanzas. Cuando Zoram y Crisal llegaron al salon, iba la Princesa á tocar el arpa, y la estaba templando; Filamir estaba á su lado, y la triste Palmis apoyada con languidez contra una columna, pensaba en el pérfido Crisal, y guardaba un triste silencio. Crisal, que se estaba paseando, se acerca queriendo hacer un cumplido lisonjero á la Reina; y cuando siguiendo al Genio estuvo bastante cerca de ella para que pudiese oirle, se detuvo, la miró con complacencia, y dijo al Genio : ¡Cómo se conoce que la Reina tiene ya bastante edad!... Nadie dirá que tiene ménos de treinta y ocho años. Altemira, aunque todavía era hermosa, no apreciaba en mucho esta ventaja : se sonrió, y dijo á Crisal : ¿Quieres adularme? — Sí, señora, respondió prontamente Crisal, esa es mi intencion. — ¿Qué te parece mi vestido? — De muy mal gusto, y poco correspondiente á la edad de V. M. Despues de haber dado esta respuesta con tono muy lisonjero y expresivo, Crisal muy satisfecho de sí propio, y de lo que creia haber dicho, se apartó, y volvió á juntarse con Fanor.

Zoram se acerca por otra parte á Palmis, y deseando sacarle de su cavilacion diciendole alguna cosa agradable : ¡Válgame Dios, señorita, le dice, qué encendidos tiene Vd. los ojos, y la nariz qué colorada! No está Vd. nada bonita esta tarde. No aparente Vd. ese aire desdeñoso, ni crea que lo que acabo de decirle es un requiebro; porque le aseguro que es la pura verdad.

Á este tiempo se sentó la Princesa, y empezó á tocar un preludio. Zoram para sostener la reputacion de hombre conocedor y apasionado de la música se llegó con precipitacion á ella, con las mayores muestras de alegría : la Princesa cantó acompañándose, y Zoram llevaba el compas en falso : de tiempo en tiempo aplaudia como arrebatado de gozo. A la mitad de la aria, de improviso exclama dando palmadas : *¡Ah, qué cosa tan mala, y tan fastidiosa! ¡qué cosa tan cansada!* Algo turbada Zeólida se detuvo. Me alegro mucho, dijo Zoram, que V. A. crea que me encanta su voz; por eso he prorumpido en esta fuerte exclamacion. Estas razones causaron una sorpresa indecible á los demas cortesanos : todos creyeron que el pobre Zoram habia perdido la chabeta; y Crisal, que era su mayor amigo, manifestó tristeza y compasion Pobre Zoram, dijo, este suceso me da mucho gusto; me aprovecharé de él, y esta noche

pediré su empleo á Fanor. Entónces se llega á Zoram, le arrastra fuera de la sala, y desaparece con él.

Entónces preguntó Zeólida á Filamir si pensaba como Zoram, y si le habia parecido fastidiosa la aria que acababa de cantar No por cierto, respondió Filamir, no la he oido, estaba distraido. La Princesa se puso colorada de despecho; y tomando Aristeo la palabra, Pues yo, dijo, no he perdido ni una nota : la aria es excelente, la voz de V. A. es tan divina...— ¿Qué es eso, Aristeo, interrumpió el Genio, te vas haciendo lisonjero? No es mi intencion, respondió Aristeo; no soy tan severo y frio como aparento; pero tengo mal humor, y deseo hacerme singular : paso mi vida riñendo, y criticando tan solo por espíritu de contradiccion; ademas, me he impuesto la ley de no alabar nunca á las claras, y de adular indirectamente, y esto solo en las ocasiones importantes... — ¡Ah! ya te entiendo... Díme, ¿me has adulado algunas veces? — Me estimáis porque creéis que no os adulo, y me amáis porque lo hago. Pensáis buenamente que un hombre con mal modo y grosería, no puede ser adulador; desconfiáis de los demas cortesanos, y conmigo creéis estar seguro. ¡Pero la lisonja sabe disfrazarse de tantos modos! No hay mas que un medio de librarse de ella, y es el de ser insensible á sus tiros : vos, señor, la amáis, y yo la empleo con vos : naturalmente la aborrezco: si la despreciáseis nunca hubiera incurrido en semejante bajeza; pero solo de este modo me era posible alcanzar vuestra privanza. Si alguna vez os engaño es porque me obligáis á ello, y os engaño porque me habéis corrompido. Conozco que me envilezco con este proceder, lo lloro; este conocimiento me irrita contra vos, y os sirvo sin amaros... — ¡Insolente, exclamó el Genio brotando llamas de furor por los ojos; véte, y jamas vuelvas á ponerte en mi presencia!...

Al oir estas terribles palabras la Princesa atemorizada se levantó, y seguida de Palmis salió precipitadamente, y bajó á los jardines. ¡Ah, dijo, ya empiezo á conocer lo funesto que es este Palacio! ¡Mira ya perdido para siempre á ese infeliz Aristeo que ha hecho tan grandes servicios al Estado!... ¿Y yo misma tengo motivo de estar satisfecha de Filamir?... ¡Cómo me ha respondido!... ¡solo por él cantaba, y no me escuchaba!... ¿En qué pensaria? ¡Ah, si me hubiese atrevido á preguntárselo!... ¿Palmis, sientes mis penas? — No hallo que tenga V. A. bastante motivo para afligirse, respondió

Palmis con frialdad. — Pues qué, esa indiferencia, ese cruel desden de Filamir... — V. A. se aflige por nada, y con una ridícula sensibilidad. — ¡Palmis, qué expresion tan extraña!... — No puedo escoger otra mas suave... perdonadme, señora. — ¡No sientes mis pesares, ya lo veo, ya no me amas! ¡Ah, sin duda es imposible en mi clase ser amada por sí misma! ¡qué desgraciada soy!... No pudo al pronunciar estas palabras la Princesa reprimir su llanto. No sea injusta V. A., replicó Palmis, ni calumnie de ese modo á la humana naturaleza. El Príncipe que quiera saber si los respetos que le tributan son sinceros, y si es verdaderamente amado, éntre en su interior, y júzguese á sí mismo... Si desprecia la adulacion, y si es capaz de querer, puede estar seguro de que tiene amigos tiernos y fieles... — Pues bien, Palmis, yo aborrezco la lisonja, y te amo... — Y yo, señora, no tengo amiga mas querida que V. A.

La respuesta de Zeólida fué abrazar llena de gozo á Palmis. Estad, pues, cierta en adelante, prosiguió esta, que vuestra clase en nada puede perjudicar á los sentimientos que inspiran vuestras amables prendas. En nuestras conversaciones particulares, nuestra amistad y vuestra confianza, forman entre nosotras una igualdad perfecta: sois amable y sensible, yo me veo colmada de vuestros beneficios; la inclinacion y la gratitud son dos vínculos sagrados que me unen á vos para siempre. — ¡Oh querida amiga mia, exclamó Zeólida, cuán feliz me haces! — Ya no podéis dudar de mi amor, replicó Palmis, no obstante temo todavía este Palacio : considere V. A. que la amistad no puede subsistir sin la condescendencia, y sin aquel fino miramiento que sale del corazon. Zeólida aseguró á Palmis que nada podria en adelante alterar el cariño que la tenia.

En tanto que las dos amigas estaban hablando, no se habia olvidado Filamir de que la coqueta Azema le habia citado. Le pareció tan curioso y divertido el poder leer en el corazon de una mujer de su genio, que no pudo resistir á la tentacion : Estoy seguro, se decia, de que Azema no podrá vencerme; Zeólida no lo sabrá, y así no podrá hacerme preguntas : esta última reflexion le determinó, y al punto se encaminó al sitio convenido. Halló á Azema echada sobre un banco de céspedes; estaba puesta de modo que tenia descubierto un pié muy primoroso, y la mitad de una pierna hecha á torno. Tenia los ojos bajos, y aparentaba estar muy pensativa, sin manifestar que veia al Príncipe acercarse á ella poco á poco.

Luego que Filamir estuvo cerca, dió Azema un grito, y se levantó prontamente. ¿Pues qué, dijo el Príncipe, la espanto á Vd.? Finjo sorpresa y encogimiento, dijo Azema, pero hace una hora que le estaba á Vd. esperando del modo que me ha visto : espero, añadió, bajando los ojos con mucho rubor, que ya habrá Vd. reparado en mi pié, y en mi pierna. Filamir se sonrió, asegurando que nunca habia visto cosa mas perfecta. Azema se tapó la cara con su abanico. ¿Qué hace Vd. pues? le preguntó el Príncipe. — Es para hacer creer que me avergüenzo. — ¿Yo quisiera saber qué especie de sentimiento le inspiro á Vd.?... — Me gusta Vd. mucho, y tengo un gran deseo de que se enamore de mí. — Si no estuviese ocupado de una pasion tan verdadera... — ¿Y bien? — Y bien... esta ocasion sería harto peligrosa para mí... — ¡Peligrosa, qué gracia! — Creo que lo es mucho el amar á Vd.; tengo el corazon muy sensible... — Y yo la imaginacion muy viva; estas dos cosas se convienen grandemente. Estoy cierta de que conseguiré enamorar á Vd. Ahora es menester que sin afectacion, y con pretexto del calor me quite los guantes para que vea Vd. mis manos... — ¡Qué hermosas son! dijo Filamir tomándole una. — Voy, prosiguió Azema, á hacerle á Vd. creer que esta llaneza me ha ofendido; voy á enojarme.

En efecto, Azema retiró su mano con seriedad, y le volvió la espalda. ¿Durará mucho ese enojo? le preguntó el Príncipe. — Lo bastante, respondió ella, para darle á Vd. tiempo de que vea mi pelo y mi talle. — ¡Qué hermosas trenzas! exclamó el Príncipe burlándose de las astucias de Azema. No obstante, no podia dejar de conocer que tenia un hermoso pelo, un talle airoso, y un rostro muy agraciado.

Al cabo de un instante de silencio Azema prosiguió diciendo : Si tuviese Vd. alma se aprovecharia de este instante, y se echaria á mis piés; entónces yo me enterneceria... No pudo resistir Filamir á la suma curiosidad que tenia de saber cómo fingiria enternecerse, y así se arrojó á sus piés. Eso queria yo, exclamó ella. — Hermosa Azema, prosiguió Filamir, dígame Vd. lo que pasa ahora en su alma. — Estoy encantada, respondió Azema, he visto á Zeólida, y la aborrezco... ¡cuál será su despecho cuando sepa que la he robado su amante! Presto lo sabrá, porque yo misma iré á decírselo. ¡Qué grato me será el verla desesperada!... Es tan bella, y todos hablan aquí de su bondad y virtudes; pero yo la calumniaré, y si puedo denigraré

su reputacion... Al pronunciar Azema estas palabras, extrañó la indignacion que se pintaba en el rostro de Filamir. ¿Pues qué, Príncipe, le dijo, me cree Vd. falsa? ¿halla Vd. exageracion en los sentimientos heroicos que procuro manifestarle? ¡Ah, exclamó Filamir levantándose, pluguiese al cielo que todos los monstruos que se te parecen se viesen precisadas á hablar con igual sinceridad, para que no inspirasen mas que el desprecio y el horror que tú mereces!

Diciendo esto Filamir se apartó de ella prontamente. ¡Á qué excesos, se decia el Príncipe, puede arrastrar la curiosidad á un hombre de mi edad! Por querer ver las tretas de esta mujer me he visto á sus piés; la despreciaba, no me engañaba, pero me divertia, y me parecia hermosa; si no me hubiese manifestado un alma tan negra y vil, quizas hubiera olvidado por un instante á Zeólida.

Con estas reflexiones volvia el Príncipe tristemente al Palacio, cuando Gelanor, acercándose á él : Venid, señor, le dijo, venid prontamente á excusar, si es posible, que Crisal y Zoram se maten. — ¿Cómo es eso? — Habrá dos horas que al pasar por los jardines se acusaban mutuamente de locura; han encontrado á un viajero que les ha informado de la virtud del Palacio; espantados entónces de lo que habian podido decir al Genio y á la Reina, han ido á encerrarse juntos para concertar lo que habian de hacer. Esta conversacion les ha hecho conocer que su amistad no era mas que en la apariencia : se han hecho preguntas, y se han visto en la dura precision de confesarse mutuamente los malos oficios que se han hecho el uno al otro : en fin, han tomado la resolucion de reñir. Están aquí cerca. Llevadme allá, dijo el Príncipe, que yo procuraré que hagan las paces... ¡Ah señor, interrumpió el filósofo, no sabéis bien cuán dificultoso es reconciliar dos enemigos en este Palacio!

Llegó el Príncipe á ellos al tiempo que desenvainaban las espadas. Se arrojó entre los dos, y ellos le declararon que no tenian ningun deseo de reñir, y que se alegrarian mucho si podia componerlos. Pues bien, dijo el Príncipe, olvídese lo pasado, y daos un abrazo. Entónces Crisal se acercó con semblante alegre á Zoram, que le recibió con los brazos abiertos : Zoram habló el primero, y dijo sonriéndose : Te juro un odio eterno. — Y yo tambien, respondió Crisal. — ¡Qué decís, exclamó Filamir! — Señor, dijo Zoram, ya habéis oido á este pérfido, y eso que yo iba á él con la misma intencion... — En nombre de Dios, interrumpió Filamir, callad, y sosegaos. — Señor,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

replicó Crisal, si me fuese posible disimular, procuraria engañar á ese traidor; pero nos vemos precisados á decirnos lo que pensamos, no podemos ocultarnos nuestro encono recíproco : veo que es inútil luchar contra la invencible virtud de este Palacio, puesto que me veo precisado á decir la verdad, yo que he poseido en tan alto grado el profundo arte del disimulo. ¡En un dia pierdo todo el fruto de un estudio de diez años!... — Tú, Crisal, dijo el Príncipe, eres el agresor; procura decir á Zoram una sola palabra de satisfaccion, que yo espero tendrá la bondad de contentarse con esto. — No me es posible, dijo Crisal; si le hablo añadiré mas ultrajes á los que ya ha recibido de mí. — Vamos, vamos, gritó Zoram, es preciso reñir, el honor lo manda : Príncipe, sed juez de nuestro duelo; espero que á la primera herida, por leve que sea, nos separaréis. Al punto sacan los dos enemigos las espadas, y empieza el combate. Al cabo de algunos minutos recibió Crisal una pequeña herida en la mano. Ya basta, dijo el Príncipe, acábese el duelo. Eso quiero yo, dijo Crisal, pero si os parece que no basta lo hecho, estoy pronto á proseguir : estimo en mucho la vida, pero mi honor es ántes que todo. — De ese mismo modo pienso yo, dijo Zoram. — Digo que sobra lo hecho, interrumpió Filamir; ya vuestro honor queda bien puesto; ea, separaos. En efecto, cada uno se fué por su lado, y el Príncipe volvió á Palacio.

Acababa de haber un lance pesado entre el Genio y la Reina : esta, á pesar de sus promesas, no habia podido dejar de hacer algunas preguntas á Fanor; sus respuestas le habian causado tanta sorpresa como indignacion, y los dos consortes separados, y casi reñidos, ni se miraban ni se hablaban. Por otra parte Filamir advirtió en Zeólida tanta tristeza y frialdad, que temió no tuviese ya noticia del lance de Azema. La cena fué sumamente triste : Aristeo no se atrevia á presentarse, y Zoram y Crisal no manifestaban ningun deseo de hacer su corte. Palmis, siempre abatida del dolor, callaba tristemente : la Reina y el Genio estaban sumergidos en una profunda cavilacion, y Filamir temeroso, hablaba temblando con Zeólida, que apénas se dignaba responderle.

Á la mañana siguiente Filamir, despues de haber pasado la noche reflexionando en su situacion, se determinó en fin á explicarse con Zeólida : fué á buscarla, y luego que estuvo solo con ella y Palmis, se arrojó á sus piés diciendo : ¡Oh Zeólida! concededme el

perdon que pido; veo que ya estáis enterada, y así voy á confesaros todo... — ¡Enterada! interrumpió Zeólida, ¿y de qué? — De mi cita con Azema... — La ignoro enteramente; pero quiero saberla muy por extenso. Al oir esto le pesó mucho á Filamir de haber sido tan fácil; pero le fué preciso satisfacer la zelosa curiosidad de la Princesa : tuvo que decirle que Azema le hubiera seducido si no hubiese mostrado tanta vileza y perversidad. ¿Con que si no hubiéseis estado en este Palacio, dijo Zeólida; si esa mujer hubiese podido ocultaros la atrocidad de su alma, y si hubiera aparentado costumbres ménos corrompidas, me hubiérais sido infiel?... — Ah Zeólida, olvidad un error de un instante : siento el arrepentimiento mas sincero. Os amo, y solo á vos puedo amar. — Y yo, interrumpió Zeólida con enojo, os desprecio, sois indigno de mi amor, y os renuncio para siempre. Al decir esto se arroja al otro extremo del cuarto, y se encierra en su gabinete; Palmis fué á consolarla.

Entónces dió rienda á su llanto, repitiendo mil veces que Filamir era un ingrato, un monstruo, y que no volveria á verle en su vida. Á todo esto Palmis callaba, pero obligada á contestar á la Princesa, dijo : ¿Qué queréis que os diga, señora? Si no estuviésemos aquí daria á entender que pensaba como vos; de este modo os prepararia á escuchar mis consejos, y poco á poco os aplacaria, y haria entender la razon. — ¡Cómo la razon! dijo la Princesa; ¿con que no la tengo? — No, señora... — Ahora comprendo que no sabes querer con finura. — Sé querer, pero tengo mas experiencia que vos... — Ese modo de pensar disminuye mucho la estimacion que te tenia... — Os irrito y exaspero; bien lo habia yo previsto. La pasion os domina, y no puedo valerme de los medios suaves que vuestra situacion exige... — Te ruego que procures hacerme ver que Filamir merece disculpa... — No podré conseguirlo por ahora : permitidme que calle... — No, no, quiero que me digas todo lo que piensas... — Diré, pues, que no tenéis el menor fundamento para tanta indignacion. Filamir tiene veinte años : una curiosidad muy excusable, y no la intencion de seros infiel le ha hecho ir á la cita. La coqueta es hermosa y amable, ha podido Filamir olvidarse un instante; ha hecho mal, pero lo conoce, lo siente, y está arrepentido : esta culpa es la primera que se le puede echar en cara desde que os ama : ahora ya conoce lo que son las coquetas, y las desprecia de todo corazon : os tiene un amor verdadero, y merece el perdon de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

yerro. — Jamas lo alcanzará. — ¿Y tendréis la locura de exigir de vuestro amante una fidelidad escrupulosa y perfecta? — Sí, tengo *esa locura*. El amor no puede subsistir sin una correspondencia perfecta. — Es cierto, y por lo mismo dura el amor tan poco. Es imposible que un hombre sea tan fino en su amor como una mujer modesta y sensible; sin la indulgencia, y un poco de credulidad, en breve se pierde al amante mas tierno. — Eso es decir que te parezco ridícula é impertinente. — Pero mucho. — ¿No me tienes lástima? — Siento mucho el veros afligida; pero cuando comparo mi situacion con la vuestra, no me es posible teneros lástima... — La que quiere á un calavera, bien merece la desgracia que tú padeces... — Y la que quiere á un amante de veinte años, debe padecer penas mas verdaderas que las que os hacen llorar... — ¡Qué reflexion tan injuriosa y dura! — Vos habéis empezado... — No lo dije con intencion de ofenderte, y dije solo lo que pensaba... — Me habéis herido cruelmente... nunca lo olvidaré... — Ni yo dejaré de acordarme de la insensibilidad que me has mostrado... — Ni tenéis juicio, ni razon en lo que decís... — Ea basta, interrumpió Zeólida con despecho, déjame; yo esperaba de ti consuelos; y solo has servido de acrecentar mis penas; déjame ya. Levantóse Palmis con impaciencia, y salió al punto del gabinete sin contestarle. ¡En fin, exclamó la Princesa anegada en llanto, Filamir me hace traicion, y Palmis ya no me ama!... todo lo pierdo á un tiempo... ¿Pero qué digo? Me queda mi madre, vamos á verla. Entónces Zeólida enjuga sus lágrimas, y se encamina al cuarto de su madre.

Era Altemira la mejor y mas tierna de las madres; Zeólida le manifestó su pecho, y la Reina sintió sus penas, y tomó parte en su resentimiento. ¡Qué culpado le parecia sobre todo Filamir que habia podido olvidar un solo instante á Zeólida!... Así son todos los hombres, decia á su hija... ¡Ah, si supieses todo lo que le he hecho decir á tu padre!... Pero Filamir es mil veces mas inexcusable á mis ojos... ¡Oh hija mia! la mayor injuria que pueden hacerme es afligirte... tus penas son las únicas que me es imposible tolerar con valor, ellas y tus lágrimas despedazan mi corazon... — ¡Oh amada madre mia! Encuentro en Vd. todo el cariño que me manifestaba ántes de venir á este Palacio. Vd. es la única que no se ha mudado para mí... — Sí, querida Zeólida; ninguna ilusion puede mezclarse con los sentimientos de la naturaleza : una buena madre no puede

ni exagerar su cariño, ni pintarle mas vivo y verdadero de lo que es en realidad. Penetrada Zeólida de agradecimiento al oir estas dulces expresiones, se arrojó en los brazos de su madre : las lágrimas corrieron sobre su pecho, y sus penas se mitigaron.

Muchos dias pasaron madre é hija encerradas solas en su cuarto; consintieron por fin en ver al sabio y prudente Gelanor. El filósofo consiguió disponerlas á la indulgencia. La Reina volvió á ver á Fanor, y Zeólida fué en persona á buscar á Palmis : las dos amigas se abrazaron tiernamente. No obstante no pudo una explicacion hecha en el Palacio de la Verdad disipar todas las nubes que habian oscurecido su amistad. Gelanor condujo á Filamir á los piés de la Princesa : bien hubiera querido esta poder asegurarle que olvidaba lo pasado; pero se vió obligada á decirle que le amaba algo ménos, y que conservaba algun resentimiento y desconfianza. Afligióse el Príncipe, y no pudo ocultar su disgusto, y sin las reconvenciones y consejos de Gelanor, los dos amantes hubieran reñido otra vez. No sucedió esta desgracia, pero no hubo medio de que reinase entre ellos una perfecta confianza.

Habiendo el Genio examinado muy por menor á Aristeo, conoció, que si no era enteramente virtuoso, tenia á lo ménos prendas muy estimables, hombría de bien y verdaderos sentimientos patrióticos : conoció en Crisal un cortesano lisonjero y ambicioso, pero vasallo fiel, y vió que Zoram tenia mas ridiculeces que vicios. Creedme, señor, le dijo Gelanor, tratad á estos tres áulicos con indulgencia, y no os confieis de ellos ciegamente : haced que crean en adelante que el único medio de alcanzar vuestra confianza es el de manifestar rectitud y virtudes; con esto los mudaréis en otros hombres. Cuando los Soberanos han pasado la primera edad, son hasta el fin de su reinado los verdaderos maestros de sus cortesanos : los Reyes son los que pervierten ó hacen virtuosos á sus vasallos.

En todo siguió Fanor los consejos del prudente anciano : volvió á su gracia á los tres que estaban retirados en un rincon del Palacio, mas no por eso fué el trato mas libre y agradable; al contrário, nadie se atrevia á desplegar los labios por no decir alguna desvergüenza; el que se veia precisado á romper aquel silencio violento, lo hacia temblando, y no se decia cosa que no pareciese, ó mala ó inoportuna. Todos maldecian, y abominaban del Palacio, no hallando en él mas diversion que la de hablar con los recien llegados.

Una tarde Filamir, mas descontento de Zeólida, y mas triste que de costumbre, fué á buscar á Gelanor para contarle su nueva pena. Nunca habia estado el Príncipe en el cuarto del anciano : hizo que se lo enseñasen; luego que llegó á la puerta la abre, entra, y ve á una hermosísima dama vestida de luto, y que sentada al lado del viejo con un libro en la mano leia en alta voz. Gelanor al ver al Príncipe manifestó alguna turbacion. Sorprendido Filamir se acerca á la hermosa dama, y le pregunta si ha llegado al Palacio aquel mismo dia ó el anterior. Señor, respondió la incógnita, estoy en él hace ya seis semanas... — ¡Seis semanas, y no he oido hablar de vos! sin duda habréis estado oculta, pues no podéis vivir ignorada á ménos que no os escondáis. — Mi situacion me obliga á huir de las gentes, y mi inclinacion me hace buscar la soledad. A nadie veo mas que á Gelanor : le escucho, me instruyo, y no apetezco otras diversiones... —Basta, Mirza, interrumpió el filósofo con aspereza, el Príncipe tiene que hablarme... — No, no tengo priesa, dijo el Príncipe. — Pues yo, respondió el astuto anciano, me alegraré saber al instante lo que queréis. Mirza, vete, y déjanos solos. Entónces la amable Mirza deja el libro sobre la mesa, hace una gran cortesía, y se retira. ¡Qué hermosa es! exclamó el Príncipe, ¡qué modestia! ¡qué gracia!... ¿Mas por qué está de luto? — Porque es viuda... — ¿Há mucho que enviudó? — Un mes hace. Su marido llegó aquí muy malo, y murió á los quince dias... — Apostaria yo á que es tan discreta como hermosa... ¿qué, no me respondéis? — ¿Y á qué vienen esas preguntas? — Curiosidad, nada mas... — Motivo tenéis, señor, de temer la curiosidad, harto propia de vuestra edad : acordaos hasta dónde puede llevarnos... — Esta es muy inocente... decidme : ¿tiene talento Mirza? — Muchísimo... — ¿Con que tiene todas las perfecciones? — Pero, señor, ¿habéis venido á hablarme de Mirza? — Lo que tengo que deciros no es gran cosa... Siempre lo mismo; estoy muy descontento... Zeólida no es conocida; es insufrible, y su mal humor... un nada la altera y la irrita... Siempre quejas y reconvenciones... estoy aburrido... ¡Qué mirar tiene Mirza tan dulce y expresivo!... ¿Es de genio alegre? — Señor, señor, qué os importa? Hablemos de la Princesa. Desde que estoy aquí no he leido en una alma mas noble, mas pura y sensible que la suya... — Me alegrara saber si ha querido á su marido... — ¡Cómo! De quién habláis? — De Mirza. — En verdad, señor, que no sois

digno de poseer el corazon de la mas amable Princesa del universo... ¡qué diferencia tan grande entre vuestro amor, y el que os tiene Zeólida! En la multitud que hay aquí, se hallan muchos jóvenes muy amables, pero Zeólida no tiene ojos sino para vos. Ella sola cautiva la voluntad de todos. Conozco tres Príncipes que mueren de amor por ella : Zeólida es la única que lo ignora, ó á lo ménos nunca piensa en eso... — Tambien la quiero yo sin medida; y como estoy cierto de que tendria zelos si yo volviese á ver á Mirza, os prometo no volver á este cuarto. Gelanor alabó mucho esta resolucion, y el Príncipe la cumplió exactamente.

Desde allí fué Filamir á ver á Palmis, con quien habia tomado mucha amistad. Palmis no pensaba con tanta finura como Zeólida, por consiguiente no era posible que siempre aprobase á la Princesa, y obligada á decir lo que pensaba cuando Filamir se quejaba de su amiga, no podia ménos de convenir, mal de su grado, en que la Princesa era extremada en su amor, y en sus enfados.

Estando, pues, Palmis y el Príncipe en conversacion, entró de improviso Zeólida, y los dos se turban. Parece que mi venida os incomoda, les dijo ella. — Sí, señora, respondió Palmis... — ¿De qué estábais hablando? — Pero... — Responde; te lo mando... — Hablábamos de vos : el Príncipe se quejaba de vuestro mal genio... — ¿Y tú que le decias? — Que tenia razon, y que os vais haciendo inaguantable... — ¡Con que así, le irritas mas contra mí! Aun cuando yo fuese caprichosa é injusta, ¿es mi amiga quien debe decirlo? y mas con quien lo hace... — Olvidáis, señora, que estamos en el Palacio de la Verdad. Si yo pudiese ocultar lo que pienso, pondria todos mis conatos en persuadir al Príncipe, que cuando os enfadáis siempre tiene él la culpa.

No tuvo que responder á esto Zeólida : se enfadó, y no habló palabra. Filamir y Palmis no se atrevian á decirle nada; en fin, dando la Princesa un suspiro : ¡En verdad, dijo, que sois una compañía agradable!... ¿En qué pensáis, Filamir?... — En Mirza... — ¡Mirza!... ¿Quién es Mirza?... — Una viuda jóven y hermosa, que he visto hoy por casualidad en el cuarto de Gelanor. — Os habréis enamorado de ella; ya lo veo. — Solo de vos lo estoy, Zeólida. — Pero volveréis á ver á esa Mirza tan hermosa... — No por cierto; os sacrifico el gusto que tendria en hablar con ella... — ¿Pues qué, juzgáis que tengo zelos? — Es verdad... — ¡Ah! no puedo asegu-

raros que tengo demasiada vanidad para ser zelosa... ¡á pesar mio conocéis toda mi flaqueza!... echó á llorar Zeólida al decir esto. — ¡Siempre quejas! ¡siempre llantos! exclamó Filamir...

Apénas lo hubo proferido, cuando conoció el efecto que debia producir semejante expresion en el corazon de la Princesa, y se puso á sus piés. Colérica Zeólida le desvió de sí: sois, le dijo, inhumano. No me amáis, no, ó á lo ménos sois incapaz de amar como yo amo... decid, si podéis, lo contrário... — ¡Ah! si pudiese... — ¿Con que ya confesáis que no me amáis?... — ¡Oh Zeólida! no acabéis de desesperarme... No tengo una alma tan pura y sensible como la vuestra; pero os tengo todo el afecto de que soy capaz... — Ya entiendo... Solo me conserváis alguna estimacion... — Si no he pronunciado el nombre de amor, ha sido porque vos misma me lo habéis prohibido... — Sí, pero eso era ántes de venir aquí... al pronunciar estas palabras se sonrojó, y volvió el rostro para ocultar su confusion. Filamir sonriéndose, y tomándole una mano, se la besó tiernamente; Zeólida la retiró, y le dijo: Decidme por vida vuestra, ¿cómo es posible que no habiendo visto mas que una sola vez á esa *dama tan bella*, deseáis con tanto ardor volverla á ver? — No lo deseo *con ardor*...—¿Pero no habéis dicho que *me sacrificariais* el gusto de hablar con ella? — Es cierto: si hubiese podido valerme de otra expresion no hubiera empleado esa. — ¿Con que en fin, no procurando ver á esa mujer haréis un sacrificio? — Sí: porque es amable, y entendida: su trato me hubiera dado mucho gusto; siento esta privacion, y no puedo ménos de decir que vuestros zelos... — ¡Mis zelos! interrumpió Zeólida airada: ¡qué expresion! ¡qué lenguaje!... ¡pero ojalá no fuera cierto! os he dejado conocer que estoy zelosa; yo misma me riño este movimiento... Si no estuviésemos en este funesto Palacio nunca lo hubiérais sabido.

Algunos dias despues de esta conversacion, paseándose Filamir muy de mañana, como acostumbraba, vió venir hácia sí á la hermosa Mirza, al parecer muy sobresaltada. Acercóse al Príncipe, y llena de inquietud y timidez le dijo: ¡Ah señor! perdonad... me hallo en un conflicto... hace una hora que ando buscando una cartera que se me ha perdido: ¿os la habéis encontrado? — No, señora; y siento infinito esa pérdida al ver cuanta afliccion os causa... — Es que en ella está mi secreto... — ¡Vuestro secreto! — He cometido la imprudencia de escribir en ella algunos versos en que explico mis

penas... pero no debo decir mas: á Dios, señor: si la casualidad hace que halléis mi cartera, os suplico encarecidamente que me la volváis sin abrirla... — Así lo ofrezco; mas por si tengo la fortuna de hallarla, espero me digáis dónde podré veros. — Mañana volveré á este mismo sitio. Diciendo estas palabras se aparta de él, y volvió dos voces la cabeza para mirar al Príncipe, que la seguia con sus ojos, y que suspiró cuando la perdió de vista.

Empezó Filamir á buscar la cartera: registró todo el jardin; pero fué en vano: al mediodía se encaminó hácia Palacio, y á la entrada encontró á Crisal, Aristeo y Zoram, que estaban en conversacion. Admirado de verlos tan unidos se acercó á ellos, y les dió el parabien de la buena armonía que reinaba entre ellos. ¡Ah señor, exclamó Crisal, nuestro comun riesgo es el que nos hace tan amigos! — ¿Pues cómo? — No podíamos estar en mayor peligro aunque hubiésemos sido traidores al Estado... no hay medio de librarnos; somos perdidos sin recurso. — Explícate. — El Genio quiere juntarnos esta tarde para leernos un drama que ha compuesto. — Quizas será bueno... — Nuestra desgracia pende en que es detestable; habrá seis meses que le oímos, y entónces hicimos creer á Fanor era una obra maestra. — Ahora comprendo vuestra pena. Sin duda intenta el Genio probaros, y ver si le engañásteis. — Nada de eso; lo peor del caso es que tiene una entera confianza; juzga que le hemos adulado en todo ménos en esto. — ¿Pues qué causa le mueve á leeros una obra que ya habéis oido? — Ha mudado várias escenas, y ademas acaban de llegar dos famosos literatos, y grandes poetas, y para admirarlos y confundirlos intenta leerles su drama. — Y bien, ocupado en examinar á los literatos, no os preguntará nada. — Es verdad; pero es menester reir, y llorar en esa maldita comedia: ¿y cómo hemos de hacerlo? al instante se conoce en este Palacio si las lágrimas son verdaderas. — ¿Y creéis que no sea fácil el engañar á un autor? En efecto, añadió Aristeo, no puede haber encanto tan poderoso que impida á un autor el creer que son ciertas las alabanzas y aprobaciones que se dan á sus obras, sea por razon de buena crianza ó por adulacion. Confianza, amigos mios, no hay que temer; callaremos si nos es posible, y espero que el Genio no sabrá leer en nuestros semblantes. Ademas, añadió Filamir, que toda su atencion la empleará en los autores recien venidos: toda su cólera caerá sobre ellos, que hablarán sin descon-

lianza, pues creo que no estarán informados de la virtud del Palacio. — No, señor, y para que no la sepan los han puesto en cuartos separados de los demás huéspedes. — ¿Han venido juntos? — No, señor; y ya se sabe que son contrarios, y por lo mismo los han puesto en distintos cuartos.

No habia acabado de decir Crisal estas palabras, cuando vieron que venia á ellos el Genio. ¿Apostaré, le dijo, que estabais hablando de mi drama? — Sí, señor, dijo temblando Zoram. — Bien sé, prosiguió Fanor, que no hablariais mal de él. Me acordaré toda mi vida de la situacion en que os vi cuando lo leí; pero hoy os encantará mucho mas: he mudado algunas cosas, y ha quedado sublime. Me parece que los dos literatos se han de quedar espantados... Como no conocen la virtud del Palacio hablarán con toda libertad; ya veréis la envidia y admiracion que manifiestan. ¿Qué os parece? — Á decir verdad ningun autor, señor, puede envidiaros... — Á causa de mi nacimiento: ¿no es eso? pues os aseguro que eso no importa nada. Habrá un año que leí mi drama á un hombre muy hábil, pero que tambien compone; no pudo disimular su envidia: me alabó con tibieza, de mala gana, y lleno de turbacion: me movió á compasion el ver lo que estaba padeciendo. ¡Vaya que es extraña cosa el amor propio de semejantes autores!... Por lo que á mí toca, me hago justicia, y no me engaño, no: várias veces en el discurso de mis dias me habrán engañado, pero en este punto jamas: ¿y por qué? porque eso es imposible.

Estas razones y esta confianza hacian estremecer á los tres cortesanos. Se entraron todos, finalmente, en el Palacio, y despues de comer Fanor hizo avisar á Learco y Tarsis (que así se llamaban los dos literatos) que estaba pronto á recibirlos. Learco vino el primero; Fanor le hizo algunas preguntas acerca de Tarsis. Le aborrezco, dijo Learco; no obstante el principio de mi odio me obliga á disimular sagazmente, quiero parecer equitativo; le infamo en secreto, y le alabo en público, pero de un modo artificioso: no es mi intencion hacerle justicia, solamente quiero persuadir que no se la niego del todo. Acercándose entónces el Genio al oído de Crisal, le dijo: Ya le estás oyendo, mira el efecto de la envidia de que hablaba poco há: ahí verás si conozco bien el corazon humano.

Á este tiempo entró Tarsis; y Fanor, despues de un rato de conversacion, despliega su manuscrito, los dos autores se sientan enfrente de él, los cortesanos, y Filamir á sus lados, y entónces les dice: Ántes de empezar la lectura, bueno será preveniros que esta obrita es una obra maestra. Sí, dijo Learco, así se acostumbra; nunca se comienza una lectura sin decir ántes un equivalente de esa frase. Por lo demas, señor, bien podéis estar seguro de que no diremos una palabra conforme á lo que pensemos, y que os llenaremos de elegios. Esta respuesta dejó á Tarsis confundido; no concebia que Learco hablase con tanto atrevimiento é indiscrecion. El Genio se sonrió: Sí, dijo, cuento del todo con vuestra sinceridad, y en efecto estoy seguro de que tendréis que alabar por fuerza esta obra. Sabed, pues, que debéis llorar mucho en el primero y segundo acto, reventar de risa en el tercero y cuarto, y admirar el quinto: por lo demas, el estilo de esta pieza es correcto, fácil y puro; los caractéres naturales y bien sostenidos; la trama hecha con mucho arte, y el desenlace admirable. — Esto sí que es hablar con claridad, exclamó Tarsis; por lo comun se piensa, y á veces se dice todo eso, pero de un modo ambiguo y enredado. Mas quiero la especie de orgullo que vos, señor, manifestáis; á lo ménos es propio para un carácter de comedia, y podria hacer amar la modestia. — Es verdad, respondió Fanor, que cuando estoy en mi Palacio no puedo ménos de hablar como pienso: ya conozco que extrañaréis mis razones, pero ahora se verá que no exagero cuando me alabo á mí propio; dice, y al punto comienza su lectura.

Como era preciso llorar durante los dos primeros actos, apénas habian oido veinte versos, cuando los áulicos sacaron sus pañuelos, tapándose la cara con ellos. El Genio se detenia é interrumpia casi á cada verso: Notad, les decia, que esto es muy profundo, este pensamiento es nuevo... esta reflexion filosófica; hablaba tanto y se alababa de manera, que los oyentes no podian decir una sola palabra. Los dos autores se esforzaban para manifestarse muy atentos, y aprobando la industria de los cortesanos, hicieron lo mismo cubriéndose los rostros con sus pañuelos. Fanor no cabia en sí de gozo al ver tremolar todos los pañuelos; cuando llegó el tercer acto, Vaya, les dijo, enjugad vuestras lágrimas: ahora voy á divertiros.

Entónces fué menester reir, y Fanor dió el ejemplo. ¡Qué gracioso es esto!... ¡Qué sal, qué agudeza he puesto en este paso! exclamaba á cada instante; hay tal cual cosa algo libre, y algunos

equívocos no muy decentes; pero son del gusto de nuestro siglo, y sin ellos no se puede hacer reir á nadie. Es muy difícil conciliar la decencia y la alegría; yo no tengo otro fin que el de gustar, y que me alaben; por tanto me paro poco en la moral y buenas costumbres, y las sacrifico sin escrúpulo siempre que se me presenta un dicho gracioso, ó puedo hacer una pintura gustosa. — Eso es muy natural, dijo Learco, lo mismo hacemos nosotros; no obstante es menester, siquiera por el bien parecer, poner en sus producciones (por mas licenciosas que sean) unas cuantas frases sentenciosas y morales. Despues de una pintura muy libre y muy indecente, da gusto encontrar un elogio de la virtud : la misma disparidad hace que guste mas... — No hay duda, interrumpió Fanor; ya veréis que conozco este primor del arte : doy fin á mi drama con cuatro versos que hacen saber á los espectadores que me he propuesto *un fin moral*, y puedo aseguraros, sin que sea vanidad, que no he tenido mas fin que el de ostentar un talento superior, y hacérselo creer á los que oigan mi pieza. Vamos ahora al cuarto acto. — Señor, preguntó Tarsis, ¿tendremos que reir todavía? — Mucho; pero silencio, escuchad :

En las tres escenas con que finalizaba el acto, Learco y Tarsis probaron várias veces á reir, y el Genio inclinándose hácia Zoram le dijo en voz baja : ¿No reparas de qué mala gana rien? ¡La envidia se los come! Mas me agrada eso que cuantos elogios podrian darme, porque mi amor propio es muy fino. Luego que se acabó la lectura, el Genio se levantó estregándose las manos : Ahora, dijo riendo, estos señores se explicarán, y veremos lo que sienten en su alma — Señor, dijo Learco, estoy fuera de mí de miedo. — Y yo tambien, añadió Tarsis. — Ya, ya me lo pensaba yo, dijo Fanor maliciosamente... — Señor, es tan difícil poderos alabar... — Eso es decirme que os faltan expresiones; ya ese es un elogio que vale por otro... — No he visto, señor, cosa mas loca, ni disparatada... — Que mi tercero y cuarto acto, ¿no es verdad? y en efecto no exageraba cuando os dije que os pareceria eso mismo. Crisal, prosiguió el Genio, confiesa que es gran cosa oirse decir todo esto en este Palacio. Y tú, Tarsis, ¿no dices nada?... — Señor, si fuese por envidia... — ¿Y bien, exclamó el Genio trasportado de alegría; y bien, Zoram, no te lo habia yo dicho? Ya le oyes; está comiéndose de envidia. Pero no quiero abusar mas tiempo de la necesidad en que

estos pobres se hallan de que leamos en sus corazones; estoy satisfecho, y no es justo humillar sin necesidad á nuestros semejantes.

Despues de esta reflexion despidió á los dos literatos. Luego que se fueron, el Genio continuó hablando con los cortesanos sin hacerles pregunta ninguna, porque no tenia la menor duda : solo les habló de su gloria, y de la satisfaccion que acababa de tener. Finalmente, los áulicos salieron libres á costa de un buen susto, y luego que se retiró Fanor : ¿Tenia yo razon, dijo Aristeo, en esperar que escaparíamos de este riesgo? Todas las ilusiones cesan aquí, pero el orgullo es el mas poderoso de todos los encantadores : en efecto, no puede compararse aun ni la ceguedad del amor con la de un autor que se ha dejado corromper de la lisonja de la vanidad.

Al amanecer del dia siguiente se encaminó Filamir al sitio en donde habia visto á Mirza; no la halló, y entre tanto se paseó. Al cabo de un cuarto de hora vió entre la yerba una hoja de papel escrita de letra de mujer; ¡cuál se quedó al leer unos versos amorosos, en los cuales hablaba Mirza, y expresaba todo el amor que le tenia!... ¡Oh desgraciada y demasiadamente amable Mirza, exclama el Príncipe; esta es sin duda una de las hojas de su cartera!... El viento la habrá arrancado... ¡Ay de mí! ¡Este es el secreto que Mirza queria ocultarme!... ¡Oh, y qué peligroso es para mí haberle sabido!...

Á este tiempo descubre á Mirza, y vuela hácia ella... ¡Ah, señor, dijo Mirza, acabo de encontrar mi cartera... pero le falta una hoja... ¡Oh Dios, qué veo!... ¿No es la que tenéis en las manos?... ¿La habéis leido?... ¡Desventurada Mirza, ya han llegado tus males á su colmo!... Al decir estas palabras se deja caer en el suelo, y parece que va á desmayarse. Penetrado el Príncipe, y fuera de sí, pone una rodilla en el suelo : ¡Oh Mirza, exclama con voz interrumpida, en qué horrorosa turbacion me habéis puesto!... Es posible... ¿Me amáis?... — ¡Ah cruel! puesto que habéis leido ese papel, ya no puede mi silencio ocultaros mi debilidad... Sí, os adoro... ¡Ay de mí! Solo vos me habéis inspirado la mas violenta, la mas tirana de todas las pasiones; no podré vencerla, lo conozco : este amor me acompañará al sepulcro, ó mas bien me precipitará en él. No puedo ser vuestra; habéis entregado á otra vuestro corazon; sabéis mi secreto, y no me queda mas consuelo que morir... — ¡Morir! ¡oh cielos!...

¿Quién, yo? ¿yo sería causa de vuestra muerte?... Antes... ¡oh Mirza! ¿podréis comprender todo el horror de mi situacion?... próximo á unirme con el vínculo mas sagrado... — Demasiado lo sé... á ser posible que quisiéseis romperlo, yo no lo consintiera : Zeólida es digna de haceros feliz : el amor no me puede hacer injusta ; Gelanor me ha hablado várias veces de la Princesa; yo le escuchaba gustosa : no atreviéndome á alabaros, me complacian los elogios del objeto que amáis : Zeólida os ama : ¿cómo he de poder aborrecerla?... — ¡Qué heroicidad!... ¿Qué no aborrecéis á vuestra rival?... — Sin ella no podríais ser feliz : daria mi vida, si fuese preciso, por salvar la suya... ¡Ah Mirza, qué admiracion me causáis!... — Á Dios, señor... ya habéis leido en mi alma, y no puedo dejar de deciros (y acordaos que es en el Palacio de la Verdad) que os amaré hasta mi último suspiro, y que reinaréis para siempre en un corazon tan virtuoso, tan puro como noble y sensible : incapaz de ambicion, ni de zelos, hubiera podido haceros feliz, sí... Á Dios, amado Príncipe, á Dios... — ¡Ah, ya no puedo resistir!... ¡Adorable Mirza!... ¿qué, pensáis en abandonar este Palacio?... sé que vuestros tres meses se han cumplido... ¡y yo tengo que estar aquí todavía tres semanas!... — Al punto huiria si Gelanor no estuviese enfermo : mi asistencia le es precisa, eso me detiene... Pero exijo de vos que no iréis á ver á Gelanor, y os pido tambien que no digáis á nadie el secreto que me habéis arrancado. No se puede mentir aquí ; pero se puede callar, y no responder. Á Dios, señor... ¡por la última vez!... Al decir estas palabras se aparta precipitadamente : quiere el Príncipe detenerla, pero Mirza, con imperio y majestad, le manda que no la siga, y Filamir la obedece gimiendo.

La admiracion, la lástima, la belleza y entendimiento de Mirza hacian una guerra cruel en el corazon de Filamir á la fidelidad que debia á Zeólida : ademas, su amor propio contribuia no poco al verse tan satisfecho. Inspirar un amor tan violento á una persona tan virtuosa y heroica, le parecia á Filamir un triunfo tan dulce como glorioso. El amor iba á matar á la bella y sublime Mirza, no lo dudaba el Príncipe, y Zeólida podria consolarse... Esta reflexion se presentaba á menudo en su imaginacion, y con todo amaba á Zeólida. Confesaba que la Princesa era muy inferior á su rival, y al mismo tiempo hallaba en ella un encanto indefinible que Mirza no tenia. Zeólida le atraia, se grababa en su corazon ; Mirza le deslumbraba, y le trastornaba el juicio, pero era muy superior á él; en fin, no sentia al pensar en su amor la dulzura que llenaba su alma cuando se acordaba del de Zeólida. No obstante, no queriendo descubrir el secreto de Mirza, huia de Zeólida con cuidado. Zeólida echó de ver que Filamir temia estar á solas con ella : la razon y la vanidad la determinaron á no buscar á un amante que huia de ella. Despues de tantas pesádumbres, inquietudes, tormentos y combates, empezaba Zeólida á padecer ménos ; habia perdido demasiadas ilusiones, para que el amor no estuviese ya casi apagado en su pecho.

Pasaron, en fin, aquellas tres semanas, y Filamir vió el dia en que se habia de marchar del Palacio de la Verdad. En tanto que la Princesa se despertaba, quiso ir, por la última vez, al sitio en el cual habia hablado á Mirza, y la habia escrito, pidiéndola encarecidamente se hallase en él. No se atrevia á esperar que la virtuosa Mirza consintiese en admitir su despedida : ¡cuál fué su gozo cuando de improviso la vió llegar! Mirza manifestó mucha sorpresa al verle ; quiso huir, Filamir la detuvo. Señor, le dijo, yo creia que habíais marchado ya de aquí, y volvia á este sitio demasiado grato á mi alma... — ¿Pues qué, no habéis recibido mi carta?... — No, señor... — Sintió mucho Filamir no deber sino á la casualidad la ventura de volverla á ver; le dijo todo lo que el agradecimiento mas tierno puede inspirar á un corazon sensible. Mirza lloró, y manifestó unos sentimientos tan heroicos, y al mismo tiempo tan amorosos, que el Príncipe enajenado se arrojó á sus piés, y no pudo explicar su admiracion sino con sus lágrimas... En aquel instante oye un ruido en las hojas, vuelve la cabeza... ¿Quién podrá decir el espanto que sintió al ver á su lado á Zeólida?... La Princesa, inmóvil de dolor y asombro, enmudece ; Filamir confundido no se atreve á hablar : Mirza toma la palabra, y hablando con la Princesa le refiere toda su historia. Ya veis, señora, prosiguió, que no tengo nada de culpa, ni temo que mi misma rival pueda leer en mi alma : no solo no os aborrezco, sino que siento vivamente todo lo que debéis padecer en este instante ; tanto me hacen padecer vuestros males como los mios propios. Filamir siente perderme, esto no podemos ocultároslo ; pero os ama, y si intentase faltar á la palabra que os ha dado, yo, yo misma se lo estorbaria. Voy á dejarle, no le volveré á ver... este esfuerzo me costará la vida... pero mi honor y fama es ántes que

todo, y ántes que mi amor... — ¿Pues cómo es posible, dijo Zeólida, que una pasion que la razon desaprueba pueda tener tanto dominio en un pecho como el vuestro?... Á Dios Filamir, prosiguió la Princesa, os vuelvo la libertad, y recobro al fin la mia; renunciando á vos, renuncio para siempre al himeneo.. Á Dios, y plegue al cielo haceros feliz.

Deteneos, Zeólida, exclamó Filamir, fuera de acuerdo. — Andad, señor, le dijo Mirza con voz débil, id á detenerla, abandonad á la desventurada Mirza : ¡mi rival no os ama ya, y vos la adoráis!... ¡Ah, si me fuese posible derramando toda mi sangre volveros su corazon ya que no podéis vivir sin ella! — ¡Oh Mirza. qué heroísmo!... Sí, vos sola merecéis... ¡Pero Zeólida!... Ni yo mismo puedo comprender lo que pasa en mi alma!... — ¡Ah cruel! ¿cómo podéis dudar entre una mujer que ha dejado de amaros, y la tierna y desgraciada Mirza?... Si ahora, que la esperanza habia nacido en mi corazon, me abandonáis, me veréis morir aquí de dolor... ¿Pero qué he dicho?... ¡Oh cielos! me avergüenzo... ¡Ah! no me es posible ocultaros mis pensamientos mas recónditos; dejadme que huya... — No, no seré tan inhumano, que deje en los brazos de la muerte á la persona mas virtuosa y amable... — ¡Gran Dios, qué escucho! replicó Mirza; si queréis que viva me prometéis, no hay duda, vuestra mano... La respuesta del Príncipe fué un diluvio de lágrimas. Ea, pues, amado Filamir, añadió ella vivamente, salgamos de este Palacio, apresurémonos, no perdamos tiempo...

Hablando así, Mirza arrebatada de gozo apresura el paso, y lleva consigo al Príncipe, que vertia dos arroyos de lágrimas. Ya estaban cerca de las puertas del Palacio, cuando de improviso se les presenta el venerable Gelanor. Al verle Mirza, se estremece : Ah Príncipe, dijo, huyamos : no queráis escuchar á ese caduco... Deteneos, les gritó el filósofo, deteneos; en vano es vuestra fuga, las puertas están cerradas. Al oir Mirza estas terribles palabras, pierde el color, y sus piernas trémulas no pueden mantenerla; Gelanor se acerca, y agarrándola del brazo le dice : Vuelve, pérfida, el talisman que yo te habia fiado, ó si no te denuncio, y te entrego á la venganza de Fanor. No habia remedio; sacó Mirza de la faltriquera una caja de cristal, y se la dió á Gelanor : entónces este, volviéndose á Filamir : Escuchad ahora, señor, le dice, á esta mujer por quien habéis dejado á Zeólida; habla, Mirza, prosiguió el anciano, habla, yo te lo

mando. — Digo, respondió Mirza, que no tenia yo mas que la apariencia de virtuosa : la ambicion y la vanidad me han inspirado el deseo de seducir á este Príncipe débil y crédulo. — Ya basta, dijo Gelanor; Mirza, ya estás libre.

Huye Mirza, y Filamir levantando los ojos al cielo, exclama : ¡Oh Zeólida!... ¡Desventurado de mí! ¡qué he hecho!... ¿pero cómo podia yo resistir á una compasion tan natural? — ¿Sabéis, señor, lo que la hacia tan fuerte y viva? vuestro orgullo. Si hubiéseis tenido ménos vanidad, hubiérais podido pensar, que si el amor es dolencia peligrosa, á lo ménos no es mortal. Hubiérais conocido asimismo que la compasion no debe hacer quebrantar una promesa solemne... — ¡Ah Gelanor! ¿qué haré?... Aconsejadme; sed mi protector, sed mi guia. — No me parece que el mal es sin remedio. Ya Fanor sabe todo el caso, ahora mismo está con la Princesa para mitigar su enojo, y persuadirla que os conceda un perdon generoso. Luego que lo haya conseguido os enviará á buscar... — Entre tanto, deseo me digáis, cómo el talisman que Fanor habia regalado á la hermosa Azelia, estaba en poder de la artificiosa Mirza. — En pocas palabras os lo diré.

Cuando Azelia se fué de aquí, al despedirse de mí pidió á Nadir el talisman, y me lo dió diciendo : Gelanor, yo os lo entrego, pero con la condicion de que nunca se lo habéis de volver á Fanor, y que solo se lo prestaréis á mujeres, siempre que su virtud pueda librarlas de algun grave riesgo. Esto me dijo la amable Azelia. Tomé el talisman, y me he conformado con las miras benéficas de Azelia. ¡Cuántas mujeres, en los diez y ocho años que han pasado desde entónces, se han preservado por él de la indignacion de sus maridos! Aquella á quien yo lo entregaba guardaba el secreto exactamente, por su propio interes, y ántes de salir del Palacio me lo volvia. De este modo ha pasado de mujer en mujer, y hasta hoy ningun hombre ha sabido este secreto.

En fin, habrá cuatro meses que paseándome por los jardines encontré á una hermosa dama que lloraba amargamente; era Mirza. Supe de ella que habiendo llegado aquella mañana, acababa de saber por casualidad la virtud del Palacio : Tengo un marido, prosiguió, que está con una enfermedad mortal; pocos dias le quedan de vida : ha sido feliz conmigo, pero le he engañado; si me hace preguntas, sus últimos instantes serán crueles, y quizas querrá ven-

garse ántes de morir... Disipé los temores de la bella Mirza fiándole el talisman; á poco tiempo murió su marido entre sus brazos, dando mil gracias al cielo que le habia dado por compañera á la mas virtuosa de todas las mujeres. Ya viuda me suplicó Mirza le dejase el talisman todo el tiempo que tenia que estár aquí, para conservar su reputacion, que una pregunta indiscreta podia quitarle si no tenia aquel precioso preservativo.

Manifestó cobrarme cariño; era amable y entendida; su compañía no dejaba de gustarme; no obstante, conocí cuán peligrosa podia ser para otro cualquiera, puesto que con tanta hermosura y talento tenia la posibilidad de ocultar sus pensamientos: por tanto la exigí que viviese retirada, y cuando llegásteis le mandé que no saliese de su cuarto: como yo era dueño de su secreto me temia, y tenia que obedecerme. Á esta sazon caí enfermo, y Mirza con el pretexto de asistirme, dilató su partida. Ayer la vi sobresaltada; tuve algunas sospechas, pero callé. Habíame mandado el médico estar algunos dias en cama, y Mirza lo sabia; pero esta mañana me vesti, y vi á la Princesa, que me refirió todo lo que habia pasado. Al punto fuí á prevenir al Genio, que ha hecho cerrar las puertas del Palacio. La Princesa ignora la perfidia de Mirza: he convenido con Fanor que no le hablaria del talisman, á fin de que vos, si queréis, podáis serviros de él para volver á ganar el corazon de la Princesa.

Al acabar esta narracion, el filósofo entregó á Filamir la caja de cristal. Á este tiempo llegó un criado de parte del Genio á buscar á Filamir, el cual temeroso é inquieto fué volando al cuarto de la Princesa. Luego que la vió se precipitó á sus piés, la descubrió el engaño de Mirza, le enseñó el talisman, y dejándole sobre una mesa prosiguió: Me era fácil, ocultándoos lo que he dicho, y guardando ese talisman, persuadiros que no he seguido á Mirza, y que he resistido á todas sus artes seductoras; pero aunque no pueda renunciar á vuestra mano sin perder para siempre mi felicidad, quiero aun mas perderos que engañaros. Sí, confieso que he sido seducido, que me he visto arrastrado de un ciego impulso. ¡Oh Zeólida! ya no me inspiráis aquel amor ciego, aquella pasion impetuosa que sentia ántes de venir aquí, pero os amo como os amaré toda mi vida: sin vos no puedo ser feliz, y vos sola podéis hacerme venturoso.

Al oir estas palabras, la amable Zeólida alargó una mano á Filamir, que la estrechó entre las suyas con el mayor afecto. Los sentimientos que me mostráis, le dijo, bastan á mi felicidad: si este Palacio no destruyese mas que las ilusiones del amor, no me arrepintiera de haber querido habitarlo; pero el aire que en él se respira es nocivo aun á la amistad. Vamos, Filamir, vamos; dejemos para siempre esta peligrosa morada. Diciendo esto se levanta, Filamir la sigue; los dos amantes van á juntarse con el Genio y la Reina, y salen del Palacio.

Pero apénas estaba toda la comitiva fuera del triste Palacio de la Verdad, cuando advirtieron con indecible asombro, que las paredes de cristal se iban oscureciendo, hasta que perdiendo su trasparencia se convirtieron en pórfido y mármol de una blancura hermosísima. Entónces se apareció el Rey de los Genios, y dirigiendo sus palabras á los dos amantes: Ya está el encanto destruido, les dijo, podéis volver á habitar ese nuevo Palacio, en el cual hallaréis todas las ilusiones precisas para la felicidad. Pero que la memoria del Palacio de la Verdad os sirva de preservaros de las desconfianzas injuriosas, y os enseñe á reprimir los impulsos de una indiscreta curiosidad; no olvidéis, finalmente, que la confianza en el trato, y la amable indulgencia, son los vínculos mas dulces para unir los corazones.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

Prólogo del Traductor. I

Prólogo de la Autora. VII

Delfina, ó la curacion feliz. 9

El Calderero, ó el mutuo agradecimiento. 46

El Heroísmo de la lealtad, historia verdadera. 66

Eglantina, ó la indolente corregida. 88

Eugenia y Leoncio, ó el vestido de baile. 116

Anécdota del zar Iwan. 129

Alfonso y Dalinda, ó los encantos del Arte y Naturaleza, cuento. 150

Los esclavos, ó poder de un beneficio. 288

Pamela, ó la adopcion feliz. 304

Olimpia y Teófilo. 328

Los Solitarios de Normandía, historia verdadera. 397

El Palacio de la Verdad, cuento moral. 425

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30251
CC
G 332v

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

